

LAS

VIDAS DE LOS PADRES

DE LOS DESIERTOS DE ORIENTE.

Su doctrina espiritual y su disciplina monástica.

NUEVA EDICIÓN

POR

EL R. P. MIGUEL-ANGEL MARIN

DE LA ÓRDEN DE LOS MÍNIMOS

CON UNA INTRODUCCION, NOTAS Y ACLARACIONES HISTÓRICAS

Por M. Eugenio VEUILLOT

ADORNADA CON 60 GRABADOS POR M. CERONI

TRADUCIDAS DE LA SEGUNDA EDICIÓN FRANCESA

POR

DON RAFAEL PIJOÁN PBRO.,

Predicador Apostólico, Predicador y Capellán de honor de Su Majestad
y Director de « *El Faro Popular*. »

TOMO III



PARIS

LUIS VIVÈS, LIBRERO-EDITOR
13, CALLE DELAMBRE, 13.

1892



Imp. A. Charbon aîné, Paris.

Gravé d'après.

St. Isidore de Peluse.

LAS VIDAS

DE LOS

PADRES DE LOS DESIERTOS.

SAN ISIDORO DE PELUSIA ¹.

Pelusia, ciudad situada en la embocadura más oriental del Nilo, como lo dijimos ya en una nota, fué en otro tiempo una de las principales ciudades de Egipto después de Alejandria. Según Strabón tenia veinte estadios (3.700 m.) de circunferencia. Se cree que recibió el evangelio en tiempo de los apóstoles. Entre los obispos que asistieron al primer concilio de Nicea se encuentra un Doroteo de Pelusia; y por el tiempo de San Isidoro de quien vamos á hablar, Eusebio había sucedido allí al obispo Ammonio.

Por las cercanias de esta ciudad floreció durante largo tiempo San Isidoro; lo cual ha hecho que se le llamase con el sobrenombre de Isidoro de Pelusia, ó de Damietta, por el error de aquellos que creen que esta ciudad fué edificada sobre las ruinas de la antigua Pelusia ².

Era oriundo de Alejandria, de una familia igualmente noble y rica, y aliada á la del Patriarca Teófilo y de San Cirilo su sobrino y sucesor en la silla de San Marcos. La educación que recibió respondió á la distinción de su nacimiento. Los griegos dicen que adquirió en muy alto grado las ciencias divinas y humanas; y lo que sabemos de

¹ Baronio, los Bolandistas, Evagrio, Tillemont, Dupin.

² La antigua Pelusia estaba situada muy cerca del mar; la ciudad moderna dista de él ocho kilómetros.

sus actos, junto con los monumentos que nos quedan de su erudición, justifica perfectamente este elogio.

Como la piedad reinaba en su casa, desde el principio sembraron en su corazón las lecciones de la virtud, á medida que se cultivaba su espíritu con las letras; y supo aprovecharse tanto de las verdades de la religión, que estas le desligaron enteramente del siglo y le indugeron á retirarse en la soledad. La leyenda de los Coptos, que celebran su oficio el día 10 de su mes de *Mechia*, lo cual viene á ser el 4 de Febrero, dice que habiendo sido buscado para ser puesto en la silla de Alejandría, se escapó de noche y huyó al desierto de Ferme. Pero esta leyenda está llena de faltas; y las memorias más seguras que tenemos de nuestro santo nos enseñan que todavía era joven cuando abrazó la vida monástica y que se detuvo en una montaña vecina á Pelusia y habitada por muchos solitarios. Era esto verosimilmente en el desierto de Lichnos¹, que San Hilarión, según refiere San Jerónimo, visitó al ir desde Palestina al sepulcro de San Antonio.

Hay autores que han creído que fué abad de aquellos solitarios; pero los antiguos no lo han dicho. Es cierto que se entregó con tanto ardor á los ejercicios de la vida religiosa y á la práctica de las virtudes, que pronto se distinguió entre sus hermanos y mereció su confianza. Evagrios nos da de él una idea en pocas palabras, que dán á conocer toda la grandeza de su mérito. «Maceraba su carne, dice él, con los más rudos trabajos de la penitencia; pero mientras la desecaba con estas austeridades, engordaba su alma con la contemplación de las cosas divinas, y llevaba la vida de un ángel entre los hombres, haciéndose con

¹ Este desierto arenoso, pantanoso, sin vegetación, era uno de los que imponían más rudas privaciones á los solitarios. El nombre de Pelusia, en egipcio *Peremoun* (ciudad de lodo), indica bastante cual era la naturaleza de aquella región.

esto una regla viva de la santidad de su estado, y un modelo de unión con Dios por la oracion y el recogimiento, al cual los demás solitarios podian tener continuamente delante de los otros. »

El mismo nos enseña cuales fueron los motivos que le indugeron á hacerse solitario. Esto fué para huir de la turbación de las ciudades, para renunciarse á sí mismo y llevar su cruz. Propúsose imitar en el desierto la vida austera de San Juan Bautista. En efecto andaba vestido con una túnica de pelos rudos, y no se alimentaba más que de hojas é yerbas. Toda su riqueza consistia en este solo hábito, y estaba tan contento de su pobreza que habiéndole uno de sus amigos, llamado Zenón, enviado uno nuevo pidiéndole el viejo, dióle por ello las gracias con amabilidad enviandóselo (Ep. 475.), por haberle proporcionado por allí el medio de resguardarse del frio y practicar el consejo de San Juan que no quiere que se tengan dos hábitos.

Separóse desde luego cuanto le fué posible del comercio de los hombres, dando á su corazón todo el placer de gustar las dulzuras de la contemplación; y confiesa que á este tan rígido retiro debía el conocimiento de las cosas de Dios, que su humildad le hacia llamar mediano, aun cuando por sus escritos parece que era de los más luminosos.

Por más cuidado que tuvo desde entonces en ocultarse, el brillo de sus virtudes le hizo traición; y en efecto, Dios le había dado por aquel tiempo á su Iglesia, como un nuevo Elías ardiendo de celo por su gloria, ó un nuevo Juan Bautista el cual desde el fondo de su desierto hizo resonar su poderosa voz contra los desarreglos de los hombres, á fin de conducirlos á Jesucristo.

Fué elevado al sacerdocio, y puede decirse, por el ardor divino de que fué abrazada su alma al recibir este caracter sagrado, que recibió un espíritu de fuego con la imposición de las manos del obispo, de aquel fuego, digo, que Jesu-

cristo trajo al mundo, y que debía causar en él un celestial abrasamiento. La particular misión de Isidoro fué combatir sin consideración humana los vicios y abusos dondequiera que los encontraba. Todo concurría por otra parte á darle autoridad sobre los espíritus : su nacimiento distinguido, las riquezas que había dejado, el desapego de que hacía profesión, la austeridad de su vida, la erudición que había adquirido, el raro talento de emplearla con fuerza y energia, y sobre todo aquellas brillantes luces que había como bebido en el seno de la Divinidad, en su eminente oración, y que le habian penetrado tanto de la santidad de Dios y de sus derechos sobre los corazones de los hombres, que no podía sufrir que fuese ofendido, y que perseguia vigorosamente con su pluma el pecado así en los grandes como en los pequeños, así en el alto clero como en él de segundo orden, así en los gobernantes y magistrados como en el pueblo.

Pronto veremos que ni siquiera perdonó al patriarca Teófilo, aun cuando padre suyo, no menos que á San Cirilo, con ocasion de San Juan Crisóstomo cuya causa defendió, y que Eusebio su obispo no se escapó de la justa severidad de sus amonestaciones, lo mismo que una parte de su clero. Así que la conducta de este prelado era tan reprehensible por sus injusticias y desórdenes, que no se puede tachar á nuestro santo el haberse exedido en celo en sus amonestaciones puesto que el escándalo que resultaba de sus vicios en la Iglesia de Egipto no merecía un censor que fué menos inexorable que él.

La vehemencia de su celo pareció muchas veces demasiado fuerte á algunos de sus amigos, y créole también enemigos. Pero este grande hombre que solo tenía la vista puesta en Dios, no creyó deberla moderar para complacer á los primeros ni por temor de la persecución de los otros. El testimonio de su conciencia le bastó y estaba siempre

pronto á sacrificar por la gloria de aquel cuyos intereses defendía, todas las amistades humanas, y á sacrificarle también su reposo, su salud y su misma vida. « No creais, dice él en una de sus cartas al sofista Ascleto, que le había indicado que se moderase un poco, que yo cambie de tono y me convierta en un débil adulador. Es necesario ó que ceseis de darme tales consejos, ó que os descuente del número de mis amigos. »

Por la respuesta que dió al obispo Teon puede juzgarse cuán puro y desinteresado era su celo, y de que fuente brotaba cuando tan fuertemente se armaba contra el vicio : « Nosotros somos igualmente culpables, le dice, ó cuando queremos vengar nuestras propias injurias, ó cuando no sentimos las que se hacen á Dios. Si solo se trata de nosotros, usemos de dulzura é indulgencia cuando se nos ha ofendido ; pero cuando el ofendido es Dios, no puede sufrirse, sino que hay que dar muestras de indignación. Ved sin embargo cuanta es nuestra flaqueza : somos sensibles hasta el punto de no querer perdonar á nuestros enemigos, y no tenemos más que dulzura para con los que se levantan contra Dios. No obraba así Moisés. Aun cuando fuese el más dulce de los hombres, no dejó de encolerizarse contra los israelitas cuando fabricaron el becerro de oro y su cólera en esta ocasión fué mucho más santa que toda la dulzura que habría podido manifestar. »

El prosigue su justificación con el ejemplo de los santos. « Elías, dice él, se levantó contra los idólatras, Juan Bautista, contra Herodes ; y San Pablo contra Elymas. Esto no era más que para vengar la injuria hecha á Dios ; pero ellos descuidaban sin pena las que se hacian á ellos mismos. Es verdad que Dios es bastante poderoso para hacerse justicia. Quiere sin embargo que las personas de bien detesten el pecado y lo hagan detestar, y en esta conducta de celo hacían consistir los santos la virtud y la verdadera filosofía. »

La pureza de su celo se manifestaba también por las oraciones delante de Dios con que acompañaba las exhortaciones que hacía á los hombres. Y ¿ cómo se habrían podido atribuir al efecto de un calor humano sus vivas amonestaciones, si mientras al escribir á los que quería corregir, se afligia, lloraba, gemía en secreto por sus faltas á los piés del señor y se esforzaba con todo el esfuerzo de sus oraciones á las que animaba una ardiente caridad, que les concediese la gracia de conversión y de hacer pasar á su corazón las poderosas verdades que les ponía ante los ojos en sus cartas? Así que protestaba frecuentemente á aquellos á quienes las dirigía, que derramaba más lágrimas por ellos delante de Dios, que palabras les escribía.

Si algunos de sus amigos hallaron en algunas ocasiones que su celo era demasiado vivo, puede decirse que era más bien porque ellos mismos tenían demasiada condescendencia, y consultaban más la prudencia humana que los intereses de Dios. Así que San Teodoro era justificado por otros que ponían menos atención á los vanos juicios de los hombres, y hasta algunas veces se vió obligado á defenderse contra algunos que le reprochaban de ser demasiado moderado. Y por último, consta por una parte que jamás se levantó sino contra el vicio conocido y bien averiguado, y por otra, que sus escritos fueron alabados por los más grandes hombres de su tiempo, y por los que vinieron después de él, á escepción de algunos herejes cuyo juicio debe ser despreciado; y aun se encontraron algunos á quienes la evidencia de la verdad obligó á hacer su elogio. Tal fué Gobar el Triteita, el cual le reconoce por un hombre santo y digno de toda clase de respetos, como puede verse en Focio.

Así que cuando se levanta fuertemente contra Eusebio, obispo de Pelusia, basta para concebir la justicia de sus razones, el decir que este prelado impuso las manos á Ti-

moteo Eluro, para hacerle, no ya obispo, sino tirano de Alejandria. Eusebio excluía tambien del sacerdocio á las personas de bien, y no elevaba á él sino á personas criminales. Aquellos de su clero contra los cuales San Isidoro reclama más fuertemente, son Sózimo, Marón, Martiriano, Pansofo, Lucio, Queremon, Eustatio y Paladio. Los unos habian entrado en las órdenes por la simonia; los otros vendian las ordenaciones. Algunos había que se habian hecho culpables por crímenes por los cuales merecian ser castigados hasta por las leyes civiles. La mayor parte habian sido rechazados antes por Ammonio, prelado muy santo y predecesor de Eusebio; y esta mala eleccion de ministros había inundado la iglesia de Pelusia de los males que el Santo deploraba.

He ahí pues lo que escitaba su celo y lo que daba un santo atrevimiento para reprender altamente á los pecadores de todos los estados y condiciones. Así que, decía él á un gobernador que había querido atentar contra los asilos sagrados y que se había quejado de su libertad en reprochársela, que eran sus propios actos los que debia condenar, y no los términos por los cuales se expresaban tales cuales eran.

Pero cuán animado estaba para los intereses de Dios y cuantos los sostenía con generosidad, tanto también lo hacía con discernimiento y con una prudencia del todo caritativa. Condenaba igualmente á los que no usaban de la moderación paterna que el Evangelio prescribe, ó que se atrevían á hacerla sin estar para ello autorizados por su estado ó por su caracter. En este sentido escribe á un oficial llamado Leoncio, que había hablado con demasiada libertad de Sózimo sacerdote, culpable de simonia y de una ambición extrema. « Lo que habeis dicho, le escribe, no es más que demasíadamente verdadero, y nadie puede acusaros de calumnia; pero no es necesario que vuestra lengua, que en

esta ocasion es el órgano de la verdad, se ensucie con tales discursos. Un hombre de honor y adornado como vos de muchas virtudes, debe añadir á su corona la gloria de la paciencia. »

No tenía él mayor gozo que cuando veía que sus caritativas amonestaciones habian producido los buenos efectos que se proponia. Entonces su corazón se dilataba, y mostraba por ahí que amaba sinceramente en Dios á aquellos cuyos vicios había combatido. El conocía todo el precio de las almas ; estaba penetrado de dolor cuando se perdian ; hubiera querido emprenderlo todo para salvarlas ; y dice en una de sus cartas, que sin atreverse á comparar con Moisés ó con San Pablo, tenía un grandísimo deseo de contribuir con todas sus fuerzas á la salvación de todo el mundo.

« Ojalá hubiese querido Dios, escribe también á un obispo amigo suyo, á propósito de un alma á la que Dios había librado por su medio del peligro de perderse en que se hallaba, ojalá hubiese querido que hubieseis estado aquí para tener parte en nuestros trabajos y en nuestra corona, en las alabanzas y bendiciones que se nos dan. La pereza y flojedad habian relajado á nuestro amigo y debilitado su amor para la celestial filosofia. Nosotros le pusimos de nuevo en el buen camino con nuestros consejos y exhortaciones, y aun más con el auxilio de la gracia de Dios. Ahora celebramos una fiesta en la que cantamos cánticos de alegría por esta victoria, y en la que regalamos á nuestros amigos con banquetes completamente espirituales. »

Tuvo también el consuelo de persuadir á muchas personas, hasta muy ilustres, que abandonasen el vicio y abrazasen la virtud ; pero tuvo también el dolor de ver que otras, principalmente aquellos de entre los eclesiásticos de Pelusia cuyo corazón había procurado ablandar con sus diferentes cartas, ya dulces, ya severas, no habian cesado de conti-

nuar viviendo con tal escándalo, que muchas personas se imaginaban que no podían recibir de ellos el bautismo, ni los demás sacramentos, y preferían absolutamente no recibirlos, por más amonestaciones que se les hiciesen sobre el particular.

Ellos llegaron finalmente hasta declararle una guerra abierta y también se cree que llegó á ser desterrado ; pero muy lejos de afligirse por esto, se regocijaba como los apóstoles cuando salieron de los consejos de los judios donde habian sido hallados dignos de sufrir por el nombre de Jesucristo : « Vosotros me habeis coronado á pesar vuestro, dice al principal autor de su persecución y ahora puedo decir que Dios me ha concedido la gracia, no solamente de creer en él, sino también de sufrir por él. »

Esto no debilitó su celo. El fué siempre adelante á pesar de la malicia de sus enemigos, porque Dios no cambia, la virtud es siempre igualmente hermosa y el vicio odioso, y la salvación de las almas nunca es comprada á un precio demasiado caro. Por esto es que escribiendo á uno de sus amigos dice estas exelentes palabras : « Prefiero mucho más sufrir persecucion haciendo el bien, que ser aplaudido por haber hecho el mal ; porque sin hablar de las recompensas reservadas á la virtud en la otra vida, y de los suplicios destinados á la impiedad y al vicio, la virtud me parece llevar consigo misma su recompensa, y el pecado su suplicio. « Por más calumnias que se publican contra la virtud, por más alabanzas que se den al vicio, todas ellas no serán capaces de hacerme abandonar la una para seguir el otro. Siempre amaré la virtud, aun que cubierta de oprobios ; y del mismo modo detestaré el vicio, aun cuando esté coronado de gloria. »

Sus sentimientos con respecto á sus persecuciones eran tan cristianos y tan humildes, que hasta se reprochaba de no orar por ellos con toda la pureza y extension de corazón

que habría deseado. Lo que á este propósito dice en una de sus cartas pareció tan edificante y piadoso á un sabio autor (Tillemont) cuyas Memorias empleamos aquí, que él nos dió su traducción por entero. Ella merece ser traída como él la trae.

« Yo sé perfectamente, dice él, que me es glorioso ya en este mundo, y que todavía me será más glorioso en el otro, el haber sufrido las injurias y las injusticias. En cuanto á lo de creerme obligado para con los que me maltratan, aun cuando ellos lo tengan por costumbre, y que con esto se glorian de ello teniéndose por personas que nos procuran un nuevo acrecentamiento en la virtud, yo no me excuso de que no me guste tejerme coronas con la desgracia de los demás sino que confieso que es una cosa muy grande para mí y que sobrepuja á mis fuerzas. Puedo sufrir con paciencia todo lo que me hacen ; pero no he llegado todavía hasta á agradecerse y á rogar con una caridad pura y ardiente por los que no cesan de hacerme todo el daño que pueden, sobre todo cuando ni siquiera sueñan en arrepentirse y hasta se rieu de que se ruegue por ellos. He ahí mi disposición ; me gusta que la sepais. En cuanto á vos si haceis lo que yo no puedo hacer, alabo y estimo grandemente esta grandeza de alma ; pero os confieso mi debilidad. Frecuentemente he orado con una completa cordialidad por los que se habian declarado enemigos míos en algunas ocasiones. En cuanto á los que lo hacian con intento y con una afectada malicia, cuando quise también rogar por ellos, he visto bien que eran los labios los que oraban más bien que el corazón. Esto no me impide el creer que otros han llegado á este grado ; por ello siento alegría y deseo poderles seguir ; pues al menos yo no soy como muchos otros que no pueden creer que alguno hay llegado á una virtud de la que ellos se creen incapaces, juzgando de los otros por sí mismos, ó que, para no avergonzarse de su

flojedad, se glorian de hacer lo que no hacen, ó alegorizan los mandamientos del Evangelio para no creerse obligados á cosas que no tienen el valor de emprender, como yo sé que lo hacen algunos con respecto á la prohibición de tener dos tunicas, porque no pueden practicarla á la letra. Mejor harian, sín espiritualizar tanto, en honrar la virtud de los que lo pueden y confesar su debilidad que les impide imitarles. En cuanto á mí, á los que más estimo son los que hacen lo que yo todavia no puedo hacer. »

Sólo cuando encontraba resistencia á sus consejos, y veía el mal ó demasiado grande ó casi incurable, escribía con una santa vehemencia. Per otra parte templaba su pluma con miel y con una dulzura toda cristiana. « Con las personas de bien, decía, conviene presentarse dulce y humilde ; pero con la gente fiera y orgullosa se debe usar un tono elevado. Aquellos consideran la dulzura como una virtud ; por eso se ha de emplear para consolarlos. Mas como estos sólo atienden á la fortaleza y al coraje, es necesario manifestarles firmeza para rebatir su orgullo. Con esta sabia y prudente conducta se sostienen los unos y se humillan los otros. No se conquista todo el mundo con los mismos medios ; los mismos remedios no curan toda clase de enfermedades ; cuanto hay diferentes enfermedades, ha de haber diferentes remedios. »

Hemos dicho que su celo se hacía estensivo á las personas de todas categorías. En efecto, escribió á los primeros personajes del imperio, y hasta al emperador ; y se puede decir que todos estos recibieron mejor sus amonestaciones, que no las habían recibido ciertos personajes cuyo corazon se había ya endurecido por el abuso de la santidad del caracter. Se había hecho un tratado con los bárbaros vecinos del imperio. que debían guardar bajo un recíproco juramento que el Santo reprobó, y del cual se quejaba como capaz de encender más bien la cólera de Dios, que de

atraer su bendición para el sostenimiento de la paz y prosperidad del imperio. No se sabe bién en que consistia este juramento ; pero se cree que los Romanos habían hecho jurar á los bárbaros por la cruz, ó por otros misterios de nuestra religión, y que por su parte ellos habían jurado por los falsos dioses de estos bárbaros. Tal proceder era contra todas las reglas ; y por esto él se queja de que habían dejado tocar á los paganos aquello que nosotros tenemos más santo y más sagrado, y de que los cristianos habían tomado parte en las sacrílegas abominaciones de los idólatras, lo que hasta entonces no había tenido ejemplo ; y sólo podía venir de la debilidad de la fé de aquellos que lo habían hecho, ó de su ignorancia en los principios de la religión. La respuesta que al objeto recibió de parte del emperador respondió también al interés que él tenia para la ley de Dios, que su corazón quedó lleno de consuelo. El mismo dijo que la alegría que por ello recibió, le había servido mucho para curar de una enfermedad que entonces padecía.

Este gran Santo ordinariamente apoyaba las poderosas razones que empleaba para combatir los vicios y exhortar á la virtud, con pasajes de la santa Escritura, la cual en las diferentes cartas que ha escrito casi la ha explicado toda entera. También empleaba ejemplos, y citaba hechos particulares, que se hubieran perdido por el olvido de los hombres, si él no nos los hubiese conservado.

Entre otros recordamos uno, que cubría de vergüenza al paganismo y hacía sentir todo el horror de sus supersticiones. Los paganos se gloriaban de haber recibido del cielo algunos de sus ídolos, como la diana de Efeso y muchos otros ; pero él nos dice que no encontraban medio alguno de hacer correr estos falsos rumores entre el pueblo, sino matando á los artífices que habían construido estas estatuas. Al efecto cuenta que uno de los Ptolomeos, rey de

Egipto, había tenido la misma locura por una diana que había hecho construir en Alejandría, á la cual había erigido bajo un nombre que significaba que no había sido contaminada por la mano de artífice alguno. Mas como aquellos que habían trabajado en ella habrían podido descubrir su impostura, cuando la hubieren concluido, les hizo preparar un festín en un lugar que había sido espresamente subcavado, en el cual fueron todos abismados. No obstante, la cosa se averiguó, y para cubrir la maldad de una acción tan cruel, Ptolomeo todos los años les hizo celebrar pompas fúnebres.

Ahí va también un ejemplo de conversión muy edificante que aprendemos de él. Un hombre joven estaba perdidamente enamorado de una virgen cristiana muy sabia, la cual no correspondió á su pasión. Al contrario, fuera para curarle de ella, fuera para evitar sus persecuciones, se hizo cortar los cabellos, cubrió su rostro con lodo de cenizas, y en este estado lo hizo entrar en su habitación. Esta vista lo movió de tal manera, que se obró en él un cambio repentino, su pasión se extinguió, y después amó tanto la castidad como antes había amado la criatura.

Ahora conviene hablar de sus trabajos por la fé y de la defensa que hizo de san Juan Crisóstomo contra Téofilo de Alejandría y san Cirilo, de quien era pariente. Lo haremos en pocas palabras, pues lo principal que nos proponemos es hablar de sus virtudes y de su doctrina espiritual.

Compuso un escrito contra los Gentiles, para hacer ver la vanidad de las adivinaciones de que se servían, demostrando también en él por que designios de Dios los malos ordinariamente son dichosos en este mundo, y los buenos afligidos. Remite á lo que había dicho en esta obra, sobre la dificultad que le había propuesto el conde Herminio referente á la adversidad de los justos sobre la tierra y á la prosperidad de los pecadores. Demuestra también en mu-

chas de sus cartas, que la religión de los paganos sólo tiene caracteres de falsedad ; que sus libros no contienen mas que fábulas, extravagancias, invenciones soberanamente despreciables, mientras que la religión de los cristianos tiene todos los caracteres de verdad que combaten á los otros, y que nuestros libros sagrados no contienen más que verdades sublimes que imprimen respeto ; de suerte, que basta comparar nuestras Escrituras con las de los paganos, para conocer pronto que la verdadera religión sólo es la que nosotros profesamos.

Refuta á los Judíos con las profecias. Explica los misterios de la Trinidad y Encarnación en muchas de sus cartas, en las cuales combate á los arianos, sabelianos, nestorianos, maniqueos, marcionitas, montanistas, novacianos, origenistas. Sobre esto se puede decir que sus cartas forman un cuerpo de doctrina dogmática, que no solo sirve para confundir, á los herejes que le precedieron y á aquellos que hicieron temblar á la Iglesia de su tiempo, sino que también nos ha servido de defensa contra las herejías que se han levantado después sobre la necesidad de la gracia, sobre el bautismo de los niños, la presencia, real de Jesucristo en la Eucaristía, el honor debido á la santísima Virgen y á los Santos, el respeto que se debe á las reliquias, las ventajas de la virginidad sobre el matrimonio, etc. Sobre esto se pueden ver los autores que han tratado de los escritores eclesiásticos, y en particular Dupin, quien habla de los escritos de san Isidoro, con mucha extension, y quien ha distribuido la materia de sus epistolas en muchas secciones, lo que nos ha servido mucho para formar el cuerpo de su doctrina espiritual que luego daremos.

Pero ved ahí en concreto un extracto que este autor nos ha dado de algunos trozos de sus cartas referentes á la necesidad de la gracia y de la libertad del hombre. « La

naturaleza humana, dice, ha recibido muchas gracias ; y al hombre toca el hacer buen uso de ellas. Es necesario que el trabajo del hombre concorra con la gracia, como la industria de los marineros secunda los vientos favorables. Es propio de la Providencia de Dios el socorrernos, pero nosotros por nuestra parte también debemos trabajar. Nosotros, dice en otra carta, nosotros somos los que causamos nuestra condenación, y Jesucristo es el que causa nuestra salud ; pues él es el que nos ha dado la justicia con el bautismo, nos ha librado del suplicio que merecíamos y nos ha colmado de sus dones ; pero todas estas gracias nos serán inútiles, si de nuestra parte no hacemos cuanto está en nosotros. El hombre, dice también en otro lugar, necesita los auxilios de Dios para cumplir las mismas cosas que parecen depender de él ; pero esta gracia no falta á aquellos que por su parte hacen lo que pueden ; pues si la divina Providencia excita y exhorta á los que no quieren hacer el bien ; con cuánta más razón no concederá los auxilios necesarios para obrar bien á aquellos que tienen buena voluntad y hacen cuanto pueden ? Sin embargo no conviene que el hombre se atribuya el bien que hace ; todo lo debe atribuir á la gracia ; de otra manera de nada le serviría cuanto hiciera. « Hay autores, en particular Nicéforo Calista, que han creído que había sido discípulo de san Juan Crisóstomo. Esto es muy incierto ; pero si no tuvo la dicha de ser formado por su mano, la tuvo de justificar su santidad y su doctrina, y de declararse sin embozo y con vigor el defensor de su inocencia. Hé aquí lo que dice en una de sus cartas : « Los escritos de Juan, de ese hombre de una sabiduría incomparable, se han esparcido por todo el mundo ; han surcado los mares y han sido admirados en todos los países, llegando á las mismas extremidades del orbe. Pues ¿ quién no ha sido tocado y penetrado leyéndolos ? Quiénes son

aquellos que le han sucedido, que no se hayan creído en el deber de dar gracias á la divina Providencia por haber nacido en un tiempo en el cual se han podido aprovechar de ellos, y que no hayan dado á la armonía de su elocuencia una completa preferencia sobre todo aquello que el paganismo tuvo de más ilustre? Sin duda no son las bestias á quienes ha dejado atónitas con su música divina (como se cuenta de Orfeo), sino que ha endulzado las costumbres de los hombres bárbaros; él los ha suavizado; ha cambiado su ferocidad en mansedumbre, les ha inspirado una cultura y una suavidad que jamás habían tenido. »

Hablando de su libro *del Sacerdocio*, se espresa en estos términos: « Nadie hay que no se penetre del amor de Dios al leerlo; no solo hace sentir toda la grandeza y dignidad del sacerdocio, y la dificultad de hacerse digno de él, sino que también hace ver cuanto importa ser santo para atreverse á aspirar á tal estado. Este insigne patriarca, que se puede considerar como el intérprete de los secretos de Dios, y que se le puede llamar con justo título el ojo de todas las iglesias, compuso su obra con tanta elevación, sabiduría y exactitud, que todos los sacerdotes, tanto los que responden á la santidad de su carácter por su piedad, como los que lo envilecen, en cualquier forma, con su negligencia y relajamiento de su vida, pueden encontrar en élla ya las virtudes que deben practicar, ya las faltas que deben evitar. »

En fin, hablando de su *Comentario sobre la Epístola de san Pablo á los Romanos*, dice que encierra un tesoro de ciencia, y que si este Apóstol se hubiese querido explicar con alguna elegancia exterior, hubiera escogido para esto la lengua de esta boca de oro.

Basta tener algún conocimiento de la historia eclesiástica, para no ignorar cuanto san Crisóstomo sufrió de parte de Teófilo de Alejandría, jefe de sus perseguidores,

y cuanto se resistió san Cirilo, nieto y sucesor de Teófilo, á incluir en los sagrados dípticos á este santo doctor, por un perjuicio que por fin san Isidoro lo desvaneció. Pero nada hay más fuerte que aquello que este escribió á Simaquo sobre el proceder de Teófilo. Por mas que fuera su aliado, no lo perdonó, porque la gloria de Dios estaba en ello demasiado interesada, y convenía que la inocencia de san Juan fuese reconocida y justamente vengada. « Vos queréis, dice, que os hable de la tragedia de Juan, de este hombre divino: yo os confieso mi impotencia; no solamente me faltan términos para esto, sino que mi espíritu se pierde en ello. Todo lo que os diré en pocas palabras, es que parece que el Egipto en todos los tiempos ha estado en disposición de cometer las injusticias más viles y perversas, despreciando á Moisés y siguiendo las inícuas órdenes de Faraon. Allí se azotaba á los inválidos, se les oprimía con el trabajo, se les obligaba á edificar villas, y no se les daba salario alguno. En nuestros tiempos también se ha renovado esta terrible vejación; pues en estos dias se ha visto un Teófilo, hombre devorado por la pasión de edificar, y ávido de oro, que consideraba como su divinidad, unirse con otros cuatro que se pueden llamar apóstatas como él: se le ha visto, digo, atacar á este hombre tan piadoso y esclarecido en las cosas divinas, para satisfacer aún más con esta maldad el odio que había concebido contra aquel que lleva el mismo nombre que yo (este era Isidoro de quien hablamos en otra parte). Pero comparando á Juan con Teófilo, observad que entre ellos sucede como entre la casa de David y de Saul. La de este último se extingue, mientras que como la casa de David, la reputación de Juan va creciendo, por mas que después de haber sido agitado por las tempestades de esta vida, haya por fin llegado felizmente á la mansión de la paz celestial de la que goza dichoso. »

San Cirilo prevenido contra san Juan Crisóstomo, y demasiado adepto al sentimiento de Teófilo, rehusaba, como hemos dicho, poner después de su muerte su nombre en los sagrados dípticos. Sin embargo salió de su error, no permitiendo Dios que un hombre tan santo, que en esta ocasión se resintió de la flaqueza de sus luces naturales y de la fragilidad humana, fuese por mas tiempo seducido por sus prevenciones. San Isidoro le escribió fuertemente, según Nicéforo ; y á esto se debe que el cardenal Baronio relata aquello que le escribió en estos términos ¹: « Yo me he horrorizado por los ejemplos contenidos en las divinas Escrituras ; pero no me he visto menos obligado, en cuanto es necesario, á decir la verdad. Porque, si yo soy vuestro padre, pues vos me dais este titulo, no quiero ser condenado como Heli, quien dejó de reprender á sus hijos cuando pecaban ; y si soy vuestro hijo, como yo mismo lo reconozco, temo sufrir la pena de Jonatás, quien no disuadió á su padre de consultar la Pitonisa. Deponed, pues, todo resentimiento, ya sea para que yo no me condene, ya para que no os condenéis vos mismo ; no venguéis vuestras propias injurias sobre los muertos, por temor de dañar á la Iglesia militante, eternizando las disputas bajo el pretexto de piedad. »

Nunca concluiríamos, si entrásemos en detalles sobre los trabajos de este gran Santo para la defensa de la Iglesia ; basta decir en general, que empleó todos los medios que su celo y su caridad al efecto le inspiraron, y que para un fin tan glorioso no perdonó ni las dulces exhortaciones, ni las más vivas amonestaciones. Se puede ver en la *Historia Eclesiástica* lo que escribió al emperador para la libertad del concilio de Efezo, lo que también escribió contra Nestorio y contra la herejía de Eutiques, y

¹ Tillemont quiere que sea por otro motivo, T. XV, p. 112.

aquello que hizo para conducir á diferentes herejes á la fé ortodoxa. No entramos aquí en esta discusión, habiéndonos propuesto principalmente las virtudes de los santos solitarios, y no las disputas que se han levantado con motivo de la religión, en las cuales algunos de ellos entraron con éxito para defender la verdadera fé contra los enemigos de la Iglesia Católica.

Es tiempo de llegar á su dichoso fallecimiento. Hacía ya muchos años que suspiraba por este momento que debía librarlo de las miserias de la vida, y procurarle la corona de manos de aquel cuya gloria y servicio habían tenido su corazón ocupado. Todo conspiraba á hacerle desear esta última hora. Por una parte, el fervor de su amor y el desprendimiento de todas las cosas de la tierra en el cual había vivido ; por otra, este celo que le devoraba y que le hacía sufrir mucho viendo la injusticia y la maldad de los hombres, sobre todo las perturbaciones que los herejes causaban en la Iglesia ; pero lo que le debió hacer sentir más el rigor de su destierro sobre la tierra, y desear con más ardor verlo concluido, fué sin duda el progreso que la herejía de Eutiques hizo en Egipto después de la muerte de san Cirilo, en tiempos de Dióscoro su sucesor, quien fué desgraciadamente infectado de este error é infectó esta extensa provincia. San Isidoro no pudo verlo sin quejarse amargamente á Hermogenio, obispo de Rinocorura¹. Había antes manifestado á un solitario, en una enfermedad que había tenido que al principio se había alegrado de ella, por parecer que le quería apartar de las tempestades del mundo ; pero que Dios había querido que permaneciera en medio de las olas. En fin, llegó su tiempo deseado, y esto

¹ Rinocorura ó Rinocolura, villa de Egipto sobre el Mediterraneo, está cerca la frontera de Palestina. Se llamó así por ser malhechores sus primeros habitantes, á donde un rey Egipcio los había mandado después de haberles hecho cortar la nariz. Hoy se llama Il Ariah.

fué, según la conjetura de Tillemont, cerca del año 449 ó 450, lo que supone que vivió largo tiempo ; pues era viejo desde el tiempo de san Cirilo, quien le llamaba su padre, y no obstante aun tuvo el dolor de ver los progresos que la herejía de Eutiques hizo en Egipto en los días de Dióscoro su sucesor.

No debemos omitir que Severo, sectario de Eutiques, y quien usurpó la silla de Antioquía, en 513, intentó difamar al Santo, quien se había declarado tan públicamente contra los errores de este heresiarca, y que no habiendo podido llegar á inventar nada de verdad contra él, se había atrevido á acusarlo de origenista. Pero forzado por la verdad y atormentado aparentemente por los remordimientos de su conciencia que le reprochaba tan odiosa calumnia contra este santo varón, por fin se había retractado. Esto es cuanto aprendemos de Etéfano Gobar, el Triteita, citado por Focio.

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN ISIDORO DE PELUSIA.

Este gran Santo escribió prodigiosamente para la gloria de Dios y defensa de la Iglesia, para el sostenimiento de aquellos que eran injustamente perseguidos, para la conservación de la disciplina y para instruir á todos los fieles. Persiguió al vicio con un valor apostólico doquiera que lo encontrara ; habló en favor de la virtud con una energía sin ejemplo, y como hemos dicho ya, retrató en su persona la de Elías por su ardiente celo, y la de san Juan Bautista, por su poderosa voz que hizo oír desde el profundo de

desierto. Sus cartas forman la principal parte de sus obras. *El Menólogo* de los Griegos y el de Nicéforo hacen llegar el número de ellas hasta diez mil. Suidas cuenta tres mil de ellas sobre la explicación de la Escritura; y había siete mil más sobre diversos asuntos. Los *Acemetes* de Constantinopla recogieron dos mil de ellas, que distribuyeron en cuatro volúmenes de quinientas cada uno. Estas parecen ser las mismas que hoy día dividimos en cinco libros, de los cuales los tres primeros son de la traducción del abad de *Billy*, el cuarto de Rittershusio, célebre jurisconsulto, y el quinto del Padre Andrés Scoto, de la Compañía de Jesús.

Nos apartaríamos del fin que nos hemos propuesto en esta obra, si quisiéramos dar aquí extractos de las cartas que se refieren á la Escritura Santa ó al dogma. Bastará referir algunos consejos de san Isidoro sobre los deberes de los diferentes estados, sobre las virtudes cristianas, y principalmente sobre las obligaciones de la vida monástica.

Hablando de la escelencia del sacerdocio dice, que está por encima del poder temporal, porque el obispo gobierna las almas, mientras que los príncipes sólo tienen poder sobre los cuerpos. Pero, añade, si ignorando ó cerrando los ojos á las obligaciones de su ministerio, descuida la cura de las almas, y no piensa más que en edificar palacios, ó en vivir en el lujo y en las delicias, ó en amontonar tesoros, que sepa que no envilece su dignidad siempre grande por sí misma; sino que se degrada y se envilece á sí mismo.

El obispo, dice en otra carta, debe comprender sus deberes por el nombre mismo de su dignidad. Siempre debe tener el ojo abierto sobre su ley. Debe defenderla contra los ataques de las bestias feroces, que son invisibles ú ocultas. Debe remediar los defectos de su clero, el relajamiento de los monjes, las calamidades de las viudas, las necesida-

des de los huérfanos. Debe quitar de los altares todo objeto de escándalo. Debe reprimir la malicia de los malos, los vicios de los jóvenes, los malos consejos de los viejos. Si deja de cumplir alguna de estas cosas, no solamente será él castigado, sino que tal vez también lo será toda su iglesia con él, por haber elevado al episcopado un hombre que no era digno de él.

Vos sois, dijo á un sacerdote, vos sois por vuestro sacerdocio la forma del pueblo y la lumbrera de la Iglesia: ahí está vuestro deber. Debéis, pues, ser grave y no ligero en vuestra conducta: os debéis abstener de toda palabra que disminuya esta gravedad. El sacerdote es como un ángel del Altísimo. No se ha dicho que los ángeles rien; sino que son ministros de Dios y que ejecutan sus órdenes con un santo respeto.

En general recomienda á los eclesiásticos que eviten la familiaridad, la conversación y la vista de las mujeres. Debemos, dice, en cuanto esté en nuestro poder, evitar la compañía y los coloquios con las mujeres, por temor que enervasen nuestro corazón; pero como hay veces que la caridad nos obliga á hablarles, á lo menos conviene que haciéndolo tengamos siempre los ojos clavados en tierra, temiendo que la muerte del pecado entre en nuestra alma por los ojos como por las ventanas. El ejemplo de David, á quien una sola mirada hizo culpable de adúltero y homicida, nos debe servir de lección.

Escribió á un arcediano, que en su oficio se debía conducir, no como los magistrados, con fausto y aires seculares, sino como un digno ministro de los santos altares, con espíritu de dulzura y humildad. Que si pretende ser glorificado en sus riquezas, se hará tanto más despreciable cuanto haya querido ser honrado en los bienes de este mundo, que nada tiene de sólido y permanente.

Si queréis adquirir el reyno del cielo, escribió al empera-

dor Teodosio, este reyno eterno, en el cual vuestra frente será ceñida con una corona incorruptible, y que Dios sólo concede á los príncipes que aquí en el mundo han bien gobernado, ejerced vuestro poder con dulzura y bondad, y repartid vuestras riquezas con prudencia entre aquellos que tienen necesidad de ellas. No es el poder lo que salva al príncipe, son las virtudes; y aquel que se apega á las riquezas no distribuyéndolas como debe, es igualmente culpable que un príncipe idólatra.

También escribió á un gobernador: « Vuestra dignidad pasará en poco tiempo lo mismo que vuestra vida; ¿porque, pues, la manchais con crímenes y os preparáis con esto tormentos eternos? Considerad la inconstancia de las cosas de este mundo, y trabajad por una conducta buena para ennoblecer, si así se puede decir, el rango que tenéis en el estado. Este es el medio por el cual se adquieren justos elogios en este mundo, y se reciben las recompensas eternas en el otro. »

Si el gobernador no suaviza su autoridad y su poder con la dulzura y la bondad, imitando en esto la de Dios, escribe á Nemesio, su gobierno no es más que orgullo y crueldad. Al contrario, si es humano, y si ejerce la justicia con equidad y dulzura, no dará motivo de queja á nadie, y todo estará en paz.

Leed, escribió á Antioco, quien privaba mucho con el emperador, leed la *Historia de Daniel* y proponéosla por modelo. El era hombre cortesano como vos, y ballándose también comprometido entre los idólatras como en un mar agitado, no obstante fué fiel á Dios. Vos sois ministro del príncipe, él os honra con su confianza; servios pues, de ella para el bien del pueblo y para hacer justicia á todos, á fin que un día recibáis del soberano Juez una sentencia de dulzura y de misericordia. No descuidéis de pensar algunas veces en ellos, por mas que os encontréis como su-

mergido por las agitaciones tumultuosas de las grandezas de la corte.

Da por aviso á un hombre de guerra que no se exhiba demasiado llevando la espada por la ciudad en tiempo de paz, en vez de guardarla para combatir los enemigos del Estado. Si os complacéis en vuestro traje militar, si ambicionáis elogios públicos, añade, si os quereis immortalizar en la memoria de los hombres y deseáis que os erijan estatuas, no permanezcáis ocioso en vuestra casa con vuestras armas; juntaos al ejército que va á combatir contra los bárbaros.

Si os vanagloriáis, dijo á otro, que vuestra espada, vuestro casco, vuestra coraza os garantizarán de las penas que merecéis por vuestras violencias é injusticias; sabed que otros mejor armados que vos, no han escapado de los golpes de una muerte trágica. Tenemos la prueba de ello en los monumentos sagrados: Oreb, Zeb, Zebeo, Salmana, Abimelech, Goliath, Absalón y otros semejantes; y entre los paganos tenemos un Hector, Ajax y á los Lacedemonios, quienes á pesar de ser los hombres más robustos, no obstante sucumbieron, porque osaron abusar de sus fuerzas cometiendo injusticias. Si queréis, pues, ser un bravo y generoso soldado, declarad la guerra á vuestras pasiones, y emplead vuestro coraje contra vos mismo.

Recomienda á los sujetos en general la obediencia á los príncipes en aquello que no es contrario á la ley de Dios, y que les paguen los tributos, sin pretender eximirse de ellos bajo el pretexto de pobreza; pues, dice, Jesucristo nos ha dado ejemplo de ello, él que, para obedecer al edicto de Augusto, se hizo registrar estando aún en el seno de su madre, y con su milagroso poder hizo que san Pedro encontrara la moneda para pagar el tributo que se le pedía.

Dá el siguiente consejo á los padres y madres, escribiendo al conde Callímaco: Los padres obtendrán la salud,

si cuidan de educar como deben á los hijos que han puesto en el mundo ; pero la perderán, si descuidan su educación. ¿ No es una cosa deplorable ver que los hombres atienden más á conservar y pulimentar los jóvenes caballos, cuya naturaleza es vil y de poca duración el uso, que á formar los hijos que Dios ha hecho á su imagen, y que ha renovado en ellos con el santo bautismo ? No es, digo, una cosa deplorable, que se les abandone hasta el punto de dejarlos crecer con sus defectos, de abandonarlos á sus caprichos y á todo cuanto les inspira el fuego de su juventud, sin querer ni siquiera ocuparse en corregirlos ? Ciertamente, si tanto os empeñáis en aderezar bien á estos animales por seros útiles, esforzaos aún más en reformar las costumbres y regular la conducta de vuestros hijos.

También dá este consejo á las gentes de condición, escribiendo á un poeta : la nobleza que viene de los mayores es una sucesión de un cuerpo á otro, que no depende de nosotros y que es pasajera y caduca ; asi es que no es la verdadera virtud. Ella consiste más bien en la prudencia, en la justicia, fortaleza y templanza. Aquel que posee estas cualidades es el más distinguido y recomendable, y tiene todo lo necesario para ser dichoso.

Escribió también á una mujer que había perdido á su marido : Si queréis permanecer viuda, no os conduzcáis como las mujeres jóvenes ; pues no sabríais hermanar las señales del dolor con sus adornos y atavíos. O se debe renunciar á estas vanidades, ó esperar ser vituperada.

Las mujeres, dice en otra carta, que quieren parecer regulares en su conducta, se parecen á la verdad en contentarse de su belleza natural ; ellas no obstante no dejan de probar de adornarla con el arte. Pero las que son verdaderamente bien reguladas, cuidan más de adornar su alma con las virtudes, que de embellecer sus cuerpos con adornos exteriores. Ellas no afectan despreciar enteramente

la naturalidad; pero tampoco caen en el vicio opuesto.

Escribió á un hombre docto, que convenía juntar la virtud á la ciencia, si se quería tener un verdadero mérito delante de Dios. Muy poco importa saber hablar de todo, le dijo; pero lo que en extremo importa es llevar buena vida: esto es lo que hace al hombre agradable à Dios. El demonio no es loable por haber empleado los pasajes de la Escritura santa, cuando se atrevió á tentar á Jesucristo; al contrario, es tanto más detestable, que sabiendo lo que estos divinos oráculos nos enseñan, él con infamia se sirvió de ellos. Si no queréis, pues, ser tenido por un sabio superficial, no os contentéis de saber hablar de muchas cosas; más bien pensad que la verdadera erudición consiste mejor en las buenas acciones que en las bellas palabras.

Vos hacéis profesión, escribe á un médico, de una ciencia de la cual conviene tener muchos conocimientos, y vos tenéis el espíritu perverso. Curáis pequeñas llagas en nosotros, y no remediáis las vuestras que son mucho más considerables. Si queréis ser buen médico, empezad por curaros á vos mismo. Es ridículo ofrecer remedios á los otros, no cuidándose de sí mismo cuando uno está seriamente enfermo.

La medicina, dice á otro, fué establecida, según Demócrites, para curar las enfermedades del cuerpo; pero la sabiduría para curar las del alma; ya pues que hacéis profesión de una y otra, no descuidéis de emplear la sabiduría para curar vuestra alma enferma, á medida que tratéis de expulsar del cuerpo de los otros los males de que se hallan infectados; de otra suerte no seréis ni buen médico, ni verdadero sabio.

Recomienda la pureza de intención en las buenas obras que se hacen, espresándose en estos términos: « No es por el fausto, la grandeza y la gloria pasajera de este mundo, por lo que se merece la que está reservada en el cielo. Es

por las buenas obras, por una vida arreglada, por la rectitud de intención en las obras de caridad ; pues si se obra por pura ostentación, la recompensa que se recibe por las alabanzas de los hombres, cesa con estas mismas obras. Al contrario, si se obra en vista de la gloria eterna, con ellas se recibirán las primicias ya en esta vida, y se recojerá una incomparablemente mayor en la otra. »

Un hombre llamado Pablo, se admiraba que Jesucristo no hubiese obligado al traidor Judas á tener los sentimientos de virtud que debería haber tenido después de las admirables lecciones que de ella le daba en sus divinos coloquios. Y él le respondió así : « ¿ Eso os sorprende ? A mi me sorprende más que teniendo el libre albedrío os admiréis de la prevaricación de ese traidor : No es por la fuerza ni por la coaccion como se obra la salud de los hombres ; es por la dulzura y persuasión ; pues siendo todos árbitros de su salud, son justamente recompensados o castigados según la elección que han querido hacer del bien ó del mal.

El estado más perfecto, escribió á uno llamado Martiniano, es no pecar jamás y nunca alejarse de Dios ; pero también es bueno arrepentirse sinceramente cuando se ha pecado, y por la penitencia elevarse más arriba de allí de donde se cayó. Luégo pues que hayáis caído del primer estado, no despreciéis el segundo medio que se os ha ofrecido para salvar vuestra alma, y ved que el descorazonamiento no acabe de perderos.

También dá una excelente lección á los pecadores, escribiendo al magistrado Casio : « No conviene que la gracia que Dios nos ha otorgado para hacer penitencia, nos sirva de motivo para pecar de nuevo, como si también nos hubiese de conceder la misma gracia. ¿ Cuántos han muerto sin tener tiempo para hacer penitencia ? Por otra parte, no creáis que los crímenes se espían tan fácilmente. Ordinariamente los vicios no se curan sino por una larga peniten-

cia : por los trabajos, ayunos, vigiliás, preces, limosnas. » Por fin, escribiendo á Arsenupio, lector, da este consejo á las personas de todos los estados : « Las riquezas son buenas, pero sólo lo son mientras uno hace buen uso de ellas y las administra sabiamente. La pobreza también es buena, pero para aquellos que la soportan con coraje y paciencia. Los honores son buenos, pero esto cuando uno se sirve de ellos para aliviar los afligidos y defender á los oprimidos. La humillación es buena, pero esto cuando se sufre con evangélica filosofía. La autoridad es buena, pero mientras el que la posee gobierna con equidad, y no se sirve de su poder para vengarse de sus inferiores. La fuerza es buena, pero sólo cuando se emplea para proteger al débil. Así es que no debemos acusar estas cosas en sí mismas, las cuales pueden servir de instrumento á la virtud y al vicio, según el buen ó mal uso que de ellas se haga ; sino que más bien se debe acusar la mala disposición de nuestro corazón, que hace que por un descuido de la salud, que no se puede concebir, nosotros hacemos mal uso de las cosas que son buenas. »

Hé aquí también algunas de sus sentencias : « Es hermoso hacer bien á los amigos ; lo es más hacerlo á los indigentes ; pero lo es muchísimo más y más meritorio hacerlo á los enemigos. El primero es un deber de razón, el segundo de humanidad, el tercero está por encima de todas las alabanzas. »

Si no está permitido, dice en otra carta, hacer limosna del bien mal adquirido, con mucha más razón será prohibido enriquecerse con él.

Es un mal el pecar ; pero es un bien más grande hacerlo sin remordimiento. Se debe uno abstener de los pecados más insignificantes, temiendo que nos arrastren á los mayores ; pues un vicio que al principio parece poca cosa, va siempre creciendo.

Tres cosas son necesarias á un cristiano ; la oración, la virtud y la fe. La oración es como el adorno, la virtud como el cuerpo, y la fe como el alma. Estas tres cosas hacen al hombre perfecto.

Si todos los hombres en este mundo fueran tratados según sus méritos, de suerte que los impíos sufrieran el castigo debido á sus crímenes, y los buenos recibieran la recompensa de su virtud, el último juicio sería inútil ; pero no lo será, porque los malos prosperan muchas veces en este mundo, y los justos con frecuencia son afligidos.

Dice que aun cuando seamos reos de crímenes tan enormes que nos parezcan irremisibles, el soberano Juez se nos presenta flexible desde el momento que recurrimos á su misericordia con un corazón verdaderamente contrito.

Dice también que aquel que se quiere vengar y no puede, es tan culpable como si ya lo hubiese hecho ; lo mismo que aquel que quiere dar y no puede ; porque se han de juzgar las cosas, no por su realización, sino por la disposición del corazón.

Cotejando los escritores sagrados con los profanos, hace notar que el estilo de los primeros es simple y sin ornamento, pero que el sentido es sublime y celestial ; mientras que los segundos no dicen nada que no sea bajo y despreciable, aunque en términos floridos y elegantes.

Pero es tiempo de hablar de los consejos que da á los solitarios. No los recogemos todos, pues habría para componer un volúmen ; ahí van solamente algunos de los principales. Dice á Nilo solitario, que los ancianos padres de la vida monástica se aplicaban principalmente al desprendimiento de las cosas de la tierra y á renunciar á su propia voluntad, y que siendo nosotros instruidos por sus ejemplos, debemos practicar lo que leemos de sus acciones,

Propone al mismo á san Juan Bautista por modelo de su conducta, y dice que se debe contentar con un vestido

de piel para cubrirse y con yerbas para nutrirse ; y que si esto le parece superior á sus fuerzas, que se sujete á las órdenes de su superior sobre los medios de adquirir la perfección de su estado.

He sabido, dice al monje Patrimio, que vos teneís la habilidad de hablar con elocuencia ; pero no ignoréis que no son las palabras sino las obras, lo que nos conduce á la perfección religiosa. Si queréis, pues, merecer las recompensas eternas, no os acariciéis por hablar con gracia sino poned todos vuestros cuidados en vivir bien.

Hace estos justos reproches á otro monje llamado Pedro : « ¿Quién no se admirará que habiendo abandonado las riquezas y los honores del siglo, y enseñado con esto el camino de la humildad á muchos, ahora abráis la puerta de vuestro corazón al orgullo, como si afectaséis insultar á la sentencia pronunciada en el Evangelio contra aquellos que se quieren elevar ? Acordaos de lo que prometistéis al entrar en el estado monástico. ¿No es por ventura la modestia, la humildad, la sumisión y las otras virtudes, de las cuales aquellas son como la raíz fecunda ? Practicándolas es como uno se hace imitador de Jesucristo ; mientras que dejándose arrastrar por los sentimientos del orgullo, se imita al ángel rebelde y por fin se sufre la misma suerte que él. »

Hace también fuertes reproches al monje Talaleo, porque se aplicaba á la lectura de los autores profanos. « Ah ! le dice, ¿ cuanto os compadezco, cuando veo que por vuestro estado sois del número de los discípulos del Señor, y no obstante os ocupáis en la lectura de los historiadores y poetas paganos ? ¿ y encontráis en ellos quien merece ser preferido á los libros que tratan de nuestra religión ? Todo cuanto han dicho con tanto cuidado y arte, no es más que fábulas y cuentos despreciables. Los dioses de que hablan, las grandes acciones de sus héroes, los combates que rela-

tan, todo esto no nos muestra más que pasiones y afectos corrompidos. Debéis, pues, temer que leyendo estas fábulas y estas obscenidades, abran de nuevo en vuestro corazón la llagas ya formadas, é introduzcan en vuestra alma un enemigo que os volverá peor de lo que eraís antes, por vuestra ignorancia y negligencia. »

Hé aquí las reglas de prudencia que dicta á Pedro superior de un monasterio, sobre la conducta que debía guardar para los neo-convertidos del mundo. No conviene, dice, proponerles de principio todas las austeridades de la regla, temiendo que se espanteu y desfallezcan. No conviene dejarlos sin ocupación y eximirlos de los trabajos ordinarios, por temor que se vuelvan tibios y perezosos; sino conducirlos poco á poco y como por grados á lo más perfecto, para que crezcan como se dice de Isaac en la Escritura. El mismo inconveniente se halla en sobrecargar demasiado á los principiantes, ó en tenerles demasiadas consideraciones; lo uno los descorazona, y lo otro los relaja.

Escribiendo al monje Luc, que había abrazado la vida monástica hacía poco tiempo, le habla en estos términos: « Vos os habéis sometido á un yugo pesado, vos que todavía no habíais sufrido ninguno; y yo temo que después que habéis cogido el arado del Señor, os falte el coraje y hagáis como aquel de quien nos habla el Evangelio, quien se propuso construir una torre sin haber previsto si tendría los materiales necesarios. Pero queréis llegar á ser un buen religioso? No toméis vuestra propia voluntad por regla de vuestra conducta, someteos más bien á las luces de aquellos que han cultivado esta viña espiritual y toda divina por espacio de largo tiempo y con mucho trabajo. De estos podréis aprender como debéis trabajar en ella. Sería del todo ridiculo pensar que, mientras con todo empeño y por todas partes se buscan los mejores maestros para aprender las materias viles y mecánicas, uno se basta á sí mismo

para aprender la divina filosofía, como si ésta fuera una cosa baja y despreciable.

La vida monástica, dice en otra carta, es el cumplimiento de los mandamientos de Dios. Ella no conoce ni la ira, ni la maldad, ni la ostentación, ni la avaricia, ni el amor de sí mismo ; en ella se estima la obediencia, en ella se sirve todo el mundo, en ella no hay solicitud para los bienes del cuerpo, en ella no se buscan más que los del alma. En ella muy lejos de hacer servir la lengua para maledicencias, no se emplea más que para alabar á Dios y rendirle acciones de gracias. En ella todo se hace con razon y sumisión, siguiendo la voluntad de aquel á quien la esperiencia, el trabajo y la elección de Dios ha encargado del gobierno ; y quien conoce bastante las impetuosidades de los vientos para evitarlas y garantir de ellas á los que están bajo su dirección.

No basta, escribe á los monjes de Pelusia, para ser verdaderos religiosos, llevar un manto y la barba. No se sabría creer que amáis el retiro, si se os viera con frecuencia en las villas y entre el tumulto del mundo. ¿Se podrá juzgar que labra el campo de Jesucristo, aquel que cultiva las espinas y abrojos de las voluptuosidades del siglo ? Aquel no llegará nunca á ser buen filósofo que no hace más que disputar sobre las combinaciones de las palabras ; y nunca adquirirá la pureza mientras busque las delicias de la mesa. Si queréis, pues, combatir legítimamente en la milicia espiritual en la cual estáis, combatid un buen combate, según la espresión del Apóstol, recortando de vuestros vestidos todo aquello que se resienta de la vanidad, aplicándoos con tranquilidad de espíritu á la práctica de la virtud, guardando el retiro y nutriéndoos con sobriedad.

Dá esta severa reprimenda á un monje quien, habiendo sido muy elevado, había correspondido mal á los cuidados que se habían tomado de él. El profeta, dice, compara á

aquellos que como vos, tienen el espíritu ligero, á la polvoreda que levanta el viento ; pues habiendo sido elevado por los cuidados del bienaventurado Amón, esperábamos que llevaríais frutos de virtud como un árbol cultivado y regado por diestra mano, mientras que vemos con dolor, que en lugar de guardar el retiro, no hacéis más que ir de casa en casa, no para aprender alguna cosa, sino para hacer el oficio de parásito, y buscar los placeres de la mesa. ¿ Quien puede ver tal conducta sin quedar penetrado de dolor, ya por el perjuicio que causáis á vuestra alma, ya por el mal ejemplo que dáis á los otros ?

La vigilancia y la dulzura, dice á un solitario llamado Juan, son los fieles compañeros de la profesión monástica ; y como practicaréis estas virtudes amando los buenos banquetes y la vanidad ? Si queréis ser un verdadero monje, seguid aquellas y renunciad á estos. Si al contrario queréis obedecer á la gula, ocuparéis inútilmente una plaza en la milicia del Señor, y serviréis más bien de ejemplo de relajamiento á aquellos que están metidos en este combate espiritual.

La vida monástica, escribe á otro solitario llamado Pacomio, es el reyno de Dios. En él no se admite afección alguna viciosa ; en él sólo se gustan las cosas celestiales y las virtudes. Ya pues que la habéis abrazado, cuidado que el pecado no os eche de esta mansión real, para reduciros á vuestra primera esclavitud. Esto no es fácil á aquellos que descuidan de levantarse por una sincera penitencia. Yo deseo que el Señor, quien os ha abierto la puerta de la salud, y quien se llama él mismo esta puerta, os conceda un espíritu humilde y dócil y el recogimiento de corazón, para llegar á este camino de justicia que conduce á la vida eterna.

Yo me alegro mucho, dice á Elias monje, del bien que se dice de vos, y sobre todo de las alabanzas que se dan á

vuestra fidelidad en los deberes de vuestro estado. Yo ruego al Señor que no permita jamás que os separéis de él ; sino que os clave en él para siempre por el áncora sagrada de la perseverancia, de manera que con vuestra sabiduría evitéis las tempestades del error y de la ilusión, y que lleguéis felizmente al puerto en donde estaréis al abrigo de las olas, y sobre todo de la vanidad, y en el cual gozaréis de una tranquilidad perfecta. Allí es donde ya no temeréis los vientos impetuosos de la tentación, ni las mugientes olas del orgullo, que ahora os esforzais en subyugar, temiendo que os sumerjan.

La santa filosofía que nosotros profesamos en la vida monástica, escribe al solitario Tomás, huye del ruido, y sólo se adquiere evitando el tumulto y la confusión. Por este medio, como por una escalera misteriosa, ella nos eleva á la perfección de la humildad, y nosotros nos libramos de los cuidados del siglo, y de las ocasiones peligrosas que hay muchas en la conversación del mundo ; por él llegamos al olvido de las cosas de la tierra y gustamos las dulzuras espirituales de la soledad. Mas si creemos que una profesión angélica no consiste más que en tener un manto, en llevar la barba y un bastón, mientras que con estas señales exteriores de monje, nos mezclamos con los seglares y escuchamos con placer las frívolas conversaciones del mundo, esto es como si nos glorificásemos de las apariencias del triunfo sin haber reportado la victoria combatiendo con valor. Yo digo más, en lugar de haber vencido no hacemos más que esponernos á los peligros del combate, ó más bien nos asemejamos á los perros que vuelven á comer lo que vomitaron, ó á los cerdos que se revuelcan en la inmundicia.

Había en Alejandría un monasterio de religiosas llamadas *Sandalarias*, tal vez, dice *Bulteau*, porque llevaban sandalias. San Isidoro les dirigió una carta en la cual les

decía que la debilidad de su sexo no les dispensaba de combatir generosamente contra los enemigos de su alma. Tenéis, les dice, el ejemplo de Susana, de la hija de Jepté y de Judith. La primera, aunque joven triunfó de los viejos ; la segunda sufrió con valor la muerte y conservó su virginidad ; la tercera recibió de lo alto, en recompensa de su pureza, el valor para dar muerte á Holófernes. Añadid á estos ejemplos el de la protomártir de vuestro sexo, la incomparable santa Tecla, quien hizo su virginidad inmortal con su constancia inquebrantable, y quien, á pesar de las tumultuosas ondados de las tentaciones, llegó felizmente al puerto de la salud, como una tea alumbrada por el ardor de su amor sagrado y por el esplendor de sus virtudes. Regulaos según estos ejemplos : combatid vigorosamente contra vuestros enemigos invisibles ; tened vuestras lámparas encendidas y no os dejéis sorprender en el sueño de la voluptuosidad, á fin de que el esposo, que siempre está á punto de presentarse, os encuentre en todo momento en estado de entrar con él á las bodas del cielo.

Ultimamente, recomienda á ciertas religiosas que no eran de clausura, que salgan raras veces ; pues, dice, no sabríais ir con frecuencia á la villa, sin menospreciar vuestro estado y sin exponeros á las flechas emponzoñadas que el enemigo lanzaría contra vosotras desde el medio del tumulto del mundo, y que causarían la muerte á vuestra alma.

EMILIO, ANDRÉS, BIARRÉS, COMAI, EUPROPIO,
AMONATHAS¹.

Se cree que Emilio moraba en Egipto, pero de él sólo se sabe un milagro para justificar á un solitario falsamente acusado de homicida; y que hace ver que éste era gran servidor de Dios.

Pasando el abad Emilio por cierta aldea, vió á muchos hombres que habían prendido á un buen solitario á quien acusaban de haber muerto á un hombre cuyo cadáver se había encontrado en su celda. Emilio llamó á parte á este solitario y le hizo sus preguntas para saber si era verdaderamente culpable, y juzgando por sus respuestas que era inocente, pidió en donde habían puesto el muerto; fué conducido á él, y habiéndose acercado dijo al pueblo que le seguía: « Rogad, hermanos míos; » él por su parte también elevó las manos al cielo para pedir á Dios que hiciese conocer la verdad, y al mismo tiempo el muerto volvió á la vida. Entonces Emilio le dijo delante de todo el mundo: « Decidnos quien os mató » — « Yo iba, respondió, á la iglesia, y confiaba al sacerdote mi dinero para que me lo guardara: pero cuando se lo hube entregado se arrojó sobre mí y me mató; después de lo cual para ocultar su crimen, vino á echar mi cuerpo en la celda de este solitario. Os ruego, pues, que retiréis este dinero y lo hagáis enviar á mis hermanos. » — « Esto basta, dijo el abad Emilio, descansad en paz aguardando el día de la resur-

¹ Vit. PP. *Evagre Cotelier*, Tillemont.

rección general. » Asi habiendo defendido á este hermano de aquella vil calumnia se retiró.

El abad Andrés recomendaba tres cosas á los solitarios : vivir lejos de su país, practicar la pobreza evangélica, y sufrir en silencio. Esto es cuanto sabemos de él. En el *Prado espiritual* se habla de dos abades Andrés, pero más modernos que aquél.

Tampoco estamos más instruidos sobre las virtudes de los abades Biarrés y Choma ó Comai. Biarrés habiendo sido consultado por un solitario sobre la regla que él como particular debía guardar le respondió : « Ayunad con moderación, trabajad medianamente ; pero guardad la celda y permaneced en ella pacífico, y obrareis vuestra salud. » Se cuenta del abad Choma, que estando en el lecho de la muerte, hizo estas recomendaciones á sus discipulos, que estaban al rededor de él para asistirle y recibir sus últimos consejos : « Hijos míos, huid de los herejes ; no ambicionéis el ser conocidos de los grandes del siglo ; estad siempre más dispuestos á dar que á recibir. »

Tenemos algo más que decir del abad Euprepio. Había cultivado mucho su espíritu con la lectura, lo que demuestra que estaba en una edad madura cuando entró en el estado monástico. Consultó, desde el principio de su profesión, á un anciano del desierto sobre lo que debía hacer para santificarse en su nuevo estado, y el viejo le contestó que jamás hablase sin ser preguntado. El comprendió al momento toda la extensión de este consejo, y cuanto contenía de perfecto, y lleno de admiración al mismo tiempo que penetrado de reconocimiento, se inclinó profundamente delante del viejo y le dijo, pidiéndole perdón por no haber practicado hasta entonces una lección tan saludable : « En efecto, Padre mío, yo he leído muchos libros, pero os confieso que jamás había aprendido una máxima que me fuera tan necesaria. » Asi se retiró con la intención de ponerla en práctica.

Esto se vió por los efectos ; pues llegó á tan grande desprendimiento de las cosas de la tierra, que á nada tenia apego, y se puso en estado de dar excelentes consejos á los otros después de haber practicado tan bien aquellos que él había recibido. Dos ladrones fueron un día á su celda y le robaron todo cuanto tenia. Muy lejos de resistirse y de manifestar disgusto, él mismo les ayudó á cargarse lo que se querian llevar, y como, después que se habian ido, se apercibiera que habian olvidado un bastón, corrió detrás de ellos llevándosele.

No se debe admirar que cediera tan fácilmente aquello que tenia, pues decia que aquello que vemos en este mundo no se debe considerar más que como una materia vil, que aún muchas veces nos da ocasión para pecar ; y que así cuando perdemos alguna cosa, bien lejos de afligirnos, mas bien nos debemos regocijar y dar gracias á Dios, pues esto nos es un motivo de menos solicitud, no teniendo más necesidad de velar para guardarlo.

Recomendaba mucho la confianza en la divina Providencia. « Ya que sabéis, decia, que Dios es tan fiel como poderoso, confiad, pues, en él, y os hará partícipes de sus bienes. Pero si desconfiáis de su Providencia, esto prueba que vuestra fé es débil. » Añadía en el mismo sentido : « Nosotros creemos todos que Dios es omnipotente, y que por tanto puede cuanto quiere. Si, pues, lo crééis así, confiad en él en todo y por todo. El puede igualmente haceros sentir las maravillas de su poder, como lo ha hecho á otros. »

Un día respondió á cierto hermano que le pedia consejos, que debía considerar los alimentos, los hábitos que llevaba, la cama en que se acostaba, como si no fuera más que heno, para inspirarse en un gran menosprecio de todas las cosas ; pero que debía conservar su corazón inquebrantable y endurecerlo con las penas y trabajos, de tal

manera que llegase á ser más duro que el hierro.

Dió también este consejo á otro hermano : « Conservaos en el temor del Señor y en la humildad ; juntad las lágrimas de la compunción con el ayuno y la abstinencia. » En fin, habiéndole pedido otro hermano como podría obtener el perdón del Señor, le dijo que lo obtendría, teniendo bajos sentimientos de sí mismo, no juzgando jamás á los otros, y viviendo en el despojamiento voluntario de todas las cosas.

Había cerca de Antioquía un monasterio de Euprepio, que databa de los principios del siglo quinto ; pero Evabrio, que habla de él, no dice quien era este Euprepio. Se debe por consiguiente distinguir de este de quien acabamos de hablar.

El abad Amonatás moraba en el vecindario de Pelusia y ocupaba un lugar distinguido entre los solitarios de esta región, como se ve por lo que vamos á referir. El gobernador de Egipto fué á Pelusia, y quiso someter á los religiosos de aquel país á la capitación lo mismo que á los seglares. En vista de esto los religiosos se reunieron en la celda de Amonatás para acordar reunidos lo que debían hacer, y resolvieron deputar á alguno de entre ellos para con el emperador para que los eximiera ; pero este abad les dijo que volvieran á sus celdas, y que allí redoblaran su oración y sus ayunos durante quince días, asegurándoles que con la gracia del Señor él solo terminaría este asunto según sus deseos.

Siguieron este consejo, y cada uno se retiró ; pero después de catorce días, viendo que él aún no había salido de su celda, empezaron á murmurar, diciendo que había abandonado la causa común. Fueron, pues, al día siguiente á su celda, según su convicción ; y entonces él les presentó las cartas del príncipe para su exención, y suscritas también por sus oficiales que estaban en Alejandría. Todos quedaron en extremo sorprendidos ; pero lo quedaron aún más

cuando habiéndole preguntado como las había obtenido, les dijo : « Hermanos míos, esta noche he sido trasportado al palacio del emperador, quien ha firmado este documento ; después de lo cual he venido á Alejandria, en donde he hecho suscribir á sus oficiales ; y en fin ahí lo tenéis delante de vuestros ojos. » Ellos quedaron atemorizados por una maravilla tan grande, y con muestras de veneración presentaron á Amonatás sus sentimientos de reconocimiento ; enseguida fueron á presentar estas cartas al gobernador, quien habiéndolas encontrado bien despachadas, no se atrevió á molestarlos más.

SAN NILAMON, SAN MELAS Y OTROS SOLITARIOS DEL EGIPTO ¹.

El *Martirologio Romano* hace memoria de san Nilamón cuyo edificante fin relata Sozomeo, y que se puede considerar como el efecto de su sincera y profundísima humildad.

Había á dos leguas y media de Pelusia una pequeña villa llamada Geras, cerca de la cual Nilamón se había construido una pequeña celda, cuya puerta había cerrado enseguida, y en donde vivía en gran retiro. Su principal propósito, dice Sozomeno, en encerrarse así, había sido evitar que se le elevase á las santas órdenes, como sucedía algunas veces á otros solitarios. Pero á pesar del silencio que guardaba, su clausura tan rigurosa hablaba bastante en su favor y hacía que los habitantes de la villa lo respetasen

¹ Vit. PP. Sozomeno, Tillemont, Cotelier.

más de lo que habría deseado. A la muerte de su obispo pareció pronto la estimación que le tenían ; pues presto echaron los ojos sobre él para sucederle. Fueron, pues, á su celda con esta intención ; pero de ningún modo pudieron obtener que consintiera en ello. Mientras ellos se ocupaban en vencer su resistencia, Teófilo de Alejandría llegó de Constantinopla, y el mal tiempo le obligó á permanecer en Geras. Por los habitantes vino en conocimiento de Nilamón y de que lo habían elegido para ocupar la silla vacante, y se juntó á ellos para determinar lo á aceptar este cargo.

Nilamón opuso igualmente á sus instancias las razones que su humildad le inspiraba. En fin, como viera que el patriarca no cejaba en sus instancias, le dijo : « Os ruego, Padre mío, me déis tiempo hasta mañana, para arreglar mis cosas, y entonces haréis de mí lo que queráis. » Teófilo no se descuidó de volver al día siguiente á su celda seguido de todo el pueblo, y quiso hacer abrir su puerta que estaba amurallada ; pero Nilamón le dijo : « Si os parece bien, Padre mío, antes haremos la oración. » — « Esto es justo, le respondió Teófilo, y me parece muy bien. » Nilamón, pues, se puso á orar, y orando entregó su espíritu á Dios. Mientras tanto Teófilo, que desde afuera aguardaba que él acabase de orar, viendo que el tiempo pasaba, lo llamó muchas veces ; y como no recibiera de él respuesta alguna, ordenó que se quitasen las piedras que cubrían la obertura de la puerta, y lo encontró muerto.

Su sorpresa y la de todo el pueblo fué extrema, pero sino lo pudieron tener por obispo, lo quisieron tener por abogado para con Dios. La resistencia que había manifestado á encargarse del episcopado, no la pudieron atribuir más que á su profunda humildad ; y su muerte tan inesperada, sólo la podían atribuir á la fuerza de su oración, que le había obtenido de Dios la gracia de morir antes que ser

expuesto á los peligros de esta eminente dignidad. Quedaron tan convencidos de una santidad tan bien marcada, que lo sepultaron con todo el decoro conveniente. Enseguida levantaron sobre su sepulcro una capilla en su honor, y todos los años celebraron en ella el día de su muerte con mucha solemnidad.

Su fiesta aún se celebraba en Oriente en tiempo del historiador Nicéforo, quien habla de ella. Sozomeno dice que su muerte no se debe llamar muerte, sino una verdadera vida en el cielo, pues no dejó la tierra sino para evitar el ser elevado á un honor del cual su extremada modestia le hacía creer ser indigno.

También tomamos del mismo autor lo que vamos á decir de san Melas y de su hermano Solón. Este gran Santo, á quien la Iglesia ha puesto en sus anales del 6 de enero, fué un intrépido confesor de la divinidad de Jesucristo. Se había ejercitado desde su juventud, en un monasterio, en el renunciamiento de todas las cosas de la tierra y de sí mismo; y habiendo sido hecho obispo de Rinocorura, ciudad situada en los confines del Egipto y de la Palestina, en esta dignidad conservó toda la simplicidad y desprendimiento de su estado de monje.

Su celo por la verdadera fé era demasiado conocido de los arianos para que le dejasen gobernar su Iglesia en paz. Fué puesto en la lista de los obispos ortodoxos, que dieron al emperador Valente, y como tal fué desterrado por órden de este príncipe con muchos otros obispos. No se sabe el lugar de su destierro; pero la manera como fué cogido para ser conducido á él, hace ver como con su virtud se había elevado sobre los honores del mundo y sobre sí mismo, y de que celo estaba abrasado para la gloria de Jesucristo.

Los que fueron á prenderle por órden del emperador, lo encontraron que preparaba las lámparas de la iglesia como

el último de sus ministros, ceñido de una toalla manchada de aceite y con méchas en la mano. Le preguntaron donde estaba el obispo ; pues ¿ como podían pensar que fuese él viéndole en esta ocupación ? El les respondió : « Está aquí y yo os haré hablar con él. » Al efecto les condujo á su casa episcopal, en la cual viendo que estaban muy fatigados, arregló la mesa, les sirvió él mismo la comida que tenía, les dió también agua con que lavarse, y por último les declaró que él era el obispo que buscaban. Estos oficiales no pudieron dejar de admirar una conducta tan generosa para con ellos, y al mismo tiempo tan humilde y caritativa. Fueron movidos por su virtud ; y declarándole la orden que habían recibido de la corte para prenderle, le ofrecieron la libertad de salvarse en donde mejor le pareciera. Pero les respondió : « Estoy muy lejos de rehuir la participación en los sufrimientos de los otros obispos que sostienen la misma fé que yo ; me considero demasiado dichoso en repartirlos con ellos. » Así fué conducido al destierro con los otros prelados, confesores de la divinidad de Jesucristo.

Su hermano, llamado Solón, al principio había emprendido la profesión de comerciante ; pero dejó luégo su negocio para entrar en el monasterio de un excelente abad llamado Denis, que estaba en el vecindario de Rinocorura. Allí por los medios que su estado le sugirió y por la gracia del Señor, se elevó á una virtud tan eminente, que le hizo digno con el tiempo de ocupar la silla de su hermano después que éste hubo muerto. Nada sabemos de particular sobre este abad Denis, ni nada más de Solón, sino que siguió fielmente las huellas de san Melas en el gobierno de su diócesis ; que estaba lleno de celo y de piedad para la religión, y que tenía para el prójimo una ternura y caridad verdaderamente pastorales. Este es el elogio que Sozomeno nos ha dejado de él.

El mismo autor dice que la iglesia de Rinocorura desde

su establecimiento estaba en disposición de tener santos obispos ; y que habiendo siempre observado muy religiosamente sus ordenanzas, no había cesado de producir varones distinguidos por su santidad. Que aún más de sesenta años después de la muerte de san Melas, el clero se había tan bien conservado en la regularidad eclesiástica, que todos aquellos que la componían habitaban en una misma casa, comían en una misma mesa, y todo lo poseían en común, como se lee de la iglesia de Jerusalén en tiempo de los Apóstoles ; lo que se puede considerar como el fruto del celo de san Melas y de otros santos obispos que le habían sucedido.

En la Arabia vecina al Egipto, que por esto en la *Historia monástica* comunmente se llama la Arabia de Egipto, habitaba Juan de Persia con otros muchos solitarios, de los cuales uno de ellos, llamado Santiago, era ecónomo ó procurador. Juan con su aplicación á la práctica de las virtudes religiosas había llegado á una gran simplicidad y á una inocencia perfecta. Imitaba la hospitalidad de Abraham, la dulzura de Moisés, la santidad de Aaron, la paciencia de Job, la humildad de David, la solitud de san Juan Bautista, las lamentaciones de Jeremías, el cuidado que tenía san Pablo de instruir á los otros, y la fe de San Pedro. Esto es lo que se ha dicho en sus *Actas*, y lo que le daba una entera confianza en la misericordia del Señor. Sobre lo cual preguntándole un hermano si, después de tantos trabajos que sufría para obtener el reyno de Dios, tenía motivo de esperanza en poseerlo, les respondió que sí ; porque habiendo tratado de practicar todas estas virtudes, él sabía que Dios, quien había prometido á aquellos que lo harían su reyno celestial, era fiel en sus promesas. Así, añadía con fé y humildad, yo creo tan firmemente como el buen ladrón que aquel que por su bondad me ha hecho tantas gracias, también me dará su reyno.

Algunas veces se hubiera dicho que llevaba la modestia demasiado lejos, sino supiéramos que aquello que no sería excusable en otros, á veces es digno de elogio en los Santos por la intención que se proponen; pues no quiso reprender á un solitario á quien vió caer en un gran pecado, diciendo en si mismo. « Si Dios, que ha criado á este hermano, no hace caer el fuego del cielo sobre él para castigarlo de su pecado, ¿ quien soy yo para atreverme á corregirle? »

Lo que más se admiraba en él, es que cuando se le pedía algo prestado, no lo entregaba él mismo; sino que decía simplemente: Tomad cuanto necesitéis. Si luego se lo devolvían, rogaba que lo pusieran allí de donde lo habian tomado; y, sino se lo devolvían, guardaba silencio como si nada hubiese prestado.

El mismo en cierta ocasión tuvo necesidad de pedir prestado un escudo para comprar lino que empleaba en sus obras. Enseguida muchos otros hermanos se le presentaron unos después de otros á pedirle de aquel lino, á quienes dió con alegría. Esto fué causa que cuando el hermano que le había prestado el escudo vino á pedirselo, no estuvo en estado de devolvérselo; pero le prometió que lo haría cuanto antes, y al efecto se fué á encontrar al solitario Santiago, quien como hemos dicho era el administrador de este lugar. Yendo allí encontró en el camino un escudo, y muy lejos de recogerlo, se puso á orar y volvió á su celda.

El hermano se le presentó por segunda vez para retirar su escudo, y Juan le rogó que aguardara un poco más, que con seguridad se lo remitiría bien pronto. En efecto, se dirigió de nuevo á Santiago, encontrando en su camino el escudo que había visto la primera vez, también hizo lo que entonces. No obstante el hermano á quien lo debía se le presentó por tercera vez, apretándole mucho. Juan al mo-

mento recurrió al ecónomo Santiago, y encontrando en su camino el mismo escudo que ya había visto, lo tomó y lo llevó al ecónomo, relatándole cuanto le había sucedido y rogándole lo hiciera pregonar por tres dias en la ciudad. Santiago lo hizo, pero nadie lo pidió. Entonces Juan le dijo: « Ya que nadie reconoce haberlo perdido, me voy á cogerlo y lo daré al hermano á quien lo debo ; pues os confieso que cuando encontré este escudo por primera vez, yo para satisfacerlo, venía á vos para que me prestaseis uno, o me lo dieseis por amor de Dios ; » Santiago admiró la moderación con la cual había diferido tanto el tomar este escudo en la apremiante necesidad en que se encontraba.

En otra ocasión dió tambien una prueba muy edificante de su virtud. Dos facinerosos se presentaron á su celda para ultrajarle ; pero él bien lejos de ofenderse por ello ó de turbarse, los recibió como amigos, preparándose para lavarles los piés. En vista de esto quedaron ellos tan conmovidos, y al mismo tiempo avergonzados de su mala intención, que se postraron á sus piés le pidieron perdón, y se retiraron con sentimientos de contrición de sus crímenes.

Sin duda que Dios le había concedido el don de milagros ; pues parece que los poseidos del demonio se le dirigían para ser librados por sus oraciones.

Se ha hablado en el tercer libro *de los Padres* de siete solitarios de la Arabia, que fueron cruelmente atormentados por los Sarracenos. Uno de ellos se llamaba Juan. Se ha creído que este podría ser aquel de quien acabamos de hablar ; pero ninguna prueba de ello tenemos.

Nada de particular sabemos del ecónomo Santiago de quien venimos hablando. Puede que sea el mismo que el abad Jacob, quien llevaba las noticias del abad Matoé á Juan de las Celdas ; pero en esto no hay razón de confundirlo con el abad Santiago el Cojo. Se encuentran algunas senten-

cias en la *Colección de los Padres*, bajo el nombre del abad Santiago, las cuales pueden pertenecer á este. Hablando del otro ya las hemos relatado.

Hubo dos solitarios llamados Majethes, de los cuales el uno era más anciano que el otro. No consta donde moraba el primero; el segundo concluyó sus días en el desierto de Sina. Lo colocaremos aquí, por haber sido formado en las virtudes religiosas en el desierto de Egipto.

Majethe el anciano vivía en un perfecto desprendimiento de todas las cosas. Ni siquiera tenía una celda en la cual se cobijara: la dejaba con la misma indiferencia para permanecer en otra parte, como si jamás hubiese tenido; y viviendo únicamente para el cielo, se consideraba sobre la tierra, como si no tuviera mansión alguna permanente. Todos sus bienes consistían en un instrumento de hierro, de que se servía para hacer cada día tres cestas de palmas, con cuyo trabajo se mantenía.

El otro Majethe más joven desde un principio se quedó en los desiertos de Scete y de la Tebaida, en donde fué instruido por los ancianos en los deberes de la vida monástica, y en particular por los santos Sisoe y Pemenio, dos resplandecientes lumbreras de la soledad. Lo formaron muy en particular en la humildad; é hizo tantos progresos en ella, que se loa muy particularmente de haber sobresalido en esta virtud. No comía más que un pan cada dos días; pero como un anciano le fuera á visitar en su celda y le pidiera cuenta de su conducta, le aconsejó que no pasara un día sin comer á lo menos la mitad de un pan, á lo cual se sometió al momento; pues no estaba prevenido en favor de su propio juicio, y era piadoso con docilidad.

Después que se hubo aprovechado mucho de los consejos de los ancianos se puso en estado de darlos á los otros. Así es como dió un excelente consejo sobre las cosas de que los religiosos deben hablar entre sí de cuyo consejo no

sería mal que todo el mundo se aprovechara : « En otro tiempo, dice, nos reuníamos y hablábamos de cosas útiles á nuestras almas ; con esto nos animábamos mutuamente los unos á los otros como dos coros que alaban y dan gloria á Dios ; lo que nos conducía al cielo. Ahora sucede lo contrario : nos reunimos, pero insensiblemente nos tomamos la libertad de calumniar, de maldecir á los otros ; así, muy lejos de santificarnos con nuestros coloquios, nos ponemos en peligro de perdernos y de caer en el infierno. » El abad Majethe terminó sus días en Sina, en donde había establecido su mansión un poco más abajo de la orilla.

Eulalio era cenobita, pero no se sabe en que monasterio. Practicó la humildad con tanta perfección, que parece no podia llegar ya mas allá. Por fuera no exhibía virtud alguna particular que le pudiera singularizar, no deseando más que ser confundido á los ojos de los hombres y hacerse únicamente agradable á los de Dios. Sea que el demonio quisiera arrastrarlo á la impaciencia, ó hacerle perder el fruto de su humildad ; sea que Dios lo permitiera para hacerle crecer en gracia y en mérito, sucedía muchas veces que, cuando se rompía algun vaso, ó se estropeaba otro mueble cualquiera, ó se cometian otras faltas semejantes, los culpables se lo imputaban á él, por mas que fuera muy inocente, pero en lugar de justificarse, al momento se postraba en tierra, se acusaba de ser un pecador y un negligente, y no solo sufría con silencio los reproches que le daban, sino que practicaba humildemente y con una dulce paciencia las penitencias que le imponían ; las cuales, según las reglas del monasterio, algunas veces consistían en hacerle pasar dos ó tres dias sin comer.

En fin, estas acusaciones se hicieron tan frecuentes, que casi todos los hermanos, y sobre todo los ancianos, viendo que jamás se justificaba, y confirmándose por esto en la idea de que era culpable, manifestaron á su abad que la ne-

gligencia de Eulalio ya no se debía tolerar más, que casi todos los muebles se habían roto por su culpa, que su conducta escandalizaba á la comunidad, que traía un perjuicio demasiado grande al monasterio, y por conclusión que convenía espulsarlo. El abad, que sin duda era un varón de Dios como se vió en esta ocasión, los apaciguó diciéndoles que tuvieran paciencia algunos días más, y que después se vería como se debiera proceder. Sin embargo, él recurrió á la oración para obtener del cielo las luces necesarias, y postrándose en su celda á los piés del Señor, le suplicó le manifestara su voluntad sobre Eulalio, su súplica fué oída, y luego reunió á todos los religiosos diciéndoles : « Creedme, hermanos míos, yo estimo en más una espuerta de Eulalio con su humildad y paciencia, que todas las obras que hacen para bien del monasterio aquellos de entre vosotros que trabajando, no cesan de murmurar allá dentro de su corazón. Pero para haceros ver como Dios mira á este á quien acusáis y á quien queréis expulsar por su pretendida negligencia, traed aquí cada uno vuestra cesta. »

Se cumplieron sus órdenes, y al mismo tiempo mandó que se encendiera un gran fuego, al cual arrojó todas estas cestas, que al momento quedaron consumidas á excepción de la de Eulalio, á la cual por milagro el fuego respetó.

En vista de esta maravilla los hermanos quedaron aterrizados. Se postraron todos, acusándose y pidiendo perdón á Jesucristo, y ensalzando en sus sentimientos de admiración la paciencia y la humildad de Eulalio, y desde entonces ya no lo consideraron más que como uno de los más excelentes solitarios, dándole en todas las ocasiones muestras de la mayor veneración. El humilde Eulalio, que no deseaba más que humillaciones, sufría muchísimo por el bien que se predicaba de él, y por las pruebas de estimación que recibía de sus hermanos. Se decia á sí mismo gimiendo : « Desdichado de mí que pierdo aquí el fruto de

mis prácticas de humildad que he tratado de adquirir durante tanto tiempo con el auxilio de Jesucristo. » Por esto tomó la resolución de fugarse del monasterio y aprovechando el silencio de la noche, se fué á un desierto donde esperó no ser conocido de nadie y fijó su domicilio en una caverna, Así este gran servidor de Dios, concluye él que cuenta esta historia, se quiso sustraer á la estimación y á las alabanzas de los hombres, no ambicionando más que recibir de Jesucristo, en precio de sus trabajos, la gloria celestial que está reservada en la vida futura á las almas humildes y fieles.

El abad Portas ó Portasio sólo nos es conocido por su paciencia y su desprendimiento de la vida en el estado de enfermedad al cual la Providencia lo había reducido. No pudiendo trabajar para su sustento, vivía de la caridad de los hermanos; pero quería se la hicieran puramente por amor de Dios. Pues, decía, si me traen algo por el amor que me tengan, ó por otra consideración, yo no lo quiero; porque por una parte pierden el mérito delante de Dios, y por otra no les puedo corresponder, pues no estoy en el estado del reconocimiento. »

Decía también : « En cuanto á mi vida, toda la abandono á los brazos de Dios; si él me la quiere conservar encontrará muy bien el medio para ello; pero si no quiere, porque lo he de querer yo? »

El abad Romano no es más conocido que el abad Portas de quien acabamos de hablar. Sólo se ha dicho de él que estando cerca de la muerte dijo á sus discípulos que le pedían un postrer consejo para bien conducirse : « Hijos míos, yo jamás he mandado algo á alguno de vosotros, que antes no haya tratado de disponer mi corazón para que no se ofendiera si aquello que quería no se hacía como yo había deseado; y vosotros habéis experimentado que obrando así hemos vivido reunidos en grande paz. » Hay

un otro Romano natural de Rosa en Sicilia, que moró cerca de Antioquía ; del cual hablaremos en su lugar.

Xoio era de la Tebaida. Quería que los monjes fueran regulados y sobrios en el comer y el beber, sobre lo cual habiéndole un solitario preguntado si creía ser demasiado el comer tres panes, respondió : « ¿ Habéis, pues, venido á una era haciéndoos monje? » — « Y, añadió el solitario, ¿ será también demasiado el beber tres vasos de vino? » — « Esto no será demasiado, respondió, si en él no está el demonio ; y lo será, si está. En fin los monjes que quieren vivir según Dios no deben usar el vino. »

Hizo un viaje á monte Sina ¹, y como volviera de él, un monje de este desierto gimiendo le manifestó, que sufría muchísimo porque hacía mucho tiempo que no había llovido. « ¿ Y porque no os dirijis á Dios? » le dijo Xoio. — « Ah! le dijo el hermano, nosotros rogamos y cantamos las letanias. » — « Se debe, pues, creer replicó el viejo, que no lo hacéis con la debida atención. » Habiendo dicho esto se puso á orar elevando las manos al cielo, y al momento vino la lluvia. Este hermano extraordinariamente sorprendido, se postró delante de él de rostro contra la tierra, y enseguida fué á contar á los otros solitarios esto que había sucedido. Ellos dieron por esto acciones de gracias á Dios ; pero Xoio temiendo las alabanzas que se le preparaban se retiró al momento.

¹ Bulteau pone á Xoio entre los solitarios del monte Sina ; pero por lo que de ello dice Cotelier parece que solamente hizo allí un viaje. Hay apariencias de que moraba en un desierto que no estaba lejos de él, lo que nos ha determinado á colocarlo aquí.

MONJES DE CANOPIA Y DEL VECINDARIO ¹.

La ciudad de Canopia, situada en una isla del Nilo, á cuatro leguas de Alejandria fué en tiempo de los paganos una de las más famosas de Egipto. Había allí un gran número de templos ²: en ellos se enseñaban las letras sacerdotales de los Egipcios y aún la magia. Los extranjeros acudían allí en gran número, atraídos tanto por la bondad del lugar, que era muy sano y delicioso, como por la superstición; y el crimen estaba allí tan acreditado como la idolatría. Pero en tiempo del emperador Teodosio estos templos y las cavernas destinadas á los misterios de iniquidad fueron arruinados, y en su lugar se construyeron iglesias y monasterios. Esto dió ocasión al célebre sofista Eunapio, que vivía en aquel tiempo y que estaba extremadamente adherido á la idolatría, de declamar con furor contra la memoria de los mártires, cuyas reliquias se metían en los lugares santos, y contra los monjes que se colocaban allí para guardarlas. Pero como Dios hace servir la malicia de los malos para su gloria por los inescrutables designios de su Providencia, esta invectiva de Eunapio, hoy nos sirve contra los novadores, para demostrar que desde los tiempos de este pagano, los cristianos respetaban las reliquias de los Santos, que iban con devoción á postrarse

¹ Sulpicio Severo, Bulteau.

² El principal templo de Canopia era el de el dios Serapio, cuyas atribuciones no son bien conocidas y á quien los Griegos identificaron con Phiton, Esculapio y Júpiter. En tiempo de los Ptolomeos Serapio tuvo templos en Grecia y en Italia.

sobre sus sepulcros, que les reconocían por sus intercesores para con Dios y que guardaban con gran respeto sus imágenes en las cuales estaban representados los suplicios que ellos habían sufrido.

Así es como el error de Eunapio nos ha provisto de armas para combatir los nuevos errores, y como este sofista también sirve á pesar suyo para confirmar nuestra fé contra nuestros enemigos, siempre que se atrevan á levantarse contra ella. Además nos enseña que ya entonces había monjes cuyo hábito era negro ; y diciendo que ellos bajo la apariencia de hombres llevaban una vida de puercos, nos da á entender cual era su pobreza y mortificación, pues se abstentian de los baños, mientras que los sacerdotes egipcios se bañaban hasta tres veces cada día, y se ungián con aceites odoríferos ; pues no les podían reprochar que hicieran buenas comidas, cuando su vida era tan sobria que no podía serlo más.

Uno de los más famosos templos de la isla de Canopia fué cedido á los religiosos de Tebas para servir de monasterio. Se le llamó *Metaneo*, es decir, penitencia, y á esta casa se le conservó el mismo derecho de asilo que había tenido cuando servía á los paganos. Algunos autores han creído, con motivo de este nombre, que este era el monasterio de la Prisión, ó de aquellos famosos penitentes de quien nos habla san Juan Climaco ; pero nosotros nada hemos hallado que nos determine á creerlo. Hay probabilidad, como dice Bulteau, que se llamó así, unicamente porque este lugar fué manchado desde su origen por las abominaciones de los paganos, cuando por un feliz cambio, esta isla, en donde antes reynaba la disolución y la impureza, se había convertido en retiro de santos religiosos, que sin cesar ofrecían á Dios sacrificios de justicia con la austeridad de sus ayunos. Parece que san Jerónimo confirma esto que decimos en el prefacio que puso al principio de su traduc-

ción de la *regla de san Pacomio*. Hizo esta traducción en favor de algunos latinos que fueron á Canopia y á otros monasterios de la Tebaida á hacerse religiosos, pues no entendían el idioma del país.

Sulpicio Severo habla en sus *Diálogos* sobre las virtudes de los solitarios de Oriente, de muchos monasterios que estaban al otro lado del vecindario del Nilo, cuya disciplina era perfecta. Posthumiano, á quien hace hablar, al principio dice, que navegando para Alejandría, el viento del mediodía, que les era contrario, les obligó á clavar áncoras frente de una tierra que les era desconocida, á la cual dentro de sus esquifes se fueron para instruirse de las costumbres de sus habitantes.

« Habiéndome alejado, dice Posthumiano, cerca tres leguas de la orilla, divisé una caverna muy baja entre dos montones de arena, en la cual encontré á un buen viejo vestido de piel quien hacía dar vueltas á una muela, y quien nos recibió con mucha humanidad. Le dijimos que la tempestad nos había tirado á aquella costa, y que la gran calma que le había sucedido nos impedía emprender de nuevo nuestra navegación. Añadimos que éramos cristianos y que deseábamos saber si había alguno en aquel desierto.

Entonces este buen viejo llorando de alegría se echó á nuestras plantas, nos abrazó, y nos invitó á orar. Enseguida puso en el suelo dos pieles de castrón, nos hizo sentar y nos presentó, para cuatro que éramos, la mitad de un pan de cebada con un puñado de yerba, cuyo nombre he olvidado, que se parece á la menta, pero que tiene muchas hojas y sabe á miel. Su extrema dulzura nos gustó muchísimo y aún nos saturó.

« Al día siguiente habiéndose reunido algunos de los habitantes para vernos, nos dijeron que este viejo era sacerdote, lo que él había tenido buen cuidado de ocultarnos. Fuimos con él á la iglesia, que estaba á tres leguas de allí.

Estaba hecha con ramas de árboles entrelazadas, y era poco más hermosa que su cueva, en la cual no se podía estar derecho.

Tal es la primera relación de Posthumiano. Por la descripción que hace de este buen viejo parece que era un santo solitario que había sido ordenado sacerdote para los habitantes de aquel país muy pobre é incómodo; pues dice Posthumiano que estaba cubierto de una alicna ligera y ardiente; que allí no crecía ni el grano, ni aun las yerbas, á excepción de ciertos lugares en los cuales había algunas eminencias que ponían el terreno al abrigo del viento del mediodía, donde siendo la tierra más sólida producía algunas yerbas groseras en pequeña cantidad propias para nutrir los castrones.

La mayor prueba de la virtud de este solitario es que era muy pobre y amaba su pobreza. « Pues, dice Posthumiano, yo le ofrecí diez escudos de oro, y él los rehusó diciéndome con profunda sabiduría, que con el oro la Iglesia más bien se arruinaba que se edificaba. Sólo recibió algunos hábitos rindiéndonos muchas acciones de gracias. »

Después de esto Posthumiano relata la continuación del viaje que hizo á Alejandría, y llegando á los solitarios habla de ellos en estos términos: « Yo visité los monasterios situados en gran número sobre las dos orillas del Nilo. En cada uno ordinariamente hay cien religiosos; pero en algunas aldeas llegan hasta dos ó tres mil. Pero no penséis que por ser tan numerosos, practiquen menos los deberes de su estado. Su principal regla es vivir bajo la obediencia de un abad, y no hacer nada por su propia voluntad, sino someterse en todas las cosas á la de aquél.

Así á nadie se recibía en el monasterio sin haberle antes probado de tal suerte, que se le hubiese reconocido incapaz de desobedecer á mandamiento alguno del abad, por más gravoso y difícil que pudiera ser. Y si algunos de entre

ellos conciben el deseo de entrar en una perfección más alta, y de ir por eso al desierto para llevar allí una vida más solitaria y retirada, no lo ejecutan sino después de haber recibido el permiso, siendo su principal virtud el someterse á la autoridad de otro ; y cuando están en el desierto se les provee por órden del abad de pan ú otro alimento.

« Cuando yo llegué, continua Posthumiano, sucedió que el abad de uno de estos monasterios envió pan por dos jóvenes, de los cuales el uno tenía quince años y el otro doce, á un solitario que se había retirado hacía poco en el desierto á seis millas ó diez leguas del monasterio. A su regreso encontraron una serpiente de una grandeza extraordinaria que llevaba su cabeza muy alta, lo que les debía espantar mucho ; pero cuando estuvo cerca de ellos bajó la cabeza, y el más joven la cogió sin temor alguno, la envolvió con su manto y la llevó como en triunfo al monasterio. Enseguida desplegó su manto delante de todos los hermanos, y con complacencia arrojó al suelo esta monstruosa bestia que había traído cautiva.

« Los religiosos alabaron mucho la virtud de estos niños ; pero el abad más discreto, temiendo que se hinchasen de orgullo en una edad tan tierna, les reprendió severamente por haber descubierto el milagro que Dios había hecho en su favor y haberlo considerado más bien como un efecto de su fé que del poder divino, y para castigarles de ello los hizo azotar á los dos.

« El solitario á quien habían llevado el pan supo el peligro que habían corrido, y como enseguida habían sido castigados. Suplicó al abad que no le mandara nada más, y así sufrió el hambre durante muchos días, teniendo su espíritu apoyado en Dios, por más que su cuerpo estuviera abatido por el ayuno. Como estuviera en este estado, Dios puso en el corazón de su abad el deseo de visitarle para reconocer con un cuidado caritativo cual podía ser su ali-

mento. Este fervoroso solitario ya lo vió venir de lejos, le salió al encuentro, le rindió gracias por su caridad, y le condujo á su celda.

« Como entrasen juntos en ella, vieron una cesta hecha de hojas de palmera colgada á la puerta y llena de panes. Por el olor juzgaron que este pan era caliente, y al cogerlo hallaron que parecía acababa de salir del horno; pero no tenía la forma de los panes de Egipto. Llenos de admiración reconocieron en estas señales que era un presente del cielo. El solitario lo atribuyó á la virtud de su abad y el abad á la viva fé del solitario. Rompieron este pan celestial con alegría, y el abad á su vuelta al monasterio llevó de él á los hermanos. Este milagro les tocó tan fuertemente y les inflamó de un deseo tan ardiente de irse al desierto, que sentían haber estado hasta entonces en sociedad con los hombres. »

Posthumiano también relata el ejemplo admirable de obediencia de un religioso nuevamente recibido en uno de estos monasterios: « Habiéndose, dice, presentado un hombre al abad para ser puesto en el número de los hermanos, éste le propuso la obediencia como condición principal para ser recibido. El postulante prometió guardarla toda su vida, y no encontrar para esto nada difícil.

« El abad por casualidad tenía en su mano un bastón que hacía mucho tiempo estaba seco; lo hundió dentro de la tierra, y le mandó que lo regara hasta que reverdeciera en esta tierra que era caliente. El discípulo obedeció al momento, y todos los días iba á sacar agua del Nilo, que distaba de allí cerca de dos millas, llevándola sobre sus espaldas. Pasó dos años en este penoso trabajo sin interrupción y sin perder el coraje, bien que nada esperaba según las leyes de la naturaleza; pero al fin Dios recompensó al tercer año su obediencia con un milagro; pues tuvo entonces el consuelo de verlo reverdecer, y yo mismo vi, añade Pos-

thumiano, el arbusto que produjo, que aun está en el patio del monasterio lleno de vigorosas ramas, que son como un continuo testimonio del mérito de la obediencia y del poder de la fé. »

DISCIPLINA MONASTICA DE LOS SOLITARIOS DEL EGIPTO¹.

Hemos dicho que el bienaventurado Casiano, después de haber visitado à los solitarios de Egipto y de los desiertos vecinos, y de haberse instruido en su disciplina, como lo estaba ya en la de la Palestina y Mesopotamia ; por fin paró à Marsella en donde fundó el célebre monasterio de san Victor. Castor obispo de Apt, que había establecido un monasterio en el vecindario de su ciudad episcopal, queriendo dar à los monjes que allí había reunido una regla que pudiesen seguir con uniformidad, se dirigió à él para saber la disciplina que había visto practicar à los solitarios de la Palestina y del Egipto, y que él mismo hacía observar en su monasterio de Marsella, lo que nos ha procurado sus *Instituciones monásticas* y sus *Conferencias*, con las cuales nos enseña las costumbres y la doctrina espiritual de esos grandes maestros de la vida religiosa ; obra que siempre ha sido muy estimada de santos y sabios, y si se exceptúan algunas ideas sobre las materias de la gracia, que la Iglesia después de mucho tiempo ha condenado y que este célebre escritor sostuvo antes que la iglesia definiera sobre ello.

Daremos aquí el resúmen de sus *Instituciones* que contienen la disciplina monástica de los monjes de Oriente,

¹ Casiano.

principalmente de los de Egipto y de los otros desiertos del Africa ; ellas siempre nos instruirán más en las santas costumbres de esos fervientes religiosos. Esta obra se divide en doce libros, tratando los cuatro primeros de la disciplina, y los otros de los vicios capitales, de sus causas y de los medios de curarlos.

En el primer libro habla del hábito de los monjes, empezando : 1º Por el cíngulo, con el cual dice que un religioso siempre debe tener ceñidos los riñones, como un soldado de Jesucristo que siempre está preparado para el combate ; lo que confirma por extenso con el ejemplo de los profetas y apóstoles.

« La escritura, dice, nos hace ver que aquellos que en el Antiguo Testamento echaron los primeros fundamentos de esta profesión santa, como Elías y Eliseo, llevaron un cíngulo. Vemos enseguida que los príncipes y los primeros Santos de la nueva ley, San Juan, san Pedro, san Pablo y otros también lo llevaron durante su vida. »

2º Pasando luego al hábito monástico, dice que el religioso en sus vestidos no debe buscar más que cubrirse simplemente y defenderse contra el frío, y no nutrir su vanidad, ni satisfacer su orgullo... Que estos vestidos deben ser tan ordinarios, que nada tengan ni en su color, ni en la novedad de su forma que los haga singularizar entre las otras personas de la misma profesión. Que en ellos se debe evitar de tal manera toda suerte de afectacion, que no se busque un desaliño y una baieza demasiado estudiados... Que por esto los mas sabios de entre estos anacoretas siempre han despreciado este hábito de piel llamado *cilicio* ; que han creído que era demasiado singular, y que pudiendo ser demasiado notado por los otros, no servía para el bien de las almas y podía causar la vanidad... Que si se hallan personas de gran piedad que han llevado este vestido, no se debe establecer una regla general por aquello que un pe-

queño número de personas ha practicado. Que esto ha sido un privilegio particular de su excelente virtud ; pero que su práctica en esto no debe prevalecer sobre la regla común y establecida por los ancianos. »

Casiano, hablando aquí del *cilicio*, no pretende condenar aquel que los santos penitentes ocultan bajo sus hábitos y llevan pegado sobre la carne para mortificarla ; sino que sólo reprueba un hábito que se lleva por encima compuesto de piel de camello ó de cabrón, que puede ocasionar la vanidad, ó quitar la libertad de trabajar.

3º Enseguida habla de la cogulla y dice : « Que el hábito de los solitarios de Egipto tenía cosas que no habían sido instituidas tanto para la comodidad del cuerpo como para la formación de las costumbres, á fin de que hallasen en la misma forma exterior de su vestido, objetos que los excitasen á guardar la simplicidad y la inocencia de la vida. Que llevaban día y noche pequeñas cogullas que descendían de la cabeza sobre lo alto de las espaldas y que cubrían solamente su cabeza, á fin de que se acordasen de imitar continuamente la inocencia y la simplicidad de los niños, llevando el mismo hábito y el mismo velo que ellos. »

4º Dice también que llevaban pequeñas túnicas de lino cuyas mangas no descendían más que hasta el codo, para enseñarles á recortar las acciones del siglo y á morir á la tierra. Que también tenían dos pequeñas bandas de lana que, descendiendo de lo alto de las espaldas, se separaban y venían á unirse sobre el pecho cerrando el hábito y apretándolo sobre el cuerpo, para que tuvieran el brazo libre para toda suerte de trabajo. Que aun por encima de esto tenían un pequeño manto que cubría el cuello y los hombros, cuya forma estrecha y grosera materia les era una lección de pobreza y humildad. Y que en fin la última parte del vestido era una faja de piel de cabra ó de oveja, lo que indicaba que los solitarios debían mortificar sus pasiones,

sin permitir que les quedase nada de los arrebatos de su juventud y de su ligereza pasada.

5º Dice además que llevaban un bastón cuando viajaban, á imitación de los santos del Antiguo Testamento (IV. Reg. 4, 29), para advertirles que jamás deben marchar sin las armas espirituales al medio de los vicios, que como perros ladran sin cesar al rededor de nosotros tentándonos; sino que los deben arrojar lejos de ellos con la señal de la cruz, el recuerdo de la pasión del Salvador y la imitación de sus sufrimientos.

6º En fin dice que ordinariamente andaban á piés desnudos, á no ser que el rigor del frío en las mañanas de invierno ó los excesivos calores del mediodía durante el verano, ó la debilidad del cuerpo les obligase á cubrir la planta del pié con las sandalias, que no obstante se quitaban cuando celebraban ó recibían los santos misterios; y esta desnudez de piés les enseñaba que siempre debían estar preparados para correr en la carrera espiritual, abandonando los cuidados del siglo.

Después que Casiano en su primer libro ha dicho cuales eran los hábitos de los solitarios, en el segundo habla del reglamento para las preces y los salmos y de que manera se portaban allí. Al principio dice que la costumbre no era uniforme en todas partes. Que había quienes siguiendo más bien su celo que la ciencia, habían establecido sobre esto prácticas diferentes; creyendo algunos que convenía decir cada noche veinte ó treinta salmos ó aun más, y prolongar la oración con el canto de las antifonas y de otras oraciones. Que en consideración á los oficios del día era necesario igualar el número de los salmos al de las horas, y decir tres en tercia, seis en sexta y nueve en nona. Pero añade que convenía concretarse en esto á la costumbre que se guardaba desde su tiempo en todo el Egipto, como fundada en la tradición de los ancianos, que la habían aprendido,

no de los hombres, sino por ministerio de un ángel.

Luego ésta era una tradición que los primeros Padres de la soledad de Egipto habiéndose reunido para deliberar que órden y que número de oraciones se debía de establecer para cada día en el monasterio á fin de trasmitir á los que vendrían después de ellos una regla fija sobre el objeto y prevenir con esto toda semilla de discordia y de envidia, ó de celo indiscreto ; habiéndose, digo yo, reunido para esto, cada uno se dejaba llevar por el ardor de su celo sin acordarse bastante de la flaqueza del común de los solitarios, los unos querían que se recitasen 50 salmos los otros 60 y algunos aun más. Esta santa contención duró hasta el oficio de la noche. Entonces se vió levantarse de en medio de ellos un personaje para cantar los salmos ; todos los otros se sentaron al momento y le escucharon con atención. Así recitó once salmos con un tono igual y sin pararse, añadiendo al fin de cada salmo una oración. En fin habiendo concluido el salmo duodécimo con la respuesta *Aleluya*, desapareció repentinamente y al mismo tiempo terminó la contienda de estos solitarios y el oficio de noche que celebraban.

En conformidad, pues, á esta práctica se hizo la regla de los oficios en los monasterios de Egipto y de la Tebaida. Los monjes se reunían dos veces cada día en el oratorio ; á saber, por la tarde y cerca de la media noche. Entonces cantaban doce salmos siguiendo la regla del angel ; pero no los cantaban todos juntos. No había mas que uno que se levantase, se colocaba en medio de los hermanos y cantaba ó recitaba el salmo en alta voz. Este no cantaba sólo todo los salmos ; sino que los hermanos se sucedían unos á otros tres ó cuatro ó más. De suerte que si no había más que dos que pudiesen cantar, cada uno cantaba seis ; si había tres cada uno cantaba cuatro ; si había cuatro, cada uno cantaba tres.

Durante aquel tiempo los otros hermanos estaban sentados sobre pequeñas sillas muy bajas, atendiendo á las palabras de los salmos que trataban de seguir con el espíritu. Si el salmo era demasiado largo, se interrumpía por una pausa después de diez ó doce versículos, durante la cual los hermanos hacían una corta oración, ó meditaban sobre aquello que se había cantado. No se terminaban los salmos con el versículo *Gloria Patri*, etc., como hacemos hoy y como se hacía en las Galias; sino que se hacía una corta oración. Y en fin después del salmo todos los hermanos respondían *Aleluya*.

Después que se había concluido el canto de los salmos, se leían dos lecciones, una del Antiguo Testamento y otra del Nuevo. Esto es lo que se había añadido á la regla del ángel: « Pero quisieron, dice Casiano, que este aumento, que había sido establecido por ellos y no prescrito por el ángel, no obligase más que á aquellos que buenamente se quisieran someter á él, y que tratasen de adquirir la inteligencia y el recuerdo de la Escritura, con una meditación y una lectura continuas.

« Sin embargo, el sábado y el domingo estas lecciones se sacaban del Nuevo Testamento, una de las *Epístolas* de san Pablo ó de las *Actas de los Apóstoles*, y otra del Evangelio. Esto también se observaba en los cincuenta días después de Pascua. »

Casiano al principio del tercer libro, donde habla del oficio del día, hace notar de un modo especial que á excepción de la oración de la tarde ó de las visperas y de la noche ó de los maitines, los solitarios del Egipto no ofrecían otras á Dios durante el día en ciertos intervalos de tiempo y de horas; sino que le ofrecían una oración continuada: « Pasando, dice, voluntariamente toda la noche en este santo ejercicio de alabanzas á Dios, que acompañan con el trabajo de las manos; pues aunque, añade, no pier-

dan un momento sin trabajar en sus celdas, no obstante jamás cesan de meditar sobre los salmos ó sobre lo restante de la Escritura. Así entremezclan sus trabajos con sus preces, y pasan todo el día en aquello que en otras partes no se celebra más que ciertos tiempos y en horas reglamentadas. »

Por esto parece que los monjes de Egipto no guardaban estas distinciones de horas de terciá, sexta y de nona, como se hacía en la Palestina y en la Mesopotámia, en donde se recitaban tres salmos en cada uno de estos oficios, que terminaba con una oración ; pero si no recitaban estos oficios por intervalo, se vé por lo que dice Casiano que oraban más, pues en cuanto ejercitaban su cuerpo en el trabajo, en tanto ocupaban su espíritu en la meditación ó elevaban con frecuencia su corazón á Dios.

Después que los hermanos habían cantado los salmos y escuchado la lección de los Libros Santos, se postraban en tierra para adorar á Dios ; pero se levantaban casi al momento y aquel que presidía decía la colecta. Casiano también relata tres cosas que demuestran la exactitud de estos fervientes religiosos y su respeto al tiempo de la oración. La primera es que cuando al fin del oficio se levantaban para postrarse, no se arrodillaban instantaneamente y con precipitación como las gentes que se apresuran á terminar la oración ; sino que antes de arrodillarse rogaban derechos un poco de tiempo, después del cual se postraban. La segunda es que permanecían postrados poco tiempo, levantándose casi al mismo tiempo con aquel que debía decir la colecta ; de suerte que éste era el que determinaba el momento y la duración de la postración, sin que alguno se atreviera á prevenirlo, ni á permanecer más postrado. La tercera, que la razón por la cual no se permanecía más tiempo postrado, era que en esta situación uno estaba más sujeto á las distracciones y extravíos del pensamiento, que

uno se halla atacado del sueño con mas violencia, y que esta posición es mas cómoda para descansar que para orar ; es por esto que rogando casi siempre permanecian derechos.

Dice también que por más numerosa que fuese la asamblea de los hermanos para celebrar el oficio divino, todo el mundo guardaba en él un silencio tan profundo que se hubiera dicho que dentro de la iglesia no había más que aquel que cantaba los salmos en medio de los otros, cuyo silencio todavía se redoblaba cuando se concluía con la oración ; pues entonces nadie hubiera osado escupir, ni sonarse, ni toser, ni bostezar, ni aun suspirar : entonces no se oía más que la voz del sacerdote que terminaba la oración. Por esta razón no se prolongaba tal oración, por temor de que prolongándola demasiado, hubiera necesidad de interrumpir la atención y el ardor por algun incidente que obligara á salir á otro inconveniente cualquiera.

También da la razón por la cual los santos monjes cortaban los salmos en dos ó tres partes segun fuesen más ó menos largos. « Pues, dice, no era en la multitud de los versos donde hallaban sus delicias, sino en la inteligencia de aquello que decían. Creían que era más útil cantar sólo diez versículos con atención, que decir un salmo entero dejándose llevar por la distracción de sus pensamientos. Estas distracciones, añadía (y esto merece mucha atención), estas distracciones también algunas veces vienen de la precipitación de aquél que reza el salmo, cuando considerando el número y la longitud de aquello que aun resta á decir, no se aplica tanto á distinguir bien aquello que pronuncia y hacerse entender mejor de aquellos que le escuchasen, como á ver pronto el fin de aquello que dice y á terminar la oración. Y si alguno de los hermanos jóvenes, ó dejándose arrastrar por el furor de su celo, ó no estando aún instruido en las costumbres, quería recitar más salmos

que los marcados, el superior le hacía cesar al momento con un golpe de mano que daba sobre su silla, que era como la señal á la cual todos los otros se levantaban. »

Desde las vísperas del sábado hasta las del domingo no se arrodillaban, ni tampoco durante los cincuenta días después de Pascua; y en estos días ya no se practicaba más la regla de los ayunos ordinarios.

No se permitía despertar á los hermanos en la noche para el oficio, ni cambiar la hora á su voluntad. No la debía prevenir ni retardar; y era necesario que pusiera todo su cuidado en hacerlo siempre á la misma hora, rigiéndose para esto por el curso de las estrellas que observaba con atención.

Si algun hermano había sido retirado de la oración pública por alguna falta (penitencia muy en uso en aquel tiempo entre los monjes), ningún otro tenía la libertad de orar con él, ántes que se hubiese postrado en tierra para hacer penitencia de ella, y se hubiese reconciliado públicamente con su abad, quien le perdonaba su falta en presencia de todos los hermanos. Casiano da una razón de esta conducta que merece ser relatada, por ser muy instructiva. « Pues, dice, atreviéndose á detenerse con este culpable para hablarle ó para orar con él, se le volvería más insolente y se le nutriría más y más su audacia. Este consuelo cruel que se le quería procurar, le endurecería más su corazón, y le impediría humillarse cuanto debe de esta privación y separación de sus hermanos; así acostumbándose poco á poco á no hacer gran caso de las reprimendas de su superior, ya no pensaría en satisfacer por su culpa, y dejaría de pedir perdón por ella.

En el tercer libro de las *Instituciones* Casiano habla principalmente de la disciplina que se observaba en los monasterios de Oriente sobre todo en los de la Palestina y de la Mesopotamia, referente al oficio. Aunque no nos hayamos

propuesto en este capítulo más que hablar de la disciplina de los solitarios en Egipto, también juntaremos á él lo que dice este autor de los otros en este tercer libro, para no interrumpir el análisis que damos de sus *Instituciones*.

Dice pues : 1º que había esta diferencia entre los monjes orientales y los de Egipto, « que estos no se reunían durante el día para orar juntos, fuera del oficio de vísperas y del de la noche, á excepción del sábado y domingo, en cuyos días se reunían todos á la hora de tercia á causa de la santa comunión. » Esto demuestra que regularmente comulgaban todas las semanas, mientras que los monjes de Oriente, se reunían á las horas de tercia, sexta y nona, y decían tres salmos y tres oraciones ; « para que, dice, por la sucesión de estas horas reglamentadas se ofreciese á Dios una oración continua, y que no obstante esta moderación en el número de los salmos, no impidiese los trabajos del día. »

2º Da razon de la institucion de los oficios á aquellas horas, diciendo que se había elegido la hora de tercia, por ser aquella en que el Espíritu Santo había descendido sobre los apóstoles ; la hora de sexta, por ser ésta la hora en que Jesucristo se ofreció á su padre como una hostia sin mancha, y subiendo á la cruz para la salud de todo el mundo, con su sangre lavó en ella los pecados de todos los hombres ; la hora de nona por ser ésta la hora en que Jesucristo descendió á los infiernos para sacar á los Santos cautivos. Estas son las principales razones que da, además de otras que sería demasiado largo el detallar.

3º Dice que el oficio de prima era de institución reciente que había empezado de sus tiempos en el monasterio de Belén ; que había sido establecido para obviar el relajamiento de algunos, quienes, después de la oración de la noche dormían más tiempo del que debían, pensando que no estaban obligados á reunirse hasta la hora de tercia. « Por

esto, dice, algunos de los más fervorosos de los hermanos, á quienes esta negligencia y esta pereza desagradaban en extremo, presentaron sus quejas á los ancianos, quienes, después de haber meditado largo tiempo la cosa, y después de grandes deliberaciones, resolvieron que se dejara descansar á los religiosos desde los matines hasta la salida del sol, en cuyo tiempo ya no se debía temer que se volvieran á acostar, y que entonces se les llamase para que fueran á cumplir todos juntos con este nuevo oficio.

4º Dice que aunque el establecimiento del oficio de prima también se hubiese extendido en los monasterios de Occidente y con muy grandes ventajas, no obstante en su tiempo se veía que en los más antiguos monasterios de Oriente, que no sufrían que se cambiase cosa alguna en la tradición y en las ordenanzas de sus Padres, no había sido recibido y no se practicaba.

5º Casiano se queja que algunos no viendo la razón por la cual este nuevo oficio había sido establecido, se apresuraban á concluirlo temprano para que pudieran tener aun algun tiempo para descansar, siendo precisamente esto lo que se había querido impedir al establecerlo. El se levanta contra este abuso, como objeto de grandes inconvenientes y añade : « Esto es lo que los solitarios de Egipto huyen con horror. Por esto cuando salen del oficio, aun prolongan sus vigiliias hasta el amanecer, á fin de que al levantarse el sol los encuentre en este fervor de espíritu, y se conserven en él todo el día, después de haberse preparado tan bien desde el amanecer por las vigiliias de la noche, y por las meditaciones espirituales á combatir el demonio durante todo el día. »

6º Dice que la introducción del oficio de prima nada había cambiado en la disposición de los otros oficios, y que en él se decía el mismo número de salmos y de oraciones ; que en cuanto al oficio de laudes que en Occidente se decía

por la mañana, en Oriente se decía al fin de las vigili-
as de la noche que ordinariamente terminaban después que el
gallo había cantado, y antes de la aurora.

7º Dice que aquellos que no se hallaban en los oficios de
tercia, sexta y nona antes que el primer salmo fuese con-
cluido, no osaban entrar en el oratorio para tomar sitio en-
tre los otros ; sino que permanecían á la puerta hasta que
todo el mundo hubiese salido, y entonces se postraban de-
lante de todos para hacer penitencia y obtener el perdón de
su pereza. En cuanto al oficio de la noche se usaba alguna
indulgencia. « Pues, dice, se permitía entrar al oratorio
hasta que el segundo salmo fuese concluido, con tal que
estuviera en su lugar antes que los otros hermanos se pos-
trasen en tierra para hacer la oración que debía seguir á
este salmo. »

8º Empezaban el oficio del sábado desde las visperas del
viernes, y pasaban toda la noche en oración exceptuando
dos horas de descanso que tomaban por la mañana para
dar algún alivio al cuerpo, y para que después pudiese em-
plear lo restante del día en las obras y en los otros deberes
necesarios. Sobre esto Casiano hace la siguiente observa-
ción : « Aquél, dice que, en lugar de quitar con prudencia
una parte de aquello que debe á su cuerpo, se lo querrá
quitar todo, se verá por fin obligado á pagarle toda su deu-
da ; y necesariamente deberá devolver con usura al cuerpo
aquello que le habrá quitado con esas vigili-
as indiscretas. Por esto estos santos varones dividen todo este tiempo de
las vigili-
as en tres nocturnos diferentes, á fin de que estando
el trabajo dividido por esta diversidad, alivie en cierto modo
á su cuerpo abatido ; pues después de haber cantado derechos
tres antifonas, enseguida se sientan ó sobre el suelo ó sobre
unas sillas muy bajas, y entonando uno de ellos los tres sal-
mos que siguen, los otros le responden, y los van diciendo
por turno según su categoría. Después de esto permanecen

en el mismo estado, y estando aun sentados sobre las mismas sillas añaden tres lecciones. Esto hace que disminuyan el trabajo del cuerpo y se pongan en condiciones de aplicarse con más atención á la oración. » Todo esto más bien se refiere á la disciplina de los monjes de la Palestina y de otros de Oriente que á la de los del Egipto.

9° Los monjes de Oriente no ayunaban el sábado. Esta costumbre les era peculiar como la de no ayunar el domingo lo era de todos los países. Hacían dos comidas : pero como en la del mediodía recitaban los salmos, en la de la noche no hacían más que una corta oración antes y después, pues era ésta una comida extraordinaria á la cual ni siquiera se obligaba á los religiosos á asistir.

10° En fin, dice que los días de domingo los hermanos no se reunían más que una vez por la mañana para el oficio sin perjuicio del de la noche, y que se aplicaban de una manera más perfecta y solemne en recitar salmos, preces y lecciones, á causa del respeto del día y de la comunión.

Después de esto pasa Casiano á su cuarto libro, donde trata del reglamento de los monasterios. Pero antes de dar su análisis debemos relatar aquí la bella digresión que en el libro segundo se hace sobre la manera de levantar en el monasterio los novicios, y sobre las cualidades que exigía de los superiores para impedir que introdujesen el relajamiento gobernando según su capricho, ó según sus propias luces. « En Egipto, dice, los monasterios son gobernados no por la inclinación de cada particular que allí se retira, sino por la tradición de nuestros antiguos Padres, y por el reglamento que nos dejaron, con cuya práctica estos monasterios hasta ahora han permanecido firmes é inquebrantables.

« En estos lugares no se permite á cualquiera que sea, ya no digo el presidir á todo el monasterio, sino que ni aún el ser maestro de sus acciones, ni conducirse por sí

mismo en su celda si antes no ha renunciado á todos sus bienes, y si á más de esta renuncia exterior, no renuncia también á su propia voluntad, reconociendo que ya no es dueño de sus acciones, y que ningún poder tiene sobre sí mismo.

« Es necesario que aquél que se retira del mundo para entrar en la soledad, esté en tal disposición, que por más rico que haya sido en el siglo, no se jacte de los grandes bienes á que ha renunciado, ó que con él ha traído al monasterio. Debe obedecer á todos, y debe saber que según el precepto de Jesucristo, debe volver á su primera infancia, sin atribuirse cosa alguna por su grande vejez, ni por el número de sus años, que se debe acordar haber perdido tan inútilmente en el mundo. Es necesario que la novedad de su conversión, que este nuevo yugo de Jesucristo al cual se sujeta, y que esta milicia espiritual de que hace profesión, lo lleven á someterse de buen corazón aún á los más jóvenes de entre sus hermanos. Debe tambien, según san Pablo, trabajar con tanto fervor, que pueda ganar con sus propias manos su propio sustento y tambien para aquellos que le visiten, á fin de que con este ejercicio pueda olvidar el fausto y las delicias de su vida pasada, y adquirir la humildad de corazón por la pena de su trabajo.

« Por esto jamás se elegía á nadie por superior del monasterio, que por una larga obediencia no hubiese aprendido como debe mandar á aquellos que le deben obedecer; y que por largo tiempo no hubiese sido formado bajo la dirección de sus ancianos, para saber aquello que debe dejar como por tradición á los más jóvenes solitarios; pues estos hombres admirables reconocían que el colmo de la sabiduría consiste en dirigir bien á los otros y en dejarse dirigir bien á si mismo.

« Así lo que hace que hoy día veamos tantos reglamentos y prácticas todas contrarias, es que tenemos bastante

presunción para tomar el gobierno de los monasterios, sin saber casi nada de las reglas de nuestros ancianos, y que nosotros somos abades casi antes de haber sido novicios. Ordenamos todo aquello que nos place, y celamos más por hacer observar aquello que viene de nuestra invención particular, que para guardar inviolables las reglas de la doctrina de nuestros santos predecesores. »

Tal es la digresión que hace Casiano hablando de la regla de los oficios de los monasterios ; lo que dice aquí bastaría, si fuera bien practicado, para formar excelentes y perfectos religiosos, bajo su sabia disciplina. En cuanto uno observa más bien las reglas antiguas sin innovar nada en ellas, tanto más se perfecciona. Las innovaciones lo pierden todo, tanto más cuanto que los cambios jamás se hacen para mantener la observancia contra las inclinaciones de la naturaleza que desea su libertad, sino para seguir la propensión de esta naturaleza en perjuicio de la observancia.

No nos detendremos mucho sobre lo que dice Casiano del reglamento de los monasterios, porque habla principalmente de los de Tebas, de cuya disciplina hemos dado bastantes detalles en su lugar ; bastará indicar aquí los principales puntos que se practicaban tambien en los otros monasterios del Egipto.

1º Cuando alguno se presentaba para ser recibido, no se le permitía la entrada al monasterio sin haber permanecido durante diez días ó más, echado á la puerta y sin haberse postrado á los piés de todos los hermanos que pasaban. Obraban así para mejor conocer per su paciencia y perseverancia si su deseo era sincero, y si estaba bien dispuesto á renunciarse en todo y á sufrir la humillación ; y en esta consideración los hermanos que pasaban lo fastidiaban, lo despreciaban, y lo cargaban de injurias y reproches.

2º Cuando después de esta prueba quedaba admitido, no se le permitía guardar en su poder ni aún un sueldo, y se le despojaba de todo lo que había traído, si en efecto había traído alguna cosa. No se quería recibir nada de él, por temor que después se levantase sobre nosotros bajo el pretexto de su dádiva, ó que por un funesto disgusto no fuese tentado de volver al mundo, y no obligase á los hermanos á volverle aquello que había traído, lo que no se podía hacer sin grau incomodo, si se había empleado para las necesidades del monasterio.

3º Enseguida se conducía al postulante en medio de los hermanos reunidos, en donde, después que se habian quitado los hábitos del mundo, el abad le daba con su propia mano el hábito del monasterio. Esto se hacía á fin de que aprendiera, por esta ceremonia exterior, que no solamente se despojaba de todo cuanto antes poseía, sino que se reducía voluntariamente á la pobreza de Jesucristo.

4º Los hábitos que el nuevo solitario dejaba se entregaban al ecónomo quien los guardaba hasta que todos los hermanos conociesen por diferentes pruebas cual era su progreso en la piedad, su conducta en el monasterio y su firmeza en la paciencia. Si el trascurso del tiempo les hacía ver que, según todas las apariencias, podía permanecer con ellos y perseverar en el fervor que había empezado daban sus hábitos á los pobres.

5º Al novicio no se le concedía pronto la entrada á la comunidad ni reunirse con los hermanos después que se le había revestido del hábito monástico, sino que lo confiaban á un anciano que lo colocaba á parte en un lugar bastante próximo á la puerta del monasterio, y que estaba destinado para recibir los forasteros, y él permanecía un año entero bajo su dirección, prestando á los huéspedes todos los servicios que se ordenaban, ejercitándose en la humildad y la paciencia, y sufriendo todas las pruebas que tenían á bien

hacerle sufrir. Después de esto si se había conducido como deseaban, el abad lo remitía á otro anciano que tenía bajo su dirección á diez jóvenes religiosos, quien después se llamó decano, y lo ponía bajo su cuidado para acabarlo de formar en las virtudes.

6° La primera lección que se daba á un novicio, y la instrucción que se consideraba como la más importante, era vencer su voluntad, y para esto se afectaba mandarle cosas que se sabía eran las más contrarias á su inclinación ; pues se sabía por esperiencia que los religiosos, particularmente los más jóvenes, no podían reprimir las pasiones sino mortificaban su voluntad con la obediencia. Aseguraban que un solitario no podía extinguir bien ó la tristeza ó la impureza, ni estar largo tiempo unido con sus hermanos, ni aun perseverar en el monasterio, si antes no había aprendido á sujetar bien su voluntad.

7° También se le recomendaba que nada ocultase á su superior por una malvada vergüenza ; sino que le comunicase todos sus pensamientos y todos los movimientos de su corazón, y que se entregase á su discreción para la propia conducta sin escuchar sus propias luces. Con esta práctica, toda la astucia del demonio no podía sorprender al joven religioso, por más ignorante é inexperto que fuera. « Asi, dice Casiano, este enemigo tan astuto no tiene otro punto de entrada para engañar á un joven solitario por sus ilusiones, que cuando lo puede insensiblemente arrastrar por los movimientos de orgullo y de vergüenza á ocultar sus pensamientos ; y estos santos hombres decían que es una prueba infalible que un pensamiento viene del demonio, cuando nos avergonzamos de descubrirlo á aquel que nos gobierna. »

8° El mismo autor añade que practicaban la obediencia con tan grande exactitud, que un joven religioso no se habría atrevido á salir fuera de su celda sin el permiso del

superior, aún para las necesidades del cuerpo ; y dice que estaban tan resueltos á hacer sin discusión todo cuanto su superior les mandaba, que algunas veces emprendían con una fé increíble cosas imposibles : el profundo respeto que tenían á su superior les impedía ver la imposibilidad de las cosas que les mandaba.

9° Su hábito era de lino, y jamás tenían dos, y el superior les daba uno para cambiárselo cuando veía que aquel que llevaban era demasiado estropeado. Este punto mira de un modo particular á los religiosos de Tebas.

10° Su abstinencia era tan austera, que consideraban como delicias el uso de algunas yerbas que hacían salar y que enseguida mojaban con agua.

11° Desde el momento que oían la señal que los llamaba al oficio ó á la obra de las manos, aunque estuviesen ocupados en sus celdas en orar ó meditar, ó leer, ó escribir, lo dejaban con tanta prontitud para asistir, que ni aun se daban tiempo para concluir una letra que ya habían medio formado. « Pues, dice Casiano, no pensaban tanto en sus cosas como en practicar fielmente la virtud de la obediencia, que preferían á la obra de las manos, á la lectura, al silencio, al descanso de la celda y generalmente á las otras virtudes, muy contentos de privarse de los ejercicios más consoladores, con tal que no maculasen la santa obediencia que formaba todas sus delicias. »

12° Los religiosos de Tebas vivían en un despojamiento tan grande que no tenían más que sus hábitos ; y en los otros monasterios, en donde, dice Casiano, había un poco más de indulgencia, se practicaba no obstante una pobreza tan rígida, que ningún religioso hubiera osado decir, mi libro, mis mesas, mi pluma, mi túnica, y que debía satisfacer con una justa penitencia cuando por descuido había dejado salir esta palabra de su boca.

13° Aunque cada religioso por su trabajo procurase al

monasterio mucho más de lo que se necesitaba para su sustento, no obstante ninguno se prevalía de ello, ni pretendía tener para su nutrición más que los pequeños panes que le daban y que apenas costaban tres dineros. Nunca habian pensado en hacer la menor obra para su peculio propio, y aun que miraban el bien del monasterio como propio, su desprendimiento era tal que se consideraban como forasteros y pensionistas, ó más bien como indignos servidores de sus hermanos.

14° Pero con motivo del trabajo en el segundo libro, Casiano hace una digresión que colocamos aquí. Dice : 1° Que desde que la oración de la noche estaba acabada, cada hermano se retiraba con diligencia á su celda, y que allí estando solo ó con otro hermano, muy lejos de dejarse arrastrar por el sueño, empezaba á ofrecer á Dios un nuevo sacrificio hasta que empezando á lucir el día le daba lugar de pasar de los ejercicios de la noche á los trabajos del día. 2° Que los hermanos juntaban así el trabajo de las manos con las vigiliias para no ser sorprendidos del sueño como las personas que están en la ociosidad. Que durante aquel tiempo no interrumpian sus meditaciones espirituales, ejercitando al mismo tiempo el alma y el cuerpo, y tratando de igualar las ventajas de uno con las de otro ; de suerte que era difícil discernir cual de los dos ocupaba el primer lugar, y si ellos trabajaban siempre para mejor meditar, ó si por este continuo trabajo habían hecho tan grandes progresos en la piedad y adquirido tantas luces. 3° Que mientras trabajaban aun fuera de sus celdas, guardaban un riguroso silencio, ocupándose cada uno de ellos de su trabajo en lo exterior, y de algún pasaje de la santa Escritura en el espíritu ; lo que alejaba de ellos toda suerte de intrigas, de malos consejos y de conversaciones superfluas. 4° Estaba terminantemente, prohibido, y sobre todo á los más juvenes, el detenerse un momento con otro, hablar

en secreto, ó tocarse mutuamente la mano, y que cuando uno caía en semejante falta, hacía penitencia de ella en la asamblea de los hermanos, ó si faltaba á ella quedaba privado de orar con los otros.

15° Casiano detalla las diferentes faltas por las cuales uno estaba sujeto á la penitencia, y cuales eran estas penitencias que se imponían. Ya las hemos relatado hablando de la disciplina monástica de Tebas.

16° Dice que la costumbre de hacer la lectura espiritual cuando los hermanos están en la mesa no vino de los solitarios de Egipto sino de los de Capadocia. En efecto, no se ha hablado de ello en la Regla de san Pacomio, y ni un solo ejemplo se encuentra en los monasterios de Egipto; sino que se guardaba en élla un profundo silencio, estándose en ella con tan grande modestia, que no había más que el superior que tuviera derecho de hablar para ordenar aquello que convenía según la necesidad, y que ningun religioso hubiera osado echar los ojos sobre aquello que comía el que estaba á su lado. Estaba igualmente prohibido á todos los hermanos comer fuera de la mesa antes ó después de la hora de costumbre, para tomar todos juntos su nutrición.

17° En los monasterios de la Mesopotamia, de la Palestina, de la Capadocia y en el Oriente, los hermanos servían cada uno por semanas en los servicios ordinarios de la mesa y del refectorio, y, dice Casiano, cumplían por turno este deber con tanto afecto y una humildad tan pronta, que no hay esclavo en el mundo que sirva con tanta puntualidad á su dueño, por más cruel y poderoso que sea.

18° Hé aquí como Casiano relata lo que hacían sucediéndose en este empleo. « Cuando todos los hermanos el domingo por la noche se reúnen para decir los Salmos ordinarios antes de acostarse, aquellos que salen del turno de semana les lavan á todos los piés según su órden, y les piden con fervor esta recompensa y esta bendición por el

trabajo de toda la semana : y les ruegan que acabando de cumplir los mandamientos de Jesucristo, rueguen todos reunidos por ellos á fin de que Dios les perdone las faltas que han cometido por ignorancia ó por debilidad, y les suplican poderles ofrecer sus trabajos de la semana como un sacrificio agradable.

« Al día siguiente, después que se han acabado los himnos de la mañana, dan en depósito á aquellos que les suceden todos los muebles y todos los vasos de servicio ; ellos los reciben y los guardan con gran cuidado y temen tanto que se pierda ó se rompa alguno, que creen deber responder del menor de estos vasos como de una cosa santa y sagrada, y deber dar cuenta no solo al dispensero del monasterio sino también al mismo Dios, si por su negligencia se pierde alguna cosa. »

El mismo autor dice, que su atención para esto andaba tan lejos, que el dispensero del monasterio habiendo un día visto al pasar tres granos de lentilla en el suelo, que el hebdomadario apresurándose á hacerlas cocer había dejado caer de sus manos con el agua con la cual las lavaba, dió presto aviso de ello al superior, quien suspendió á este hermano de la oración y sólo le perdonó su culpa después que la hubo expiado con la penitencia pública. La razón de esta severidad consistía en que cuando una cosa había entrado al monasterio, querían que se la considerase como perteneciendo á la casa de Dios, y que en consecuencia se la tratase, por pequeña y vil que fuese, como una cosa consagrada á Dios y por consiguiente santa.

19º La costumbre de servir por turno durante una semana no se practicaba en los monasterios de Egipto. Como allí se trabajaba mucho, se encargaba á uno de los más graves y de los más experimentados entre los hermanos el cuidado de la despensa y de la cocina, y él se aplicaba á este oficio mientras su edad ó sus fuerzas se lo permitían.

Por otra parte este empleo, añade Casiano, no daba mucho que pensar, porque la nutrición de los religiosos se preparaba casi sin pena, siendo así que no vivían mas que de comidas crudas y que sus mayores festines consistían en algunas hojas de puerros cortados, de olivas, de sal y de pequeños peces llamados arenques.

20° Añadiremos aquí una observación que este autor hace en el libro quinto, donde trata de la intemperancia de la boca. Dice que se cae en este defecto de tres modos : 1° Cuando se previene la hora de la comida ; 2° cuando uno se complace en saturarse de comidas aunque sean las más groseras ; 3° cuando se buscan las más delicadas y nutritivas ; y que un religioso debe oponer á estos tres defectos la resolución de nunca romper el ayuno antes de la hora marcada, de no dejarse arrastrar á comer con exceso, de contentarse con las comidas más comunes. Dice luego que todo lo que uno se atreva á hacer en una comunidad contra la costumbre de todo el monasterio, siempre ha sido considerado por los ancianos como infectado por la vanidad ; y que un religioso que se priva del uso del pan para no comer más que yerbas, frutas ó legumbres no por eso se debe considerar como el más sabio y el más esclarecido en la ciencia de la verdadera discreción ; porque una tal abstinencia en una comunidad estando demasiado á la vista de todos, está expuesta á la vanidad y puede ser arruinada por la vanagloria.

Para evitar este peligro muchos solitarios rompían sus ayunos ordinarios en consideración á los forasteros que les iban á visitar, alegando también por razón que entonces valía más practicar la caridad y la hospitalidad, que manifestar una obstinación inflexible en su abstinencia. Esto no era cuestión de un ayuno mandado, sino de la costumbre que tenían los solitarios de no hacer más que una comida por la noche, á escepción del domingo y lo llamaban ayuno

ó abstinencia, porque fuera de esta comida que era muy frugal nada comían.

21° Casiano aun explica mejor esto en el capítulo siguiente : « Cuando hicimos, dice, nuestro viaje de Siria á Egipto, para instruirnos en las máximas de los ancianos solitarios de aquellos lugares, admiramos la alegría y la bondad con que se nos recibía. Allí no se observaba lo que hemos visto en todos los monasterios de la Palestina, en donde aguardan á hacer comer á los hermanos que les van á visitar hasta que la hora de la comida há llegado ; sino que exceptuando solamente los días de miércoles y viernes que son días consagrados, se rompía el ayuno en todos los lugares á que íbamos, luégo que habíamos llegado allí.

« Y cuando nos informamos por uno de estos Padres porque rompían con tanta indiferencia el ayuno de cada día, nos respondió : » Yo aquí puedo ayunar todos los días, pero no todos los días os puedo tener en mi compañía, y de un momento para otro me váis á dejar. Aunque el ayuno sea útil y necesario, es no obstante como una ofrenda que libremente hacemos á Dios, y por el puro movimiento de nuestra voluntad. Pero es de necesidad absoluta el recibirnos con caridad y hacer con los huéspedes lo que nos manda la caridad. Es por esto que recibiendo á Jesucristo en vuestras personas, yo os debo dar de comer ; y cuando vosotros me habréis dejado me sera fácil resarcirme por alguna abstinencia extraordinaria, de la indulgencia que me habré concedido para mejor recibir á Jesucristo.

Luego cuenta el ejemplo de un anciano que habiéndose puesto á la mesa en un día para recibir á diversos hermanos que habían ido á visitarle, había comido tan sóbriamente que aun sentia el hambre. Había también otro solitario que jamás comía solo ; pero que si nadie le iba á visitar durante la semana la pasaba sin comer hasta que el sábado ó el domingo yendo á la iglesia, se llevaba algun fo-

rastero para ponerse á la mesa con él. « Así, añade, estos santos solitarios acostumbran romper el ayuno para recibir á sus huéspedes ; pero luego no se descuida de recompensar esta pequeña indulgencia por alguna abstinencia extraordinaria, castigándose de este modo de este aumento de nutrición que han tomado, no solo comiendo después menos, sino recortando aún con mucha severidad algo de su sueño. »

DOCTRINA ESPIRITUAL DE LOS SOLITARIOS DEL EGYPTO¹.

Se puede recoger la doctrina espiritual de los solitarios del Egipto y de los desiertos vecinos, no solo de las *Instituciones* de Casiano sino también de sus Conferencias ; pero como damos el análisis de éstas en los capítulos de los Padres á quienes allí hace hablar, nos contentaremos aquí con relatar lo principal que hay en los libros de sus *Instituciones*, en donde trata de los pecados capitales. Allí se verá cual era la doctrina de los monjes de Scete, de Egipto y de otros lugares, pues que era para ser instruidos de sus máximas sobre la manera de combatir los vicios y adquirir las virtudes religiosas, así como sobre la disciplina regular cuyas obras el obispo Castor le rogó que compusiera.

Después que Casiano en sus cuatro primeros libros ha tratado de sus *Instituciones* de la disciplina de estos solitarios, explica en los ocho restantes aquello que había aprendido

¹ Casiano.

de los solitarios referente á las causas y origen de los vicios capitales, y da instrucciones para combatirlos. Reduce estos vicios á ocho, á saber : La gula, la impureza, la avaricia, la cólera, la tristeza, la pereza, la vanidad y el orgullo. Dice que conocemos sin dificultad estos vicios á favor de la luz y de las instrucciones de los antiguos Padres ; pero que sin esta luz muchas veces los ignoraríamos, por más que estén dentro de nosotros y cometan allí extraordinarios desórdenes. Porque en realidad nuestro amor propio nos ciega, y necesitamos las luces de los más esclarecidos para que conozcamos el mal fondo que llevamos dentro de nosotros mismos. Pero con el favor de sus *Instrucciones*, verificamos aquello que ha dicho David, que después de haber pasado por el fuego de los vicios que consume nuestras almas, pasaremos á las aguas celestiales de las virtudes, cuya refrigeración nos da á gustar la perfección por la pureza del corazón (Psal. 63).

El quinto libro de Casiano versa sobre la intemperancia de la boca. Dice en primer lugar que en cuanto al ayuno no sepuede proponer una regla constante y uniforme para todo el mundo ; porque no todos tienen igual fuerza, y el ayuno no puede, como las otras virtudes, practicarse independientemente del cuerpo y por sola el alma. « Hé aquí, dice, las reglas que hemos recibido de nuestros padres sobre este particular. Ellos han creído que aunque se debiera guardar alguna diferencia en el tiempo, en la cantidad, ó en la cualidad del alimento según la diversidad de fuerzas, de edad ó de sexo, cada uno no obstante se debía proponer por regla la mortificación y la sujeción de la carne. Que los enfermos y los viejos no pudiendo ayunar hasta ponerse el sol sin dañarse notablemente, que otros no pudiéndose contentar de legumbres mojadas en el agna, ó de pan seco ; que otros comiendo dos libras de pan sin que su estómago quede saturado, y otros quedando demasiado saturados

comiendo una libra ó aun seis onzas ; todos sin embargo en esta desigualdad de régimen se proponen un solo fin, que es regular de tal suerte su nutrición con su temperamento, que jamás sientan la repleción. »

Dice en segundo lugar que de cualquier clase de comida que el estómago se llene, el alma queda como sofocada por la pesantez de la nutrición, y ya no puede ser dueña del cuerpo, ni guardar la regla del discernimiento. Que no es solo el exceso del vino lo que enerva el alma, que toda otra nutrición también la vuelve ébria y le quita la dicha de la contemplación. Hé aquí porque el Profeta reprocha á Sodoma por nutrirse de pan con demasiada abundancia. (Ezech. 16-42).

Dice en tercer lugar que la debilidad del cuerpo no es un obstáculo para la pureza de corazón, cuando se tiene cuidado de limitarse á la sola necesidad, sin dejarse arrastrar á aquello que la voluptuosidad ó la intemperancia desea, y que la carne, aunque débil, no deja de tener parte en el mérito de la templanza, con tal que usando de aquello que se permite á los cuerpos más abatidos, cese de comer cuando aun tendría necesidad de ello, y no tome alimento sino en cuanto sea necesario para vivir y no en cuanto pueda desear. Que no se debe juzgar de la abstinencia tanto por la falta de comida ó por la cualidad de ella, como por el testimonio de la propia conciencia según la necesidad del cuerpo, ó las tentaciones que se sufren. Que el orden de los ayunos establecidos por los antiguos Padres en el monasterio es muy útil y se debe guardar con cuidado, pero que si después de haber ayunado todo el día uno no es sobrio por la noche y se satura demasiado, el ayuno no es perfecto ; pues los ayunos más austeros que van seguidos de un desahogo excesivo pierden su mérito y degeneran en gula.

Dice en cuarto lugar que la abstinencia no es suficiente

para adquirir la pureza del alma y del cuerpo, si á ella no se juntan las otras virtudes. Que ante todo es necesario consolidarse en la humildad por la obediencia, por la contrición del corazón, la mortificación de la carne, el renunciamiento al deseo mismo de las riquezas. Que se debe sofocar la cólera, ahogar la tristeza mala, despreciar la vanagloria, pisotear la ostentación, asegurar la inestabilidad y sujetar los extravíos de nuestro entendimiento con un continuo recuerdo de Dios.

Dice en quinto lugar que en combate espiritual de las pasiones y de los vicios, los monjes se deben proponer aquello que san Pablo dice de los atletas en su segunda Epístola á Timoteo. Que para salir victoriosos en sus combates cada uno debe reprimir la intemperancia de la boca como el primer enemigo que se presenta. Que para esto debemos purificar nuestro espíritu no solo con el ayuno, sino también con las vigias, con la lectura, con la compunción del corazón. Que debemos gemir y suspirar mucho, ya por el horror á los vicios, ya por el deseo de las virtudes, hasta que nuestra alma toda poseída de Dios mire la nutrición como una pesada carga, y no como un placer; y como destinada más bien á la necesidad del cuerpo que á la satisfacción del espíritu.

Dice en sexto lugar que el atleta de Jesucristo debe esperarse que tendrá siempre enemigos que combatir; lo que Dios permite por temor de que relajándose en una paz afeeminada y ociosa, se olvida poco á poco que es soldado y pierda el fruto de sus victorias pasadas por su negligencia. Que teniendo enemigos no solo por fuera, sino también dentro de nosotros, no basta practicar la abstinencia de las cosas exteriores sino que se debe juntar á ella la abstinencia interior con el recorte de todos los deseos desarreglados. Que sin el ayuno del alma jamás se llegará á la pureza del corazón. Que el fin de la abstinencia

exterior es llegar á la abstinencia interior de los vicios. Que las comidas emponzoñadas de que el alma corrompida se nutre son la maledicencia, la cólera, la envidia, etc. En fin, queriendo Casiano demostrar que esto que acaba de decir está conforme á las maximas de los solitarios de Egipto, lo confirma con diversos ejemplos de la manera de ayunar de algunos ancianos que él había visto, y de otras prácticas de virtud que prueban como estos fervorosos religiosos se ejercitaban en combatir sus pasiones y en morir á las afecciones de la carne y de la sangre. Solo relataremos uno de estos ejemplos, porque en otra parte ya hablaremos de los otros. « Yo creo, dice, que no será inútil relatar la acción de un solitario que se aplicaba con gran cuidado á purificar su corazón y á contemplar las cosas celestiales. Después de quince años de retiro, un día le trajeron muchas cartas de parte de su padre, de su madre y de muchos amigos que moraban en la provincia del Puente. « Este santo religioso cogiendo este paquete pasó largo tiempo reflexionando dentro de sí mismo, y dijo : « ¿ Cuántos pensamientos esta lectura me va á hacer nacer que me llevarán ó á una alegría ridicula ó á una tristeza inútil? ¿ Cuántas veces al día retraerá á mi corazón de la contemplación á la cual trato de aplicarme, para hacerme acordar de esas personas que me escriben? ¿ Cuánto tiempo se deberá pasar antes que salga de ese desorden y confusión en que voy á meterme? ¿ Y cuanto tiempo deberé trabajar para volver á la tranquilidad y á la paz en las cuales tanto tiempo há que trato de establecerme, si en mi espíritu movido por esta lectura, se retrata el rostro y las palabras de aquellos que ya dejé tiempo há, y empieza á verlos en cierta manera y aún á permanecer con ellos? ¿ De qué me servirá el haberme retirado de ellos con el cuerpo, si estoy con ellos en espíritu? ¿ De qué me servirá haber echado de mi memoria su re-

cuerto renunciando al mundo para vivir como si ya no estuviera en él, si enseguida no dejó en cierta manera de vivir para este mundo, y dar entrada á las cosas que ya había sofocado? »

« Luego que dentro de sí mismo hubo recogitado sobre todas estas ideas, no solo no se pudo resolver á abrir una sola de estas cartas, sino que ni aún á deshacer el paquete, y lo arrojó al fuego diciendo al mismo tiempo: « Idos, pensamientos todos de mi país, quemaos todos con estas cartas, y no me hagáis volver á las cosas á las cuales renuncié. »

El vicio opuesto á la virtud de la pureza forma el objeto del libro sexto. Casiano desde el principio dice: 1º Que según la doctrina de los Padres de Egipto, este vicio, después de la intemperancia de la boca, es el que debemos combatir más; que ataca al hombre desde su más tierna juventud; que no se puede sofocar bien sino domando los otros vicios; que se le debe oponer una doble resistencia; y que como él se fortifica con las fuerzas que saca de la enfermedad del cuerpo y del alma, nosotros debemos reunir estas dos partes para vencerlo.

El ayuno exterior añade, no es suficiente, sino tenemos cuidado de acompañarlo con la compunción del corazón, la perseverancia en la oración, la meditación de las verdades cristianas, el trabajo de las manos para mejor consolidar la estabilidad del corazón y reprimir los extravíos de la imaginación; pero principalmente conviene, dice también, cimentarnos en una humildad sincera, sin la cual jamás podríamos triunfar por completo de vicio alguno.

2º El principal remedio, prosigue, es velar sobre las afecciones de nuestro corazón; pues de él, como dice Jesucristo, salen todos los malos pensamientos (Matt. 15-19): y el Sabio nos advierte á guardar nuestro corazón, por ser el principio de la vida (Prov. 3-42). Que si nos contentamos

con hacer ayunar el cuerpo sin hacer ayunar al alma, nunca obtendremos una perfecta victoria.

3° Hay vicios que se extirpan en el comercio de los hombres ; pero es necesario alejarse del mundo y vivir en el retiro para extirpar á éste. Para combatirlo bien debemos emplear todas nuestras fuerzas, sin confiar en ellas, sino en la gracia y auxilio de Dios ; y aunque la gracia nos sea necesaria para arruinar todos los otros vicios, para arruinar á este necesitamos un don especial de Dios.

4° En este penoso combate debemos considerar aquello que nos dice el Apóstol, que aquellos que entran en la carrera para combatir en ella *se abstienen de todo*. Que esos atletas no solo se absténian del exceso de la boca ; sino también de la pereza y de la ociosidad, á fin de que sus fuerzas se aumentaran más y más, y que nosotros debemos usar de la misma severidad para domar este vicio.

5° Luego Casiano hace una bella reflexión sobre la pureza con la cual uno se debe acercar á los santos misterios. Si esos atletas de quienes nos habla san Pablo observan, dice, un régimen tan riguroso para conservar sus fuerzas, con que exactitud debemos guardar la pureza de nuestra alma y de nuestro cuerpo, nosotros que todos los días nos debemos alimentar con la carne sagrada del Cordero ; ya que ninguna persona impura, aun según las ordenanzas de la antigua ley, debía tener la presunción de acercarse al altar, como está escrito en el *Levítico*. Que si Dios exigía esta pureza en sus ministros para los sacrificios que no eran mas que sombras y figuras, ¿ cuál deberá ser la nuestra en la ley de gracia ? ¿ Y cuál deberá ser nuestra conclusión sobre la excelencia de la castidad ?

6° Casiano también da como consejo esencial el ahogar prontamente la tentación desde que empieza á atacarnos. Debemos, dice, aplicarnos muchísimo en observar la cabeza envenenada de la serpiente, es decir, los principios de los

malos pensamientos, con los cuales el demonio trata de sorprender nuestro corazón; temiendo que si nuestra negligencia daba acceso en nosotros á esta cabeza emponzoñada, al momento todo el cuerpo seguiria por el consentimiento que daríamos al placer que nos inspira.

Por último, hablando de la excelencia de la castidad, dice que el Apóstol realza tanto su mérito, que parece reducir á esta virtud todo el cristianismo cuando dice: *La voluntad de Dios es vuestra santificación; es decir, que seáis puros y castos*, etc. Pero cuanto esta virtud es más excelente, tanto debemos trabajar más para adquirirla, y como no se puede ser casto sin ser humilde, según la sentencia de los antiguos Padres; así uno jamás se debe jactar de poseer la ciencia espiritual de los Santos, y de ser esclarecido en el espíritu de Dios, si no es casto.

El mismo autor trata de la avaricia en el libro séptimo, siempre según la doctrina que había aprendido de los solitarios que había consultado en Egipto y en otras partes. Dice: 1º Que el tercer vicio que se presenta para ser combatido es el amor al dinero; que éste no es como otros vicios que están como ingertados en nuestra naturaleza, tales como los desórdenes de la carne ó la cólera que experimentamos desde la infancia; sino que la avaricia no nace en nosotros hasta que discernimos el bien del mal. Que siendo por esto en cierto modo extranjero al alma es fácil desde un principio guardarse de él y rechazarlo, pero que se vuelve más peligroso que las otras pasiones, si se le abre la puerta del corazón, y que una vez haya entrado en él, es difícilísimo echarlo.

2º Dice que cuando esta pasión se apodera de un religioso tibio y relajado, al principio lo tienta con una pequeña suma de dinero, que le propone procurarse y guardar por razones que le parecen verdaderas. Por ejemplo que aquello que el monasterio le da no le basta; que se

debe reservar alguna cosa para el caso de enfermedad ó de viaje; que si no tiene algún pequeño subsidio, se verá obligado á llevar una vida miserable y laboriosa; lo que le impedirá hacer progreso alguno en la virtud, y que en fin tendrá necesidad de implorar la asistencia de los otros quienes le reprocharán su descuido.

3º Cuando esta artificiosa pasión se ha insinuado así en el corazón de este miserable religioso ella le inspira los medios de adquirir esta pequeña suma de dinero. Desde aquel momento todos sus cuidados se reducen á hacer alguna obra sin que lo sepa su superior; la vende en secreto, y cuando ha recibido su precio, su ardor se redobla para ganar otro tanto, y su espíritu se halla agitado por mil inquietudes para saber en donde lo conservará y en que lo empleará; y si tiene la desgracia de obtener buen éxito en su tráfico, se volverá tanto más avaro cuanto más dinero haya recogido.

4º Este religioso creciendo en el mal y relajándose en el bien, ya no piensa más en guardar la menor regla de humildad, de caridad, de obediencia. Se enfada de todo, murmura de todo, se agría de todo; ya no tiene respeto á nadie. La comida y el vestido común del monasterio ya no le bastan. Presto se disgusta de su domicilio, y se atreve á decir que allí no puede obrar su salvación y que se debe retirar á otra parte.

5º Y lo que es más deplorable es que la avaricia vuelve activos para el trabajo á aquellos que eran los mas laxos en los trabajos comunes del monasterio. Mientras que entonces rehusaban hacer las obras más dulces y ligeras, ahora la avidéz del lucro los hace trabajar día y noche sin cesar. Ella ya no les permite orar, ni ayunar, ni aplicarse á los otros ejercicios de piedad. Ella hace que no piensen más que en adquirir nuevos bienes. En fin, la avaricia inspira una insubordinación tal, que Casiano dice haber co-

nocido á un religioso, si merecía llevar tal nombre, por más que se jactase de ser perfecto, el cual habiendo sido amonestado por un abad para que renunciara al amor del dinero, le respondió con un tono audaz y un rostro furioso : « Vos mismo tenéis dinero para nutrir á tantas personas, ¿ porque me prohibis que yo también lo tenga ? »

6° Hay, prosigue, tres clases de avaricia en los solitarios ; la una, por la cual un monje se deja persuadir á poseer bienes que ni aun en el mundo tenía ; la otra cuando después de haber dejado estos bienes los toma de nuevo y entra en su posesión ; la tercera, cuando su renuncia al mundo es imperfecta reservándose alguna cosa por un falso temor del porvenir. El primero cae en el caso de Jiezi (4° Reg. 5-27), el segundo en el de Judas (Matth. 26), y el tercero en el de Ananías y Sáfiro (Act. 5-3). Todo esto bien considerado hace ver que valdría mas á un religioso no haber jamás abrazado una profesión tan santa, que dejarse relajar por un vicio tan odioso, y servir por esto de escándalo á los otros.

7° Los religiosos avaros se atreven á autorizarse con aquello que san Pablo cuenta que Jesucristo dijo : *Que vale más dar que recibir* (Act. 20-35) ; como si la falsa aplicación que de ello hacen pudiera honrar este consejo de aquel divino Maestro : *Si queréis ser perfecto, id, vended todo lo que tenéis y dadlo á los pobres, y tendréis un tesoro en el cielo.* (Matth. 19-21). ¿ Y san Pablo por ventura no se glorificaba en el hambre, en la sed, en el frío y en la desnudez (II Cor. 11-27) ? ¿ Y puesto que él mismo manifiesta que era de una condición distinguida siendo ciudadano romano, no hubiera podido conservar sus bienes para subsistir después de su conversión, si hubiese creído que esto era más propio para adquirir la perfección cristiana (Act. 22-27) ? ¿ Y como se portaban los primeros cristianos ? Ellos vendían sus tierras y sus casas y llevaban el precio á

los piés de los apóstoles (Act. 34-34). Según estos modelos se debe uno regular, y no según el ejemplo de los religiosos relajados. « Hé aquí, añade Casiano, una excelente palabra de san Basilio á un religioso llamado Sinclético, que en el siglo había sido senador, y que se reservó alguna parte de sus bienes, para no tener que trabajar para vivir y adquirir la verdadera humildad por el desprendimiento de todas las cosas, por la pena del trabajo por la sujeción á las órdenes del monasterio: *Vos habéis perdido*, le dijo este santo obispo, *la cualidad de senador y no habéis adquirido la de solitario.* »

8° Es tanto más vergonzoso para un religioso dejarse vencer por la avaricia que no hay grande gloria en domarlas en cuanto ella es más despreciable; conviene por tanto muchísimo ahogar sus primeros movimientos, y el religioso jamás debe permitir que manche su alma reservándose la menor suma en secreto. Por otra parte, no se debe contentar con guardar la pobreza exterior, debe cortar de su corazón el funesto deseo de las riquezas, sin lo cual se podría decir de él que le falta ocasión y no voluntad. El ejemplo de Judas demuestra hasta donde se extiende esta detestable raíz cuando ha entrado en un corazón.

9° Los medios de librarse de ella son: 1° considerar que la violencia de esta pasión es más grande que todas las riquezas del mundo, ya que ellas no la pueden apaciguar; 2° no sufrir deseo alguno voluntario en el corazón; 3° cuando se está en el monasterio contentarse *con tener el sustento y el vestido*, como dice san Pablo (I Tim. 6-8); 4° acordarse con frecuencia de la manera como fueron castigados Anánias y Sáfira (Act. 5); y de la lepra con que Giezi fué cubierto en castigo de su avaricia (4° Reg. 5-27).

10° En fin, Casiano termina este libro séptimo con una hermosa y sólida instrucción: « No podríamos, dice, cumplir con esta virtud, ni aun permanecer bajo la regla y la

disciplina de un monasterio, si no estableciésemos solidamente la paciencia en nuestro corazón con una verdadera humildad, que es la raiz, y el principio de aquella; pues la humildad jamás hace mal á nadie, y la paciencia sufre generosamente el mal que recibe de otros. »

En el libro octavo de sus *Instituciones* Casiano habla de la cólera. Dice: 1° Que mientras esta pasión es dueña de nuestra alma no podemos tener parte á la verdadera vida. Que no poseemos la verdadera sabiduría, ni la verdadera justicia, ni la verdadera grandeza, ni la solidez de un consejo prudente, ni la paz con nadie, cuando en el espíritu de los hombres pasamos por santos, por grandes, por sabios, por pacíficos, y que en fin no podemos con ella adquirir el cielo, porque la cólera pierde á aquellos mismos que parecen los más prudentes.

2° Refuta á aquellos que osen autorizar su cólera por una falsa interpretación de los lugares de la Escritura, en los cuales se dice que Dios se puso en cólera contra su pueblo (Psal. 105-58), ó que le pedimos que no nos castigue en su cólera (Psal. 6-1). Dice que esto no se debe entender de aquella pasión á la cual está sujeta nuestra debilidad: sino de otra manera más digna de Dios, que nos lo hace considerar como el juez y el justo vengador de todo el mal que se hace en el mundo.

3° Dice que se debe desconfiar de la cólera, que es peligrosa, tanto si viene de una causa justa como injusta: Pues, dice, si es necesario que llevemos algun remedio á nuestro hermano que peca, lo debemos hacer con tanta moderación, que queriendo curar en él una ligera fiebre espiritual, no caigamos por nuestra cólera en una enfermedad más peligrosa, que es la de la ceguera. »

4° Nos podemos encolerizar contra nuestra misma cólera, contra nuestros malos deseos, contra nuestros defectos, contra nuestras pasiones, lo que se hace cuando tratamos de

corregir los desarreglos de nuestro corazón con una compunción saludable. ¿ Pero que se puede decir de aquellos que, en lugar de levantarse contra si mismos con estos sentimientos de compunción, se irritan contra los otros, y bien lejos de ahogar su cólera antes que se ponga el sol, nutren muchos días una secreta aversión contra aquellos que les ofendieron? Esto es una verdadera venganza; y de esta manera se vengan siempre aquellos que no sofocan su emoción por el deseo de la paz y por el amor de la dulzura, sino por la sola impotencia de vengarse en que se hallan; pues ¿ pueden hacer más, y dar una muestra mayor de su cólera á aquellos contra quienes se ofendieron, que no hablándoles ya con su dulzura ordinaria? La cólera que esta encerrada en su corazón puede ser muy bien que no ofenda á los hombres; pero ahuyenta la divina luz del Espíritu Santo tanto como si se exteriorizara.

5° ¿ Y como podremos creer que sea lícito permanecer en cólera contra nuestros hermanos, ya no digo durante muchos días, sino solamente hasta que se ponga el sol, cuando Jesucristo no nos permite dirigirle nuestras oraciones (Matth. 5-23), si un hermano llega alguna vez á tener algo contra nosotros? Y si nos atrevemos á orar con la cólera y el resentimiento en nuestro corazón contra la prohibición de Jesucristo ¿ no le ofreceremos un sacrificio que le sea tan agradable, que no le invite por la temeridad de nuestra desobediencia?

6° Algunas veces sucede que después de haber sido arrastrados por el orgullo ó por la impaciencia, nos quejamos de estar en comunidad y deseamos la soledad. Así es como nosotros excusamos nuestro relajamiento y echamos la culpa de nuestra cólera sobre las imperfecciones de nuestros hermanos. Pero mientras acusemos á los otros de las faltas que nosotros cometemos, jamás no levantaremos á una virtud sólida. No debemos hacer depender nuestra

paz ni el arreglo de nuestros corazones de la voluntad de los otros, que no está en nuestro poder, sino más bien de nosotros mismos. No es en la perfección de los otros, sino en nuestra virtud donde debemos hallar un remedio contra la cólera. Esta virtud no se adquiere por la paciencia de los otros sino por nuestra propia dulzura.

7° Nos engañamos, si para evitar la cólera deseamos un desierto. Sólo el perfecto y aquel que se purificó de sus vicios debe razonablemente pensar en él. Todos los vicios que llevamos al desierto sin haberlos extinguido antes, pueden muy bien permanecer ocultos é incubiertos en el fondo de nuestro corazón; pero no por eso quedarán destruidos tal vez crezcan más. Y aquella sombra de paciencia que creemos poseer se pierde enteramente en la soledad por la pereza á que nuestra seguridad nos ha hecho caer, mientras que viviendo con nuestros hermanos, el respeto que les teníamos ó el temor de alguna confusión pública nos retenia en el deber. Así para ser perfectos no basta que no haya nadie contra quien nos podamos enfadar; pues tambien lo podemos hacer contra las cosas inanimadas. Pero toda la ventaja que reportamos es que no respondiendo estas cosas inanimadas á nuestros arrebatos, no nos agrían más, como hacen los hombres con sus resistencias.

8° En fin, los remedios contra la cólera son: 1° Nunca sufrir consentimiento voluntario en el corazón, y desconfiar de sus movimientos, aun cuando creamos que nos es lícito enfadarnos por alguna razón légitima. 2° Considerar que ofreciendo nuestra oración á Dios, no es recibida, cuando haciéndolo conservamos la cólera en nuestro corazón.

« Pero, añade Casiano, sobre todo es necesario acordarnos de la fragilidad de nuestra naturaleza y de la inconstancia de nuestra vida; creer todos los días que vamos á sa-

lir de nuestro cuerpo, y que nada hemos merecido por nuestra castidad, por el menosprecio de las riquezas, con nuestros ayunos, vigiliias y trabajos; pues nuestra cólera nos inutiliza todas estas virtudes, y nos hace caer en los suplicios con los cuales el juez de todos los hombres ha amenazado á los vindicativos y coléricos. »

Después que Casiano ha dicho esto con motivo del vicio de la cólera, en el libro nono pasa al de la tristeza, y habla así de los efectos que ella produce: « 1º Ella nos aparta, dice, casi á cada momento de la contemplación de Dios; ella arroja nuestra alma del estado de pureza en el cual se había establecido; ella la reduce á la última bajeza; ella ya no le permite hacer sus oraciones ordinarias con su acostumbrada alegría; ella no sufre que se aplique á la lectura para encontrar en ella remedios para sus males; ella nos impide que seamos dulces y apacibles con nuestros hermanos; ella nos vuelve impacientes y fastidiosos en todas nuestras obras y todos los ejercicios de la religión, y después de haber turbado la constancia de nuestro corazón nos arrastra á la desesperación que nos consume y nos mata. »

2º Con esto se ve como debemos combatir ese vicio cuando viene á atacar á nuestra alma; *pues la tristeza, dice la Escritura, es para el corazón del hombre lo que la polilla para el vestido, y la carcoma para los árboles* (Prov. 23-24). Luego, á la manera que un vestido cuando está polillado nada vale, y un árbol carcomido ya no sirve para los edificios y sólo para el fuego; así el alma que se deja consumir por la tristeza ya no recibe la unción de Dios representada por el aceite que fluía sobre el vestido de Aarón, según espresión de David (Psal. 132-2), y ya no es propia para el edificio espiritual de que habla San Pablo cuando dice: *Vosotros sois el templo de Dios* (I Cor. 3-16).

3º Esta tristeza viene algunas veces, ó de que nos hemos encolerizado, ó de que hemos sido privados de un placer que deséabamos ó de un lucro que esperábamos. Otras veces viene del demonio, quien con su malicia y sin motivo alguno, nos echa en un profundo tedio, y nos impide recibir con la alegría acostumbrada á las personas más queridas; de suerte que todo aquello que ellas nos puedan decir para divertirnos nos parece importuno: tanto la amargura ha llenado nuestro corazón.

4º Esto hace ver que no debemos echar nuestras culpas sobre nosotros; sino sobre el fondo de nuestro corazón, en donde generalmente están la semilla de esta pasión y la raíz de todos los vicios. Por esto el Señor, que conoce los remedios propios para curar este mal fondo que llevamos, no nos ha mandado separarnos de la compañía de nuestros hermanos, sabiendo que la perfecta pureza de corazón no se adquiere por esta separación, sino con la virtud de la paciencia. Y á la manera que cuando tenemos la paciencia arraigada en el corazón, conservamos la paz, aun en medio de aquellos que nos aborrecen; así cuando estamos desprovistos de ella, es de temer que estemos sin cesar en disputas aun con aquellos que son mejores que nosotros. No debemos hacer más que arreglar nuestras costumbres y reformar nuestra vida, para estar enseguida y con facilidad en paz, no solamente con los hombres, sino también con las bestias más feroces.

5º Además de la tristeza de que acabamos de hablar, hay otra que lleva al alma pecadora, no á regular mejor su vida ni á reformar sus costumbres, pero sí á una mortal desesperación. Tal fué la tristeza de Cain y la del traidor Judas. Tristeza horrible y detestable.

6º La tristeza, pues, no nos es útil sino cuando nos afligimos por nuestros pecados, ó cuando estamos aun lejos de la perfección, ó cuando entrevemos la dicha del cielo á que

aspiramos. Esta es la tristeza de que habla san Pablo cuando dice: *La tristeza que es según Dios, causa una penitencia estable para la salud* (II Cor. 7-10); y la señal para discernir la buena tristeza, de que habla el Apóstol, de aquella que no lo es, es que la buena es obediente, humilde, dulce, paciente, porque viene del amor de Dios, que ella lleva á la perfección, que abraza los dolores y las penas para obtenerla, que se ocupa de la compunción y conserva siempre su dulzura; mientras que la otra es agria, impaciente, intratable, llena de amargura, que tiene el corazón en mal humor, y muy lejos de hacer pasar el alma á la tristeza saludable es mas bien capaz de sumergirla en la desesperación. Es por esto que nosotros nos debemos aprovechar tanto de la buena tristeza, cuanto debemos arrojar lejos de nuestro corazón á la mala, que el Apóstol llama *la tristeza del siglo*.

7º Por fin, ved como Casiano propone el medio de curar nuestra alma de la mala tristeza. « Arrojemos, dice, de nosotros de tal suerte esta pasión peligrosa que podamos enseguida levantar nuestro espíritu con la meditación de las cosas del cielo y la meditación de la dicha que nos está prometida.

Con esta consideración y con este divino objeto disiparemos todas las tristezas que sentimos... La consideración de los bienes futuros nos levantará por encima de los males presentes, y permaneciendo siempre en una santa alegría y en una firmeza inquebrantable, ya no seremos más abatidos por los males, ni levantados por los bienes de este mundo, porque consideraremos á unos y á otros como ligeros y caducos. »

El vicio de que Casiano trata en el libro décimo es la pereza. Aunque este autor habla con mucha fuerza contra los otros vicios, se ve que en este libro se levanta con mayor vehemencia contra los religiosos ociosos y perezosos.

Después de haber manifestado los diversos efectos que este vicio produce en el alma de un monje de que ha tomado posesion, y por que artificios el demonio le engaña, le ciega y le causa diversas desgracias, hace en estos términos la descripción de un religioso perezoso.

1º Cuando este vicio, dice, ha entrado una vez en el alma de un solitario, y se ha convertido en su dueño y tirano, lo deja morar en su celda como un relajado y perezoso, sin que en ella haga progreso alguno espiritual; ó lo saca de ella para convertirlo en un cosmopolita errante y vagabundo, y reducirlo en una continua inestabilidad. Lo vuelve incapaz de hacer obra alguna buena. Lo hace correr de celda en celda, de monasterio en monasterio para visitar allí á los hermanos; y no le deja tener otro cuidado que pensar donde podrá preparar la primera comida que debe tomar, y porque pretexto la podrá hacer adelantar. Porque el perezoso no se ocupa más que de comer y de comidas; él permanece en este estado hasta que encontrando alguna otra persona, hombre ó mujer, en el mismo estado de molicie, se enreda en sus negocios. Ocupa totalmente su espíritu en ellos, y se deja poco á poco comprometer en los empleos peligrosos, que le oprimen como por nudos de serpientes, de que ya no se puede librar. Se encuentra tan cargado con este peso, que ya no puede levantar sus ojos ni su corazón á aquel estado santo que había abrazado desde el principio. »

2º San Pablo, continúa Casiano, el verdadero médico de las almas, ya conoció en sus tiempos lo que era la pereza y previó por la luz del Espíritu Santo los males que causaría á los solitarios, y que trató de prevenir con remedios. Se puede ver lo que al objeto escribió á los Tesalonicenses (I Thess. 3-4). Asi este santo Apóstol no solo trabajaba para sí mismo (II Thess. 3), sino también por aquellos que estaban con él y que sus ocupaciones les impedían traba-

jar; y su intento era excitarnos á nosotros mismos á trabajar como él. Para exhortar á los primeros cristianos al trabajo, al ejemplo que les daba juntó también el consejo y el mandato.

Cuando estábamos con vosotros, les escribe, *os declaramos que aquel que no quiere trabajar tampoco debe comer* (II Thess. 3-11) *Nosotros sabemos*, dice también, *que hay algunos entre vosotros que están desordenados é inquietos, que nada hacen y que dicen que nada tienen que hacer* (I Thess. 4-1). *Nosotros mandamos á estas personas, y las conjuramos por Nuestro Señor Jesucristo que coman su pan trabajando en cuanto puedan* (II Thess. 3-6). Por estos pasajes de san Pablo se ve que la ociosidad causa el desarreglo, la inquietud, el prurito de mezclarse en asuntos ajenos, y para obviar estos males el Santo usa de su autoridad para ordenar el trabajo. (Act. 1 18). Recomienda lo mismo en muchos otros lugares (Act. 10-17, II Thess. 3-7 Eph, 4-28) y esta recomendación se repite muchas veces en los libros del Antiguo Testamento.

3º En el capítulo veinte de este libro relata un ejemplo que demuestra hasta que punto de ceguera puede conducir la pereza á un religioso. « Conocíamos uno, dice, cuyo nombre podríamos citar, si esto pudiera servir de instrucción al lector. Este hombre viéndose en el monasterio obligado á entregar todos los dias al ecónomo la obra tasada que hacía, escogió este artificio para impedir que el fervor de algún religioso hiciese aumentar la medida ordinaria, ó que al menos él no fuese confundido por el ejemplo de su celo. Desde que se apercibía de este fervor, trataba de hacerlo retroceder, y no pudiendo conseguir su resultado, le inspiraba con sus consejos detestables el pensamiento de salir del monasterio. Para hacerlo caer más fácilmente en este lazo, fingía que hacía mucho tiempo que sufría sin quejarse, y que hubiera salido por muchas razo-

nes y ofensas que había recibido, si hubiese podido encontrar á alguno que hubiese querido acompañarle.

« Después que así había dicho mucho mal del monasterio y había por fin obtenido su consentimiento, le señalaba la hora en que saldrían del monasterio y el lugar en donde se debían encontrar ; pero muy lejos de ir como había prometido, permanecía apaciblemente en su celda. Así el otro religioso demasiado crédulo, avergonzado por su salida, no osaba entrar mas al monasterio del cual se había escapado, mientras que éste, siendo el autor de todo, pacífico permanecía en él. »

4° El mismo autor nos enseña con que fervor los solitarios de Egipto se aplicaban al trabajo : « Regulándose, dice, según el ejemplo y las ordenanzas de san Pablo, no pueden sufrir que sus religiosos, y en particular los más jóvenes, permanezcan un momento sin hacer nada. Juzgan de ellos y de los adentros de su corazón, de sus progresos en la virtud, de su paciencia y de su humildad, por su amor al trabajo. Y bien lejos de permitir que alguno de ellos reciba de otro con que nutrirse, por el contrario quieren nutrir con sus trabajos á los sobrevivientes y forasteros ; envían sumas inmensas á aquellos que gimen en las prisiones, ya en toda la Libia, que son lugares siempre estériles, ya también en todas las otras ciudades ; y creen con estas limosnas ofrecer á Dios un sacrificio justo, santo y verdadero del fruto de los trabajos de sus manos. » Por otra parte están tan persuadidos de la necesidad de trabajar, que sus ancianos han pronunciado esta admirable sentencia : *Un religioso que trabaja no es tentado mas que por un demonio ; pero aquel que no trabaja, tiene una infinidad de demonios que le pierden.*

5 Ultimamente Casiano termina este libro con esta hermosa sentencia : « La experiencia ha hecho conocer que las tentaciones de la pereza no se deben evitar huyendo de

la celda ó del monasterio, sino que se han de domar resistiéndolas con el continuo trabajo y ocupación. »

El mismo autor combate la vanagloria en su libro once :
1° Dice que es este un enemigo tan astuto, y que se disfraza de maneras tan diversas, que los ojos más perspicaces á veces apenas lo pueden descubrir. Y mientras que los otros vicios nos hacen una guerra declarada é insensible, y atacan visiblemente á las virtudes que le son contrarias y que por esto son mas fáciles de conocer y vencer, este se mezcla entre las virtudes, como un ladrón que aprovecha una noche oscura para sorprender más facilmente á aquellos que no vigilan bastante.

2° La firmeza con que resistimos á los otros vicios confunde al demonio que nos los inspira, y lo vuelve mas débil contra nosotros. Pero cuando la vanidad nos ha tentado sobre ciertos objetos groseros, si ella se ve contrariada, no por esto desfallece ; al contrario, deja la primera forma que había tomado para tentarnos, y se cubre con la apariencia de las virtudes para abatirnos después que la hemos domado. Así mientras que los otros vicios se enflaquecen, por decirlo así, y se secan desde el momento que los hemos vencido ; este nunca se levanta con más pertinacia que cuando se ve aterrado. En cuanto se le pisotea, en tanto toma vigor y fuerza en la gloria que se ha reportado contra él ; y en esto principalmente consiste el artificio de este enemigo, vence al soldado de Jesucristo con sus propias armas cuando no ha podido hacerlo con las ajenas.

3° La vanagloria, pues, ataca por todos lados á aquel mismo por el cual fué vencida. Ella se esfuerza en perderlo elevándole por sus hábitos, por sus gestos, por su mismo andar, por sus palabras, por sus acciones, por sus vigiliass, por sus ayunos, por sus oraciones, por su humildad, por su larga paciencia. Ella es como un escollo escondido bajo las olas, contra el cual se estrellan aquellos

que navegan apaciblemente con un viento favorable.

4º Nosotros tenemos principalmente necesidad de emplear contra este vicio *esas armas de justicia*, que san Pablo dice, están *á derecha é izquierda* (II Cor. 62); porque en realidad nos viene á atacar por una y otra parte. Efectivamente, cuando el demonio no ha podido envanecer á uno por un vestido bien hecho y bien propio, trata de hacerlo por otro ordinario y despreciable. Pero abate con la humildad á aquel que no ha podido vencer con la gloria. El domina á aquel que no ha podido levantar con la ciencia y la belleza de sus discursos, haciéndole sacar vanidad de su mismo silencio. Si un religioso jóven en presencia de los otros, se ve tentado de complacencia, y si se oculta por el menosprecio de la gloria que podría recibir, concibe sentimientos de orgullo. Evita el hacer largas oraciones delante de los hermauos por temor de envanecerse por ello, y enseguida se envanece por haberse escondido para orar. Esto hacia que los ancianos comparasen este vicio al bulbo. Cuando á este se le quita una piel, se le halla al momento otra, y cualquier esfuerzo que se haga para despojarle, siempre se le encuentra revestido de una nueva piel.

5º Este cruel enemigo ni aun cesa de perseguir á los solitarios que se separan de los hombres para evitarlo. Diriais que cuanto mas huyen del mundo, tanto son atacados por este demonio. El trata de envanecer á los unos porque soportan el trabajo, á los otros porque son humildes; á estos por su silencio, á aquellos por sus vigiliyas y sus lecturas; y cuando ve que un religioso marcha por el derecho sendero de las virtudes, le tiende lazos en su camino, como David se queja de ello (Psal. 111 — 4), inspirándole sentimientos de complacencia por el progreso que hace; asi hace que encuentre la muerte, si tiene la desgracia de escucharle, en aquello mismo que le debía dar la vida.

6º Lo que hace á la vanagloria aún más peligrosa, es

que los lugares y los tiempos que adormecen á los otros vicios nada pueden contra ella. Ella ataca al cenobita en el monasterio, y al anacoreta en las profundidades del desierto. Ella ataca lo mismo á los ancianos que al joven solitario; y la más larga vejez, sino está apoyada sobre una sabia discreción, muchas veces peligra de sucumbir bajo los tremendos golpes que ella le da.

7° Los jóvenes religiosos que no han adelantado bastante en la virtud y en la ciencia de los Santos, ordinariamente son tentados de la vanagloria por cosas de ninguna importancia. Los unos lo son por la dulzura de su voz, porque recitan agradablemente un salmo; los otros por ser delgados; otros, por tener el cuerpo vigoroso; otros, por haber nacido de padres nobles; otros, por no haber querido emprender la carrera militar, ó por haber despreciado los cargos. La vanagloria les hace creer que si hubiesen permanecido en el mundo habrían adquirido honores habrían sido elevados á dignidades, y ella les hace encontrar tanta complacencia en estas falsas ideas, como si efectivamente hubiesen gozado de esas dignidades, que despreciaron. Algunas veces también esta pasión introduce en el alma de un solitario el deseo de la clericatura, la ambición del diaconado y del presbiterado, haciendole creer que si á pesar suyo se le obligase á entrar en este estado, viviría en él tan santamente, que serviría de modelo á los otros sacerdotes, y convertiría á Dios á muchas personas con el buen ejemplo de su vida y con su doctrina.

8° Para evitar las ocasiones de esta tentación es que Casiano recomienda á los solitarios evitar los obispos: « Nuestros ancianos, dice, han creído que un solitario debe absolutamente huir de las mujeres y de los obispos. Cuando se deja engolfar en la familiaridad de una ú otra de estas dos suertes de personas, después ya no puede permanecer en el descanso de su celda, ni entregarse á la divina contempla-

ción por la meditación de las cosas santas. » Fácilmente se comprende porque prohíbe á los solitarios la familiaridad con las mujeres ; pero parece sorprendente que se la prohibiese con los obispos, si esto no era para quitar á los solitarios toda ocasión de ambicionar la clericatura por un espíritu de vanagloria ; á causa de ser entonces bastante ordinario, dice un sabio religioso ¹, que en defecto de clérigos seculares, se empleasen los monjes en los monasterios para las funciones eclesiásticas.

9º A este propósito Casiano relata una historia igualmente instructiva como singular, la cual confirma esto que acabamos de decir. « Yo me acuerdo, dice, que cuando moraba en el desierto de Scete, vi allí á un viejo que me contó lo que un día le sucedió. Habiendo ido á la celda de uno de sus hermanos para visitarle, y habiendo visto, al acercarse á su puerta, que hablaba y decía alguna cosa en alta voz, se detuvo para saber que lugar de la Escritura leía, ó recitaba trabajando, como es costumbre entre los solitarios ; pero habiendo este santo espión escuchado largo tiempo, encontró que el espíritu de vanagloria se había apoderado de tal modo de este religioso, que se imaginaba estar en una iglesia, y allí rogar delante de todo el pueblo. Este buen viejo aguardó con paciencia que hubiese acabado su sermón ; pero viendo que presto volvía á ejercer el ministerio, y que remedando al diácono hacía como si sirviese á la misa, se cansó y euseguida llamó á la puerta. Este religioso salió al momento, fué delante de este santo viejo ; le manifestó el respeto acostumbrado en semejantes ocasiones, y le hizo entrar en su celda ; y como su conciencia le hacía temer que hubiese oído una parte de su oficio, le preguntó si hacía mucho tiempo que estaba allí, y que temía mucho hubiese tenido que aguardarse en la puerta, lo que le habría sido muy incómodo. Este santo solitario le

¹ Dom Cillier.

respondió con agrado diciendo: *Me aguardaba desde que empezasteis á cantar la misa.*

10° En fin, después que Casiano ha probado con el ejemplo de los reyes Esequías y Osías (4° Reg. 20), que se dejaba envanecer por la vanidad después de haber practicado tantas virtudes, y con muchos pasajes de los Libros santos (II Paral. 6) cuanto es de temer la vanagloria, propone los medios de defenderse de ella, que son: 1° Meditar con frecuencia sobre estas palabras de David. *El Señor consume los huesos de aquellos que agradan á los hombres* (Psal. 52-7); 2° imponernos por ley no hacer jamás cosa alguna por el deseo de la vanagloria; 3° renovar de tiempo en tiempo en nuestras acciones la pureza de intención que hemos tenido al empezarlas; 4° evitar la singularidad y todo aquello que nos puede señalar, ó atraernos la estimación ó las alabanzas de los hombres; 5° considerar que por la vanidad perdemos el mérito de los trabajos que hemos sufrido en la práctica de las virtudes, y que no solo perdemos todo el fruto de ellas, sino que nos hacemos culpables de un crimen que nos hará sufrir los suplicios del infierno, por haber manifestado tanto menosprecio á Dios, cuanto que hemos preferido la estimación de los hombres á él, y por haber pospuesto esta gloria sólida y duradera que esperamos de él á la gloria tan vana del mundo.

Por fin Casiano termina en el libro doce su obra de las *Instituciones monásticas* con un tratado contra el orgullo, en el cual manifiesta su deformidad, sus funestos efectos, las señales por las cuales uno puede conocer si está infectado de él y por que remedios se puede curar.

1° Aunque haya puesto este vicio en último lugar al tratar de los vicios capitales, confiesa que es el primero, y que precede á los otros por el orden de su nacimiento; que es el más terrible; que ataca particularmente á los perfectos, y que redobla su furor contra aquellos que ya están arraiga-

dos en esta consumada virtud. Así, hay dos clases de orgullo, de las cuales una ataca á las personas más espirituales, y la otra más grosera ataca á los principiantes. Una y otra se levantan contra Dios y los hombres; pero la primera se dirige más á Dios, y la segunda se detiene más con los hombres.

2° No hay vicio que corrompa más todas las virtudes en una alma y que arruine más la santidad que ella poseía; cuando los otros vicios tienen sus límites, y cada uno de ellos combate una virtud en particular, por ejemplo, la gula combate la templanza, la cólera combate la paciencia, etc. El orgullo, por el contrario, al entrar en una alma arruina en ella todas las virtudes; allí obra como un tirano que habiéndose apoderado de una fortaleza, enseguida destruye toda la ciudad y la reduce á polvo.

3° Para comprender el poder de esta tiránica pasión, no hay más que considerar lo que hizo á Lucifer; el solo orgullo le precipitó del cielo, y habiéndole echado de la sociedad de los ángeles, lo hizo caer hasta el profundo de los abismos; que si un solo movimiento del corazón precipitó del cielo á la tierra á un ángel de una hermosura y de un poder tan singulares, ¿cuánto más debemos temblar nosotros que somos tan miserables? Tal fué la causa de la primera ruina mayor que cuantas haya habido; tal fué la raíz del más grande de todos nuestros males; pues esta peste del ángel rebelde se comunicó al hombre haciéndole prevaricar, estando persuadido que por sí mismo podría adquirir la divinidad. Estas terribles caídas deben hacer comprender á los más perfectos cuanto deben temer el orgullo y con que humildad deben implorar contra él el auxilio de Dios, diciéndole con el Profeta: *Señor, que no venga en contra de mí el pié de la soberbia* (Psal. 35-12).

4° El orgullo es propiamente el vicio que se opone á Dios, y por eso se ha dicho en la Escritura que *Dios re-*



Imp. Ch. Chauou aîné, Paris.

Gravé d'après.

S^{te} Synclitique.

Santa Sinclitica.

siste á los soberbios (Jac. 4-6); pues aunque Dios sea enemigo de todos los vicios, la Escritura no dice en términos formales que Dios resista á los inmoderados, á los coléricos y á los avaros, sino *á los soberbios*. Los otros vicios recaen sobre aquel que los comete, pero el orgullo ataca á Dios, y merece por su insolencia que Dios le resista.

5° Hé aquí la razón porque Dios, que es el médico y el autor de todas las criaturas, sabiendo que el orgullo es el principio de nuestras enfermedades, ha querido que aquel que había caído por el orgullo se levantase por la humildad. El demonio dijo: *No subiré á lo más alto de los cielos* (Isaías 14-13). Jesucristo dijo: *Mi alma se ha humillado hasta el pobre* (Psal. 43-25). El demonio dijo: *No seré semejante al Altísimo* (Isaías 14-14). Y Jesucristo *estando en la gloria de Dios se anonadó él mismo tomando la forma de un esclavo* (Philip. 2-6-7). El demonio dijo: *No colocaré mi trono encima de los astros de Dios* (Isaías 14-14). Jesucristo dijo: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*, etc. (Matth. 11).

6° Para librarnos de un vicio tan peligroso, debemos decir con san Pablo, en todas las virtudes en que reconozcamos haber hecho algún progreso: *Esto no lo he hecho yo, sino la gracia de Dios que está conmigo*; no pudiendo persona alguna adquirir por sus propias fuerzas la perfección de las virtudes y llegar á la beatitud. En efecto, cuando consideramos que el buen ladrón se abrió el cielo por una sola confesión, y que David recibió el perdón de dos grandes crímenes por una sola palabra de penitencia, reconocemos que una dicha tan grande en el primero de los méritos de su vida pasada, y que una sola palabra en el otro no merecía ese perdón; sino que Dios difundió su gracia con abundancia allí donde el pecado había abundado, y que viendo el sincero arrepentimiento de ese rey borró dos grandes crímenes por una sola palabra y por una confesion plena y perfecta.

7° Es necesario, pues, convenir con nuestros ancianos Padres que nadie puede llegar á la pureza de corazón, en que consiste la perfección religiosa, si no está bien persuadido que todos sus esfuerzos no pueden levantarse por sí mismos á este alto estado, y que para esto necesita el auxilio y la misericordia de Dios ; pues todos nuestros ayunos, nuestras vigiliás, nuestras lecturas, nuestra soledad, nuestra clausura, son cosas muy insignificantes para merecer una recompensa tan grande como es esa pureza celestial. El trabajo del hombre no puede compararse con el don de Dios, y por eso debe ser su bondad la que se lo conceda. También se nota en estos ancianos Padres, que la pureza de corazón, que en tan alto grado habían adquirido, les daba también la ventaja de reconocer mejor el gran número de sus pecados. El dolor que sentían por sus imperfecciones de día en día se iba aumentando á proporción de esta divina pureza ; suspiraban sin cesar sobre sus faltas, lo que les llevaba á protestar con voz de trueno que no esperaban la dicha de la otra vida de sus trabajos, sino de la sola bondad de Dios.

8° Casiano enseña prueba con muchos pasajes de los Libros santos, que en aquello que se refiere á nuestra salvación nada podemos sin la asistencia de Dios, y demuestra de cuantas maneras somos deudores á la gracia y á la bondad de Dios. Combatiendo después el orgullo, que nos es tan propio, con los sentimientos de humildad, la que nos debe inspirar la necesidad que tenemos de los auxilios de Dios, dice que la experiencia de los ancianos Padres, la pureza de su vida, la inocencia de sus acciones y el alejamiento del vicio, nos ha hecho conocer claramente que en esta fé consistía la perfección del hombre, y que sin ella no podía tener piedad alguna para con Dios, ni reformar su desarreglada vida, ni perfeccionarse en las virtudes.

9° El mismo autor dice que un religioso fué entregado á un espíritu de incontinencia por haber caído en un senti-

miento de blasfemia contra Jesucristo por un efecto de su orgullo; y que Joas (2º Paral. 24-17-18-etc.), que se había hinchado de vanidad por los respetos que se tributaban á su dignidad, cayó en los excesos de la idolatría, y concluye, sobre el ejemplo de este príncipe que se extravió tan extraordinariamente, que una alma soberbia queda abandonada de Dios á toda suerte de pecados y que sólo por una humildad sincera puede llegar á purificarse con perfección.

10º Habla despues de un orgullo más grosero que ataca á los jóvenes religiosos. El primero de que habla, tienta á aquellos que domaron los otros vicios, inspirándoles una vana complacencia por sus trabajos pasados y por las virtudes que han adquirido, y haciendo que lo atribuyan mas bien á sus propios cuidados que á la gracia de Dios. « Así, dice, después que el demonio ha visto que sus esfuerzos han sido inútiles tratando de combatir á estos hombres con los vicios de la carne, se esfuerza para vencerlos con los del espíritu, y reducir en polvo por un sentimiento de orgullo los largos trabajos de su vida pasada. »

11º Entra después en el detalle de los efectos que este orgullo grosero produce en el alma de un joven religioso, manifestando que esta funesta pasión ya no le permite renunciar de corazón á la vanidad del siglo para abrazar la humildad de los Hijos de Dios; que por más que la profesión de la vida religiosa de que ha hecho votos no sea mas que un testimonio público de que él ha abrazado la mortificación de la cruz, y que esta profesión no pueda subsistir ó crecer si no está establecida sobre este doble fundamento de creerse interiormente muerto al mundo, y que la vida de su cuerpo debe ser como una muerte continuada; él sin embargo en ninguna de estas disposiciones entra, se promete una vida larga, toma sus medidas para pasarla bien en perjuicio de la vida religiosa, olvida la práctica de las virtudes, ya no gusta de los discursos espirituales, cree que cuanto

en ello se dice se refiere á él ; lo que lejos de corregirle, le irrita y le endurece más. Por fin, cae de un vicio á otro vicio, de un abismo á otro abismo, y levanta un destestable edificio compuesto de todos los pecados capaces de precipitarle en una ruina aun más funesta.

« 12° Hé aquí las señales exteriores, prosigue Casiano, de este orgullo grosero de que hablamos. Desde un principio hace el tono de nuestra voz más elevado, nuestro silencio sombrío y amargo, nuestras rísas ruidosas é immoderadas, nuestras tristezas insipientes, nuestras respuestas agrias, nuestros discursos ligeros, nuestras palabras sin discernimiento, sin peso, sin gravedad ; nos hace impacientes, sin caridad, audaces para ultrajar á los otros, sensibles á las injurias que recibimos, tardíos en obedecer, sino cuando hemos ya prevenido por nuestros deseos aquello que se nos manda, incapaces de recibir un consejo y de sufrir una reprehensión ; impotentes para resistir á nuestra propia voluntad, inflexibles para someternos á la de los otros, siempre obstinados en sostener nuestro dictamen, y jamás en estado de rendirnos al de nuestros hermanos. Así nos hacemos incapaces del consejo y de la dirección, y llegamos al atrevimiento de tener más confianza en nuestro juicio que en el de nuestro superior. »

13° Casiano después de esto propone los medios de librarnos de esta funesta pasión y de adquirir la pureza de corazón, que es el fin de la vida religiosa. « Si queremos, dice, que nuestro edificio sea perfecto y agradable á Dios, apresurémonos á echar sus fundamentos, no según los movimientos de esta voluntad particular, sino según la verdad del Evangelio. Estos fundamentos son el temor de Dios y la humildad, que vienen de la dulzura y de la simplicidad del corazón. En esta humildad sólo se entra por una entera pobreza. Si no somos verdaderamente pobres, nunca llegaremos á ser ni obedientes, ni pacientes, ni dulces, ni apaci-

bles, ni perfectos en la caridad, y sin estas virtudes nuestro corazón no podrá ser el templo del Espíritu Santo. »

14° Que el atleta, pues, de Jesucristo, que combate para obtener la corona, ante todo se acelera á matar esta cruel bestia del orgullo que devora todas las virtudes, cimentándose en una humildad sólida, en una obediencia sin fingimiento, en un despojamiento completo ; que se considera no sólo como muerto al mundo, sino también como un insensato que hace sin discernimiento todo aquello que sus ancianos le mandan. Cuando estará establecido en este estado, todo lo sufrirá con paciencia por una humilde dependencia ; y el gran medio de sufrirlo todo no solo con paciencia, más aún con paz, es representarnos los sufrimientos del Salvador y de los santos, la corta duración de esta vida y que iremos dentro de un momento á tomar posesión de la gloria eterna : estos son los pensamientos que, bien grabados en el corazón, dan el golpe mortal al orgullo y á todos los vicios.

No hemos creído poder dar una idea mas justa de la doctrina espiritual de los solitarios de Egipto, que haciendo el análisis de esos *Libros* de Casiano, que nos demuestran de que manera combatían los defectos y las tentaciones en sus discípulos, y que prácticas de virtud les inspiraban. Este autor nos lo enseña él mismo en el libro once : « Los Padres de Egipto, dice, relatan en sus conferencias todas las tentaciones, ó aquellas que ellos sufren ó las que los jóvenes deben sufrir en lo futuro, como si también las sufrieran ellos mismos. Todo se lo descubren, á fin de que patentizándoles todas las ilusiones del demonio, aquellos de entre los jóvenes religiosos que son más fervorosos, noten en los discursos de esos Padres toda la serie de tentaciones que sienten y que mirándolas como en un claro espejo, reconozcan las causas de los vicios que los atacan, y los remedios que les deben aplicar. Así también se instruyen por

adelantado de la manera como se deben conducir en las tentaciones venideras, antes que experimenten sus efectos, y saben como podrán ó evitarlas, ó atacarlas, ó vencerlas. Esos santos varones, como verdaderos médicos de las almas, preveyendo las enfermedades que pueden corromper á los cuerpos, las curan antes de nacer con las conferencias espirituales como con antidoto divino, y no permiten que crezcan y se fortifiquen en los jóvenes, descubriéndoles al mismo tiempo las causas de estas pasiones y los remedios para curarlas. »

El análisis de los *Libros* de Casiano nos dispensa de referir aquí aquella larga serie de sentencias de los Padres del Egipto, que se encuentra en la colección que de ellas se ha hecho bajo el título de *Palabras notables de los Padres de los desiertos*, y que se pueden ver en *Rosweide* y en la traducción de *Arnaud de Andilly*. Nos parece inútil colocarlas aquí, por contener los mismos principios y las mismas máximas; además que relatamos aquellas que llevan los nombres de sus autores, refiriendo cuanto hemos podido recoger de sus acciones y de sus sentencias.

SANTA SINCLÉTICA, ABADESA ¹.

La historia de santa Sinclética es del número de aquellas de que no se puede dudar sin hacerse despreciar. Si san Atanasio no ha sido el autor de ella, como muchos sabios de nuestro tiempo aseguran, contra Nicéforo á quién siguió Arnaud de Andilly, es no obstante cierto que su autor es contemporáneo, quién no solo ha relatado lo que personas

¹ Los Bolandistas, Cotelier.

fidedignas y que habían conocido á la santa desde su juventud, le dijeron ; sino que él mismo tuvo la dicha de verla. El cardenal Baronio sintió mucho de que en su tiempo no la encontrase ; pero después se la descubrió en la biblioteca del Escorial del rey de España. David Claville, escocés, la tradujo en latin tal como la vemos en Bolandio ; y Cotelier nos ha dado su texto griego con la traducción latina al lado. Sobre estas memorias la vamos á escribir aquí. Separaremos de ella las instrucciones ascéticas que forman su principal parte, á fin de no interrumpir la narración de su Vida, y de estas instrucciones formaremos la de su doctrina espiritual.

A esta ilustre Santa se le debe la gloria de haber sido madre de las religiosas, como á San Antonio de haber sido el padre de los religiosos. Y por más que nada queramos decidir aquí sobre el estado monástico, si el gran Antonio puso esta santa profesión en un nuevo lustre, por el número de solitarios que se formaron bajo sus ejemplos ; se puede decir lo mismo de santa Sinclética, la cual en su tiempo fué por sus virtudes y sus saludables consejos, el ornamento y la gloria de los monasterios de mujeres ; pues atrajo un gran número de ellas y las formó tanto con su vida edificante como con sus palabras llenas de la unción del Espíritu Santo. También su historiador confiesa que cuando uno la considera le sucede lo mismo que á aquellos que, queriendo mirar fijamente al sol, quedan sus ojos heridos por el vivo resplandor de sus rayos.

Era oriunda de Macedonia, de una familia muy noble y riquísima. Sus mayores abandonaron este país para pasar á Alejandría atraídos por la piedad que entonces hacía muy célebres á sus habitantes. Tuvieron el consuelo de ver ellos mismos que aquello que les habían dicho estaba muy conforme con la verdad. La uniformidad de la fé y la caridad que allí reinaban les gustaron tanto, que ya no pensaron

más en trasladarse á otra parte y consideraron esta gran ciudad como su patria.

Esta fué la patria de la Santa de que hablamos ; y es fácil comprender que la educación que allí recibió, respondió á la gran piedad de los padres que se la dieron. Tenía dos hermanos y una hermana, de que hablaremos luego ; pero uno de ellos murió muy joven, y el otro, de veinte años de edad, habiéndole sus padres hecho comprometer al matrimonio, murió cuando todo estaba preparado para las bodas.

En cuanto á Sinclética, practicó la piedad desde la edad más tierna. Ella empezó desde entonces á despreciar el cuidado de su cuerpo para entregarse toda entera al de su alma. Ella observaba sus afecciones mas insignificantes con una gran vigilancia, y no ocupándose más que de los medios de agradar á Dios y de manifestarle su amor, se alejaba de cuanto la podía distraer de él, y practicaba todo aquello que un celo industrioso le inspiraba para revestirse de los adornos de las virtudes que la podían hacer agradable al celestial Esposo.

« Por una parte despreciaba, dice el autor de su Vida, las soberbias galas de las mujeres mundanas y el esplendor de las perlas y del oro de que ellas hacen tanto caso. La harmonía de los instrumentos de la música y de la voz nunca lisonjearon sus oídos, su corazón era también mas insensible que un diamante á sus vanidades. Ella cerraba la puerta á todo aquello que podía halagar los sentidos ; y, encerrada en sí misma, su alma no gozaba más que en conversar con el celestial Esposo que ella quería elegir por su único partido. »

Por otra parte, añade el mismo autor, ella era una viva imágen de la insigne santa Tecla, cuyos pasos seguía con fidelidad. Pues, prosigue, una y otra tenían á Jesucristo por esposo, á san Pablo por mediador de su matrimonio, á la

Iglesia por lecho nupcial, y al Profeta Rey por salmista de su santo epitalamio. Así ambas ardían en el mismo amor por Jesucristo, pues habían recibido de él los mismos dones celestiales. » Además de estos dones preciosos de la gracia, Dios también la había favorecido con los de la naturaleza, y estaba adornada de una hermosura tan excelente, que unidas sus cualidades del alma á las del cuerpo, la hicieron considerar como un partido que no se podía pretender sino con mucho ahinco. Esto hizo que muchas personas distinguidas se presentaran á pedir su mano, y sus padres la instaron muchísimo á que se comprometiera, ya que después de la muerte de sus hermanos no quedaba mas que ella para conservar el nombre de su casa habiendo su segunda hermana perdido la vista. Pero mientras le hablaban de bodas, esta vírgen casta, prudente y generosa no se ocupaba mas que del propósito de abrazar una vida angelical, y despreciando todos los partidos que se le presentaban, su corazón solo dirigía sus afecciones hacia el celestial Esposo que ella había escogido para siempre.

Sus padres viendo la extrema repugnancia que manifestaba para el matrimonio, no la instaron más y la dejaron en libertad de vivir según el estado santo que había elegido. Desde esta fecha redobló su fervor como si no hubiese hecho más que empezar á servir á Jesucristo, por mas que ya le hubiese amado desde su más tierna infancia. Ella evitó más que nunca las vanas conversaciones con las personas del siglo, y aun con las mujeres. Ella vivió en un retiro mucho más riguroso. Ella ya no gustó mas que de los discursos que le podían instruir en las cosas de Dios y edificarla.

Ella añadió la mortificación á los ejercicios de la vida exterior. El ayuno formaba todas sus delicias, y con disgusto daba á su cuerpo el alimento que no le podía negar sin destruirlo ; pero cuanto más lo enflaquecía con sus aus-

teridades, tanto mas su alma tomaba nuevas fuerzas. La abstinencia la volvía pálida, y el fervor de su caridad daba vigor á su espíritu. Así destruyendo con su penitencia el color florido de su rostro, interiormente se adornaba con las hermosas flores de la virginidad, y podía decir con el gran Apóstol: *¡ Cuanto más el hombre exterior se debilita en mí, tanto mas se fortifica el interior!* (II Cor. 4-16). Pero como su intención era agradar únicamente á Jesucristo, en cuanto podía ocultaba sus austeridades á los ojos de las criaturas, evitando con eso las alabanzas que por ellas habria podido recibir, y los retoños del amor propio que le habrían robado el mérito de las mismas.

La muerte de sus padres la puso en estado de seguir con más libertad los designios que había formado hacía largo tiempo de una vida tan perfecta. Entonces recibió nuevas luces del Espíritu Santo, y fiel á sus divinas inspiraciones abandonó su casa, vendió sus bienes cuyo precio distribuyó á los pobres, tomó con ella á su hermana que era ciega, como hemos dicho, la cual entró en los mismos senderos de santidad que ella, y se retiró en un sepulcro vecino de la ciudad que había pertenecido á uno de sus mayores. Estos sepulcros eran bastante grandes y podían servir de mansión. Había allí tres muy vastos, como aun hoy día se ve por las famosas pirámides de Egipto, que eran los sarcófagos de los reyes del país. También en un sepulcro se retiró san Antonio el Grande cuando abandonó el mundo para engolfarse en la vida monástica; lo que constituye un hecho considerable de conformidad entre santa Sinclética y ese padre de los religiosos. Esta primera acción fué seguida de otra, que prueba aún con más evidencia su renunciamiento entero á las vanidades del mundo. Las mujeres de su tiempo consideraban á sus cabellos como uno de sus mas preciosos adornos; ellas al nombrarlos se servían de la misma expresión que en la

lengua griega significa el mundo. Así, ellos eran como una señal de su afecto para el mundo; y el cortarlos era una prueba pública que ellas renunciaban á sus máximas y vanidades. Esto es lo que hizo santa Sinclética; se los hizo cortar generosamente, para demostrar que ella no quería tener más parte con el mundo, y á fin de que se comprendiese por esta acción el recorte que su corazón había hecho de todas las afecciones surpérfluas.

Desde entonces ya se consideró como una verdadera vírgen y consintió en llevar tal nombre. En ésta idea se dijo á sí misma. « Heme aquí adornada de un gran título; y después de haber distribuido mis bienes á los pobres, nada me queda para presentarlo á Aquel de quien los había recibido. Mas si las gentes del siglo sacrifican algunas veces los bienes corruptibles para satisfacer la ambición que tienen por los honores y la gloria pasajera, ¿ con cuánta más razón debo yo, después de haber tenido el honor de ser asociada al número de las vírgenes, sacrificar á mi celestial Esposo, no solamente esas riquezas que se consideran como bienes, mas aún mi cuerpo? Pero ¿ que digo, dar á Dios mis posesiones y mi cuerpo? Le doy así algo que no sea suyo? Acaso no le pertenece todo, como dice el Profeta (Psal. 23-1), la tierra y todo cuanto ella contiene? » Por estos maravillosos sentimientos era que no considerando en nada sus sacrificios, consideró cuánto la grandeza de su divino esposo merecía que se hiciese por su amor, y muy lejos de glorificarse por ello se sostenia en una humildad sincera; y arrojando de su corazón las ilusiones del amor propio, en la vida solitaria gozaba del dulce reposo del alma que se encuentra en Dios, cuando se consagra á él sin reserva y sin retorno.

Uno debe unicamente considerar la vida tan piadosa que llevaba en casa de sus padres, como una preparacion y prueba de la que emprendió en su nueva mansión. Ella antes se

había ejercitado en toda clase de austeridades ; ella había vivido en un singular retiro ; ella había practicado grandes virtudes ; pero semejante á aquellos que, queriendo emprender un largo viaje, hacen las provisiones necesarias para sostenerlo y llegar al lugar determinado, ella se preparó por estos primeros ejercicios, y valerosa se puso pronto en camino para llegar á una perfección más eminente.

Su vida entonces, dice su historiador, fué toda apostólica. La fé viva, la pobreza voluntaria, la humildad profunda, la caridad ardiente ; tales eran las virtudes que brillaban en ella. El pan solo formaba su alimento, sin ni siquiera saturarse de él ; ella no bebía más que agua ; ella reducía su cuerpo en servidumbre para someterlo á la ley del espíritu. El demonio no se descuidó de atacarla con muchas y violentas tentaciones, pero ella paraba sus golpes con el escudo de la fé, de la esperanza y de la caridad ; y en defecto de las limosnas que no podía hacer por haberse despojado de todo, presentaba á Dios el deseo que hubiera tenido de hacerlas, si medio le hubiese quedado, conservando siempre la buena voluntad de practicar todas las virtudes.

Ella guardaba proporción entre sus austeridades y la grandeza de las tentaciones ; las aumentaba á medida que estas eran más violentas, uniendo siempre las preces á la mortificación, y recurriendo á Dios con una confianza filial, como á aquel de quien le podía venir el auxilio necesario para triunfar del enemigo de su salvación. Entonces no comía más que pan de salvado, bebía agua con mucha moderación y se acostaba sobre la tierra ; pero por un espíritu de sabiduría y de discreción, cuando la tentación había pasado, suprimía las austeridades extraordinarias para volver luégo á la ordinaria que se había prescrito, por temor que faltando la moderación atropellase su cuerpo

y se pusiera en tal estado, que no pudiera continuar sus otras santas prácticas.

La reflexión que á este objeto hace su historiador puede servir de instrucción á las almas piadosas, quienes algunas veces por un fervor indiscreto, se consumen con austeridades superiores á sus fuerzas. « ¿ Que esperanza, dice, puede quedar á los soldados para el combate cuando se hallan sin armas? En efecto, se ven gentes que arruinan enteramente su salud con ayunos prolongados sin discreción, y se puede decir de ellos que se meten el puñal en el cuerpo, y que se dañan más ellos mismos que no haría el demonio; de donde se sigue que no teniendo ya fuerzas para combatir á éste, pues ya no estan en estado de continuar sus santos ejercicios, peligran de perderse enseguida por el relajamiento. No se puede decir lo mismo de Sincética; ella lo hacía todo con discreción. Si el demonio la atacaba vivamente con tentaciones más fuertes, al momento recurría á la oración y hacia más austeridades que antes; pero habiendo pasado la tentación volvía á tomar un cuidado razonable de su cuerpo para impedir que sucumbiera enteramente.

« En esta guerra espiritual uno casi se debe conducir como aquellos que están sobre la mar. Cuando en él sobreviene algún temporal violento, ellos ya no piensan en comer, sino en maniobrar con todos sus esfuerzos para evitar el perecer: habiendo cesado la tormenta, ya no hacen los mismos esfuerzos y toman algún descanso; pero no quedan de tal modo libres, que dejen de estar preparados para aguantar una segunda tempestad, si ella se levanta aún. Ellos no ignoran que están sobre un elemento inconstante, y que si actualmente los vientos no soplan con impetuosidad, la mar sobre la cual están expuestos subsiste siempre y puede ser de nuevo y fuertemente agitada. Así en la vida espiritual se hacen grandes esfuerzos en el

tiempo de la tentación para contener al enemigo, los que no se hacen durante la paz ; pero cuando él se ha retirado, sino se hacen los mismos esfuerzos, sin embargo no se deja de velar sobre sí y de atenerse á las reglas ordinarias ; considerando que en este mundo se está expuesto en cada momento á la tentación, como sobre la mar uno está expuesto á los oleajes, y con esta fidelidad y esta vigilancia uno está siempre preparado para cuando el enemigo venga á atacarnos.

« Tal fué la conducta de esta bienaventurada virgen. Convencida de que el viento de la tentación sopla cuando uno menos piensa en ello, conducía la barquilla de su alma con mucha vigilancia y singular discreción, por su piedad para con Dios, y así tuvo la dicha de conducirla felizmente al puerto en donde su viva fé en Jesucristo le sirvió de áncora eficaz para ponerse en toda seguridad. » Aunque hizo todos sus esfuerzos para vivir en su retiro desconocida á todas las criaturas, ocultando sus austeridades y sus santas prácticas con tanto cuidado, que el autor de su vida se queja de no poder detallarlas, porque las encubrió con gran atención bajo el velo de su humildad ; sin embargo, Dios que se quería servir de ella para la santificación de un gran número de vírgenes, hizo que el olor de sus virtudes se difundiera insensiblemente, y atrajera á muchas vírgenes al rededor de ella, ya para edificarse con su ejemplo, ya para aprovecharse con sus saludables consejos. Persuadida de su incapacidad, que le hacía creer que mas bien tenia necesidad de ser instruida que no que ella pudiera dar consejos á las otras, la confianza que le dispensaron alarmó su modestia, y al momento sólo respondió con suspiros y sollozos. Esto no impidió que esas vírgenes insistieran en suplicarle que satisficiera sus piadosos deseos ; de suerte que, obligada á hablarles, lo hizo en voz baja, con estas palabras del Sabio : *No hagáis violencia al pobre,*

porque él es pobre (Prov. 22-22). Pero ellas persistieron aún más en sus instancias, y también se sirvieron de las palabras de la Escritura, diciéndole : *Dadnos gratuitamente aquello que vos habéis recibido gratuitamente* (Matth. 10-8) ; por temor que escondiendo el talento que os ha sido confiado, no seais castigada como el mal servidor (Matth. 25-20).

Su humildad le impidió aún ceder. Les dijo : « ¿ Porque tenéis tan buena opinión de mi? Yo no soy más que una pecadora, y no veo que haya hecho ó dicho cosa alguna buena. Si os queréis instruir, todas nosotras tenemos un mismo maestro que es el Señor ; podemos beber las aguas espirituales en las mismas fuentes y nutrirnos con la leche de las mismas tetas, que son los libros del Antiguo y Nuevo Testamento. »

« Si, le respondieron, nosotras convenimos en estas verdades ; pero ya que Dios os ha hecho la gracia de hacer tantos progresos en las virtudes, y ya que conviene que aquellas que están ya más adelantadas en el camino de la perfección formen en ella á las otras que aun son visoñas, os suplicamos nos hagáis esta caridad, que bien sabéis que Jesucristo, que es vuestro maestro, y nuestro, ha recomendado con tanto encarecimiento. Contened, pues, vuestros gemidos y vuestras lágrimas, y dignaos manifestarnos aquello que debemos hacer para la salvación de nuestras almas. » No pudiendo, pues, resistir más á sus deseos, y esperando que aquello que les diría les sería bastante útil sin que ella recibiera por ello alabanzas, les dirigió un hermoso discurso, del cual más abajo recogeremos las principales máximas, y que contiene verdades prácticas, muy santas y edificantes.

Su historiador, después de haber relatado por extenso estas instrucciones tan edificantes, dice que tambien dió muchas otras de las cuales sacaron gran provecho aquellas

que tuvieron la dicha de oirlas ; pero dice también que las formaba aún más con sus ejemplos que con sus palabras, y que jamás se podría expresar bien los grandes bienes que operó en las almas.

Ella perseveró así en la práctica de las virtudes y de las obras buenas hasta la edad de ochenta años, cuando Dios, que en otro tiempo había permitido al demonio afligir á Job con muchos males, quiso retratar en su servidora la paciencia de este santo varón en los dolores que el maligno espíritu le hizo sufrir. Los de Job fueron más prolongados, dice su historiador ; estos duraron treinta y cinco años, y los de la santa no duraron más que tres y medio ; pero fueron tan agudos, que se pueden comparar á los tormentos que los mártires padecieron, y se puede añadir á esto, prosigue, que á la manera que los tiranos que querían ensañarse más cruelmente contra los servidores de Jesucristo, los consumían poco á poco con un fuego lento, á fin de que el tormento se hiciera aún mas rudo por su duración ; así el demonio encendió en las partes interiores de la Santa, un fuego acompañado de una fiebre aguda que la consumía como una lima sorda, sin darle el menor refrigerio ni de día ni de noche.

No se puede expresar con que constancia sufrió estos crueles dolores. Su espíritu parecía tomar nuevas fuerzas á medida que su cuerpo estaba más acabado por los males ; y bien lejos de ceder al enemigo por el menor sentimiento de impaciencia y de fastidio por sufrir tan largo tiempo, estaba siempre más animada para combatirle. Su celo para las vírgenes, cuyo cuidado la Providencia le había confiado, no por esto se resfrió más ; sino que ella continuó en darles sus santas instrucciones, llamando á sus deberes á aquellas que se separaban de ellos, reanimando á las otras é instándolas á que salieran de su relajamiento, desvaneciendo la ilusión de otras á quienes el espíritu de

las tinieblas engañaba con sus artificios, y confirmando en el bien á aquellas que eran fieles en él. En fin, recomendaba á todas velar con cuidado sobre sí mismas y no relajarse jamás. « Pues les decía muchas veces, las almas consagradas á Jesucristo deben estar en una vigilancia continua y no relajarse en nada, porque el demonio no cesa de tenderles lazos, y, mientras ellas gozan del descanso de la soledad, este enemigo peligroso habiendo sido vencido por su fervor, se retira rugiendo como un leon, pero no se aleja tanto que deje de observar siempre si se dejan arrastrar al sueño espiritual por la tibieza y la relajación ; y cuando ve en ellas la menor negligencia, se presenta de nuevo á atacarlas con furor, de suerte que las vence con tanta más facilidad, cuanto que ellas se creían más seguras ; y aquello que constituía su falsa seguridad le sirve de medio para vencerlas.

« Observad, añadía, que los más malos no obstante siempre tienen alguna cosa buena ; como tambien los buenos no están del todo exentos de defectos. Así en una misma persona se encuentran dos cosas opuestas y que se combaten ; y vosotras veréis que un hombre entregado á los vicios y á la intemperancia, será no obstante misericordioso y caritativo para con el prójimo ; y que otro será casto, que ayunará, que mortificará su cuerpo con prácticas de penitencias, con todas estas virtudes no dejará tal vez de ser avaro y maldiciente. No conviene, pues, despreciar los defectos más insignificantes, como si no pudiesen dañar á nuestra alma. Por ventura ¿ no vemos que el agua que cae gota á gota sobre una piedra la escava con el trascurso del tiempo ? Y como, cuando uno sucumbe á las menores tentaciones, osará jactarse de resistir á las mayores ? »

El demonio viendo que esta grande Santa siempre resistia con tanto coraje á sus esfuerzos, quiso vengarse de

ello sobre el órgano de su cuerpo que empleaba para quitarle las almas, pensando que las apartaría más fácilmente del camino de su salud, á medida que ellas serian privadas de las lecciones que ella les daba ; pero quedó engañado en su atentado, pues el ejemplo de su paciencia les sirvió de tanta ó más instrucción que sus palabras. Su constancia admirable que ellas con sus propios ojos veían, no las persuadió menos à practicar la virtud que aquello que habían oido con sus propias orejas ; y se puede decir que las llagas de su cuerpo eran como un remedio saludable que curaba las de su alma.

Se juzgará mejor de su heroica paciencia por la naturaleza del mal que el demonio añadió á aquellos con los cuales la había ya herido. De momento sintió un dolor tan vivo en un diente, que la encía al instante quedó infectada de él. El agrio humor que lo causaba se esparció sobre la quijada, y, como un ligero fuego, se comunicó á las partes vecinas ; de suerte que al cabo de cuarenta días los huesos quedaron descubiertos, y consumidos en menos de dos meses. La gangrena apareció sobre las otras carnes que fueron respetadas, y en fin le devoró la boca ; lo que causó con la podredumbre una infeccion tan difícil de soportar, que las personas que la servían casi padecían tanto como ella.

En este estado de dolor, muy lejos de buscar lenitivos, no quiso recibir los que sus hijas le presentaban, temiendo no les pareciera que cedía al enemigo que se esforzaba para vencerla ; y como hubieran llamado á un médico para juzgar si había alguna esperanza de curarla, les dijo con dulzura : «¿ Porque me queréis contener en un combate tan ventajoso ? Porque hemos de atender al mal exterior, y no al bien que él puede reportar á mi alma ? Porque en fin estais solícitas de esto que yo sufro, sin levantar los ojos á Aquel que me hace partícipe de su cruz ? » El médico

que estaba presente le respondió : « Nosotros no pensamos en daros remedios para curaros ni aun para suavizar vuestros males ; sólo queremos enbalsamar las partes de vuestro cuerpo que están ya muertas, á fin de disminuir con esto el mal olor que despide y que las personas que os asisten no estén más en peligro de recibir algún mal. » Esta razón la hizo condescender al momento, compadeciéndose de sus hijas ; y en vista de estas reflexiones su caridad saltó por encima del deseo que tenía de sufrir. En efecto, por este medio la infección que despedían sus llagas se hizo mucho más soportable.

Aun pasó más de tres meses en este estado, en el cual su cuerpo no se sostenía más que por una virtud divina, no pudiéndolo ser por el alimento que ella no estaba en estado de tomar, ni por el sueño que sus continuos dolores le robaban. En fin, acercándose el término de sus combates, como también la hora de su triunfo y de la corona que le estaba preparada, Dios la consoló con la aparición de los santos ángeles y de muchas vírgenes, que la invitaron á ir á juntarse con ellos en el cielo. También le hizo ver una luz cuyo resplandor no se puede espresar con palabras humanas, y le mostró la arrebatadora hermosura del paraíso, en donde iba á entrar muy pronto. Habiendo vuelto en sí después de este transporte de alegría, recomendó por última vez á las vírgenes que la rodeaban, que combatieran siempre con coraje sin desfallecer jamás, añadiendo estas palabras : « Dentro de tres días estaré separada de mi cuerpo. » También les indicó la hora de su tránsito, la cual habiendo por fin llegado, su alma voló al Señor para tomar posesión del reyno celestial, que debía ser la recompensa de los trabajos que sostuvo tan generosamente durante su vida.

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SANTA SINCLÉTICA.

Habiendo Dios dado á la Iglesia à santa Sinclética para hacer en favor de las vírgenes cristianas lo que san Antonio el Grande hacía para los solitarios de su tiempo, le comunicó en consecuencia los talentos necesarios para instruir las ; es decir, grandes luces sobre los deberes de su estado, el don de la palabra para inculcárselos ; lo que sostenía al mismo tiempo de una manera admirable por la fuerza de su ejemplo y por las virtudes que en ella se reconocían. Entre las vírgenes que se le dirigieron, las unas se quedaron para siempre con ella, viviendo bajo su continua vigilancia ; las otras que estaban en otras comunidades ó que hacían una vida particular, la iban á ver frecuentemente para recibir sus instrucciones, y todas le proponían sus dificultades con una confianza perfecta, y recibían con santa avidez las palabras de salud que salían de su boca, y que llenaban su corazón de una alegría secreta y de un deseo siempre más ardiente para la perfección. Un largo discurso que su historiador nos ha conservado, nos hace juzgar de otros que les dirigía con frecuencia sobre la vida espiritual. Este solo vale por muchos, pues abraza muchas materias, y no hay ninguna que no trate con tal unción, que muestra que el Espíritu de Dios hablaba por su boca.

La primera cosa que les recomendaba era la observancia de los dos grandes preceptos que comprenden toda la ley, el amor á Dios y al prójimo, como siendo el principio y el fin de todas las virtudes y de todos los discursos de piedad : « Mis amadas hijas, les decía, nosotras no ignoramos lo que

debemos hacer para salvarnos ; pero dejamos de practicarlo, y si tenemos la desgracia de perdernos será por nuestra culpa. Debemos poner por primer fundamento de nuestro edificio espiritual aquello que Dios ha ordenado por un efecto de su gracia y de su misericordia, y que vosotras sabéis que está escrito : *Amaréis al Señor de todo vuestro corazón y á vuestro prójimo como á vosotros mismos.* (Matth. 22-37-39). Esto es el principio de la ley y la plenitud de la gracia. Dios la ha encerrado en pocas palabras, pero estas tienen un sentido tan extenso que se puede decir que es inmenso ; y todo aquello que sirve á la utilidad de nuestras almas, dimana de este gran principio. Esto es lo que San Pablo nos enseña cuando dice que el fin de la ley es la caridad. (I Tim. 1-5). También cuánto los hombres, inspirados por el Espíritu Santo, nos dicen de útil procede de la caridad. Hé aquí, pues, como esta doble caridad constituye nuestra salud.

« Añadid á esto, que esta caridad nos ilustra sobre aquello que es más perfecto y nos hace aspirar á ello con un santo ardor. Pero para mejor entenderlo, acordaos de aquello que está escrito en el Evangelio sobre la parábola del sembrador y sobre las tierras que producen unas ciento, otras sesenta, ó treinta por uno. (Marci, 6-8-20). Nuestra profesión toda santa produce el ciento por uno. Las vírgenes que viven en el mundo, por otra parte con mucha virtud, son como la tierra que produce el sesenta, y las mujeres que viven en la pureza conyugal son semejantes á la tierra que produce treinta por uno. »

La santa, después de haber distinguido estos tres diferentes estados, manifestaba que no convenía descender de lo más alto á lo menos perfecto, sino que se debía hacer todo lo contrario ; porque al declinar de la perfección que uno se había propuesto, tenía motivo de temer por la pérdida de la salvación. « A la verdad, dice, es una cosa muy

loable pasar del treinta al sesenta ; pero que es muy peligroso pasar del sesenta al treinta, porque una vez que uno hace algún descenso en la virtud, no se detiene fácilmente en medio, sino que es arrastrado más abajo y desgraciadamente mide toda la profundidad del precipicio. Se han visto en efecto hijas que, habiendo consagrado su virginidad á Jesucristo, se han dejado seducir de tal manera por la flaqueza de su juicio, ó más bien por el artificio del demonio, que se han presentado pretextos frívolos para dejar su profesión y engolfarse en el matrimonio, sirviéndose también, para mejor ilusionarse á sí mismas, del ejemplo de las hijas de la antigua Ley. Pero las vírgenes que tienen este propósito sepan que solo el demonio se lo inspira. Es una prueba que este nos ha ya vencido cuando consigue de nosotras que descendamos de un estado más perfecto á otro que lo sea menos ; y aquellas que lo hacen son consideradas como lo es en la milicia un soldado desertor, y son condenadas por lo mismo. No tendría excusa un soldado que entrase en un cuerpo inferior á aquel que deja ; bien lejos de perdonarle se le trataría como á un fugitivo. Vayamos, pues, por el progreso de lo menos á lo más perfecto ; esto es lo que el gran Apóstol nos enseña con estas palabras : *Olvidaos de aquello que queda detrás de vosotros y esforzaos en progresar.* (Philip. 3-13). Pero no penséis que aquellas, que por el progreso que han hecho en la perfección son semejantes á las tierras que producen ciento por uno, no penséis, digo, que estén dispensadas de trabajar también. Jesucristo ha dicho : « Cuando habréis hecho todas estas cosas, decios á vosotros mismos : No somos más que siervos inútiles. »

Después de estos consejos generales, la Santa entra en el detalle de los deberes particulares de las vírgenes, lo que dice que siempre emana de aquellos principios. Les recomienda con mucho encarecimiento la pureza del corazón y de

los sentidos, como conviniendo á la santidad de su estado, pues están principalmente consagradas al celestial esposo. « La excelencia de nuestra profesión, les decía, nos obliga á una pureza perfecta. Nosotras no debemos ser como las mujeres del siglo, que se contentan con ser fieles á sus maridos, dando por otra parte á sus sentidos mucha libertad, ya por las miradas indecorosas, ya por las risas inmoderadas. A nosotras no nos basta evitar estos defectos, sino que debemos sobresalir en las virtudes contrarias. Guardemos nuestros ojos por una santa modestia, según estas palabras del Sabio : *Que vuestros ojos no vean más que lo honesto.* (Prov. 4-25). Seamos circunspectas en nuestras palabras ; pues ¿ como haríamos servir para las palabras disolutas una lengua que sólo debe servir para cantar las alabanzas de Dios ?

« Pero no podremos practicar bien estas cosas, mientras que no salgamos más que raras veces ; pues los enemigos de nuestra alma, como astutos ladrones, entran bien pronto en ella y á pesar nuestro, por los sentidos, cuando menos pensamos en ello. O si nó, ved si una casa delante de la cual se haya hecho una grande humareda, no quedará presto llena de humo si las puertas y las ventanas están abiertas. Lo más seguro, pues, para nosotras es exhibirnos lo menos posible, porque estamos expuestas en encontrar en nuestras manifestaciones objetos peligrosos, ó de oír palabras que no pueden hacer más que turbar nuestro espíritu por imágenes odiosas. »

Tales eran las recomendaciones de la Santa al exhortar á sus hijas á que guardaran el silencio ; también añadía las reglas de conducta en este retiro, y después de haberlas armado contra los lazos del mundo, les enseña á guardarse de aquellos que están ocultos dentro de nuestro propio fondo, ó que el demonio nos tiende dentro de nosotros mismos.

« Poco hemos hecho, les decía, encerrándonos dentro de nuestra casa ó en nuestro monasterio. Aunque separadas del mundo tenemos aun necesidad de velar sobre nosotras mismas ; pues cuanto mas hayamos reducido nuestros sentidos á las reglas de la templanza, tanto mas debemos guardarnos de los lazos que el demonio nos tiende en nuestra imaginación. Dios lo permite así para hacernos merecer por las victorias que reportamos sobre aquel ; lo mismo que á un atleta que se ha distinguido en la carrera se le oponen adversarios más fuertes que aquellos que ya ha combatido. Uno ha domado el vicio no entregándose á las acciones malas, y de este primer grado pasa al segundo, que es la guarda de los sentidos ; aquí no conviene detenerse, es necesario subir más arriba y luchar contra los pensamientos ; pues el demonio que nos ataca en los otros grados, está aun pertrechado en este y viene á turbar nuestra soledad por los pensamientos que nos sugiere después que le hemos quitado los otros medios de tentarnos cerrándole la puerta de los sentidos. Aquí, pues, aún es necesario combatir según estas palabras del Sabio : *Si se os presenta un enemigo espiritual y poderoso, de ninguna manera le cedáis la plaza.* (Eccle.10-4).

La Santa también añadía un consejo de los más importantes y que reclama una atención especial. No es bastante haber recomendado la fuga del mundo, la guarda de los sentidos, la vigilancia sobre los pensamientos y los movimientos del corazón ; ella las arma también contra una especie de tentación tanto más peligrosa, cuanto que se presenta disfrazada con pretextos de piedad. « Ha habido, dice, solitarios que, después de haber triunfado del demonio rechazando las tentaciones de todas especies, han sido vencidos por él exponiéndose á las ocasiones bajo pretexto de piedad. Han huido el pecado que se presentaba de frente, por decirlo así, y después han caído en él engolfándose á

los discursos espirituales demasiado frecuentes con las personas piadosas ; cogiéndoles el enemigo en sus redes como se cogen los pájaros con un grano de trigo que se les pone en un garlito. *Tened, pues, la prudencia de las serpientes y la simplicidad de la paloma.* (Matth. 10-36). La prudencia de la serpiente en evitar los lazos que el demonio nos tiende, y la simplicidad de la paloma en la pureza de nuestros afectos en todas nuestras acciones ; y conociendo las astucias de nuestro enemigo, estemos de continuo en guardia contra sus artificios. Si me preguntáis cuales son las armas que debemos emplear en este santo combate, yo os respondo que son los ejercicios laboriosos de la vida espiritual y la oración hecha con fervor y pureza de corazón. Servios también de un preservativo más particular, que es que al presentaros el demonio en vuestro espíritu objetos mundanos, vosotras se los podéis representar para que los considere totalmente diferentes de lo que desea ; por ejemplo un hermoso rostro, como sino tuviera ni ojos, ni boca, lo que le haría disforme y horrible de ver ; un hermoso cuerpo como si estuviera cubierto de úlceras, ó en fin como si fuera cadáver cubierto de podredumbre y de gusanos. »

Después que la Santa les hubo explicado todas estas verdades edificantes, una de las vírgenes que la escuchaban le rogó les dijera si la pobreza voluntaria, ó la renuncia á los bienes del mundo era una obra perfecta. « Sin duda, respondió, que lo es, con tal que se tenga bastante fuerza de espíritu para perseverar en ella ; pues las que tienen la generosidad de hacerla á la verdad que sufren alguna pena en el cuerpo, pero su espíritu goza una dulce tranquilidad. En ellas sucede como en esos vestidos de paño que se blanquean á fuerza de macerarlos ; con esto aparecen mas hermosos. Así estas valerosas almas se fortifican más por la pobreza voluntaria. Otro sucede en aquellas que no tienen la misma fuerza de espíritu. Como los vestidos usados no

pueden ser macerados sin que se rompan y muchas veces salen del batanero por piezas y fragmentos, así estas almas débiles no pueden sostener la pena que acompaña á la pobreza voluntaria, y abandonan fácilmente su resolución.

Es necesario prepararse á la práctica de la pobreza evangélica, si uno quiere permanecer constante en ella, y prepararse en efecto por los ejercicios de la mortificación y de la penitencia, por el ayuno, por la dureza de la cama y por otras prácticas laboriosas. Si se toma de otro modo y se empieza de momento por la renuncia á los bienes que una tiene, corre peligro de arrepentirse de haberlos dejado, mientras que aquellas que se han dispuesto á ello por las otras virtudes, perseveran maravillosamente.

« Ah! cómo se sostendrían ellas? Son las riquezas las que facilitan los medios de vivir en las delicias. Cuando pues, abrazando los ejercicios de la penitencia, se ha renunciado á todas las delicias, las riquezas ya no nos tientan, y una ya no siente haberlas abandonado. Hé aquí por que Nuestro Señor hablando á aquel joven rico (Matth. 19-16), no le propuso de momento el renunciar á sus riquezas; sino que primeramente le preguntó si había observado fielmente lo que estaba prescrito por la ley. Se portó con él como un maestro de escuela se porta con sus discipulos, que les pregunta si conocen letras, enseguida si saben silabear, y en fin si saben leer. Despues de todo esto, llegamos, les dice, á aquello que es más perfecto: *Id*, dice el Salvador á ese jóven, *vended cuanto tenéis, dadlo á los pobres, venid y seguidme*.

« La pobreza voluntaria es, pues, útil á aquellas que ya están habituadas en las virtudes, y que habiéndose despojado de todo para no tener más que solo á Dios, cantan con un corazón desapegado este divino cántico de David: *Nuestros ojos se han vuelto hacia vos, ó Señor, con una firme*

confianza: vos dais á aquellos que os aman el alimento que necesitan (Psal. 144-15).

« Mas ¿que ventajas estas almas no reportan de su despojamiento? En cuanto están desgajadas de los bienes de este mundo, en tanto elevan sus afecciones hacia los bienes del cielo. Ellas están cimentadas sobre el sólido fundamento de una fé viva y de una entera confianza al cuidado de la Providencia; y á ellas principalmente se dirigen estas palabras del Salvador del mundo: *No seais solícitos para el día siguiente*; y también aquello que añade: *Los pájaros del cielo no siembran ni siegan, y vuestro Padre celestial cuida de nutrirlos* (Matth. 6-26-34). »

La Santa demuestra enseguida la paz que gozan los pobres voluntarios, las ventajas que por esto reportan contra el demonio, y las que tienen más que los ambiciosos del mundo. « Estas almas generosas, dice, temen muy poco á este enemigo. Lo vencen con tanta mayor facilidad, cuanto que les restan menos medios de turbar su tranquilidad; pues es ordinariamente por los deseos ó la posesión de los bienes por lo que perturba la de las gentes del mundo. En efecto, ¿que los enorgullecerá? sus tierras? No tienen; ¿sus granos? No recogen; ¿sus parientes? Los han dejado. ¿Hay, pues, un motivo mayor de desesperación para su enemigo y un mayor tesoro para ellas que esta pobreza voluntaria? »

« Comprenderéis aun mejor sus ventajas por las calamidades de que ellas son libradas, y que consumen á los ambiciosos del mundo. El santo Apóstol ha dicho con razón que la avidez de las riquezas era la raíz de todos los males; y en efecto, de este funesto deseo vienen los perjurios, los hurtos, las rapiñas, las impurezas, las envidias, las muertes, el odio mismo entre los hermanos, las guerras y otros tantos males. Añadid los medios inícuos que se emplean muchas veces para adquirir estas riquezas, como son el fraude y esas malvadas producciones de la hipocresía,

la baja adulación, la falacia, y otros tantos pecados.

« Esto no basta manifestaros su deformidad. Dios por fin confunde con el castigo á aquellos que se hacen culpables de estos vicios ; y no sólo Dios los confunde, sino que ellos mismos se consumen por la insaciabilidad de sus deseos criminales y por las úlceras incurables que producen en sus almas. Aquellos que nada tienen, al principio desean poca cosa ; pero si consiguen lo poco que desearon, su avidez crece á proporción : Entonces desean mucho ; y tal ha adquirido cien piezas de oro, que ya aspira á tener mil ; y si por fin las consigue, tampoco su ambición se satura no reconociendo jamás límites. « Ah ! que dichosas seríamos, si nosotras tuviéramos tanto afán para adquirir los bienes espirituales que son los únicos sólidos y verdaderos, como lo tienen esas gentes para adquirir frívolos bienes ! Ellos sobre la mar se exponen á la violencia de los vientos ; sufren rudas tempestades ; hacen funestos naufragios ; se ponen en peligro de ser cogidos por los piratas, y sobre la tierra caen en manos de los ladrones. En fin, todo lo sufren, y si consiguen adquirir los bienes que buscan con tanto trabajo, fingen ser pobres por temor de excitar la codicia de los otros. Nosotras, sin embargo, que podemos hacer un lucro más seguro y más sólido, no tenemos el valor para soportar al efecto la menor pena, y para correr como ellos el menor peligro. Y lo que es aún peor, es que si adquirimos alguna virtud, concebimos por ello sentimientos de vanidad, y queremos ser tenidas por buenas hasta el punto de añadir á la verdad la exageración del bien que hacemos para ser por ello aplaudidas, perdiendo así el mérito del bien que hemos hecho, y dejándonoslo robar por el demonio de la vanidad. »

De este consejo sobre la vanidad la Santa toma ocasión para recomendar de nuevo á sus hijas espirituales la vigilancia sobre sus pensamientos, la humildad y la resistencia

á los movimientos de la cólera, el recuerdo de las injurias y de todo aquello que hiere la susceptibilidad de nuestro amor propio. Todas las instrucciones que les dá sobre esto merecen una atención particular. » Mirad, dice, como las gentes del mundo, después de haber hecho grandes lucros, se esfuerzan en enriquecerse más ; no contando para nada aquello que ya tienen, no sueñan más que en adquirir lo que les falta ; y nosotras, al contrario, no teniendo nada de lo que debemos tener, no solo no trabajamos para adquirirlo, más aun, á pesar de nuestra pobreza espiritual, queremos pasar por ricos. Si hacemos algún progreso en la virtud, procuremos mas bien ocultarlo ; ó si tenemos la debilidad de hablar del bien que hemos hecho, digamos al menos también lo que hemos hecho de mal. Y si la vergüenza nos lo impide, ¿ con que mayor razón debemos callar aquello que no sabríamos declarar sin desagradar á Dios ? Las personas verdaderamente espirituales están muy lejos de tal proceder ; al contrario, siempre están prontas á hacer la humilde confesión de sus faltas ; mas bien las exageran que las disminuyen, despreciando la estima de las criaturas y no hablando jamás del bien que han hecho para poner á su alma en seguridad ; pues á la manera que un tesoro es bien pronto robado cuando es descubierto, así la virtud se debilita á medida que se hace pública. El alma se relaja y pierde su vigor, como la cera se derrite al ponerla cerca del fuego ; y para no salir de esta última comparación, ¿ no es verdad que el calor hace derretir la cera y que el frío la endurece ? Pues del mismo modo las alabanzas debilitan el vigor del alma, y la humillación, por el contrario, la ayuda á perfeccionarse más.

« Por lo demás, hay dos clases de tristeza, la una buena y la otra perjudicial. Aquella nos hace gemir sobre nuestras faltas, ó sobre las senfermedades espirituales de nuestro prójimo, y nos lleva á permanecer firmes en nuestras buenas

resoluciones y á aspirar á la más alta perfección. La otra, al revés, nos es inspirada por el maligno espíritu; y está fundada sobre quimeras. Algunos le dan el nombre de pereza ó de languidez espiritual, porque abate el corazón y se la combate con la oración y el canto de los himnos y de los cánticos.

« Mientras que nosotras estamos ocupadas con una santa solicitud en nuestra profesión, no penséis que las gentes del mundo no tengan ninguna. Está escrito: *Todas las cabezas están en el trabajo, y todos los corazones están en la tristeza.* (Isai. 1-5). Y el Espíritu Santo nos hace entender por estas palabras, la diferencia que hay entre los cuidados que tenemos nosotras y los de las personas del siglo. El trabajo de la cabeza representa el que se ejerce en la vida monástica; pues sólo trabajando mucho se adquieren las virtudes religiosas. Y la angustia del corazón representa la condición de las gentes del mundo, cuyos cuidados son afflictivos y en extremo penosos; pues los ambiciosos son oprimidos por la tristeza cuando no son elevados como desean; los envidiosos se consumen de despecho; aquellos que pierden sus bienes se irritan contra sus pérdidas; los que llegan á ser ricos deliran por su opulencia, y el cuidado de conservar lo que poseen les hace perder el sueño.

« No creamos, pues, que las mujeres del mundo tengan menos cuidados á sostener que nosotras. Los tienen más grandes y más penosos. Ellas ponen sus hijos en el mundo con dolor y á veces con peligro de la vida. Ellas los nutren con pena. Si están enfermos, participan de sus enfermedades por el disgusto que estas les causan. Ah! que penas no les cuesta el darles alguna educación? El mal natural que tienen algunas veces les causa las más mortales inquietudes, y ha habido padres que han muerto por los disgustos que sus hijos les causaron. No os dejéis, pues, seducir por el enemigo de la salud, que prodría representaros á estas

mujeres del mundo como llevando una vida llena de delicias y sin ninguna inquietud: Es todo lo contrario; y yo he querido entrar en este detalle para preveniros contra este artificio del maligno espíritu.

« Lo que os acabo de decir no conviene á todo el mundo, sino á nosotras particularmente que hemos abrazado la vida religiosa. Podéis comprender la excelencia de nuestro estado por la diferencia que se halla entre los animales, de los cuales unos marchan sobre la tierra, los otros nadan sobre las aguas y otros vuelan en los aires. Así entre los hombres hay que tienen un lugar medio como los animales terrestres, otros se levantan á lo alto cómo los pájaros, y otros están sumergidos en las aguas del crimen como los peces. En cuanto á nosotras, somos como las águilas que se levantan hasta la más alta región de los aires; pisamos con nuestros piés al león y al dragón; subyugamos á aquel que en otro tiempo nos había reducido en servidumbre. Elevémonos de este modo á la más alta perfección, y para esto consagrémonos sin reserva á nuestro Salvador. Pero no olvidéis aquello que os he dicho que cuanto más querréis tender á la perfección, tanto mas debéis contar con que el demonio se esforzará para impedirlo con sus asechanzas. Armaos contra él con todas vuestras fuerzas. Velad por fuera y por dentro de vosotras. Nuestra alma es en esta vida como una nave sobre la mar. Por fuera es batida por las ondados de una tempestad; pero algunas veces en una gran calma el agua también se mete en la sentina y la puede sumergir. Cuando los marineros se hallan agitados por el oleaje, piden auxilio, y muchas veces se les salva; pero el agua que entra insensiblemente en el navío puede muy bien perderlos sin que se aperciban de ello, sobre todo si en vez de velar, están durmiendo.

« Todo esto nos enseña cuanto importa que veamos sobre nuestros pensamientos; pues queriendo el enemigo

perder nuestra alma, nunca vigilaremos demasiado. Mirad lo que hacen aquellos que quieren arruinar una casa; ó arrancan sus fundamentos, ó empiezan por descubrir el tejado, ó entran por las ventanas, se apoderan del padre de familia, lo atan fuertemente quedando así dueños de todo lo restante. Nuestras obras son los fundamentos de nuestra alma; la fe es como su tejado, y los sentidos son sus ventanas. El demonio nos ataca por todos estos lugares; debemos, pues, tener muchos ojos para velar por todas partes si queremos salvarnos. Guardémonos de una presuntuosa seguridad, pues la Escritura nos dice: *Que aquel que está derecho mire por no caer* (I Cor. 10-12).

« Considerad, como acabo de deciros que nosotras estamos aquí como sobre un mar. Así llama David á esta vida (Psal. 103-25). Luego, en ciertos lugares de la mar hay escollos, en otros hay mónstruos, y en fin hay en los cuales hay calma. Es verdad que nosotras navegamos en un mar tranquilo en comparación de las gentes del mundo, que navegan en una mar peligrosa. El sol de justicia nos alumbra en nuestra ruta, y ellos la hacen temerariamente en la noche de su ignorancia; pero ya os he hecho notar que muchas veces las gentes del mundo, expuestas á la tempestad ó sumergidas en las tinieblas, se salvan pidiendo auxilio; y puede facilmente suceder que abandonando el timon de la justicia por nuestra negligencia, desgraciadamente perezcamos.

Repito, que aquel que esté derecho se guarde de caer. Esto puede suceder de muchas maneras, y no todos lo hacen lentamente. Hay que no hacen más que perder la plaza que ocupan y se relevan al momento; así su caída no les causa gran daño. Pero los que no han caído, no desprecien á los que cayeron. Más bien deben servirse de su ejemplo para consolidarse más, por temor que la presunción les precipite en un abismo de perdición. »

Después de este extenso discurso sobre la vigilancia cristiana, la Santa fortifica á sus hijas contra la presunción que ha perdido tantas almas, de que el demonio se sirve principalmente contra aquellas que han hecho progresos en la virtud. « Lo que os acabo de hacer notar, les dice, es para que no os envanezcáis en vosotras mismas ; pues mientras que aquellas que han caído conciben un vivo dolor de sus faltas llegando así á la salud, las que no cayeron deben temer doblemente, sea de retroceder por la negligencia y la tibieza, sea de ser subplantadas en su curso por su enemigo, presumiendo demasiado de sí mismas. Este enemigo artificioso unas veces nos atisba y nos atrae hacia él cuando nos dejamos arrastrar por la pereza espiritual y marchamos con tibieza, y otras, si ve que somos fervorosas y diligentes, nos tiende lazos por la vanidad y nos hace retroceder desde el medio de nuestra carrera. Este atractivo de la presunción y del amor propio es el halago más peligroso que emplea para seducirnos. Es por el orgullo que él mismo fué precipitado de lo alto de los cielos, y por este mismo orgullo se esfuerza en postrar las almas fuertes. A la manera que los combatientes, después de haber lanzado sus flechas, enseguida se arrojan espada en mano sobre el enemigo para acabar de postrar á aquellos que resistieron á sus flechazos, así el demonio habiendo echado inutilmente sus flechas atacándonos de diferentes maneras, emplea contra nosotras por un postrer esfuerzo el arma más fuerte que le resta, la espada del orgullo y de la presunción.

« Oh ! cuantas almas ha hecho perecer esta funesta espada, á quienes el demonio no había podido vencer con otras armas ! Al principio las había atacado con la gula, la voluptuosidad y los otros placeres de los sentidos, y nada había conseguido ; enseguida las había tentado con la avaricia y el amor de las riquezas, y ellas habían resistido generosamente ; en fin, después de tantas derrotas, este inven-

tor de todas las maldades para triunfar acudió á un postrer medio más pernicioso que los otros, y les inspiró pensamiento de estimación de sí mismas y de preferencia sobre los otros, y con este fatal veneno consiguió pervertirlas enteramente. En efecto, les hizo creer que tenían más conocimiento en la vida espiritual y que ayunaban más que los otros. Presentó en su imaginación todas las obras buenas que ellas hicieron, y les hizo olvidar sus faltas pasadas, para que se creyesen mejores que los otros, y así quitar de su corazón todo sentimiento de compunción y penitencia; y á la manera que en su orgullo dijo desde el principio: *Yo subiré y colocaré mi trono en lo más alto de los cielos* (Isaias 14-13), les inspiró igualmente el deseo de dominar, y la falsa idea de que eran capaces de remediar los males de los otros, mientras que seducidas por su presunción, son ellas las más enfermas y perecen poco á poco sin que se les pueda curar. »

La Santa propone aquí los remedios contra este mal tan peligroso: « Meditemos sin cesar, dice, este oráculo del Profeta real: *Yo soy un gusanillo, y no un hombre; yo no soy más que tierra y ceniza* (Psal. 2-17), (Gen. 18-17). Y si aquella que es tentada del orgullo vive en una entera soledad, debe entrar en un monasterio, en donde, si se reconoce que su vanidad viene de las grandes austeridades que ha practicado, se la obliga á comer dos veces al día. También es necesario que las que sean de su edad la reprendan y le reprochen el haberse mal aprovechado de su soledad; que se la dedique á los ministerios más bajos y que se proponga el ejemplo de los más grandes santos. También conviene que las otras redoblen su fervor á fin de que viéndolas tan perfectas aprenda á humillarse, y á no tener más que una baja idea de sí misma.

« Pero no os debo dejar ignorar que el apego á la propia voluntad ordinariamente precede esta hinchazon que

causa al corazón el amor propio, y que se cura por la obediencia. Pero si conviene humillar á las que pecan por orgullo, es necesario obrar de otro modo con aquellas que faltan por descorazonamiento ; pues el demonio que emplea toda suerte de medios para seducirnos, á aquellas que han progresado en el bien las hace olvidar de sus pecados, á fin de perderlas por la vanidad. Mas á aquellas que sólo han entrado en la religión y han empezado á ejercitarse en la práctica de las virtudes, les reprocha todos sus pecados pasados, á fin de echarlas en la desesperación, dándoles á entender que son demasiado enormes para que Dios se los perdone, y que no pueden esperar ser salvadas. Bien lejos, pues, de humillar estas almas así abatidas, se deben fortalecer por el ejemplo de aquellos que no han dejado de santificarse despues de grandes crímenes, como Rahab en la ley antigua, san Pablo en la nueva, san Mateo que había sido publicano, y el buen ladrón reo de muertes y latrocinios. Además para darles coraje conviene ensalzar á propósito el bien que han empezado á practicar, é inspirarles con esto una santa emulación.

« En cuanto á las orgullosas, se han de emplear remedios más fuertes, y decirles : « ¿ Qué motivo tenéis para hincharos de vanidad ? Es porque no coméis carne ? pero hay que ni siquiera comen pescado. ¿ Es porque no bebéis vino ? pero hay que aun se abstienen del aceite. ¿ Es porque ayunáis hasta la noche ? hay otros que pasan dos ó tres días sin comer. ¿ Es porque no usáis el baño ? hay otros que se privan de él estando enfermos. ¿ Es que no tenéis por cama más que una manta ? hay otros que se acuestan sobre la tierra desnuda. En fin, cuando fuereis tanto y aún más que las otras, no tendríais motivo de glorificaros, pues aun cuando añadierais á todos estos trabajos el morar en una choza, los demonios no comen, no beben, no duermen y vaguean por los desiertos. »

Por todo esto que acabamos de deciros se ve que el orgullo ocupa el primer rango entre los pecados, y que la humildad, que le es opuesta, no tiene un rango menor entre las virtudes; pero no es fácil el adquirirla, y jamas alguna llegará á ella, sino echa de su corazón toda vana estimación de sí misma; lo que es una grande perfección. En efecto, es tan grande que el demonio, que algunas veces finge imitar las otras virtudes, no puede imitar aquella; pues ni siquiera la sabe comprender.

« Así el apóstol san Pedro, quien conocía la excelencia y la solidez de esta gran virtud, nos recomienda particularmente el grabarla en nuestros corazones, por más obras buenas que por otra parte hagamos; y ya sea que estemos reguladas en nuestras costumbres, ya sea que hayamos adquirido gran conocimiento de las cosas espirituales, la humildad nos debe servir como de una valla impenetrable para defender las otras virtudes que practicamos; ella las debe cubrir y cerrar hermeticamente, temiendo que la vanidad las destruya. En fin, no es menos imposible santificarse sin la humildad, que conducir con seguridad un navío sin timón.

« Y de qué manera el mismo Jesucristo nos la ha recomendado! Por ventura no se resistió de ella al descender del cielo, y no es él mismo el que nos ha dicho? Aprended *de mí á ser dulces y humildes de corazón.* (Matth. 11-29). Considerad aquí quién es el que ha dicho esto: « El quiere que la humildad sea el principio y el fin de nuestras obras; él quiere que esta sea la humildad de corazón, y no una humildad en palabras; él quiere que aun cuando hayamos cumplido con todos los mandamientos, muy lejos de glorificarnos por ello, por una humildad sincera nos consideremos como siervos inútiles (Luc. 17-10). »

« Se conoce que se practica de verdad esta virtud, cuando se sufre con paciencia los reproches, las injurias y todo

cuanto ofende al amor propio. Estas pruebas son como los nervios de la humildad. El mismo Jesucristo las sufrió, pues le llamaron Samaritano, le dijeron que estaba poseído del demonio, le dieron bofetadas y le hicieron toda suerte de ultrajes.

« Nosotras, pues, á su ejemplo debemos sufrir con humilde paciencia humillaciones, y nuestra humildad no debe ser aparente como la de algunas, que fingen humildad para ser más alabadas, y que se levantan como áspides cuando en público se las ofende. »

Después que el historiador de la Santa ha relatado estas edificantes instrucciones, dice que las vírgenes á quienes ella las daba estaban por ello tan transportadas de alegría, que no podían dejar de escucharlas y esto la obligó á extenderse aún sobre otros puntos de moral, lo que hizo con los siguientes consejos: « Cuando uno se engolfá á servir á Dios, se debe preparar para los combates y las penas; pero estas penas vienen seguidas de un consuelo que no se puede expresar. A la manera que aquellos que quieren encender fuego son al principio tan incomodados por el humo, que sus ojos lloran por ello, y tienen enseguida el placer de verlo brillar y ser calentados por él; así nosotras encendemos en nosotras un fuego divino con nuestras lágrimas y trabajos. Este es el fuego que Jesucristo ha dicho que había venido á traer al mundo, el fuego de la caridad (Luc. 12-18). Pero sucede á muchos, que habiendo sufrido durante cierto tiempo la incomodidad de este humo, dejan de soplar este fuego sagrado, y se privan por su negligencia é impaciencia de las ventajas que habrían reportado de él encendiéndolo. « En efecto, la caridad es un tesoro de un precio tan grande, que el Apóstol ha dicho de ella que aun cuando distribuyésemos todos nuestros bienes á los pobres y hubiésemos entregado nuestro cuerpo á las llamas, sin esta virtud no somos más que un metal sonan-

te, etc. (I Cor.-13). Y siendo la caridad el mayor de todos los bienes, ¿no tenemos motivo para decir que la cólera que es su antítesis, es el mayor de los males, pues llena el alma de tinieblas y la vuelve tan feroz que ya no escucha más la razón? Jesucristo nos ha armado contra todos los vicios. El nos ha dado la templanza para fortificarnos contra la impureza; nos ha recomendado la humildad para garantírnos del orgullo, y nos ha dado contra la cólera el arma saludable de la caridad.

« Observad sin embargo que no siempre es condenable, pues es permitido irritarse contra los demonios; pero no es lícito irritarse contra los hombres, aun cuando fuesen grandes pecadores; y si nuestro celo se inflama contra ellos con vehemencia, vale más aguardar que esté apaciguado, cuando la caridad nos obliga á ello. Así se debe gobernar como un cochero gobierna á sus caballos, con prudencia y moderación.

« Lo peor que tiene la cólera es que conserva el resentimiento y el recuerdo de las injurias. Un arrebató repentino turba de momento la razón, y se apacigua en poco tiempo, como se ve desvanecer el humo; pero el recuerdo de las injurias estando grabado en el espíritu, vuelve el alma cruel como una bestia feroz. Los perros más furiosos se aman-san cuando se les da alguna cosa. Las otras bestias se familiarizan con los hombres: pero el resentimiento de las injurias no escucha ni la razón ni amonestación alguna; el tiempo mismo, que es el médico de todos los males, no lo puede remediar: Es esto el colmo de la maldad por lo cual se desobedece formalmente á Jesucristo, quien nos ha dicho: *Id á reconciliaros con vuestro hermano, y después vendréis á ofrecerme vuestro presente* (Matth. 5-24); y el apóstol san Pablo dice también: *Cuidad que el sol jamás se acueste sobre vuestra cólera* (Ephes. 4-26).

Sería de desear que uno jamás se encoleriraza; pero al



Sup. Et Chardon sine Parie

Tom. 3.

Sara

Sara

menos si llega esta desgracia, sigamos el consejo de san Pablo. ¡Querriamos nosotras pasar nuestra vida en un estado tan funesto? Por supuesto digamos más bien como Jesucristo nos ha aconsejado: *A cada día le basta su malicia*. ¿Aborreceremos á aquél que nos ha injuriado? Aborrezcamos más bien al demonio que nos ha hecho mayor injuria que aquél.

« El resentimiento siempre va seguido de grandes males, tales como la envidia, la indignación, la maledicencia; y no los consideremos como poca cosa. Parecen débiles flechazos del enemigo en comparación de las otras armas que emplea contra nosotras al tentarnos sobre ciertos crímenes. Pero como más negros parecen estos, siendo también más horrosos después de haberlos cometido, nosotras recurrimos á la penitencia como á un bálsamo saludable; y mientras que hacemos menos caso de aquellos, como menos odiosos en la apariencia, los despreciamos, y ellos no dejan de producir profundas llagas, que nuestra negligencia vuelve crónicas y mortales.

« No se puede expresar cuán peligrosa es la maledicencia, aunque algunas veces se la considere como un divertimento y un medio de animar la conversación. Cerremos nuestros oídos á semejantes coloquios; no permitamos que este órgano que podemos usar para el bien, sea empleado en coleccionar defectos ajenos. Conservemos nuestra alma pura y exenta de los vicios que sin duda la desfigurarán escuchando estos discursos peligrosos; pues por haberlos oído odiamos á las personas con los ojos llenos de la malignidad que hemos contraído al haber oído tales discursos, como aquellos que tienen la tiricia nada ven que no les parezca tirixico.

« Velemos sobre nuestra lengua y oídos, para no decir ni escuchar cosa alguna con pasión. Sigamos la regla que sobre el particular nos da el Espíritu Santo: *No escuchéis*

aquello que se dice de malo á propósito (Exod. 2-31). Yo no podia sufrir á aquel que murmuraba en secreto de su prójimo (Psal. 10-55). Mi lengua jamás hablará de las acciones de los hombres (Psal. 16-3). No creamos con facilidad aquello que se nos cuenta de otros; excusemos también á aquellos que nos lo cuentan y seamos, como dice el mismo Profeta que era él, semejantes á un sordo y á un mudo. (Psal. 37-14).

« No nos regocijemos jamás en la desgracia de nuestro prójimo, aun cuando fuera más malo. No odiamos á nadie, ni aun á nuestros enemigos; pues Jesucristo nos recomienda que amemos no solamente á los que nos aman, pues los publicanos y los pecadores ya lo hacen, sino también á los que nos aborrecen.

Nosotras tenemos necesidad de esta recomendación; pues lo bueno y lo honesto lo amamos, porque nos atrae por sí mismo; pero en cuanto á lo malo, ha sido necesaria la instrucción de un Dios para suavizar nuestro corazón, y esto no se consigue sin trabajo. Así el reyno del cielo no es para los relajados, sino para aquellos que se hacen violencia (Matth. 11-12). »

La Santa habla enseguida de la limosna hecha en espíritu por las personas que, habiendo abrazado la pobreza voluntaria, por haberse despojado de todo, sólo la pueden hacer con la compasión para con los pobres y rogando por ellos: « A la manera que los vicios, dice, tienen cierto enlace y afinidad entre ellos, las virtudes también están vinculadas entre sí. La envidia, el dolo, el perjurio, el resentimiento, son las funestas producciones de la avaricia. Y al contrario, la mansedumbre, la conformidad de espíritu, la paciencia y la pobreza voluntaria, que es una obra perfecta, son las hijas de la caridad. Pero puede que vosotras me digáis: Cómo podemos nosotras hacer limosna después de haber sido depojadas de todos nuestros

bienes, cuando la limosna supone que uno al menos se ha reservado una parte de ellos? Yo respondo que la limosna no nos es tan recomendada por el amor de los pobres como por el amor de la caridad. Luego pues que renunciando á todo no nos reste nada para dar, habiendo llegado á esta caridad á la cual la limosna nos dispone, no se nos exige que hagamos más.

« Yo no pretendo disminuir el mérito de la limosna, sino exponeros la excelencia de la pobreza voluntaria. Vosotras habéis hecho bien al despojaros en favor de los pobres; es necesario aspirar más arriba y elevaros á la caridad perfecta. Dios ha puesto en el mundo dos clases de gentes de bien; á unos les ha permitido casarse para perpetuar las familias, y á los otros los ha llamado á una vida angélica inspirándoles el amor de la castidad. A aquellos les ha dado la ley, y á nosotras nos ha mostrado por su gracia en su ejemplo los divinos consejos que debemos seguir.

« Su cruz es nuestro estandarte, por la cual reportamos la gloria del triunfo sobre nuestros enemigos. En efecto, nuestra profesión no es otra cosa que un renunciamiento á esta vida y una meditación continua de la muerte. Y como los muertos ya no obran según el cuerpo, tampoco nosotras debemos obrar; sino obremos según el espíritu; mostremos por la práctica de las virtudes que no vivimos más que según el espíritu; hagamos la limosna en espíritu por nuestra compasión para con los pobres; y ya que está escrito que aquel que concibe un mal deseo se hace culpable en su conciencia, Dios igualmente recibirá propicio la buena voluntad que tenemos de auxiliar á los pobres con la limosna, por más que al despojarnos de todo, nos hayamos puesto en la impotencia de hacerla.

« Esto que os acabo de decir os debe hacer comprender que sería peligroso querer instruir á los otros sobre el estado de perfección, si uno mismo aun estuviera engolfado

en la disipación de las cosas exteriores ; pues ¿ qué conocimiento podía dar de ella ? Representaos un hombre que quisiera recibir en su casa próxima á derrumbarse á aquellos que van á verle ; ¿ no los sepultaría bajo sus ruinas ? Tales son aquellos que se encargan de la dirección de los otros sin estar establecidos en una sólida virtud ; son más propios para dañarles por su mal que para hacerles bien con sus exhortaciones. Semejantes á esas tablas cuyos colores, aunque vivos, son no obstante tan débiles que desaparecen en poco tiempo : Así sus discursos de piedad no son más que impresiones que su ejemplo borra pronto ; pero las palabras de aquellos que practican ellos mismos aquello que enseñan, no se desvanecen fácilmente, siendo el buen ejemplo una viva lección que se grava profundamente en los corazones.

« No nos contentemos con tener un cuidado superficial de nuestra alma ; lleguemos hasta la raíz de sus menores defectos, y adornémosla de las virtudes. Hemos cortado nuestros cabellos ; limpiemos, pues, nuestra cabeza de esos peligrosos piojos que restan en ella. Entre las gentes del mundo ciertos defectos no aparentan mucho ; en cierto modo están ocultos bajo los más considerables, como los piojos lo están entre los cabellos que no han sido cortados. Pero en una virgen, en un solitario cuyos cabellos son cortados, se descubre hasta el menor insecto, si en realidad hay alguno : El más pequeño defecto aparece. Purifiquemos sin cesar nuestra alma, y perfumémosla con el ayuno y la oración. »

En Egipto desde los tiempos más antiguos había el gran teatro de toda suerte de supersticiones. En tiempos de la Santa aun quedaba allí algunas impresiones. Las hijas curiosas creían en los horóscopos, y el demonio se servía de ello para engañar á muchos. Después de esto que acabamos de referir, ella previene á sus hijas contra esta ilusión y se

la presenta como un lazo el más peligroso del espíritu de las tinieblas y de la mentira. Lo que dice puede servir tanto contra la impiedad y la irreligión, como para disuadir á los espíritus débiles de su credulidad en estas falsas supersticiones. Se puede ver en el historiador de su vida ; nos prolongaríamos demasiado relatándolo aquí. Concluiremos este artículo reduciendo, para abreviar, lo que resta del discurso de la Santa á las máximas siguientes.

1º Seamos fieles en guardar las reglas que se nos han prescrito, y hagamos como los comerciantes que todos los días cuentan sus lucros y sus pérdidas, quienes se regocijan de la ganancia que han hecho y se afligen por aquello que han perdido. Nos conviene más que á ellos el velar sobre nuestro negocio espiritual, pues este es para adquirir los verdaderos tesoros que nosotras buscamos. Pero así como los comerciantes no desfallecen por algunas pérdidas que tengan, por más que por otra parte las sienten, así nosotras no nos debemos entregar al abatimiento por nuestras faltas ni abandonar el cuidado de nuestra alma, como sino pudiéramos salir victoriosas.

2º Cuanto podamos adquirir en este mundo considerémoslo como nada en comparación de las riquezas del cielo. Nosotras estamos en esta vida en cuanto á la eternidad bienaventurada, como están los infantes en el seno de su madre. Antes de nacer estábamos encerradas en el seno de nuestras madres como en una cárcel tenebrosa ; nuestra nutrición era bien diferente de la de hoy ; allí nada podíamos hacer de lo que hacemos ahora. De la misma manera que en aquel estado no gozábamos de la claridad del día ni de las ventajas de la vida presente, en esta miserable vida estamos igualmente privadas de las ventajas del reyno de los cielos. Así hemos probado los alimentos de la tierra suspirando después por los del cielo. Hemos sido alumbradas por ese sol material ; deseamos el sol de justicia. Miremos

la celestial Jerusalém como nuestra madre y nuestra patria. Llamemos á Dios nuestro padre. Vivamos de tal manera sobre la tierra que merezcamos vivir eternamente.

3º Se puede decir de nosotras que nacemos tres veces. La primera, cuando salimos del seno de nuestra madre. La segunda, cuando pasamos de la tierra al cielo. La tercera cuando nos aplicamos á los trabajos de la penitencia y á la práctica de las buenas obras, y este es nuestro estado presente. A la manera que los infantes crecen en el seno de su madre y que después de haber sido nutridos allí pasan por el nacimiento de aquella estrecha prisión al gran teatro de este mundo, y que al contrario aquellos que mueren antes de presentarse al día, pasan de las tinieblas á las tinieblas; del mismo modo los justos saliendo de este mundo pasan de esta vida al gran día de la eternidad dichosa, y los pecadores por el contrario pasan de las tinieblas del pecado á las tinieblas del infierno.

4º Estando consagradas al Esposo celestial, tengamos un cuidado todo particular de embellecer nuestra alma.

Instruyámonos por la conducta de las hijas del mundo, quienes nada olvidan en las bodas temporales para hacerse agradables á sus esposos. Y ¿cuánto más obligadas á ello estamos nosotras teniendo por esposo el rey del cielo? Ellas se cubren de ricos hábitos de la tierra; ellas se adornan con flores. Revistámonos nosotras de un hábito sagrado, y adornémonos con las flores de las virtudes. En lugar de piedras preciosas, coronémonos con la triple diadema de la fe, de la esperanza y de la caridad. Que la humildad nos sirva de collar de perlas, la templanza de cingulo, la pobreza voluntaria de rico velo, y la oración y el canto de los salmos de comida deliciosa. El compromiso que hemos contraído con nuestro divino Esposo, se cumple cuidándonos poco de nuestro cuerpo y fijando nuestra principal atención sobre nuestra alma.

5º Cuando uno saca agua por medio de una grua, no se suben al mismo tiempo los dos calderos llenos de agua ; sino que á medida que se hace subir el lleno se hace bajar el vacío. Más ó menos sucede lo mismo con nosotras. Una virgen que trabaja con fidelidad en cumplir sus sagradas obligaciones, llena su alma de virtudes y por esto se eleva á Dios, y al mismo tiempo hace descender el cuerpo por la mortificación y la disciplina religiosa.

6º Vosotras que vivís en el monasterio, no penséis en cambiar el domicilio ; no lo podríais hacer sin sufrir un gran daño. Si el pájaro abandona sus huevos, no podrán nacer los pequeños ; de la misma manera una virgen ó un monje que pasan de un lugar á otro, pierden su fervor, se relajan y mueren al fin.

7º La voluptuosidad afecta al cuerpo y la concupiscencia está en el espíritu ; reprimid esta y pronto se amortiguará aquella. Pero si vosotras escucháis la liviandad, la voluptuosidad os dominara ; y os encontraréis metidas como en un círculo, del cual apenas podréis salir.

8º No todos los estados son propios para todos ; cada uno debe consultar su vocación. Los unos son llamados á la vida cenobítica de los monasterios ; los otros á vivir solos : De la misma manera que hay plantas que viven mejor en una tierra húmeda y otras en un terreno seco. Muchos se salvan en medio de las ciudades, teniendo por sus deseos el espíritu en el desierto ; y otros se pierden en el desierto, porque allí tienen las afecciones de aquellos que habitan en las ciudades. Así sucede que uno puede ser solitario en su alma en medio del mundo, y que otro tiene el espíritu lleno del tumulto del mundo aunque esté solo en el desierto.

9º No os dejéis abatir por la relajación y la tibieza cuando estéis enferma. Sufrid vuestro mal en un espíritu de penitencia y para la expiación de vuestros pecados ; pensad entonces que habéis merecido ser juzgada y casti-

gada con más rigor en los suplicios eternos. Regocijaos de que Dios se digne visitaros con la enfermedad. Decid con el Profeta : *El Señor me ha corregido con sus castigos, pero no me ha abandonado á la muerte del pecador.*

10° Si vuestras enfermedades no os permiten orar derecha, ó cantar los salmos, no os aflijáis por ello ; pues las mortificaciones corporales, como ayunar, acostarse en el suelo y otros ejercicios, están establecidas para reprimir las rebeliones de la carne ; pero cuando en su lugar viene la enfermedad, la impotencia en que os pone para emplear estos otros medios, no os debe turbar. La práctica, pues, que se debe seguir en la enfermedad, es sufrirla con paciencia, y rendir por ella gracias al Señor. Si perdéis la vista no os entristezcáis por ello, pues es el órgano de la curiosidad ; porque os quedan los ojos del alma con los cuales podéis contemplar á Dios. Si perdéis el oído, dad también por ello gracias á Dios ; pues este no es más que un instrumento material que muchas veces sirve para las cosas vanas. Si estáis impedida de las manos ¿ por ventura no tenéis las manos interiores del alma con las cuales combatís al enemigo de la salud ? En fin, si todo el cuerpo está abatido por el mal, haced de manera que crezca y se fortifique en vos la santidad del hombre interior.

11° Vosotras que vivís en un monasterio, preferid la obediencia á las austeridades del cuerpo ; pues estas os pueden inspirar presunción, y la obediencia conduce á la humildad. No es siempre el espíritu bueno quien conduce á las maceraciones corporales ; este también puede ser el demonio, pues los que son de él practican algunas veces estas penitencias. Pero, me diréis vosotras, ¿ cómo discernir las que son inspiradas por Dios ? La discreción es la señal para ello. Vosotras ayunáis, haced que vuestro ayuno sea uniforme y discreto ; no lo prolonguéis hasta el extremo

de no comer de tres á cuatro días, por temor que el demonio se sirva de ello para engañaros. Jesucristo ha dicho que debemos ser como los cajeros hábiles en discernir la buena moneda de la falsa. Con esto ha querido darnos á entender que conviene discernir los espíritus. Algunas veces la moneda sólo es falsa por no estar acuñada según el gusto del príncipe, bien que por otra parte la materia es buena. El ayuno, la continencia, la limosna, son como monedas ; pero los paganos que las practican las hacen según la cuña de sus tiranos, y los herejes se someten á ello por ostentación.

12º Conduzcámonos con prudencia en el cuidado de nuestra alma ; y nosotras que vivimos en un monasterio, no rebusquemos, ni nos adheramos á nuestra propia voluntad : sino animadas de un espíritu de fé, seamos sumisas á nuestra común madre y obedezcámosle humildemente. Nosotras dejando el mundo nos hemos condenado voluntariamente al destierro de él ; no lo busquemos, pues, más. En el mundo seguíamos la vanidad, y en el monasterio hemos abrazado el abatimiento y la humillación. En el mundo buscábamos los placeres de la buena mesa, y en el monasterio debemos sufrir con paciencia el hambre y la abstinencia. En el mundo se mete en una carcel á los criminales, y en el monasterio nosotras nos encerramos voluntariamente para expiar nuestras faltas y evitar con esto las penas de la vida futura.

Nosotras hemos empezado el bien ; no lo abandonemos por más obstáculos que el demonio nos oponga. Seamos como los marineros, quienes, habiendo salido del puerto con un viento favorable, si la tempestad se levanta, trabajan sin cesar y sin arredrarse por el peligro, bien lejos de dejarse arrastrar á merced de los vientos, continuando así su ruta lo mejor que pueden. Así cuando el demonio sopla el viento de la tentación, no perdamos el valor , sigamos

nuestra ruta desplegando nuestra grande vela que es el estandarte de la cruz.

El historiador de la vida de la Santa concluye diciendo que esta vírgen adornada de todas las virtudes, instruía más á sus hijas con sus acciones que con sus palabras.

LAS VENERABLES MADRES SARA Y TEODORA Y LAS VIRGENES PIAMIA Y ALEJANDRA ¹.

Había en el territorio de Alejandria una vírgen llamada Sara, la cual estaba en gran reputación de santidad. Los antiguos que recogieron las *Sentencias de los Padres de los desiertos*, nos conservaron también algunas de las suyas, igualándola así á estos grandes hombres. En efecto, ella no les cedía en mortificación y en valor para el combate espiritual contra los enemigos de la salud. Ella moró sesenta años en una celda que estaba sobre la orilla del Nilo, y durante todo este tiempo jamás dirigió sus ojos sobre aquel río. El demonio envidioso de su virtud, no cesó durante trece años de atacarla con tentaciones violentas. No solamente las resistió siempre, sino que conservándose con una humilde paciencia en un ejercicio tan penoso y largo, no pidió á Dios el fin de ellas, sino solamente que le concediera por su gracia las fuerzas necesarias para vencerlas. Algunas veces este enemigo de las almas le representaba las vanidades del siglo, y trataba de arrancar de su corazón algún sentimiento de complacencia para estas cosas frívolas; pero bien lejos de escucharle, ella le oponía el temor de Dios de

¹ *Vitæ Patrum*, Paladio Ios Bolandistas, Cotelier

que su alma estaba penetrada, y redoblaba sus austeridades.

Un día que la tentación era más fuerte que de ordinario, subió á lo más alto de su celda, desde donde pudiese contemplar más facilmente el cielo, y allí se puso á orar. Entonces el demonio se le presentó delante bajo una figura humana diciéndole: *Tú me has vencido Sara*; pero ella lo confundió respondiéndole: *No soy yo el que te ha vencido, es Jesucristo.*

Dos anacoretas de reputación pasaron del desierto de Pelusia para visitarla, y en el camino se dijeron el uno al otro: Conviene tentar un poco la humildad de esa buena vieja. Le dijeron, pues, al verla: « Cuidado con tener sentimientos de vanidad, diciendo dentro de vos misma: Los solitarios vienen á verme, á mí que no soy más que una muger. » Ella les respondió: « Es verdad que no soy más que una muger; pero yo trato de conservar en mi sexo un espíritu varonil y valeroso. »

Ella no hablaba así por ostentación; sino solamente para hacer ver que la debilidad de su sexo no debía servir de pretexto para combatir con flojedad en la milicia espiritual; y que una solitaria no debía ceder á los hombres la gloria de practicar las virtudes religiosas con un santo ardor. Por otra parte era tan humilde, que cuando el demonio le sugería algun pensamiento de la estimación de las criaturas, al momento se confundía con la humillación del corazón. Ella no quería tener parte alguna con ellas, ni aun con pretexto de edificarlas con su virtud; y si esta idea le venía á la imaginación, ella se representaba como estando en todas las puertas de las casas, humillándose y haciendo penitencia de sus faltas. Así pedía á Dios, no que ólguen fuese edificado en ella, sino que la olvidasen y ella olvidase á todo el mundo, á fin de conservar su corazón en una entera pobreza.

Se ocupaba con frecuencia en meditar la muerte, como un medio eficaz para triunfar del demonio del orgullo, á la manera que se pisan los escalones cuando se sube por una escalera. Entre los consejos que daba cuando se le pedían, recomendaba la caridad para con el prójimo ; y en cuanto á la limosna decía, que aunque algunas veces sucediera que se hiciese por una compasión natural, enseguida se llegaba á hacerla por un motivo más puro que es el amor de Dios.

Ciertos hermanos de Scete fueron á visitarla, á quienes ella presentó una pequeña cesta de frutas. Estos mortificados religiosos dejaron las mejores y comieron las peores. Entonces les dijo : « Verdaderamente reconozco que sois religiosos de Scete. » (Los religiosos de Scete pasaban por más austeros que los de Egipto.) Los antiguos llamaron á la venerable Sara vírgen de dichosa memoria.

Había también en el territorio de Alejandría otra vírgen solitaria, llamada Teodora, no menos renombrada que esa de que acabamos de hablar. Se ha hablado de ella con distinción en la *Colección de las Sentencias de los Padres*. Ella decía que era necesario esforzarse á entrar por la puerta estrecha, como Jesucristo nos lo recomienda ; y que á la manera que si los árboles no sufrieran en invierno las lluvias y los vientos, no producirían frutos en la bella estación ; así mismo si en el mundo que es como invierno para nosotros, no sufrimos muchas tribulaciones y tentaciones, no debemos esperar la participación de la herencia celestial.

Es una ventaja, decía también, el llevar una vida tranquila ; y esto conviene principalmente á las vírgenes y á los religiosos, y sobre todo cuando son jóvenes y principiantes. Sin embargo no conviene languidecer en el descanso só pretexto de adquirir la tranquilidad de espíritu por la del cuerpo, pues de ello resultarían grandes inconvenientes para uno y otro ; luego el demonio se serviría de lo mismo para



Imp. G. Chardon aîné, Paris.

Gravé d'après

S^t. Hilarion.

San Hilario

apesadumbrar nuestra alma, para relajarla, para volverla perezosa y pusilánime y para atormentarla con malos pensamientos. El cuerpo se resintiría igualmente por las grandes enfermedades que contraería y por una languidez y un entorpecimiento en todos sus miembros, de suerte que este cuerpo llegaría á ser funesto enervando toda la fuerza del espíritu y del cuerpo. De ahí tambien resulta que uno se relaja, y que también se dispensa en seguida de sus obligaciones só pretexto de creerse enfermo ; mientras que si uno se hace violencia y sacude esta pereza que se origina de un descanso excesivo, ó si en fin vela mejor sobre sí mismo, se librá de estos males que afectan al alma y al cuerpo.

Al efecto refería que había un religioso quien siempre que la hora de rezar el oficio se acercaba, se sentía atacado de la fiebre y de cierta pesadez de cabeza. Era aquello un artificio del demonio que quería estorbarle la oración ; pero reconociendo este buen viejo la astucia del maligno espíritu, se decía á sí mismo : « Ya que me siento tan enfermo que me voy á morir, me quiero levantar y rezar todas mis oraciones antes que muera : » Así se hacía violencia. Pero apenas había concluido sus oraciones cuando la fiebre y el dolor de cabeza cesaban. Perseveró, pues, durante algun tiempo en esta práctica y la tentación se disipó.

Refería tambien que un hombre de bien habiendo sido injuriado de parte de alguno, no le respondió más que esto : « Yo os podría repetir las mismas cosas pero debo tener en consideración la ley de Dios que me cierra la boca. »

Decía á sí mismo que un cristiano discutiendo con un maniqueo, quien decía según el impio error de su secta, que el demonio era el autor de nuestro cuerpo, ya que está sujeto al pecado y á tantas miserias, le respondió : Sujeta ese cuerpo á las leyes de la mortificación cristiana, y pronto comprenderéis que Dios es su autor. »

Apoyaba estas santas máximas con tales ejemplos para hacer comprender la necesidad de una vida laboriosa y mortificada. Ahí va uno sobre la humildad digno de los más ilustres Padres de la soledad : « No es, decía, la rigidez de la observancia monástica, ni las vigiliias, ni las otras austeridades corporales lo que opera la salud, es la humildad sincera. » — « Había, añadía para confirmar esta hermosa verdad, un santo anacoreta á quien Dios había concedido el don de echar el demonio de los cuerpos de los posesos. Un día preguntó al espíritu maligno por qué virtud había sido obligado á salir de esos cuerpos. « ¿ Es, decía, por el ayuno? » — « Nó, le respondió, el demonio, pues también nosotros ayunamos. » — ¿ Es pues por las vigiliias? » preguntó el anacoreta. — « De ningun modo, contestó el demonio ; pues nosotros jamás dormimos. » — « Será, pues, por el retiro del mundo? » dijo el anacoreta. — « Tampoco es por esto, dijo el demonio ; pues nosotros andamos errantes por los desiertos. » — « ¿ Por que virtud, pues, se os echa? » repitió en fin el anacoreta. El demonio respondió : « No hay nada que triunfe tanto de nosotros como la humildad. » Ved pues, concluía la piadosa Teodora, como la humildad es la virtud que nos hace victoriosos del demonio. Ella no quería que se dejase la celda á causa de la tentación, porque esta nos sigue en cualquier lugar donde vayamos. Sobre lo cual decía que un día un solitario oprimido por muchas tentaciones de que estaba como asediado, dijo dentro de sí mismo. « Me debo retirar de aquí ; » y en efecto cogió sus sandalias con la intención de irse ; pero al momento el espíritu tentador se le apareció en figura humana, cogiendo como él las sandalias para partir, diciéndole : « ¿ Es por mí que quieres salir de aquí? « Yo te declaro que á cualquier lugar que vayas allí te precederé. »

Ahí va una excelente lección que daba á los que han sido elegidos para gobernar ó elegir á los otros, lo cual debería

estar profundamente grabado en los corazones de los superiores y superiores de las casas religiosas: « Aquel, decía, que está destinado para dirigir las almas debe renunciar al deseo de dominar. Debe arrojar lejos de su corazón todo sentimiento de vanagloria. Nunca se debe hinchar de orgullo. No debe amar la adulación, ni recibir presentes que sólo sirven para cegar el espíritu. No debe ser esclavo de su vientre, ni sujeto á ponerse en cólera sino que debe ser paciente, dulce, humilde, según se lo permita el lugar que ocupa; debe tener rectitud y probidad; debe saber condescender á propósito, y en fin debe procurar que el amor que tiene por el alma de sus hermanos lo lleve á emplear todos sus cuidados para ella. »

En fin, una pregunta que hizo á Teófilo de Alejandría nos ha enseñado una excelente sentencia de este patriarca, que con muy buena voluntad recibiríamos de la boca de san Juan Crisóstomo de quien aquel fué injusto perseguidor. Pidió á este prelado lo que san Pablo nos quería dar á entender cuando nos recomendaba *redimir el tiempo*; y él le respondió que *redimir el tiempo* era aprovechar las ocasiones de ejercer actos de virtud: « Por ejemplo, le decía, se os hace un ultraje, se os dice una injuria; debeislo sufrir con humildad, con paciencia, y podréis decir que comprais el tiempo de este ultraje, y de esta injuria por vuestra virtud, y que esto es un lucro para vuestra alma. Y así en otras ocasiones. »

No haremos más que transcribir aquí lo que Paladio cuenta de la virgen Piamia, de la cual los Griegos hacen mención en sus *Meneos* y que los Bolandistas ponen en el 3 de Marzo. Esta santa virgen pasó toda su vida con su madre, sin que hubiera en su casa nadie más que ellas dos. Se ocupaba en hilar lino, y no comía más que por la noche. Dios la favoreció con el don de profecía, lo que principalmente se manifestó en esta ocasión. Algunas aldeas de

Egipto disputaban entre sí sobre la distribución de las aguas cuando el Nilo se desbordaba ; estas disputas encendían entre ellos las guerras, en las cuales algunas veces perecía mucha gente. Sucedió que muchos habitantes de la aldea, mucho más poderosa que aquella en que moraba Piamia, tomaron las armas y se presentaron para embestirla y devastarla.

El Señor que la quería salvar por las preces de esta santa hija, le reveló su designio ; y ella dió aviso á los sacerdotes ; diciéndoles que les salieran al encuentro para pedirles la paz, sin lo cual se debía temer que harían perecer á todos los habitantes. Los sacerdotes que conocían su virtud, no dudaron de la verdad de cuanto les decía, y llenos de horror, le respondieron que no osaban presentarse á ellos, porque conocían su brutalidad é insolencia. « Pero, añadieron, si vos nos queréis salvar á nosotros y vuestra propia casa, y todo lo restante de la aldea salidles vos misma al encuentro, y haced que nos dejen en paz. »

La piadosa hija no se pudo resolver á salir de su retiro ; pero recurrió á la oración, y pasó toda la noche derecha en su casa, diciendo á Dios con viva fé : « Señor, que sois el juez de todos los hombres, y á quien nada injusto podría agradar ; haced, si os place, que cuando mi oración llegue á vuestros oídos, en cualquier lugar que se encuentren aquellos que vienen para arruinarlos y perdernos, queden por vuestro poder tan inmóviles como una columna. »

Como ella hubiera concluido su oración cerca de la hora de Prima, los enemigos, que entonces estaban á tres millas, ó una legua de la aldea, instantáneamente quedaron parados sin poderse mover poco ni mucho. Supieron que esto era efecto de las preces de la vírgen Piamia, esta fiel servidora de Jesucristo, y enviaron á pedir la paz á su aldea diciendo : « Dad gracias á Dios y las preces de Pia-

mia, que nos han impedido de haceros mucho daño. »

Habia en Alejandría, en sus afueras, vírgenes de las cuales unas vivían en comunidad y otras vivían en celdas particulares. Isidoro el Hospitalario tenía una hermana que moraba en una comunidad de setenta vírgenes en el vecindario de la ciudad. Dióscoro, Amonio, Eusebio y Autimio sobre llamados los *grandes Hermanos*, por ser hermanos según la carne y todos de una estatura aventajada, tuvieron también hermanas que moraban en el desierto á una distancia considerable del monasterio de Amonio. Hemos hablado en la *Doctrina espiritual* de san Isidoro de Pelusia, de una carta que escribió á las religiosas llamadas Sandalarias, parece porque llevaban sandalias; pero nada más sabemos de estas religiosas. Paladio nos ha explicado en pocas palabras la excelente conducta de una religiosa reclusa cerca de Alejandria, según la relación que de ella le había hecho el sabio Didimio. Esta piadosa hija se llamaba Alejandra. Estando un joven perdidamente enamorado de ella, esta se determinó á encerrarse toda viva en un sepulcro antes que dañar á una alma que Dios había criado á su imagen. Ella tambien decía que no le había visto su rostro y que sólo le había hablado por una pequeña abertura.

Los ejercicios de su retiro consistían en orar, meditar é hilar lino. Oraba desde la mañana hasta Nona. Empleaba una hora en hilar; en el tiempo restante hacía consideraciones sobre la vida de los santos patriarcas y de los profetas, y sobre los combates de los apóstoles y de los mártires. Cuando la noche había llegado comía pan y todavía permanecía en oración una gran parte de la noche. Pasaba así su vida aguardando la hora en la cual su alma se separase de su cuerpo, para presentarse delante de Jesucristo, en quien había puesto toda su esperanza.

Esta excelente virgen combatió por espacio de diez años,

y sintiendo que su fin estaba próximo, puso su cuerpo en el estado en que deseaba lo encontrasen después de su muerte, y volvió su alma á Dios. Una muger que ordinariamente le llevaba cuanto necesitaba, viendo que no le respondía dió aviso de ello á la villa. Fueron al sepulcro y encontraron que había pasado á mejor vida.

Colocaremos aquí una historia muy digna de ser relatada, que se encuentra en el libro sexto de la *Colección de las Acciones y Sentencias notables de los Padres*. Puede ser que la piadosa virgen de que allí se habla y cuyo nombre no se expresa, morara lejos de Alejandria; pero al menos era en alguna soledad ó aldea próxima á los desiertos de Nitria ó de Scete. Un anciano Padre decía que habia visto á esta hija muy adelantada en edad y aun más en la virtud, á quien preguntó como se había engolfado en el estado sauto que había abrazado. Al principio no le respondió más que con gemidos y suspiros, y entrando en discurso le dijo que habia tenido un padre de una piedad extraordinaria; que era dulce, paciente, modesto y tan retirado en su hogar doméstico, que apenas se apercibia que estuviera en su aldea. Él se ocupaba en cultivar su campo cuyos frutos traia exactamente á su casa para el sustento de su familia; pero como tenia una salud muy delicada, con frecuencia estaba obligado á guardar cama, donde sufría su mal con tanta paciencia, que bien lejos de formular la menor queja guardaba un silencio riguroso. Su vida se pasó así en el trabajo y en los sufrimientos; lo que es mas extraordinario, que cuando hubo muerto después de una larga y penosa enfermedad, hizo una tempestad tan grande acompañada de relámpagos, truenos y lluvias, que durante tres dias no se pudo salir de su casa para llevar su cuerpo á la sepultura; de suerte que los habitantes consideraron este accidente como una señal que el muerto había sido tan poco amado de Dios, como considerado había sido de los hombres. En

fin continuando la lluvia, lo llevaron á la tierra como pudieron sin la menor pompa fúnebre. Muy al contrario sucedió con su madre. Ella era tan mala como bueno su padre, tan maléfica como él silencioso, tan locuaz como él retirado. Ella estaba sujeta al vino añadiendo á todos estos defectos un gran libertinaje, sobre todo después de la muerte de su marido. Sin embargo, en cuanto éste había vivido en la aflicción y en la humillación durante su vida y aún en su muerte, en tanto esa malvada mujer había tenido prosperidad, habiendo gozado de una salud perfecta y de todos los placeres del mundo, y habiendo después de su muerte sido acompañada á la sepultura, por un considerable número de personas con todos los honores que se pueden tributar á las personas de un mérito distinguido.

« Este contraste de un hombre justo, afligido, y de una mujer que tanto había participado de las satisfacciones de este mundo, dice la Virgen de que hablamos, me conmovió, y estando en edad de raciocinar y de determinarme sobre el partido que debía tomar, pensé en mí misma si me convendría más seguir las huellas de mi madre, que imitar la virtud de mi padre; pues, decía yo en mi alma, ¿ que bien le ha reportado á mi padre su piedad? Él ha sufrido toda su vida penas y enfermedades y su fin ha sido sin honor. Mi madre, al contrario, ha gozado de los placeres todo el tiempo que ha vivido, y su muerte ha sido acompañada de muestras de estimación por parte de las gentes que la conocieron. Es, pues, más razonable seguir esto que vemos, que aguardar aquello que no vemos y que por lo mismo es muy incierto. »

En estos pensamientos se durmió, cuando Dios, lleno de misericordia, se dignó por un efecto de su infinita bondad, sacarla de su ceguera, manifestándole en un sueño misterioso el estado del alma de su padre y de su madre en la otra vida. Durmiendo le pareció ver un hombre de una

talla extraordinaria, quien mirándola con ojo amenazador, le preguntó con cólera en que pensaba. Ella quedó estupefacta, y no atreviéndose en su horror á levantar los ojos, le respondió que no lo sabía. Mas este mismo personaje levantando la voz de una manera terrible, le reprochó todo aquello que había pasado en su corazón, de suerte que, aun más aterrorizada, no pudiendo ya negar la verdad se arrojó á su piés, y le pidió perdón confesando toda la malicia de sus sentimientos.

Entonces este personaje le dijo : « Ven y verás las suertes diferentes de tu padre y de tu madre, y escoge enseguida el estado de vida que quieras. Al momento se encontró transportada en espíritu á una campiña deliciosa, en donde había todo cuanto la naturaleza puede ofrecer de hermoso y arrebatador en árboles, en frutos, en flores de una belleza inenarrable. Así que hubo entrado en ella, vió á su padre que le salia al encuentro quien la abrazó la besó con ternura, y la llamó su hija muy amada. Ella hubiera deseado quedarse allí con él y le rogó le concediera esta gracia ; pero él le respondió que esto no se podía hacer aún, y que un día moraría allí si marchaba sobre sus huellas. No obstante, ella continuaba rogándole que la dejara permanecer allí ; pero el personaje que le había hecho ver este delicioso lugar la cogió por la mano y le dijo : Ven á ver á tu madre que arde en las llamas, y delibera en seguida sobre la elección de vida que debes hacer. »

La condujo, pues, á una mansion tenebrosa en donde sólo se oían gritos y ruidos horrorosos. Al mismo tiempo le mostró un horno profundo, cuya entrada estaba guardada por hombres que no se podían ver sin horrozirse. Le dijo que mirara por la abertura de este horno lo que había dentro, y ella vió un estanque de azufre encendido en el cual su madre estaba sumergida hasta el cuello, la cual

crugía los dientes en medio de aquellas brasas con las cuales era horriblemente atormentada, además de la cantidad prodigiosa de gusanos que se paseaban por todo su cuerpo. Cuando se hubo despertado revocó la visión que había tenido durmiendo. Su elección fué bien pronto hecha. Ya no siguió más que los pasos de su padre y perseveró hasta una gran vejez en la fidelidad que desde entonces prometió á Dios ¹.

¹ El Padre Marin habla aquí de las Vidas de las santas Eufrosinia y Teodora, penitentes, diciendo: « Como sus actos no nos han parecido bastante autorizados en todo para relatarlos por extenso, nos bastará notar en pocas palabras lo que contienen. » En lugar de reproducir el resumen del P. Marín, suprimimos estas dos Vidas que por otra parte no ofrecen interés alguno particular, y que no se podría dar sin analizar á lo menos las discusiones á que han dado lugar.

CUARTA PARTE.

SOLITARIOS DE LA PALESTINA.

SAN HILARION PADRE DE LOS MONJES DE LA PALESTINA¹.

Parece por las Actas de san Charitón que este Santo, fundador de la célebre ermita que después se llamó la *Laure de Pharán*, fué el primer solitario de la Palestina. Pero, además que hay alguna dificultad en la cronología de estas Actas, el establecimiento de la *Laure* no excitó al principio la admiración, como lo hizo san Hilarion de quien vamos á hablar en este capitulo; de suerte que es propiamente después de éste que el estado monástico floreció en esta provincia y en la Siria; y como sus ejemplos y prodigios dieron ocasión á la fundación de un gran número de monasterios, por esto y con razón se le llama el padre de los monjes de estos paises, como San Antonio lo fué de los de Egipto, y san Pacomio de los de la Alta Tebaida.

Lo que vamos á relatar de él es tanto más seguro, cuanto que lo tomamos de san Jerónimo, quien vivía casi en el mismo tiempo, en la misma provincia; así tenemos por fiador uno de los mas egregios doctores de la Iglesia, y que se puede considerar como contemporáneo y habitante del país en el cual sucedió cuanto él relata.

San Hilarion nació en una aldea llamada Thabath, casi

¹ San Jerónimo, Vit. PP. Sozomeno, Teodoreto, Tillemont.

á dos leguas de Gaza en Palestina, en el año 291. Sus padres eran paganos, y la gracia con la cual fué prevenido en su juventud lo hizo salir, según el juicio de san Jerónimo, del seno de una familia idólatra como la rosa sale de en medio de las espinas. Hay muy poca probabilidad de que hubiese conocido el nombre de Jesucristo en su casa, donde todo cuanto se ofrecía á sus ojos se resentía de las supersticiones del paganismo. Más bien parece que tuvo esta dicha en Alejandría en donde encontró más medios para ello, y á donde fué enviado por sus padres cuando apenas contaba diez años, para aprender las letras humanas. No sabemos quien fué quien lo instruyó en los principios de la fé cristiana; pero progresó tanto en ellos con los auxilios de la gracia, que en aquella tierna edad Hilarión amaba á Jesucristo de todo su corazón, y bien lejos de gozar en los espectáculos profanos, sólo le gustaban la oración y las asambleas eclesiásticas. Esto no impidió que hiciera progresos en los estudios, pues aprendió el griego con tanta perfección como poseía el siríaco su lengua natural; pero los atractivos de las virtudes cristianas lo arrastraron siempre en su corazón á aquello que servía para adornar su espíritu, y escribió desde entonces un libro de los Evangelios, que guardó hasta la muerte por constituir el principal objeto de sus reflexiones, y para poder recurrir siempre á él y ajustar al mismo su conducta. Lo que hay aún más notable es que precisamente en aquellos tiempos la persecución de Diocleciano estaba más encendida; y bien lejos de bambolear su fé por el temor, echó en su alma raíces más profundas, y su celo por Jesucristo se hizo más firme y más ardiente. En efecto habiendo oído hablar de las virtudes de san Antonio, cuya reputación ya se había esparcido por todo el Egipto y atraía mucha gente hácia él, quiso ir á verle como los otros, no por un espíritu de curiosidad, sino en la intención de estudiar su conducta y

de formarse según su ejemplo. Al efecto se quitó su habito de seglar, y moró casi dos meses cerca de él, observando con cuidado su manera de vivir, principalmente su rigurosa abstinencia, su asiduidad en la oración, su humildad en recibir á los hermanos, su celo en reprenderles de sus defectos, su ardor en animarlos á todos y llevarlos á la práctica del bien.

San Antonio aun no se había retirado á esta montaña en donde después acabó sus días; entonces estaba cerca de Heraclea, y apenas hacía un año que habia salido del viejo castillo donde se había estado encerrado por espacio de veinte años. Hilarión bien hubiera deseado permanecer más tiempo cerca de un maestro tan excelente; pero viendo aquel gran número de personas que de todas partes acudían á él, ya para recibir sus instrucciones, ya para que los librase de sus enfermedades, y en particular de la posesión de los demonios, se dijo á sí mismo: que no había venido al desierto para ver allí tanta gente como en las ciudades; que debía empezar por el retiro como san Antonio había hecho; que este santo, como un soldado veterano cargado de laureles, podía entonces gozar del fruto de sus victorias; pero que en cuanto á él tenia necesidad de combatir, lo que aun no había practicado bastante bien.

Estas consideraciones lo determinaron á volver á su país, á donde se fué con algunos otros solitarios, después de haber pedido el permiso del gran Antonio, con la intención de practicar más tranquilamente los ejercicios y las virtudes que había aprendido de él. Por los efectos que su retiro produjo en la Palestina se vió muy bien que el espíritu de Dios lo condujo allí; pues hizo conocer la santidad del estado que había abrazado, y se convirtió en instrumento de santificación de una infinidad de almas, por los medios que el Señor le sugirió para cumplir los deberes con perfección.

Al llegar á su país halló que sus padres habían muerto ; distribuyó lo que le tocaba de su sucesión, parte á sus hermanos y parte á los pobres ; y acordándose que Jesucristo había dicho que *aquel que no renuncia á todo lo que posee, no podrá ser su discípulo* (Luc. 14), nada se reservó de los bienes de la tierra para adquirir mejor los del cielo. Despojado así de todo y revestido solamente de la virtud de Jesucristo, entró en un vasto desierto que está entre Gaza¹ y Egipto, á dos leguas y media de Majuma, aldea en donde estaban el puerto y los almacenes de Gaza, donde emprendió esta vida toda celestial por la cual suspiraba tan arduamente ; sus parientes y amigos al principio quisieron hacerlo retroceder, representándole que el lugar que escogía era denigrado por las muertes y latrocinios que con frecuencia se cometían en él. Pero él les respondió que muy lejos de temer la muerte del cuerpo sólo temía la del alma ; de suerte que quedaban sorprendidos que á una edad tan tierna (pues no contaba más que quince ó diez y seis años) mostrase tanta fuerza de espíritu. Mas el ardor de su amor por Jesucristo le elevaba por encima de todo temor humano, y su fervor era tal, que á pesar de la delicadeza de su complexión, que le hacía sensible á las menores impresiones del frío y del calor, sufría todas las injurias del aire con un valor que admiraba á todo el mundo.

Sozomeno que en su historia habla de él con elogios, relata en estos términos su modo de vivir : Él se acostumbraba, dice, á sufrir los trabajos y á domar la inclinación que los hombres tienen á la molicia ; él á nadie cedía en la abstinencia ; él combatía contra el hambre, contra la sed, el calor, el frío, y contra todas las otras penas que la delica-

¹ Gaza está situada á 85 kil. S.-O. de Jerusalén. En Gaza es donde Sanson se salvó llevándose las puertas de la ciudad en donde murió aplastado por las ruinas del templo de Dagon, que hizo derrumbar sobre tres mil Filisteos. Esta ciudad cuenta hoy 5,000 habitantes.

deza del cuerpo y del espíritu nos hace considerar como males. Por otra parte era grave en su conducta, serio en sus discursos y estudiaba con cuidado los sentidos de las divinas Escrituras. Esta no es más que una ligera idea de su manera de vivir; y san Jerónimo es él que la detalla bien, según el cual la vamos á relatar.

No tenía por vestido, dice este Santo, más que un saco y una túnica de piel que san Antonio le había regalado, y un pequeño manto de paisano. Nunca lavaba este saco, diciendo que era muy inútil buscar la limpieza en el cilicio, y no se cambiaba la túnica hasta que estaba del todo estropeada. No se cortaba sus cabellos más que una vez al año en tiempo de Pascua. Su cama era la dura tierra, ó en caso de necesidad una estera de juncos. Desde los diez y seis á los veinte años para garantizarse de la lluvia y de los ardores del sol no tenía más que una pequeña cabaña cubierta de juncos y de espinas. Aun entonces no tenía domicilio fijo, sino que en esta vasta soledad iba de un lugar á otro para evitar el caer entre las manos de ladrones; pues por más que no temiese la muerte, sabía que no era discreto el exponerse á ella sin motivo, como es piadoso aceptarla cuando se presenta por orden de la Providencia.

También Dios manifestó en una ocasión que tenía de él un cuidado todo particular; pues habiendo unos ladrones formado el propósito de sorprenderle en su pequeña cabaña, fuera que creyesen hallar en ella algún botín, fuera que se avergonzaran que un solitario tan joven morase en aquellos lugares sin temerlos, se pusieron en camino para buscarlo después de la puesta del sol; pero no hicieron más que andar toda la noche sin poder llegar á él. Por fin, habiendo venido el día, descubrieron su humilde celda; y habiendo entrado en ella le preguntaron con un tono de ira lo que haría si los ladrones le atacasen. Él les respondió que aquel que no tenía nada no les temía. « Pero, replica-

ron, ellos os pueden matar. » — « Enhorabuena, dijo Hilarió pero yo no temo la muerte porque estoy preparado para recibirla. » Admiraron una firmeza tan grande en un joven de diez y ocho años ; pues entonces no contaba más, y le confesaron que se habían extraviado durante la noche, y que Dios los había como cegado. Le prometieron por último que se corregirían de sus vicios y lo dejaron en paz.

A los veinte años construyó una celda un poco más sólida con ladrillos, barro y tejas rotas ; pero tan pequeña é incómoda, que apenas cabía en ella. Estaba situada en la orilla del mar, á una hora de *Thabath* ; en tiempos de San Jerónimo aun existía. Este santo doctor entra en detalles más particulares al hablar de su abstinencia. Dice que practicó toda su vida un ayuno muy austero, que ni aun en los días festivos lo rompió, ni tampoco en sus enfermedades, no comiendo jamás antes que el sol se hubiese puesto. Se prohibió el uso del pan y no comió más que quince higos cada día. Hacía más, cuando el demonio lo atacaba por la tentación, pasaba tres ó cuatro días sin tomar alimento alguno, contentándose después de este tiempo con tomar algunos higos y jugo de yerbas para reparar sus fuerzas perdidas. Asi su cuerpo se extenuó de tal manera por esta grande austeridad, que no le quedaba más que la piel sobre los huesos. Desde los veintiuno á treinta y cinco años no siempre guardó el mismo régimen ; lo cambió según la necesidad, pero siempre en cantidad tan insignificante, que se reconocía en sus cambios su invariable amor á la penitencia. Asi es que desde los veintiun años hasta los veinticuatro comió algunas lentejas mojadas con agua fría. En los tres años siguientes comió pan seco con agua y sal ; de esta fecha á los treinta años comió yerbas silvestres y raices crudas. Desde este tiempo comió seis onzas de pan de cebada y yerbas cocidas. Pero sintiendo que

su cuerpo se enflaquecía y se cubría de costras picantes, añadió á las yerbas un poco de aceite, viviendo así hasta la edad de sesenta y tres años. Entonces juzgando por la flaqueza de su cuerpo que su fin estaba próximo, y no queriendo por otra parte rebajar nada en sus austeridades, pues su fervor le serviría de fuerza, se abstuvo enteramente del pan, y hasta los ochenta años por toda nutrición no tomó más que un potage de yerbas donde mezclaba harina, lo que junto apenas llegaba á cinco onzas; y aun esto cuidó de no tomarlo nunca antes que se hubiese puesto el sol.

Podemos añadir á esta vida tan austera la privación de todos los consuelos humanos y aun de aquellos que hubiesen podido satisfacer más su piedad. Se cuenta que durante cincuenta años que moró en Palestina, no fué mas que una vez á Jerusalén; y fué tanto por devoción como por temor de que se creyese que menospreciaba los Santos Lugares, sino iba estando tan próximo á ellos. Hasta entonces había guardado tan estrechamente su soledad, que no entraba en las ciudades ni aun en las aldeas. En fin podemos poner entre sus prácticas de penitencia el trabajo de las manos, que él diversificaba, ya trabajando la tierra, ya haciendo espuestas de juncos á ejemplo de los solitarios de Egipto.

Pero su principal ejercicio era la oración, el canto de los salmos y la lectura de las santas Escrituras, que hasta estudió de memoria, y cuyas palabras recitaba con un profundo respeto y una tierna unción como si hubiese visto á Dios presente y las hubiese oído de su divina boca.

El demonio viendo un fervor tan extraordinario en un solitario tan joven, quiso sofocarlo desde el momento, y lo atacó con tentaciones violentas. Hilarión había vivido hasta entonces en una inocencia angelical, y aun no había experimentado las humillantes impetuosidades de la carne.

Los primeros ataques que sintió le horrorizaron ; pero no por eso se desmayó ; al contrario, levantadose contra su cuerpo que le declaraba la guerra, le dijo con un celo inflamado por el amor de la pureza y golpeando su pecho, como si hubiese querido con los golpes que se daba echar sus malas imágenes de su espíritu : « Detente, malvado asno, yo te impediré bien el cocear ; muy lejos de darte cebada no tendrás más que paja. Te haré sufrir el hambre y la sed, te cargaré sin consideración y te haré trabajar con el calor y con el frío, á fin de que pienses más bien en comer que en regalarte con los placeres. »

El enemigo de su alma no habiendo podido obtener victoria por este medio, trató de sorprenderle ó intimidarle con la representación de mil fantasmas. Unas veces le hacía oír quejas de pequeños infantes, llantos de mujeres, balidos de ovejas, rugimientos de leones, ruidos de ejércitos, sonidos de voces bárbaras y confusas. Otras veces, al acostarse le presentaba á su imaginación los objetos más indecentes ; ó al estar oprimido por el hambre, hacía aparecer delante de él mesas cubiertas de deliciosos y abundantes manjares. Cuando oraba, le parecía que lobos aullando, ó vulpejas gritando, pasaban por encima de él. Una vez también cantando salmos, vió delante de sus ojos un combate de gladiadores, uno de los cuales cayendo como muerto á sus piés, le rogaba que le diera sepultura ; y en otra ocasión como él estuviera en oración de rostro contra la tierra, estando su espíritu un poco distraido por un efecto de la debilidad humana, el demonio se le apareció bajo la forma de un mulatero armado de un látigo, se le echó encima, y dándole patadas por todos lados, le decía con un tono insultante hiriéndole con su látigo : « Anda, anda, corre, corre, ¿ porque duermes ? » Luégo añadiendo la ira á los golpes, le preguntó si le faltaban las fuerzas y si quería cebada : pero el Santo se burlaba de todas sus fascinaciones,

que mostraban la malicia y la flaqueza al mismo tiempo del maligno espíritu, y las volvía vanas con su oración y la invocación del nombre de Jesucristo con una fé animada de la caridad.

Perseveró así en su soledad por espacio de veintidos años, sosteniendo frecuentes y rudos combates por parte de los enemigos invisibles, y no siendo conocido más que por su reputación en la Palestina, cuando Dios quiso hacerlo brillar por el don de milagros y convertirlo en instrumento de su misericordia para la conversión y santificación de un gran número de almas. El primero de estos milagros fué la fecundidad que obtuvo con sus oraciones á una mujer de Eleutherópolis, la cual, viéndose despreciada por su marido á causa de su esterilidad, fué á encontrar al Santo en su desierto para implorar el auxilio de sus oraciones. Ella le explicó con muchas lágrimas el motivo que la conducía á sus piés. Hilarión la exhortó á poner su confianza en Dios ; le hizo esperar que Dios miraría propicio sus votos ; y al fin del año ella feliz dió á luz un hijo.

El segundo prodigio hizo mucho más ruido, por que se trataba de personas muy distinguidas en la sociedad. Elpidio, hombre muy piadoso y de gran consideración, pues fué enseguida prefecto de la pretoria de Oriente, volvía de ver con su mujer llamada Aristeneta y sus tres hijos al gran san Antonio ; pero cuando estuvieron en Gaza, fuera por la intemperie del aire, fuera, dice san Jerónimo, porque Dios quería glorificar á los ojos del mundo á su servidor Hilarión, los tres niños fueron á un mismo tiempo atacados de una fiebre doble tercia tan violenta, que los médicos desesperaban de ellos. Su madre afligida ya los lloraba como si estuviesen muertos, y no podía consolarse. Le dijeron que había en el desierto vecino un santo solitario que podía muy bien obtener su curación por la fuerza de sus oraciones y al momento tomó tanto empeño para irlo á ver,

seguida solamente de algunas mujeres y de algunos Eunucos que tenía para su servicio, que apenas dió tiempo á su marido de hacerle preparar un jumento para montar. Así que llegó á la puerta de su celda exclamó : « Os suplico, servidor de Jesucristo, por la cruz de aquel bondadosísimo salvador y por la sangre que derramó por nosotros, que vengáis á Gaza á dar la vida á mis hijos, á fin de que esa ciudad, entregada á los errores del paganismo, glorifique por ello á Dios, y para que el ídolo de Marnas sea allí abatido y Jesucristo glorificado. »

El Santo le respondió que él no dejaba su celda, y que desde que estaba en aquel desierto se había propuesto no entrar jamás en ciudad, ni en aldea alguna, pero su resistencia no hizo más que volver á la afligida Aristeneta más solicitante. Ella se postró en tierra ; ella insistió con sus gritos y con sus lágrimas, derramando lágrimas como ella cuantos estaban presentes : « Volvedme, le decía mis hijos, os lo suplico, y que aquellos que el gran Antonio tuvo en sus brazos en Egipto me sean conservados en Siria por vuestra bendición. » De manera que Hilarión, conmovido él mismo hasta derramar lágrimas por la aflicción de esta dama, no creyó deber resistir más, y le prometió que después que se hubiese puesto el sol iría á casa de los enfermos.

Fué, pues, allí sobre la noche, y habiendo invocado sobre cada uno de ellos en particular el nombre de Jesucristo, tuvieron al momento una crisis tan grande, que ya estuvieron en estado de comer, reconocieron á su madre, besaron las manos del Santo, y se hallaron curados.

La noticia de esta milagrosa curación muy pronto se esparció por todo el país y las provincias vecinas hasta el Egipto, y cada uno se apresuraba á recurrir á san Hilarión. Esto fué causa también de la conversión de un número muy crecido de idólatras ; y muchos abrazaron la vida mo-

nástica, lo que dió ocasión á construir muchos monasterios.

San Jerónimo hace después una larga enumeración de este prodigio y de muchos otros que el Santo operó en diversas ocasiones. Los solitarios que moraban con él, condujeron á su celda á una mujer ciega de una aldea de Facidia, situada á la entrada del Egipto, por la parte de Iduinea. Hacía diez años que había perdido la vista y todos sus bienes para hacerse curar. El Santo le dijo que Jesucristo le hubiese curado, si ella hubiese distribuido en limosnas el dinero que había dado á los médicos; y después de este pequeño reproche, que era una lección para aquellos que estaban presentes, la curó aplicándole una poca de su saliva sobre los ojos á imitación de Jesucristo.

Curó también á un cochero del circo de Gaza, á quien el demonio había vuelto paralítico en tanto grado, que sólo la lengua le quedaba libre. Como era pagano, el Santo le hizo prometer que renunciaría la idolatría y la profesión que ejercía, y que creería en Jesucristo. El enfermo lo prometió, y luégo se encontró restablecido de todos sus miembros y aún más sano del alma que del cuerpo, por la sinceridad de su conversión.

Entre los poseidos que libró en gran número, hubo dos que metieron mucho ruido. El primero, llamado Marsita, era un joven del territorio de Jerusalén, de la más alta talla y de los más robustos. El demonio que se había apoderado de su cuerpo, le hacía tan furioso y terrible, que era el terror de toda la comarca. Él había cortado con los dientes la nariz y las orejas á unos; él había roto las piernas y arrancado las quijadas á otros; él rompía no sólo las cadenas y las esposas cuando se le quería atar, si que también las cerrajas y quicios cuando lo encerraban. Lo condujeron á su monasterio cargado de muchas y muy gruesas cadenas. Muchos hombres que á fuerza de brazos y con

cuerdas lo contenían, como si hubiesen arrastrado un furioso toro. Así que los hermanos vieron este hombre de una talla gigantesca entregado á un demonio tan terrible, quedaron todos atemorizados y corrieron á notificarlo al Santo. Este no se movió del lugar en donde estaba sentado, y sólo ordenó que lo desatasen, después de lo cual le dijo que bajara la cabeza y que se acercase. Al momento desapareció todo su furor: Se le vió temblar, bajar la cabeza sin ni siquiera atreverse á mirar el rostro del Santo, acercarse á él como un cordero y lamerle los piés. San Hilarión lo exorcizó por espacio de siete días y lo despidió enteramente libre del mal huesped que lo poseía.

El otro, que aun llamó más la atención, fué hecho en favor de un hombre llamado Orión, quien era el primero por su categoría y por sus riquezas en la villa de Haile, situada sobre el mar Rojo. Estaba poseído por una legión de demonios. Como lo condujeran atado del cuello, de las manos, de los piés, y de todas partes con cadenas, inspirando su sola vista el terror á cuantos lo veían, se escapó, á pesar de tales precauciones, de las manos de aquellos que lo sostenían, y se dirigió á san Hilarión, que entonces se paseaba con sus hermanos, á quienes explicaba algunas dificultades de las santas Escrituras. Le sorprendió por detrás y abrazándole fuertemente, lo levantó al aire como si hubiese querido ahogarle entre sus brazos ó tirarlo contra el suelo. Todo el mundo dió un gran grito; pero el Santo no hizo más que sonreirse; y habiendo tomado á su tiempo al poseso por los cabellos, lo echó al suelo, lo cogió con las manos, puso sus piés sobre los suyos, y dijo á la legión de demonios que estaban dentro de su cuerpo: « Bastan, malvados espíritus, bastan los tormentos que habéis merecido. » El poseído se puso á gritar haciendo grandes lamentaciones: « Señor mio Jesucristo, apiadaos de este miserable; libradme de la tiranía de los demonios; vos

tan bien podéis triunfar de muchos como de uno solo. » Al mismo tiempo se oyeron salir de su boca diversas voces como gritos confusos de un populacho reunido en tumulto ; y éste fué el último esfuerzo de esta legión de espíritus del infierno, quienes fueron obligados á retirarse por las preeces del Santo.

Orión librado así, algún tiempo después fué al monasterio del Santo, acompañado de su esposa y de sus hijos. y en reconocimiento le llevó grandes dádivas ; pero bien lejos de aceptarlas le dijo : « ¿ No sabéis lo que sucedio á Giezi y á Simón ? ¿ Al uno por haber querido venderla gracia del Espíritu Santo, y al otro por haberla querido comprar ? » Orión no obstante le suplicó con lágrimas que las recibiera y las distribuyera á los pobres ; pero él le replicó : « Lo podéis hacer mejor vos que moráis en las ciudades, y que por consiguiente podéis conocer mejor las necesidades de cada uno. Y ¿ por que queréis que me encargue de los bienes de los otros, después que he dejado los míos ? El nombre de los pobres muchas veces sirve de pretexto á la cupidez ; la verdadera caridad es sin artificio ; nunca uno puede distribuir mejor sus bienes que cuando nada se reserva. »

Orión, que no tenía los mismos visos de perfección que el Santo, y que no consultaba más que su reconocimiento, estaba afligido por su rehueso ; se arrodilló suplicándole de nuevo que recibiera lo que él le ofrecía ; pero el Santo para hacerlo cesar en sus instancias, por fin le dijo : « No os entristezcáis, hijo mío, que esto que yo hago es por bien vuestro y mío ; pues si acepto vuestros presentes ofenderé á Dios. y la legión de demonios volverá á entrar dentro de vuestro cuerpo. »

Después curó á un habitante de Majuma, llamado Gazán, quién, trabajando en una carrera de piedras no lejos del monasterio, fué de momento sorprendido por una parálisis. Sus compañeros lo tomaron sobre sus brazos y se lo

condujeron : El Santo rogó por él, le restableció su salud y lo remitió á su trabajo.

Había en la misma ciudad un cristiano llamado Itálico, quien cuidaba los caballos para la corrida del circo. Se disponía á hacer una corrida contra un duumviro, es decir, uno de los principales magistrados de Gaza, muy adepto á la idolatría y al culto de Marnas que era el ídolo del lugar. Habiendo sabido que su adversario se servía del maleficio para contener sus caballos, fué á suplicar á san Hilarión que impidiera sus efectos. El Santo consideró ridículo que le propusiera el emplear sus oraciones para una cosa tan inusificante ; y le dijo que hubiera obrado mejor vendiendo sus caballos y dando el precio á los pobres para la salvación de su alma. Itálico le hizo presente que aquél era un cargo público al cual estaba obligado : Que en calidad de cristiano no podía aquél emplear los maleficios, y que creía obrar bien al recurrir á él ; que después de todo, se trataba en cierto modo de la gloria de Jesucristo, de la cual los habitantes de Gaza eran los enemigos declarados ; y que los insultos que recibiría de éstos si quedaba vencido, caían menos sobre él mismo que sobre la Iglesia, porque sabían que era cristiano.

El Santo sólo se determinó cuando los hermanos también se lo suplicaron. Hizo traer agua en el vaso de tierra de que se servía para beber, y la entregó á Itálico diciéndole que rociara con ella su establo, sus caballos, su coche, y las cárceles del circo. El duumviro lo supo y no se descuidó de publicarlo y chancearse mucho de ello. Todo el pueblo estaba aguardando el resultado. Por fin, después de haber dado la señal, los caballos de Itálico parecieron volar más bien que correr, y se hubiese dicho que los del duumviro llevaban trabas en los pies. A este espectáculo se levantaron grandes gritos. Los mismos paganos exclamaron : *Marnas queda vencido por el Cristo*. Muchos se con-

virtieron á la fé ; pero otros, partidarios del duumviro, se enfurecieron y prorumpieron contra san Hilarión, diciendo que era un mago y que era necesario hacerlo perecer. Sus clamores sólo sirvieron para hacerles más despreciables.

Una virgen de la misma villa de Majuma moraba en el vecindario de un joven, quien quedó perdidamente enamorado de ella. Esta tomó á bien los halagos que no convenían á una cristiana, aun menos á una virgen consagrada á Jesucristo, como se ve, según san Jerónimo, que lo era esta. Pero la fulana no llegó tan lejos como el joven lo hubiera deseado. Para conseguirlo el joven se fué á Menphis á fin de encontrar en la escuela de los idólatras de Egipto, muy renombrada por el arte mágico, un medio para acabar de perder su alma. Estuvo un año entero en esta academia de tinieblas, é instruido en el arte diabólico en cuanto él deseaba saber, á su regreso puso en el umbral de la puerta de la joven una lámina de cobre en la cual estaban grabadas figuras monstruosas con palabras. El encantamiento nada hubiese producido en una persona más fiel á Jesucristo de lo que había sido esta ; pero ella había dado entrada al demonio desde el principio escuchando con demasiada facilidad á este libertino. Así, luego que el encanto estuvo colocado, el espíritu maligno se apoderó de ella, y al momento perdiendo el juicio y el pudor, mostró un violento deseo de ver á este joven.

Sus padres recurrieron al Santo, y se la condujeron. El demonio la agitaba con violentas convulsiones y daba grandes aullidos por su boca. Se quejaba que la atormentaban, y gritaba diciendo que no podía salir del cuerpo de esta virgen que el joven no hubiese quitado de la puerta el encanto que lo ataba en su cuerpo. « Tu fuerza es pues muy grande le dijo irónicamente Hilarión, pues está contenida por una lámina y un cordelito ! Dime, añadió, ¿ porque te has atrevido á entrar en el cuerpo de esta virgen ? » — Esto

ha sido, respondió el espíritu de mentira, para salvarla. »
— Impostor, le contestó el Santo, mas bien la querías perder. »

Los padres quisieron que se fuera á buscar el joven para obligarle á quitar el encanto ; pero el Santo no lo permitió, temiendo no creyesen que esto era necesario para echar al demonio, y se diese fé á sus palabras que no son más que mentira. Curó la hija rogando por ella ; y después le dió una severa corrección porque había dado entrada al demonio por su mala conducta.

La fama de tantas maravillas no soló voló á la Palestina, al Egipto y la Siria, más aún á las provincias más lejanas. Un oficial de guardias del emperador Constanzo, de la nación de los Francos y de allende del Rin, segun aparecia por su buena presencia, por la blancura de su color y los cabellos rubios, estaba atormentado por el demonio que lo agitaba desde su infancia, haciéndolo gemir y rechinar de dientes todas las noches. Habiendo sabido por el rumor público el poder que san Hilarión tenía sobre los espíritus malignos, declaró en secreto al emperador lo que sufría, y le pidió el permiso de ir á ver al Santo para ser curado. El príncipe se lo concedió, y le hizo entregar carruajes públicos y cartas de recomendación para el cónsul de la Palestina. Muy pronto llegó á Gaza, y se dirigió al decurión del lugar para que le dijera donde moraba el solitario Hilarión. De momento se creyó en la ciudad que iba con el propósito de informarse por la misma boca del Santo de los malos tratamientos que había recibido de ellos en más de una ocasión. En el temor, pues, que el emperador hubiese enviado este oficial para castigarlos de ello, el decurión y los principales de la ciudad le acompañaron á su celda, tanto para hacerle la corte, como para mitigar al Santo en caso de que se le quejase. San Hilarión se paseaba sobre la arena recitando salmos. Cuando vió aparecer á esta multtitud se paró, y después de

haberlos saludado con una cortesía religiosa, les dió su bendición. Ellos se ordenaron al rededor de él, y les habló por espacio de una hora; después despidiendo á los de Gaza, se quedó con el oficial y su escolta, y á sus ojos comprendió bien pronto el motivo que lo había traído allí. El oficial sólo sabía la lengua de su país y la latina. El Santo le preguntó sin embargo en lengua siríaca; y al mismo tiempo se vió que este hombre se levantaba de tal modo que apenas tocaba al suelo con la punta de los piés, quien gritaba con una voz espantosa, respondiendo al Santo en siríaco con el acento y las aspiraciones de esta lengua, tan perfectamente como lo hubiera podido hacer un natural de Palestina. Luego el Santo le preguntó en griego, para que aquellos que le servían de intérpretes en lengua griega y latina lo pudiesen entender; y él también le respondió en la misma lengua. El demonio que hablaba por su boca, quiso entonces entrar en discurso y contar como se había apoderado del cuerpo de este oficial, diciendo que había sido obligado á ello por las operaciones mágicas; pero el Santo le dijo que poco cuidado le daba el saber como había entrado, y que en nombre de Jesucristo le mandaba que saliera; lo que hizo. El oficial así librado le presentó diez libras de oro; pero el Santo le hizo presente de un pan de cebada, para hacerle entender que aquél que se contenta con este alimento no hace más caso del oro que del barro.

También ejerció el mismo imperio sobre los demonios que entraban en el cuerpo de los animales, que muchas veces le conducían. Merece una particular atención el modo como libró á un camello de una grandeza enorme. El demonio que se había apoderado de él, lo volvía tan furioso, que no se le podía ver ni oír sus aullidos sin quedar horrorizado. Había hecho muchos estragos, y muchos hombres se pusieron á arrastrarlo con gran ruido por medio de cuerdas muy fuertes hasta su monasterio. San Hilarión

ordenó que lo desatasen ; lo que hicieron, huyendo todos al momento : tanto terror les inspiraba el animal. Pero el Santo saliéndole con seguridad al encuentro, dijo al demonio en idioma siríaco : « Yo no te temo, espíritu maligno, por más que estés escondido bajo un animal tan enorme ; pues tu fuerza no se ha de temer más en este camello que en una pequeña raposa. » El camello no obstante se dirigió, á él con furor y se hubiese dicho que lo iba á devorar ; pero así que estuvo cerca de él, cayó á sus piés, y bajó la cabeza hasta tierra en señal de sumisión. Aquellos que observaban de lejos esto que estaba sucediendo, quedaron atónitos al ver como en un momento el furor de esta terrible bestia se había cambiado en dulzura. Reconocieron que el demonio lo había abandonado, y el Santo tomó ocasión de ello para decirles que los malignos espíritus tenían un odio tan grande contra los hombres, que cuando no les podían dañar en su persona, trataban de hacerlo en aquello que les pertenecía, y que Dios lo permitía algunas veces, ó para castigarlos, ó para instruirlos.

San Jerónimo asegura que hizo otros prodigios, y en tan gran número que toda su vida no bastaría para relatarlos. Dice también que Dios lo hizo tan célebre, que san Antonio el Grande, habiendo sabido cual era la santidad de su vida y el número de sus milagros, le escribió muchas cartas y recibía las suyas con mucho consuelo. Así cuando se le presentaba alguno de las diferentes comarcas de la Siria para ser curado por sus preces de alguna enfermedad, ó librado de los malignos espíritus, le decía : « ¿ Porque venís de tan lejos y con tantas fatigas y penas si tenéis entre vosotros á mi hijo Hilarión ? »

Sus milagrosas curaciones no sólo produjeron maravillosos efectos sobre los cuerpos ; los operaron mas admirables en las almas por las impresiones que hicieron sobre los espíritus y sobre los corazones de los pueblos de la Palestina

y de los países vecinos. Al ejemplo del Santo se construyeron por todas partes monasterios, y una multitud prodigiosa de solitarios que se formaron en ellos se rigieron bajo su conducta. El por todo esto rindió á Dios acciones de gracias con un corazón lleno de celo y de ardor para su gloria, y exhortaba poderosamente á cada uno en particular que no recibiera en vano la gracia del Señor : « Pues, decía, la figura de este mundo pasa, y la verdadera vida es aquella que podemos adquirir en el cielo por los trabajos de la penitencia que abrazamos en esta. »

Para darles ejemplos de humildad y caridad todos los años los visitaba un poco antes de la vendimia, recorriendo sus celdas las unas después de las otras sin olvidar ninguna, pues á todas las almas amaba igualmente ; lo que habiéndolo sabido los solitarios, desde el principio se unían á él en gran número para acompañarle en esta visita, llevando sus provisiones ; y algunas veces llegaban á reunirse hasta dos mil. Pero en el transcurso del tiempo la estimación general que él gozaba, hizo que cada aldea le suministrare de buena voluntad, y en todo lugar por donde pasaba, los víveres necesarios cuando iba á visitar á los solitarios de su vecindario.

Ordinariamente escribía una memoria de su visita indicando los lugares en que se debía parar y aquellos por los cuales no hacía mas que pasar ; y dirigía también sus pasos, que, sin ser inútiles, no obstante á ningun hermano olvidaba por poco considerable que fuera. Yendo en una de sus visitas al desierto de Cades, llegó á Elusio en Idu-mea, precisamente el día en que el pueblo de esta villa aún idólatra estaba reunido en el templo de Venús para celebrar su fiesta ; pues los Sarracenos adoraban esta divinidad á causa del planeta de este nombre, que se llama estrella matutina, como lo hemos dicho en la Vida de san Nilo. Así que estos paganos supieron que pasaba por su

vecindario, acordándose que había librado á muchas personas de su nación que estaban poseidas del demonio, le salieron al encuentro gran multitud con sus mujeres y niños, y le dijeron todos bajando la cabeza : Bareth, es decir, Bendecidnos. Los recibió con dulzura y humildad, y les suplicó que dejaran de adorar las piedras, y que adorasen más bien al verdadero Dios. Al mismo tiempo levantaba los ojos al cielo derramando muchas lágrimas, y les prometía irles á ver con frecuencia si querían creer en Jesucristo. Oh maravilla de la gracia de Dios ! exclama san Jerónimo ; ellos no lo dejaron marchar hasta que les hubo trazado el plan de una iglesia, y sin que su sacrificador, coronado como estaba y dispuesto á ofrecer la víctima que iba á inmolarse al ídolo, se hubiese hecho catecúmeno para ser instruido y enseguida señalado por el santo bautismo con el carácter de Jesucristo. Poco tiempo después se estableció un obispo en esta ciudad como consta por la historia de San Nilo.

Los solitarios de estas regiones tenían viñas que cultivaban, y esto lo hacían más para comer su fruto que para hacer vino, de que ordinariamente no usaban. El Santo les exigía un gran desprendimiento, y no podía sufrir que tuviesen sentimientos de avaricia. Tenía tambien un horror extremo á los solitarios que guardaban el dinero en reserva, ó aquello que recogían de sus viñas ó de sus jardines, y que tenían un excesivo cuidado de sus despensas, ó que estaban demasiado apegados á sus muebles. En varias ocasiones demostró cuanto condenaba esta infidelidad, indigna de una persona que ha dejado el mundo para abrazar la pobreza religiosa y no tener mas que Jesucristo por tesoro ; y Dios manifestó por más de un milagro como aprobaba sus sentimientos. San Jerónimo dice sobre esto que haciendo el Santo su visita anual, sabiendo los hermanos que lo acompañaban que había uno que estaba demasiado apegado

á su viña, le instaron que no se contentara de visitarlo pasando, sino que permaneciera en su compañía para pedirle cuentas, y curarlo ó castigarlo de su avaricia. Este hermano se encontraba presente, y rugió mucho al verse acusado tan públicamente de este vicio. El Santo, movido de compasión dijo á los otros : « ¿ Porque queréis molestarle ? » Pero este hermano, como para demostrar que no era tan avaro como decían, le rogó que se detuviera cuando pasara por su país. Los efectos mostraron bien pronto que el juicio que habían formado contra él estaba muy bien fundado ; pues dió secretamente aviso á unas gentes para que guardaran su viña, de manera que diez días después habiendo los hermanos ido á su celda, cuando quisieron ir al día siguiente por la mañana á su viña, encontraron allí hombres que la guardaban como si hubiese sido de un seglar y no suya, quienes, muy lejos de permitirles la entrada, les obligaron á retirarse tirándoles piedras. Se vieron, pues, obligados á volverse sin haber podido probar ni un solo grano de uva. Hilarión se rió de ello, pero fingió ignorarlo, y pasó con toda su comitiva más adelante hasta llegar á la celda de un solitario llamado Sabas. San Jerónimo nos conservó el nombre de éste á causa de su caridad, y el del otro á causa, dice, de su avaricia. En efecto Sabas recibió al Santo y á su cortejo con la alegría y la generosidad de un corazón lleno de afecto y de caridad. Este era un día de domingo. Al momento invitó á los hermanos, que estaban fatigados del camino, á entrar en la viña y saturarse de su fruto. Pero Hilarión les dijo : « Desdichado aquél que tome el alimento del cuerpo antes de darlo á su alma. Empecemos por la oración y la salmodia ; demos á Dios antes que toda otra cosa aquello que le debemos, y después podréis comer uvas. »

Después que hubieron concluido todas las preces, colocándose el Santo sobre un lugar elevado desde allí dió la

bendición á la viña. Los solitarios enseguida entraron en ella y comieron uvas según su necesidad. No eran menos de tres mil. Sin embargo, cuando se llegó á la vendimia se recogieron tres veces más uvas de lo que parecía haber á la llegada de estos solitarios. Todo lo contrario sucedió al religioso avaro ; pues el vino que recogió se volvió vinagre, lo que san Hilarión había predicho en presencia de muchos hermanos.

En fin un solitario, que moraba á dos pequeñas leguas de su monasterio, habiendo incurrido en su desgracia, porque guardaba su jardín con demasiada inquietud por temor de que le quitasen alguna cosa, y porque también tenía un poco de dinero ; este solitario, digo, quiso reconciliarse con él, empleando al efecto la mediación de Hesyquio, pues sabía que el Santo le quería mucho, y rogándole le presentara un manojo de sus garbanzos aún verdes. Hesyquio por la noche no se descuidó de servirlos á la mesa, é Hilarión exclamó : « ¿ No sentis el horrible fetor que despiden estas yerbas ? Observad como sale de ellas el olor insoportable de la avaricia ; llevadlas á los animales, y veréis que ni ellos las comerán. » Se pasó á la prueba ; Hesyquio las llevó al establo y las presentó á los bueyes, quienes, bien lejos de tocarlas, rompieron sus cuerdas y se fueron todos amedrentados, dando extraordinarios mugidos.

Se decía que el Santo había recibido de Dios la gracia de conocer por el olor de los cuerpos, ó de los hábitos, ó de otras cosas á las cuales se había tocado, á que demonio ó que vicio uno estaba sujeto.

Desde que Dios lo había vuelto célebre por el don de milagros y de la palabra, para inspirar el amor de su culto y de la perfección religiosa, estaba encargado de tantos solitarios, y la afluencia de personas afligidas por enfermedades ú otras penas que iban á él era tan grande, que empezó á echar de menos los primeros tiempos, en que viviendo solo

en el desierto gustaba las dulzuras de su retiro no conversando más que con el cielo. El recuerdo de este estado de tranquilidad le hacía sentir más su situación presente y lo llenaba de dolor ; no cesaba de llorar y de gemir. Los hermanos, á quienes no habia dado explicaciones, le preguntaron el motivo ; él les dijo : « ¿ Cómo no me he de affligir ? He vuelto al siglo por otra ruta, y ya recibo mi recompensa en esta vida. ? No véis que en toda la Palestina y en las provincias vecinas se me considera como si valiera alguna cosa ? Por otra parte, yo poseo campiñas y muebles so pretexto de proveer á las necesidades del monasterio. » Comprendieron por esto que meditaba su retiro, y lo guardaron con más cuidado ; sobre todo el monje Hesyquio, que le estaba adepto con una ternura filial. Tenia entonces sesenta y tres años, y pasó dos años gimiendo así y derramando lágrimas. A la sazón Aristeneta, cuyos tres hijos hemos dicho que habia curado, fué á verlo sin cortejo alguno que indicase que ella era la esposa del prefecto de la Pretoria, y le dijo que estaba en el propósito de continuar su viaje hasta la soledad de san Antonio para verle segunda vez. « También querría ir yo, le dijo, con las lágrimas en los ojos ; pero á mas que yo estoy como prisionero en este monasterio, este viaje no me podría ser útil, porque hace ya dos días que el mundo está privado de tal padre. » No habia podido saberlo más que por revelación, pues se necesitaba mucho más tiempo para recibir la noticia por la vía ordinaria. Aristeneta lo creyó, y algun tiempo después supo por otra parte que san Antonio habia muerto como él le habia dicho. Además, pudo ser que Hilarión hubiese ido desde Palestina á visitar una vez á este gran patriarca en su montaña, y puede que á esta visita se deba el referir aquello que se lee en la *Colección de las Sentencias de los Padres* ; á saber, que cuando lo vió, este Santo viejo lo saludó en estos términos : *Seáis bienvenido, vos que brilláis como la estrella*

de la mañana. A lo cual él respondió: *La paz sea con vos, vos que sois como una columna de luz que sostiene el universo.* Pero hay autores que esto lo atribuyen á la primera visita que Hilarión hizo á Antonio cuando dejó el siglo, y ninguna prueba cierta tenemos de que le visitara segunda vez después de su retiro á la Palestina, á no ser que fuera cuando salió de allí para siempre como muy pronto lo diremos.

Aunque sus discipulos no lo perdiesen de vista ante el temor de que les escapase, permaneció siempre en el propósito de hacerlo y por fin lo ejecutó. San Jerónimo hace al efecto una observación muy propia para instruirnos. « Que otros, dice, admiren en Hilarión los milagros que hacia, que admiren su abstinencia increíble, sus luces, su humildad: En cuanto á mí, yo quedo transportado de admiración al considerar como despreciaba los aplausos de los hombres, y el poco caso que hacia de la gloria de las criaturas. La veneración que le tenían atraía á él gran número de obispos, de sacerdotes, de clérigos, de monjes. Las damas cristianas acudían también á él, y el pueblo junto iba á él desde las ciudades y de las aldeas de toda la comarca. Los magistrados y las personas más poderosas iban también á él como los otros, para pedirle pan y aceite benditos, y todos los recibían como una cosa muy saludable, y se creían muy favorecidos. Esto sin duda era un gran motivo de vanidad; pero este hombre desprendido de toda vana complacencia, muy lejos de engreirse por estos honores, los sufría con una pena extrema, y sólo suspiraba para una soledad en donde fuese del todo desconocido. » Por fin declaró que quería partir y dió orden de que le trajesen un jumento; pues sus ayunos y sus otras austeridades lo habían puesto en tal estado que no podía hacer el viaje á pié. Apenas el rumor se hubo esparcido cuando se reunieron de todas partes más de diez mil personas, esforzándose cada uno para

impedirselo, como si su alejamiento hubiese debido causar la ruina de la Palestina. Pero sin dejarse convencer por sus instancias, movía la arena con su bastón y decía : « Mi Dios no es engañador ; yo no puedo ver las iglesias derribadas, los altares de Jesucristo pisoteados, la sangre de mis hijos derramada. » Oyéndolo hablar así juzgaron que Dios le había revelado un secreto que no quería divulgar ; y no se engañaban, como se verá después. Sin embargo persistieron en guardarle ; pero él protestó altamente que no tomaría alimento alguno hasta que lo dejaran en libertad. En efecto, pasó siete días sin comer ni beber, por lo que se vieron obligados á dejarle partir. Una multitud innumerable lo acompañó hasta Betelia, aldea dependiente de Gaza, de que tendremos ocasión de hablar en el capítulo siguiente. Allí despidió á este numeroso pueblo, y para acompañarle sólo escogió cuarenta solitarios, que llevaban provisiones, y que eran bastante robustos para sostener el ayuno á pesar de las fatigas del viaje, y para no comer antes de la puesta del sol según la costumbre.

Al cabo de cinco días llegó á Pelusia, en donde visitó los solitarios del vecindario y del desierto de Lychnos. También visitó á los obispos Draconcio y Filón, que habían sido desterrados por los arrianos por la causa de la fé, el primero á Theohate, y el segundo á Babilonia ; y su presencia consoló maravillosamente á estos dos servidores de Jesucristo. Desde la Babilonia pasó á Aphroditópolis ¹, donde declaró al diácono Baisán y á otros solitarios del lugar que llevaba prisa para llegar á la montaña de san Antonio, donde quería celebrar el aniversario de su muerte. Hemos dicho en la Vida de este santo patriarca que ese diácono Baisán había hallado el medio, para facilitar el viaje al monte de san

¹ Aphroditópolis esto es, *ciudad de Venus*. En Egipto había cuatro ciudades de este nombre dos de las cuales estaban en la Tebaida. Aquélla de que aquí se trata, hoy se llama *Tachta*.

Antonio á aquellos que querían ir á visitar al Santo, de llevarlos en camellos que marchaban muy veloces ; lo que era necesario por no encontrarse agua en este desierto.

Al tercer día, pues, llegó con mucha fatiga al monasterio del Santo. Ysaac y Pelusiano, que habían sido sus discípulos, el primero de los cuales le había servido de intérprete, le relataron las particularidades de la vida que había llevado; y le mostraron su pequeño jardín, el lugar donde había acostumbrado á orar, la estrecha celda en que se acostaba, y hasta los instrumentos de que se servía para el trabajo. Hilarión deseó ver el lugar donde lo habían enterrado. A esta demanda lo llamaron á parte; pero no se sabe si se lo enseñaron, ó si se excusaron por la prohibición que el Santo les había hecho de que á nadie lo descubrieran, temiendo que Pergamio, hombre de los más opulentos de aquel país, no fuera á coger su cuerpo para llevárselo y levantarle una capilla.

Después de haber rendido sus respetos á la memoria del gran Antonio, y satisfecho sobre la montaña su piadosa curiosidad, volvió á Aphroditópolis, no conservando en su compañía más que los hermanos. Se estableció con ellos en un desierto próximo; y como si no hubiese hecho más que empezar á servir á Dios practicó la abstinencia y el silencio con un fervor admirable. Así gustaba, á su voluntad las lágrimas de la soledad, cuando su caridad aun le atrajo, y su humildad le obligó á desterrarse de nuevo. Desde la muerte de san Antonio, que hacía tres años, que no había llovido; lo que hacía decir al pueblo que los mismos elementos llevaban luto por él. Sabiendo los habitantes que Hilarión moraba en su vecindario, hombres y mujeres recurrieron á él, rogándole como á su sucesor de las virtudes del gran Antonio, que les obtuviera cesación de aquella larga sequía, que á todos los reducía al hambre. Hilarión no pudo oír sus lamentaciones y sus quejas sin conmo-

verse; levantó los ojos y las manos al cielo para pedir á Dios la lluvia que necesitaban, y al momento cayó en abundancia. Este milagro fué pronto seguido de un segundo, que no contribuyó menos á manifestar el gran valimiento que tenía para con Dios; pues la tierra así regada por la lluvia produjo una gran cantidad de serpientes y de otras bestias venenosas, que picaron á muchas personas; pero el Santo á quien recurrieron de nuevo, bendijo aceite que les entregó, el cual al momento curaba sus llagas.

Estos nuevos prodigios le merecieron los honores que él temía, y para evitarlos cogió el camino de Alejandría, con la intención de pasar de allí al desierto de Oasis; y como no acostumbraba entrar en las ciudades, se quedó en casa de los solitarios de su conocimiento del territorio de esta villa, que moraban al extremo del barrio llamado Bruchio¹. Estos lo recibieron con singular alegría, alegrándose de que él al menos permanecería algun tiempo con ellos; pero su alegría se cambió en dolor cuando supieron por sus discípulos que iba á partir por la noche. Los unos se arrojaron á sus piés, los otros se echaron sobre el umbral de la puerta; todos le suplicaron que no los dejara, protestándole que morirían antes que sufrir el quedar privados de tal huésped. Él los consoló diciéndoles que se apresuraba á partir para no acarrearles graves disgustos, y que bien pronto verían que no se engañaba. Como ellos sabían que andaba guiado por el Espíritu de Dios, no osaron oponerse más á su partida; y al día siguiente vieron llegar los idólatras de Gaza acompañados de los lectores del prefecto para apoderarse de él, pues habían sabido que la noche antes había ido á su monasterio, y creían que pararía en él algunos días. Para entender bien esto conviene saber que habiendo sido nombra emperador Juliano el Após-

¹ Este barrio estaba situado entre las murallas de la ciudad, al S. E., y el gran puerto al N. Allí habían tenido la residencia los Ptolomeos.

tata, los habitantes de Gaza, obstinados en su idolatría hasta el furor, creyeron no poder hacer mejor la corte al emperador que presentándole una demanda contra el Santo y contra Hesyquio, su fiel discípulo, acusándolos de magos, y pidiendo que fuesen perseguidos y que se los hiciera perecer. Esto era también para vengarse contra Hilarión de la afrenta que había hecho á su Dios Marnas, y de los paganos que había convertido. Sin dificultad obtuvieron lo que deseaban de este príncipe, quien no aborrecía menos que ellos á los cristianos ; y en consecuencia, después de haber destruido su monasterio, lo buscaron por todas partes, y fueron como hemos dicho hasta el monasterio de Bruchio ; pero no habiéndolo encontrado se dijeron unos á otros : « Ya nos lo han dicho que es un mago y que conoce lo futuro. »

Entonces también se comprendió lo que había vaticinado el Santo cuando dejó la Palestina, que no podía ver las iglesias derribadas, los altares pisoteados, y la sangre de sus hijos derramada ; pues los habitantes de Gaza, no consultando más que su furor contra los cristianos, bajo un príncipe cuyos deseos se secundaban maltratándolos ejercieron contra ellos crueldades enormes. Después de haber incendiado la iglesia que tenían en su ciudad, despedazado á muchos cristianos y obligado á otros muchos á escaparse, entre los cuales se encontró el abuelo del historiador Sozomeno, que san Hilarión había convertido con muchos otros de sus parientes, cometieron atrocidades aún más monstruosas que las primeras ; pues abrieron el vientre á los sacerdotes y á las vírgenes consagradas á Jesucristo, pusieron sus intestinos al descubierto, los llenaron de cebada, y se dieron el horrible divertimento de hacerlo comer todo junto por los puercos, lo que también hicieron los paganos de Ascalón.

Sin embargo Hilarión se marchó de Brachio al desierto de Oasis por senderos impracticables, en el cual moró

un año. Adriano, del número de sus discípulos, llegó de Palestina, trayéndole la noticia de la muerte de Juliano, muerto en la persecución de los Persas, y diciéndole que Joviano príncipe muy católico le había sucedido. Quiso persuadirle á que volviera á Palestina pero el Santo había formado otro propósito. Viendo que su reputación por todas partes le seguía y que empezaba á ser conocido y honrado en el Oasis lo mismo que en Oriente, tomó la resolución de pasar el mar y retirarse á alguna isla, no pudiendo, como deseaba, vivir desconocido en la tierra firme.

Para eso alquiló un camello y pasó á Paretonia, donde se embarcó con otro discípulo llamado Zanán ó Gazán, y pasó á Sicilia. Como estuvieran en alta mar, proyectaba presentar al patrón del navío, como precio de su pasaje y del de su discípulo, el libro de los Evangelios que cuando joven había escrito de su propio puño. En este momento el hijo del patrón fué cogido por el demonio, y se puso á gritar : « Oh Hilarión, servidor de Dios, que no nos dejes descansar al menos sobre la mar ! dame solamente tiempo para llegar á tierra, por temor no me vea obligado aquí á volver á los abismos. » El Santo respondió : « Si Dios lo permite, continúa ; pero si te lo prohíbe no te acojas á un pecador y á un mendicante. » Hablaba así por temor de que los marineros y mercaderes que estaban en el navío, habiéndolo oído nombrar por el demonio, no lo descubriesen cuando hubiesen llegado á tierra. Se lo hizo prometer á todos, y el poseso quedó muy pronto libre.

Habiendo llegado á Pachya, promontorio de la Sicilia, ofreció su libro al patrón, quien lo rehusó constantemente, sobre todo viendo que él y su discípulo no tenían más que este libro y el hábito que llevaban. El Santo saltó de alegría por no poseer nada de este mundo y por ser considerado por los habitantes del lugar como un mendicante.



Sup. St. Charles avec Dieu.

Gravé d'après l'original.

St. Epiphane .
San Epifanio .

Pero temiendo siempre ser reconocido por los mercaderes que volvían de Oriente si se quedaba en las costas de la isla, se fué á un desierto que distaba seis ó siete leguas del mar, en donde cada día hacía un fajo de leña que su discípulo iba á vender por los pueblos para tener pan con ello.

Pero, dice san Jerónimo, la ciudad, según la palabra de Jesucristo, que está edificada sobre una montaña no puede permanecer oculta; y lo mismo sucedió á este siervo de Dios. Un picador ó paje de armas de Roma habiendo sido poseido por el demonio en la iglesia de san Pedro exclamó: « Hilarión siervo de Jesucristo, ha entrado hace pocos días en Sicilia; nadie lo ha conocido aún y él se lisonjea de permanecer allí oculto; pero yo iré y le daré á conocer. » Se fué con sus criados, atravesó el mar, llegó á Pachia, el demonio de que estaba poseido conduciéndole derechito á la puerta de su humilde celda, se postró á sus piés quedando al momento libre.

Este primer milagro que hizo en Sicilia al momento atrajo al rededor de él una multitud de enfermos y de personas piadosas; los unos iban para ser curados y los otros para edificarse. Del número de los primeros fué uno de los principales del país, quien por sus preces recobró la salud el mismo día que fué á verle. Como era muy rico, quiso hacerle presentes que respondiesen á su opulencia; pero Hilarión, rehusándolos, le dijo: *Dad gratuitamente lo que habéis recibido gratuitamente* (Matth. 10). En Sicilia se hizo tan célebre como lo había sido en Palestina; y entre tanto, Hesyquio, su discípulo favorito, lo buscaba por todas partes, y recurría á todos los desiertos con la esperanza de que en cualquier lugar que se hubiese retirado no permanecería oculto, y que por esto podría descubrir el lugar de su retiro. No se engañó; pues, después de haberlo buscado tres años, un Judío que ejercía el oficio de prendero en Metonia, hoy Madón en la Morea, le dijo

que había aparecido en Sicilia un profeta de los cristianos, quien hacía tantos milagros que era tenido por uno de los santos de la antigüedad. Hesyquio quiso preguntarle sobre su hábito, su talla, la lengua que hablaba, y principalmente sobre la edad que tenía; pero él á ninguna pregunta le supo contestar, porque sólo hablaba por el rumor público. Esto no obstante bastó á Hesyquio para determinarse á pasar á Sicilia, en donde al momento todo el mundo le habló de sus prodigios; y sobre todo le refirieron con admiración que haciendo tan gran número de milagros, jamás había querido recibir algo de nadie ni aún un pedazo de pan. No le fué difícil encontrar su celda, pues la afluencia sola de la gente que le visitaba bastaba para hacérsela conocer. Así que vió á san Hilarión arrójose á sus piés con una alegría indecible, y los regó con sus lágrimas. Enseguida supo por Zanán que el Santo aun había resuelto irse á algún país bárbaro donde ni aún su lengua fuese entendida; y él lo condujo á Epidaura en Dalmacia, donde apenas hubo llegado cuando sus milagros también lo descubrieron. Es el caso que una serpiente monstruosa había aparecido en esta comarca, y devoraba no solo á los rebaños si que también á los hombres. El Santo conmovido por esta calamidad, hizo amontonar leña para construir una pira, y después de haber invocado el nombre de Jesucristo ordenó á este horrible dragón que subiera sobre esta pira, á la cual el mismo metió fuego y lo consumió en presencia de todo el pueblo. No habiendo podido su caridad negarse á esta necesidad tan apremiante, él ya no soñó más que en un nuevo retiro; pero fué retardado por un célebre temblor de tierra que entonces sucedió, de que todos los historiadores, tanto eclesiásticos como profanos, han hablado y que colocan al 21 de Julio del año 365. La mar se hinchó horriblemente, y la villa de Epidaura estaba amenazada por una total ruina. Los habitantes recurrieron al

Santo y lo condujeron á la orilla, como para oponerlo á los furoros de las olas. Hizo tres señales de cruz sobre la arena, y extendiendo enseguida las manos hácia la mar, se la vió levantar como una montaña con un ruido espantoso, y después de haber estado algun tiempo suspendida así, retrocedió sobre sí misma. Toda la villa, dice San Jerónimo, aun hoy día da testimonio de esta maravilla, y las madres tienen cuidado de enseñarlo á sus hijos, á fin de que trasmitan su recuerdo á los que vendrán después de ellos.

La virtud de Dios que estaba en Hilarión no cesaba en obrar milagros, é Hilarion temiendo siempre que su corazón fuese tentado de la vanidad por los aplausos que sus prodigios le atraían, se fué de noche en un pequeño bergantín, y dos días después montó en un navío mercante que se dirigía á la isla de Chipre. En el camino encontraron á unos piratas que á todo remo iban á abordar el navío para robarlo. Todos los marineros espantados y conternados se creyeron perdidos y acudieron á sus oraciones. Él se sonrió y volviéndose hacia sus discípulos, les dirigió estas palabras de Jesucristo: « Hombres de poca fe ¿ porque teméis? ¿ Por ventura esas gentes son en mayor número que el ejército de Faraón que Dios ahogó dentro del mar? » Los piratas no estaban más lejos de un tiro de piedra cuando el Santo levantando la mano en contra de ellos dijo: « Que os baste el haber llegado hasta ahí. » Entonces se les vió, por un prodigio inaudito, retroceder á pesar de sus esfuerzos con tanta velocidad como habían ido para abordarlos.

La tranquilidad que se prometía en Chipre sólo duró tres semanas. Los posesos esparcidos en la isla por todas partes anunciaron su llegada. En diferentes villas se les oía gritar: « Hilarión ha venido; debemos apresurarnos á ir á verle! » Él se estaba retirado á tres cuartos de legua

de la antigua ciudad de Pafos de la cual sólo quedaban las ruinas. Muchas personas oyendo los gritos de los posesos decían : « Hemos oido hablar de Hilarión como de un gran servidor de Dios, pero ignoramos el lugar en donde mora.» Bien pronto lo encontraron, y en menos de un mes se vió rodeado casi de doscientas personas, tanto hombres como mujeres. Quedó penetrado de dolor al ver que los demonios no le dejaban gozar de descanso alguno, y como si se hubiese querido vengar de ellos, en menos de una semana los echó todos de los cuerpos de los posesos con la fuerza de sus oraciones.

Aún permaneció dos años en este lugar, pensando con frecuencia donde podría encontrar un asilo en el cual no fuese conocido mas que de Dios. Hesyquio había ido por su orden á Palestina para visitar á los hermanos y ver el estado de su monasterio que los paganos de Gaza habían arruinado. A su regreso supo del Santo el proyecto que había formado de pasar á Egipto en una provincia, en que no hubiese cristianos, y cuyos habitantes fuesen de los más bárbaros, figurándose que allí estaría más escondido que en otra parte cualquiera. Pero Hesyquio habiéndolo recorrido muchos lugares de la isla encontró uno que le pareció muy propio para satisfacer el deseo del Santo. Estaba á cuatro leguas del mar rodeado de montañas que no podían atravesarse de otra manera que trepando con mucho peligro y pena, y además de esto había muchos árboles muy espesos que robaban su vista. Cuando Hesyquio hubo hecho este descubrimiento, dió aviso al Santo, y le persuadió á que fijara allí su residencia. El Santo fué á reconocer el lugar, y después de haber atravesado las montañas, que encontró tanto más á su gusto cuanto que se presentaban más encrespadas, descubrió un pequeño jardin regado por una agua viva que descendia de una colina, en el cual había muchos árboles fructíferos.

Se quedó, pues, en este lugar. Sozomeno dice que esto fué á persuasión del obispo de Chipre que sin duda era san Epifanio, y que este lugar se llamaba *Cargurín*. San Hilarión había conocido á este santo prelado durante su mansión en la Palestina, donde antes que fuese obispo había profesado la vida monástica; y debemos referir á esta última permanencia aquello que leemos en la *Colección de las palabras y de las acciones notables de los Padres de los desiertos*; á saber: Que san Epifanio un día mandó un recado al abad Hilarión suplicándole que fuera á verle para coloquiar mutuamente antes que la muerte los separase. Habiendo ido san Hilarión, como estuvieran en la mesa les presentaron algunos pájaros, y habiéndole san Epifanio servido algunos, este Santo le dijo; « Escusadme, Padre mio, desde que llevo el hábito de solitario nada he comido que tuviera vida. » Y san Epifanio respondió: « Pues yo desde que llevo el mismo hábito, jamás he permitido que nadie se durmiera teniendo alguna cosa en el corazón en contra de mí; lo mismo que yo jamás me he dormido teniendo una cosa que discutir contra otro. » « Perdonadme, Padre mio, replicó Hilarión, la regla que vos observáis es más excelente que la mía. »

Moró cinco años en este lugar que fueron los últimos de su vida; y esta mansión le era muy deliciosa, no tanto por el jardín y los árboles fructíferos que había (pues jamás probó su fruto) como porque contaba vivir allí en mayor soledad, no presumiendo que nadie osara atravesar las barreras de las montañas que la naturaleza había puesto entre este desierto y los lugares habitados. Había no obstante cerca de este jardín las ruinas de un templo muy antiguo, que servía como de refugio á los malignos espíritus, donde sin duda para espantarlo hacían tales estrépitos que se hubiera dicho que había allí todo un ejército reunido. Él los oía y también sus discípulos, pues estos lo

contaban después ; pero este gran hombre que temía en extremo los aplausos del mundo, y que con tanta frecuencia cambiaba de domicilio para evitarlos, despreciaba valeroso los ruidos impotentes de los demonios, y se regocijaba más bien de tenerlos en su vecindario para humillarlos por el poco caso que de ellos hacía.

Cuando se felicitaba de que nadie iba ya á turbar su retiro, habiendo salido por casualidad de su pequeño jardín, se le presentó un hombre paralítico de todo el cuerpo y echado por tierra. Él estaba con Hesyquio, á quien preguntó quien era aquel hombre y como lo habían trasportado allí. El enfermo respondió que él había poseído el campo, de que el pequeño jardín en que él estaba formaba parte ; y el Santo movido de su estado, y por verse obligado á hacer un nuevo milagro se puso á llorar, y le dijo : « En nombre de Nuestro Señor Jesucristo os mando que os levantéis y marchéis. » Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando el paralítico se encontró libre de todos sus miembros y perfectamente curado. La noticia de este milagro se difundió al momento, y haciendo la necesidad superar todas las dificultades de los caminos, no solo se vió acudir á él multitud de gentes, sino que se puso un cuidado especial para que no se retirara á otra parte, pues se sabía que fácilmente cambiaba de retiro. « No, dice san Jerónimo, por inconstancia y ligereza de espíritu ; mas porque huía los honores y ambicionaba llevar una vida oculta y despreciable á los ojos de los hombres.

Él había llegado á sus ochenta años, y su amado discípulo Hesyquio había ido á hacer un viaje á Palestina. El otro discípulo que se había quedado con él para servirle en su vejez, había muerto también hacía pocos dias : Entonces sintiendo el mismo que le quedaba poco tiempo de vida, escribió una corta carta à Hesyquio á manera de testamento, en la cual le decía que le dejaba su libro de los

Evangelios y sus hábitos, que consistían en un sayo ó saco, una cogulla y en un pequeño manto.

Apenas se supo en Paphos que había caído enfermo, cuando un gran número de personas piadosas fueron á visitarlo, porque sabían que había predicho que sería bien pronto librado de los lazos del cuerpo para ir á gozar de Dios. Entre los otros, había una santa dama llamada Constanza, á quien el reconocimiento lo mismo que la devoción la habían conducido allí; pues el Santo había curado milagrosamente á su yerno y á su hija, viéndolos reunidos al rededor de él, los hizo prometer á todos que enterrarían en el jardín su cuerpo vestido como estaba luego que hubiese espirado, sin guardarlo un solo momento. Entonces quedando fríos todos sus miembros, como estuviera á punto de espirar, teniendo no obstante los ojos abiertos, dijo: « Sal, alma mía, sal, ¿ qué es lo que te detiene? Hace ya cerca de setenta años que sirves á Jesucristo; ¿ y aun temes la muerte? » Diciendo estas palabras entregó su alma al Criador, y al momento lo enterraron en su pequeño jardín como había recomendado, de manera que en la ciudad se supo tan pronto su sepelio como su muerte. Aunque hubiese ordenado que lo sepultaran con sus vestidos, esto en nada contraría á aquello que había dicho á su discípulo Hesyquio que se los dejaba, pues pronto veremos que los recobró cuando transportó furtivamente sus reliquias á Palestina.

Los Griegos y los Latinos honran la memoria de san Hilarión el 21 de octubre. Sozomeno, que escribía en el siglo quinto, dice que los cristianos de la Palestina celebraban su fiesta con mucha solemnidad y que también honraban á muchos de sus discípulos con culto público¹.

¹ Según Tillemont. san Hilarión nació poco más ó menos en 291. En 306 estudiaba en Alejandría y el mismo año fué á visitar á san Antonio desde donde pasó á Palestina. Murió en 371.

SAN HESYQUIO Y OTROS DISCIPULOS DE SAN HILARION¹.

Poca cosa sabemos de los diferentes discípulos de san Hilarión ; pero ese poco lo aprovechamos para no omitir nada de cuanto interesa á la memoria de este célebre Padre de los monjes de la Palestina.

Hesyquio á quien la Iglesia Romana honra como á un Santo á 3 de octubre, fué el más estimado de todos sus discípulos. Hilarión lo amaba con extrema ternura á causa de su virtud, y del mismo modo Hesyquio amaba y respetaba al Santo. Hesyquio tuvo la dicha de ser proscrito con él por los paganos de Gaza, porque ya lo consideraban, lo mismo que á su santo Padre, como el enemigo capital de su dios Marnas y de sus impías supersticiones. Así, cuando obtuvieron de Juliano el Apóstata el permiso de perseguir por todas partes á Hilarión para hacerle perecer, y también cuando fueron á buscarle en el monasterio de Bruchio, cerca de Alejandría, creían encontrarlo allí con él y hacerlo perecer ; pero entonces no estaba en su compañía.

Fué á encontrarlo á Sicilia después de haberlo buscado en muchos lugares, y le condujo á Dalmacia. El Santo lo volvió á enviar á Palestina para saludar á los hermanos y visitar las cenizas de su monasterio. Hesyquio volvió enseguida á unirse con él en Chipre, y le persuadió que no cambiara de país, sino que se domiciliara lo restante de sus días en el pequeño jardín de Cargurín, donde le visitaba con frecuencia. Hizo aún un nuevo viaje á la Pales-

¹ Vit. PP., Sozomeno, Tillemont.

tina, en su ausencia el Santo, estando cerca de la muerte, le escribió, como hemos dicho, una carta para hacerle heredero de su libro de los Evangelios y de sus humildes hábitos, pues nada más poseía sobre la tierra; y esto demuestra el amor que profesaba á su amado discípulo.

Hesyquio habiendo sabido su muerte, volvió diligente á Chipre, y moró cerca de diez meses en el jardín donde había sido sepultado, como si hubiese querido establecer allí su domicilio. Pero á los diez meses, mientras que los habitantes se lisonjaban de poseer en paz las reliquias del Santo, él las cogió con peligro de su vida y las llevó á Majuma en Palestina y de allí á su antiguo monasterio. Esta segunda traslación se hizo con pompa. Todos los solitarios y los pueblos de la comarca acompañaron el santo cuerpo, que estaba tan entero como si hubiese estado vivo, y aún despedía una fragancia tan agradable, que se hubiese dicho que había sido embalsamado con los perfumes más excelentes. Sus hábitos también estaban en el mismo estado que cuando murió, por más que hubiesen permanecido al menos un año dentro de la tierra; así Hesyquio pudo recogerlos guardando la herencia que el Santo le había dejado, lo que á buen seguro este había previsto cuando se lo dijo en su carta. Constanza, esta piadosa dama cuyo yerno é hija el Santo había curado, como hemos dicho, tenía la costumbre de velar cerca de su sepulcro y hablarle pidiéndole los auxilios de sus preces como si hubiese estado presente. Cuando ella supo que Hesyquio se había llevado su cuerpo, se murió de dolor. Si los habitantes de Chipre fueron privados de este sagrado depósito, se gloriaban de tener siempre parte en su protección; así pretendieron tener su espíritu, mientras que los de Palestina poseían su cuerpo. Dios premió su celo para la veneración del Santo. Por su intercesión no se obraban menos milagros en Chipre que en Palestina. San Jerónimo dice que en su tiempo

se realizaban todos los días, sobre todo en el jardín en el cual había sido enterrado al principio, á causa tal vez porque estaba con más gusto en este lugar que en ninguno otro.

En cuanto á Hesyquio, á quien este insigne doctor que acabamos de citar califica de Santo, pasó lo restante de sus días cerca del cuerpo de san Hilarión en las ruinas del antiguo monasterio, donde vivió como perfecto religioso. Después de su muerte dejó allí una grata memoria de su piedad, y Sozomeno lo coloca entre los más ilustres solitarios que florecieron por sus virtudes en Palestina en tiempos del emperador Valente.

Los otros discípulos de san Hilarión, cuyos nombres nos son conocidos, fueron 1° Sabbas. De éste sólo sabemos lo que hemos dicho según san Jerónimo, de su desprendimiento y de su liberalidad en la vida del Santo ; 2° Gazán ó Zanán, quien siguió al Santo de Oasis á Sicilia, el cual también le sirvió en Chipre ; pero murió antes que él. Podría haber sido el mismo Zanan de Majuma que el Santo había curado de una parálisis de que fué atacado tirando piedras sobre la orilla del mar cerca de su monasterio, lo que le había determinado á hacerse su discípulo. Pasaremos por alto á Adriano, otro discípulo del Santo : Este se aprovechó mal de sus consejos, causándole grandes disgustos por su liviandad y avaricia, de lo que Dios le castigó severamente, pues su cuerpo cayó en corrupción ; lo que yo hago notar, dice san Jerónimo, para inspirar un justo temor á aquellos que osan desatender á su padre espiritual.

Sozomeno también nombra entre los discípulos del Santo á Alaphion, Salamán, Phiscón, Malaquión y Crispión. Para entender bien esto que vamos á decir, conviene saber que había una aldea dependiente de Gaza, llamada Betelia, muy poblada y toda entregada á la idolatría, principalmente

á causa de un templo de ídolos llamado el Panteón, colocado sobre una colina, y que era muy antiguo y magnífico. El pueblo tenía para este templo una gran veneración, y se cree que por esto la aldea llámose Betelia, que en siríaco significa la mansión de los dioses. No había un solo cristiano en este lugar, cuando uno de los principales habitantes llamado Alaphión, quedó instantáneamente poseído del demonio como muchos otros lo eran en sus contornos, permitiéndolo Dios así para hacer brillar su gloria librándolos milagrosamente por las preces de sus servidores. Alaphión recurrió al principio á los paganos y á los Judios, quienes inútilmente probaron de curarle por los hechizos del arte mágico. Fué necesario recurrir á sau Hilarión, quien aun no hubo invocado el santo nombre de Jesucristo, que el demonio salió de su cuerpo y lo dejó en libertad. Este milagro le hizo doble gracia, pues le libró de este mal huésped, y también de los errores del paganismo. Abrazó la fé cristiana, y su familia siguió su ejemplo. El abuelo de Sozomeno estaba en la misma aldea ; se convirtió también con su familia, á escepción de su padre que se obstinó en su idolatría.

La solidez de su conversión se vió por la constancia de que dieron testimonio en tiempo del emperador Juliano. Prefirieron más abandonar su casa que su fé, y por su destierro voluntario adquirieron el título glorioso de confesores. Sozomeno dice que su abuelo era hombre de letras, que poseía tantos conocimientos de las santas Escrituras que explicaba con facilidad las dificultades que en ellas se encuentran, lo que hacía que le amasen mucho los cristianos de Escalón, de Gaza y de los lugares circunvecinos.

El mismo historiador da á Alaphión el sobrenombre de Azalea, sea porque fuese originario de allí aunque establecido en Betelia, sea como otros han querido, porque hubiese finido sus días en alguna soledad de este nombre.

También lo coloca con Aurelio de Antedón y Alejo de Bethagathón entre aquellos que de su tiempo eran honrados todos los años en la Palestina con fiestas públicas, porque habían contribuido mucho, tanto por el ardor con que habían abrazado el cristianismo como por su insigne piedad, á fomentar la religión á su país, cuyo pueblo era en extremo fanático por la idolatría. Por el modo como se expresa parece que habían abrazado el estado monástico.

Los de la familia de Alaphiún, de los cuales dice Sozomeno que aun había conocido á algunos muy adelantados en edad, se distinguieron por la eminencia de su piedad. Ellos fueron los primeros que construyeron iglesias y fundaron monasterios en estas regiones, y los hicieron célebres por el buen orden que en ellos se veía, y por la caridad que allí se ejercía para con los forasteros y con los pobres.

Salamán, Physéon, Malaquiún y Crispión, habían salido de una casa noble que probablemente era la de Alaphion. Estos que eran hermanos por nacimiento, lo fueron después según el espíritu por la profesión religiosa. Sus monasterios estaban en las afueras de Betelia, en los cuales vivían bajo la dirección de San Hilarión, á quien iban á ver de tiempo en tiempo para recibir sus instrucciones. Se cuenta que como un día todos juntos fueran á visitarle, Malaquiún fué arrebatado por un poder invisible y desapareció, y que enseguida apareció de nuevo y continuó el viaje con sus hermanos. Algun tiempo después murió aún joven, pero tan consumado en el amor de Dios, como aquellos que habían envejecido en la práctica de las virtudes religiosas. Por esto parece que su muerte sucedió antes que san Hilarión dejase la Palestina, es decir, antes del año 357. Sus tres hermanos vivían aún en tiempo del emperador Valente.

Sozomeno habla también de un santo solitario llamado Amonio que moraba cerca de Capharcobrán su país, á un

cuarto de legua de Betelia en el territorio de Gaza. Dice que practicó los ejercicios monásticos con singular exactitud, y que no cedía á los otros solitarios en fervor y amor de Dios.

VIDA MONASTICA DE LOS SANTOS PORPHYRIO, ZENON Y EPIPHANIO, OBISPOS ¹.

Quitaríamos uno de los más hermosos ornamentos de esta historia, sino hablásemos de los obispos que edificaron la Iglesia con sus virtudes pastorales después de haber profesado la vida monástica. Cuanto más santo fué su gobierno, tanto más honrado quedó el estado de que salieron, y tanto mas derecho tenemos nosotros á hacer elogio de sus virtudes episcopales. Sin embargo nos extenderemos poco sobre estas, como no entrando más que indirectamente en nuestro plan, y trataremos de relatar fielmente cuanto sepamos de su conducta en la profesión religiosa.

Los tres obispos de que hablamos en este capítulo, honraron igualmente el episcopado y el estado monástico. Les sacaron de la oscuridad del desierto para colocarlos sobre el candelero ; y ellos hicieron ver por los frutos abundantes que dieron al Señor trabajando en su vióa, que no habían permanecido ociosos cuando no tenían que cultivar más que su alma.

El primero de quien vamos á hablar es san Porphyrio, obispo de Gaza, esta ciudad idólatra de Palestina, que se resistió más que ninguna de estas provincias al celo de los

¹ Vit. PP., Sócrates, Sozoment, Epiphanio, los bolandistas, Baronio Tillemont, Cotelier.

hombres apostólicos, y que por consiguiente dió más que hacer á los santos obispos que Dios le envió para librarla de sus errores y conducirla al camino de la verdad. La obstinación de sus habitantes llegaba hasta el furor ; y siendo fomentada por los sacerdotes de sus ídolos, había sido tan fuerte, que los milagros de san Hilarión, cuya evidencia hería á los ojos, más bien los irritaban que los movían.

Gaza era, pues, como el baluarte de los paganos, donde todas las extravagancias de la idolatría estaban adoptadas y reverenciadas ; donde la impostura de sus ministros seductores ocupaba la cátedra de la verdad ; donde Jesucristo comparado con Marnas en nada era considerado ; donde por fin el Evangelio era detestado y el nombre cristiano horrorizaba. Tal fué el campo que san Porphyrio tuvo que cultivar cuando la providencia se lo confió. San Asclepas, san Ireñión, Eneas, su predecesor inmediato habían trabajado en este campo con poco éxito ; y si él adelantó más la obra que estos, tampoco tuvo menos trabajos que sostener y menos persecuciones que sufrir. Sólo le faltó la gloria del martirio, pero mereció la de confesor.

Nació en Tesalónica, hácia el año 352 ó 353, y halló en su familia una gran nobleza sostenida de una grande opulencia. La educación que recibió respondió á su condición. Lo instruyeron con mucho cuidado en el estudio de las letras ; y como estaba dotado de un espíritu igualmente penetrante que sólido, hizo en ellas singulares progresos. Adquirió después un profundo conocimiento en las santas Escrituras, lo que le sirvió mucho para refutar á los infieles y herejes.

Si en su casa se tuvo cuidado en cultivar su espíritu, se nutrió también en ella su corazón con la leche de la piedad ; y mientras crecía en edad crecía lo mismo en amor de Dios. Dió mayor prueba de esto, cuando habiendo llegado á los veinticinco años, tiempo en que las pasiones son más

vivas, y en que los jóvenes abren los ojos con más reflexión sobre los objetos seductores del mundo, se separó totalmente de este por la profesión religiosa y se alejó aún de su familia y de su país para poner más grandes barreras entre él y el siglo que abandonaba. El desierto que escogió para su retiro fué el de Scete ; es decir, como hemos dicho en su lugar, aquel que era el más apartado de los lugares habitados, donde se hallaban menos consuelos humanos, donde las austeridades eran mayores, donde los Padres que dirigían á los monjes tenían mayor reputación en la ciencia espiritual y en la santidad. Allí trabajó por espacio de cinco años en echar los fundamentos de esta eminente piedad á la cual llegó después por las prácticas que en tal lugar había aprendido. Después de este tiempo de ejercicio monástico se fué á visitar los santos lugares de Jerusalén, y se retiró en una caverna próxima al Jordán, donde después de otros cinco años la vida austera que llevaba y la incomodidad del lugar le hicieron contraer muchas enfermedades que le obligaron á hacerse conducir á Jerusalén por uno de sus amigos.

Por más que su cuerpo estuviese abatido por la enfermedad, él conservaba todo el fervor del espíritu ; de manera que no faltaba en visitar todos los días los santos lugares apoyado sobre su bastón. Tampoco quería permitir que le ayudasen, diciendo que no convenía á un pecador como él el tomar auxilios, y que había venido á la santa ciudad sólo para obtener el perdón de sus pecados por la penitencia. También sufría sus males con tanta resignación, que se hubiese dicho que era otro, y no él el que sufría, sirviéndole de todo consuelo la confianza que tenía en la misericordia de Dios, la que endulzaba todas sus penas. En aquel mismo tiempo, Marcos, oriundo de Asia, quien escribió su historia, fué allí para satisfacer su devoción y adorar las huellas de Nuestro Señor en los lugares consagrados por su divina presencia. Este tuvo ocasión de conocer á Por-

phryio ; admiró sus virtudes y sobre todo su paciencia, se juntó á él en calidad de discípulo.

El Santo, quien no había dispuesto de sus bienes al dejar á Tesalónica, por tener hermanos menores, mandó allí á su discípulo para hacer la repartición con sus hermanos, y traerle en dinero aquello que de ella le debía tocar. Esto subió cerca de 4,500 piezas de oro. En su ausencia que fué de cuatro meses, san Porphyrio fué milagrosamente curado de todos sus males ; lo que sucedió del modo siguiente. Cuarenta días antes que llegase Marcos encontrándose más vivamente afligido por sus dolores se arrastró con gran pena hasta el calvario en donde cayó desfallecido. Estando entonces suspendido el uso de sus sentidos tuvo una vision, en la cual le pareció ver á Jesucristo sobre la cruz que hizo descender á aquél de los dos ladrones á quien había hecho misericordia, el cual le dió la mano, lo hizo levantar y lo curó.

Marcos le llevó la suma que ya hemos dicho, y él la distribuyó á los pobres y á los monasterios de Jerusalén y de Egipto que estaban en mayor indigencia, así como el producto de los otros efectos que vendió. Por esta distribución llegó al caso en que le faltó lo necesario, y no queriendo subsistir á espensas de su discípulo que ganaba su vida escribiendo, aprendió, á ejemplo de san Pablo, el oficio de curtidor para ganar la suya. No tenía necesidad para esto de una grande suma, pues su nutrición consistía en pan negro y algunas hierbas con un poco de vino, á causa de la debilidad de su estómago. Jamás comía antes de la puesta del sol, á escepción de los días de fiesta que comía al mediodía, añadiendo á su nutrición ordinaria un poco de aceite, de queso y algunas legumbres ; y practicó esta rigurosa penitencia aún después que estuvo agregado al clero de Jerusalén y también cuando fué obispo.

Su virtud y capacidad, aunque ocultas bajo el velo de la

humildad y de la penitencia, no pudieron ser largo tiempo ignoradas. Juan, obispo de Jerusalén, quien fué informado de ello, lo sacó de su retiro para hacerlo sacerdote á pesar de su resistencia, y le confió la guarda de la vera Cruz. Entonces contaba cuarenta años; y este prelado tuvo bien pronto motivo de aplaudirse por la digna elección que había hecho. Había en su clero personajes de un mérito muy distinguido; pero Porphyrio fué el que le honró más. Además de ser en extremo moderado en sus acciones y en sus palabras, y de no dejarse arrastrar nunca por el menor ímpetu, á no ser que fuera contra los enemigos de la fé, su rectitud, su humildad y su dulzura lo hacían querer y respetar por todos los fieles. Por otra parte añadiendo á un profundo conocimiento de las santas Letras y á muchas otras luces, un juicio sólido y un espíritu recto y penetrante, disputaba con tanta fuerza contra los infieles y herejes, que jamás dejó de confundirlos.

Jesucristo curándole de sus males en el arrebató que hemos referido, le había predicho que sería el guardian de su cruz; y tuvo este honroso destino por espacio de tres años hasta que por una segunda revelación fué elegido para ser obispo de Gaza. Habiendo nuestro Enea que gobernaba á esta iglesia, el clero y el pueblo se reunieron para darle un sucesor; y como se trataba de oponer á los idólatras de esta villa un hombre poderoso en palabras y en obras, lo que no era muy fácil encontrar, no pudieron quedar acordes y convinieron en elevar la cuestión á Juan, obispo de Cesárea, su metropolitano, que era tenido por hombre santo, adornado de todas las virtudes. Este prelado no comprendió menos que los cristianos de Gaza la importancia de hacer una buena elección para cumplir un cargo tan crítico. Recurrió á la oración y ordenó un ayuno de tres días, al fin de los cuales Dios le reveló que había elegido al sacerdote Porphyrio.

Al momento lo escribió al obispo de Jerusalén, quien habiendo llamado á Porphyrio le dijo que se presentara pronto á su metropolitano en Cesárea, sin descubrirle sus intenciones. El santo en la noche precedente había tenido un sueño, en el cual Jesucristo le ordenaba le devolviera el depósito de la santa Cruz que le había puesto entre las manos ; añadiendo que le quería dar una esposa pobre, pero virtuosa, y recomendándole que tomara de ella un gran cuidado y que le preparara tan bien, que la pusiera en estado de olvidar su primera condición. Entonces no penetró el sentido de esta visión, y se fue con su discípulo Marcos á adorar la vera Cruz, como si presintiera que esta sería la última vez, volviendo después de esto á su obispo las llaves de este precioso depósito. Apenas hubo llegado á Cesárea, cuando Juan le declaró el designio que Dios tenía sobre él para el gobierno de la iglesia de Gaza ; y sin dejarse conmover por sus lágrimas lo consagró obispo, y lo entregó entre las manos de los diputados de esta villa.

Luego que los idólatras de Gaza hubieron sabido su consagración, se enfurecieron más que nunca. Los de la campaña rompieron los caminos de Cesárea á Gaza ; también le tendieron diversos lazos, é infectaron el aire con un humo espeso y fetídico en los lugares por donde debía pasar, fuera para impedirle el tránsito fuera para hacerle perecer si podían.

Llegó sin embargo á su ciudad episcopal ; pero después de haber sufrido todas estas incomodidades que la insolencia de estos rústicos infieles le hizo soportar. Marcos, su discípulo, le acompañaba con otro llamado Barocas, á quien había librado de la muerte con sus cuidados y el cual le servía por reconocimiento. En este mismo año hubo allí una extrema sequía, lo mismo que en los meses de noviembre y diciembre que en Gaza empezaban el año. Los paganos la atribuyeron á la llegada del nuevo obispo. Pues sus sacerdotes les habían hecho creer que Porphyrio traería la des-

gracia á su ciudad, y que su dios Marnas se lo había revelado. No faltaba más para conmover un populacho ignorante y obstinado en sus supersticiones. Hicieron rogativas y sacrificios á su Marnas para obtener la lluvia, pero ningún resultado obtuvieron. Fueron durante siete días como en procesión á un templo de las afueras de la ciudad cantando himnos á su modo, pero todo fué inútil. Los cristianos aguardaron que ellos hubiesen perdido toda esperanza de ser oídos, y enseguida se presentaron á Porphyrio rogándole que recurriera con ellos al verdadero Dios para hacer cesar esta sequía que ya empezaba á causar el hambre. El santo ordenó que por la noche se reunieran en la iglesia de san Ireneo, en donde la pasaron en preces, en cánticos sagrados y en lectura. También ordenó un ayuno para el día siguiente ; y por la mañana salieron en procesión de la ciudad, precedidos por la cruz, é hicieron, cantando himnos, su primera estacion en la antigua iglesia, y de esta pasaron á la de san Timoteo. Volvieron á la ciudad continuando sus himnos y preces y haciendo genuflexiones en ciertos lugares en donde se paraban. Pero cuando estuvieron en las puertas los paganos ya se las habían cerrado. Sufrieron esta afrenta con cristiana moderación, y durante dos horas no opusieron más que gemidos y lágrimas, con las cuales acompañaban sus preces á Dios para obtener la lluvia que deseaban. Entonces un viento de mediodía cubrió de repente el cielo de nubes ; se formó una grande tempestad y la lluvia cayó con una abundancia extraordinaria. Algunos paganos, tocados por un milagro tan visible, exclamaron : *El Cristo ha vencido, y él sólo es Dios*. Abrieron las puertas á los cristianos, y se juntaron á ellos, los siguieron hasta la iglesia, y no salieron de ella hasta que fueron puestos en el número de los catecúmenos. La lluvia duró cinco días, y al sexto los fieles celebraron con santo regocijo la fiesta de la Epifanía.

Antes no eran más que docientos ochenta, ó á lo más trescientos, contando las mujeres y los niños. Los que se convirtieron en vista de este prodigio llegaban al número de ciento sesenta y seis, y durante el transcurso del año aun hubo más de ciento que los imitaron. Estas nuevas conversiones escitaban cada día más el furor de los idólatras; no cejaban en causar al Santo pastor y á su grey todos los daños que podían. Aunque el emperador fuese cristiano, sucedia algunas veces que los gobernadores sólo lo eran en apariencia y por política, y que siendo aún paganos en el alma, no reprimían como hubieran debido, según las leyes del príncipe, la insolencia de los idólatras. También con frecuencia se los ganaba á fuerza de dinero para que tolerasen las vejaciones que hubieran tenido que castigar severamente. También los cristianos de Gaza tenían que sufrir mucho por parte de los paganos, á quienes la tolerancia del gobernador, ó pagano en el alma, ó seducido por las sumas que colocaban en sus manos, hacia más audaces y crueles.

San Porphyrio sufría esta persecución con tal dulzura, que algunas veces desarmaba á aquellos en quienes quedaba aún un poco de moderación. También exhortaba á su grey que sufriera con paciencia, y temperara el celo con la caridad. No cesaba de orar para obtener la conversión de estos endurecidos. Pasaba las noches enteras en estas oraciones, las cuales constituían su ocupación principal. Sin embargo continuando los paganos en maltratar á los cristianos y sobre todo á los eclesiásticos, creyó por fin deber recurrir al emperador para reprimir su audacia y contener sus vejaciones. Al efecto mandó á Marcos á Constantinopla con cartas para san Juan Crisóstomo, de donde era entonces patriarca, á fin de obtener por su mediación una orden del príncipe para demoler el templo de Marnas y de otras falsas divinidades, esperando que esto humillaria á ese pueblo

contumaz y lo conduciría poquito á poco á la fé. San Crisóstomo se prestó á ello gustoso : pero sólo obtuvo que se cerraran los templos, después de haber roto las estátuas, y que en ellos no se consultaría mas ídolo alguno. El santo obispo había caído enfermo por la aflicción que le causaba el endurecimiento de los idólatras, no pudiéndolos ver perecer así sin sentir por ello un extremo dolor ; pero la buena noticia que Marcos le trajo, bien que no respondió del todo á lo que había pedido al emperador, no dejó de causarle mucha alegría, y de contribuir al restablecimiento de su salud. Siete días después Hilario, oficial del emperador, llegó para ejecutar la orden. Lo hizo en parte, pero dejó el objeto principal no tocando el ídolo de Marnas, y conservando una entrada secreta en su templo para consultarlo. El dinero de los paganos hizo más impresión en su corazón que su fidelidad al príncipe y á su conciencia.

Dios dió tambien á nuestro Santo el consuelo de convertir á sesenta y cuatro personas en ocasión de una dama que, habiendo estado de parto durante siete días con dolores increíbles, parió felizmente cuando una nodriza cristiana le escribió estas palabras : *Mirad lo que declara el obispo Porphyrio : Jesucristo, Hijo de Dios vivo, os cura ; creed en él y viviréis.*

Pero ni los milagros, ni las virtudes del Santo podían hacer cesar las violencias de los paganos. Prentendieron excluir á los cristianos de los cargos de la ciudad ; no los dejaban gozar de sus bienes en libertad ; y añadían á esto violencias é insultos que se renovaban todos los días.

Porphyrio viendo que nunca cesaban, se fué á encontrar á Juan su metropolitano en Cesárea para rogarle le permitiera dejar su diócesis, no pudiendo ver sufrir á sus ovejas los males que los paganos les causaban sin quedar vivamente emocionado. Juan trató de reanimarlo, y le hizo presente que sólo Dios podía dispensarle de un cargo que él

mismo le había confiado. También le expuso muchas otras razones á las cuales se rindió, á condición que irían juntos á Constantinopla para obtener del emperador la demolición de los templos de Gaza. Fueron, pues, por mar, y pasando por Rodas visitaron allí un santo anacoreta, llamado Procopio, que llevaba una vida muy austera en los ayunos y vigiliias, y en una grande pobreza.

Dios había concedido á Procopio el poder de echar los demonios y el don de profecía. Jamás había visto á estos dos prelados, pero el espíritu de Dios se los hizo conocer. Los saludó con el respeto debido á su carácter, y les predijo que obtendrian del emperador lo que deseaban. Les indicó los medios que al efecto debían emplear, y en particular que podían asegurar á la emperatriz que bien pronto daría á luz un príncipe, lo que ella vivamente deseaba.

A su llegada á Constantinopla fueron á saludar á san Juan Crisóstomo, á quien informaron del motivo de su viaje; y este santo, á quien la emperatriz Eudoxia había indispuerto con el emperador por razones que se pueden ver en su historia, los recomendó á Amancio, camarero de la princesa, quien privaba mucho con ella y era hombre de bien y amigo del santo patriarca. Amancio hizo que los dos prelados fuesen recibidos por Eudoxia con distinción. Esta se encargó de solicitar con todo empeño al emperador su deseo; lo que ejecutó aún con más ardor cuando le hubieron asegurado que tendría un hijo, que viviría y reinaría después de su padre; pues hasta entonces sólo había tenido hijas.

El cumplimiento de la predicción llegó bien pronto colmando de alegría á toda la corte; y el día en que se bautizó á este pequeño príncipe el emperador despachó la demanda de Porphyrio, lo que antes había tenido dificultad en conceder por entero, queriendo que se contentasen con cerrar los templos. Pero san Porphyrio, que por experiencia

había visto que la orden que se había dado por el primer edicto no había producido gran efecto, pidió la demolición de los templos y de los ídolos, la dispensa de tributos y otras gracias para la iglesia de Gaza, que era pobre, y para los cristianos de la misma ciudad. Obtuvo, pues, á lo lleno cuanto deseaba ; Dios le había prometido este feliz éxito algunos días antes en una visión. El emperador y la emperatriz añadieron á esta gracia grandes sumas, tanto para los gastos de los dos obispos como para edificar una iglesia en medio de Gaza, con un hospital para recibir y mantener á los forasteros por espacio de tres días. La emperatriz ya había prometido á san Porphyrio, cuando le predijo el nacimiento del hijo que dió á luz, que, si esto sucedía, edificaría esta iglesia á sus expensas.

Habiendo pasado las fiestas de Pascua los dos santos obispos volvieron á Palestina. En el camino querían detenerse aún en Rodas para volver á ver al anacoreta Procopio ; pero el piloto no lo quiso, pretextando que el viento era favorable y que convenía aprovecharlo para continuar el viaje. No era este el verdadero motivo de su negativa ; pero Procopio lo explicó la noche siguiente á san Porphyrio en una aparición, en la cual le dijo que este piloto era ariano. Dos días después fueron batidos por una tempestad tan violenta, que el piloto creyó perecer. Los dos prelados le prometieron que él y su navio se salvarían, si quería renunciar á su herejía. Quedó admirado al ver que habían penetrado los sentimientos de su corazón ; adjuró sus errores, se hizo católico, y la tempestad cesó.

Abordaron felizmente en Majuma, donde el pueblo, que tenía tanto celo por la fé como los idólatras de Gaza lo tenían por su pretendido dios Marnas, los recibió cantando salmos y los condujo á Gaza. San Zenón era entonces su obispo. Los cristianos de Gaza fueron delante de ellos con la cruz, y entonces la estatua de Venus, que era de már-

mol y estaba en una encrucijada para servir de adorno, ella misma cayó y se hizo pedazos al momento en que la cruz pasaba por delante de ella. Su caída fué funesta á dos paganos que estaban allí burlándose de los cristianos, pues quedaron aplastados por ella ; y este accidente milagroso convirtió al momento treinta y nueve paganos.

Mientras tanto Cimgio, consejero de estado, hombre de piedad cuyo celo estaba á la prueba del oro de los idólatras, que había corrompido á los otros oficiales, fué elegido de la corte para ejecutar la orden del emperador. Llegó á Gaza diez días después que los dos prelados, acompañado del gobernador, del general de las tropas y de los soldados necesarios para amparar la ejecución. Había ocho templos en la ciudad, sin contar los ídolos adorados en las casas particulares y en la campiña, que eran muy numerosos ; pero el más celebre de todo el país era el de Marnas, bajo cuyo nombre pretendían adorar al Júpiter de Creta.

Quisieron empezar por este la demolición ordenada, por ser el primero en categoría ; pero lo encontraron también resguardado por dentro, que difirieron su destrucción hasta después de haber destruido los otros que los soldados incendiaron después de haberlos saqueado. Ningún cristiano de la ciudad quiso tocarlos, por habérselo prohibido san Porphyrio. Esta demolición duró diez días, después de la cual deliberaron sobre la suerte del templo de Marnas. Vacilaban entre incendiarlo ó purificarlo para convertirlo en una iglesia. San Porphyrio ordenó rogativas y un ayuno para conocer la voluntad de Dios ; esta se manifestó por la voz de un niño de siete años, quien, mientras se ofrecía el sacrificio, gritó en nombre de Jesucristo que se debía incendiar el templo hasta los fundamentos á causa de los crímenes que en él se habían cometido y por haberse sacrificado hombres : Hé aquí cuales eran las abominaciones secretas de los paganos, y cual era el espíritu de crueldad

que el paganismo les inspiraba. El infante también indicó como debían proceder para reducirlo á cenizas, y añadió que enseguida debían edificar una iglesia en el mismo lugar.

San Porphyrio, quien lo dirigía todo con prudencia, quiso asegurarse si este infante había hablado así por consejo de su madre á quien interrogó para esto. Ella protestó con juramento que ni aún lo había tenido en el pensamiento, y el niño repitió en griego todo aquello que antes había dicho en su lengua siríaca, bien que ignorase el griego como también su madre. El Santo quiso dar alguna moneda á ésta ; pero su hijo exclamó : « Guardaos bien, madre mía, de recibirlo, no vendáis así el don de Dios. »

Emplearon los medios que este niño había marcado para quemar el templo, y bien pronto quedó consumido con todos los ídolos y todos los libros de encantamientos que se pudieron encontrar. Mientras se deliberaba sobre la forma de la iglesia que se debía levantar en su lugar, la emperatriz Eudoxia envió el plano en forma de cruz, siendo precisamente así como san Porphyrio lo había deseado. Si el templo de Marnas había sido uno de los más hermosos que los paganos hubiesen jamás tenido, la iglesia que edificaron sobre sus ruinas fué digna de la magnificencia de la emperatriz que la costeaba. Se concluyó en cinco años, y la llamaron la basílica Eudoxiana del nombre de su fundadora. De todas partes iban á verla ; y en efecto era uno de los más hermosos edificios del mundo.

La colocación de la primera piedra se hizo con todo el aparato religioso que la podía hacer augusta y respetable. Se prepararon á ella, según la orden del Santo, por un día de ayuno ; todo el pueblo se reunió en la iglesia de santa Irene con instrumentos propios para cavar la tierra ; y de allí partió en procesión precedido de la cruz levantada, entonando himnos y cánticos, formando los soldados el doble

cordón para impedir las insolencias de los paganos. En este orden llegaron al lugar destinado que habían tenido cuidado de limpiar; san Porphyrio se hincó de rodillas, rogando algun tiempo, después de lo cual habiendo ordenado empezar el trabajo, cada uno se portó en él con un ardor increíble; de suerte que en pocos días los fundamentos quedaron hechos. Enseguida el Santo reunió de nuevo el pueblo; se hicieron muchas rógativas; se cantaron salmos, y habiendo empezado el primero á echar piedras en los fundamentos, los eclesiasticos hicieron lo mismo después de él, y enseguida todo el pueblo, con esos sentimientos de alegría que el celo de la gloria de Jesucristo excitaba en su corazón.

Este día fué también célebre por un milagro que hizo el Santo. Tres infantes habían caído en un pozo muy profundo; san Porphyrio rogó por ellos postrado en tierra por espacio de una hora, y los sacaron de allí sin daño alguno; al mismo tiempo se encontraron señalados con una cruz que duró largo tiempo, lo que fué causa de la conversión de muchos infieles. Hubo trescientos que abrazaron la fé el mismo año, y muchos los imitaron en los años siguientes. El santo Obispo los animaba con aquella caridad que nacía del ardiente deseo que tenia de su salvación. Los instruía durante un tiempo considerable antes de darles el bautismo, y continuaba aún haciéndolo después que lo habían recibido, no despreciando nada para hacer de ellos excelentes cristianos.

Mientras se estaba edificando el templo, fué á Gaza una mujer maniquea, llamada Julia, con la intención de difundir por allí sus errores. Debía de ser, ó temeraria, ó de las más instruidas en su secta, pues no temió entrar en discusión con el Santo. Marcos, su historiador, había escrito esta conferencia que fué pública; pero esta obra no ha llegado hasta nosotros. El Santo, después de muchas razones capaces de convencerla, viendo que no se quería rendir á la

verdad, le dijo que el Dios de quien ella blasfemaba la iba á cerrar la boca ; al mismo tiempo su aspecto cambió, un temblor se apoderó de todo su cuerpo, perdió la palabra y poco tiempo después murió en este estado. Este castigo abrió los ojos á algunos cristianos que se habian dejado engañar por las apariencias de su piedad exterior, y muchos paganos también se convirtieron.

Así aumentaba en Gaza el número de los cristianos, y san Porphyrio lo había bien previsto, cuando dando las medidas de su basílica, como se admirasen de que la hiciera tan grande, visto que había tan pocos cristianos, respondió que un día sería demasiado pequeña, porque nuestra religión es la obra de Dios, y no de los hombres.

Aunque su grey aumentaba así poco á poco, los paganos que permanecían obstinados estaban siempre más irritados por verla crecer. En fin, entregándose un día á su furor mataron siete cristianos, y de allí se dirigieron á la casa episcopal para despedazar al Santo. El Santo fué advertido de ello, y se salvó con Marcos en una casa vecina, en donde se estuvo oculto durante esta especie de sedición que fué de dos días. Halló en esta casa una joven de catorce años que no tenía allí mas que á su abuela paralitica á la cual nutría con su trabajo. Esta joven no era cristiana, pero deseaba serlo. El Santo la instruyó y la bautizó con su abuela y una tía que tenia. Luego este pensó en casarla ; pero ella le dijo que después de haber recibido de él á Jesucristo por esposo, ya no podía pensar en hombre alguno. Después de la muerte de su abuela el Santo la puso bajo la dirección de una diaconesa y le dió el hábito regular, se entiende el hábito de virgen. Su nombre era Salaphtha, que en siriaco significa la paz. Vivió en una grande piedad y practicó austeridades extraordinarias. Su ejemplo atrajo á muchas otras jóvenes que la quisieron imitar, y ella en Gaza llegó á ser la gloria y la edificación de la Iglesia.

Sin embargo habiéndose apaciguado el tumulto por la punición de los culpables que el gobernador había mandado prender, y enviados á Cesárea para sufrir allí el castigo que merecían, y que se había hecho necesario para contener á los otros por el temor, san Porphyrio trabajó para santificar su Iglesia con la disciplina más regular. Rogó con todo el ardor posible para obtener de Dios la conversión de todos aquellos que aun eran paganos. Estaba lleno de compasión por ellos, viéndolos entregados al demonio y que por su obstinación se preparaban para las llamas eternas ; esto es lo que le hacía implorar de continuo la misericordia de Dios para que los alumbrara y tocara su corazón. Velaba sin cesar sobre toda su grey para conservarla en la piedad. Exigía de su clero que sirviera de modelo de virtud á todo el pueblo. Nutria asiduamente á este pueblo con la palabra de Dios, no empleando para ello una elocuencia pomposa y estudiada, por más que fuese muy capaz de esto ; sino con instrucciones sencillas y sólidas que sacaba de los Libros santos.

Su humildad brillaba lo mismo en todas sus acciones que en sus palabras. Amaba á los pobres y se hacía más pobre que ellos para asistirlos ; pues les hacía grandes larguezas de los bienes de su Iglesia, después de haber dado los suyos propios ; y aquello que se reservaba para su sustento era tan poca cosa, que se puede decir que se olvidaba de sí para no ocuparse más que de las necesidades de aquellos. También por su testamento les dió pruebas de su ternura pastoral, y, así enriquecido de virtudes y de buenas obras, este gran hombre, al principio ya lo había abandonado todo para vivir en el retiro, oculto con Jesucristo en Dios, según la espresión de san Pablo, y que después se había sacrificado para su gloria en la penosa administración de su diócesis ; este gran hombre, digo, igualmente grande en la soledad que en el episcopado, mu-



Imp. de la Couronne. Paris.

Saint Jérôme.

Tome deux.

rió el 26 de febrero del año 419 ó 420, á la edad de sesenta y siete años, después de haber hecho casi toda la ciudad de Gaza cristiana.

Nada tenemos que decir de particular sobre su discípulo Marcos, sino que escribió muy fielmente su historia que se puede ver en Bolando, y que los autores más críticos han considerado como una de aquellas que llevan tales caracteres de verdad, que no se pueden rehusar.

Ahora conviene hablar de san Zenón, obispo de Majuma, de quien la Iglesia hace mención en el Martirologio al 26 de diciembre. Cuanto vamos á decir de él lo tomaremos de Sozomeno, quien habla del mismo como habiéndolo visto cuando gobernaba esta iglesia. Desde su juventud renunció á la vida seglar, y abrazó el estado monástico. Esto sin embargo no fué en el desierto, sino en Majuma mismo, donde, según la espresión de Sozomeno, se aplicó con especial cuidado al ministerio de Dios. Tenía un hermano llamado Ajax que estaba casado, y habia hallado una virtuosa mujer de singular hermosura, de quien tuvo tres hijos. El uno de ellos se casó y los otros dos se retiraron del siglo para llevar una vida aplicada en Dios.

Ajax, después de haber tenido estos tres hijos abrazó la continencia, y se juntó á su hermano para practicar los ejercicios de la vida solitaria. Después gobernó la iglesia de Batolia con mucha sabiduría y reputación. Por esto se ve que esta era una raza de santos. No debe uno admirarse por ello, pues la piedad cristiana reinaba tanto en la villa de Majuma como era perseguida en la de Gaza de la cual no distaba más de una legua.

San Zenón aun tuvo la dicha de tener primos mártires; y poco faltó para que él fuera martirizado con ellos. Este lugar de su historia lo honra de tal manera, que, aunque indirectamente, merece ser relatado.

Hemos visto cual era la prevención de los habitantes de

Gaza en favor de los ídolos. Juliano el Apóstata habiendo querido fomentar el culto de estos cuando fué nombrado emperador, ellos no tardaron en vengarse contra los cristianos de los golpes que los emperadores precedentes habían dado á la idolatría. Cometieron crueldades inauditas; y para no salir de nuestro propósito, se apoderaron de los tres hermanos, Eusebio, Nestago y Zenón, primos del Santo de quien hablamos, y de san Nestor, primo también de estos tres hermanos; los azotaron encerrándolos en una carcel. San Zenón había sido preso ó al menos habia estado á punto de serlo con ellos, encontrándose entonces en Gaza; pero durante el tumulto se escapó, y se refugió en Antedón, pueblo marítimo á una legua de Gaza.

Después de estos primeros ultrajes que sus primos sufrieron, habiéndose los paganos reunido en el teatro, comenzaron á declamar contra ellos, diciendo que en el reinado de Constancio habían querido arruinar su religión. A los gritos que hacían quejándose de esto y excitándose los unos á los otros su furor se encendió; corrieron en tropel á la carcel, sacaron de ella los Santos, los arrastraron por las calles, les dieron todos los tormentos imaginables y por fin los despedazaron, exceptuando á san Nestor, del cual algunos tuvieron compasión cuando lo arrastraban, y lo llevaron medio muerto fuera del pueblo. Algún tiempo después murió de estas heridas en casa de san Zenón, y la Iglesia lo puso en el número de los Mártires.

Los paganos, después de haber muerto á los otros, fueron á quemar sus cuerpos fuera del pueblo y mezclaron los huesos que de ellos quedaban entre los de los animales que se echaban al mismo lugar, para impedir que los cristianos los pudiesen distinguir y les dieran la veneración que merecían; pero Dios hizo que milagrosamente los hallara una

mujer cristiana, y en sueño le mandó que los remitiera á san Zenón primo de los mártires.

Habiéndose este retirado, como hemos dicho, en Antedón, villa tan idólatra como Gaza, fué allí descubierto por los habitantes, quienes lo expulsaron después de haberle azotado cruelmente. Se refugió, pues, en Majuma, donde la piadosa mujer que había recogido los restos de los cuerpos de sus primos se los llevó, según la orden que había recibido de Dios.

Esto parece que fué entonces que su hermano, Ajax se juntó á él para practicar juntos la vida solitaria. San Zenón fué después obispo de Majuma en el imperio de Teodosio I. Gobernó esta iglesia tan largo tiempo, que llegó á ser el obispo más antiguo de la Palestina, habiendo llegado su vida hasta los cien años ó más. En tan avanzada edad regularmente no dejaba de asistir al oficio de la mañana y de la noche. También continuó practicando las austeridades de la vida monástica; y aunque su iglesia fuese muy numerosa y rica, no creyó deberse dispensar del trabajo de las manos, haciendo tela para tener con que entretenerse y poder hacer más y mayores limosnas. Murió bastante antes del siglo quinto, en tiempos de Teodosio II. No debemos olvidarnos de decir que después que fué obispo de Majuma, construyó una iglesia cerca de la ciudad, bajo cuyo altar colocó las reliquias de los tres mártires sus primos, cerca del sarcófago de san Nestor quien había muerto en su casa de las heridas que los paganos le habían hecho.

Hablando de san Epifanio no nos detendremos en los actos de su vida publicados bajo el nombre de sus discípulos, Juan, Polibio y Sabino, que Bivario trató de prohibir, porque son reconocidos como supuestos por los críticos más distinguidos, sobre lo cual se puede ver particularmente las notas del Padre Papebroch; de suerte que con este docto continuador de Bolandio recogeremos lo que

vamos á decir del Santo, parte de Sócrates y de Sozomeno, parte de San Jerónimo y de sus mismos escritos, como garantidores más seguros de la verdad.

Nació hacia el año 310; su patria fué Besanduc, aldea de el territorio de Eleuterópolis en Palestina ¹. Hay motivos para creer que recibió una educación cristiana. Al menos es cierto que desde su juventud abrazó la vida religiosa. Las palabras de Sozomeno parece dan á entender que su primer retiro fué la Palestina y antes que fuese al Egipto. Parece no obstante, por aquello que él mismo relata de los lazos que le tendieron algunas mujeres de las sectas de los agnósticos, que fué algún tiempo á Egipto para concluir sus estudios en Alejandria antes que se retirase en los monasterios; pues, dice, que se encontró un día con algunas de estas mujeres que se las daban por dogmatizar, y emplearon todos los artificios que estuvieron en su alcance para corromperle el corazón lo mismo que el espíritu, explicándole los más infames secretos de su secta. Pero, aunque fuese todavía joven, tuvo bastante virtud para resistirlas recurriendo á Dios con la oración. La herejía de los agnósticos combatía tanto la pureza de costumbres como la de la fé; y entre ellos era más monstruoso vivir según el espíritu que sumergirse en los pecados de los sentidos; por esto viendo estas hipócritas impúdicas la resistencia de nuestro Santo, dijeron en el sentido de su secta: No nos ha sido posible salvar á este joven. Ellas no dejaron de tentarlo por segunda vez, pero fué tan inútil como la primera. Hizo más, pues las delató á los obispos de los lugares, quienes hicieron desterrar ochenta de ellas que se habían introducido entre los fieles con la intención de seducirlos.

Pasó muchos años en los diversos monasterios de Egipto, en donde observaba todo aquello que veía más perfecto

¹ En la tribu de Dan al S. O. de la de Gad.

en los ejercicios de los solitarios, y trataba de ponerlo en práctica. Después volvió á Besanduc, en cuyo vecindario fundó un monasterio, donde muchos monjes se pusieron bajo su dirección. Tuvo la dicha de conocer á san Hilarión y de contraer con él una estrecha amistad ; de manera que muchos lo colocan en el número de sus discípulos. El mismo tuvo en esto un mérito singular, y era tanto más apto para formarlos, cuanto que había recibido excelentes instrucciones de los más distinguidos maestros de la vida solitaria que había en Egipto.

Su mérito lo hizo elevar al sacerdocio ; y creciendo cada día más su reputación, tanto por sus virtudes religiosas como por su erudición y por la pureza de su fe, á pesar suyo fué sacado de su monasterio y elegido para gobernar la iglesia de Salamina, metrópolis de la isla de Chipre. Brillando en su nueva cátedra con todas las virtudes episcopales, conservó siempre las de su primer estado : El mismo desprendimiento, el mismo espíritu de penitencia, la misma caridad. El cuidado que tomó de su grey podía servir de modelo á los más grandes obispos. Por una parte era como el padre de su pueblo, y en particular de los pobres, en favor de los cuales sacrificaba no solo sus propios bienes, más aun los de su iglesia. Sus profusiones eran algunas veces tan grandes, que le reducían á él mismo á la necesidad, lo que más de una vez dió motivo de queja à sus administradores, pero Dios proveyó á sus necesidades en más de una ocasión de una manera extraordinaria, y justificó su conducta con milagros. También se estaba tan persuadido de las riquezas de que Dios le había hecho tan dispensador, que muchas personas piadosas le enviaban desde las provincias mas lejanas del imperio sumas considerables para que las distribuyera entre los pobres, y otras personas del pais le dejaban al morir grandes legados, estando persuadidas que haciendo pasar sus limosnas por sus manos se-

rían mejor recibidas por Dios. Tenía también un cuidado especial de los extranjeros que los naufragios echaban de cuando en cuando sobre la costa de la isla, proveyéndoles de vestidos y de cuanto necesitaban, y tratando por sus liberalidades de consolarlos en su desgracia.

Una caridad tan benigna unida á sus otras virtudes lo hacía querer con delirio por su pueblo ; y por otra parte su erudición lo hacía respetar no solo por los católicos si que también por los arianos de quienes por otra parte era el mayor enemigo. También mientras que los santos Padres, como san Jerónimo, san Agustín y muchos otros han hecho de él grandes elogios, y que los obispos de su tiempo tenían por él una veneración particular, los arianos que privaban mucho con el emperador, quienes con su autoridad perseguían cruelmente y echaban á los obispos ortodoxos de sus sillas ; los arianos, digo, nada osaron emprender contra él y le dejaron gobernar su iglesia en paz. Él se aprovechó de esto para garantir á su pueblo el veneno de aquellos y para hacer reinar á Dios en el corazón de sus ovejas por la pureza de la fe y la de las costumbres.

El estado monástico pasó con él á Chipre, como del Egipto y de la Tebaida había pasado á Palestina por el ejemplo de san Hilarión ; y sus virtudes atrajeron también á esta isla un gran número de solitarios, en donde levantaron muchos monasterios. Siempre conservó su hábito monástico, y sólo usó el vino y comió carne en su vejez cuando la necesidad le obligó á ello. Por más que el mar lo separara de su antiguo monasterio de Eleuterópolis, no dejaba de cuidar siempre de él, ni tampoco de tener relaciones con los otros monasterios de la Siria. El abad del de Eleuterópolis, que se cree sería el sacerdote Gregorio, le escribió una vez en estos términos : « Con el auxilio de vuestras súplicas hemos sido bastante exactos en observar nuestra regla, y tenemos gran cuidado de celebrar el oficio de ter-

cia, de sexta, de nona y de vísperas. » El Santo le respondió que no se debía contentar solamente en aquellas horas, *porque, decía, es obligación de un verdadero religioso tener siempre en el corazón la oracion y la salmodia.* Excelente instrucción que enseña á las personas religiosas á vivir en tal recogimiento, que su corazón esté como en una oración y un canto continuo de alabanzas á Dios. No contento con gobernar este monasterio por cartas, iba también algunas veces.

Habia visto en Siria á Acacio y Báreo, abades de dos monasterios de esta provincia, que habían quedado tan edificados de sus conversaciones, que manifestaban en una de sus cartas que su presencia los había llenado todos de pensamientos espirituales y les había dejado un extraordinario deseo de gozar de su compañía. Esto les había hecho formar el propósito de ir á encontrarlo para tomar parte, decían, en la gracia que Dios le había dado como á los apóstoles, y para volverse después con una fuerza toda nueva, á fin de continuar en el estado santo que habían abrazado y perfeccionarse más y más en él.

Habrían ejecutado este proyecto si uno de ellos no hubiese caído enfermo ; pero habiéndoselo impedido este accidente, le mandaron á Marcelo, que hacía poco había entrado en la comunidad, y quien tenía vivos deseos de verle por su gran reputación. La carta que le enviaron por este religioso era para rogarle en nombre de todos los solitarios que después de haberles dado los nombres de todos los herejes en su *Ancorat*, tuviera á bien indicarles los dogmas por una obra nueva ; y añadian que aguardaban en el ayuno y en la oración la vuelta de aquel que le habían enviado.

Por su demanda, pues, y por la de muchas otras personas compuso su grande obra sobre las herejías que titulo : *Panario*, es decir, como él mismo explica, un bote de far-

macéutico lleno de contraveneno contra los mordiscos de las serpientes á los cuales compara las herejías. Dedicó esta obra á los dos abades susodichos en una carta preliminar que sirve de prefacio á todo el libro.

Saldríamos de nuestro propósito si quisiéramos hablar aquí de los trabajos que este gran doctor de la Iglesia emprendió para el sostenimiento de la fé ortodoxa, y de las obras que compuso para preservar á los fieles del veneno de los herejes. Se puede ver lo que han dicho de él aquellos que han tratado de la historia de la Iglesia, ó que han dado análisis de los escritores eclesiásticos. Nosotros sólo notaremos, por lo que toca á nuestro objeto, que en la refutación que en su *Ancorat* hace de diferentes errores se reconoce su amor á la vida monástica por la exhortación que allí hace en favor de esta santa profesión. Dió á esta obra el titulo de *Ancorat*, porque en ella reunió todos los pasajes de la Escritura que sirven para fortalecer nuestra fe, á fin de que pudiese, como el áncora de un navío corroborar los fieles en la doctrina ortodoxa en medio del oleaje de la herejia.

En su exposición de la fe católica hace una descripción de las diferentes observancias que los religiosos de su tiempo practicaban. Dice que unos moraban en las ciudades, y otros huyendo enteramente del comercio de los hombres, se retiraban en los monasterios que estaban en la campiña. En cuanto á la nutrición, los unos no comían ni carne, ni huevos, ni queso, ni pescado; y los otros se prohibían solamente la carne de cuadrúpedo, y comían la de pluma y otros alimentos ordinarios; otros sólo comían huevos y pescado, y otros no más que pescado; que había que se permitían el queso, del cual se privaban otros; que algunos se prohibían el uso del pan no comiendo más que yerbas; que otros no comían frutos ni aun nada cocido. Añade que muchos se acostaban en el suelo; que otros an-

daban á piés desnudos, que otros llevaban un cilicio bajo sus hábitos ; que la mayor parte se abstenían de los baños, por más que esto fuese en este pais una grande mortificación ; que algunos ejercían pequeños oficios fuera para evitar la ociosidad, fuera para subsistir de su trabajo ; y que la principal ocupación de los monjes era la oración, la salmodia y la lectura de los Libros santos. Los herejes de los últimos siglos que han querido combatir las prácticas de la vida religiosa, no deben olvidar que san Epifanio habla de las excelencias monásticas del siglo cuarto. Los que están al tanto de la controversia saben de que consecuencia es esta fecha contra ellos.

Además de muchas otras obras que este santo doctor compuso para el sostén de la fe é instrucción de los fieles, su celo por el mismo objeto también le hizo emprender muchos viajes y aun el de Roma ; pero en el último de su vida que hizo á Constantinopla, se apercibió un poco tarde que bajo pretexto de combatir allí los errores de los origenistas, inconsciente servía de ministro á las pasiones de Teófilo de Alejandria, perseguidor de san Juan Crisóstomo, quien lo había engañado como había igualmente engañado á san Jerónimo. Pero al momento que lo hubo comprendido se arrepintió de haber ido á la ciudad imperial por un asunto tan denigrante, y se apresuró muchísimo en volver á su iglesia. Como fuera á embarcarse, dijo á los obispos á quienes las intrigas de Teófilo habían reunido allí antes de su llegada : « Yo os abandono la ciudad, el palacio y la escena, y me apresuro á retirarme, y jamás podré haber salido bastante de este lugar. » Esto demuestra que había descubierto la maniobra de Teófilo y de los obispos de su facción para vengarse de San Juan Crisóstomo y hacerlo deponer, y que no había querido tomar parte en una empresa tan odiosa é injusta. No tuvo el consuelo de ver nuevamente á su iglesia ; pues murió en el camino á la edad

de más de ochenta años, hácia el año 403, habiendo pasado al menos treinta y seis años en el episcopado.

Se cuentan de él muchos milagros, que hizo durante su vida, y también después de su muerte. También se lee en la colección de las *Vidas de los Padres de los desiertos* que Dios le reveló la penitencia de dos solitarios que habían caído en una falta por la cual habían sido separados de la comunión por el arzobispo de Alejandría y por otros obispos. Sozomeno dice que á buen seguro Dios le había hecho conocer que el tiempo de su muerte estaba muy próximo, cuando adelantó tanto su salida de Constantinopla.

Este gran Santo escribió la vida, ó más bien un elogio de san Hilarión, en una carta que se hizo muy pública; pero hoy ya no la tenemos. También escribió la historia de san José sobre llamado el Conde, que es muy curiosa y edificante; no será por demás poner aquí su resumen, aunque no se refiera á la historia monástica.

El Conde José, Judío de nacimiento, era de Tiberiades en Galilea, de una familia muy distinguida. Fué elevado á la dignidad de Apóstol, es decir, colocado entre aquellos que ocupaban el primer lugar cerca del patriarca de los Judíos y que formaban su consejo. En su tiempo Hillel, de la prosapia del famoso doctor Gamaliel, quien había sido maestro de san Pablo, estaba revestido de la dignidad de patriarca y era por consiguiente jefe de la nación. Habiendo caído enfermo y estando para morir, hizo llamar al obispo vecino de Tiberiades para que fuera á verlo y le diera el santo bautismo bajo pretexto de medicina. El obispo consintió á título de médico; preparó un baño como un remedio útil al enfermo, mandó que todo el mundo se retirara como por pudor, y le bautizó.

José estaba en la puerta, y la curiosidad lo llevó á mirar por las rendijas, de suerte que vió todo lo que allí sucedió. También dijo que después de la ceremonia el patriarca dió

al obispo una considerable suma de oro diciéndole « Ofreced esto por mí, pues escrito está que aquello que los sacerdotes de Dios desatan sobre la tierra desatado queda en el cielo. » José hizo sobre el particular muchas reflexiones, que después aun llegaron á ser más serias. Entre tanto el patriarca murió, y su hijo, llamado Judas aun muy joven, le sucedió bajo la tutela de José y de otro personaje de consideración. Asi estos dos tutores lo gobernaban y disponían de todo, tanto en calidad de tales como de principales consejeros.

Las reflexiones de José aumentaron por un descubrimiento que le puso en las mayores perplejidades. Había en Tiberíades un gabinete destinado para el tesoro, que, á más de las cerrajas ordinarias, estaba aún cerrado con el sello público del patriarca. Muchos judios deseaban saber lo que allí había, y José, tocado de la misma curiosidad que los otros, la abrió secretamente, confiando en su autoridad de tutor ; pero en vez de hallar en ella oro y plata, halló el *Evangelio* de san Juan, el de san Mateo en hebreo y las *Actas de los Apóstoles* traducidas á la misma lengua. Leyó estos libros con mucha atención ; y esto añadido á lo sucedido en el bautismo de Hillel le hizo nacer diversos escrúpulos sobre su religión.

Aun quedó más emocionado cuando el patriarca Judas, creciendo en edad y entregándose á los excesos hasta el punto de emplear la magia para seducir á las mujeres, vió que el nombre de Jesucristo y la señal de la cruz habían inutilizado los hechizos de que se había servido para pervertir á una mujer cristiana ; pero todavía no se pudo determinar á hacerse cristiano.

Algun tiempo después Jesucristo, que quería atraerlo á sí por las pruebas más señaladas de su misericordia, le apareció en la noche, y le dijo « Yo soy Jesucristo á quien tus padres crucificaron ; cree en mí ; » Pero él no se rindió.

Después cayó enfermo de tal manera que no había esperanzas de salvarle. El Salvador se le apareció de nuevo, y le dijo que si creía sería curado. Él lo prometió, pero no cumplió su promesa. Cayó en otra enfermedad tan peligrosa como la primera, y como creyeran que iba á morir, un viejo doctor de la ley se acercó á él y todo bajito le dijo á la oreja : « Creed que Jesucristo crucificado bajo Poncio Pilato es el hijo de Dios, que nació de María en el tiempo, que es el Cristo del Señor, que resucitó del sepulcro, y creed que vendrá á juzgar los vivos y los muertos. »

Sin duda que uno se admirará al ver que los doctores de los Judíos reconociendo la divinidad de Jesucristo, su cualidad de Cristo y Mesías, su resurrección y su última venida para juzgar las naciones, permanecieran no obstante en su obstinación ; pero el respeto humano los tenía cogidos por todos lados : y san Epifanio, que había oído todo cuanto acabamos de decir de la boca misma del Conde José, asegura también que hablando con otro doctor de los Judíos, amigo de los cristianos, y queriéndole convencer de que el Cristo había venido, vió que consentía á cuanto le decia, y le dió por razón que habiéndose hallado en peligro de muerte oyó que otros Judíos le dijeron á la oreja : « Jesucristo Hijo de Dios, quien fué clavado en la cruz, es el que os debe juzgar, pero el temor de los otros Judíos lo retenía aún bajo el yugo de la ley.

No obstante no triunfando de su obstinación las diversas apariciones de Jesucristo, y el testimonio formal de sus enemigos, este adorable Maestro se le apareció por cuarta vez, y para colmo de favor, después de haberle reprochado su incredulidad le prometió para asegurarle de la verdad de nuestra fe, que si deseaba hacer algun milagro, no tenía más que invocar su santo nombre y que le oiría al momento.

José hizo la prueba, libró del demonio á un poseso que

en Tiberíades corría todo desnudo por toda la ciudad, quien era conocido de todo el mundo. Este milagro hizo decir á los Judíos que José había leído en el tesoro el nombre de Dios, por el cual lo había obrado ; pues creían que aquel que sabía la verdadera pronunciación de este sagrado nombre era dueño de la naturaleza ; y así es como ellos explican el poder que había tenido Jesucristo de hacer milagros.

Sin embargo el corazón de José aun permaneció endurecido hasta que por fin Jesucristo lo venció con los castigos, no habiendo podido ganar con sus favores. Fué enviado por el patriarca á Sicilia para llevar las décimas y primicias que los Judíos venían obligados á pagar, y estas misiones le daban más amplio poder para corregir los abusos y deponer de su dignidad á los príncipes de las sinagogas, á los sacrificadores y á los otros de un orden inferior á quienes encontraba culpables. Quiso, pues, ejercer su cargo con más integridad que lo que deseaban los culpables, y se atrajo su odio. Dios se sirvió de ello para su conversión. En la ciudad estaba hospedado cerca de la iglesia de los cristianos ; y habiendo contraído amistad con el obispo, le rogó le prestara secretamente los Evangelios para leerlos en sus ratos de ocio. Los Judios expiaban sus acciones á fin de hallar medio de satisfacer su cólera, y habiendo un día entrado á tropel en su habitación lo sorprendieron aplicado á esta lectura. Para ellos fué este un crimen capital que excitó todo su furor. Se arrojaron sobre él, lo echaron por tierra, lo llenaron de golpes y de injurias, lo arrastraron enseguida á su sinagoga donde le azotaron cruelmente, y hubieran pasado más lejos si el obispo que le había prestado los Evangelios no hubiese acudido en su auxilio. Otra vez habiéndolo encontrado en un viaje cerca de la orilla del Cydno, lo atacaron y le echaron al agua, creyendo que allí se ahogaría ; pero Dios por su misericordia lo libró de ello,

y en fin se determinó de veras á abandonar la sinagoga y á recibir el santo bautismo.

La vida que después llevó probó que su conversión era sincera, pues la Iglesia lo honra como Santo, haciendo mención de él en el Martirologio el 22 de julio. Sus quehaceres, ó más bien las persecuciones de los Judíos, le obligaron á ir á la corte ; donde fué recibido favorablemente por el emperador Constantino, á quien relató toda su historia. El príncipe le dió el título de Conde, tanto para honrar su memoria como para ponerlo á cubierto de los insultos de los Judíos. Añadió á esta prueba de honor que le podía pedir todo cuanto deseara ; y José, como hombre desinteresado por sí mismo y celoso únicamente por la fé de Jesucristo, sólo le suplicó que le diera por escrito un poder para hacer construir iglesias en Cafarnaúa, Tiberíades, Nazareth, Diocesàrea, Séforis y en algunas otras plazas que los judíos aun tenían en la Galilea, queriendo que en dichos lugares no fuera admitida una religión diferente de la suya ; lo que Constantino le concedió por un rescripto.

José en Tiberíades lo quiso poner en ejecución ; los Judíos emplearon su magia para impedir que el fuego tomara en los hornos que había hecho construir al rededor de la ciudad para cocer la cal que necesitaba, pero habiéndolo él sabido y dudando de donde venía el mal, corrió allí seguido de una multitud de Judíos curiosos para ver lo que haría, y tomando agua en un vaso, que bendijo con la señal de la cruz, arrojó una poca en cada horno, pronunciando en alta voz estas palabras : « En nombre de Jesús de Nazareth, á quien mis padres y los de este pueblo que me rodea crucificaron, que esta agua tenga la virtud para contener toda la magia y todas las fascinaciones que impiden á este fuego de encenderse, á fin de que produzca su efecto natural, y sirva para construir la casa y el templo del Señor. » El fuego se encendió al momento á la vista y para la confu-

sión de los Judíos, quienes no pudieron dejar de exclamar que aquel que asistía tan poderosamente á los cristianos era el sólo Dios verdadero ; pero se quedaron en su endu-recimiento.

En cuanto á José, dejó después á Tiberíades y se fué á Scytópolis ¹. Patrófilo, uno de los más furiosos arianos, era entonces obispo de este lugar, y los arianos estaban protegidos. Su cualidad de Conde le puso á cubierto de las persecuciones de este obispo hereje, quien no ignoraba cuanto José se había opuesto á su secta. También cuando san Eusebio de Vercel fué desterrado por el emperador Constancio á Scytópolis, José le hizo encontrar en su casa, en la cual le hospedó, las dulzuras de su patria en lugar de un destierro. La reputación de san Eusebio le atrajo muchas personas de los alrededores, fuera para aprovecharse de sus instrucciones, fuera para regocijarse con él del destierro que sufría por la gloria de Jesucristo. San Epifanio fué de este número, y en esta ocasión fué cuando aprendió de la boca misma de José toda la historia maravillosa de su conversión. Después la insertó en su grande obra contra las herejías. Baronio la puso muy por extenso en sus *Anales*. El santo Conde tenía setenta años cuando contaba ésto á san Epifanio, y hay probabilidades de que murió poco tiempo después, hacia el año 355.

¹ Primitivamente se llamaba Bethsán, ciudad de Palestina en Samaría. Su fundación se atribuía á los Sitos. Hoy se le llama Bisán.

MONASTERIO DE CASIANO EN BELÉN.

ERMITAS DE THEGUE. — VIDA MONASTICA DE SAN JERONIMO¹.

Ahora hablaremos de los monasterios de los arrabales de Belén, de los cuales parece que era el más antiguó aquel en que se retiró Casiano al principio de su profesión eclesiástica. Algunos autores han creído que no era diferente del de san Jerónimo ; pero esto es contra toda apariencia, pues este no fué construído hasta 389, mientras que Casiano había entrado mucho antes en aquel en que fué formado, y habla del mismo como de un monasterio donde había religiosos de una edad muy avanzada. Por otra parte, en el de Casiano se instituyó la oración de prima, que no estaba en uso en el de san Jerónimo, pues este santo doctor que habla con frecuencia de las otras obras no dice una palabra de esta.

Gazeo, que es de opinión contraria, ha creído que san Jerónimo no hizo más que añadir nuevas habitaciones al de Casiano, á causa del gran número de forasteros que de todas las partes del mundo iban á visitar el lugar en donde Jesucristo quiso nacer ; pero esto no basta para persuadirnos de que este sea el mismo monasterio que el de Casiano. Es de creer que, para satisfacer la piedad de muchos religiosos que querían tener el consuelo de vivir en sus ejercicios cerca del pesebre del Salvador, se edificaron allí muchos monasterios. Y en efecto, á más de los de Casiano y

¹ San Jerónimo, Vit. PP., Casiano, Gazeo, Sulpicio-Severo, los Bolandistas.

de san Jerónimo, Paladio habla de uno que cierto religioso, llamado Pasidonio, habitaba en un lugar llamado *Los rebaños* cerca de Belén, en donde él mismo moró un año entero. Este sería el lugar para hablar de este Pasidonio de quien Paladio hace el elogio; pero se sabe que este autor tenía prevenciones contra San Jerónimo, y que también las comunicó á este solitario cuya virtud ensalza.

Volviendo al monasterio de Casiano, es cierto que en él se vivía en una singular observancia, y que allí reinaba una grande caridad por parte de los superiores y una grande unión por parte de los religiosos. Esto se ve por la dificultad que él y Germán tuvieron para obtener el permiso de hacer el viaje á Egipto, en el temor que alguna tentación no los disgustase de su profesión cuando estuvieran fuera del monasterio, ó en la pena que experimentaban al separarse de ellos temiendo no se quedasen para siempre en Egipto; y también por la alegría y ternura con que les recibieron á su regreso.

La piedad de estos religiosos también les hizo escuchar con santa avidez todo cuanto les contaron de las prácticas que habían visto en las soledades de Scete y de Egypto. Y en fin el desprendimiento de todo amor propio se conoce también porque después de haber oído las relaciones que les hicieron, ya no se opusieron al propósito que tenían de volver allí para vivir en la perfección de los anacoretas, más eminente que la de los cenobitas; y que, á pesar del deseo que tenían de retenerlos por el amor que les profesaban, prefirieron de buena gana su provecho espiritual á la satisfacción de tenerlos en su compañía. También Casiano confiesa que había recibido excelentes instrucciones entre ellos y se felicita en más de un lugar de la educación religiosa que le habían dado.

La institución del oficio de Prima prueba también con cuanto cuidado los ancianos de este monasterio procura-

ban sostener la disciplina regular y combatir el relajamiento y la tibieza, y cual era la sumisión de los más jóvenes al reglamento de los ancianos. Casiano nos enseña en estos términos en que ocasión y como se hizo esto. Esta primera hora de Prima, dice, empezó por ser establecida, como una oración canónica, y fué practicada por primera vez en nuestro monasterio de Belén, en donde Jesucristo nuestro Salvador habiendo nacido de una virgen y habiéndose dignado recibir los acrecentamientos de su infancia, quiso también fortificar con su sabiduría mi infancia espiritual, que era aún tierna y nueva en la religión y necesitaba atetarse... Es cierto que hasta entonces el tiempo que quedaba después de las preces de Laudes estaba ordenado por nuestros Padres para el descanso del cuerpo; pero los laxos abusando de esta indulgencia dormían más tiempo de lo que debían, porque no había necesidad alguna de reunirse que los obligase antes de la hora de Tercia á salir de sus celdas, ó á levantarse de su cama; y así, además de perder el tiempo del trabajo, se ponían también en estado, durmiendo demasiado, de relajarse y quedar sin vigor en lo restante del día y en las otras horas del oficio, particularmente en los días en que siendo más largas las vigiliass los podían fatigar más. Por esto algunos de los más fervorosos de entre los hermanos, á quienes esta negligencia y pereza disgustaban en extremo, hicieron sus quejas á los ancianos, quienes, después de haber discutido largo tiempo la cosa entre ellos y después de grandes deliberaciones, resolvieron que después de los Maitines se dejaría descansar á los religiosos hasta salir el sol, en cuya hora ya no se debía temer que se volvieran á acostar, y que entonces se les llamaría para que todos juntos fueran á cumplir con este nuevo oficio.

« Así, después de haber recitado tres salmos y tres oraciones, que es el número ordenado en Tercia y en Sexta para indicar una triple confesión, ponían fin á su sueño y

comenzaban al mismo tiempo su trabajo. Pero aunque este reglamento no hubiese sido establecido de nuevo más que por ocasión y solamente por la razón que indicamos, sin embargo completó admirablemente á la letra este número misterioso de que nos habla David : Yo os he alabado siete veces al día á causa de los juicios de vuestra justicia. (Psal. 118) ; pues es evidente que con este nuevo oficio los religiosos se reunían siete veces al día para alabar á Dios. »

Tal fué el origen del oficio de Prima que hoy día forma parte de las Horas canónicas. Su institución se hizo en el monasterio de Casiano, pero su uso no se estableció en otras partes más que poco á poco, resistiéndose los antiguos monasterios á admitirlo á causa de su novedad, y no queriendo cambiar nada en su disciplina. Con el tiempo se hizo general ; y cuando Casiano escribía sus *Instituciones*, estaba en vigor en las provincias de Occidente, como él lo dice expresamente en el capítulo que acabamos de citar.

Aquí tomaremos ocasión para hablar de la muerte de los santos solitarios del desierto de Thecue, de que Casiano hace el objeto de la sexta conferencia con el abad Teodoro. De estos solitarios sólo sabemos lo que él escribió, y los continuadores de Bolando nada más encontraron. Ahí va la relación muy lacónica de Casiano : « En el lugar de la Palestina, dice, que está próximo á la aldea de Thecue, honrado en otro tiempo con el nacimiento del profeta Amós, hay una vasta soledad que se extiende hasta la Arabia y el mar Muerto, en el cual se pierden las aguas del Jordán y se confunden con las cenizas de Sodoma. En este desierto moraron muy largo tiempo los excelentes anacoretas, que, después de una vida muy santa, fueron cruelmente muertos por los Sarracenos que recorrían y saqueaban toda la provincia. Es verdad que después de su muerte todo el mundo les manifestó el respeto que les tenían durante su vida. Los obispos del país y todo el pueblo de la

Arabia fueron á buscar sus cuerpos con una veneración profunda, y los colocaron entre las reliquias de los mártires. La estimación en que se tenía su santidad llegaba á tal punto, que una infinidad de personas de las dos villas vecinas salieron con las armas, y se declararon mutuamente la guerra, disputando cada una de ellas con la punta de la espada de quien sería el cuerpo de estos gloriosos anacoretas. Su devoción les hizo exponer audazmente su vida para sostener el derecho que pretendían sobre estas preciosas reliquias. Los unos decían que les eran debidas por el derecho de vecindario, y los otros que les pertenecían por el derecho de nacimiento. » Esto es cuanto Casiano nos ha dejado de estos santos ermitaños coronados por el martirio, y á quienes la Iglesia reconoce como tales en su Martirologio el 28 de mayo.

Los continuadores de Bolando confiesan que no habiendo Casiano nombrado las dos villas que se disputaban sus sagradas reliquias, no se puede saber cual de las dos les dió nacimiento y en donde estaba precisamente su monasterio. Él no ha hablado de ellos en la vida de san Eutimio, ni en otra parte, por más que allí se haya hecho mención de la aldea de Thecue. Tampoco ha dicho nada de ellos en el díptico de san Sabas, ni en los otros libros destinados para los oficios, eclesiásticos de los monasterios de Palestina. Se presume que este silencio proviene de que habiendo sido distribuidas sus reliquias entre diferentes lugares, y destruido de raíz su monasterio, se había perdido su memoria, no habiendo nadie escrito su historia; y en el transcurso del tiempo habiendo este país caído enteramente bajo el dominio de los Sarracenos, no restó vestigio alguno quedando del todo olvidadas. Nos falta notar que el martirio de estos Santos sucedió hácia el fin del siglo cuarto; lo que prueba que ya entonces se profesaba una veneración especial á las reliquias de los santos.

Nos falta hablar de la vida monástica de san Jerónimo. No entraremos en detalles sobre sus otras acciones que están fuera de nuestro propósito. Por más que sea un egregio doctor de la Iglesia, aquí sólo lo consideraremos como solitario. Era de Stridon en Dalmacia, en donde nació hacia el año 329 ; pero hizo sus principales estudios en Roma bajo el famoso Donato, gramático. Después de haber sido bautizado, viajó por la Francia, se detuvo algún tiempo en Treves, pasando después á Aquilea en donde conoció á san Valeriano, obispo de esta ciudad, y á otros excelentes personajes, entre los cuales se nombran al sacerdote Chromacio, los diáconos Jovinio y Eusebio, el subdiácono Niceas y los monjes Florente, Bonasio, Rufino, Crisógono. Su extremo amor al estudio se había divulgado mucho en Roma por sus progresos ; y también para perfeccionarse en él hizo su viaje á las Galias. Su aplicación no sólo había servido para enriquecer su espíritu con los bellos conocimientos de la literatura, había sido un medio de retirarlo de las ocasiones en las cuales la juventud licenciosa hace á veces tristes naufragios. También después que hubo recibido el santo bautismo, Dios le hizo la gracia de vivir en una grande abstinencia, y de santificar sus estudios con la virtud. Entre sus prácticas de piedad durante su permanencia en Roma sobresale la de ir todos los domingos con sus compañeros á visitar las reliquias de los Santos en las catacumbas del alrededor de esta ciudad.

Antes de dejar á Aquilea deliberó largo tiempo sobre el lugar que escogería para vivir en el retiro y aplicarse más apaciblemente al estudio. En su patria no hubiera encontrado medios para ello, donde habría sido demasiado importunado por las gentes que pensaban totalmente diferente que él. En Roma era demasiado conocido ; emprendió, pues, el viaje á Oriente, resuelto á establecerse allí. Evagrio, Inocencio y Heliodoro le siguieron, y él no se llevó más que

los libros de que ya había hecho una elección. Después de haber recorrido la Tracia, el Ponto, la Bitinia, la Galacia, la Capadocia, la Cilicia, y de haber permanecido algún tiempo en Tarso lugar del nacimiento de san Pablo, pasó á Antioquía y se retiró en el desierto de Chalcis sobre los confines de la Siria y de la Arabia en donde abrazó la profesión monástica.

Allí tuvo por compañeros á Inocencio, á Heliodoro, é Hylas. El sacerdote Evagrio se había quedado en Antioquía, desde donde le mandaba las cartas que le dirigían de diferentes lugares. Para adelantar en este nuevo género de vida se recomendó á las oraciones de san Teodosio y de algunos otros santos solitarios de Siria, á quienes había visto pasando cuando meditaba su retiro. « Yo bien querría, les dijo, estar ahora con vosotros ; y aunque indigno de veros, me alegraría muchísimo de abrazar á toda vuestra santa comunidad. Yo vería una soledad más agradable que todas las soledades del mundo, y unos desiertos habitados como el paraíso terrenal, por una multitud de santos. Pero, ya que un pecador tan grande como yo no merece vivir en vuestra compañía, os suplico al menos que roguéis á Dios para que me libre de las tinieblas de este mundo, y esté yo seguro que podré sostener esta gracia por mí. Os lo dije ya con mi boca, y aun hoy os lo repito ; nada hay que yo desee con tanta pasión como verme libre de la servidumbre del siglo.... Me parece que un vasto mar me rodea por todos lados, y en la situación en que me hallo no sabría adelantar ni retroceder. De vuestras oraciones, pues, aguardo el viento favorable del Espíritu Santo para continuar mi curso y llegar felizmente al puerto. »

El desierto de Chalcis fué este puerto en donde se retiró ; pero después de haber gustado en él por algún tiempo la calma de la soledad, el Señor, que quería probarlo y santificarlo con la tribulación, temperó las dulzuras de su des-

canso con grandes amarguras. La muerte le arrebató á Inocencio é Hylas, y su amado Heliodoro lo dejó para volverse á Italia. A estas tristes separaciones que hicieron sufrir mucho á su corazón, sucedieron diversas enfermedades de que fué atacado ; y en fin, en el intèrvalo de estos males fué atormentado por tentaciones muy fastidiosas, causadas por el recuerdo de las delicias de Roma, que hería su espíritu muy vivamente. Lo explica así á la virgen Eustoquia en la excelente carta que le escribió sobre la virginidad, y que movió mucho ruido en Roma cuando allí se publicó.

« En el tiempo, dice, que yo moraba en el desierto y vivía en aquella vasta soledad, que, abrasada por los ardores del sol, nada hay más horrible para los solitarios que la habitan, ¿ cuantas veces me imaginé estar en Roma en medio de las delicias? Así cuando estaba todo solo en el fondo de mi retiro, sumergido en un abismo de amargura, revestido de un saco cuya sola vista horrorizaba á la naturaleza, y que servía para cubrir un cuerpo todo desfigurado y una piel toda negra, semejante á la de un Etiope, toda mi ocupación consistía en pasar los días y las noches en lágrimas y gemidos, estaba rendido de sueño, y á pesar mío obligado á sucumbir dejaba caer sobre la tierra nuda un cuerpo que, no era mas que un verdadero esqueleto. Nada os digo de mi nutrición, pues en el desierto los enfermos mismos no beben mas que agua, y se imaginan que hay delicadeza y sensualidad en comer alguna cosa cocida. Encerrado, pues, como estaba en esta especie de cárcel, á la cual voluntariamente me había condenado para evitar los fuegos del infierno, y no teniendo por toda compañía más que los escorpiones y las bestias feroces, no dejaba de hallarme con frecuencia en espíritu en medio de las damas romanas: bajo un aspecto deshecho y abatido por un continuo ayuno, ocultaba un corazón agitado por malos deseos; en un cuerpo todo de hielo y en una carne

ya muerta antes de la entera destrucción del hombre, la concupiscencia entretenía un fuego que nada podía apagarlo.

« Viéndome, pues, sin esperanza y sin recurso, me echaba á los piés de Jesucristo, regándolos con mis lágrimas, enjugándolos con mis cabellos, y pasando las semanas enteras sin comer á fin de domar mi carne rebelde y someterla al espíritu. Con mucha frecuencia pasé los días y las noches gritando é hiriendo mi pecho, hasta que el Señor disipando la tempestad volvió la calma en mi corazón. Yo temía entrar en mi celda que había visto nacer tantos pensamientos perversos. Animado contra mí mismo de una justa cólera, y tratando mi cuerpo con la última severidad, mi introducía solo en el desierto; y si encontraba algún valle profundo, alguna alta montaña, alguna roca escarpada, pronto lo convertía en un lugar de oración y como en una especie de carcel en donde encadenaba mi miserable carne. Allí, abismado en mis lágrimas y teniendo sin cesar los ojos elevados al cielo, algunas veces me imaginaba estar en compañía de los ángeles, y en los trasportes de mi alegría cantaba: *Nosotros corremos detrás devos atraídos por el olor de vuestros perfumes* (Cant. 1^o). »

Este gran Santo, en el extracto que acabamos de hacer de su carta con las tentaciones que sufría nos demuestra cuan laboriosa y penitente era su vida; nos indica cuales eran sus vigiliias, sus ayunos, sus posternamientos á los piés de Jesucristo, sus largas oraciones, sus combates contra las revoluciones de la carne, sus recursos entonces á la oración; y como Dios, favorable á sus suspiros y á sus lágrimas, volvía la tranquilidad á su corazón, y hacía suceder á la turbación y al dolor la santa alegría de su espíritu consolador.

Para deshacerse de estos pensamientos que le asediaban, añadió á sus trabajos el estudio de la lengua hebráica.

Pero acostumbrado á la lectura de Cicerón y de los mejores autores latinos, no podía sin repugnancia entretenerse en los elementos y frioleras de la gramática; de suerte que fatigado por este trabajo, lo dejaba y lo iba tomando por intervalos, rehaciéndose de su fastidio en las bellas letras que no había abandonado á pesar del rigor de su penitencia. Mas Dios, que quería hacer de él uno de los más profundos intérpretes de la Escritura para la utilidad de su Iglesia, le envió una fiebre violenta, durante la cual tuvo una visión, en la que le hizo conocer cuanto le desagradaba este gusto por los autores profanos, y la cuenta rígurosa que de ello daría un día, si continuaba aplicándose á ellos con un ardor tan poco conveniente á su estado de solitario. En la misma carta á la virgen Eustoquia habla del asunto así (Ep. 22): « Tal era mi miseria y el exceso de mi pasión, que después de haberlo dejado todo para servir á Dios y ganar el reino del cielo, me llevaba los libros que había recogido en Roma con mucho cuidado y trabajo, de que no podía desprenderme. Ayunaba y leía á Ciceron: y después de largas y frecuentes vigiliás, después de haber derramado torrentes de lágrimas, que el recuerdo de mis pecados hacía manar del fondo de mi corazón, me ponía á leer á Platón; y cuando entrando en mí mismo, me aplicaba á la lectura de los profetas, su estilo duro y grosero me repugnaba al momento. Ciego como estaba é incapaz de ver la luz, la tomaba del sol, en lugar de reconocer mi ceguera.

« Seducido, pues, y engañado de la especie por los artificios de la antigua serpiente, tuve hácia la media cuaresma una fiebre que, penetrando hasta el meollo de mi cuerpo, ya debilitado por las contiúuas austeridades, me secó de tal modo, que no me quedaban mas que los huesos. Como mi cuerpo estuviera ya todo frío, y no me quedara más que un resto de vida que el calor natural aun conservaba, se preparaban ya para hacer mis funerales, cuando repentina-

mente en un arrebató de espíritu sentí que me llevaban delante de un tribunal. Allí, cegado por el esplendor con que brillaban todos los que estaban presentes, permaneci prostrado en tierra sin atreverme ni siquiera á levantar los ojos.

« Habiéndome preguntado el juez cual era mi profesión, yo le respondí que era cristiano. « Tú mientes, me dijo entonces, tú no eres cristiano, sino Ciceroniano; pues donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. » Yo me callé al momento, y sintiéndome más herido por los remordimientos de mi conciencia que por los latigazos que me daban, pues había mandado que me azotasen, pensé en este versículo del Salmista: *¿ Quien publicará vuestras alabanzas en el infierno, Señor (Psal. 6)?* También me puse á gritar y á decir gimiendo: *Tened piedad de mí, Señor, tened, piedad de mí (Psal. 56).* Se me oía continuamente hacer esta súplica y dar estos gritos entre los latigazos que descargaban sobre mí. En fin, aquellos que en esta ejecución estaban presentes habiéndose arrojado á los piés del juez, le suplicaron que perdonara mi juventud y que me diera tiempo para hacer penitencia de mi falta, de la cual podría después castigarme severamente, si volvía á leer más los autores profanos.

« En cuanto á mí, que en tal ocasión hubiera querido prometerlo aún cien veces más, empecé á decirle con los mayores juramentos del mundo, tomándole á él mismo por testigo: « Señor, si jamás vuelvo á ver ó leer los libros profanos, consiento que me miréis como á un hombre que ha renegado de vos. » Después de un tal juramento se me puso en libertad; volví al mundo, y á la grande admiración de todos aquellos que rodeaban mi lecho, abrí los ojos derramando tal abundancia de lágrimas, que los más incrédulos estaban convencidos del dolor que sufría; pues no era aquello ni un sueño ni una de esas visiones que nos enga-

ñan durante el sueño. En prueba de ello llamo por testigo á aquel tribunal formidable delante del cual yo me ví prostrado, y á aquel juicio riguroso que tanto horror me causó. Al despertarme sentía aún el dolor de los golpes que me habían dado, y tenía las espaldas todas magulladas. Así, estuve después más apasionado por el estudio de los Libros sagrados, que no lo había estado antes por los autores profanos. »

Sobre el particular se podrían hacer muchas consideraciones ; pues cuando uno gusta más de Cicerón que del Evangelio, parece que ama menos la verdad de Dios que el vano sonido de las palabras de los hombres. No es por solo este lugar de este santo doctor por donde nosotros aprendemos cuan reprehensible es la lectura de los autores profanos en las personas de una profesión santa ; muchos otros santos Padres la han condenado igualmente ; y si algunos Santos han hecho uso de ella, esto no ha sido por un gusto de preferencia sobre la lectura de los libros inspirados, sino para hacerla servir á la religión, como David se sirvió de la espada de Goliath para cortarle la cabeza.

San Jerónimo no moró más que cuatro años en el desierto de Chalcis. El cisma que se formó en Antioquía con motivo de san Paulino y de san Melacio, y la persecución de algunos envidiosos que se atrevieron aún á acusarle de errar en la creencia de la Trinidad, le obligó á retirarse en los alrededores de Jerusalén y á pasar de una soledad á otra. Después se detuvo en Belén, cuya posición, le gustó más ; lo que con el tiempo lo condujo á retirarse del todo allí. Fué obligado á volver de nuevo á Antioquía en donde san Paulino le ordenó de sacerdote ; pero no aceptó este honor, sino á condición que no fuera agregado á ninguna iglesia ni obligado á dejar su profesión de monje. Fué después á Constantinopla para ver á san Gregorio de Nazianza, bajo el cual, como él mismo le testificaba, estudió la Escri-

tura Santa y aprendió la manera de explicarla bien. Habiendo san Gregorio abandonado la ciudad imperial, nuestro Santo volvió á Jérusalen; después hizo con san Paulino y san Epifanio el viaje á Roma, en donde el papa san Dámaso había convocado un concilio. Este santo Pontífice se lo quedó cuando san Paulino y san Epifanio se volvieron, con la intención de servirse de él para escribir cartas y responder á las diferentes consultas de las iglesias.

Entre estas grandes ocupaciones Jerónimo llevaba la vida de un perfecto religioso, y atraía sobre sí todas las miradas de las personas distinguidas por su categoría y por su piedad. Su reputación ya hacía largo tiempo que lo había anunciado en esta capital del mundo, y su presencia confirmó cuanto se había publicado de él de más ventajoso. La santidad de sus costumbres, su humildad, su género de vida austera, todo esto unido á su elocuencia y las grandes luces que había adquirido en las santas Escrituras, le concilió la estimación y el afecto de cuantos podían juzgar del verdadero mérito. Se aprovechó de ello para llevar á muchas personas distinguidas á abrazar la perfección de la vida religiosa. Tuvo también por discípulas en las santas Letras á santa Paula y á muchas otras damas romanas, que bajo su dirección llegaron á ser modelos de santidad.

Pero mientras estaba en tan grande reputación, que no se hablaba de él, fuera en Roma, fuera en las provincias del imperio, sino en los trasportes de admiración, se formó poco á poco contra él una persecución por parte de algunos miembros del clero de Roma, que una baja envidia fomentó; porque su virtud demasiado resplandeciente era la censura de su conducta demasiado desarreglada. Esto junto á su inclinación por el descanso de la soledad, lo determinó, después de la muerte de san Dámaso, á volverse á Palestina con su hermano Pauliniano, más joven que él, de treinta años, y llegó á Jerusalén en lo crudo del invierno.

De allí partió en la primavera para ir á Egipto á visitar los santos solitarios. En Alejandría, entre otros, vió al famoso Didymio. Por fin, de regreso á la Palestina, se estableció en Belén para no moverse más de allí. Santa Paula acompañada de su hija Eustoquia, también había ya llegado á Belén. Ella edificó allí dos grandes monasterios, el uno para hombres, en el cual se retiró san Jerónimo, el otro para las personas de su sexo. El Santo tuvo la dirección de uno y otro. Aquí no entraremos en detalles sobre sus ocupaciones; basta decir en general que todo su tiempo fué repartido en las prácticas de caridad, y las obras que compuso para el servicio de la Iglesia, y que pueden llamarse trabajos inmensos, sea para la inteligencia de la Escritura Santa, sea para combatir diversas herejías que se levantaron en su tiempo, sea por las diversas apologías que se vió obligado á hacer en ocasión de las persecuciones que tuvo que sufrir por parte de algunos herejes. En estos trabajos tan penosos no creyó deber moderar sus austeridades. Vivía siempre en la penitencia monástica; el vigor de su espíritu que siempre conservó todo entero, suplía la flaqueza de su cuerpo, debilitado por los ayunos y gastado por los años.

La piedad atraía de todos los países del mundo un gran número de peregrinos á los santos lugares, particularmente religiosos. Esto aun aumentó después de la toma y del saqueo de Roma por los Godos, llegando muchos hasta Palestina para buscar asilo. Esta afluencia de extranjeros le obligó á engrandecer su monasterio para recibir en él más gente. Envió á su hermano Pauliniano con un amigo á vender lo que le quedaba de las herencias que sus padres le habían dejado; y empleó el producto para el ensanche del edificio. Así añadió la hospitalidad á sus otros trabajos, y sus oficios de caridad absorbiendo una gran parte de su tiempo, sólo le que daba la noche para sus estudios; lo que era un aumento de penitencia.

A esto podemos añadir las funciones de que estaba encargado para el servicio de la iglesia de Belén ; pues Postumiano, que había ido desde las Galias á visitar los santos lugares, y que estuvo seis meses con él, dice que gobernaba la iglesia de Belén ; lo que demuestra que ejercía en ella las funciones eclesiásticas. Postumiano también visitó las soledades de Egipto, el cual habiendo vuelto á Francia, pidió la pluma á Sulpicio-Severo para trazar la corta relación de su viaje que tenemos en la *Coleccion de las Vidas de los Padres de los Desiertos*. En fin san Jerónimo, egregio doctor de la Iglesia, como justamente está calificado en la oración de su oficio, y gloria y ornamento del estado monástico, murió en Belén tan gastado por sus trabajos y por el rigor de su penitencia, como por el número de sus años. Su muerte estendió el duelo por toda la Iglesia, la cual no se pudo consolar sino por el tesoro que le dejó en las obras que había escrito para ella. Se ha cuestionado sobre la duración de su vida. San Próspero le da noventa y un años ; otros más, y otros menos. Es difícil fijarse en esta diversidad de opiniones.

Además de haber escrito este santo doctor para la Iglesia en general, trabajó también en particular con mucho celo para las personas engolfadas en el estado monástico y para las vírgenes cristianas. Escribiendo las vidas de san Pablo ermitaño, de san Hilarión y de muchas santas, les dió modelos de la perfección religiosa. La historia de san Malch, que pondremos en su lugar, contiene también bellas instrucciones. Tradujo al latin las reglas de san Pacomio, de san Teodoro y de Orsio en favor de los monjes latinos que moraban en la Tebaida, en el Egipto, y particularmente en el monasterio de Metaneo, quienes no entendían ni el griego, ni el egipcio ; y esta traducción, que el sacerdote Leoncio con muchos otros hermanos le había ido á pedir en nombre de otros, sirvió también para los monjes de Si-

ria y las religiosas del monasterio de santa Paula, que ya había muerto cuando él la empezó ; pero santa Eustoquia se encontraba en él. Hemos visto en la disciplina de los monasterios de Tebas de que utilidad podía ser la colección edificante de estas reglas.

Heliodoro, quien, como hemos dicho, desde Roma había ido con él á Palestina, y quien volvió después á su patria, le dió motivo de escribir una carta en la cual le representa con mucha viveza y elocuencia las ventajas de la vida solitaria, y como se debe ser fiel en seguir esta vocación cuando uno la ha abrazado. Empieza con los reproches que su amistad le hacia más bien que su celo ; en seguida le exhorta en estos términos á dejar su pais para ir á su desierto : « Soldado cobarde, ¿ que hacéis en la casa de vuestro padre ? ¿ Que trincheras construís ahí para fortificaros contra vuestros enemigos. ? ¿ Que inviernos pasáis bajo esas tiendas y pabellones?... Acordaos del día en que por el bautismo os inscribisteis á la milicia de Jesucristo ; entonces prestasteis juramento de serle fiel, y de no perdonar ni á vuestros padres cuando se trata de su servicio.

« El demonio ya está haciendo sus esfuerzos para ahogar á Jesucristo dentro de vuestro corazón, y los enemigos de vuestra salvación ven con disgusto entre vuestras manos el sueldo que recibisteis cuando os comprometisteis á su servicio. Por más esfuerzos que vuestro padre, vuestra madre, vuestra hermana, vuestro sobrino, hagan para reteneros, seguid con ojo seco el estandarte de la cruz... Tampoco yo soy insensible ; tampoco tengo un corazón incapaz de dejarse emocionar ; sin embargo he pasado como vos por todas estas pruebas... Pero cuando uno ama verdaderamente á Dios, y teme las penas del infierno, no encuentra dificultad en romper estos lazos... Tal vez me diréis : Es, pues, imposible morar en las ciudades sin dejar de ser cristiano. Vos no estáis, hermano mio, en las mismas

condiciones que los otros. Escuchad lo que os dice el Hijo de Dios : *Si queréis ser perfecto, id, vended cuanto tenéis, y dad su precio á los pobres ; después, venid y seguidme* (Matth. 19). Vos habéis hecho voto de tender á la perfección ; pues cuando abandonasteis el siglo os comprometisteis al mismo tiempo á una vida perfecta. Luego un perfecto servidor de Jesucristo no debe tener otra profesión que el mismo Jesucristo ; ó si posee alguna cosa con él, deja de ser perfecto...

« No dejaréis de replicarme que vos nada poseís ; pero si esto es así, ¿ por que no combatis, ya que este desprendimiento universal os vuelve tan apto para el combate ? Tal vez creéis poder cumplir todos estos deberes en vuestra patria ; ¿ pero no sabéis que el salvador del mundo no hizo milagros en la suya ? de ahí debéis concluir que un solitario que permanece siempre en su país jamás puede elevarse á la perfección de su estado.

« Después de haberos librado de esta estacada, no faltareis en prevaleceros del ejemplo de los eclesiásticos ; y como ellos moran en su ciudad, vos querréis ver si yo me atreveré á condenar su conducta : á Dios no le gusta que yo hable mal de aquellos que en la Iglesia tienen la plaza de Apóstoles... Si vuestros hermanos con sus piadosas sollicitaciones os hacen comprometer á tomar el orden del sacerdocio, yo me alegraré de vuestra elevación, pero temeré vuestra caída... Colocaos, pues, mi querido hermano, en el último lugar, á fin de que os hagan subir más arriba cuando llegue alguno menos distinguido que vos (Luc. 14)... Si un solitario cae, el sacerdote rogará por él ; pero ¿ quien rogará por el sacerdote, si él mismo llega á caer ?

« ¡ Oh desierto siempre esmaltado de las flores de Jesucristo ! ¡ Oh soledad de donde se sacan las piedras que sirven para edificar esta ciudad del gran Rey, de que hablan san Juan en su *Apocalypsis* ! ¡ Oh desierto en donde se goza

la ventaja de conversar más familiarmente con Dios ! ¿ Que hacéis, pues, en el mundo, hermano mio, vos que sois más grande que el mundo ? ¿ Hasta cuando permaneceréis en la sombra de las casas ? ¿ Hasta cuando estaréis encerrado en las ciudades de donde se levanta sin cesar un negro humo ? Creedme, me parece estar aquí como en un nuevo día. Descargado como estoy del grave peso de mi cuerpo, me gozo en volar sobre un aire más sereno y más puro.

« ¿ Qué teméis en la soledad ? la pobreza ? Jesucristo llama á los pobres bienaventurados ; ¿ al trabajo ? no se corona á los atletas sino después de haber combatido hasta á meterse en el agua. ¿ Os inquieta tal vez el cuidado de vuestra nutrición ? la fé no teme al hambre. ¿ Teméis el acostaros sobre la dura tierra, y amortiguar vuestro cuerpo ya enflaquecido y deshecho por una larga abstinencia ? el Salvador descausará en ella con vos. ¿ No podriais sufrir una cabeza descompuesta y unos cabellos desaliñados ? El apóstol san Pablo nos enseña que Jesucristo es la cabeza del hombre (I Cor). ¿ La vasta extensión de una horrorosa soledad os hace temer ? no tenéis más que pasearos en espíritu por el paraíso ; y desde el momento que hayáis elevado á él vuestros pensamientos, ya no estaréis más en el desierto. ¿ Teméis que faltándoos el baño, vuestra piel se arrugue y se vuelva demasiado dura ? una vez que uno se ha lavado en Jesucristo, ya no tiene necesidad de lavarse más. En una palabra, escuchad como san Pablo responde á todas vuestras dificultades : *Todos los sufrimientos de la vida presente no tienen comparación alguna con aquella gloria que un día será descubierta en nosotros* (Rom. 3). »

San Paulino después de haber distribuido sus grandes bienes á los pobres y haber abrazado la pobreza voluntaria, pidió á san Jerónimo reglas para vivir santamente en su nuevo estado. El Santo quien en otra carta le había exhortado á romper enteramente con el mundo para consagrarse

á Dios sin reserva, le dijo en su respuesta que uno no merece alabanzas por haber estado en Jerusalén, á donde deseaba ir y de cuya mansión lo felicitaba, sino por haber vivido bien allí ; que se debe juzgar de cada fiel en particular, no por el lugar en donde reside, sino por el mérito de su fé ; que el cielo es igualmente para los ciudadanos de Jerusalén que para los habitantes de la Gran Bretaña, porque el *reino de Dios*, dice Jesucristo, *está dentro de nosotros* (Luc. 17) ; que san Antonio y una infinidad de solitarios del Egipto, de la Mesopotamia, del Ponto, de la Capadocia, de la Armenia, no habían dejado de ir al cielo sin haber visto Jerusalén, y que san Hilarión nacido en la Palestina, no había ido más que una vez y sólo estuvo un día. « Podéis pues, continua, sin detrimento de vuestra fé pasar sin ver la ciudad de Jerusalén. Pero después de haberos apartado, por el estado que habéis elegido, de la multitud y del tumulto de las ciudades, todo vuestro afán debe consistir en vivir en la campiña, en buscar á Jesucristo en el retiro, en orar solo con él sobre la montaña, y no buscar otro vecindario que el de los santos lugares, á fin de renunciar enteramente á las ciudades y permanecer constantemente adepto á vuestro estado... Imitemos á los maestros de la vida solitaria que profesamos ; es decir, á los Pablos, á los Antonios, Julianes, Macarios y á los Hilariónes ; y pasando á la autoridad de las Santas Escrituras, reconozcamos por nuestros maestros á Elías, Eliseo y á los hijos de los profetas, quienes, siempre retirados en la campiña y viviendo en la soledad, se fabricaban cabañas sobre la orilla del Jordán.

« Huid las compañías, los festines, los vanos cumplimientos y las complacencias afectadas de los hombres del mundo, como otras tantas cadenas que sólo sirven para haceros esclavos del vicio ; comed en la noche un poco de yerbas y de legumbres ; que esto sea para vosotros más de-

licioso que el comer el pescado más exquisito. Cuando uno se nutre de Jesucristo y dirige hacia él todos los deseos de su corazón, poco le importa la calidad de alimentos con que nutre su cuerpo... Aplicaos siempre á la lectura de la Escritura Santa; orad á menudo; postrado delante de Dios elevad á él todos vuestros pensamientos; velad con frecuencia y acostaos algunas veces sin haber comido... No os envanezcáis por vestir pobremente; no tengáis trato alguno con las gentes del mundo, y particularmente con los grandes. ¿Qué necesidad tenéis de ver con frecuencia aquello que menospreciasteis para abrazar la vida monástica?

San Jerónimo, después de haber exhortado á Heliodoro á que volviera á la soledad, y trazado á san Paulino, después obispo de Nolas, las reglas de un verdadero solitario, escribiendo al monje Rustiquio, que era Galo y originario de Marsella, le habla de la vida cenobítica y de la conducta que en ella debe guardar. Le indica en estos términos los deberes generales de la vida monástica: « (Ep. 4). Si queréis, pues, le dice, ser un verdadero solitario, y no contentaros con tener sólo las apariencias de tal, os debéis ocupar únicamente del negocio de vuestra salvación, y no enredaros con los intereses de vuestra familia; pues renunciando á ellos es como empezasteis á ser lo que sois hoy día. Haced aparecer en un exterior descuidado la belleza de un corazón puro é inocente, y dad á conocer por la pobreza de vuestros vestidos cuánto menospreciáis todo aquello que el mundo estima, pero de manera que la vanidad no tome parte en ello, y que vuestras palabras concuerden siempre con vuestro hábito.

« Observad el ayuno, y no busquéis el regalo del cuerpo con el uso de los baños. Moderaos sin embargo en vuestros ayunos, y usadlos con discreción, temiendo que una excesiva abstinencia os debilitara demasiado el estómago,

y después os obligase á comer más de lo ordinario. Un poco de alimento tomado con moderación es provechoso al alma y al cuerpo... Mientras permaneceréis en vuestro país, mirad á vuestra celda como un paraíso terrestre. Id á coger en la Escritura Santa los diferentes frutos que produce ; haced de ella vuestras delicias, y aplicaos siempre á la lectura de estos libros divinos. Ocupaos únicamente del cuidado de vuestra alma, y sacrificadle todo lo restante.

« Como se trata de informar é instruir en vos á un joven solitario, quien, después de haber empleado su juventud en el estudio de las bellas letras, ahora ha cargado con el yugo de Jesucristo, es necesario examinar si os es más ventajoso el vivir particularmente en la soledad, que en comunidad dentro de un monasterio. Por lo que á mí toca, os aconsejo que os pongáis en compañía de los santos, que no os conduzcáis por vuestras propias luces, y que no os engolféis sin guía en los senderos que os son desconocidos... De ningún modo pretendo condenar la vida solitaria, yo que tantas veces la he elogiado ; sino que quiero que uno no entre en el desierto sino después de haberse bien ejercitado en los combates espirituales del monasterio ; quiero que antes haya dado pruebas de buenas costumbres y de conducta virtuosa ; no quiero que uno se eleve por encima de los otros por la excelencia del estado de anacoreta, sin que antes se haya hecho el último de todos en la sociedad de los hermanos ; quiero en fin que ese tal no se deje abatir por el hambre, ni vencer por la intemperancia, que se goze en la pobreza, que se vea en sus ademanes, en sus palabras, en sus mismos pasos una imagen de todas las virtudes...

« Tened siempre algún libro entre las manos ; aprended el Salterio de memoria, rogad sin cesar ; velad exactamente sobre vuestros sentidos ; no os ocupéis en vanos pensamientos ; que todo en vos se eleve á Dios ; ahogad

con la paciencia los movimientos de la cólera ; amad el estudio de la Santa Escritura ; arrojad de vuestro espíritu todo aquello que os pueda turbar ; estad siempre ocupado y haced de manera que el demonio nunca os halle ocioso. Si los Apóstoles trabajaban con las manos para no ser gravosos á los otros, ¿ porque no haréis vos lo mismo ? Trabajad, pues, haciendo cestas de junco, ó espueñas de palmera, ó surcando la tierra, ó cultivando un jardin... ó haciendo redes para pescar, ó transcribiendo libros, á fin de que todo á la vez podáis nutrir el cuerpo con el trabajo de las manos, y saturar el alma con las buenas lecturas. Todo hombre que vive en la ociosidad ordinariamente es presa de una infinidad de deseos. Es costumbre establecida en los monasterios de Egipto el no recibir gentes incapaces de trabajar con las manos ; y esto no es tanto para subvenir las necesidades del cuerpo, como para proveer para las del alma, é impedir que un solitario se abandone á pensamientos vanos y peligrosos.

« Sobre esto os diré lo que yo mismo ví en Egipto. Había en un monasterio un joven solitario, Griego de nación, que sufría tremendas tentaciones, cuya violencia no eran capaces de mitigar los ayunos más rigurosos y los trabajos más penibles. Su superior temiendo que sucumbiera, se sirvió de este medio para librarlo de ellas. Ordenó á uno de los ancianos que lo maltratase sin cesar, y que después de haberlo injuriado mucho, aun fuese el primero en quejarse de él. Entonces hacían comparecer testigos que pusieran siempre en favor del anciano, de suerte que este pobre hermano lloraba mucho por estas calumnias, y porque no había persona que atestiguara la verdad. Solo el superior se interesaba por él, temiendo se dejase arrastrar por un exceso de tristeza. Esta aparente persecución duró un año. Después le preguntaron si estaba siempre atormentado de aquellos pensamientos que antes tantas penas

le causaban. « ¡ Ay de mi ! respondió, ¿ cómo podré pensar en el mal, cuando ni siquiera tengo tiempo para respirar ? » Si este joven hubiese estado solo, ¿ quién le hubiera ayudado á vencer sus tentaciones ?

« Yo no quiero fastidiaros con un extenso detalle, continúa san Jerónimo, sólo pretendo haceros ver con esto que no debéis ser dueño de vuestras acciones, sino vivir en monasterio bajo la dirección de un superior y en compañía de muchos, á fin de que podáis aprender del uno, á vivir en la humildad ; del otro á practicar la paciencia ; de éste á guardar el silencio ; de aquél á ser dulce y pacífico. Entonces no tendréis la libertad de hacer cuanto os guste ; sino que estaréis obligado á comer lo que os presentan, á no tener más que lo que habreis recibido, á llevar los hábitos que os entreguen, á hacer todos los días el trabajo que os prescriban, á obedecer á pesar vuestro á las personas que no os simpaticen, á acostaros todos los días rendido de cansancio, á dormir como corriendo, y á salir de la cama antes de haber descansado bastante. También cantaréis los salmos cuando os toque ; y entonces no buscaréis halagar vuestros oídos, sino inflamar el corazón... Estas diferentes ocupaciones os pondrán á cubierto de las tentaciones, y haciendo suceder un trabajo á otro trabajo, no os ocuparéis más que de aquello que debéis hacer. »

San Jerónimo escribió cartas á personas de diferentes condiciones, y les dió reglas de conducta admirables para santificarse en su estado. Los obispos, los eclesiásticos de todas las graduaciones, las personas casadas, las viudas, todas han hallado en sus escritos instrucciones y consejos que no han tenido más que seguir fielmente para hacerse perfectos. Por ejemplo escribiendo á Heliodoro obispo de Altino, para consolarle de la muerte de su sobrino, Nepociano, dice estas bellas palabras : « Todos los fieles tienen los ojos sobre su obispo. Su casa, su conducta son obser-

vadas por todo el mundo. Debe servir de ejemplo á toda la Iglesia, y no hay persona que no crea poder hacer lo que él hace. » También había escrito á Nepociano cuando vivía, este consejo entre otros, hablando de los eclesiásticos : « La palabra griega *cleros* significa suerte y parte. Se da, pues, el nombre de *clérigo* á los eclesiásticos, ó porque están consagrados al Señor, ó porque el Señor es su porción. Luego aquél que pertenece al Señor ó que tiene al Señor por su porción, debe vivir como un hombre que posee al Señor y en quien el Señor habita. » También se puede ver lo que escribió á la viuda Furia, de la ilustre y antigua familia de los Camilos, refiriéndose á los deberes de una viuda cristiana ; y á Leta, indicándole el modo como debía conservar su hija, la joven Paula, en la inocencia, para consagrarla al Señor. Nada hay más sabio y más piadoso que el consejo que da al efecto.

En fin, parece que san Jerónimo sale de sí mismo cuando escribe en favor de la virginidad, y cuando da preceptos á las vírgenes cristianas. Traspasaríamos nuestros límites, si quisiéramos relatar cuanto ha dicho sobre este estado angelical y sobre los deberes que encierra. Se puede leer su carta á Eustoquia y á Demetriades para instruirse más sobre el particular. Bastará notar en general que ensalza el estado de las vírgenes hasta á compararlas á los apóstoles y á los mártires ; que ellas están tanto más conformes á Jesucristo, cuanto que este divino Salvador es su jefe y el autor de su virginidad. Les recomienda sobre todo que renuncien las vanidades del siglo, que huyan la compañía de las jóvenes mundanas y las comidas deliciosas, que vivan en el retiro, que salgan raras veces y sólo por necesidad, que se apliquen á las lecturas santas, y mortifiquen sus sentidos, que amen el trabajo y que huyan las conversaciones inútiles ; que vivan en tan grande modestia ; que con su virtud inspiren á los otros el aprecio y el amor de

la castidad. Por fin, dice estas hermosas palabras que contienen toda la santidad de una virgen cristiana : « Es necesario que una esposa de Jesucristo, semejante al arca de la alianza, esté siempre dorada por dentro y por fuera ; ella debe ser la depositaria de la ley del Señor ; y á la manera que el arca sólo contenía las tablas del Testamento, así ella debe echar de su espíritu la idea de todas las cosas exteriores y sensibles. Sobre esta apropiación, como sobre las alas de los querubines, el Señor viene á sentarse. »

SANTA PAULA.

No debemos buscar en otra parte más que en san Jerónimo lo que vamos á decir de la célebre santa Paula, ya que este gran doctor habla de ella no sólo como autor contemporáneo, sino también como testigo ocular ; ya que era el depositario de sus sentimientos interiores y de las santas disposiciones de su alma ; quien, en el elogio que de ella hace, toma dos veces á Jesucristo por testigo de que, bien lejos de darle alabanzas lisonjeras é interesadas, sólo hace justicia á su virtud, y que cuanto de la misma dice se queda muy por debajo de su mérito.

No había familia romana tan antigua y tan ilustre como la de esta santa dama. Su padre Rogato pasaba en la Grecia misma como descendiente del famoso Agamenón, quien sepultó á Troya bajo sus ruinas ; y su madre Blesilia descendía de los Escipiones, de los Gracos y de Pablo Emilio ; por esto se le dió el nombre de Paula. Nació el 5 de mayo del año 347, bajo el reinado de los hijos del gran Constantino. La nobleza de su estirpe venía sostenida por

inmensas riquezas ; así hallaba reunidas en su casa las grandezas y la opulencia ; lo que le hizo más recomendable fué su mérito personal ; lo que hizo decir á San Jerónimo, que sin detenerse en estas cualidades exteriores, para alabarla dignamente no bastaba sacar del fondo de su propio corazón la materia de su elogio.

Estando en edad de presentarse al mundo, se casó con Toxocio, quien descendía de Eneas y de la familia de los Julios, y por esto llevaba también el nombre Julio, que igualmente se dió á su hija Eustoquia.

La conducta de santa Paula en su matrimonio no sólo edificó á su marido y á sus parientes, más aún á toda la ciudad de Roma. Tuvo cinco hijos, cuatro hembras y un varón, quien llevó el nombre de su padre. Las hijas fueron Blesilia, que murió cuando san Jerónimo estaba en Roma ; Paulina, que casó con Pamaquio ; Eustoquia, de la cual hablaremos en el capítulo siguiente, y Rufina, que aún muy joven fué arrebatada por una muerte precipitada.

Después de esta dichosa fecundidad con que Dios bendijo su matrimonio, quedó viuda hacia la edad de treinta y dos años. La pérdida de su marido la afligió de tal manera, que creyó morir por la violencia de su dolor ; y san Jerónimo confiesa que aquello que podía ser loado en otras como una virtud, en esta santa no podía formar objeto de elogio, porque parece había en ello exceso, ya en esta ocasión ya también cuando perdió algunas de sus hijas. Pero en cuanto se afligía por la muerte de los suyos, en tanto se regocijaba cuando tenía noticia de sus progresos en las virtudes cristianas. Por otra parte, se puede decir que los sentimientos de dolor que sufría eran más naturales que voluntarios, pues además de recurrir á Dios para pedirle el espíritu de conformidad, producía actos de la misma con todo su corazón, á pesar de la sensibilidad de la ternura maternal. Bien pronto veremos las señales heróicas que

dió de su fidelidad en seguir los senderos de Dios con preferencia á todo cuanto la podía atraer sobre la tierra. Así san Jerónimo, que nos habla de la grandeza de su aflicción en la muerte de Toxocio, añade que al mismo tiempo se consagró al servicio de Jesucristo con tanto fervor, que parecía que había deseado la muerte de su esposo para servir á Dios con mayor libertad.

Como durante su matrimonio había cumplido todos los deberes de una dama cristiana, así después de la muerte de su marido practicó en una alta perfección las virtudes que san Pablo recomienda á las viudas. « Ella fué modelo de castidad para todas las damas romanas, entonces mismo que todavía estaba engolfada en el comercio del mundo, en el cual vivió siempre de una manera tan exacta y regular, que la maledicencia jamás pudo emprender el menor atentado contra su reputación. Poseía un fondo inagotable de bondad, y trataba á las gentes más plebeyas con una dulzura arrebatadora. ¿ Veía un pobre? ella le auxiliaba en su miseria. ¿ Se encontraba con un hombre rico? ella le exhortaba á hacer limosna. Tal era su conducta siendo casada.

Pero en su viudez, encontrándose más libre para disponer de sus grandes riquezas en favor de los afligidos, los repartía con una santa profusión, buscando, por decirlo así, empobrecerse ella misma y despojarse voluntariamente para socorrer á los miembros de Jesucristo. « ¿ Se ha muerto un pobre, exclamó san Jerónimo, por el cual no haya ella providenciado todo lo necesario para sepultarlo? ¿ Ha habido un enfermo á quien ella no haya socorrido en sus necesidades? Siempre ocupada en buscar y descubrir todos los pobres de la ciudad, se consideraba desdichada si otros más que ella los auxiliaban en sus enfermedades, ó los socorrían en sus miserias. »

Por fin, sus profusiones eran tan grandes, que este Santo creyó deberle hacer presente que él las consideraba excesi-

vas, y que san Pablo había dicho: *Yo no quiero decir que los otros sean auxiliados y que vosotros quedéis sobre cargados ; sino que para quitar la desigualdad que hay entre vosotros, vuestra abundancia supla ahora su pobreza, á fin de que un día vuestra pobreza sea socorrida por su abundancia* (Cor, 3). « Pero, dice este santo Doctor, ella con una modestia admirable destruía en pocas palabras todas las razones que yo le alegaba, tomando á Dios por testigo de que ella sólo á él buscaba, y que hubiera deseado morir pidiendo limosna, y quedar reducida á una pobreza tan grande, que fuese obligada á pedir prestado hasta un paño para sepultarla.

« Por el ardor de la fe, añade este Santo, se levantaba por encima de todos los cuidados que inspira el interés. Ella se unía al Salvador con todo su corazón, siguiéndole pobre en un desprendimiento perfecto de todas las cosas de la tierra, volviéndole cuanto había recibido de su liberalidad, y reduciéndose por su amor á una pobreza extrema. »

En cuanto su caridad la hacía partícipe de las penas de los otros, en tanto su amor á la mortificación la hacía dura para consigo misma. Con sus limosnas se despojaba por el amor de Jesucristo, y por un efecto de este mismo amor, se crucificaba con él por los rigores de la penitencia. No tenemos más que seguir á san Jerónimo.

« Después de la muerte de su marido, dice, hasta el postrer día de su vida, jamás comió con hombre alguno, por más que fuese reputado como santo ó elevado á la dignidad episcopal ; jamás tomó baños no estando en extrema necesidad ; jamás se sirvió del colchón, aun en las fiebres más violentas. Se acostaba sobre la tierra dura que cubría con algunos cilicios, si con todo es descansar el pasar como hacía los días y las noches en una oración casi continua.

« Sus ojos eran como una fuente de lágrimas, y lloraba sus faltas las más ligeras con tanto dolor, que se hubiese

dicho que se sentía reo de los mayores crímenes ; y como le hicieran presente que debía conservar su vista á fin de poder leer el Evangelio, respondió : « Es muy justo desfigurar un rostro que tantas veces he aderezado contra la prohibición de Dios ; es justo mortificar un cuerpo que tanto ha gozado de las delicias de la vida, es necesario que me castigue con continuas lágrimas de las alegrías y placeres á los cuales locamente me he entregado ; es necesario que cambie en un duro y áspero cilicio esos magníficos hábitos que sirvieron para lisonjear mi vanidad y mi delicadeza ; he tenido bastante cuidado en agradar al mundo y á mi marido, ahora quiero agradar á Jesucristo. »

Llevó tan lejos la práctica de la mortificación, que casi excedió los límites de la moderación. Sus ayunos eran excesivos y su trabajo continuo. Para ella era poco el privarse de los guisos, del pescado, de la leche, de la miel, de los huevos y de otras cosas semejantes que halagan la sensualidad ; apenas tomaba un poco de aceite, y aun esto sólo en los días de fiesta.

Habiendo el papa san Dámaso convocado á Roma, bajo los emperadores Graciano y Teodoro, á muchos obispos de Oriente y de Occidente para tratar de los asuntos de la Iglesia, y sobre todo para poner fin al cisma que dividía á la de Antioquía, san Paulino y san Epifanio también asistieron y condujeron con ellos á san Jerónimo. San Epifanio se hospedó en casa de santa Paula y también san Jerónimo, hasta que el Papa lo tomó para servirle de secretario. Ella proveyó también á san Paulino, aunque fuese hospedado en otra casa. Los coloquios de estos santos personajes abrasaron cada día más su corazón con los ardores de la virtud. Por una parte las frecuentes visitas que su categoría y su nacimiento le atraían se le hacían gravosas ; ella no podía sufrir los honores que le tributaban, ni las alabanzas que la daban. Por otra parte la virtud y las

poderosas palabras de estos santos preladados y de san Jerónimo redoblaban su celo, y la inspiraban el deseo de abandonar el tumulto de Roma para retirarse en alguna soledad. Aprovechó la estancia de este santo doctor para estudiar bajo su dirección la santa Escritura, y aun el hebreo á fin de entender mejor aquella. También puso á sus hijas en su escuela.

Por fin, habiendo pasado el invierno y habiendo los dos santos obispos vuelto á sus iglesias, ella los siguió en espíritu con sus votos y sus deseos, y ejecutó después el propósito que había formado de retirarse á la Palestina, para dedicarse allí del todo á la obra de su perfección. Se puede juzgar por la bondad de su corazón cuán difícil le sería el separarse de su familia, á la cual amaba tan tiernamente. « Su corazón, dice san Jerónimo, era presa de los tormentos más sensibles, y sintiéndose como lacerada por esta cruel separación, se esforzaba en sostener todo el peso de su dolor; tanto más admirable en ésto, cuanto que ella dominaba los pensamientos más tiernos y más vivos que inspira la naturaleza. »

Ella descendió al puerto acompañada de su hermano, de sus primos, de sus otros parientes, y aun de sus hijos, quienes bien hubiesen querido retenerla con las señales más sensibles que le daban de su piedad y de su ternura. Rufina, entre los otros, le manifestaba cuanto hubiera deseado que hubiese prolongado la ejecución de su propósito hasta después de sus votos, y el pequeño Toxocio, su hijo desde la orilla le tendía las manos al momento en que se desplegaban las velas y el navío empezaba á marchar; pero la generosa Paula con su piedad dominó la ternura que tenía por sus hijos. Seguida solamente de su hija Eustoquia, que la acompañó en su viaje y jamás la dejó, levantó los ojos al cielo para ofrecerle su sacrificio, y reteniendo sus lágrimas, olvidó que fuese madre para hacer ver que era sierva de

Jesucristo y fiel á sus designios. Antes de partir dió á sus hijos cuanto poseía, desheredándose ella misma, dice san Jerónimo, á fin de asegurar la herencia del cielo ; y mientras el navío avanzaba en plena mar y los otros pasajeros miraban por el lado de la orilla, ella sola volvía los ojos temiendo ver aún de lejos las personas que le eran tan queridas ; y cuya vista no podía hacer más que vivas impresiones en su corazón. Llegó á la isla de Poncia, en donde santa Flavia Domitilia había estado desterrada durante la persecución de Domiciano, y viendo las pequeñas celdas en las cuales esta generosa virgen había sufrido un largo martirio, quedó todavía más inflamada por el deseo de ver los santos lugares donde Jesucristo había sufrido. Su ardor era tan grande, que siempre le parecía que los vientos soplaban con demasiada debilidad, y que por más diligencias que se practicasen, iban con demasiada lentitud. Habiéndose embarcado de nuevo en el mar Adriático, se rehizo un poco de las fatigas del mar en Metona, hoy *Modón*, ciudad de la Morea ; y habiendo atravesado las islas del archipiélago abordó en la isla de Chípree. Su primer cuidado fué ir á echarse á los piés de san Epifanio para recibir su bendición. Este le hizo todo el recibimiento que se merecía, y la retuvo en su compañía diez días ; ella empleó aquel tiempo, no para descansar, como creía este santo Obispo, sino en visitar los monasterios, en asistir á los solitarios según su alcances, y en otras obras buenas.

Desde Chipree pasó en pocos días á Seleucia, y de allí á Antioquía, en donde san Paulino la obligó á detenerse algunos días. Después partió de allí en medio del invierno, y fué un gran motivo de admiración ver á esta ilustre dama, que en otro tiempo en Roma se hacía llevar por sus esclavos, montada sobre un asno y dominar con el ardor de su fé el rigor de la temperatura. San Jerónimo, cuya narración seguimos fielmente, habla en particular de todos los lugares por

donde ella pasó, y cuyo nombre está indicado en la Escritura porque ninguno había que no le recórdase lo que está escrito en esos libros santos, y cuya memoria no reanimase su fé y su piedad. Así ella entró en la pequeña torre de Elías, que está en las puertas de Sarepta, donde una viuda de esta villa dió de comer á aquel profeta, y ella adoró allí al Señor. En la torre de Stratón, reedificada después por Herodes y llamada Cesárea, vió la casa de Cornelio cambiada en una Iglesia, y la habitación de Filipo con los gabinetes de sus cuatro hijas, cuya virginidad Dios había recompensado con el don de profecía. También pasó por la aldea de Arimatea, lugar del nacimiento de José que sepultó á Nuestro Señor. En fin, después de haber nutrido su piedad pasando por algunos otros lugares célebres llegó á Jerusalén.

El proconsul de Palestina, que no ignoraba su alta alcurnia, le hizo preparar un departamento en el palacio; pero ella quiso ir á hospedarse en una pequeña casa separada que no tenía apariencia alguna. Visitó sucesivamente todos los lugares de esta ciudad notables por algún hecho de la vida del Salvador; y esto lo hizo con tanto ardor y celo, que sólo el deseo de ver aquellos que aun no había visto podía arrancarla de aquellos en que estaba. Adoró la santa Cruz con tal fe y devoción como si hubiera visto al Salvador clavado en ella. Besó la piedra del sepulcro que el ángel removi6 cuando Jesucristo salió glorioso de la tumba, y pegó su boca sobre el lugar en donde su cuerpo había descansado, como si hubiese querido apagar su sed en las fuentes del Salvador. Por todas partes dirigía sus preces y sus votos á Jesucristo, dando grandes suspiros de compunción y teniendo el rostro cubierto con sus lágrimas. Toda Jerusalén fué testigo de ello, quedando igualmente edificado.

Después de haber satisfecho su devoción en esta santa ciudad, se fué á Belén, y entonces fué cuando se entregó de

nuevo á los más vivos transportes de su piedad y de su amor á Jesucristo. A la vista del pesebre del Salvador, le pareció que lo veía á él mismo en su infancia envuelto en pañales, y su fé le representó también todas las circunstancias de su nacimiento y de cuanto sucedió en la noticia que los ángeles dieron de él á los pastores, y en la adoración de los Magos. Allí contempló al verbo hecho carne, á una Virgen hecha madre, y á San José prodigando todos sus cuidados á este divino Infante.

Entonces no pudiendo contener más sus lágrimas, que la alegría de que su alma estaba inundaba le hacía derramar, decía en un santo transporte: « Yo os saludo, ó Belén, *casa de pan*, en la cual nació *el pan que descende del cielo*: Yo os saludo, Ephrata, tierra abundante y fértil, cuyo fruto es el mismo Dios. Vos sois de quien el profeta Miqueas decía en otro tiempo: *Y tú Belén, casa de Ephrata, no eres la más pequeña entre todas las principales ciudades de Judá, pues de ti saldrá aquél que debe reinar en Israel, cuya generación es desde el principio, desde la eternidad* (Mich. 5). De tí nació un príncipe, *quien fué engendrado antes que la estrella de la mañana* (Psal. 109), y quien nació de su Padre antes de todos los tiempos. »

Revocando así otros diversos pasajes de la escritura, que se refieren al nacimiento del Salvador, añadió: « ¿ Por que dichoso destino, yo que no soy más que una miserable pecadora he sido juzgada digna de besar el pesebre en donde el Salvador nació, y de orar en el establo donde una Virgen lo puso al mundo? *Es aquí el lugar de mi descanso* (Psal. 131), porque es la patria de mi Salvador; *yo estableceré aquí mi morada*, porque es el lugar que el Salvador escogió. *Yo he preparado una lámpara para mi Cristo; mi alma vivirá por él, y mi prole le servirá* (Psal. 17). »

Paula habiendo rendido así sus homenajes á los misterios de la infancia del Salvador en la gruta de Belén, con-

tinuó recorriendo los otros lugares de la Tierra Santa que le faltaba ver para contentar su piedad. Después de esto quiso hacer el viaje de Egipto para ver allí los solitarios que santificaban los desiertos con sus virtudes, y de los cuales ella había oído relatar tantas maravillas. Su hija Eustoquia le acompañaba por todas partes, y ambas con algunas otras vírgenes tuvieron el consuelo de recibir la bendición de los Macarios, de los Arcisios, de los Serapiones, y de muchos otros solitarios, quienes, según san Jerónimo, eran el sostén de la religión. Entró en sus celdas, se postró á sus piés, se representó á Jesucristo en su persona; y todas las caridades que les hizo creyó haberlas hecho al mismo Jesucristo. Bien hubiera ella deseado quedarse en estos desiertos y edificar en ellos un monasterio para ella y las vírgenes que le acompañaban: y puede que hubiera obtenido permiso para hacerlo; pero el deseo de establecerse cerca del pesebre del Salvador dominó en los adentros de su corazón el amor á la soledad.

De regreso á Belén, en donde se estableció después de sus piadosos viajes, construyó un monasterio para los hombres, cuya dirección les entregó, y tres monasterios para mujeres, ó más bien un solo y vasto monasterio en el cual formó tres comunidades con muchas hijas que había reunido de diferentes provincias, de las cuales unas eran nobles, otras de condición mediana, y las otras de una estirpe más baja. El orden y la disciplina que estableció en él eran admirables. San Jerónimo dice de ellas lo siguiente:

« Ellas trabajaban y comían por separado; pero salmodiaban y oraban en común. Después de haber cantado *Aleluya*, que era la señal para reunir las, ninguna podía quedarse en su celda, sino que aquella que era la primera en acudir ó una de las primeras, aguardaba á las otras y las excitaba al trabajo, no con el temor, sino con su ejemplo y por la vergüenza que hubiera experimentado sino la hu-

biese imitarlo. Cantaban todo el Salterio después de Tercia, después de Sexta, de Nona, de Vísperas y á media noche. Todas las hermanas venían obligadas á saberlo de memoria.

« El domingo todas se iban á la iglesia, que había en su monasterio ; cada banda teniendo en su cabeza una de las ancianas que las dirigía. Se volvían en el mismo orden ; se aplicaban en diferentes obras que se les distribuía, y componían hábitos, ó para ellas ó para los otros. A ninguna de las calificadas le era permitido llevarse consigo una camarera de casa de sus padres, por temor de que renovase en su espíritu la idea de aquello que en otro tiempo había hecho, y de que les hablase sobre las vanas diversiones de su infancia.

« Todas iban vestidas de la misma manera, y sólo se servían de la toalla para enjugarse las manos. Vivían en una entera separación de los hombres para evitar todo motivo de hablar á los maldicientes, quienes, para autorizar sus desórdenes, acostumbran denigrar la reputación de las personas más virtuosas y más santas.

« Cuando una hermana llegaba demasiado tarde al oficio divino, ó trabajaba con demasiada pereza, Paula empleaba diversos medios para corregirla, procurando ganarla con dulzura y con caricias si era demasiado viva y sensible á la corrección, ó le hacía duras reprensiones cuando le reconocía bastante virtuosa para sufrirlas.

No les permitía poseer cosa alguna en particular ; sino que siguiendo el consejo de san Pablo, cuando dice : Con tal que tengamos con que nutrirnos y con que vestir, debemos estar contentos (I Tim. 3) ; quería que se contentasen con lo necesario, temiendo que acostumbrándose á tener alguna cosa más, no se dejasen arrastrar por la pasión de la avaricia, que no tiene límites en sus deseos, y no es menos insaciable en la abundancia que en la indigencia.

« Si se levantaba alguna discusión entre las hermanas, al momento ella la ahogaba con su dulzura, y reunidas las reconciliaba. Quería que las jóvenes mortificasen su cuerpo con el ayuno, prefiriendo verlas sujetas á los dolores de estómago que á las debilidades del espíritu. Si alguna afectaba ser más culta y mejor compuesta que las otras, la corregía de su vanidad mostrándole un aspecto severo, y le hacía entender que su demasiada compostura era el desaliño de su alma.

« Les recomendaba la modestia en sus discursos, no debiendo jamás salir palabra alguna poco decente de la boca de una virgen ; y si encontraba alguna que tuviera demasiada afición á confabular, que estuviese de mal humor, ó demasiado puntillosa y que contrariase á sus hermanas, después de haberla reprendido de sus faltas, la colocaba en el último lugar, ó la separaba de la comunidad sino se enmendaba, y la imponía la penitencia de rogar á Dios en la puerta del refectorio y de comer sola, á fin de corregir con la humillación á aquella que no se había aprovechado de sus reprensiones...

« ¿ Qué diré, añade san Jerónimo, de su caridad para con los enfermos, del cuidado que tenía de ellos, de su afán en servirles y auxiliarlos en sus males? Ella les daba en abundancia todo cuanto les era necesario para el restablecimiento de su salud, haciéndoles comer también carne, aunque ella se la negase á sí misma en semejante necesidad. »

Tal era la disciplina que esta gran Santa hacía observar en su monasterio ; y después de su muerte, san Jerónimo, quien tradujo al latín la regla de san Pacomio, como lo hemos dicho en otra parte, procuró que esta traducción también sirviera á santa Eustoquia para dirigir á sus hijas, como igualmente había hecho para los religiosos de su monasterio de Belén, y para muchos otros monjes latinos.

Pero esta gran Santa era un modelo vivo de la observancia regular; su solo ejemplo podía servir de regla; á sus religiosas les bastaba vivir con ella para aprender en su conducta la práctica de todas las virtudes. « Su humildad, dice san Jerónimo, fué tan grande y tan profunda, que aquellos que nunca la habían visto la hubieran tomado por la última de todas las siervas. Entre esta multitud de vírgenes de que siempre estaba rodeada, sus hábitos, su voz, sus ademanes, su andar mismo la hacían considerar siempre como la última de todas. »

Hemos visto cual era su mortificación; no se la podía hacer determinar á cuidar de su salud; y después de una fiebre violenta que había hecho desesperar de su vida, habiéndole aconsejado los médicos que usara un poco de vino cuando empezaba á estar un poco mejor, y Jerónimo recomendándole también lo mismo, dice este Santo que su exhortación casi había llegado á persuadirle á él mismo á abstenerse del vino por más que estuviese gastado por la vejez. « Pero yo no pretendo, añade este santo Doctor, autorizar con esta relación el celo indiscreto de aquellos que, sin medir sus fuerzas, se echan encima una carga insuportable; quiero solamente hacer ver con su perseverancia en las prácticas de la penitencia cual era el ardor de su celo, y cómo esta alma fiel deseaba unirse á Dios al cual decía con frecuencia: *Mi está alma abrasada de una sed ardiente por vos, y ¿ de cuantas maneras mi carne se siente también movida por este ardor* (Psal. 62)? Su asiduidad en leer la santa Escritura, junto á las explicaciones que san Jerónimo de ella le había dado, le facilitaba su inteligencia. Ella amaba su sentido, que es el fundamento de la verdad; pero quería más el sentido místico, considerándolo como el celmo del edificio espiritual que daba en su corazón. Ella empleaba sus palabras sagradas para rechazar la tentación y para sostenerse en una paciencia firme y cons-

tante en medio de las contradicciones que tuvo que sufrir.

En las tentaciones para fortalecerse se servía de estas palabras del Deuteronomio : *El Señor Dios os prueba, para que se vea si lo amáis de todo vuestro corazón* (Deut. 13). Cuando su alma se encontraba como consumida por la tristeza, pensaba en estas palabras del profeta Isaías : *O vosotros á quien se os ha quitado la leche y que habéis sido arrancados de la teta, preparaos á sufrir tribulaciones sobre tribulaciones, pero al mismo tiempo esperad más allá con toda esperanza* (Isai. 28-9). Sobre lo cual decía que es propio de aquellos que han sido desmamados, es decir de las almas que han adquirido una edad perfecta en la virtud, el sufrir tribulaciones sobre tribulaciones, y añadía que por más lento que el auxilio de Dios parezca á nuestra vivacidad y á nuestra impaciencia, no podemos estar mucho tiempo sin experimentar sus efectos. Decía también que no se debía temer las lenguas de los maldicientes é impostores, porque estamos bajo la protección del Dios de Israel, según estas palabras de Isaías : *No temáis los oprobios de los hombres, porque serán carcomidos por los gusanos como un vestido y apolillados como la lana* (Isai. 51). Al tiempo de las enfermedades se sostenía en la paciencia con estas palabras del Apóstol : *Cuando yo soy débil, entonces soy fuerte; nosotros llevamos este tesoro dentro de vasos de tierra hasta que este cuerpo mortal esté revestido de la inmortalidad* (II Cor. 12 y 15). Así según los diferentes estados en que se encontraba, su alma recurría á la palabra de Dios para sostenerse, encorazonarse, animarse á aprovecharse de todo para progresar en la santidad, á la cual su corazón tendía continuamente.

San Jerónimo dice á este propósito, que habiendo sabido un día que sus hijos, y en particular Toxocio, estaban peligrosamente enfermos, después de haber sostenido, como el profeta (Psal. 76), con valor y en un respetuoso silencio

la perturbación y el aturdimiento que le había causado una noticia tan desagradable, la vió descargar su corazón con estas palabras de Jesucristo : *Aquel que ama á su hijo y á su hija más que á mí, no es digno de mí* (Matth. 10); y dirigiendo sus votos y sus preces á Dios, le dijo también estas palabras del profeta Rey : *Poseed, Señor, y conservad los hijos de aquellos que murieron* (Psal. 78), es decir, que todos los días mortifican sus cuerpos por el amor de vos.

Dios, quien quería garantirla de las impresiones de la vanidad, y poner su virtud á cubierto con la humillación y las contradicciones, le suscitó, dice san Jerónimo, como á Salomón, un Adad Idumeo (3 Reg. 14) para que la atormentase sin cesar ; y no hubo uno solamente, sino que la envidia la convirtió en blanco de los dardos malignos de algunos otros. Parece que estos eran los origenistas, quienes bien hubieran deseado honrar á su partido con el mérito de una dama tan santa ; pero no encontrando medios de corromper su fe, nada olvidaron para desacreditar su piedad. Uno de ellos, á quien san Jerónimo no nombra, pero que le llama un hombre doloso, hipócrita refinado, cierto día, sin saberlo este santo Doctor, le presentó muchas cuestiones artificiosas, y que se resentían de los falsos dogmas de Orígenes. La Santa no se descuidó de irlo á comunicar al Santo, quien fué á encontrarlo y le cerró la boca con una sola cuestión que le propuso á su vez ; después de lo cual destruyó todo cuanto había osado proponer á santa Paula.

« Otro, dice el mismo Santo, del número de esos sembradores de falsos rumores, que son la peste del género humano, fué una vez á decirle con un aire benévolo en apariencia, que el excesivo celo con el cual Paula se conducía en la práctica de la virtud, la hacía pasar por loca, y que se decía que era necesario fortificar su cerebro. » La Santa sufría todas estas cosas con humilde paciencia, fortificándose siempre con los oráculos del Espíritu Santo en

las divinas Escrituras ; y como san Jerónimo en cierta ocasión le dijera que se debía dar paso libre á esta furiosa pasión, al ejemplo de Jacob que se había retirado á Mesopotamia para librarse de la cólera de su hermano Esaú, le dió esta hermosa respuesta :

« Tendriais razón para hablarme así, si el demonio no hiciera la guerra en todos los lugares á los siervos y siervas de Dios ; si aquellos que huyen de él no lo encontrasen en todas partes ; si el amor á los santos lugares no me detuviera aquí, y si pudiese encontrar en otro lugar á mi amada Belén. ¿ Porqué no he de vencer la envidia con mi paciencia ? ¿ Porqué no he de dominar á mis enemigos con mi humildad ? ¿ Porqué, recibiendo un bofetón sobre una mejilla, no he de ofrecer la otra ? ¿ Porqué no he de practicar aquello que dice el apóstol san Pablo : *Trabajad en vencer el mal con el bien* (Rom. 12) ? »

En fin, dice san Jerónimo, todo el mundo sabe con que furor prorrumpieron contra ella, y con que paciencia sufrió las persecuciones de la vida ; pero es tiempo de llegar á su dichosa muerte. Cayó gravemente enferma, ó, por mejor decir, sus votos fueron enteramente cumplidos (es siempre san Jerónimo quien habla), viendo que estaba á punto de dejarnos para unirse más estrechamente al Señor, su hija, santa Eustoquia, quien la servía con todos los cuidados que la ternura animada de la piedad la inspiraba, nunca la dejaba sino para ir al pesebre del Salvador á presentar sus suspiros y gemidos á este divino Maestro, y rogarle que no la privara de una madre que le era tan querida, y que no permitiera que ella la sobreviviese.

En cuanto á la Santa, como sino hubiera de hacer más que dejar extranjeros para ir á unirse con sus parientes, pronunciaba en voz baja estas palabras del Profeta : *Señor, yo he amado la belleza de vuestra casa, y el lugar en donde reside vuestra gloria* (Psal.; 25) ; *Qué amables son vuestros*

tabernáculos, ó Dios de los ejércitos ! mi alma desea ardientemente entrar en la casa del Señor, y este deseo la hace desfallecer. Yo prefiero entrar la última en la casa de mi Dios, que permanecer en las tiendas de los pecadores (Psal. 83).

San Jerónimo le preguntó si sufría algún dolor extraordinario que le impidiese el hablar ; ella le respondió en griego que nada le daba pena y que estaba muy tranquila. Estas fueron las últimas palabras que pronunció, y cerrando lo ojos como habiendo ya despreciado todos los objetos de la tierra, no se entretuvo más que en los versículos de los salmos que antes había recitado ; lo que hacía con una voz tan baja que apenas se le podía comprender. También hacía sin cesar la señal de la cruz sobre sus labios, hasta que habiendo perdido todo sentido, cayó en una dulce agonía que pronto dió libre pasage á su alma para ir á cantar eternamente las alabanzas del Señor. Murió el miércoles 26 de enero del año 404, sobre la noche, á la edad 56 años, ocho meses y veintiún días, habiendo pasado cerca de 20 años en Bélén, donde se había retirado desde Roma cinco años después de la muerte de su marido.

San Jerónimo hace sobre el particular estas excelentes reflexiones : *Paula ha concluido su carrera ; ha conservado su fe inviolable (II Tim, 4) ; ahora ha recibido la corona de justicia, y sigue al Cordero por doquier él vaya (Apoc. 14). Ella se satura de los frutos de la justicia, porque tuvo hambre, y canta con alegría : Nosotros vemos con nuestros ojos en la ciudad del Dios de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios, todo cuanto habíamos oído decir (Psal. 47) ; ¡ Qué feliz cambio ! A las lágrimas que ella derramó sigue una alegría sin fin. Ella despreció las cisternas entreabiertas, y ahora halla en el Señor una fuente de agua viva. Ella llevó el cilicio y hoy revestida de hábitos blancos dice : Vos habéis roto el saco que me cubria y me habéis colmado de alegría (Psal. 29).*

Ella comía la ceniza como el pan y mezclaba sus lágrimas con su bebida, y ahora se satura eternamente del pan de los ángeles, y canta con el Rey de los profetas: *Gustad y ved cuan dulce es el Señor* (Psal. 33).

El obispo de Jerusalén presenció su muerte, como también muchos otros de diferentes ciudades. También había allí un gran número de sacerdotes y de diáconos. Todo el monasterio estaba lleno de vírgenes y solitarios. Los pueblos de la Palestina abandonaron sus ciudades y asistieron en tropel á sus funerales. Cada uno hubiese creído hacerse culpable para con Dios, si hubiesen dejado de tributar los últimos respetos á una mujer de un mérito tan distinguido. Las viudas y los pobres mostraban los hábitos con que los había vestido, como la Escritura lo dice de Dorcas, y todos aquellos que había socorrido en sus necesidades la lloraban como á su madre y su nodriza.

Algunos obispos llevaron su féretro sobre sus espaldas; otros prelados precedían las exequias, llevando hachas encendidas, y otros marchaban á la cabeza de aquellos que cantaban los salmos. En este orden llevaron su cuerpo en medio de la Iglesia del pesebre del Salvador, en donde estuvo expuesto durante tres días. Su rostro todo pálido como estaba, no parecía haberse cambiado; al contrario, se notaba en él un no sé que tan grande y majestuoso, que se hubiese dicho que más bien estaba dormida que muerta. Se cantaron por orden los salmos en hebreo, en griego, en latín, en siríaco, no solamente durante los tres días que su cuerpo estuvo expuesto, sino también durante toda la semana; y todos aquellos que asistían se imaginaban que ellos mismos lloraban su muerte, y que asistían á sus pompas fúnebres. Su cuerpo fué colocado en una cripta debajo de la Iglesia, que estaba toda próxima de Nuestro Señor.

Los religiosos de san Francisco poseen en Belén un monasterio cuya iglesia está dedicada á santa Catalina,

que se cree ser la misma que el monasterio de santa Paula, como los Armenios tienen una que ocupa el lugar en donde estaba situado el monasterio de Casiano.

SANTA EUSTOQUIA. ¹

Santa Eustoquia era hija de Toxocio y de santa Paula, como lo hemos dicho en el capítulo precedente. No tenemos que repetir la grandeza de su nacimiento, ni la opulencia de su casa.

Nunca mujer alguna mereció mejor que ella ser llamada la gloria de las vírgenes, como hizo san Jerónimo. Por cualquier lado que se la mire, ya sea en las ventajas del mundo á las cuales renunció, ya en la consagración que hizo de su virginidad á Jesucristo, ya en su conducta perfectamente dócil para con su madre, ya en el cuidado que tuvo de marchar sobre sus huellas é imitar sus virtudes, ya en fin en la vida toda santa que llevó con ella y después de su muerte en el monasterio de Belén; se reconoce en toda la economía de su vida tanto fervor, tanta piedad y tanto amor para Jesucristo, que, cualquiera cosa que se diga para ensalzarla, uno siempre siente que no dice lo bastante.

Desde su más tierna infancia ya empezó á responder á los desvelos que tuvo su madre para formarla en la piedad, y bien que sus otras hermanas se hacían dignas por su docilidad de la educación que esta grande santa les daba, esta fué la única que abrazó la virginidad, y que habiéndose consagrado muy joven á Jesucristo, le guardó hasta la

¹ San Jerónimo, Baronio.

muerte una fidelidad que fué siempre en aumento por los maravillosos progresos que hizo siempre en la perfección cristiana. El celestial Esposo de las vírgenes, quien se la había escogido por una gracia particular, demostró cuan celoso estaba de su corazón, y que designios de santidad tenía sobre su alma. San Jerónimo nos lo enseña en la carta que escribió á Léta, esposa de Toxocio, hermano de la Santa de quien hablamos.

Eustoquia tenía un tio llamado Hemecio, quien la quiso hacer abandonar el propósito que había formado de consagrarse á Dios. Al efecto encargó á su esposa llamada Pretextata que la vistiera y la peinara á la moda del siglo. Como ella hubiese ejecutado esta orden, un ángel, dice san Jerónimo, se le apareció por la noche durante su sueño, y le dijo con voz terrible y amenazadora : « ¿ Como has osado preferir á Jesucristo las órdenes de tu marido, y llevar tus manos sacrílegas sobre la cabeza de una virgen que le está consagrada? Juzga de la enormidad de tu crimen por el rigor del castigo. Al momento en que te hablo vas á ver como se secan esas manos criminales, y de aquí á cinco meses morirás ; y si perseveras en tu pecado, perderás también tu esposo y tus hijos. Todo esto sucedió, añade el santo Doctor, tal como el ángel lo había predicho ; y Pretextata habiendo aguardado demasiado tarde á hacer penitencia, se vió de momento arrebatada del mundo por una muerte repentina. Así es como Jesucristo se venga de aquellos que profanan su templo y quieren robarle las almas que le están consagradas. »

Así que hubo perdido su padre y que su madre tuvo por esto mayor libertad para seguir los designios de perfección que había formado en su corazón, ella entró en todos sus senderos, y de buena voluntad cambió con ella la magnificencia de su casa en simplicidad y modestia cristianas ; no sólo vió sin pena las dádivas inmensas que santa Paula ha-

cía á los pobres, sino que aún deseó á su ejemplo, volverse pobre como aquellos á quienes asistía con sus liberalidades para seguir con mayor desnudez á Jesucristo desnudo de todo por nuestro amor.

Santa Marcela embalsamaba entonces toda la ciudad de Roma con el buen olor de su piedad. Animada por las instrucciones de san Atanasio, quien había ido á Roma para salvarse de las persecuciones de los Arianos, y por la relación que le hacía de las virtudes de san Antonio y de muchos otros santos habitantes de la Tebaida y del Egipto, había abrazado la vida solitaria en medio de esta ciudad dueña del mundo, y la observaba con tanto rigor como podía hacerse en los monasterios de las vírgenes de Oriente. Muchas damas romanas habían seguido su ejemplo, y santa Paula fué de este número. La amistad cristiana que las unió perfectamente por la conformidad de sentimientos, pasó igualmente al corazón de santa Eustoquia. Santa Paula era la amiga íntima de santa Marcela, y santa Eustoquia fué también su hija espiritual. Fué algún tiempo su camarera con la bienaventurada Principia, cuyo elogio hizo san Jerónimo, y se puede juzgar el progreso que hizo en la piedad, teniendo por una parte en su casa las lecciones y los ejemplos de su santa madre, y por otra, á santa Marcela por maestra espiritual.

No repetiremos lo que hemos dicho en el capítulo precedente sobre las instrucciones que recibió de san Jerónimo cuando este fué á Roma con san Paulino y san Epifanio. Entonces fué cuando este gran Doctor compuso para ella el tratado que le dirigió en forma de carta sobre la virginidad; pero se puede decir que en esta obra no se empeñó tanto en demostrarle aquello que debía aprender, como en confirmarla en aquello que ya practicaba con una grande perfección; sobre todo la sencillez, la modestia, la pobreza voluntaria y una vida muy penitente. Ahí van algunas de las

reglas que en su persona da á las vírgenes cristianas y que nos hacen conocer cuales eran en aquel tiempo sus principales ejercicios y sus prácticas.

« Y no quiero, les dice, que el estado que habéis abrazado os inspire orgullo, sino temor. Vosotras lleváis dentro de vosotras mismas un precioso tesoro; guardaos de caer en las manos de los ladrones. *Nosotros tenemos que combatir, no contra los hombres de carne y sangre, sino contra los principados y potestades de este mundo, es decir, de este siglo tenebroso.* (Ephes. 6)... Sed sumisas á vuestros padres, á ejemplo de vuestro esposo Jesucristo; salid raras veces de casa; tened por compañeras á las hijas mortificadas; aplicaos con frecuencia á la lectura; ayunad todos los días y nunca comáis hasta saturaros. Armaos con el escudo de la fe para parar los flechazos del tentador. Como es difícil no amar nada, y como el corazón humano se apega siempre á algún objeto, que el amor espiritual eche de vosotros todo otro amor. Guardad vuestro corazón con tanto cuidado, que podáis decir con la misma confianza que el santo Apóstol: *Ya no soy yo quien vive, sino que es Jesucristo quien vive en mí* (Gal. 2). Lavad vuestro lecho con vuestros sollozos, regadlo con vuestras lágrimas; velad como el gorrión en la soledad; cantad de corazón y de espíritu: *Alma mía, bendice al Señor, y guárdate de olvidar jamás sus bondades* (Psal. 102).

« Dejad las vírgenes locas que corran por las calles; y morad con vuestro esposo en el secreto de vuestra casa. Si tenéis cuidado de cerrar la puerta sobre vosotras y rogar á vuestro padre en el secreto, como os manda el Evangelio, vendrá este esposo, y llamando á vuestra puerta os dirá: *Aquí estoy, soy yo el que llama* (Apoc. 3). Vosotras al momento responderéis con una santa aceleración: *Oigo la voz de mi bien amado que llama á la puerta* (Cant. 5), abridle pronto; pues si tardaseis podría pasar á otra.

« Vigilad siempre contra los atractivos y las sorpresas de la vanagloria. Cuando hagáis limosna no tengáis más que á Dios por testigo de vuestra caridad; cuando ayunéis, mostrad un rostro gozoso y alegre; no afectéis en vuestros hábitos, ni una compostura estudiada, ni un desaliño fastidioso, ni una singularidad caprichosa. No deseéis parecer ni más devota ni más humilde de lo necesario, y no busquéis la gloria aparentando huir de ella.

« No os familiaricéis con las vírgenes que son desidiosas y curiosas; no os vanagloriéis de la erudición, ni de hacer hermosas poesías; no digáis que sois joven y delicada y que no podríais trabajar de manos; no habléis mal de nadie, y cuando ayunéis dos días seguidos, no por esto os imaginéis exceder en virtud á aquellos que no ayunan. Vos ayunáis, pero puede ser que seáis impaciente é importuna. Aquel no ayuna, y tal vez es manso y halagueño. Atenta á vos misma, buscad vuestra gloria en vuestras obras buenas, y no en las faltas de los otros.

Tomad por modelo á la Virgen santísima, la cual por su extrema pureza mereció ser madre del Salvador. Todo lo que hemos dicho hasta el presente parecerá duro y difícil á aquellos que no aman á Jesucristo. Nosotros amamos á este divino Maestro; unámonos estrechamente á él, y veremos como á nuestros pasos se allanarán las mayores dificultades, las penas más largas desaparecerán á nuestros ojos. »

San Jerónimo le da en esta carta otros avisos importantes, que el temor de interrumpir demasiado nuestra narración nos obliga á suprimir para volver á nuestra Santa. Ella no se separó de su madre cuando esta fué á Palestina, como tampoco se separaba cuando vivía en Roma. Abandonó generosamente su patria y todo cuanto en ella la podía halagar con el mismo fervor que su santa madre, para hacerse como ella extranjera sobre la tierra, no mirando más que el cielo como su patria.

Tuvo el consuelo de recorrer en su compañía todos los lugares de devoción de la Palestina y de Egipto ; y por fin establecidas ambas en Belén, ella estudió más que nunca sus virtudes, y se las hizo propias por una imitación perfecta. San Jerónimo coloca entre las principales el amor que ella profesaba á esta muy santa madre, el cual se la hacía tan afecta y sumisa que jamás la perdía de vista. Eustoquia, dice, siempre ha sido tan adepta á su madre y tan sumisa á sus voluntades, que jamás se la ha visto, ni acostarse, ni comer, ni dar un solo paso sin ella. Ni siquiera ha tenido nunca un escudo á su disposición ; al contrario, ella se gozaba de que su madre distribuyese á los pobres los bienes que había heredado de sus padres, persuadida de que su amor y su respeto por una madre tan buena eran la más hermosa herencia y la más rica sucesión que podía esperar. »

Ella se había conducido así en Roma ; del mismo modo seguía en Belén, y el mismo santo Doctor queriendo excitar á la perfección á una viuda romana de la antigua familia de los Camilos, llamada Furia, le propone la piedad de nuestra Santa, que era su parienta, como un motivo y un modelo de los más propios para animarla en la obra de la santificación : « Oh ! si viereis, le dice, á vuestra hermana Eustoquia (quiere decir su pariente, tomando el nombre de *hermana* en una significación más lata), si vos viereis á vuestra hermana, y pudieseis oír las palabras que salen de su boca, veriais una grande alma encerrada en un pequeño cuerpo y un corazón lleno de todas las riquezas del Antiguo y del Nuevo testamento. El ayuno constituía su placer y la oración todas sus delicias. Después de haber visto á Faraón sumergido en las aguas, coge un tambor, á ejemplo de María hermana de Moisés, y á la cabeza de un ejercito de vírgenes, canta la primera diciendo : *Cantemos himnos al Señor, porque ha manifestado su grandeza y su poder,*

precipitando al mar al caballo y al jinete (Exod. 15). Hé aquí aquellas á quienes ella enseña á cantar las alabanzas de Jesucristo, y á celebrar al son de los instrumentos las victorias del Salvador. Así pasa los días y las noches, haciendo provisión de aceite para su lámpara, y estando siempre preparada para salir al encuentro de su esposo. Seguid, pues, el ejemplo de vuestra parienta, y haced de manera que Roma posea aquello que se halla en Belén, villa más augusta que la capital del mundo. »

La muerte de santa Paula fué para Eustoquia uno de los más grandes sacrificios que pudo hacer al Señor. Esto se puede juzgar por el cariño y el respeto tan bien fundado que tenía por una madre de un mérito tan distinguido. En su enfermedad la sirvió con una asiduidad que prevenía todas sus necesidades y la atención misma de las siervas. « Imaginándose, dice san Jeronimo, que el dejar hacer alguna cosa á los otros era perder una parte de su recompensa. » Ella hubiese deseado seguirla en su tránsito á la eternidad y no ser separada de ella por la muerte, como la había estado tan estrechamente unida durante la vida. Ella aprovechaba los momentos libres para correr al pesebre del Salvador y pedirle esta gracia como un favor singular.

Su ternura se despertó más que nunca cuando estuvo á punto de ponerla en la tumba. « La venerable Eustoquia, añade el mismo santo Doctor, se consideró entonces como un niño que acaban de destetar, ella no podía dejar esta madre querida; ella besaba sus ojos, se pegaba sobre su rostro, abrazaba su cuerpo, y deseaba que la sepultasen con ella. » Pero Dios la reservaba para continuar la obra de esta bienaventurada madre cuya separación ella lloraba; se puede decir que entonces entró como en una nueva carrera, en la cual tuvo más necesidad que nunca de este espíritu de fervor de coraje y de confianza en Dios, de que ha-

bía ya dado tan grandes pruebas por su renuncia al mundo y por el estado de pobreza y penitencia que había abrazado.

Santa Publa nada había dejado á su hija ; al contrario, quedaban todavía deudas que saldar que su caridad le había hecho contraer para auxiliar á los pobres. Además debía proveer de sustento á tres comunidades de vírgenes que eran en gran número. Santa Eustoquia se encontró, pues, encargada de su gobierno y de proveer á todas sus necesidades, tanto espirituales como temporales. San Jerónimo la ayudó con sus consejos y sus cuidados, y la animó mucho haciéndole considerar la pobreza voluntaria como un tesoro evangélico que jamás se agota, porque es rica de los bienes mismos de Jesucristo. « Nada temáis, Eustoquia, le dijo, vos habéis heredado una rica sucesión, pues el Señor es vuestra porción. » En efecto, la Providencia no la abandonó, y tuvo la satisfacción de ver florecer la piedad y la observancia regular en su monasterio con la misma edificación que en él se había admirado en tiempo de su madre.

Mientras ella estaba así aplicada en glorificar á Dios de todo su corazón y hacerlo glorificar por las piadosas vírgenes que ella dirigía, el Señor, quien prueba á sus santos para hacerlos más dignos de las recompensas que les destina, la hizo pasar por una tribulación que sólo la podía endulzar la más grande sumisión á las órdenes de su divina Providencia.

Para buscar la causa de esto en su origen, conviene saber que el celo de san Jerónimo para el sostén de la fe católica había en extremo agriado contra él á los Origenistas y á los Pelagianos, contra los cuales había escrito mucho, y últimamente contra Pelagio. Juan obispo de Jerusalén, estaba tildado de favorecer á estos herejes, y había concebido una aversión tan grande contra san Jerónimo, que no cesaba de molestarle ; lo que afligía tanto más al Santo,

cuanto que Juan profesaba la vida monástica, y decía al efecto. *¡ Oh dolor ! Ved ahí un monje que persigue á otros, quien extrema su resentimiento hasta amenazarles con hacerlos desterrar.*

Una multitud, pues, de Pelagianos, animados de este furor que en todos tiempos ha caracterizado la herejía, fué á atacar á san Jerónimo y á las personas piadosas de uno y otro sexo de quienes él cuidaba. Mataron algunos y entre otros á un diácono. Prendieron fuego a los monasterios y los saquearon ; san Jerónimo apenas pudo salvarse en una torre fortificada ; el monasterio de santa Eustoquia y de santa Paula su sobrina, de quien pronto hablaremos, fué aún menos respetado. Estos facinerosos lo saquearon, persiguieron á las Santas, que felizmente se salvaron, pero con mucha pena, y tuvieron el dolor de ver despedazar á sus domésticos.

Un desórden semejante habría debido ser ó reprimido, ó castigado por el obispo Juan, si hubiese tenido buenas intenciones ; pero él se mostró indiferente y su inaccion fué una prueba de su connivencia. Sin embargo santa Eustoquia y su sobrina llevaron sus quejas al Papa como á padre común de los fieles ; pero con tanta moderación, que en esto no se puede admirar bastante su virtud, como lo marca muy á propósito el cardenal Baronio ; en lugar de nombrar los autores de ello, se contentaron con representar al Papa lo que ellas habían sufrido, y rogarle que lo remediara. San Jerónimo le escribió también por su parte, y este santo Pontífice, que entonces era san Inocencio I, dirigió á Juan de Jerusalén justas reprensiones en una carta, en la cual le dice que, por más que no le han citado el autor de esta persecución, sin embargo no dudaba que debía impedirla con sus cuidados y velar mejor su diócesis ; que al menos debía, cuando el mal había llegado, socorrer y consolar á las personas que habían sufrido ; y que en lugar de haberlo

hecho, había motivo para creer que por su culpa cuanto había sucedido no fuera prelude de mayores males. Le advirtió que pusiera orden, y le amenazó diciéndole que si lo descuidase sería responsable de ello, según las leyes de la Iglesia. El papa Inocencio escribió también á san Jerónimo para consolarle ; le hizo saber lo que escribía al obispo Juan, y añadió que si le nombraban los autores de este desorden, ó que si además de las reprensiones que le había dirigido había necesidad de algo más, providenciaría con su autoridad de una manera aun más eficaz.

Esto sucedió hácia el año 416. Se cree que la carta del Papa ya no halló vivo á Juan de Jerusalén, pues este obispo fué á rendir cuentas á Dios el diez de enero del año siguiente. Santa Eustoquia no vivió largo tiempo después que Dios la hubo probado con esta tribulación. Se cree que Dios la llamó á la recompensa de las vírgenes sabias y prudentes el año 419, después de haber morado 34 á 35 años en el monasterio de Belén.

Su sobrina, santa Paula la joven, le sucedió en el gobierno del monasterio. No pudo aprovecharse largo tiempo de los auxilios de san Jerónimo, como había hecho su abuela santa Paula, y su bienaventurada tía ; pues este Santo probablemente murió en 420. Paula la joven era hija de Toxocio, hermano de santa Eustoquia, y de Leta, á quien san Jerónimo escribió una carta, en la cual le traza el plan de educación que le debía dar. Su madre la consagró al Señor antes de ponerla al mundo, y apenas empezaba á balbucear, que ya le enseñaron á cantar el *Aleluya* : Grande lección para las madres que enseñan á sus hijos canciones pueriles antes de hacerles alabar el santo nombre de Dios ! No se descuidaron de hacerlo saber desde Roma á la gran santa Paula que entonces estaba en Belén, por lo cual concibió una alegría inenarrable. Esto es lo que san Jerónimo nos enseña en elogio fúnebre de esta Santa. « Yo no debo

pasar en silencio, dice, cual fué el exceso de alegría de esta ilustre viuda, cuando supo que su nieta Paula, que el Cielo había concedido al voto que sus padres habían hecho de consagrarla á Dios, comenzaba desde la cuna y entre los juguetes de la infancia á cantar el *Aleluya*, y á pronunciar á medias con una voz balbuceante los nombres de su abuela y de su tía. La única cosa que le hubiese hecho desear estar en Roma, era ver á esta nieta con su hijo y su nuera servir á Dios en un desprendimiento perfecto de todas las cosas de la tierra. Así vió cumplida una parte de sus deseos, pues su nieta tomó el grado de las vírgenes, y su nuera habiendo hecho voto de castidad imitó á su abuela con su fé y sus limosnas. »

Por estas palabras de san Jerónimo vemos cuanto Leta se había aprovechado de los consejos que este en su carta le había dado para la educación de la joven Paula. Encaminada, pues, desde su más tierna infancia á alabar al Señor, y nutrida por las relaciones que le hacían de las virtudes admirables que su abuela y su tía Eustoquia practicaban en Belén, y conservada con singular cuidado en una perfecta inocencia de costumbres, su corazón ofreció á Jesucristo una morada propia para sus sagradas influencias; y este divino Esposo de las vírgenes se la escogió como se había escogido á su bienaventurada tía Eustoquia, á la cual, á su tiempo, fué á unirse en el monasterio de Belén, donde bajo su dirección acabó de perfeccionarse en esa alta piedad que le hizo tan digna de llevar el nombre de su abuela. Tuvo el dolor de ver morir á su bienaventurada tía, después de haber sufrido con ella la persecución de los herejes pelagianos, de que hemos hablado. Nada más sabemos de particular sobre lo restante de su vida, ni tampoco en que tiempo murió. San Jerónimo, escribiendo una carta común á san Agustín y á Alipio, les habla de la muerte de santa Eustoquia como recientemente acaecida, y añade que su

sobrino Paula los saluda con mucho respeto, y que en su dolor les ruega se acuerden de ella.

El Martirologio Romano celebra la fiesta de santa Eustoquia el 28 de setiembre. En cuanto á Paula la Joven, aunque su nombre no se halle en el Martirologio y que nada nos quede de sus actas después de la muerte de su tia, no debemos dudar, dice el cardenal Baronio, que habiendo sido obtenida de Dios por las oraciones de sus padres, consagrada á su servicio desde su nacimiento, elevada en la inocencia por los cuidados de las damas más santas, no se conservase hasta el fin en el fervor de su piedad, y no terminase santamente una vida toda consagrada al servicio de Dios.

MONASTERIO DE JERUSALÉN Y DE LOS ALREDEDORES ¹.

Después que san Hilarión hubo hecho conocer con su ejemplo y sus instrucciones la excelencia de la vida religiosa en la Palestina, bien pronto quedó ésta poblada, como el Egipto lo había sido por el gran san Antonio. Por todas partes se levantaron monasterios, y el número de solitarios de uno y otro sexo fué allí muy considerable. Hemos visto á aquellos que vivían en el vecindario de Belén; ahora conviene pasar á los de Jerusalén y de los alrededores.

El más antiguo de Jerusalén de que se ha hecho mención en la historia, es aquel que tuvo por abad á un excelente personaje llamado Filipo. No se sabe en que tiempo fué construido, ni que observancia se guardaba en él; so-

¹ San Jerónimo, Vit. PP., Palladio, Rufino, Tillemont.

lamente se sabe que Filipo era su abad hacia el año 361, en días del emperador Juliano. Sería de desear que tuviéramos más conocimiento de este venerable personage y de sus discípulos ; y Rufino es el único que nos habla de él, y lo hace incidentalmente y en pocas palabras. Lo que al efecto dice puede no obstante hacernos juzgar de su mérito por su humildad, y del fervor de los religiosos que tenía á su cuidado. Hé aquí lo que nos ha escrito sobre el particular.

El emperador Juliano el Apóstata queriendo restablecer el culto de los ídolos dió rienda suelta al furor de los idólatras, quienes ejercieron horribles crueldades contra los cristianos. Entre los excesos que cometieron, destacándose su odio contra los muertos lo mismo que contra los vivos, algunos de ellos fueron á la tumba de san Juan Bautista, que estaba en Sebasta de Palestina, sacaron los huesos, y los dispersaron para que fuesen pisoteados por los transeuntes. Enseguida temiendo que los cristianos los recogieran, ó más bien impacientes por verlos reducidos á polvo, los recogieron y los echaron al fuego.

Durante aquel tiempo algunos religiosos del monasterio de Filipo habían ido á Sebasta para hacer sus oraciones en el sepulcro del santo Precursor. No pudieron ver sin horror profanar sus santas reliquias, y temiendo participar en la impiedad de los idólatras sino procuraban conservar las que pudieran, no temieron exponer su vida mezclándose entre aquellos que las recogían para quemarlas, y salvaron una parte que llevaron á su monasterio.

El abad Filipo aplaudió su celo ; pero no creyéndose digno de poseer un tesoro tan precioso, lo envió á san Atanasio por Juliano diácono de su monasterio. El santo obispo, lo recibió con toda la veneración que debía, escondiéndolo en su iglesia, desde donde después lo transportó á otra que se edificó en honor de san Juan Bautista, sobre las ruinas del templo de Serapio.

Este sería el lugar para hablar de san Cirilo obispo de Jerusalén y doctor de la Iglesia, y de Juan su sucesor ; pero no todos los autores convienen en que el primero hubiese profesado la vida monástica, y sólo se encuentra marcado en un Sinaxario, ó libro eclesiástico de los Griegos, sin que esto sea atestiguado por su menólogo ó algún otro autor antiguo. Por lo demás, aun cuando esto fuera verdad, nada sabemos de él que tenga relación á la vida monástica, y toda su historia versa sobre sus virtudes episcopales, que fueron muy eminentes, y le merecieron el título de doctor; pues sostuvo la fe con intrepidez contra la impiedad de los Arianos, y tuvo el honor de sufrir más de una vez el destierro por la defensa de la fé.

Gobernó su Iglesia por espacio de treinticinco años ; pero las persecuciones que sufrió en diversos tiempos interrumpieron su gobierno por dieciséis años de ausencia. Moriría hacia el año 386.

En cuanto á Juan, su sucesor, dice san Jerónimo que había sido monje. No sin motivo dice de él un sabio escritor que no fué más que demasiado célebre en la historia de san Jerónimo y de los Pelagianos ; así para no prolongar este volumen omitiremos su elogio. Se puede conocer cuales fueron sus sentimientos, sobre todo en favor de Pelagio, en los últimos años de su vida, por aquello que hemos dicho de su inacción cuando los Pelagianos devastaron impunemente los monasterios de san Jerónimo y de santa Eustoquia, y por la carta llena de justas reprensiones que por ello el Papa san Inocencio I le escribió.

Pero no sabríamos pasar por alto, con motivo de san Cirilo, un suceso milagroso que acaeció en su tiempo, y cuya relación es demasiado propia para edificar la piedad de los fieles para omitirla aquí, donde la podremos colocar sin interrumpir mucho nuestra narración. Se verificó al principio de su episcopado, como se ve por aquello que escri-

bió al emperador Constanzo. Le relata así este milagro :

« En tiempos de Constantino vuestro padre, de feliz memoria, fué hallado en Jerusalén el leño saludable de la Cruz, recompensando Dios su piedad por el dichoso descubrimiento de este tesoro, que había permanecido escondida en las entrañas de la tierra. En vuestros tiempos los milagros ya no vienen de la tierra, sino del cielo. Durante este santo tiempo de Pentecostés, hácia la hora de Tercia (es decir á las nueve de la mañana), una cruz de las más grandes que jamás se han visto, formada con luces, ha aparecido sobre el Calvario, extendiéndose hasta la santa montaña de las Olivas. No se ha mostrado sólo á una ó dos personas, sino á toda la ciudad, muy clara y distintamente ; y por temor que se pensase que esto no era más que un fenómeno pasajero, durante muchas horas ha subsistido visible á simple vista, y mas resplandeciente que el sol, cuya luz hubiera extinguido si la suya no hubiese sido más fuerte. Al momento todo el pueblo, movido por este prodigio, corrió á la iglesia con un temor mezclado de alegría : los jóvenes y los viejos, los hombres y las mujeres y hasta las hijas más retiradas. Fué este un espectáculo muy conmovedor ver no sólo á los cristianos del país y á los forasteros, más aun á los paganos que habían ido de diversos lugares á Jerusalén, loar á voz unánime á Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo único de Dios, quien hacía prodigios tan grandes, y reconocer al mismo tiempo que la doctrina evangélica de los cristianos no consistía en vanas palabras, sino que la publicación que los hombres habían hecho de ella desde el cielo venía atestiguada por el mismo Dios en un prodigio tan singular. »

San Cirilo no es el único que ha hablado de este milagro ; el emperador lo supo también por otras voces. Los escritores eclesiásticos, Sócrates, Sozomeno, Filostorgo, que escribieron después de este suceso las crónicas de Idacia y de

Alejandro, han hablado de él. Los Griegos señalan su fiesta en sus *Meneos*. Nada fué más sensible que este milagro. La grandeza de esta Cruz era de 15 estadios, ó tres cuartos de legua, que es la distancia que hay entre el monte Calvario y el de las Olivas, y como nota muy bien san Cirilo, su luz eclipsaba la del sol ; así es que se presentaba clara, sin que se la pudiese confundir con la de este astro y en fin tuvo tantos testigos cuantos habitantes y forasteros había en Jerusalén, villa á la sazón muy poblada. Los paganos la vieron lo mismo que los cristianos, y no pudieron dejar de dar con ellos gloria á Jesucristo. No fué este un fenómeno momentáneo, que estuviese más bien en la imaginación que no que hiriese los ojos de los espectadores ; pues además que no podía suceder que todo un pueblo tuviese la imaginación exaltada, el milagro subsistió durante muchas horas : así todo concurrió á atestiguar su evidencia. Ya no hacemos otras observaciones sobre el particular. Se pueden ver las que hace Tillemont contra los herejes de los últimos siglos, quienes se declararon enemigos del signo de nuestra redención.

Pero volviendo ahora al monasterio de Jerusalén, Melania la Abuela, construyó uno para las personas de su sexo, del cual hablaremos en el capítulo siguiente. El monte de las Olivas estaba también habitado por un gran número de solitarios. Santa Helena había hecho construir en él una magnífica iglesia para honrar la ascensión de Nuestro Señor Jesucristo ; pues de esta montaña subió triunfante al cielo. También se habían erigido en el mismo diversos oratorios. Rufino, á quien muchas veces hemos citado, tuvo allí una celda, y á instancias de los ermitaños de ese lugar escribió el libro de las *Vidas de los Padres*.

Paladio habla de un solitario de esta santa montaña llamado Inocencio. Este había tenido mucha privanza en la corte del emperador Constanzo, y habiendo dejado el si-

glo, fué á retirarse entre los anacoretas de este monte sagrado, donde fué elevado al sacerdocio. Hizo construir una capilla en la cual puso las reliquias de san Juan Bautista. Este historiador dice que Dios le había concedido el don de curar las enfermedades y de echar al demonio de los cuerpos de los posesos. Relata uno de sus milagros de que había sido testigo.

Un día, dice, una mujer le condujo su hijo paralítico y poseido al mismo tiempo del demonio. El estado en que se hallaba me hizo juzgar que no podría ser curado, é insté á esta mujer que se retirara ; pero al mismo tiempo apareció el viejo Inocencio, y oyendo las lamentaciones de esta madre desolada, fué movido de compasión hasta derramar él mismo lágrimas ; y cogiendo el niño lo llevó á su capilla, donde habiendo rogado por él tres horas consecutivas, le libró de la parálisis y del demonio y lo volvió á su madre perfectamente curado. » Una pobre mujer fué también para implorar el auxilio de sus oraciones para recobrar una oveja que le habían robado. Él le dijo que le condujera al lugar donde creía haberla perdido, y allí , habiéndose dirigido á Dios un cuervo descubrió el lugar en que los ladrones la habían escondido ; por lo cual estos quedaron tan tocados que confesaron su hurto é indemnizaron á esta mujer.

Paladio conoció en Jerusalén un solitario, llamado Adolio, á donde había ido desde Tarso, lugar de su nacimiento, para profesar la vida monástica. Sin embargo la mayor parte del tiempo lo pasaba en la montaña de los Olivos. Se puede decir que los primeros ensayos en los ejercicios de su estado fueron los esfuerzos de muchos otros. Su mortificación era prodigiosa ; ella lo hacía admirar de todos los solitarios, y causaba á los demonios un terror tal, que no osaban acercarse á él. En la cuaresma pasaba cinco días sin comer, y en lo restante del año no comía más que

una vez cada dos días. Todas las noches después de Visperas permanecía sobre el monte de las Olivas en oración, rogando y cantando salmos hasta la hora en que los hermanos se levantaban para el oficio de la noche. Así estaba expuesto á las injurias del aire, sea que lloviera ó que hiciera mal tiempo ; y habiendo llegado la hora del oficio, iba á llamar á todas las celdas de los hermanos para reunirlos en el oratorio y rezar el oficio. Hacia algunas preces con ellos, pasando así de un oratorio á otro ; después se acostaba hasta Tercia, no faltando á asistir también á todos los oficios de día en las horas señaladas : murió y fué sepultado en Jerusalén.

Había sobre el monte Hermón un monasterio de vírgenes muy piadosas, cuya piedad san Jerónimo estimaba en mucho : pero los enemigos de este santo Doctor les dieron de él ideas tan poco favorables, que habiéndoles escrito muchas veces, ellas no le contestaron. De esto se queja en una de sus cartas, en la cual les muestra por muchos ejemplos de la Escritura, que aunque él se reconoce todo pecador, ellas no deben dejarse arrastrar por el juicio de los hombres, y que Dios no condena muchas veces con tanto rigor á aquellos á quienes la lengua de los maldicientes reprueba. « Os suplico, les dice, que perdonéis mi dolor, si yo me quejo de vuestro silencio. Estoy verdaderamente contristado de que después de haberos escrito muchas veces, ni siquiera os hayáis dignado contestarme. Yo sé *que las tinieblas no pueden hallarse con la luz* (II Cor. 6), y que un pecador como yo es indigno de tener parte en la amistad de las siervas de Dios ; pero sé también que una mujer de mala vida lavó con sus lágrimas los piés del Señor ; que el Salvador vino á llamar á los pecadores ; que cargó sobre sus espaldas la oveja que se había extraviado, y que, como un tierno padre, recibe con alegría al hijo pródigo que vuelve á él. El Apóstol ha dicho : *No juzguéis*

antes de tiempo (I Cor. 4). Los juicios de Jesucristo, mis amadísimas hermanas, son bien diferentes de los de un hombre envidioso y apasionado. Nunca se ha condenado con tanto rigor en su tribunal como en esos lugares retirados donde la maledicencia procesa á todo el mundo. Un día se hallará desarreglo é injusticia en muchas acciones, que hoy parecen rectas y justas á los ojos de los hombres. »

MELANIA LA ABUELA O LA ANCIANA¹.

Por más que algunos autores hayan dado á Melania la Abuela el título de Santa, aquí nos abstendremos de hacerlo, porque no es reconocida públicamente en calidad de tal, ni tampoco su nombre está indicado en el Martirologio Romano. El cardenal Baronio da la razón de ello en estas notas. « Melania la Abuela, dice, no cedió en piedad á la joven, y no mereció menos elogios que esta durante cierto número de años ; pero oscureció el esplendor de sus hermosas virtudes por haberse dejado sorprender después por los errores de Orígenes. » Sin embargo su memoria siempre ha sido muy respetada, y si se la ha tachado de haberse adherido con demasiada facilidad á los sentimientos de Didimio de Alejandría y de Rufino en favor de Orígenes, por otra parte la ha excusado la sencillez de sus intenciones, en un tiempo en que la causa de los Origenistas estaba todavía implicada, y uno se ha persuadido que Dios no permitió que perdiera el fruto de tantas obras

¹ San Paulino, San Jerónimo, Vit. PP. Paladio, Baronio, Tillemont.

buenas como hizo, y que le hizo la gracia de renunciar á sus perjuicios.

Era oriunda de España y de la ilustre casa de Antonio ; así es que no cedió en nobleza á ninguna de las damas romanas. Su familia, establecida en Roma, poseía allí los cargos más honrosos é inmensas riquezas. Se marca su nacimiento en esta ciudad en 342 ó 343, cerca de dos años después del consulado de Marcelino, de quien era nieta, y también de Piniano. San Paulino, quien le dá magníficos elogios, reconoce que él le era tan próximo por la sangre, como san Sulpicio Severo le era por la fé ; y se sabe que rango la casa de San Paulino tenía en el mundo.

Melania fué casada con un personaje que estaba en las dignidades, pero no nos ha quedado su nombre. Entrando en este nuevo estado, que parecía prometerle un feliz porvenir según el gusto del siglo, se halló bien pronto engolfada en una carrera de tribulación. Primeramente fué madre de tres hijos ; pero aparte de muchos falsos partos, tuvo la desdicha de perder á su marido fuera de Roma, quien la dejó viuda cuando tenía á lo más veintitres años. Poco tiempo después Dios también se le llevó á dos de sus hijos, y sólo le quedó el más joven que se llamaba Publicola, y que parece que el Señor se lo conservó menos para consolarla que para aumentar su valor, porque al verle le volvía á la memoria la pérdida de su marido y de los otros.

San Jerónimo nos dice cuales fueron las disposiciones de Melania en tan grandes motivos de aflicción, y le propone á santa Paula por modelo al consolarla por la muerte de su hija Blesilia. « La virtuosa Melania, dice, que, por su piedad y por su nacimiento, tiene hoy día una categoría tan distinguida entre los cristianos, y con quien ruego al Señor nos una á vos y á mí en el día del juicio ; esta virtuosa dama, digo, aún no había rendido los últimos deberes á su marido que acababa de espirar, cuando la muerte

le arrebató á dos de sus hijos. ¿Quién no hubiera pensado que en una coyuntura tan afflictiva no se entregase á los más violentos trasportes del dolor? Siu embargo no derramó una sola lágrima; sostuvo con una firmeza inquebrantable el peso de una desgracia tan cruel; y echándose á los piés de Jesucristo, le dijo con aire más bien alegre que triste, como si lo hubiese tenido entre sus brazos: Ya que me habéis descargado, Señor, de tantos cuidados y de una carga tan pesada, ahora seré más libre para servirlos. »

Melania no se desmintió después de esta resolución; sino que habiendo llegado á Roma con los tres cuerpos de su marido y de sus hijos, donde, dice san Paulino, la pompa de tantos funerales fué el trofeo de su desdicha, se determinó á partir para los santos Lugares con la intención de consagrarse allí enteramente á Dios por las prácticas de la vida religiosa. El demonio, envidioso de tan generoso designio, suscitó para hacerla retroceder todo el poder y la autoridad de sus parientes; pero ella dió un tutor á su hijo bajo la autoridad del Pretor de la ciudad, y partió sin comunicarlo á nadie, aunque esto fuese al principio del invierno, tomando su ruta hácia el Oriente. Fué en primer lugar á Alejandría seguida de muchos siervos y siervas que se había llevado, y llevando cantidad de muebles que vendió para distribuir su precio á los monasterios y á los pobres. Rufino, sacerdote de Aquilea, estaba con ella, sea que se hubiese embarcado en su compañía en el puerto de Ostia, sea que ella le hubiese hallado en Alejandría; pero no es cierto que allí hubiese visto á San Atanasio, porque algunos autores creen que ella no fué allí hasta el año 373, y otros dicen que este santo obispo murió en 371. Sin embargo llevó consigo otros grandes personajes, sobre todo al sacerdote Isidoro el Hospitalario, conocido en Roma en donde había acompañado á San

Atanasio el mismo año que su abuelo Marcelino era Cónsul, y el célebre Didimio, quien era ciego desde la edad de cuatro años, y no obstante había adquirido una grande reputación por su erudición. Hemos dicho en otra parte que fué á visitar á la virgen Alejandra, que se estaba encerrada en una tumba cerca de la ciudad, donde unia los trabajos de la penitencia á las dulzuras de la vida contemplativa.

Como Isidoro había sido educado entre los solitarios de la montaña de Nitria, habló de ellos á Melania con tantos elogios, que deseó ir á verlos. También parece que había ido á Alejandría para edificarse cerca de los solitarios de los desiertos vecinos, independientemente de cuanto Isidoro le dijo de los mismos. No repetimos cuanto hemos dicho al efecto en la vida de san Pambón y de otros Santos, cuyas celdas ella recorrió para recibir sus instrucciones y su bendición.

Habiendo muerto san Atanasio, los arianos, protegidos por el emperador Valente, excitaron una cruel persecución contra los católicos. Gran número de obispos, de sacerdotes y de solitarios fueron dispersados ó conducidos al destierro. Hemos relatado en el volumen precedente cuanto estos últimos tuvieron que sufrir por parte del famoso obispo Lucio, insigne ariano, protegido por Paladio, prefecto de Egipto y pagano, y por parte del conde Magno, general de las tropas, quienes cometieron extraordinarias crueldades en estos desiertos. En esta triste situación, Dios, que siempre vela en favor de los defensores de la verdad, suscitó á Melania para asistir á sus servidores con todas las mañas que la caridad más generosa puede inspirar.

San Paulino nos da idea de esta circunstancia en su carta á san Sulpicio Severo: « Mientras el furor de los arianos, dice, teñía al emperador Valente por ministro, y

perseguía bajo su autoridad á la iglesia del Dios vivo, Melania era siempre la primera en combatir por la fé, ó tomaba parte en los combates de los otros. Ella recogía á los fugitivos, y acompañaba á los presos.

Pero como hubiese retirado en secreto á aquellos á quienes los arianos perseguían con mayor animosidad por su constancia inquebrantable en la fé y por su reputación más insigne, se levantó contra ella una sedición excitada por el artificio del demonio ; de suerte que la cogieron para llevársela prisionera, con la amenaza de que si no descubría á aquellos que había escondido, le harían sufrir las mismas penas que estaban ordenadas contra ellos, como habiendo sido desobediente á las leyes públicas. Bien lejos de manifestar el menor temor, ó de pensar en robarse á su furor, ella sólo esperó que se la llamara delante de la justicia ; y salió al encuentro de los saeteros que se la querían llevar, penetrada de alegría por la injuria que sufría públicamente, y del deseo de dar su vida misma por la gloria de Jesucristo. Se presentó delante del juez con tal intrepidez, que lo dejó atónito y confuso. Quedó movido de veneración por una dama de una virtud tan respetable, y la pasión que le inspiraba su error se trocó en admiración por la magnanimidad de su fé.

« En este mismo tiempo, añade san Paulino, nutrió durante tres días á cinco mil solitarios que estaban escondidos, sin que el temor de ser sorprendida le impidiese el ejercer la caridad con ellos, por más que los magistrados hubiesen hecho sobre el particular grandes prohibiciones. Aunque temiera poco sobre esto su cólera, hubiera deseado que la gloria de sus buenas obras no hubiese aparecido más que á los ojos de Dios ; pero cuanto mayores eran sus limosnas, tanto menos podían permanecer ocultas á los ojos de los hombres, teniendo tantos testigos cuantos servidores de Dios hacía vivir. »

Muchos solitarios que entonces persiguieron fueron desterrados á Diocesárea en Palestina ; á donde también habían sido relegados varios obispos de Roma ; de suerte que allí se hallaron ciento veintiséis confesores, obispos, sacerdotes, otros eclésiásticos y solitarios. Melania los siguió y los proveyó generosamente con sus bienes de cuanto necesitaban. Aquellos que estaban encargados de guardarlos impedían que los visitase persona alguna de consideración ; pero ella se vistió como una simple esclava y así les llevaba por la noche todo cuanto necesitaban. El gobernador de la Palestina lo supo, y esperando amedrentarla con amenazas y sacarle alguna suma considerable de dinero, la hizo coger y aprisionar, no sabiendo cual era la grandeza de su nacimiento.

Melania, que en Egipto había mostrado tanta alegría al sufrir una injuria pública por Jesucristo, creyó se rde la gloria de este divino Maestro el reprimir en esta ocasión la temeridad del gobernador haciendo valer los derechos de su condición como había hecho san Pablo cuando se declaró ciudadano romano para contrarestar las violencias de los magistrados paganos. Se lo hizo, pues, saber en estos terminos : Yo soy hija de fulano y he sido esposa de zutano, que ambos han poseido grandes dignidades en el mundo, ahora soy una humilde sierva de Jesucristo : no penséis en menospreciarme porque voy mal vestida, pues magníficos son los hábitos que poseo ; no creáis turbarme más con vuestras amenazas, ni apoderaros de algo que me pertenezca, teniendo bastante poder para impedirlo. He querido daros este aviso, por temor de que por vuestra ignorancia os comprometieseis en cometer semejante falta. »

Esta declaración hizo que el gobernador entrara bien pronto en sí mismo. Él le dió grandes excusas ; le rindió todos los honores debidos á su nacimiento y á su mérito, y

dió orden que se le permitiera visitar á los santos confesores tanto como le pluguiera.

Habiendo estos vuelto del destierro, Melania fundó un monasterio en Jerusalén, donde reunió cincuenta religiosas pasando allí veintisiete años. Durante este tiempo tuvo á Rufino por guía en la vida espiritual, y continuó sus obras de caridad con más profusión que nunca.

Me faltaría tiempo, dice Paladio, si quisiera escribir cuanto sé de ella sobre el particular, y creo que apenas un grande fuego podría consumir tantos bienes como el fuego de su ardiente y toda celestial caridad ha consumido para asistir á los pobres y á los desgraciados. Así no soy yo el que lo debo decir; que lo digan los habitantes de Persia, de la Gran Bretaña, de todas las islas; pues el Oriente y Occidente, el Septentrion y el Mediodía experimentaron sus liberalidades. »

En efecto, de todos los países del mundo un número inconcebible de peregrinos iba á Jerusalén á visitar los santos Lugares. Estas eran personas de todos los estados y condiciones: Obispos, sacerdotes, monjes, vírgenes, gentes casadas, gentes de calidad y del pueblo; y Melania se portaba con una caridad inenarrable prestándoles todos los auxilios que necesitaban.

« Durante los treintisiete años, añade Paladio, que pasó fuera de su país sus caridades entraron en las iglesias, en los monasterios, en los hospitales, en las cárceles, y para decirlo todo en una palabra, jamás persona alguna recurrió á su asistencia sin recibir su socorro; su hijo, sus parientes, y sus apoderados todos los años le mandaban grandes sumas de dinero, que eran como el aceite de que la proveían para esta ardiente lámpara de su caridad. »

San Jerónimo dice que las virtudes que ella practicó en Jerusalem y principalmente su humildad, fueron tan maravillosas que le dieron el sobrenombre de Tecla; y escri-

biendo á Aselia, pone á santa Paula y á Melania en el mismo grado de virtud, y justifica por un elogio común á ambas su insigne piedad contra la censura del mundo, cuyas máximas perniciosas condenaban con su desprendimiento, su humildad y su paciencia.

San Paulino también nos enseña cuan santa era su conducta y cuan laboriosos sus ejercicios. « Ved, le dice, cual es el poder de Dios en esta perfecta paloma. Su nutrición es el ayuno, sus delicias la oración, su banquete la palabra de Dios, sus hábitos un paño grosero, su lecho un cilicio puesto sobre la tierra con una manta de muchas lanas y de piezas reunidas. Esta cama tan dura de sí misma, se le vuelve blanda por las lecturas santas en las cuales emplea una parte de la noche, y su alma se repone cuando ella vela en el Señor. »

Tal era la piedad de Melania, ya en Roma cuando se consagró toda á Dios, ya en Oriente y particularmente en Jerusalén. No nos hemos contentado con el testimonio de Paladio, que podría parecer sospechoso, sino que hemos añadido los de san Jerónimo y san Paulino que en esto no se pueden acusar de parciales ni lisonjeros.

Aun hizo un viaje á Nitria, donde asistió á la muerte de san Pambón, como lo hemos dicho en la vida de este Santo, y recibió de él una cesta que se llevó como un tesoro precioso, contando guardarlo hasta el fin de su vida. Tilemont dice que hizo este viaje hacia el año 385, y que san Jerónimo habiendo ido á Belén con santa Paula el año 386, permaneció unido con Rufino, su director, hasta el año 393. Entonces fué cuando san Jerónimo habiendo conocido que Rufino daba en los errores de Orígenes, se indispuso fuertemente con él, y llegaron á ser tan enemigos el uno del otro, como amigos habían sido antes.

Como pareciera que Melania conservara siempre la misma estimación para Rufino, san Jerónimo, quien hasta

entonces había hecho de ella tan bellos elogios, empezó á hablar de la misma de otro modo, y esto es lo que ha perjudicado la memoria de esta ilustre viuda ; pero sea que el asunto de los Origenistas aun no estuviera del todo esclarecido, lo que parecía excusarla, sea que por su amistad con Rufino, habiéndose hecho sospechosa del error, ella hubiese al momento renunciado enteramente á él, como hay más motivo de creerlo, siempre se la ha considerado como una gran sierva de Dios ; á lo cual podemos añadir que ella había reconciliado á Rufino con san Jerónimo en 397, bien que esto duró poco tiempo por parte de Rufino, lo que demuestra el aprecio que ella conservaba á san Jerónimo. Con justa razón, pues, se puso al principio de la décima carta de la *Colección de las cartas de san Paulino*, en la cual le da grandes elogios, que este Santo ignoraba que Melania entonces estuviera imbuida de los errores de Orígenes ; pero que hay toda probabilidad de que ella los abdicó, y que murió en la pureza de la fé católica, pues san Agustin y san Paulino continuaron en loarla aun despues de su muerte ; y vemos que san Jerónimo, pocos años después de su muerte, escribiendo á san Agustin, la saludaba por Melania la Joven, su nieta, por Albina su nuera, y por Piniano, marido de la joven Melania ; de donde se debe concluir que, viviendo en grande unión con esta familia, había cambiado de parecer hácia la Abuela, porque había podido saber que ella no había muerto sin haber cambiado también sus ideas sobre los errores de que ella se había hecho sospechosa. Sin embargo esto nos debe hacer comprender cuan delicada es la virtud de la fé, y cuanta es la exactitud de la Iglesia en sus juicios. Melania hizo obras heróicas de virtud ; recibió de los más grandes Santos magníficos elogios ; todo esto no obstante no bastó para proponerla á la veneración de los fieles por un culto público ; lo que es contra los herejes y libres pensadores de

nuestro tiempo una evidente prueba de la circunspección de la Santa Sede en la canonización de los Santos, y esto debe servir de lección á todos los fieles para marchar exactamente por el sendero de una fè pura y entera, y no fiarse jamás de los Rufinos, por más apariencias de erudición y piedad que presenten ; pues en todos los siglos ha habido en perjuicio de un gran número de almas.

Pero volvamos á la historia de Melania. Paladio dice que en todo el tiempo que moró en Oriente, jamás quiso comprar allí un puñado de tierra, y que el deseo de ver á su hijo nunca pudo arrancar de su corazón el amor á la soledad, ni su ternura para él pudo resfriar su caridad por Jesucristo ; sin embargo aquello que las ganas de ver á su familia no habían podido hacerle hacer, el deseo de consagrarla enteramente al Señor le hizo emprender con coraje.

Su hijo Publicola, que ella al partir de Roma habia abandonado á la Providencia con una fe viva, se había conservado mejor por los méritos de sus oraciones, que por los cuidados del Prefecto y del tutor que le había dado. Ya era contado entre uno de los grandes sabios de su siglo : resplandecía en toda suerte de virtudes ; estaba engolfado en los mayores honores ; y habiéndose casado con Albina, de una familia ilustre, Dios había bendecido su matrimonio con el nacimiento de santa Melania la Joven, de quien hablaremos pronto, y de un hijo que se llamó Pública. Todo esto había pasado durante la permanencia de la piadosa viuda en Oriente. La joven Melania, nacida en 382, fué casada en 393 con Piniano, y habiéndoseles Dios llevado los dos hijos que habían tenido de su matrimonio, resolvieron de común acuerdo abrazar la continencia, y renunciar á todas las cosas de la tierra para no aplicarse más que á los ejercicios de la piedad.

Habiendo sabido su resolución Melania la Abuela, la cuya fué, aunque de edad de sesenta años, hacer el viaje

de Roma, tanto para confirmarlos en sus buenos sentimientos, como para impedir, dice Paladio, que se dejasen sorprender por alguna doctrina perversa. Se embarcó en Cesárea y llegó á Nápoles, á donde su familia había ido para recibirla. El deseo de ver á san Paulino no le permitió diferir el pasar á Nolas. Este Santo, escribiendo á Sulpicio Severo, le hace la historia de esta visita; el detalle que de ella da merece que lo relatemos por extenso, pues es muy propio para inspirarnos una alta estimación de la sencillez cristiana, con preferencia á las vanas grandezas del mundo.

« Ella se apresuró, dice á venir á visitarnos, acompañada del fausto y del esplendor de sus hijos. Vimos el triunfo de la gloria del Señor en la diferencia de equipaje con que la madre y las hijas (Albina y la joven Melania) hacían el mismo viaje. La madre iba montada sobre una bestia más magra y más vil que los asnos, y venía seguida por los senadores que marchaban con toda la pompa de que eran capaces el esplendor de su condición y su opulencia. La vía Apia estaba cubierta, por no decir cargada, y toda reluciente de carros suspendidos, de caballos soberbiamente engalanados, de carrozas doradas, de un gran número de carros; pero la hermosura de la humildad cristiana brillaba más que todo este esplendor de la vanidad. Los ricos admiraban á aquella que era pobre, pero Santa; y ella se burlaba de sus riquezas. Allí vimos la humillación del gran mundo, la cual era digna de Dios; pues vimos humillarse delante de la negra y usada sarga, la púrpura, la seda, y los hábitos bordados en oro. Bendecimos al Señor que vuelve sabios á los que son humildes, y delante del cual la verdadera humildad es una sólida elevación, que llena de sus bienes y satura con sus sagradas comidas á aquellos que tienen hambre de su gracia y de su justicia, y deja á los ricos en su indigencia. »

San Paulino recibió, pues, toda esta multitud de santos y de ricos que acompañaban á Melania, quienes se glorificaban más de la pobreza voluntaria de esta ilustre viuda, que de su ostentación y de la magnificencia de sus equipajes. Su virtud les era una lección de modestia cristiana, y un temor religioso los tenía en respeto, y hacía acallar, dice el mismo Santo, todo el tumulto que sigue á las gentes del mundo. Cantaban en cierto modo con su silencio las alabanzas del Señor, mientras que Melania lo hacía en la iglesia en compañía de las vírgenes que se ocupaban en la santa salmodia.

San Paulino le hizo leer la Vida de san Martin, escrita por Sulpicio Severo ; y ella por su parte le regaló un pedazo de la vera Cruz, que había recibido de Juan de Jerusalén, del cual puso una parte en el altar de la iglesia de san Felix de Nolas, y envió la otra á Sulpicio Severo con una túnica de lana que ella le había dado.

Llegó por fin á Roma, donde, según expresión de san Paulino, admiraron en ella una mujer que en las sombras oscuras de la humildad vivía en el esplendor de la justicia, la cual, consolando por una parte á los pobres con sus liberalidades, por otra animaba á los ricos con los ejemplos de su viva fé y de todas las virtudes.

La primera conquista que allí hizo para Jesucristo fué la de Aproniano, que se había casado con su sobrina llamada Avita. Aproniano era uno de los personajes más distinguidos de Roma ; pero era pagano. Ella lo instruyó ; lo convirtió á la fé ; y, lo que es aún más admirable es que lo llevó á practicar la perfección evangélica. También confirmó en sus buenos propósitos á Melania su nieta, á Piniano su marido, é instruyó en el temor y servicio de Dios á Albina su nuera.

Ella hizo un viaje á Africa, y en aquel tiempo Publicola murió al terminar el año 407. En él perdió á su hijo úni-

co ; pero su virtud sostuvo este golpe con aquella perfecta resignación que la llevaba por encima de todos los acontecimientos para sujetarla enteramente á Dios. Aunque no pudo negar algunas lágrimas á la ternura maternal, sostuvo su aflicción en el silencio ; y si al principio dió alguna señal de dolor, entrando bien pronto en los sentimientos que se elevaban sobre la carne y la sangre, sólo manifestó disgusto por habérselo llevado la muerte cuando todavía estaba en su condición secular, mientras que ella hubiera deseado que antes de salir del mundo, hubiese, á su ejemplo, abrazado una vida enteramente separada del siglo.

Después de este viaje del Africa volvió á Roma, y habiendo confirmado de nuevo á su familia en el temor de Dios, les persuadió á todos que vendieran cuanto tenían, como ella hizo también de aquello que le quedaba, y los hizo salir de Roma para conducirlos á Sicilia. Muy pronto se vió que era el espíritu de Dios quien le había inspirado esta resolución ; pues el mismo año los Godos bajo el mando de su rey Alarico, sitiaron á Roma, la tomaron, la saquearon, la devastaron. « Así, dice Paladio, haciéndolos salir de Roma, los sacó del medio de la tempestad para conducirlos á un puerto y pasar lo restante de su vida en descanso y seguridad. Entonces aquellos que habían dado fé á sus palabras y á sus instrucciones dieron gracias á Dios.

Después que hubo conducido su familia á Sicilia, Melania volvió á Jerusalén, donde distribuyó entre los pobres el dinero de las tierras que había vendido. Cuarenta días después de su llegada murió ; dejando, dice Paladio, una reputación que la grandeza de sus limosnas hizo preciosa y venerada.

SANTA MELANIA LA JOVEN, ALBINA SU MADRE,
Y PINIANO SU MARIDO ¹.

Estos tres santos personajes bien merecen un elogio á parte, y particularmente santa Melania la Joven, pues san Agustin los llama una fuente abundante de consolaciones en medio de los males extremos que entonces se sufrían ; de luces resplandecientes que Dios hacía lucir en medio de las tinieblas de una nación corrompida, que se levantaban tanto, cuanto estas bajaban, y brillaban tanto más cuanto estas mismas deprimían su esplendor. Añade que esto que Dios había hecho en ellos por su gracia era tan grande, que casi nadie osaba decirlo, temiendo no ser creído ; y por fin los llama almas santas, personas que le son queridas, lumbreras de la Iglesia, y santos cuyo corazón está lleno de caridad.

Hemos visto en el capítulo precedente que Publicola, hijo de Melania la Abuela, se había casado con Albina, hija de Albino y hermana de Volusiano, quien fué Prefecto de Roma y cuya familia era una de las más ilustres del imperio. De este matrimonio nació Melania la Joven, que se llamó así de su abuela. Nació el año 382 lo más tarde. En su infancia la formaron en una tierna piedad, presentándole con frecuencia el ejemplo de su abuela por las relaciones que le hacían de sus virtudes ; y quedó en ello tan imbuida, que concibió el propósito de imitarla consagrándose del todo á Jesucristo. Este piadoso deseo se arraigó tanto en su alma, que en cierto modo fué necesario acudir á la violen-

¹ San Paulino, San Agustin. *Vitæ Patrum*, Surio Tillemont.

cia para casarla con Piniano, hijo de Severo prefecto de Italia y de Africa, y de una raza consular. Él no tenía más que diez y siete años, y ella sólo catorce. Sin embargo aumentándose en su corazón el amor á la castidad, aún después de su matrimonio, instó á su marido que le permitiera vivir en continencia, á lo que le prometió acceder cuando hubiesen tenido un hijo. Primero tuvieron una hija, la que así que hubo nacido Melania la consagró á Dios para servirle en calidad de virgen ; y renovó su demanda á Piniano, pero no quiso consentir á ella. Resolvió, pues, aguardar con paciencia que Dios, que es el único dueño de los corazones, lo hiciera condescender á sus deseos, y llevar mientras tanto una vida austera y retirada en cuanto su estado se lo permitiera. Ella no dejó de hacer sus preces particulares para esto, y el día de la fiesta de san Lorenzo renovó su fervor para obtener de Dios el cumplimiento de sus votos. Su oración fué por fin oída, y Dios teniendo piedad de Piniano, dice Paladio, se sirvió del peligro de muerte en que se halló Melania en su segundo parto, para moverlo é inspirarle el deseo de no servir más que á él solo.

Los dolores del parto la sorprendieron luégo después de su oración á san Lorenzo, y enseguida se encontró tan mala, que Piniano casi muerto de dolor, corrió á la iglesia para pedir al Señor que se dignase salvarle la vida. Melania aprovechó esta ocasión favorable para mandarle á decir que si quería prometer hacer lo que tantas veces ella le había pedido, confiaba que Dios la curaria. Lo prometió, y desde este momento ella empezó á encontrarse mejor.

El niño de que estaba embarazada murió luégo después de haber nacido : recibió no obstante el santo bautismo ; y la hija que había tenido antes que él le sobrevivió poco tiempo. Esto confirmó á Piniano en la voluntad de secundar á su esposa, y desde este tiempo de común acuerdo se propusieron vivir, no según las máximas del mundo, sino

según las del Evangelio. Este cambio de Piniano sucedió en el mes de agosto del año 401, siete años después de ser casados, cuando él contaba veinticuatro años y Melania veinte. De momento nada cambiaron en su exterior, y el corazón de Piniano todavía tenía alguna afeción á las pompas del siglo, hasta que Melania lo retiró poquito á poco de estos sentimientos demasiado terrestres.

Mientras tanto Melania la Abuela habiendo sabido su resolución, emprendió, como hemos dicho, aunque de edad de sesenta años, el viaje de Roma. Fueron hasta Nápoles á recibirla con gran cortejo, desde donde la condujeron á Nolas á casa de san Paulino, y enseguida á Roma. Aquí fué donde Melania la Abuela los fortificó aún más en sus piadosos propósitos. Ella les hizo determinarse á vender sus bienes, á dejar á Roma, y á buscar en la soledad como en un puerto, la tranquilidad del corazón lejos de los oleajes del siglo. Se penetraron enteramente de sus sentimientos, y se impusieron el deber de seguirlos. Albina, madre de santa Melania, persuadida también por las exhortaciones de su Abuela, se juntó á ellos en este designio, y estos tres personajes sólo se separaron por la muerte.

Nuestra Santa hallándose por las piadosas disposiciones de su marido en completa libertad para seguir los movimientos de su piedad, dejó todos los ornamentos y atavíos, distribuyó á las iglesias sus hábitos de seda para que sirvieran de adorno á los altares, ó para otros usos, y se revistió de las libreas del Evangelio, que son la simplicidad y la pobreza voluntaria.

Empezó á mortificar su cuerpo con tanto rigor, que al principio pasaba cuatro días y aún más sin comer; pero después se reguló comiendo una vez cada dos días. Añadió á estas santas prácticas las obras de misericordia, visitando con su marido los pobres y los encarcelados, pagando por aquellos que estaban detenidos á causa de sus deudas,

dando caritativamente hospitalidad á los extranjeros ; así iban vendiendo poco á poco sus bienes para enriquecer á los pobres, á fin de volverse ellos mismos pobres por amor de Jesucristo, en quien habían puesto todo su tesoro.

No pudieron continuar largo tiempo estas buenas obras sin que el demonio hiciera esfuerzos para impedirselo. Al efecto suscitó al hermano de Piniano, llamado Severo como su padre, quien, considerando las caritativas distribuciones de su hermano según los perjuicios del mundo, y viendo que empezaba á vender los bienes y las tierras de su casa se apoderó de muchas de estas tierras como si le hubiesen pertenecido. Piniano y Melania lo sufrían con paciencia ; pero la emperatriz, quien conocía el mérito de Melania, y le profesaba una estimación especial, le hizo decir que fuera á verla por aquello que había sabido sobre el proceder de Severo, en la intención de ampararla con la justicia. La Santa se le presentó con su marido, habiéndose vestido con su simplicidad ordinaria, cubierta con un velo, por más que esto fuera contra la costumbre de la Corte. La princesa al verla en este estado de modestia la tuvo aún en mayor consideración, y prometió castigar á Severo por las injusticias que les había hecho. Melania y Piniano se convirtieron en sus intercesores, y sólo le rogaron que impidiera que continuase sus violencias, puesto que todo cuanto tenían era ya propiedad de los pobres y de los extranjeros por el destino que de ello habían hecho. La emperatriz admiró y encomió su moderación, é hizo que el emperador, Houorio, les diera un amplio permiso para vender sus tierras sin que nadie se pudiera oponer á ello ; y cuando se volvieron los hizo acompañar con extraordinarios honores, habiéndolos ya recibido con mucha distinción en la audiencia que les había dado.

El permiso del emperador les dió más libertad para vender sus tierras, y les facilitó tanto más los compradores,

cuanto que estando la venta autorizada por el príncipe, estaba más asegurada la adquisición. No solamente tenían tierras alrededor de Roma, más aún en lo restante de Italia, en las Galias, en España, en Inglaterra y en Africa, las cuales les producían cada año doce mil piezas de oro; suma entonces tan considerable, que sólo el emperador podía tenerla mayor.

Santa Melania al principio vendió las tierras que poseía en las Galias, en España y en Inglaterra, y se reservó las de la Campania, de la Sicilia y del Africa, que guardó hasta que la muerte de su padre la dejó libre para pasar al Oriente como deseaban. Hasta entonces habían empleado los réditos de estas tierras en obras de caridad. El mismo uso hicieron del dinero de los fondos que habían vendido, y continuaron en hacer servir los réditos de las tierras que les quedaban para el subsidio de los pobres, para el sustento de los monasterios y para el culto del Señor, dando á los obispos los ricos ornamentos y los vasos preciosos que tenían para adornar las iglesias. También se dice que habiendo obtenido del emperador unas islas todas enteras que él en parte les había vendido y en parte regalado, en las unas establecieron santos ermitaños, en las otras construyeron monasterios para religiosos y religiosas.

La Santa también confió grandes sumas de oro y plata á un monje de Dalmacia llamado Pablo, que era sacerdote, y lo envió por mar á Oriente, donde ella hizo distribuir diez mil escudos en el Egipto y en la Tebaida, otros tantos entre las iglesias del archipiélago y los que estaban allí relegados, y la misma cantidad entre Antioquía y sus alrededores; quince mil en la Palestina; y ella misma distribuyó cuatro veces más entre las iglesias, los monasterios y los hospitales de Occidente. Dió la libertad á todos sus esclavos que quisieron recibirla, pero la mayor parte prefirieron pasar al servicio de su hermano Publicola, y ella se

los dejó. Su casa fué como un monasterio, en la cual sus siervos convirtiéndose en compañeros de sus ejercicios de piedad, ella quiso tener también su día para prestarles toda suerte de servicios.

Piniانو y Melania vivían así en las obras de piedad y de caridad, y Dios los fortificaba y consolaba de una manera que á veces parecía milagrosa: También tenía necesidad del auxilio de lo alto; pues el demonio, quien antes los había perseguido con la injusticia de Severo, no se descuidó de atacarlos con tentaciones interiores. Así todos los justos pasan por diferentes tribulaciones para llegar á la santidad; y como la corona que les está prometida es el fruto de sus victorias, ella supone, según la expresión del Apóstol, que han combatido un buen combate.

Aparte de las instrucciones que recibían de Melania su abuela, y de las personas piadosas que estaban en Roma, algunas veces iban á Nolas en la Campania para visitar á san Paulino su pariente, y recibir sus consejos; y este les había dado el ejemplo de comprar el tesoro de la pobreza evangélica con el precio de los mayores bienes de este mundo, pues él mismo había abandonado inmensas posesiones por el amor de Jesucristo.

Paladio, obispo de Helenópolis en Bitinia, quien fué á Roma por el asunto de san Juan Crisóstomo en el año 404 ó 405, donde permaneció hasta el principio de 406, tuvo la dicha de conocerlos, quienes lo recibieron con mucha distinción y afecto. « Cuando fuimos á Roma, dice, nos recibieron con toda suerte de honor, y nos prepararon la mejor mesa del mundo, haciéndose así dignos por su hospitalidad y por sus santas maneras de vivir, de participar de la eterna vida de Nuestro Señor Jesucristo. » Parece que obraron del mismo modo para con todos los que fueron á Roma en gran número por la causa de san Juan Crisóstomo.

Mientras tanto el deseo de retirarse enteramente del tumulto del mundo jamás los abandonaba ; pero aguardaban que la Providencia les procurase medios para ello ; pues Publicola, padre de Melania, no se lo quería permitir. Publicola tenía mucha religión, y san Paulino, quien hace de él grandes elogios, atribuye á su piedad las bendiciones espirituales que Dios derramó sobre su familia ; pero no había aún llegado á la perfección de su hija, y no podía determinarse á consentir que ella lo dejara. Su muerte, que acaeció en el año 407, cuando Melania la Abuela estaba en Africa, rompió el lazo que detenía á nuestra Santa y á su marido en Roma. Luégo después salieron de esta, y se retiraron en las tierras que poseían en los alrededores para vivir allí en la soledad, desde donde iban con frecuencia á la Campania para aprovecharse de las instrucciones de san Paulino. Albina, viuda de Publicola, los siguió en este retiro ; vivía con su hija Melania, teniendo en su compañía muchas vírgenes y algunas siervas, practicando los mismos ejercicios de piedad y distribuyendo de común acuerdo grandes limosnas. Piniano, por su parte, vivía con treinta solitarios, ocupándose en la jardinería y cultivando su alma con la lectura de las divinas Escrituras y con las conferencias de piedad.

Sólo les faltaba vender los bienes que tenían en Italia, y pasar enseguida al Oriente ; pero entre las muchas posesiones que allí tenían había una tan agradable, que fué un gran motivo de tentacion para Melania ; sin embargo, de esta como de las otras hizo su sacrificio á Dios. Piniano también puso en venta el palacio que tenía en Roma ; pero era tan hermoso y magnífico, que nadie pudo dar de él lo que valía. Con el tiempo se compró después que los Godos hubieron metido fuego en él, cuando tomaron á Roma en 410, lo que disminuyó su precio.

El prefecto de Roma, que se cree haber sido un pagano

llamado Pompeyo, había querido apoderarse de este palacio y de algunos otros bienes que Piniano había dejado ; pero Dios castigó su avaricia, pues en una hambre el pueblo se sublevó y lo despedazó.

El asedio que Alarico puso á Roma en 408, 409 y 410 demostró cuan prudente había sido el consejo que Piniano y Melania habían recibido de su abuela ; los Godos se habrían llevado sus tesoros, pero ellos los habían ya depositado en el cielo con las piadosas distribuciones que de ellos habían hecho. Igualmente habían salvado su vida con su retiro ; así es que este retiro concurrió á salvar su cuerpo y su alma. Como los bárbaros se esparcieran en lo restante de Italia, Piniano pasó á Sicilia con su santa compañía ; pero no solamente fueron para evitar el furor de los Godos, fueron también para vender los bienes que allí tenían. Mientras tanto Melania la Abuela partió para Jerusalén, donde murió á los cuarenta días de haber llegado, como lo hemos dicho en su vida ; y después que Piniano hubo terminado los quehaceres que tenía en Sicilia, con los suyos se hizo á la mar para el Africa. En la travesía una tempestad los sacó de su ruta arrojándolos á una isla que se cree ser la de Malta. Unos bárbaros acababan de saquearla y amenazaban con la muerte á cuantos habían cogido, y con meter fuego por todas partes, sino les daban una cierta suma de dinero. La caridad de Piniano y de Melania suplió la impotencia en que se hallaban estos infortunados insulares para reunirlos. Habiéndoles el obispo hecho conocer la extremidad á que estaban reducidos, les dieron mucho más de lo que los bárbaros pedían, y libraron la isla.

Aprovecharon el tiempo favorable para pasar á Cártago, á donde llegaron felizmente, y desde allí se trasladaron á Tagasto en Numidia, de donde san Alipio, amigo de san Agustín, era obispo. Fué para ellos un gran motivo de consuelo el participar de los coloquios y de los avisos de este gran

hombre, cuya elocuencia toda santa era tan propia para nutrir en su alma el amor á la perfección. Él por su parte cumplía para con ellos todos los deberes de veneracion y de celo que exigían su distinguida condicion y su eminente virtud ; y ellos por la suya enriquecieron su iglesia con muchos fondos de tierras y con diversos ornamentos cargados de oro y de piedras preciosas ; así decoraron el templo material dedicado al Señor, y consolaron á los afligidos miembros de Jesucristo, dando á la iglesia fondos la ponían en estado de socorrerles en su miseria. También construyeron dos monasterios que dotaron, de los cuales uno era de ochenta religiosos y el otro de ciento treinta vírgenes.

Su intención al ir á Tagasto era visitar á san Agustin. Este Santo hubiera deseado con todo su corazón ir allí á verlos ; pero, aunque Hipona no estuviese lejos, los quehaceres de su iglesia no se lo permitieron, y se vió obligado á mandarles sus excusas por una carta en la cual les dice que si es una falta el no irlos á ver, su misma falta es el mayor castigo que se le puede hacer sufrir. Añade que si no tiene la dicha de verlos en Hipona, espera estar dentro de poco tiempo bastante libre para irlos á encontrar en cualquier lugar del Africa en que puedan hallarse.

Esta carta determinó á Piniano, quien deseaba en gran manera ver á san Agustin, á hacer el viaje de Hipona. Melania lo hizo con él, y Albina su madre se quedó en Tagasto. Hizo al Santo grandes donativos para ser distribuidos entre los eclesiásticos, los monjes y los pobres ; y todo se resintió de sus liberalidades. Sin embargo la satisfacción que experimentaba en hallarse con san Agustin y san Alipio, pues este último lo había acompañado en su viaje, fué turbada por un accidente que puso á estos dos santos obispos en un gran compromiso, y los afligió muchísimo. Piniano parecía haberlo presentido, pues haciéndole temer su humildad que el pueblo le hiciera la misma violencia que

habia hecho á san Agustin para obligarle á que se dejara ordenar de presbítero, sacó de este Santo la promesa de que jamás le ordenaría á pesar suyo ; y además el Santo le prometió que nunca lo exhortaría á aceptar este carácter sagrado. No hubo otro testigo de esta promesa que san Alipio ; pero la palabra de san Agustin bastó á Piniano para dejarlo seguro sobre el particular.

Mientras estaba en esta confianza, estando un día tranquilo con san Alipio y santa Melania en la asamblea de la iglesia, aún los catecúmenos no habían salido de ella, cuando todo el pueblo pidió á grandes voces que Piniano fuese hecho presbítero de su iglesia. San Agustín descendió al momento de su silla y se fué á hacer presente al pueblo la promesa que había hecho á Piniano, y que si lo querían obligar á ordenarlo á pesar de la palabra que le había dado, antes abandonaría el episcopado. Esta declaración contuvo al pueblo algún tiempo ; pero bien pronto renovó sus instancias con más ardor que nunca, diciendo al Santo que si se obstinaba en su negativa, lo harían ordenar por otro obispo, y añadiendo muchas cosas injuriosas contra san Alipio, como si él hubiese querido retener á Piniano en su compañía para aprovecharse de sus liberalidades ; lo que afligió doblemente á san Agustin.

Piniano y Melania no lo estaban menos que él, y este estaba muy inquieto no viendo día alguno para salir de este compromiso ; pero no teniendo parte alguna en estos gritos del pueblo los eclesiásticos y los monjes, Piniano envió un monje á san Agustin para decirle que quería declarar con juramento al pueblo que si le ordenaba apesar suyo, saldría del Africa. El Santo temió que este juramento agriase al pueblo en lugar de apaciguarlo, y fué á unirse con Piniano, quien se lo había pedido. En el camino fué otro monje á decirle de su parte que permanecería en Hipona con tal que no le engolfasen en la clericatura.

San Agustín mandó silencio sobre esto, y declaró la promesa de Piniano ; pero como el objeto del pueblo era tenerlo por sacerdote, pidió que Piniano añadiese á esta promesa, que si jamás se hallaba en disposición de aceptar la clereatura, esto sólo sería en la iglesia de Hipona, y exigió que se comprometiese á ello por juramento. Piniano constituyó, á condición que tendría libertad de salir de Hipona en caso de necesidad, como si llegaba alguna invasión de enemigos. Pero el pueblo desconfiando temió que esta excepción no fuese un pretexto para engañarle, y quiso que se sacase. Por fin Piniano se sujetó á ello y firmó su promesa sin restricción, y los obispos presentes firmaron también, como el pueblo lo pedía ; después de lo cual la alegría y la tranquilidad renacieron y el pueblo exclamó : *Benedito sea Dios.*

Albina, que había permanecido en Tagasto, á donde Piniano había vuelto para algunos días, al día siguiente de su juramento, se incomodó muchísimo por aquello que había sucedido. Escribió á san Agustín una carta llena de quejas y de ofensas, sobre todo contra los habitantes de Hipona, diciendo que no tanto habían querido tener un sacerdote en la persona de Piniano, como un hombre rico que distribuía grandes sumas de dinero, y quien menospreciaba bastante las riquezas porque se gozaba en distribuir las á los otros. También se quejaba al santo obispo de que él no hubiese impedido á Piniano que se enredara en esta promesa, á la cual daba los nombres odiosos de destierro, de expulsión y relegación. Albina no escribió con tanta fuerza, sino porque le habían relatado las cosas diferentemente de lo que habían sucedido ; y san Agustín le hizo de ellas una relación más verdadera, y le hizo ver que el pueblo sólo había querido á Piniano por sacerdote para el bien espiritual de la Iglesia y por el amor de su extraordinaria virtud.

El tiempo hizo ver que Piniano fué relevado de su juramento ; pues después de siete años de permanencia en Africa, pasó á la Palestina con Albina, santa Melania, y san Jerónimo escribiendo desde su monasterio de Belén á san Agustin, lo saluda de parte de ellos lo mismo que á san Alipio ; lo que prueba su recíproca correspondencia, y por consiguiente que Piniano no había salido de Hipona contra la voluntad de san Agustin, y sin que este santo obispo hubiese obtenido de su pueblo que le relevara de su promesa.

Pero antes de seguirle en su viaje á la Palestina, conviene decir algo de las piadosas prácticas de santa Melania mientras permaneció en Africa. Hemos dicho que había erigido un monasterio en Tagasto para ciento treinta vírgenes. Parece por la historia de su vida que se había encerrado en él para vivir como las otras bajo la dependencia de la superiora que allí había puesto. En el mismo aumentó las austeridades que había practicado en Roma. Habría gran dificultad en creerlo, si uno no estuviera poseído del poder y de la virtud del amor santo en un corazón del cual se ha hecho dueño. En Roma sólo comía una vez cada dos días ; en Tagasto avanzó por grados en esta rigurosa abstinencia, comiendo al principio una vez cada tres días, hasta que llegó á no comer más que una vez á la semana. Su celo le hubiese llevado á pasar ocho días sin tomar cosa alguna ; pero como el domingo se encontraba allí, y era este un día de alegría en memoria de la resurrección del Salvador, no se lo quisieron permitir, y ella se sometió al momento ; pues su virtud la hacía tanto más dócil, cuanto que era verdadera ; pues ella sólo quebrantaba su ayuno con un poco de pan, al cual añadía algunas veces aceite y su bebida consistía en hidromel.

Su celda era tan estrecha, que apenas se podía mover ó tenerse derecha en ella. Su cama consistía en un saco ex-

tendido sobre la tierra, y sólo se tomaba dos horas para dormir, empleando casi toda la noche y una gran parte del día para la oración. No interrumpía su oración ni su lectura, aun cuando su madre iba á visitarla ; y Albina bien lejos de ofenderse por ello, quedaba edificada y daba gracias á Dios por haberla hecho madre de una hija tan santa. Lo restante del día lo empleaba en las lecturas de piedad, en las conferencias santas y en el trabajo. Leía tres veces cada año toda la santa Escritura, y aprendía de memoria los pasajes que más la tocaban. Leía también obras buenas de los autores griegos y latinos. Asimismo ocupaba una parte del día en escribir, y copiaba con mucha perfección. Esto no era tanto para su uso, como para vender aquello que escribía y dar el dinero á los pobres, á quienes algunas veces hacía hábitos con sus propias manos. Siempre atenta sobre su interior y sobre sus sentidos, se guardaba muy bien de que le escapase cosa alguna contra la gravedad y contra la más exacta modestia, ó que su espíritu se ocupase en pensamiento alguno que no fuera según Dios ; y si ella resbalaba en alguna de estas faltas, como una palabra inútil ó una risa menos modesta, por ello se castigaba severamente.

El fervor de que su alma estaba animada aparecía en sus conversaciones con las vírgenes del monasterio y con otras que atrajo á él con sus exhortaciones. El placer que experimentaba al oír hablar de Dios, también le hacía escuchar con una santa avidez á las personas que podían hablarla de él, y principalmente á san Alipio.

Por más que fuese muy austera para sí misma y que nada se perdonara, tenía no obstante un espíritu muy dulce ; y como nada había más puro que su vida, tampoco había nada más modesto y más humilde. Pero su celo y su amor para Jesucristo le inspiraban tal horror á los herejes, que ella no quería ni oír hablar de ellos, á no ser que fuera para

trabajar en su conversión, como bien pronto lo veremos con motivo de Pelagio.

También convirtió á muchos jóvenes, y aun atrajo muchos paganos no sólo al cristianismo, sino también á una vida perfecta. Lo mismo se dice de los Samaritanos, quienes tal vez eran aquellos que llamaban celícolas los cuales, bien que paganos, sin embargo observaban algunas costumbres de los Judíos, y habían llegado hasta el Africa.

Así es como vivió santa Melania en Tagasto, desde donde, después de siete años, pasó con su madre y su marido á la Tierra santa, en 417. Primero llegaron á Alejandria, donde vieron á san Cirilo que era obispo de esta ciudad, y después pasaron á Palestina, donde Melania cayó enferma casi al momento de haber llegado.

Su primer cuidado después de su curación fué visitar el santo Sepulcro, y enseguida los otros Lugares santos, tanto de Jerusalén como de los alrededores. Al partir de Tagasto no se había llevado otras riquezas que su piedad; y habiendo recibido en Palestina el dinero de la venta de algunos bienes que aun le quedaban en Roma, tanto de ella como de Piniano, gustosos se hicieron ellos mismos pobres por el amor de Jesucristo. Continuaron viviendo como habían vivido en Africa. Melania trabajaba con sus manos y pasaba las noches enteras en oración en la iglesia del Santo Sepulcro.

El hereje Pelagio estaba entonces en la Palestina. Se alegraron mucho de conferenciar con él para llevarle á condenar por escrito los errores de que le acusaban. Pelagio era un gran hipócrita y un tranposo. Como no le conocían bastante para desconfiar de sus artificios, creyeron de momento haber sacado de su boca la condenación de sus impiedades; por lo cual se regocijaron. Pero obrando con más prudencia, lo escribieron á san Agustín, quien se alegró mucho al tener buenas noticias de su salud y de las pia-

dosas satisfacciones de su alma. Él les respondió con dos libros *de la Gracia de Jesucristo y del Pecado originul* que les dedicó, y también á Albina. El gran Agustín escribió estos libros en 418.

A la sazón Piniano y Melania fueron á Egipto para visitar allí á los solitarios y á los de la montaña de Nitria, de donde volvieron bien pronto ; pues en 419 san Jerónimo, escribiendo á san Agustín, le saludó de su parte y de la de Albina que se había quedado en Jerusalén, no habiéndole permitido su avanzada edad hacer el viaje de Egipto. Santa Melania le había rogado que le preparase una celda sobre la montaña de las Olivas, en la cual á su regreso se encerró el día mismo de la Epifanía ; allá no vió más que á su madre á su marido y á una prima que tenía, quienes podían visitarla una vez cada cinco días. Su historia no nos cita el nombre de esta prima, por más que hable de ella en algunos lugares. Solamente sabemos que había amado mucho al mundo, y que santa Melania con sus exhortaciones animadas del espíritu de Dios, la había hecho subir del fausto romano, de que estaba llena, hasta el colmo de la humildad.

Melania pasó catorce años en esta celda, de la cual sólo salió para tributar los últimos homenajes á la piadosa Albina su madre, que murió en 432 ó 433. Enseguida pasó á otra celda, de la cual un año después fué obligada á salir para satisfacer el deseo que muchas vírgenes tenían de aprovecharse de su conducta. Les hizo, pues, construir un monasterio, haciéndoles nombrar una abadesa ; pues para ella su humildad no le permitía morar en él más que en calidad de sierva.

Piniano murió poco tiempo después, es decir, á fines de 345 ; y pensando que ella bien pronto los seguiría, se aplicó más que nunca al ayuno y á la oración, y también hizo erigir un monasterio de hombres para multiplicar en cuan-

to pudiera, las santas casas en las cuales Dios fuese servido con más perfección. Dios la ayudó en esta empresa de piedad : pues no teniendo ya más dinero para costearla, una persona rica suplió lo que ella no podía.

Mientras que redoblando su fervor no se ocupaba más que en prepararse para ir á unirse en el cielo con su madre Albina y Piniano su marido, una obra esencial de caridad la llamó á Constantinopla. Esta fué la conversión de Volusiano su tio, hermano de su madre, quien, apesar de las poderosas razones que san Agustin le había escrito en 412, de las exhortaciones del tribuno Marcelino, y de las súplicas de su hermana Albina y de las de sus hijos, siempre había permanecido en las locuras del paganismo.

Esto no había servido de obstáculo para que los emperadores cristianos lo elevaran á las mayores dignidades ; y habiendo sido enviado por Placidio á Constantinopla, fuera para el matrimonió de, su hijo Valentiniano, fuera por algún otro motivo, escribió una carta á santa Melania para manifestarle el vivísimo deseo que tenia de verla. La esperanza de ganarlo para Jesucristo la determinó más que ninguna otra consideración ; partió pues de Jerusalén en la confianza de que Dios bendiciria su viaje, lo que le fué confirmado por una gracia que recibió en Calcedonia dentro de la iglesia de santa Eufemia ; pues á medida que hacía allí su oración, fué saliendo de la tumba de la Santa un olor celestial, que la fortificó de tal modo, que ya no temió introducirse en la confusa y tumultuosa Constantinopla. Allí se hospedó en casa de Lausio, gran camarero, tan distinguido por su virtud, como por su dignidad, y cuanto antes se fué á casa de Volusiano, á quien halló enfermo.

Su exterior tan humilde y pobre le sorprendió ; del cual se sirvió para hacerle comprender que los cristianos aspiraban á mayores bienes que los de este mundo ; y por fin las

exhortaciones poco á poco produjeron los efectos que ella deseaba. Volusiano habiendo caído en un accidente que le amenazaba con la muerte, él mismo pidió el santo bautismo que lo recibió de manos de san Proclo, á la sazón obispo de Constantinopla. Él hubiera deseado que Melania hubiese sido su madrina en esta santa ceremonia ; pero ella no había podido asistir por un gran dolor que le había sobrevenido en el muslo, el cual no le permitía salir hasta después de seis ó siete días ; sin embargo así que hubo sabido su accidente, se había hecho poner en una litera, apesar de sus dolores, para ir á socorrerle ; pero habiendo sabido en el camino que había recibido el bautismo, la alegría que por ello tuvo disipó su dolor, é hizo lo restante del camino á pié y sin dificultad alguna ; enseguida hizo que su tío recibiera el cuerpo y sangre del Salvador, y así lo envió á Dios lleno de alegría y de esperanza.

La conversión de Volusiano no fué el solo fruto de salud que su presencia produjo en Constantinopla ; ella fué útil á muchas personas, y en particular al emperador Teodosio II y á la emperatriz Eudoxia, á quienes exhortó mucho á que fueran á visitar los santos lugares de Jerusalén. También hizo volver á la fé á muchos personajes comprometidos en el error de Nestorio. Pero el deseo de volver á su amada soledad no le permitió aguardar el buen tiempo para partir de Constantinopla.

Se puso en camino en invierno, por más que el frio fuese entonces extraordinario, y se apresuró á volver á Jerusalén para celebrar la fiesta de la Pasión. A su regreso hizo levantar una capilla, á la cual añadió un segundo monasterio de hombres, que fué unido con el primero de que hemos hablado, bajo un mismo superior.

La emperatriz Eudoxia fué á Jerusalén mientras trabajaban en este monasterio ; probablemente era esto en 438, y ella experimentó en su persona el poder de Dios personi-

ficado en la Santa ; pues habiéndose dislocado el pié, Melania se lo compuso sin dolor alguno.

En fin, cuatro años después de la muerte de su marido, sabiendo que su fin estaba próximo, aun quiso visitar otra vez los santos lugares de Jerusalén y de los alrededores. Pasó el día de Navidad en Belén, declarando que era la última vez de su vida. Al día siguiente, habiendo vuelto á Jerusalén, como ella rogara con mucho fervor en la iglesia de san Estéfano, la fiebre la cogió, y enseguida recibió los sacramentos de Jesucristo.

Los eclesiásticos, los religiosos, los solitarios, y los pueblos de los alrededores acudieron en masa, así que la noticia de su enfermedad se divulgó. El obispo de Eleuterópolis también acudió con todo su clero. Cada uno manifestaba un extremo disgusto de perderla ; y ella los consolaba á todos, y en particular á su prima. Por fin murió el domingo 31 de diciembre del año 439, á la edad de 57 años. La Iglesia griega marca su fiesta el mismo día, lo mismo que la Iglesia latina en su *Martirologio* ¹.

SAN ZOZIMO Y SANTA MARIA LA EGIPCIACA. ²

Se ha creído que estos Santos vivían en el siglo sexto, y que su vida había sido escrita por Sofronio de Jerusalén. Pero los continuadores de Bolando han probado que vi-

¹ Hemos seguido la cronología de Tillemont en esta historia, así como las memorias que él dió sobre la vida de santa Melania relatada por Surio, cuya exactitud se puede ver en este autor y en el cardenal Baronio.

² Los Bolandistas.

vieron más de ciento cincuenta años antes, y que el autor que nos ha trasmitido sus actas era casi su contemporáneo, mientras que san Sofronio vivió doscientos años después de ellos. Seguiremos, pues, esta sentencia, como fundada sobre pruebas demasiado sólidas para posponerle á otro.

San Zozimo vivía, pues, en tiempos de Teodosio el Joven. Desde la infancia fué educado en un monasterio de Palestina, donde teniendo continuamente objetos de edificación delante de los ojos y oyendo hablar sin cesar de Dios, sólo se nutrió de piedad. Sus progresos respondieron perfectamente á una santa educación. No se contentó con ser muy exacto en todos los deberes regulares y practicar todas las austeridades de la regla ; á éstos añadió otros que no estaban prescritos, y se distinguió tan bien entre sus hermanos, que la fama de su santidad voló á lo lejos. Esto atrajo muchos solitarios á él, no solo de los monasterios vecinos, sino también de los más remotos, apresurándose todos á ir á ponerse bajo su dirección para aprender de él á marchar fielmente por los senderos de Dios.

Para esto tenia un talento maravilloso que había adquirido con la pureza de su vida, con su asiduidad en la oración y con la meditación continua de los oráculos del Espíritu Santo. Toda su ocupación consistía, ó en cantar salmos ó en repasar en su alma aquello que había leído en la santa Escritura. En ello pensaba en su trabajo, en la mesa, en la cama, en todo tiempo. De esto nunca quedaba saturado ; y nutría su alma de este celestial alimento con un gusto siempre nuevo. El hábito que en este ejercicio había contraído le duró hasta la muerte ; y aunque en su vejez parecía que nada le quedaba que aprender en la vida espiritual, tanto para su propia edificación como para la instrucción de los otros, no dejaba de continuar de instruirse en los Libros santos, como si no hubiese hecho más que empezar. Dios ya recompensó desde esta vida aquel amor

que profesaba á su divina palabra. Le abrió los ojos del alma de una manera más particular para que penetrara el sentido oculto de los mismos. Le favoreció con visiones y otras gracias extraordinarias, y le dió como prendas de los bienes futuros por los insignes favores con que le honró ; y Zozimo por su parte presentaba á sus divinas comunicaciones un cuerpo puro y una alma sincera, desapegada del afecto á la tierra y toda consagrada á su santo amor.

Tal era este Santo solitario en esta compañía de fervorosos siervos de Dios, á quienes edificaba con sus buenos ejemplos y animaba con sus instrucciones. Por más que su piedad fuese sólida, y por tanto fundada sobre la humildad, en cierta ocasión el demonio lo tentó de vana complacencia sobre sí mismo, y le hizo pensar que no había práctica alguna en la perfección religiosa en la cual no fuese ejercitado, y que ninguno de los anacoretas había llegado al mismo grado de virtud que él. Esta tentación se le presentó como había hecho con algunos otros santos solitarios, á quienes el espíritu de la tinieblas había tratado de combatir con la vanidad, no habiendo podido alcanzar victoria contra ellos con otras tentaciones más groseras. Mas mientras derramaba su espíritu en estas imaginaciones, Dios se sirvió, para hacerle conocer su ilusión, del mismo medio que había empleado para impedir que otros Santos cayeran en ellas ; y á la manera que en semejante ocasión había revelado á san Antonio la vida perfecta de san Pablo, quien con el tiempo edificó á toda la Iglesia así también hizo conocer á Zozimo una sociedad de cenobitas más perfectos que él, y una Santa, de la cual lo que después relató no edificó menos á los cristianos que la relación de san Antonio.

Un personaje que no conocía, y que no podía ser más que un espíritu celestial que le aparecía bajo una forma humana, se le presentó y le dijo : « Oh Zozimo ! es verdad que

tú has llegado á un grado de virtud muy alto, de suerte que te parece que ya no puedes adquirir más ; pero sepas que nadie se puede llamar perfecto en este mundo, y que en la perfección siempre hay progresos que hacer ; y para que te convenzas por tu propia experiencia que hay muchos otros caminos que tú ignoras por los cuales se puede llegar á Dios, sal de tu monasterio y vete á otro que está cerca del Jordán. »

A estas palabras, Zozimo, imitador de la obediencia y de la fidelidad de Abrahán, salió de su monasterio, donde había vivido cincuenta y tres años en la observancia regular, y se fué al Jordán ; donde el mismo espíritu que lo había advertido, le hizo hallar bien pronto el monasterio. El portero á quien se presentó le condujo al superior, quien le interrogó sobre el motivo que le conducía á aquel lugar. Zozimo respondió con mucha modestia que iba con la intención de trabajar en su perfección ; porque había oído hablar de su monasterio tan ventajosamente, que esperaba aprovechar más allí que en otras partes. « El Señor, le respondió el superior, quien vé la debilidad humana, os hará conocer á vos y á nosotros su santa voluntad, y él mismo nos servirá de guía para cumplirla ; pero sabed que un hombre no podrá servir de gran utilidad á otro, si éste por su parte no vela sobre sí mismo y no trabaja en cumplir fielmente aquello que Dios pide de él, como el testigo y el juez de todas sus acciones ; sin embargo, ya que me aseguráis que no habéis venido aquí más que por su amor, quedaos con nosotros, esperando que el soberano Pastor de las almas que conoce á cada una de sus ovejas en particular, nos nutrirá á todos juntos con su divina gracia. »

Zozimo, al ver que le permitía quedarse en su monasterio, se postró y le pidió su bendición con mucha humildad, y siguiendo la costumbre le respondió *Amen*.

Muy pronto reconoció que Dios le había hecho ir allí pa-

ra destruir en él las raíces del amor propio, y estuvo bien lejos de creerse perfecto, cuando vió á que grado de santidad los religiosos de esta casa habían llegado. En efecto, eran unos hombres tan muertos al mundo y á sus cuerpos, como si hubiesen sido sepultados en la tumba. No tenían solicitud alguna por las cosas temporales, estando del todo ocupados en los bienes del cielo, en los cuales habían puesto su esperanza con todos sus afectos. El pan y el agua les bastaban para su sustento, y nada más deseaban; porque el amor de Dios de que su corazón estaba lleno, les hacía insípida toda nutrición terrestre. Su tiempo estaba ocupado por la salmodia y el trabajo, ó más bien, jamás interrumpían su salmodia; porque aparte que no había hora alguna en la noche en que no cantasen salmos, también trabajando los tenían en la boca como si estuviesen en la iglesia. Lo que también facilitaba más su recogimiento y su retiro, era la clausura en que vivían; pues la puerta del monasterio estaba siempre cerrada; ningún religioso salía de él sin una necesidad extrema, á excepción de la cuaresma por la razón que muy pronto exponremos. Esto también hacía que su monasterio no fuese frecuentado por los monjes de los desiertos vecinos, como también el ser poco conocido de ellos, y el vivir en él en perfecta soledad.

Era una costumbre establecida entre ellos que el primer domingo de cuaresma, después de haber asistido á los santos Misterios y participado por la santa comunión del cuerpo y sangre del Salvador, hicieran una ligera comida, y se reunieran enseguida en el oratorio, donde después de una larga oración y muchas genuflexiones, se daban á besar la faz, y postrándose á los pies del superior, decían su culpa y le pedían su bendición, para armarse y fortalecerse por los combates que tendrían que sostener durante la santa cuaresma; después de lo cual abrían la puerta del monasterio y salían en procesión cantando el salmo que

comienza con estas palabras: *El Señor es mi luz y mi salud, ¿ que podré temer ? El Señor es el protestor de mi vida, ¿ porque yo temo ?* Sin embargo siempre dejaban alguno en el monasterio, no, como dice el historiador de la Vida del Santo, para guardarlo de los ladrones, pues nada hubiesen encontrado para llevarse ; pero sí á fin de que el oratorio no quedara sin ministro.

A cada religioso le era permitido llevarse alguna cosa para su nutrición, y los unos llevaban pan, los otros frutos secos, ó algunas legumbres, y otros nada llevaban de todo esto, contentándose con nutrirse de las yerbas que hallaban allí por donde pasaban. Se separaban después de haber pasado todos juntos el Jordán, y se alejaban los unos de los otros para no verse ya hasta el domingo de Ramos, en cuyo día debían volver al monasterio. Cuando divisaban alguno en su camino, debían, según su regla, evitar el encontrarlo, para no conversar más que con Dios y con sus ángeles. Cada uno era la regla de sí mismo, y á su vuelta á nadie más que al superior debía dar cuenta de aquello que había practicado. Así les estaba prohibido el informarse de que manera y en que abstinencia habían vivido los otros, porque en realidad sólo entraban al desierto para no tener más que á Dios por testigo de su penitencia ; y si hubiesen hablado de ella á los otros, se hubieran expuesto á los lazos de la vanagloria, se hubieran puesto en peligro de perder el mérito de sus mortificaciones ; pues, como hace notar muy á propósito el autor de esta historia, cuando se obra con la intención de agradar á los hombres, no solo no se saca fruto alguno de aquello que se hace, sino que aun se carga el alma.

Zozimo había ido al monasterio poco tiempo antes de la cuaresma ; y esto no fué, añade su historiador, sin un designio particular de parte de Dios, quien quiso que la primera vez que entró en este desierto como los otros, hiciese

el feliz descubrimiento de uno de los modelos más perfectos de penitencia que se hallan en toda la historia eclesiástica.

Habiendo, pues, salido con su comunidad, y habiendo pasado el Jordán provisto de una pequeña provisión para vivir, se introdujo en una vasta soledad que unía los desiertos de la Palestina á los de la Arabia por la parte de Oriente. Se internó en él, ora por un lado, ora por otro, sin tener dirección fija; pero llevando la intención, como él mismo confesó, de descubrir, si Dios lo quería, algún Santo anacoreta que le hubiese dado nuevas luces para la vida espiritual; pues aunque la regla de su monasterio les mandase huir cuando encontrasen alguno en sus pasos, no era contravenir su espíritu el edificarse cerca de algún Santo que hasta entonces no hubiese sido conocido, y cuyo conocimiento procurase la Providencia; y Zozimo, quien poseía el espíritu de discreción, no creyó violarla secundando el deseo de hacer algún descubrimiento que pudiera animarle á la virtud.

Cumplía con fidelidad sus ejercicios de piedad á las horas prescritas por la regla, en particular la oración y la salmodia, las genuflexiones y los posternamientos delante de Dios, usados entre los solitarios. Comía en el tiempo señalado. Se acostaba sobre la tierra en el lugar donde la noche le sorprendía, tomando un descanso de algunas horas; y al día siguiente continuaba su marcha con mucha actividad, como si hubiese ido á un lugar determinado; lo que hacía con una santa alegría interior y un presentimiento secreto de que el mismo Dios guiaba sus pasos para su mayor gloria. Después de haber andado por espacio de veinte días de derecha á izquierda y viceversa, habiéndose detenido á la hora de Sexta, esto es al mediodía, para hacer su oración ordinaria, vuelto su rostro al Oriente, como tenía los ojos elevados al cielo, por un momento miró de medio ojo, y creyó divisar á su derecha como la fantasma

de un cuerpo humano. A su vista se horrorizó algún tanto, temiendo una ilusión de parte del demonio ; sin embargo se escudó con la señal de la cruz, y continuó su oración hasta el fin. Después habiendo vuelto los ojos, vió en realidad una persona que marchaba por el lado del Mediodía, cuyo cuerpo desnudo había sido en extremo ennegrecido por los ardores del sol, y cuyos cabellos eran tan blancos como la lana, pero tan cortos que apenas descendían hasta el cuello.

El horror que al principio había experimentado se trocó en confianza y en una alegría extraordinaria, no dudando que esto fuese algún santo habitante de aquel desierto, que Dios había querido hacerle conocer para el mayor bien de su alma y de las de los otros, á quienes á su vuelta podría relatárselo. En el vivo deseo que sentía por saber quien era y que género de vida llevaba, parecía haber olvidado el peso de sus años y la gravedad de su edad. Corrió hácia la persona que veía, la cual por su parte se apresuraba tanto á alejarse de Sozimo, cuanto él mismo se esforzaba para conseguirla, hasta que esta persona habiendo descendido en un lugar bajo, que parecía ser el alveo de un torrente ; aunque fuese seco, se ocultó á su vista y pasó al otro lado.

Sozimo la llamaba con todas sus fuerzas para rogarle que se detuviera, y le decía derramando lágrimas : « Cualquiera que seáis, servidor de Dios, ¿ porque huís de este pobre pecador ? Deteneos, os lo suplico en nombre de aquel por cuyo amor os retirastéis en este desierto. Permitidme que os hable de más cerca y no desechéis así á este miserable viejo, que desea recomendarse á vuestras oraciones y recibir vuestra bendición ; pues el Dios á quien servís y que debe un día coronar vuestros trabajos, á nadie desecha. »

Estaba hablando así cuando llegó todo sofocado al lugar que acabamos de nombrar, desde donde la persona que es-

taba al otro lado viendo que podía oír su voz le dijo : « Abad Sozimo, os ruego por el amor del Señor que no adelantéis más, pues yo soy una mujer, que nada tengo para cubrir mi cuerpo, y no es conveniente que me presente delante de vos en este estado. Si quereis, pues, que os hable, hechadme vuestro manto conque me pueda cubrir y entonces os rogaré que me déis vuestra bendición.

Sozimo, admirado de oírse nombrar por una mujer que jamás había visto y que sólo podía saber su nombre por una luz sobrenatural, al momento le tiró el manto usado que llevaba sobre su estola monástica, y habiéndose apartado volviendo el rostro al otro lado, aquella que le hablaba se cubrió y fué á arrojarle á sus piés para rogarle que la bendijera. El santo abad, como trasportado fuera de sí mismo de asombro, de admiración y de un temor respetuoso, también se puso de rodillas y le suplicó que le diera su bendición. Hubo allí como un combate entre la humildad y la caridad ; la solitaria insistiendo en suplicarle la bendijera, y Sozimo obstinándose en pedirle la misma gracia. Entonces la solitaria le dijo : « Os toca más bien á vos el hacerlo é invocar el nombre de Dios sobre mí, pues vos estáis elevado á la dignidad del sacerdocio y hace ya tanto tiempo que tenéis la preciosa dicha de ofrecer el sacrificio sobre el altar. »

Sozimo, siempre más asombrado de que ella supiera también que era sacerdote (pues había recibido el sacerdocio cuanto estaba en su primer monasterio), se quedó cada vez más confirmado en la alta idea de que esta mujer era una alma eminente y favorecida con los mayores dones del cielo. No podía, pues, decidirse á usar los derechos de su orden para bendecirla, y perseveraba en exigirlo de ella. Le decía dando suspiros acompañados de muchas lágrimas : « Se ve bien, ó madre mía espiritual, que el espíritu de Dios reside en vos, y que estando enteramente muerta al mundo,



Imp. de Kankou sine Paris

Goussier Paris

Saint Martinien

os habéis elevado hasta Dios por una caridad perfecta ; pues os ha hecho conocer mi nombre y mi carácter ; pero como el mérito no consiste en la dignidad, sino más bien en las virtudes de que uno tiene enriquecida el alma, os conjuro por el amor del Señor que vos misma me déis vuestra bendición y roguéis por mí, que mucho lo necesito. »

La solitaria juzgó que por respeto no se debía resistir más, y pronunció por fin estas palabras : « Sea para siempre bendito el Señor, quien con tanta bondad cuida de nuestros cuerpos y de nuestras almas. » Sozimo respondió *Amen* ; enseguida se levantaron, y la solitaria le dijo : « Os ruego me digáis ¿ porque habéis venido á esta pecadora ? ¿ porque habéis querido ver una mujer desprovista de toda virtud ? pero ya que Dios os ha conducido aquí para ejercer vuestra caridad conmigo con algún auxilio espiritual, os suplico me digáis en que estado se encuentra la religión cristiana en el mundo, y como es gobernada la Iglesia. » — « Gozamos, le respondió Sozimo, de una profunda paz por la gracia de Jesucristo, y no dudo, madre mia, que vuestras preces hácia él sirven mucho para conservárnosla. Os suplico, pues, que las continuéis, y que hagáis también por mí, á fin de que no haya venido inutilmente á este desierto. » — « Mas bien os toca á vos, replicó la solitaria, hacerlo por mí, pues por vuestro carácter de sacerdote debéis rogar por los otros como por vos mismo ; porque para esto fuisteis ordenado ; pero como estamos obligados á obedeceros, no faltaré en hacer lo que mandáis. »

Después de esta breve conversacion se alejó un poco para hacer oracion, y levantando las manos y los ojos al cielo, comenzó á orar vocalmente, pero tan bajo, que Zozimo nada podía oír : estaba aun todo estupefacto y no osaba levantar los ojos para considerarla, sino que los tenía clavados al suelo. Sin embargo después de haberse aguardado largo tiempo, probó de levantar los ojos para ver si había

concluido la oración, y la vió levantada un codo sobre la tierra. Al ver esto quedó horrorizado, y pensando en su alma que aquello podía ser muy bien algún prestigio del demonio, que tomaba la figura de una mujer y aparentaba orar, decía sin cesar en su interior : *Señor, tened piedad de mí.*

Mientras estaba en estas perplejidades, la solitaria finió su oración y fué á levantarle de tierra, en donde estaba postrado, diciéndole : « ¿ Porque, abad Zozimo, os dejáis arrastrar por esa perturbación y por esos pensamientos de desconfianza ? Yo no soy un espíritu fantástico, como vos pensáis ; yo tengo un cuerpo compuesto de carne y huesos ; yo soy una pecadora ; pero tuve la dicha de recibir el santo bautismo. » Diciendo esto hizo la señal de la cruz en su frente, en sus ojos, labios y pecho, y añadió : « Así, abad Zozimo, quiera el Señor librarnos de la malicia del demonio y de sus asechanzas con el auxilio y la fuerza de su gracia. »

Zozimo ya no dudó de que ella fuese una verdadera sierva de Dios ; se arrojó de nuevo á sus piés que abrazó conjurándole tuviera á bien decirle quien era, cual era su patria, en que tiempo había ido á aquel desierto, y que género de vida había llevado en él hasta entonces. Añadió muchas razones para obligarla á que nada le ocultara de su vida, representándole sobre todo no debía temer el hacerle saber las gracias con que Dios la había favorecido ; puesto que no sería esto para glorificarse en ello, sino para responder á los designios de Dios, quien no le hubiera dado á su edad la fuerza para ir tan lejos de su monasterio, si esto no hubiese sido para verla y para aprender de ella lo que tanto deseaba saber para su santificación.

No es el temor de la vanagloria, le respondió la solitaria ; lo que me detiene es que mi vida pasada me horroriza ; y pienso que si empiezo á detallarosla, bien lejos de exhor-

tarme á proseguir en ella, no podréis aguantarla, y huiréis de mí como se huye de una serpiente. » Zozimo no dejó de insistir, y ella le dijo : « Os obedeceré pues ; pero os ruego ante todo roguéis al Señor que yo halle gracia delante de él el día del juicio.

« Yo soy de Egipto, y sólo contaba doce años cuando, prefiriendo mi libertad al amor que debía á mis padres, me fuí á Alejandría. Me ruborizo cuando pienso en la vida que allí llevaba. Me entregué por espacio de diez y siete años á una vida de desórden.

« Cuando contaba veintinueve años, un día de verano ví mucha gente, tanto de Egipto como de la Libia, que se dirigía en masa hácia la orilla del mar. Pregunté el motivo de ello á uno, que me dijo que eran gentes que debían embarcarse para la Palestina é ir á celebrar en Jerusalén la grande fiesta de la Exaltación de la santa Cruz. Projecté ir con ellos ; pero sin ningún pensamiento de fé, ni de arrepentimiento, sin renunciar á mi vida criminal ; y habiendo llegado á Jerusalén continué en el mismo desórden hasta el día de la fiesta. Me maravillo, o abad Zozimo, de que la mar no me tragara, y de que no cayera toda viva en los más profundos abismos del infierno ; pero Dios, que aguarda al pecador á penitencia con una paciencia digna de su boudad infinita, quiso conservarme la vida para darme tiempo de convertirme á él.

« Habiendo llegado el día de la fiesta, por la mañana ví que todo el mundo se iba á la iglesia para adorar la santa Cruz. Corrí á ella con los otros ; entré en la plaza que está delante del templo con mucha dificultad, estando apretada por todas partes por la muchedumbre. Llegué por fin á la puerta de la iglesia ; pero cuando quise entrar en ella, me sentí rechazada por una mano iinvisible. Yo veía que todo el mundo pasaba sin dificultad, siendo yo la única que fué impedida de ello. Parecía como si se hubiese colocado de-

lante de mí una columna de soldados para cerrarme el paso. Hice todos mis esfuerzos por tres ó cuatro veces, y cada vez me sentía igualmente rechazada hácia la plaza, sin que pudiese dar un paso hácia adelante cuando estaba sobre el umbral de la puerta. Me habia fatigado en esfuerzos, y estaba ya vencida por ellos. Así me quedé sola en la plaza, habiendo todo el mundo entrado en la iglesia, y teniendo la dicha de rendir homenaje á la vera Cruz.

« Entonces me retiré en un rincón llena de confusión y de despecho por ver que era la única privada de esta dicha, y empecé á pensar en mi misma cual podía ser la causa de ello ; pero no tuve más que echar los ojos sobre mis abominaciones para conocerla. El Señor entonces me abrió los ojos, y penetrando su gracia en mi corazón me puse á llorar, á afligirme y á golpear mi pecho. Mientras daba profundos suspiros teniendo el rostro cubierto con mis lágrimas, levanté la cabeza y ví que estaba bajo la imágen de la santísima Virgen. Me volví hácia esta divina Madre del Salvador dirigiéndole estas palabras : Virgen santa, mi soberana maestra, que tuvisteis la dicha de dar á luz al Verbo hecho carne, yo reconozco que siendo una criatura tan impura como soy, no soy digna de mirar vuestra imágen, vos que toda vuestra vida habéis sido la más pura y la más casta de todas las vírgenes ; más bien merezco que tengáis horror de mí y que me desechéis como un objeto abominable á vuestros ojos. Pero ya que vuestro adorable Hijo vino al mundo para llamar á los pecadores á la penitencia, os suplico que no me abandonéis y que me socorráis en el estado de desolación en que me hallo ; obtenedme la gracia de entrar en la iglesia y adorar en ella el precioso leño sobre el cual vuestro divino Hijo quiso derramar su sangre para nuestra redención. Dignaos ser mi caución para con él, haciendo que me conceda este favor ; yo os prometo no recaer más en mis crímenes, y que cuando

tendré la dicha de ver la santa Cruz, renunciaré para siempre al mundo, é iré donde me inspiréis para hácer penitencia ; pues vos tendréis á bien servirme de mediatriz para con vuestro Hijo á fin de salvar mi alma.

« Llena de estos sentimientos, y sintiéndome animada de una viva fé, como de una seguridad que la santísima Virgen me daba de que esta gracia no me sería negada, me levanté, atravesé la plaza sin obstáculo alguno, y me aproximé al templo. En este momento fui cogida de un horror santo y temblé ; pero cuando estuve sobre el umbral de la puerta, bien lejos de ser echada de él como antes, me pareció que la mano que me había rechazado, ella misma me introducía. Entré sin la menor dificultad, y tuve la dicha de ver la santa Cruz como los otros. Me postré dando con el rostro al suelo, y contemplando la cruz del Salvador, admiré como recibe con tanta misericordia los pecadores penitentes y convertidos.

« Volví al lugar donde estaba la imágen de la santísima Virgen, y postrada de nuevo á sus piés le dije con todo mi corazón : Oh mi misericordiosa maestra, vos no habéis desechado la humilde oración de esta indigna pecadora ; al contrario, me habéis hecho experimentar eficazmente los efectos de vuestra clemencia y de vuestra compasión para el estado deplorable de mi alma. He visto ese leño sagrado del cual son indignas las almas impuras ; sea por ello loado el Señor, quien se ha dignado por vuestra mediación recibir propicio mi penitencia. ¿ Qué os diré yo, miserable pecadora como soy, y cuáles deben ser mis sentimientos por un beneficio tan grande ? Es tiempo de cumplir la promesa que os he hecho, ya que tuvisteis á bien responder por mí ; hacedme conocer el lugar donde quereis que me retire ; sed mi directora en la obra de mi salud, y conducidme como por la mano en el camino de la penitencia.

« Entonces oí una voz que allá á lo lejos decía : *Si pasas*

el Jordán, encontrarás el verdadero descanso. Creí que se dirigía á mí ; y dije á la santísima Virgen derramando muchas lágrimas : Mi buena maestra, os ruego que no me abandonéis. Al momento me apresuré á obedecer á este oráculo, y cierta persona me presentó tres piezas de moneda, con las cuales compré tres panes para mi provisión. Me informé del camino que conducía al Jordán, donde me dirigí con diligencia ; de suerte que anduve lo restante del día continuando en derramar lágrimas, y llegué por fin á la iglesia de san Juan Bautista, próxima al Jordán, cuando el sol se ponía. Hice mi oración, y fui á lavarme el rostro y las manos en las aguas de este río, que fué santificado por la presencia del Salvador. Volví á la iglesia del santo Precursor, donde participé de los santos Misterios ; comí después la mitad de uno de mis panes ; pasé la noche echada al suelo, y á la mañana del día siguiente me serví de un pequeño falucho para atravesar el Jordán, rogando siempre á la santísima Virgen que me sirviera de guía en la dirección que debía tomar. Llegué, pues, á este desierto, y desde entonces siempre he vivido apartada de todas las criaturas, y en la esperanza de la misericordia del Señor, quien fortifica con su gracia á aquellos que sinceramente se convirtieron á él. »

Después que hubo hablado así, el abad Zozimo le preguntó cuanto tiempo hacía que estaba en el desierto, de que había vivido, y que penas había sufrido en él. « Hace, respondió, casi cuarentisiete años que salí de Jerusalén para venir á esta soledad. Sólo me quedaban dos panes y medio cuando pasé el Jordán, que comí poco á poco. Después me he nutrido de las yerbas que he encontrado. Pero en cuanto á las penas y combates que tuve que sostener, duraron diecisiete años, y fueron tan grandes, que no puedo pensar en ellos sin temblar de horror. Por una parte, sufría en extremo por el hambre y la sed, lo que me hacía

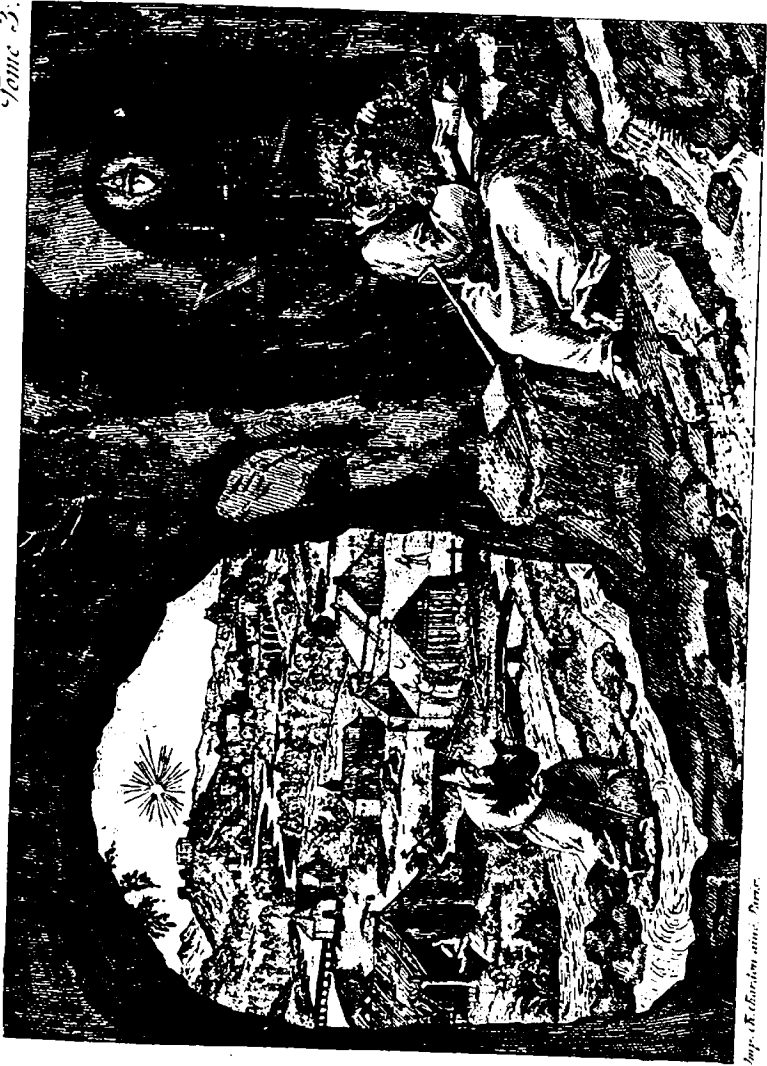
acordar del vino que bebía con exceso en el tiempo de mi vida disoluta, y me era un gran objeto de tentación. El demonio me representaba las malas canciones que entonces canté, y todos los objetos seductores que habían sido para mí una raíz de tantos crímenes, como si hubiesen estado presentes. En fin, mi espíritu, mi corazón, mi cuerpo, estaban perpetuamente agitados por tentaciones tan excesivas, que no podían serlo más. Por otra parte, estando mis hábitos enteramente destrozados y no teniendo ya nada con que cubrirme, me hallé expuesta á todas las injurias del tiempo y á todos los rigores de las estaciones. Tan pronto me hallaba abrasada por los ardores del sol, como cogida por un frío tan intenso, que caía por tierra temblando de piés á cabeza y casi á punto de morir ; lo que aún aumentaba la violencia de mis diferentes tentaciones.

« En estos estados tan penosos, la santísima Virgen era mi recurso y mi refugio. Yo lloraba amargamente ; golpeaba mi pecho ; me posternaba contra la tierra ; me arrepentía como si estuviera delante de su imágen donde la había invocado la primera vez, y supliqué á esta divina Madre que me asistiera con su mediación cerca de Dios. Le decía que habiendo tenido á bien hacerse mi caución para con su divino Hijo y servirme de medianera, le rogaba continuase en protegerme contra los enemigos de mi alma y contra mis pasiones, y que no me abandonase. Ella me hizo experimentar más de una vez de una manera sensible su poderosa protección ; pues después de haberle rogado con muchas lágrimas en lo recio de la tentación, me hallaba como rodeada de una luz celestial que me cubría y tranquilizaba ; de suerte que me levantaba de la tierra en que estaba posternada con una nueva fuerza y una nueva confianza. Así, durante esos diecisiete años sufrí en extremo por el hambre, la sed, el calor, el frío, y de parte del demonio extraordinarias tentaciones ; y la santísima Virgen

cuyo auxilio imploraba sin cesar, siempre me sostuvo, me protegió y fortificó por sus súplicas cerca de Dios, y me condujo como por la mano en mi penitencia, entre tantos enemigos que querían perder mi alma, y entre la multitud de peligros á que de continuo me hallaba expuesta. »

« Pero, replicó Zozimo, ¿ como habéis vivido después de esos diecisiete años ? » — « El Señor, respondió ella, ha sostenido mi alma pecadora y este miserable cuerpo con la fuerza de su gracia ; y siempre que me acuerdo de la multitud de males de que me ha librado, la esperanza que unas pruebas tan sensibles me dan de llegar un día al puerto de la salud, es para mí como un alimento delicioso, y su divina palabra me nutre y me cubre á manera de un vestido sagrado ; pues el hombre no vive solamente de pan, y la palabra del Señor sirve de nutrición á los que la gustan, y de un vestido tan duradero como la piedra á aquellos que se despojaron del pecado por una verdadera conversión. »

San Zozimo oyéndole citar estas palabras de la Escritura Santa, le preguntó si la había leído. La solitaria se sonrió dulcemente, y le confesó que no solamente no la había leído nunca, sino que durante los cuarentisiete años que había estado en este desierto á nadie más que á él había visto ni siquiera á bestia alguna salvaje ; que jamás había aprendido á leer, ni oído leer á nadie, ni cantar los Salmos ; sino que sola la voz de Dios que se hacía oír en su corazón la había instruido. « Ahí tenéis lo suficiente, añadió, sobre aquello que deséais saber de mí. Sólo lo he hecho para incitaros á rogar á Dios por esta pecadora, y os lo suplico por el amor de Nuestro Señor, quien quiso encarnarse por nosotros. » Al mismo tiempo se postró para recibir su bendición, y Zozimo levantando la voz y derramando torrentes de lágrimas, dijo : « Bendito sea el Señor que obra tan grandes maravillas. Bendito sea aquel que hace prodigios tan asombrosos y en tan gran número, y que merecen ser



Gravé par M. Goussier.

St-Eulhyme.
San Eulimio.

Imp. de la Citoyenne, Paris.

publicados por todo el orbe : Bendito sea por la gracia que aquí me ha hecho de conocer las señales de su bondad hácia aquellos que le temen. Sí, Dios mio, verdaderamente reconozco que vos jamás abandonáis á aquellos que os buscan. »

La solitaria se levantó y contuvo á Zozimo quien á su vez también se hubiese querido postrar para pedirle su bendición, y añadió : « Os conjuro por el amor de Jesucristo que nada digáis de cuanto os he relatado hasta que sea muerta. Volved en paz á vuestro monasterio, y el año próximo no salgáis de él al principio de la cuaresma con vuestros hermanos, según costumbre ; permaneced allí hasta la noche del jueves santo, y además no podréis salir cuando lo deseéis ; pero el jueves santo volved sobre la orilla del Jordán al sitio que está más próximo á los lugares habitados, y traed el vaso sagrado encerrando en él el cuerpo precioso y la sangre vivificante de Nuestro Señor Jesucristo, á fin de que tenga la dicha de participar de él ; pues no he tenido este consuelo desde que lo recibí en la iglesia de san Juan Bautista la vigilia del día que pasé el Jordán. Advertid al abad Juan, superior de vuestro monasterio, que vele sobre si mismo y sobre su comunidad, porque suceden en ella ciertas cosas que merecen corrección ; sin embargo no se lo digáis hasta que después en el año próximo me habréis dado la santa comunión. »

Zozimo admiró de nuevo el espíritu de Dios que residía en esa alma bienaventurada y que le revelaba la disciplina de su monasterio, y cuanto de más oculto podía haber en él. No se atrevió á replicar nada, y la Santa habiéndose encomendado de nuevo á sus oraciones, se aceleró á introducirse en las profundidades del desierto, dejando al santo abad siempre más asombrado de las maravillas de Dios. Besó con devoción las pisadas imprimidas sobre la arena de esta penitente, y volvió á su monasterio, donde llegó al

tiempo prescrito, bendiciendo al Señor y llevando el corazón colmado de consuelo.

Durante todo el año guardó un profundo silencio sobre aquello que había visto, contentándose con rogar á Dios allá en los adentros de su corazón que se dignase concederle la dicha de ver otra vez á su sierva; el deseo que de ello tenía hacía que encontrase el tiempo muy largo. Por fin en la cuaresma siguiente, cuando los religiosos, según la costumbre, salieron del monasterio para dispersarse por el desierto, una fiebre que duró muchos días le impidió el salir con ellos; y él comprendió la verdad de aquello que la Santa le había predicho, que aun cuando quisiera salir con los otros, no estaría en su poder el verificarlo. Pero habiendo llegado el jueves santo, puso el cuerpo y la sangre de Jesucristo en un pequeño vaso encerrado, unos cuantos higos, dátiles y lentejas en una espuerta, y se fué á la orilla del Jordán en el lugar que ella le había designado. La noche le caía ya encima y la Santa no aparecía. Zozimo estaba ansioso. Temía que ella hubiese ya comparecido, y que no habiéndole encontrado se hubiese retirado. Tambiéndole atribuí á sus pecados, pensando que la Santa había reconocido en él alguna cosa que desagradaba á Dios, y que esto la había hecho desistir de comparecer. Estas reflexiones le afligían hasta derramar lágrimas, y dirigiéndose á Dios le decía suspirando y llorando: « No me privéis, Señor, de la dicha de volver á ver á vuestra sierva, después que me hicistéis la gracia de hacerme conocer sus virtudes. ¿ Querriais inutilizar mi viaje, y hacerme llevar con esta privación la pena de mis pecados? » Un otro pensamiento le afligía también: Si ella viene, decía en sí mismo, aquí no hay barca, ¿ cómo, pues, atravesará el rio?

En aquel mismo momento la vió aparecer en la otra orilla. Su alegría fué grande. Se levantó al instante, pues estaba sentado en tierra consumido por la tristeza; pero le

quedaba la segunda pena ; siempre estaba pensando como podría ella pasar el Jordán ; al mismo tiempo vió al favor de la luna, que estaba en su lleno, y que hacía distinguir fácilmente los objetos, que habiendo hecho la señal de la cruz, marchó sobre las aguas como hubiera podido hacerlo sobre la tierra firme.

Este prodigio le asombro tan fuertemente, que olvidando su caracter de sacerdote, y de los sagrados misterios que llevaba, tan fuera de sí mismo estaba, quiso postrarse en tierra ; pero la Santa desde el medio del rio por donde marchaba le dijo : « ¿ Que hacéis, abad Zozimo ? Vos sois sacerdote y lleváis á Jesucristo con vos. Dadme, Padre mio, dadme vuestra bendición. » Zozimo, todavía más sorprendido, exclamó : En realidad que Dios es fiel en sus promesas, pues ha dicho que aquellos que se purificaren de sus pecados, serán semejantes á el en cuanto la criatura es capaz. Seáis para siempre glorificado, Señor Jesus, que os habéis dignado escuchar propicio mi oración por un efecto de vuestra misericordia. Gracias os sean dadas de que haciéndome conocer la excelencia de la virtud de vuestra sierva, al mismo tiempo me habéis hecho conocer cuan lejos estaba de la perfección. »

Mientras así oraba, la Santa abordó, y postrándose á sus piés le rogó que recitasen el Símbolo y la Oración Dominical ; enseguida habiéndole dado el Santo á besar la paz, según la costumbre, ella recibió los sagrados Misterios, y levantando los ojos y las manos al cielo, dijo como el santo viejo Siméon : « Ahora, Señor, permitiréis á vuestra sierva morir en paz según vuestra palabra, porque he visto con mis propios ojos al Salvador que vos nos dais. »

Enseguida dijo á Zozimo : « Permitidme, Padre mio, que os pida aún una gracia ; volved á vuestro monasterio, y al año próximo en la cuaresma volved al lugar donde vinisteis la primera vez ; y allí me veréis como Dios quie-

ra. » Zozimo le presentó frutos y lentejas que había traído en una espuerta ; ella se contentó con tomar tres lentejas que se puso en la boca diciendo : « La gracia del Espíritu Santo nos basta para sostener nuestras almas. » Ella se encomendó de nuevo á sus oraciones. Zozimo hizo lo mismo, y también le dijo que rogara por la Iglesia y por el Emperador ; después de lo cual, tomando su permiso, repasó el río marchando sobre las aguas como antes había hecho.

En la cuaresma siguiente Zozimo no se descuidó de atravesar esta vasta soledad, que le conducía al lugar donde dos años antes había visto á la Santa por vez primera. Una cosa sentía, y esta era el no haberle pedido su nombre. Dios proveyó á ello haciéndole hallar su santo cuerpo. La vió tendida cerca de ese hoyo que hemos dicho ser como el álveo de un torrente, y después de haber regado sus piés con sus lágrimas y haberlos besado muchas veces, se puso á rezar salmos y las otras preces que á la sazón se rezaban para los muertos. Luégo entró en alguna duda sobre si le daría sepultura, ó sobre que podía hacer que fuese más agradable á la Santa. Por otra parte no tenía instrumento alguno con que abrir una zanja. El Señor no lo dejó largo tiempo en esta pena. El rostro de la Santa estaba vuelto hácia Oriente, y al lado de la cabeza vió una inscripción trazada sobre la arena que contenía estas palabras : *Abad Zozimo, sepultad aquí el cuerpo de la pecadora María, y volviendo la tierra á la tierra rogad por ella. Yo he muerto la noche de viernes santo, después de haber tenido la dicha de participar de los santos misterios.* Por esta inscripción supo el nombre de la Santa, y que por un milagro extraordinario, habiendo el año anterior recibido la santa Eucaristia, había sido trasportada en menos de una hora de la orilla del Jordán al lugar donde había muerto la misma noche, por más que él hubiese empleado

veinte días para ir la primera vez que la encontró. Este primer prodigio no nos permite sorprendernos de que Zozimo hubiese hallado sobre la arena la inscripción que acabamos de relatar. Dios, que milagrosamente había hecho trasportar la Santa por los ángeles tan lejos en tan poco tiempo, pudo también por su ministerio trazar sobre la arena esta inscripción ; pues la Santa, no sabiendo escribir, no podía haberlo hecho, ó si lo había hecho, Dios podía haberle guiado la mano para esto, como había hecho hablar á los apóstoles lenguas que nunca habían aprendido ; y podía al mismo tiempo haber conservado estos caracteres sobre la arena movediza, aquél que manda los vientos y suelta ó contiene su soplo como quiere. En fin, por un aumento de maravilla, aunque la Santa no hubiese visto en este vasto desierto bestia alguna salvaje durante el tiempo que en él había vivido, Dios renovó en su favor, para dar á Zozimo el medio de sepultar su santo cuerpo, lo que había hecho por san Pablo, cuando san Antonio tenía dificultad en formar un hoyo para darle sepultura. Se le presentó un león, abrió la zanja con sus uñas, y el Santo rindió así los últimos homenajes á esta admirable penitente.

Volvió á su monasterio tan colmado de alegría por un descubrimiento tan dichoso, como compungido por haber sido depositario de los secretos de la vida de esta gran Santa, y el testigo de las maravillas que acabamos de referir. A su regreso nada dejó ignorar á los religiosos de su monasterio ; dijo al abad Juan, su superior, lo que la Santa le había recomendado para su enmienda y la de sus hermanos ; y este descubrió que en realidad había defectos que corregir. Esto confirmó todavía más lo que Zozimo relató de ella. Los religiosos no se cansaban de oírle y de referirlo á los otros. Por fin el nombre de María, sobre llamada la Egipciana, bien pronto fué célebre no solo en

Oriente, más aún en Occidente. Comunmente se leía su historia desde el siglo sexto, y nadie había osado dudar de ella. El autor, quien vivía en los reinados de León y Zenón, y por consiguiente muy poco tiempo después de san Zozimo, protesta desde el principio al fin de que él nada añade á la verdad. El séptimo concilio ecuménico y san Juan Damasceno la citan para confirmar la opinión de la Iglesia en cuanto al culto de las santas imágenes. Respecto á san Zozimo, dice su historiador que murió en este monasterio á la edad de cien años.

La Iglesia latina hace mención de santa María de Egipto en el *Martirologio* el día dos de abril. Hubo otros penitentes del mismo nombre, que no conviene confundir con esta cuya historia acabamos de describir. Se ha dicho en la vida de san Ciríaco ó Quiríaco, que dos de sus discípulos pasando un día por el desierto vieron como la figura de un hombre que se movía dentro de los tamarices; se acercaron á ella creyendo seria algún anacoreta; pero no habiendo hablado á nadie, pensaron que esto podía ser algún prestigio del demonio que los quería engañar, y se pusieron en oración. Bien presto divisaron allí cerca una profunda caverna; entonces juzgaron que aquello que habían visto era realmente un solitario, quien, habiéndolos visto, al momento se había retirado en este antro que le servía de mansión. Se anunciaron en la entrada pidiéndole su bendición, y oyeron la voz de una persona que los llamó desde el fondo de la caverna, diciendoles que era una mujer, y preguntándoles lo que querían y á donde iban. Ellos le respondieron que iban á ver á san Quiríaco, y le suplicaron les dijera su nombre y como había vivido en este lugar. Ella se excusó diciéndoles que á su regreso podría satisfacer su curiosidad. Pero como ellos la instaran más, les dijo, para deshacerse más pronto de ellos, que se llamaba María, que era gran pecadora, que estando en el

siglo su empleo había sido cantar y tocar instrumentos ; que había sido ocasión de pecado á muchos ; que movida de arrepentimiento, se había retirado en esta gruta para hacer penitencia ; que Dios, por su misericordia, había provisto á su sustento con un prodigio diario ; pues no habiendo traído la primera vez más que un poco de agua y de legumbres para su provisión, había vivido de ello hasta entonces sin que se hubiese disminuido en lo más mínimo ; que siempre había vivido sola, y que por fin les rogaba que volvieran á verla después de algún tiempo. Estos solitarios no se descuidaron de relatarlo todo á san Quiríaco, de lo cual tomó éste ocasión para loar la misericordia del Señor : les recomendó cuando se despidieron, que no se olvidasen de la bienaventurada Maria ; pero habiendo entrado en su caverna, la hallaron muerta, y se fueron á la laura de Susac en busca de lo necesario para sepultarla, y la enterraron en el mismo lugar donde había muerto.

Juan Mosch habla también en el *Prado espiritual* de otra penitente llamada Maria, á la cual había visto cuando muy vieja, y cuya conversión había aprendido por su propia boca. « Dos ancianos solitarios, dice, que iban de la ciudad de Aige á Tarso en tiempo de un rigoroso calor, habiendo entrado en un diversorio para rehacerse, Dios permitió que encontraran en él á tres jóvenes que llevaban en su compañía á una mujer de mal vivir. Se retiraron solos y se pusieron á leer el santo Evangelio. Esta mujer al verlos aplicados en esta lectura, dejó á dichos jóvenes y fué á sentarse cerca de uno de los solitarios, quien al momento la desechó con indignación diciéndole : « ¿ Como tenéis la impudencia de venir á sentaros cerca de nosotros ? » — « Aunque sea una grande pecadora, le respondió, os suplico, Padre mío, no tengais tanto horror de mí, pues Jesucristo, nuestro Dios y nuestro Redentor,

no desechó una mujer como yo cuando fué á encontrarlo. » — « Es verdad, le replicó el Padre, pero ella dejó de ser lo que era antes. E yo, contestó esta mujer, también espero con la gracia del Señor, que desde hoy no permaneceré más en el pecado. » Al mismo tiempo abandonó á los jóvenes susodichos y todo cuanto tenía, para seguir á estos buenos solitarios, quienes la condujeron á un monasterio de mujeres, próximo á la ciudad de Aige, donde fué un modelo de penitencia.

Colocaremos aquí otro relato de la historia del mismo autor, aunque no tenga una grande relación con los que acabamos de referir. Habia en Jerusalén una religiosa que llevaba una vida muy santa ; pero el demonio no pudiendo soportar su virtud, hizo que un joven quedara perdida-mente enamorado de ella. Esta admirable virgen reconociendo el artificio del maligno espíritu, y teniendo compasión de la desgracia en la cual precipitaba al alma de este joven, se fué al desierto vecino del Jordán, para volver con su huida á este extraviado al camino de la justicia, y para hallar su propia seguridad y un acrecentamiento de méritos en una soledad completa. No se llevó más que su cilicio y una pequeña provisión para nutrirse ; pero Dios por una maravilla sorprendente hizo que su cilicio jamás se estropeará y que su provisión nunca disminuyera ; y por un nuevo prodigio la hizo invisible á cuantos atravesaban este desierto, aunque ella los veía muy bien. Así pasó diecisiete años, al fin de los cuales Dios quiso hacer conocer su virtud á un solitario, suspendiendo el segundo milagro por el cual la ocultaba á los ojos de los otros ; de suerte que habiéndola éste visto, le preguntó que hacía en este desierto y con que designio se había retirado en él. De momento la piadosa virgen quiso eludir la cuestión, pero el solitario á quien Dios había revelado su virtud, le reprendió como habiendo faltado á la sencillez, y le hizo con-

fesar las gracias que Dios le había hecho, y que acabamos de referir.

LAURAS DE FARAN Y DE JERICO ¹.

Se entendía por *Laura*, como ya lo hemos explicado en una nota, una reunión de ermitas, colocadas en celdas separadas, pero bastante próximas para ser sus habitantes fácilmente gobernados por el mismo superior. Hablaremos después de muchas de estas lauras. Las de Farán y Jericó son las más antiguas y famosas. Se atribuye su fundación á san Charitón, cuya vida refiere Surio al 28 de setiembre.

De las actas de este Santo se deduce que vivía en tiempo de la persecución del emperador Aureliano. Se ha dicho que era de Iconio ² en Liconia y que habiendo abrazado el cristianismo, cumplió sus deberes con tanta piedad, que los paganos reconocieron fácilmente la santidad de su fé por la de sus costumbres ; lo que muy pronto lo expuso á sus violencias. Sufrió muchos suplicios con una constancia heroica ; mas no por eso murió, habiéndolo Dios conservado para ser una de las lumbreras del estado monástico. Después que lo hubieron tenido preso hasta la muerte de Aureliano, le dieron libertad, y se fué á Jerusalén ; pero no se sabe si esto fué al momento ó después de muchos años.

En este viaje Dios todavía probó su paciencia con otra persecución ; pues en su camino fué encontrado por unos ladrones que le ataron y lo condujeron á una caverna que distaba dos leguas de esta ciudad. Charitón, quien sabía

¹ *Vitæ Patrum*, Paladio, Cotelier.

² Hoy día *Koniéh*.

que ninguna tribulación sucede sin orden de Dios, se abandonó sumiso á su providencia aguardando lo que querría disponer de él. No tardó en experimentar que asiste poderosamente á aquellos que pusieron en él toda su esperanza ; pues aquellos que le habían atado habiendo bebido un vino emponzoñado por casualidad, murieron todos, y por una nueva señal de la protección de Dios, se rompieron las esposas, y se encontró heredero de la caverna y del dinero que estos ladrones habían recogido.

Se ignoraba á quien podía pertenecer este dinero, y se lo dejaron á su disposición. De él dió una parte á los pobres y á los solitarios y empleó el restante en construir y restaurar una ermita, en cambiar la caverna en iglesia¹, que fué dedicada por Macario, obispo de Jerusalén. Se cree que los solitarios á quienes fué distribuida una porción de este dinero, estaban establecidos cerca del mar Muerto en un lugar lleno de cañas y que eran del número de aquellos piadosos fugitivos que en tiempo de las persecuciones tomaron la resolución de retirarse á un desierto antes que renunciar á su fé ; lo que en estos países pudo haber dado principio á la profesión monástica. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que consta el establecimiento de la célebre laura de Farán á dos leguas de Jerusalén sobre el camino de Jericó, de que con tanta frecuencia se hablado en la historia de los solitarios.

Allí Charitón no moró mucho tiempo solo ; muchos fieles renunciando al siglo fueron á ponerse bajo su dirección, y él tuvo un especial cuidado de formarlos en la virtud. No vivían más que de pan, de agua y de sal. Tra-

¹ Esto sólo pudo suceder mucho tiempo después que el Santo fué sacado de su prisión, pues Aureliano murió en 275, y Macario ocupó la silla de Jerusalén desde el año 314 hasta 344 ; así es que medió un intervalo á lo menos de cuarenta años, y tal vez de sesenta. Ved á Bulteau, L. 2, c. 9, n. 1.

bajaban mucho y pasaban sucesivamente del trabajo de las manos al canto de los Salmos. Así es que su vida era un continuo ejercicio de abstinencia, de trabajo y de salmodia. Después de haber establecido una disciplina excelente en esta nueva laura, dejó en ella un superior y se retiró á otra caverna cerca de Jericó, donde para su nutrición no tenía más que yerbas que crecían alrededor, y sólo se ocupaba de la oración. Algunas enfermedades que curó milagrosamente le hicieron conocer y le atrajeron nuevos discípulos. Para ellos construyó una segunda laura, conocida después bajo el nombre de laura de Jericó ; y después de haberlos instruido suficientemente en los deberes de la vida religiosa, también les dió un prior, y se trasladó al desierto de Tecue para vivir en él desconocido y secundar sin obstáculo el atractivo que sentía hacía la soledad y el silencio. Pero también aquí se vió obligado á recibir discípulos ; lo que le dió ocasión de fundar una tercera laura que se llamó la laura de Suca.

Por fin se retiró á una pequeña gruta que estaba como suspendida en el aire, donde podía entregarse á su gusto á la contemplación, permaneciendo allí hasta que habiendo tenido revelación de su muerte, volvió á su primera laura de Farán. Allí, habiendo exhortado á sus discípulos á llevar una vida perfecta, les predijo que muy pronto la Iglesia seria agitada por una furiosa borrasca, lo que sin duda presagiaba la persecución, de los Arrianos bajo el imperio de Constanzo. Se cree que murió muy viejo hacía el año 340.

El abad Elpidio aumentó después la laura de Jericó. Florecía en este desierto el año 400. Paladio que habla de él en su *Historia lausiaca*, dice, que era de Capadocia y que moraba sobre la montaña de Luca y en una de las cavernas de Jericó, que formaron los Amorreos cuando salieron al encuentro de Josué. Observaba una abstinencia

rigurosísima, y durante veinticinco años no comió más que el sábado y domingo. También pasaba las noches enteras derecho entonando salmos y cánticos. Su cuerpo estaba de tal modo extenuado por sus austeridades, que fácilmente, dice su historiador, podían contarse todos sus huesos. Su virtud le hizo juzgar digno del sacerdocio, y Timoteo, obispo auxiliar de Capadocia, que había levantado un monasterio en este lugar, le hizo superior del mismo. No por eso dejó su caverna; pero en sus acciones hacía brillar tanta perfección, que su solo ejemplo bastaba para instruir á sus religiosos, aunque él á todos eclipsaba. Esto hizo que apresurándose los solitarios como á porfía á ponerse bajo su dirección, se halló circuido de un número muy crecido de ellos, quienes le seguían como las abejas siguen á su rey. Así es que hizo construir muchas celdas sobre esta montaña, donde gobernó á estos fervientes religiosos, regulando las austeridades de cada uno según sus fuerzas de tal suerte, que todos se ejercitaban en la virtud de diferentes maneras, que tendían sin embargo á un mismo fin.

Paladio añade, que una noche en que el abad Elpidio cantaba salmos con los otros, un escorpión le picó, y que se contentó con aplastarlo sin manifestar sentimiento alguno por el acerbo dolor que le había causado. Ordinariamente oraba vuelto el rostro hácia el Oriente. Por fin su retiro se le hizo tan querido, que desde que se estableció en la caverna que sirvió de carrera á sus sufrimientos, ya no descendió más de la montaña.

Enesio y Eustaquio, hermanos, se le asociaron y sobresalieron en la profesión monástica. Entre otros discípulos tuvo un Capadociano llamado Sisino, de muy baja prosapia, pues había sido esclavo, pero que se hizo ilustre por su piedad. Moró seis ó siete años con él, y se esforzó á imitarlo en su penitencia; después se encerró en un sepulcro, donde pasó tres años en una oración continua, sin sen-

tarse, sin ponerse á la mesa, sin salir: Dios le dió poder sobre los demonios. Volvió después á su país, donde habiendo sido hecho sacerdote, gobernó dos monasterios, uno de hombres y otro de mujeres.

Paladio habla también de un solitario llamado Gadano, de Palestina, quien pasó su vida en las riberas del Jordán. Los Judíos lo aborrecían en extremo, y habiendole uno de ellos encontrado cerca del mar Muerto, sacó su espada para matarle; pero su mano se secó al momento.

El mismo autor habla también de un anacoreta de este lugar llamado Elías. Este era, dice, un hombre de acrisolada virtud, quien, ocupándose en todos los ejercicios de la vida religiosa estaba de continuo en oración y recibía con igual bondad y caridad los que iban á visitarle. Añade que habiendo ido á visitarle unos hermanos, le faltó el pan, sintiendo por ello un vivísimo dolor; pero habiendo entrado en su celda halló, contra toda esperanza, tres panes tiernos que la Providencia le envió, y que al momento les llevó satisfecho. Dos de estos panes bastaron para saturarlos, por más que fuesen veinte, y quedó uno que le sirvió para nutrirse durante veinticinco días.

SAN MARTINIANO Y SAN JAIME, ERMITANOS.¹

Hay cerca de Cesárea en Palestina una montaña llamada *el lugar del Arca*, que venía habitada desde los tiempos del emperador Teodosio el Grande por muchos santos ermitaños. Allí fué donde Martiniano, natural de esta ciudad, se retiró á los dieciocho años para no ocuparse más

¹ Metafrasta.

que del cuidado de su alma. Empezó con tanto fervor la obra de su perfección, que en poco tiempo hizo singulares progresos en ella, y extendiéndose por todas partes la fama de sus virtudes, acudían á él para ser curados por medio de sus oraciones de diferentes enfermedades, y para recibir consejos de salud.

El demonio no pudo sufrir largo tiempo en un joven una virtud tan eminente. Lo atacó con diferentes tentaciones, ora en la imaginación, ora en los sentidos, y otras veces con prestigios, á fin de obligarle á abandonar el desierto; pero él resistió valerosamente con la fuerza de la oración y el canto de los Salmos, sin que los ruidos que hacía alrededor de su celda ó los espectros que presentaba á sus ojos le impidiesen continuar la oración y la salmodia.

No habiendo dado estos esfuerzos resultado alguno al tentador, empleó otro medio con que puso á Martiniano en una terrible prueba. Conversando ciertos personajes reunidos en una plaza de Cesárea, hablaban de él y admiraban como había llegado á una piedad tan eminente. Mientras discurrían sobre el particular, los oyó una malvada mujer, y adelantándose descaradamente, les dijo que Martiniano no era menos frágil que los otros hombres, que si se sostenía en la piedad era por vivir como las bestias salvajes lejos de las ocasiones que hay en las ciudades, y que la prueba más segura de una virtud constante era resistir el mal cuando uno se halla en la ocasión de cometerlo. « Yo no le consideraré verdaderamente digno de admiración, añadió, ni delante de los hombres, ni tampoco delante de los ángeles del cielo, sino cuando me habré presentado delante de él, y habrá no obstante perseverado en su vida actual. » Los que la escuchaban convinieron por desgracia en que fuese á poner en prueba su virtud.

Esta criatura, suscitada por el demonio, fué pues á cu-

brirse de andrajos, puso dentro de un saco los instrumentos mundanales de que se servía para perder las almas, y á la caída de la tarde partió de la ciudad para llegar de noche á la montaña, donde estaba la celda de Martiniano. El tiempo estaba malo y esto favoreció todavía más su artificio ; pues cuando estuvo en distancia de poder ser oída, afectó un gran horror, y exclamó con una voz lamentable.

« Tened piedad de mí, servidor de Dios, y en un tiempo tan malo no esponzáis á una pobre mujer á ser devorada por las bestias. Yo me he extraviado ; no sé adonde ir ; auxiliadme ; bien que soy una pecadora, soy no obstante una criatura de Dios. »

Estuvo algún tiempo gritando y fingiendo llorar y lamentarse ; y Martiniano, no queriendo reprocharse haberle negado su auxilio en un peligro que parecía apremiante, la recibió en su celda, le hizo fuego, le dió á comer dátiles ; y por fin le recomendó se retirarse cuando amaneciera. Él se retiró á otra celda interior, cuya puerta cerró, y después de haber cantado los salmos según su costumbre, se dormió en tierra, que ordinariamente le servía de cama. Pero en este tiempo esta perversa criatura sacó del saco los hábitos que en él tenía escondidos ; con ellos se revistió y se atavió como acostumbraba á hacer, á fin de consumir su malvado designio.

El santo varón habiéndose levantado por la mañana y habiendo también cantado los salmos, salió de su celda secreta con la intención de despacharla, si aún no se hubiese retirado. Pero quedó muy sorprendido al verla en un estado tan diferente de la noche anterior. De momento no la reconoció, le preguntó de donde era, como había entrado en la celda y que significaban aquellos adornos diabólicos.

« Yo soy, le respondió esta miserable, aquella que recibisteis ayer al principio de la noche. » — « ¿ Como, pues,

os habéis cambiado el hábito? le preguntó el Santo. Vos no habéis venido más que con andrajos, y ahora estáis cubierta de ornatos que el orgullo ha hecho inventar á las personas de vuestro sexo. » La cuestión era fuera de propósito y peligrosa, y la mujer se aprovechó de ello para entrar en discurso con él y conseguir su malvado propósito. Se asió de ello con tanto artificio, que arrancó de su corazón, que hasta entonces había triunfado tan valerosamente de los poderes de las tinieblas, un consentimiento interior.

Martiniano, renunciando á despachar inmediatamente esta mujer, le dijo que se aguardara un poco, porqué á aquella hora acostumbraban ir para recibir su bendición, y que él iría á observar desde lo alto de la peña si se veía alguién, temiendo que se escandalizasen si lo veían con ella. La seductora triunfaba ya en su alma ; pero Dios no quiso que este solitario fuese privado del fruto de los trabajos que por su amor había sufrido desde su juventud. Mientras estaba observando sobre la cima de la peña, Dios hizo brillar la luz de su gracia en su corazón, que le mostró la profundidad del abismo adonde iba á precipitarse, haciéndole sentir todo los horrores del mismo.

Entonces, penetrado de un vivo dolor, se volvió dentro de su celda, donde, en presencia de esta mujer, encendió un grande fuego y á piés desnudos se metió en medio de las brasas, hasta que estuvieron tan quemados, que no pudiéndose sostener cayó en tierra. Algunos momentos después se levantó del mejor modo que pudo, y se echó otra vez al fuego, diciéndose á sí mismo con lágrimas y gemidos : « ¿ Qué te parece, Martiniano, de este fuego ? ¿ Tiene comparación con el del infierno que el diablo te prepara ? Si quieres caer en él, escucha á esta mujer, este es el medio para ser precipitado en el mismo. » No salió de este fuego hasta que estuvo completamente chamuscado, y después se postró dando de rostro á la tierra é imploró el

auxilio de Dios con muchas lágrimas, reprochándose su miseria y su facilidad en escuchar la tentación.

Esta mujer horrorizada de una penitencia tan terrible, concibió á su vez un grande arrepentimiento. Arrojó al fuego todos los atavíos que se había puesto para seducir al siervo de Dios ; volvió á ponerse los andrajos con que había ido, y en este estado se postró á los piés de Martiniano, le pidió perdón, llorando mucho por la malvada intención que la había traído á su celda, y le suplicó la enseñase el camino de la penitencia.

Martiniano le dijo que se fuera á Jerusalén y que de allí pasara á Belén al monasterio de santa Paula, que vivía entonces, donde hallaría su salud. Le dió algunos consejos en pocas palabras, que tendían á la fuga de las ocasiones, y á nutrir en su corazón los sentimientos de penitencia que Dios por su gracia había metido en él : lo que ella escuchó con la mayor contrición. Anduvo todo lo restante del día llorando sus pecados, é instigada por un santo deseo de purificarse de ellos con la penitencia ; y cuando la noche la sorprendió en esta vasta soledad la tierra le sirvió de cama. Voivió à emprender su camino al rayar el alba, y continuó llorando y gimiendo. Llegó por fin al monasterio de santa Paula á quien relató cuanto le había acaecido. La Santa dió por ello gloria al Señor, cuya misericordia para con esta alma pecadora admiró. La admitió en su monasterio, y no cesó de instruirla en aquello que debía practicar para santificarse.

Sus avisos no fueron inútiles. Zoe (tal era el nombre de esta mujer) abrazó la penitencia con un fervor extraordinario ; pues sólo vivía de pan y agua, de lo que nunca se saturaba. Sólo comía por la noche, y algunas veces pasaba dos días sin tomar nada. Se acostaba sobre la nuda tierra, y llevaba una vida tan austera, que santa Paula creyó deber mitigarla y exhortarla à que respetase un poco su

cuerpo, si quería que la sostuviese hasta el fin. Dios con un milagro hizo conocer á esta Santa que había agradecido su penitencia. Una mujer, atacada de un vivísimo dolor en los ojos, fué al monasterio para obtener de Dios su curación por las preces de sus religiosas. La Santa ordenó á Zoe que orase por ella, deseando conocer si Dios le había perdonado sus pecados. En efecto, habiéndose puesto en oración para esto, la enferma quedó curada, y no quiso salir del monasterio. Zoe vivió diez años en el monasterio, después de los cuales murió en la paz del Señor.

Volviendo á Martiniano, durante algunos meses fué muy incomodado por su quemadura ; y después que hubo curado concibió el designio de retirarse en algún lugar tan oculto, que no estuviese expuesto á una ocasión semejante á aquella que le había hecho derramar tantas lágrimas. Al efecto imploró el auxilio del Señor con una humilde oración, y habiéndose armado con la señal de la cruz, salió de su celda para buscar el asilo que deseaba. El demonio viendo que abandonaba este lugar, insultándole le dijo : « Yo he triunfado, Martiniano, y yo te echo de tu celda ; sepas que te perseguiré y te echaré de todas partes. »

San Martiniano le respondió que no dejaba su celda por fastidio, ni por su poder ; que si había tenido alguna ventaja sobre él, á su vez él había triunfado arrebatándole una alma que tenía cautiva. El demonio desapareció, y Martiniano entonó estas palabras del Profeta : *Sea Dios exaltado, y sus enemigos disipados, etc.*

Tomó, continuando este salmo, el camino del mar, donde felizmente halló el patrón de un navío, hombre temeroso de Dios, á quien rogó le dijera si había alguna pequeña isla bastante dentro de la mar que no fuese habitada. « ¿ Porqué me preguntáis eso , le respondió este hombre ? « Yo quería, replicó el Santo, hallar un lugar donde estuviese enteramente separado del mundo, y á cu-

bierto de las asechanzas del enemigo de la salvación. » — Bien conozco, dijo el patrón, una roca escarpada muy apartada de la tierra, cuyas entradas tal vez os horrorizarían ¿, pero de que viviríais allí? Esto es precisamente lo que yo busco, replicó el Santo, y en cuanto á mi nutrición ya proveeré trabajando con las manos. Me bastará que cuatro veces al año me traigáis ramas de palmera con lo que construiré manufacturas que vos venderéis, y del producto también me traeréis mi provisión de pan y agua, lo que me bastará para mi sustento. »

A estas proposiciones el patrón reconoció que aquel que las hacía era un santo personaje, y se ofreció con placer para secundarle en su designio. Le condujo, pues, á esta isla, donde abordó felizmente por la noche. Esto era cuanto podía desear de más favorable á su designio. Así es que rindió á Dios las mayores acciones de gracias, lo mismo que al patrón que le había servido tan bien á su gusto. Este le ofreció llevarle madera para construir una celda ; pero él se lo agradeció, y quiso permanecer sobre esta peña expuesto á todas las injurias del aire para hacer su penitencia aún más rigorosa.

Martiniano estuvo seis años en este lugar terrible á la naturaleza, pero rebosando alegría en su corazón por estar separado de las criaturas, y por poderse ocupar sin obstáculo en las verdades de las santas Escrituras. El demonio bien probaba algunas veces de turbarlo, y aún en cierta noche que hacía una grande borrasca, le presentó las olas en tanto grado elevadas, que parecía iban á devorar toda la peña ; pero él estaba aguerrido contra sus prestigios, y su oración disipó tal tempestad.

En fin, después de estos seis años de soledad, Martiniano experimentó que no hay firme seguridad para nuestra alma, sino cuando hemos llegado al puerto de la eternidad. Un navío fué sorprendido por una horrible tempestad á

corta distancia de su isla, con la cual estalló. En él había personajes de todo sexo, y todo pereció, á excepción de una joven de veinticinco años, la cual fué bastante feliz para asirse de la peña, implorando su auxilio con grandes gritos. Se vió, pues, obligado á ir á sacarla del agua; pero temiendo que esto fuese un nuevo lazo que el demonio le tendía, dijo á esta joven: « No podemos permanecer aquí los dos; vos os quedaréis sola; tenéis suficiente pan y agua para nutrirnos hasta que el patrón, que debe venir dentro de dos meses llegue. Le haréis la relación de vuestro naufragio; él os pondrá en su barco y os conducirá á vuestro país. » Enseguida habiendo hecho la señal de la cruz, dirigió á Dios esta plegaria: « Señor, á quien obedecen las aguas y los vientos, miradme con los ojos de vuestra misericordia, y no permitáis que perezca. Yo confío en vuestro santo nombre, y en la esperanza de vuestro auxilio me entrego á la voluntad de las olas para impedir, permaneciendo aquí, que mi alma se pierda. »

Al mismo tiempo se echó al mar, y Dios le envió un delfín, quien lo recibió en su espalda y le condujo hasta la tierra firme. La joven fué testigo de esta maravilla, y le siguió con los ojos hasta que lo perdió de vista; y veremos muy pronto las impresiones que este prodigio hizo sobre su alma.

Al abordar á tierra rindió á Dios acciones de gracias, y enseguida reflexionando sobre los lazos que el demonio por todas partes le tendía, ya no quiso fijarse en lugar alguno, sino que se determinó á vivir peregrino sobre la tierra. Así iba de aldea en aldea y de ciudad en ciudad, y cuando llegaba á algún lugar, se informaba si había allí algún gran servidor de Dios, tomaba en su casa una ligera comida, y se retiraba en un lugar solitario para entregarse á la oración y ejercicios monásticos.

Recorrió así por espacio de dos años muchos países,

hasta que llegó á Atenas, donde Dios le dió á conocer que moriría pronto. Su primer cuidado fué ir á la iglesia; allí sintiendo que su última hora se aproximaba, suplicó á uno que hiciera llamar al obispo. Este era un santo prelado á quien Dios había revelado su próxima llegada, y él estaba aguardando el momento. Fueron á decirle que un forastero lo esperaba en la iglesia, pero que no sabían si estaba en su buen sentido, juzgando por su pobreza y por la extenuación de sus fuerzas que su cabeza no estaba del todo libre; pero el obispo esclarecido de lo alto sobre el mérito del Santo, rectificó su juicio y se aceleró á trasladarse á la iglesia. Allí le halló tendido en tierra, no teniendo fuerza para levantarse, presentarle sus respetos y recibir su bendición, que le pedía extendiendo solamente los brazos. El obispo se la dió, y al instante haciendo la señal de la cruz, presentó un rostro sonriente y entregó dulcemente su alma á Dios. Esto acaeció al principio del siglo quinto.

Hablemos ahora de la joven que se había quedado en la isla. Ella aguardaba la llegada del marinero como el Santo le había prometido, y este hombre quedó bien sorprendido al hallar una joven en lugar del santo solitario. De momento creyó que esto era un espectro, y tomó la fuga; pero la joven le convenció gritándole que ella era cristiana y haciendo sobre sí la señal de la cruz. Ella le contó cuanto le había sucedido, y como san Martiniano le había cedido la plaza. A esto el patrón le ofreció llevarla á la ciudad; pero el ejemplo de la virtud de san Martiniano y el milagro que Dios había hecho en su favor, como lo hemos dicho, la había de tal modo abrasado en el deseo de santificarse, que quiso imitar su penitencia. Así es que suplicó al patrón le trajera un vestido para cubrirse mejor, y lana para trabajar con pan y agua para nutrirse, como había hecho por san Martiniano.

El patrón lo hizo con alegría, y se llevó á su mujer con

él cuando volvió á llevarle sus provisiones. Desde esta fecha continuaron yéndola á visitar cada tres meses, lo que duró seis años. Al cabo de este tiempo el marinero y su mujer habiendo vuelto, la hallaron muerta. Estaba tendida sobre la tierra, teniendo los ojos y la boca cerrados y los brazos cruzados sobre su pecho, con un aspecto tan modesto que creyeron que dormía ; pero habiendo reconocido que estaba muerta, llevaron su cuerpo á Cesárea, y avisaron al obispo, quien, sobre la relación que le hicieron de cuanto había sucedido, le hizo funerales muy honrosos y la sepultó en un lugar distinguido. Sus actas dicen que de día hacía doce oraciones y veinticuatro de noche, y que en dos días no comía más que una libra de pan. Metafraste la llama *Fotina*. La historia de san Martiniano fué escrita por un autor contemporáneo, quien lo había conocido. Metafraste, que la reprodujo, añadió algo ; pero nosotros hemos recortado lo que presumimos que añadió de lo suyo, como poco seguro.

Añadimos aquí en pocas palabras la historia de un solitario, llamado Jaime, quien murió cerca de un siglo después de san Martiniano, cuya caída y penitencia, nos enseñan á desconfiar siempre de nosotros mismos, por más progresos que hayamos hecho en la virtud ; y á no desesperar del perdón, aún cuando fuésemos reos de los crímenes más nefandos. Jaime al principio se retiró á una gruta poco apartada del monte Carmelo, y pasó después á otra próxima á la ribera del Lisón. Allí su nombre se hizo célebre, porque había llegado á una grande perfección y Dios le había honrado con el dón de milagros. Convirtió á muchos Samaritanos, y acudían á él de los monasterios vecinos para recibir buenos consejos lo mismo que su bendición.

Perseveró cincuenta años en esta vida tan santa y edificante ; pero al mismo tiempo que como bizarro atleta de Jesucristo corría con santo ardor en la carrera de la peni-

tencia, tuvo la desgracia de cometer una falta deplorable ; porque después de haber triunfado del demonio en una ocasión tan peligrosa, en otra fué vencido por él, manchándose con un crimen y cometiendo un asesinato para ocultarlo. El demonio, quien lo había cegado para precipitarlo en este abismo, después que hubo pecado le abrió los ojos para hacerle caer en la desesperación. Pensó, pues, en abandonar su estado y volver al siglo ; pero un caritativo anacoreta que fué á visitarlo, lo indujo á esperar en la misericordia de Dios ; y fortificado por sus exhortaciones, se impuso una penitencia muy austera, por más que ya estuviese en edad avanzada, y se encerró en un sarcófago donde por espacio de diez años lloró su crimen y no cesó de tenerse en una profunda humillación delante del soberano Juez. Por este medio obtuvo el perdón que le pedía, y aun le fué vuelto el dón de milagros. En fin, concluyó felizmente su vida ; y las gentes del país, de quienes fué el protector, le levantaron una iglesia sobre su tumba.

SAN EUTIMIO, SOBRELLAMADO EL GRANDE, ARCHIMANDRITA EN PALESTINA¹.

Es éste uno de los más célebres Padres de la vida monástica que la soledad dió á la Iglesia. Los Griegos añadieron al título de Grande que ellos le dieron, el de *Teóforo*, ó sea, *el que lleva á Dios consigo* ; sea porque la gracia del Señor resplandeció en él por las virtudes más eminentes, sea porque su corazón ardía de celo por su gloria y estaba

¹ Cirilo, los Bolandistas, Cotelier, Tillemont.

abrasado por su amor santo ; tanto, que podía decirse que Dios habitaba en su corazón de una manera más particular por la efusión de sus más preciosos dones, los cuales se exteriorizaron por sus admirables obras y por su inquebrantable firmeza en la defensa de la fé contra los herejes de su tiempo. El monje Cirilo, historiador muy exacto, de quien hablaremos en otra parte, escribió su vida. A éste seguiremos en lo que vamos á referir, y también utilizaremos las luces de los sucesores de Bolando y los monumentos de la Iglesia griega de Cotelier.

San Eutimio fué el fruto de las preces de sus padres. Su padre, llamado Pablo, era un personaje distinguido en Melitona ¹, ciudad de la pequeña Armenia, por su nobleza y su virtud. Su esposa llamada Dionisia, no le cedía ni en cualidad ni en mérito ; pero era estéril y deseaba mucho tener hijos. Se dirigió de acuerdo con su marido, al santo martir Polieucto para obtenerlos de Dios por su intercesión ; y al efecto se fueron á la iglesia donde pasaron muchos días en oración. Mientras estaban en ella, tuvieron una visión, en la que una voz celestial les hizo oír estas palabras. « Tened buen ánimo, el Señor os ha concedido un hijo, á quien llamaréis Eutimio, porque á su nacimiento volverá el Señor la paz y la tranquilidad á las iglesias. Sus costumbres también responderán á su nombre, y lo llevará tanto más dignamente, cuanto que con sus virtudes explicará todo su significado. »

Estos piadosos personajes volvieron á su casa maravillosamente consolados por esta promesa, y resolvieron consagrar al servicio del Señor este precioso hijo que Dios les hacia esperar.

Su fé y su confianza fueron bien pronto recompensadas por los efectos. Dionisia se halló en cinta, y por fin dió á

¹ Hoy día *Meledri*.

luz este hijo de bendición casi cinco meses antes de la muerte funesta del emperador Valente. Perdió á su padre á la edad de tres años, y su madre transida de dolor fué á presentarlo, por medio de Eudoxio su tío, á Otreo, obispo de Melitena para ser educado bajo su disciplina. Dios alumbró á este prelado de una manera particular sobre los designios de perfección que tenía formados sobre él, haciéndole conocer algo de extraordinario y celestial en su espíritu y en su corazón; lo que hizo que le quisiera hacer de padre y madre, y que después de haberlo bautizado le cortase los cabellos, lo consagrarse al servicio de Dios, lo elevase al grado de los lectores antes que estuviese en estado de ejercer sus funciones, y así le inscribiese en su clero. Viendo también que la piadosa Dionisia se ocupaba enteramente en los ejercicios de piedad, la hizo diaconisa de su iglesia.

Entonces habiendo sido hecho emperador Teodosio el Grande, cesó la persecución de los arriamos que Valente había favorecido, y los fieles gozaron de la paz como Dios lo había prometido á sus padres al mandarles que le llamasen Eutimio: Lo que era de ello el feliz presagio. Otreo comenzó su educación por los santos ejercicios, nutriendole, por decirlo así, en esta edad inocente con la leche de la piedad. Después á medida que su razón se desenvolvió y que se puso en condiciones de estudiar, lo puso entre las manos de Acario y de Sidonio, ambos distinguidos en su clero por su nobleza, su virtud, su prudencia y su erudición, quienes, despues de grandes trabajos para la gloria de Jesucristo y el servicio de la Iglesia, fueron consecutivamente obispos de Melitena.

El joven Eutimio hizo bajo su dirección progresos superiores á su edad en el estudio de las santas letras y de otras á las cuales lo dedicaron. Hallaba todas sus delicias en la lectura de las divinas Escrituras, y grababa bien sus sen-

tencias en su espíritu, para excitarse á ponerlas en práctica. Procuraba imitar por una fervorosa emulación, los ejemplos de santidad que en ellas se relatan ; y para expresar en pocas palabras el fruto que de ellas sacaba, basta decir que continuamente meditaba la palabra de Dios en estos Libros sagrados, y sobre ella siempre regulaba sus afectos y sus acciones.

Su docilidad para con sus maestros se veía bastante bien por los frutos que sacaba de su cuidado ; pero no contento con recibir sus lecciones, también quiso convertirse en imitador de sus virtudes ; y mientras prestaba la oreja á sus instrucciones, abría los ojos sobre sus acciones para conformar á ellas las suyas : así no satisfecho con ser su discípulo, quiso instituirse su perfecta copia. Los imitaba, pues dice el monje Cirilo su historiador, en su vida sobria, en su sencillez, en su modestia, en su fervor y exactitud en los divinos oficios y en todos los deberes eclesiásticos. Nunca perdía el tiempo en discursos inútiles. Se privaba de toda suerte de estudios que no sirvieran más que para hinchar su espíritu en lugar de ser útiles á su alma. Jamás se dejaba arrastrar por vistas inconsideradas, ni por una disipación contraria á la gravedad de su estado, ni por la murmuración sobre todo en la iglesia, donde estaba siempre con un respeto tan grande que sin dificultad se comprendía que estaba penetrado de la majestad de Dios, y que su alma estaba recojida en él como si le hubiese hablado de corazón á corazón en una oración profunda.

El monje Cirilo también hace notar que combatía todos los vicios con la práctica de las virtudes opuestas. Reprimía la cólera, dice, con una dulzura y una caridad admirables ; la avidez de comer con una templanza rigurosa, los pensamientos de ambición y de gloria mundana con la moderación de su corazón ; la codicia de los bienes de la tierra, con el despojamiento voluntario ; y generalmente cada

vicio, con la práctica de cada virtud propia para destruirlo. Tanta piedad y tantos méritos determinaron á su obispo á elevarlo por los diferentes grados hasta el presbiterado, y á encargarlo en calidad de superior general de los monasterios de la ciudad y de la diócesis ; pero esto no se hizo sin violentar su humildad. Él temor que tenía de que estas diferentes ocupaciones disminuyesen en él el espíritu de recogimiento, y fuesen un obstáculo para su progreso en la perfección, le hacia suspirar por una entera soledad. A ella se había sentido inclinado desde su juventud, y este atractivo cada día crecía más en él. Procuraba, en medio de sus ocupaciones, secundarlo en cuanto podía yendo con frecuencia al monasterio del santo martir Polieucto, donde hacia largas estancias. Aparte de esto, todos los años se retiraba, después de la fiesta de la Epifanía, sobre la montaña vecina, llamada *el monte de la Asuncion*, en la cual después se estableció una casa religiosa muy considerable y donde él pasaba la cuaresma en preces y en ayunos.

Pero todo esto no satisfacía enteramente su atractivo por la soledad ; y temiendo siempre que el gobierno de los monasterios de que estaba encargado dañase su alma, por fin partió secretamente y se fué á Jerusalén, siendo de edad de veintinueve años. De la visita de los santos Lugares consagrada por los santos vestigios del Salvador, pasó á la de los desiertos vecinos santificados por las de los solitarios ; y habiéndose informado por ellos mismos de su manera de vivir, se sintió inflamado interiormente por el deseo de abrazar su estado y hacer como ellos. Para mejor ejecutar este designio, se fué á dos leguas de Jerusalén, en la ladera de Farán, cerca de la cual habiendo hallado una celda tal como podía desear para vivir en la quietud y silencio, estableció allí su morada. Allí, ocupándose en hacer cestas con hojas de palmera, y otras obras cuya venta le daba para su sustento y para hacer caridad á los otros, conser-

vaba su corazón en un perfecto desprendimiento de todas las cosas de la tierra en el cual no dejaba entrar más que la esperanza de los bienes de la vida futura hácia los cuales dirigiá todos sus deseos.

Había en su vecindario un santo solitario, llamado Teu-
tista, quien llevaba una vida toda parecida á la suya. Esta conformidad de sentimientos y de conducta formó entre ellos una amistad tan estrecha, que se hubiese dicho que no tenían más que una misma alma. Como sentían el mismo atractivo por la soledad, obraban de común acuerdo en sus santas prácticas, y todos los años al día siguiente de la octava de la Epifanía se iban al desierto de Cutila, donde, enteramente separados de toda conversación con los hombres, sólo se ocupaban de Dios en la oración y en la contemplación, y volvían á su primera celda de Farán el domingo de Ramos, para ofrecer á Jesucristo, en la celebración de la fiesta de su resurrección, los tesoros de fervor y de devoción que habían adquirido en su retiro.

Se puede considerar como un efecto de esta santa práctica aquello que el monje Cirilo añade aquí de nuestro Santo. Dice que cada día sobresalía más en dulzura, en sencillez y sobre todo en humildad, y que de ahí venía esta grande confianza que tenía en Dios y que siempre crecía en su alma, lo que le átraía gracias cada vez más abundantes. Esto nos hace ver que tales solitarios, aunque separados del comercio de las criaturas por su alejamiento de los lugares habitados, no pudiendo sin embargo evitar siempre sus visitas, se tomaban un tiempo del año para apartarse enteramente de ellas y entregarse con toda libertad á la contemplación de las cosas divinas por las cuales sentían tanta atracción ; esto no lo hacían sin reportar de ello grandes frutos ; se volvían todos renovados en el fervor y más decididos que nunca á proseguir con un celo santo en la obra de su perfección ; y á esto se puede atribuir la piadosa

costumbre que después se estableció, y principalmente en los últimos siglos, de las retiradas anuales en las casas religiosas, de las cuales aún muchas personas seglares sacaban grande provecho para sostenerse en la piedad en medio del tumulto del siglo y de las disipaciones de su estado. Si los Santos, apartados habitualmente del comercio de los hombres, se tomaron algún tiempo para separarse aún más de ellos y no ocuparse más que de Dios, y creyeron deberlo hacer para tomar nuevas fuerzas en la práctica de la virtud, con cuánta más razón debemos nosotros ser fieles en hacerlo, pues que conversando más frecuentemente con las criaturas, experimentamos que nos arrastran con frecuencia á la disipación, y que tenemos una necesidad extrema de renovarnos con estas retiradas anuales tan sabiamente establecidas por los Santos! Pero volvamos al gran Eutimio. Después que hubo pasado cinco años en el desierto de Farán con el bienaventurado Teutista, habiendo ido juntos según su costumbre á un desierto más apartado, sintieron como una mano invisible que los conducía á una grande caverna situada sobre la orilla de un torrente rápido y profundo, que servía de retiro á las bestias salvajes, y donde con el tiempo muchos solitarios llevaron la vida evangélica. Reconociendo por eso que la Providencia les había destinado este lugar, moraron largo tiempo en él desconocidos, no recibiendo socorro de nadie, y nutriéndose solamente con yerbas que la tierra producía, pero Dios quien los había conducido allí para la salud de un gran número de almas que debían santificarse bajo su dirección, los hizo conocer por fin de la manera que vamos á explicar.

Esta caverna estaba á cuatro leguas de Jerusalén, por la parte de Jericó, algunos pastores habiendo conducido sus rebaños por este lado, tuvieron la curiosidad de ver lo que había dentro de esta choza y divisaron á dos solitarios.

Huyeron al momento todos espantados, no pudiendo comprender que este lugar sirviese de morada á dos hombres ; pero los Santos trataron de convencerlos gritándoles á medida que huían, de que nada debían temer, que eran hombres como ellos, y que se estaban retirados allí para hacer penitencia de sus pecados. Los pastores, repuestos de su horror, se acercaron á ellos, entraron en la caverna y quedaron en extremo sorprendidos al no encontrar allí nada de cuanto es necesario para uso de la vida, lo que les hizo fácilmente comprender que su penitencia era de las más rigurosas. De regreso á su casa no se descuidaron de contarlo á mucha gente ; lo que atrajo hácia ellos los habitantes de los lugares vecinos, quienes en masa fueron á verlos, disponiéndolo Dios así por los designios de misericordia que había formado sobre su salud. Por su parte estos les llevaban cuanto juzgaban necesario para su sustento, y los Santos les volvían en cambio alimentos mucho más excelentes, dice el monje Cirilo, es decir, santos consejos y saludables instrucciones para la vida de su alma.

La noticia llegó hasta los habitantes de Farán, quienes habiéndose informado del lugar de su mansión, también acudieron en número como los otros, y después volvían con frecuencia, atraídos por el olor de su piedad, y siempre más contentos de oír las palabras de salud que salían de su boca.

Entre otros se nombran á Marín y Lucas, quienes no quisieron abandonarles. San Eutimio los formó en los ejercicios de la vida monástica, y después ellos mismos fueron grandes maestros en ella y habiendo sido cerca la aldea de Metopas los padres de muchos monasterios, y habiendo tenido por discípulo al gran Teodosio, esta refulgente lumbrera de la soledad, cuyas obras ascéticas, así como sus excelentes virtudes, han honrado tanto al estado monástico.

El número de aquellos que iban á ponerse bajo la dirección de san Eutimio y de san Teutista, cada día iba en aumento; porfiaban por morar con ellos, y cada día les presentaban nuevas instancias. Esto les hizo pensar en construir una laura como la de Farán; pero no permitiéndolo el lugar, edificaron un monasterio cerca de un torrente, y la caverna fué destinada para servir de iglesia.

San Eutimio entregó á su colega Teutista el cuidado de admitir é instruir á aquellos que se presentaban para ser recibidos, así como el gobierno del monasterio, induciéndole siempre su atractivo á la vida oculta y silenciosa; y Teutista, quien nada sabía negarle, se encargó dócilmente, dándole cuenta de cuanto hacía y obrando más por su consejo que por sus propias luces. Eutimio, por su parte, se estaba encerrado en la caverna, donde todos los hermanos recurrían á él para sus necesidades espirituales; y como un médico caritativo y muy experimentado, aplicaba al alma de cada uno con sus admirables consejos los remedios más propios á sus males; lo *que* hacía *con tanta* prudencia, que podía decirse de él, aquello que dijo Dios al profeta Jeremías: *Yo os he establecido sobre este pueblo para probarlo, para sondear sus caminos y sus deseos, y para conocerle (Jer. 6-27).*

Sus instrucciones principalmente versaban sobre el renunciamiento al mundo, sobre la obediencia, la humildad, la asiduidad en el trabajo, la discreción y el ejercicio de la santa oración. « Es necesario, les decía, echar del espíritu el recuerdo del siglo y toda solicitud por las cosas de la tierra. Conviene someterse de buen corazón y en un verdadero sentimiento de humildad á la obediencia religiosa, y en todas las cosas hacer á Dios el sacrificio de la propia voluntad. También debemos meditar con frecuencia sobre las penas del infierno, para conservarnos en el temor de ser condenados á aquellos horribles suplicios. También con-

viene dirigir todos nuestros deseos hácia el cielo, y la consideración de los bienes que allí nos están reservados, debe hacernos suspirar por la muerte, y al mismo tiempo inducirnos á llevar una vida mortificada y laboriosa para hacernos dignos del reyno celestial. »

También recomendaba mucho el trabajo de las manos, y sobre todo á los jóvenes religiosos ; « Pues, decía, no basta velar sobre su espíritu y sobre su corazón para rechazar los dardos de la tentación ; también es necesario domar el cuerpo con el trabajo para someterlo á la razón, como la razón debe estar sumisa á Dios ; seamos, añadía, los imitadores de san Pablo ; no nos contentemos con no estar ociosos, trabajemos con el mismo ardor que él, y pidamos, por decirlo así, en nuestro trabajo á este gran Apóstol que nos preste sus manos, quien, como él decía, no solamente había trabajado para su propio servicio más aún para el de los otros. ¿ No sería vergonzoso para nosotros, que mientras los hombres del mundo no se contentan con mantener á sus familias de su trabajo, sino que también pagan los diezmos á la Iglesia y el tributo al Príncipe, trabajásemos con tanta negligencia, que ni siquiera tuviésemos con que hacer caridad á los otros? »

Además que prohibía el hablar en la iglesia, sobre todo en el tiempo de la celebración de los divinos Misterios, también quería que se guardase silencio en el refectorio en tiempo de la comida. No permitía á los jóvenes religiosos que ayunasen más de lo que prescribía la regla por su propia voluntad, ya á fin de evitar la vanidad que se introduce algunas veces en las prácticas particulares, aunque buenas por otra parte. Por esto decía que les valía más no saturarse al comer, que ayunar cuando los otros no lo hacían ; que era aquella una manera de abstinencia muy loable y útil ; y de ellos exigía aún más, que combatiesen sus pasiones con la práctica de las virtudes de la humildad, mo-

deración, discreción, oración, y sobre todo de la obediencia, que los hacía tan conformes à Jesucristo. Les daba estas instrucciones diariamente y con tanta dulzura, caridad y bondad, que todos acudían á él con una perfecta confianza ; descubriéndole cuanto tenían en su interior, hasta sus pensamientos más secretos.

Mientras san Eutimio se ocupaba tan' útilmente en la santificación de sus religiosos, Dios le dió una nueva misión para la salud de muchos infieles : y para tomar con su historiador la cosa en su origen, los magos de Persia habiendo excitado una persecución contra los cristianos de este país, resolvieron circuirlos á todos para hacerles perecer. Al efecto fué ordenado á todos los gobernadores de las fronteras que hicieran guardar con gran cuidado todos los caminos, á fin de que ningún sacerdote pudiese salir del Estado y salvarse en las tierras de los Romanos.

Entre estos gobernadores había uno llamado Aspeveto, Griego de nación, quien estaba al frente de una tribu de Sarracenos sujeta á este imperio. Recibió la misma orden que los otros, pero quedó horrorizado ; y compadecido de la desgracia de tantas gentes de bién, en lugar de detenerlos les facilitó el medio de salvarse. Esto llegó á conocimiento de los magos, quienes lo consideraron como un crimen delante del rey ; de manera que Aspeveto temiendo su crueldad, tomó la resolución de salvarse con su familia y sus parientes, llevando consigo cuanto pudo de sus bienes, y fué á refugiarse en las tierras de los Romanos. Anatolio, prefecto de Oriente, le conservó el mismo grado que tenía en Persia, y le hizo gobernador del cantón de los Sarracenos de la Arabia, que estaban sujetos á los Romanos. Tenía un hijo llamado Terebón, paralítico de un lado, cuya curación Dios reservó á san Eutimio.

Quando, pues, estuvo en Arabia, Terebón, reflexionando una noche sobre su triste situación, se dijo á si mismo :

« ¿ De qué me han servido los remedios de los Persas y de los Griegos? ¿ Qué he conseguido con todos esos encantamientos de los magos, sus invocaciones, y con sus operaciones astrológicas cuya eficacia tanto se pregonaba? Se vé bien que no son más que bagatelas, ilusiones, cuentos despreciables, y que todo depende de Dios, quien solo ha criado y gobierna el universo. » Haciendo estas reflexiones dirigió sus preces á Dios, y le suplicó con mucho fervor le curase de su parálisis, prometiéndole que si le hacía esta gracia se haría cristiano.

A esto se durmió insensiblemente, y durante su sueño vió en insomnio á un monje que tenía la barba larga y espesa y los cabellos blancos, quien le interrogó sobre la naturaleza de su enfermedad, y le preguntó si tenía voluntad de cumplir cuanto había prometido á Dios Terebón le aseguró que lo cumpliría de todo su corazón; y el monje le respondió: « Yo soy Eutimio, yo moro en una soledad que dista diez millas de Jerusalén, al Oriente y cerca de un torrente, sobre el camino que conduce á Jericó; venid allí, yo rogaré por vos y Dios os curará. » El enfermo se despertó al momento y relató á su padre la visión que había tenido en ensueño. Aspeveto no dudó que fuese milagrosa. Reunió á muchos Sarracenos y con ellos condujo á su hijo á la caverna de san Eutimio, sobre los indicios que de él había tenido en el ensueño. Los religiosos del monasterio viendo venir tantos bárbaros quedaron de momento horrorizados; pero Teutista los reanimó, se adelantó audazmente hácia la multitud preguntando que querían. « Queremos hablar á Eutimio, dijo Aspeveto. » — « Ahora no es posible, replicó Teutista, porque está retirado y no comparecerá hasta el sábado próximo. » Entonces Aspeveto le presentó á su hijo parálítico de la mitad del cuerpo, á quien dijo que declarara la visión que había tenido. Terebón la detalló á Teutista como lo acabamos de referir, y éste, juzgando que

la cosa interesaba demasiado la gloria de Dios para dejarla ignorar por más tiempo á san Eutimio, fué á relatárselo. El Santo creyó como él que esta visión venía de Dios y que debía servir á su gloria ; dejó, pues, su retiro sin dificultad. Así fué á encontrar á los Sarracemos, y después de haber dirigido sus votos á Dios con mucho fervor y hecha la señal de la cruz sobre el enfermo, quedó instantáneamente curado.

El milagro no podía ser más evidente. Los bárbaros quedaron por él tan tocados, que puede decirse, según la juiciosa opinión de Cirilo, que la curación de su alma fué tan instantánea como lo fué la parálisis de Terebón. Se echaron de rostro á la tierra penetrados hasta el fondo del alma de fé y admiración, y conjuraron al santo Abad que los recibiera á todos en el número de los cristianos. Eutimio, no creyó deber usar de dilación ; hizo preparar una piscina en un rincón de la caverna, que aun subsistía en tiempo del monje Cirilo, y bautizó primeramente á Aspeveto, cuyo nombre cambió en el de Pedro ; enseguida á Maris, hermano de la mujer de Aspeveto ; después á Terebón, y sucesivamente á los otros Sarracenos. Los tuvo cuarenta días en su compañía para instruirlos en la fé y en los deberes del cristianismo, y les dió cuantos consejos juzgó necesarios para sostenerlos en el culto del verdadero Dios y en la sólida piedad, después de lo cual los despidió en paz. Pero Maris tío de Terebón, no quiso volver más al mundo ; dió sus bienes al monasterio y tomó el hábito religioso.

Mientras tanto la noticia de este milagro atrajo á san Eutimio un gran número de enfermos que le llevaban de todas partes, quienes hallándose curados por sus oraciones, extendían cada día más su reputación ; de suerte que no solo las soledades vecinas y la Palestina, más aún las otras provincias fueron sabedoras de ello. Su humildad no lo pudo sufrir por más tiempo, y su amor al retiro le hacía

cada día mas molesta la afluencia de gente de que se hallaba como asediado. Sobre lo cual se debe admirar la diferencia que se halla entre los sentimientos de los santos y los de los viciosos de la tierra. Estos no buscan más que la gloria pasajera, y aún muchas veces á espensas de la probidad y de la justicia ; aquellos por el contrario la oyen sinceramente, porque sólo desean la gloria de Dios, á quien tratan únicamente de agradar : argumento luminoso de nuestra religión. Sólo de ella es propio el tener verdaderos santos, y la verdad es su carácter distintivo, porque viene de Dios quien es la verdad misma.

San Eutimio se determinó, pues, á cambiar de morada y á retirarse al desierto de Rubán. Se cree ser este aquél en que Nuestro Señor ayunó cuarenta días, y que para honrar su penitencia muchos solitarios acudían á el para pasar la cuaresma en retiro. Del mismo se habla en las Vidas de san Juan el Silenciaro, de san Sabas, de san Gerásimo, de san Quiriaco ; y los modernos lo llaman el desierto de la cuarentena. Sin embargo su designio no fué tan secreto que Teutista no lo penetrase. De ello advirtió á los religiosos del monasterio que al momento se le presentaron para suplicarle que no los abandonase, haciéndole presente la necesidad que tenían de su presencia, y que si los abandonaba, el enemigo de la salud no faltaría en prevalerse de ello en perjuicio de su alma. Cedió á sus instancias, pero fué por poco tiempo ; despues del cual cogió uno de sus discípulos llamado Domiciano, y se dirigió hácia el mar Muerto, desde donde pasó á una alta montaña separada de las otras, que se cree ser aquella desde la cual el demonio mostró á Jesucristo los reinos del mundo prometiendo que se los daría si quería adorarle (Matth. 4-8). Allí encontró un pozo, las ruinas de algunos edificios, donde habiendo construido un oratorio y levantado un altar, moró algún tiempo, no nutriéndose más que de yerbas que

crecían en este lugar. Quiso después ir á ver en el desierto de Zifón, llamado en la Escritura el desierto de *Engaddy* (I Reg. 24), la cueva donde David se había ocultado cuando huía de la persecución de Saúl. Este lugar le pareció propio para su atractivo, por ser muy solitario ; pero Dios, quien tenía otras miras que las detenerlo oculto, no permitió que allí permaneciese largo tiempo desconocido.

Había en una aldea poco apartada de este lugar un joven poseído del maligno espíritu que le atormentaba cruelmente. Sus padres oyeron que en lo recio de sus tormentos pronunciaba con frecuencia el nombre de Eutimio. No tuvieron necesidad de buscar mucho para informarse de quien era este Eutimio, resonando toda la Palestina por el eco de sus maravillas. Le condujeron, pues, su hijo ; pero á medida que avanzaban el demonio, que sentía la virtud del Santo, le instigaba á huir, hasta que conducido por fuerza, este malvado huésped le causó una violenta sacudida cuando estuvieron cerca del Santo, y salió de su cuerpo con este último esfuerzo de su furor.

Todos los países del rededor fueron al momento sabedores de este prodigio. Satisfechos por poseer en su vecindario á un hombre tan favorecido de Dios, le construyeron un monasterio que bien pronto se encontró lleno de sujetos empeñados en ponerse bajo su direccion. Este milagro no fué el único que hizo. Su historiador añade que no solamente los demonios eran obligados á ceder á la fuerza de sus oraciones, sino que también ejercía su poder sobre las serpientes y sobre las bestias más crueles, tanto en este lugar como en todas partes.

Si las maravillas que obraba eran gravosas á su modestia á causa del concurso de gente que le atraían, tuvo el consuelo de volver á la fé en estos lugares á algunos solitarios que se habían comprometido en la detestable secta de los Maniqueos. Pero viendo que la afluencia de los que iban

á verle, bien lejos de disminuir iba siempre en aumento, quiso huir de nuevo y se puso en camino con su discípulo Domiciano para volver á san Teutista. Aun no se había alejado una legua del monasterio cuando descubrió un sitio muy propio para satisfacer el deseo que tenía de vivir solo, en el cual se quedó.

San Teutista, quien muy pronto fué sabedor de ello, se le presentó, y esta entrevista se pasó por una y otra parte con esas demostraciones de amistad fraternal y de puro regocijo que la verdadera caridad de Jesucristo inspira á los santos. Le instó á que volviera al monasterio; pero san Eutimio le rogó que le dejara guardar su soledad, y que se contentara con que fuese á él todos los domingos para asistir con los hermanos á los sagrados Misterios.

La noticia de su llegada llegó también hasta Aspeveto, gobernador de los Sarracenos á quien había bautizado y llamado Pedro. Este reunió toda la gente de esta ración que pudo, de toda edad, sexo y condició, y se los condujo á fin de que participasen de los bienes espirituales, que él mismo había recibido de su celo y de su caridad. El Santo no pudo verlos venir con tan buenas intenciones sin bendecir al Señor. Los acogió á todos con muestras de bondad y de alegría, lo que les abrió aún más el corazón para recibir sus lecciones todas celestiales. Los condujo al monasterio de san Teutista; los dispuso para la regeneración, los bautizó y permaneció siete días con ellos volviendo después á su retiro.

Aspeveto, quien veía que allí nada había para las comodidades de la vida, y que estaba expuesto á todas las injurias del aire, hizo que le edificasen tres pequeñas celdas, una cisterna y un oratorio á fin de que tuviese todo aquello de que necesitaba. Sin embargo, este pueblo á quien había instruído en la fé y regenerado con el bautismo, no podía abandonarlo, tanto estaba consolado y animado por su

santa palabra, y él no podía decidirse á renunciar á su soledad creyendo haber dado lo suficiente á la caridad en aquello que había hecho por ellos. Pero en fin, para satisfacer sus piadosos deseos, les señaló un sitio entre su monasterio y el de san Teutista, donde les trazó el plan de una iglesia y de las casas que allí debían construir á fin de formar una aldea, lo que fué bien pronto ejecutado.

Allí les visitaba con frecuencia para conservarlos en los buenos sentimientos que les había inspirado ; y continuó lo mismo hasta que les hubo procurado un sacerdote y diáconos para el servicio de su iglesia. Allí moraban con mucha alegría, fortificados con sus exhortaciones y muchos otros Sarracenos fueron á unirse con ellos ; de suerte que creciendo todos los días su número, creyó deber dar conocimiento de ello á Juvenal patriarca de Jerusalén, para rogarle les ordenara un obispo. Al efecto le envió á Aspeto ó Pedro, y el patriarca lo escogió para primer obispo de este lugar.

El Santo, siempre más deseoso de guardar su retiro, no se cargaba de discípulos, y por esta razón no construía monasterio ni laura ; y cuando alguno se le presentaba para abrazar el estado monástico, le enviaba á Teutista. Pero Dios, quien para su mayor gloria quería que tomase de nuevo la dirección de muchos religiosos, le manifestó sus designios y le hizo nacer la ocasión de ejecutarlos. Había tres jóvenes de Capadocia, que eran hermanos, llamados Cosme, Crisipo y Gabriel, quienes, despues de haberse ejercitado en la Siria en el estudio y en la piedad, fueron á la montaña para pedirle les recibiera bajo su disciplina. Su edad, y sobre todo la de Gabriel que era el más joven de todos, le hizo temer que no podrían vivir en la misma austeridad que él practicaba, y aparte la resolución que había formado de no tener discípulos con él, juzgó también que siendo hermanos, el amor natural que los

unía entre sí les haría tomar parte de una manera demasiado humana en aquello que les interesaba recíprocamente; lo que le sería un motivo de disipación y de solicitud que les resfriaría el espíritu de recogimiento, y á él mismo le preocuparía demasiado. Les hizo, pues, entender que no podía hacer lo que deseaban, y no obstante los retuvo con él hasta el día siguiente.

En la noche tuvo una visión durante el sueño, en la cual vió un personaje que le dijo: « No reparéis en recibir cerca de vos á esos tres hermanos que se os han presentado, pues es Dios que os los ha enviado; recibid también á aquellos que vengan por el mismo objeto. » Eutimio reconociendo por esta visión la voluntad de Dios, llamó á estos jóvenes, les declaró lo que Dios le había hecho conocer y los retuvo cerca de él; pero advirtió á Cosme, el más viejo de los tres, cuidara de que Gabriel, su hermano más joven, no saliera ligeramente de su celda, haciéndole ver las consecuencias. Enseguida esclarecido por el espíritu de profecía, le pronosticó muchas cosas que debían sucederle con el tiempo, y entre otras que no permanecería largo tiempo en este lugar por que sería hecho obispo de Escitópolis.

Después de esta fecha recibió sin dificultad á todos aquellos que iban á ponerse bajo su dirección. Entre estos se nombran á Domno, nieto de Juan, obispo de Antioquía y natural de esta ciudad; tres hermanos naturales de Melitena y primos de este Sidonio de quien había recibido su primera educación, como lo hemos dicho al principio. Se llamaban Estéfano, Andrés y Gayán. También se nombra Juan, sacerdote de Raita; Anatolio y Talasio; Cirión de Tiberíades, sacerdote de la iglesia de san Basilio martir en Escitópolis, y también á muchos otros, por los cuales rogó á Aspeveto que tuviera á bien hacer construir celdas y una iglesia, lo que formó en poco tiempo una laura que en nada cedió á la del desierto de Farán.

Cuando la iglesia estuvo concluida, el patriarca Juvenal desde Jerusalén fué allí con san Pasarión, obispo auxiliar, y Hesiquio, sacerdote, para hacer la dedicación. Al mismo tiempo elevó á Domiciano y Domno al diaconado ; y ya había ordenado de sacerdotes á Juan y Cirión ; de suerte que esta nueva iglesia quedó provista de santos ministros para el servicio del altar. San Eutimio tenía el corazón colmado de alegría al ver el grande bien que esto iba á producir en su laura para la salud y el consuelo de los hermanos. Aun la experimentaba mayor por la presencia de Pasarión y de Hesiquio, quienes brillaban como dos astros, dice el monje Cirilo, entre los Ascetas. Y este historiador, añade, que Pasarión murió en una extrema vejez después de esta dedicación, y que san Eutimio no tenía entonces más que cincuentidos años.

Dios, que quería ser servido de un modo especial por los religiosos de esta nueva laura, bien pronto hizo resplandecer en ella las maravillas de su misericordia y de su poder por medio de su siervo.

Al principio probó su fidelidad con la paciencia, permitiendo que en cierta ocasión se hallasen sin provisión. En este tiempo cuatrocientos Armenios que volvían de Jerusalén, se extraviaron, y como si hubiesen sido expresamente guiados por alguno que marchase á su cabeza, se dirigieron derechito á la laura. El Santo dijo á su discípulo Domiciano, á quien había encargado de lo temporal, que les hiciera preparar comida ; pues los veía en extremo fatigados. Domiciano le hizo presente que bien lejos de estar en estado de hacerlo, apenas había en la laura con que nutrir á los hermanos aquel día ; pero el Santo, cuya fé era muy viva, dijo que fuera á la despensa y vería que el poder de Dios hace más en un momento de lo que el hombre puede imaginar.

¡ Oh maravilla de la gracia de Jesucristo ! exclama el

monje Cirilo. Domiciano obedeció, y halló la despensa tan llena de pan, que fué necesario hechar la puerta por tierra para entrar en ella. También hallaron vino y aceite en gran cantidad. Domiciano quedó tan asombrado de este prodigio, que, echándose á los piés del Santo, le pidió perdón de su desconfianza, penetrado de arrepentimiento por no haberse abandonado ciegamente á la obediencia. Eutimio lo levantó y le dijo estas palabras del Apóstol: *Aquel que siembra con bendición, recogerá con bendición*, (II Cor. 9-6). Añadió dirigiéndose á los otros religiosos: « Acordaos, hermanos míos, que cuando se reciben los huéspedes con caridad, se recibe de Dios más de lo que se le da; y tened por máxima inviolable entre vosotros, que si os hacéis agradables á Dios por la caridad, tendrá un cuidado tan especial de vosotros, que nada os faltará. » En efecto, después de esta fecha todo prosperó para estos religiosos, cuyo número había crecido hasta cincuenta. Cada uno tenía su celda, y todos los días, se celebraba el santo Sacrificio en su iglesia, lo que era para ellos un gran motivo de consuelo.

No obstante no todos practicaban igualmente la virtud, y el historiador del Santo trae dos ejemplos, que hacen sentir, relevando la sabiduría de su gobierno y el espíritu de Dios que le guiaba, cuánto desagrada al Señor la desobediencia en un religioso, aun cuando tome por pretexto aquello que por las ilusiones del amor propio parece bueno á aquel que no quiere atenerse más que á sus luces. El ecónomo de la laura se vió obligado á tomar mulos para hacer venir las provisiones y proveer al servicio de los hermanos; y para cuidar de ellos puso los ojos en un religioso llamado Auxencio, quien era muy apto para este cargo. El le habló sobre el particular; pero este no queriendo aceptarlo difería de un día para otro el encargarse de ello bajo diferentes pretextos. El ecónomo apremiado por la

necesidad que tenía de él, y viendo que nada podía conseguir del mismo, rogó á Juan y Ciri6n, sacerdotes de la laura, que unieran sus instancias á las suyas ; lo que también hicieron inútilmente. Por fin, el sábadó, habiendo ido san Eutimio á la asamblea de los hermanos, el ec6nomo se le quejó de la indocilidad de Auxencio. El Santo no se descuidó en hacerle presente el mal que hacía siguiendo su voluntad con preferencia á la obediencia ; pero Auxencio se resistía siempre, dando por razón que era Asiático y que no entendía el lenguaje del país para este empleo ; que por otra parte obligándole esto á salir de la laura, se hallaría expuesto á ver mil objetos que le serían un motivo de tentación ; que no estando entonces bajo los ojos del superior ó de sus hermanos, tal vez se dejaría engañar por el demonio, y que en fin la quietud del retiro le convenia más y le obligaba á negarse á aquello que le pedían. Por estos pretextos especiosos trataba de huir la obediencia para no hacer más que su propia voluntad ; pero san Eutimio que tenía el espíritu más esclarecido y el corazón más recto que él, no se dejaba engañar. Sin embargo aun le dijo con dulzura : « Nada temáis, hijo mio, cuando seáis obligado á salir de la laura para conducir los mulos por obediencia ; nosotros rogaremos á Dios por vos á fin de que os proteja y conserve vuestra alma. Obedeced solamente y acordaos que Jesucristo ha dicho : *Yo no he venido para ser servido sino para servir* (Matt. 20-28) ; y también : *Yo no hago mi voluntad, sino la de mi Padre que me envió* (Joan. 5-30). »

Muy lejos de aprovecharse de una amonestación tan dulce, Auxencio se obstinó más y sólo manifestó acritud. Así se vió bien que las razones especiosas que le habia dado no eran mas que pretextos del amor propio. San Eutimio juzgando entonces que convenia emplear la severidad para corregir este corazón indocil, di6le : « Os hemos aconsejado, hijo mio, aquello que hemos creído más ven-

tajoso para vuestra alma ; pero ya que persistis en vuestra obstinación, vais á recoger el fruto de vuestra desobediencia. » Aun no hubo concluido estas palabras, que Auxencio sintió una terrible sacudida en todos sus miembros, la cual le dejó postrado. Todos los hermanos presentes quedaron alarmados. Suplicaron á san Eutimio que se apiadara de él, diciéndole que había sido bastante castigado de su desobediencia. El Santo, quien no quería más que su enmienda, le tendió la mano, lo levantó del suelo donde había permanecido temblando de piés á cabeza, y le curó haciendo sobre él la señal de la cruz. Esto fué para él una lección de prudencia de la cual supo aprovecharse. Se arrojó á los piés del Santo, le pidió perdón de sus resistencia y se encargó con buena voluntad de la conducción de los mulos.

El monje Cirilo dice haber aprendido esto de san Ciríaco, de quien hablaremos en otra parte, el cual había pasado muchos años en el monasterio del Santo. También le relató un ejemplo que vamos á referir. Dos de sus religiosos llamados Marón y Clemas, causados de las austeridades y de la rigurosa disciplina que se observaba en la laura, pensaron en dejar su estado, y se comunicaron sus proyectos. A nadie más lo habían comunicado ; pero Dios lo manifestó á Eutimio, á quien muchas veces revelaba los secretos de los corazones, lo mismo que el provenir. Le hizo ver al demonio que ataba una cuerda al cuello de estos dos religiosos y los arrastraba al abismo.

Comprendió fácilmente por esta visión que el maligno espíritu les tentaba de apostasía y al momento fué á encontrarlos para hacerlos retroceder de un designio tan pernicioso. Les habló con mucha dulzura ; les conjuró, les rogó, les exhortó, les animó á la perseverancia. Les citó muchos ejemplos de los Libros santos, y les dijo también que un religioso jamás debe entretenerse en los pensamientos de

tristeza, de disgusto, de aversión, ni de cambio de lugar ó de estado ; y que, desde que estos pensamientos se presentaban en el espíritu, los debía rechazar al momento, por temor de que dejándolos, arrastrasen la voluntad y precipitasen el alma en el infierno por alguna funesta caída. « Pues, añadía, no creais que si no teneis valor para practicar la virtud la tendréis mejor en otras partes. No es el lugar lo que hace practicar el bien, es la buena voluntad ; al contrario, los cambios no hacen más que volver los monjes más estériles en virtudes y más relajados en sus deberes, á la manera, como se ve por experiencia, que un árbol que se trasplanta ora en un sitio ora en otro, jamás produce fruto. »

Al efecto les narró lo que había sucedido á un religioso de Egipto, ya muy avanzado en edad, pero de natural vivo é impetuoso : « Este religioso, dice, viendo que se dejaba llevar por la cólera, creyó que el mejor partido que podia tomar era abandonar el monasterio en que vivía y morar en el desierto. Allá, decía, nadie habrá que me contrarie ; sólo me las tendré que haber conmigo mismo ; y no tendré ocasión alguna de incomodarme. Pero habiendo ejecutado su designio, un día que había llenado su tinaja de agua queriéndola poner en tierra, se le vació, lo cual se repitió tres veces ; á la tercera vez se encolerizó tanto contra la tinaja que la cogió y la rompió. »

Clemas, quien hubiera debido conmoverse con estas amonestaciones, no hizo mas que reir al oír este ejemplo, y san Eutimio indignado le dijo : « ¿ Acaso también os habéis convertido en juguete del demonio, como aquél de quien os acabo de hablar ? Vos reís, cuando deberíais gemir y llorar. ¿ No sabéis que aquél que nos debe juzgar á todos, ha llamado desgraciados á los que rien y bienaventurados á los que lloran (Matth. 5-3. Luc. 6-26) ? ¿ Por ventura conviene á un monje derramarse en palabras vanas, ser ligero

é inconstante, y demasiado presumido de si mismo? Con esto prueba que no conoce su estado y que hace poco caso de sus deberes. Así es que nuestros padres han mirado la presunción de sí mismo, como la madre de todos los vicios. » Se retiró después de haberle reprochado así; pero este religioso presuntuoso muy pronto llevó la pena de su temeridad. Cayó por tierra con un temblor y unas convulsiones violentas; y estuvo en este estado hasta que Domiciano, quien ordinariamente moraba con el Santo, reunió algunos de los principales de la laura, y con ellos se presentó al Santo suplicándole le perdonara. También le condujo á Marón, quien reconoció su falta; y san Eutimio que siempre se inclinaba por la dulzura, y quien no deseaba más que la enmienda de sus hermanos, fué á curar á Clemas haciendo sobre él la señal de la cruz: « Tomad, pues, buen cuidado de vos mismo, le dijo, después que se hubo levantado del suelo, y en adelante no menospreciéis más los avisos de vuestros superiores. Velad sobre vos mismo con atención, considerando que estáis circuido de lazos que los demonios os tienden, lo que os debe obligar á vigilar siempre sobre ellos y sobre vos mismo para que nunca os sorprendan. » Este castigo no solo fué útil á Clemas, sirvió también de lección á los otros para impedirles que cayeran en semejantes faltas.

Dios favoreció á san Eutimio con el don de profecía. Pronosticó á su discípulo Domno que sucedería á su tio Juan, obispo de Antioquía, en el gobierno de su iglesia. Vaticinó también á Anastasio guardián de los vasos sagrados de la iglesia de la Resurrección de Jerusalén, que sería patriarca de esta ciudad; pues habiendo ido á verle en su laura con Fido, obispo de Jope, y Cosme guardián de la Santa Cruz, aun no habían llegado, que ya advirtió á Crisipo, á la zazón ecónomo de la laura, que lo preparara todo para recibir al patriarca de Jerusalén, y desde el mo-

mento que hubieron llegado él dirigió siempre la palabra á Anastasio como si hubiese sido el patriarca. Crisipo estando maravillado de esto se le acercó diciéndole en voz baja que se engañaba ; que Anastasio no era aquél que él creía ; que lo podía reconocer en sus hábitos, bien diferentes de los del patriarca, puesto que éste andaba vestido de blanco. Entonces Eutimio como volviendo sobre sé dijóle : « Creedlo, hijo mío, hasta el presente solo le he visto vestido del color del patriarca ; pero conviene creer que Dios ha querido hacerme conocer que lo será. » Dijo esto á Crisipo con un tono que fué oído de todos aquellos que estaban presentes, y quienes con el tiempo pudieron dar testimonio de ello, cuando Anastasio subió á la silla de Jerusalén.

La esposa de Terebón hijo del gobernador de los Sarracenos, de quien hemos hablado, era estéril y fué á suplicarle con su marido le obtuviera de Dios un hijo. Hizo sobre ella tres señales de cruz y le dijo que Dios le daría tres hijos ; lo que sucedió.

Uno de sus religiosos llamado Emiliano, Romano de nacimiento, vivía desde su juventud en la mayor pureza de costumbres. El demonio envidioso de su inocencia no se descuidó de tentarle ; pero lo que consiguió su malicia fué el fuerte pensamiento que le sugirió de que no podría resistir siempre y que al fin sucumbiría. Desgraciadamente escuchó este pensamiento, y perdiendo el coraje consintió en la tentación. El Santo conoció su falta por el olor insupportable que sentía al acercarse á él. De esto tomó ocasión para hacer una exhortación á los otros, quienes fueron también testigos del estado deplorable de este hermano y del olor fétido que salía de él, y les hizo ver cuánto importaba no escuchar los malos pensamientos, resistirlos desde el principio, y no desanimarse por más violentos é importunos que sean.

Sobre esto les citó un ejemplo que merece ser relatado.

Había, les dijo, en una ciudad de Egipto, un habitante cuya conducta exterior era tan regulada que todo el mundo le consideraba como á un Santo. Todos creían que poseía un don eminente de oración, que Dios le honraba con su divina familiaridad, y que sus preces atraían su protección y su bendición sobre la ciudad ; pero por desgracia suya era totalmente otro á los ojos de Dios de lo que parecía á los ojos de los hombres, pues aunque no cometiese pecados exteriores, se entretenía continuamente en malos pensamientos, en los cuales se complacía de propósito determinado ; cayó peligrosamente enfermo, y cuando estaba próximo á la muerte toda la ciudad acudió para llorarlo. También asistieron el obispo y el clero, y cada uno lloraba la pérdida que iba á tener. Al mismo tiempo un personaje verdaderamente esclarecido de lo alto llegó á la ciudad, y viendo la muchedumbre de gente que iba al enfermo, también quiso recomendarle á sus oraciones y recibir su bendición. Cuando estuvo cerca de su cama, Dios le hizo ver un hombre que hundía en su corazón un tridente todo abrasado para arrancarle el alma con una cruel violencia, y oyó una voz del cielo que dijo : *Ya que esta alma no ha cesado de ultrajarme, no ceséis tampoco de atormentarla.*

Cirilo cuenta también en los siguientes términos, como en tiempo de sequía Dios concedió á sus oraciones una lluvia abundante. Habiendo, dice, faltado el agua en la cisterna de la laura por esta sequedad, san Teutista con los otros religiosos fueron á suplicarle se la obtuviera de Dios ; pero él se excusó diciendo que para él habría presunción en hacerlo. Sin embargo la sequía iba continuando, de modo, dice Cirilo, que parecía, según la expresión de la Escritura, que el cielo se había vuelto de bronce y la tierra de hierro, y todos los habitantes de las aldeas y de los alrededores estaban consternados por tan larga carencia de agua. Sin embargo aun esperaban que el Santo

se dejaría convencer por los religiosos para pedir á Dios la cesación de ella. Pero al último día de la octava de la Epifanía, viendo que aun se negaba á orar para esto, y sabiendo que al día siguiente debía partir, según su costumbre, para el foudo del desierto á fin de permanecer allí hasta el domingo de Ramos, se reunieron en grande número, llevando cruces en la mano, y fueron á encontrarlo cantando, aún más de corazón que de boca : *Kyrie eleison* como era costumbre de los cristianos en las calamidades públicas.

Eutimio sintió su corazón movido de compasión ; se les presentó y les dijo : « Hijos míos, yo no soy más que un pecador, y tengo más necesidad que nadie de la misericordia del Señor : ¿ como queréis, pues, que ose presentarme delante de él para obtener la cesación de la esterilidad que nos aflige ? Esta calamidad nos dá bien á entender que está irritado en contra de nosotros, y yo sería un presuntuoso si le hiciera semejante demanda. Nuestros crímenes han puesto como una muralla de separación entre él y nosotros. El pecado ha desfigurado su imagen en nuestra alma y ha profanado su santo templo. Nosotros nos hemos entregado á nuestros malos deseos, á nuestras pasiones, á la envidia, á la avaricia, al odio de nuestro prójimo, lo que nos hace odiosos á sus ojos. No nos debemos admirar de que no nos nutra más, según su profeta, que del pan de aflicción, y de que nos dé el agua medida sin que nadie se lo pueda impedir ; pero como es tan bueno y misericordioso como justo, y desea que desarmemos su justicia cuando nos castiga, humillándonos y convirtiéndonos á él, postrémonos en su presencia, roguémosle que nos perdone nuestros pecados. Cuando por nuestra parte hayamos hecho lo que debemos, él no faltará en concedernos la lluvia que necesitamos. »

Todos exclamaron con voz unánime : Rogad vos mismo

por nosotros, nuestro venerable Padre, por que el Señor se complace en hacer la voluntad de aquellos que le temen. Esto le obligó á entrar en el oratorio con sus religiosos, donde apenas se hubo postrado delante de Dios, cuando se levantó un fuerte viento que cubrió el cielo de nubes. Al momento se oyeron grandes truenos por todas partes, y la lluvia cayó con tanta abundancia que la tierra quedó enteramente regada. Al mismo tiempo predijo que la cosecha de este año sería tan abundante, que nunca habrían visto otra semejante ; lo que tuvieron el consuelo de ver cumplido.

Dios también le manifestaba los secretos de los corazones. Le hacía conocer cuando interiormente resistían ó consentían en las tentaciones. También algunas veces veía en el santo Sacrificio los Espíritus bienaventurados que rodeaban el altar, como para celebrar con él los sagrados misterios ; y cuando los hermanos se acercaban para participar de ellos, veía una grande luz que esclarecía á los que estaban bien preparados, y deslumbraba á los otros que se acercaban en malas disposiciones. Por esto recomendaba con frecuencia á sus religiosos que atendieran á aquello que dice san Pablo, que debe uno probarse á sí mismo antes de comer este pan de vida y beber este caliz de salud, por que aquel que lo hace indignamente, come y bebe su condenación (I Cor. 28-29).

Considerad, les decía también, que el sacerdote que ofrece el Sacrificio previene sobre esto á los asistentes diciéndoles : *Elevemos nuestros corazones á Dios* ; y sobre la respuesta que le dan de que ya los han elevado al Señor, hace la consagración : Enseguida, levantando de nuevo las manos al cielo, como para demostrar que el sagrado misterio es ofrecido para nuestra salud, pronuncia con voz clara y distinta estas palabras, de suerte que pueda ser oído por todos : *Las cosas santas son para los santos*, como si qui-

siera decir : Ya que soy hombre sujeto á las mismas enfermedades que vosotros, y que no sé cuales son vuestras disposiciones, creo deberos advertir que cada uno de vosotros atienda bien al estado de su conciencia, si está cargada con algun pecado de orgullo, de envidia, de odio, de maledicencia, de intención torcida, de avaricia ó de cualquier otro vicio, y que se guarde bien de acercarse á la mesa sagrada sin antes haberse purificado por la penitencia ; pues las cosas santas no son para los profanos sino para los santos. Si por el contrario vuestra conciencia nada os reprocha, acercaos con confianza y no temáis, pues encontraréis en ella la luz que os esclarecerá y os animará. »

Decía esto por la abundancia de un corazón penetrado de respeto y de fé para los sagrados misterios, á donde fué tambien llevado por otras visiones con que Dios también le favoreció. Estando un día en el altar con Domiciano que servía de diácono, cuando estuvo á punto de recitar el *trisagión*, es decir, tres veces *Sanctus*, un fuego descendió del cielo y le cubrió con Domiciano hasta el fin del Sacrificio. Terebón estaba presente, y aunque laico se había colocado en el coro ; pero desde el momento que vió este fuego, quedó cogido por un santo terror y se fué al instante á la nave ; y desde aquella fecha todas las veces que asistia, ya no se atrevía á acercarse al altar, sino que humilde se quedaba cerca la puerta de la iglesia. Este prodigio sucedió después que el Santo había vuelto de Farán donde se había estado retirado en ocasión del impío Teodosio, uno de los más ardientes sectarios de la herejía de Eutiques, queriendo Dios confirmar con esto á los católicos en la verdadera fé, de la cual vamos á ver como nuestro Santo fué uno de los más celosos defensores.

Estaba en sus cincuenticuatro años, dice el monje Cirilo, cuando Sidonio, quien lo habia educado en su juventud

con Acacio, entonces obispo de Melitena, fué á Jerusalén para visitar los santos Lugares. Estaba demasiado cerca de la laura para despreciar tan buena ocasión de visitarla, lo mismo que sus tres primos, Estéfano, Andrés y Gayán, quienes eran religiosos de la misma. Le explicó la perturbación y el escándalo que causaba el impio error de Nestorio, que admitia dos personas en Jesucristo, y negaba que la santísima Virgen fuese verdaderamente la madre de Dios. Por ello Eutimio concibió un dolor inexplicable ; pero Sidonio endulzó su amargura, diciéndole al mismo tiempo con que celo san Cirilo de Alejandría y Acacio de Melitena habían empezado á combatir la nueva heregía, y que se iba á convocar un concilio en Efeso para condenarla. Los obispos de Palestina no tardaron en ser invitados á él, y el Santo cuidó de escribir á Aspebeto ó Pedro, obispo de los Sarracenos, quien debía asistir como los otros, para recomendarle que se atuviera á los sentimientos é imitara el celo de san Cirilo y de Acacio que combatian este nuevo error ; y á la vuelta del concilio, Pedro le instruyó de cuanto en él se habia hecho, y como la fé ortodoxa habia triunfado de esta detestable heregía.

Eutiques, quien habia combatido vigorosamente en pró de la verdad contra Nestorio, dió algunos años después en un error todo opuesto. La fé nos enseña que hay en Cristo dos naturalezas ; la divina y la humana y una persona divina ; y Nestorio queria que el número de las personas igualase al de las naturalezas. El desdichado Eutiques, bajo pretexto de que en Cristo no habia más que una persona, también sostuvo que sólo habia una naturaleza divina en la cual la naturaleza humana estaba confundida y perdida. Esto fué lo que con el tiempo dió ocasión á sus sectarios, quienes no fueron más que demasiado numerosos y causaron mucho daño á los monasterios, para calumniar á los ortodoxos que admitían dos naturalezas en

Jesucristo, acusándoles de Nestorianos, como si al mismo tiempo hubiesen admitido dos personas.

Para condenar la heregía de Eutiques, se convocó un concilio general en Calcedonia,¹ veinte años despues del de Efeso en el cual Nestorio había sido condenado, y dos discípulos de san Eutimio, quien á la zazón estaba en sus setenticinco años de edad, se hallaron en él, á saber : Estéfano obispo de Jamnia, y Juan obispo de los Sarracenos ; pues Pedro estaba ya muerto. Por ellos supo lo que se había decidido, y declaró altamente que abrazaba la doctrina de esta santa asamblea. Al momento se esparció en los monasterios y en los desiertos la noticia de que el gran Eutimio reconocía el concilio de Calcedonia, y el ejemplo de un hombre tan célebre por sus virtudes y por el don de profecía y de milagros con que Dios le había favorecido, hubiera sido seguido por los otros monjes, si el impío Teodosio, apoyado por el crédito de la emperatriz Eudoxia á la cual había seducido, no hubiese también engañado á la mayor parte de ellos.

Este Teodosio había sido monje. Fué expulsado de su monasterio por una mala acción, y habiéndose refugiado en Alejandría, le obligaron á salir vergonzosamente y fué á Calcedonia, donde se unió á los secuaces de Eutiques. Pero viendo que su partido estaba allí destruido, determinó restablecerlo en otra parte y al efecto se fué á Palestina. Allí, por la más negra de todas las imposturas, publicó que el concilio había enseñado que era necesario reconocer en Jesucristo dos Hijos, dos Cristos, dos Personas, lo que constituía el detestable error de Nestorio. Extendió la calumnia para hacerla mas plausible, hasta distribuir letras falsas y mala traducción de la epístola del Papa. Así sedujo á la emperatriz Eudoxia, viuda del joven

¹ Esta antigua ciudad del Asia menor, á la entrada del Bósforo de Tracia, hoy no es más que una miserable aldea llamada *Kudi-Kevi*.

Teodosio, la cual se había retirado á Jerusalén, y le fué tanto más fácil el engañarla, cuanto que antes de la muerte de su marido había favorecido á Eutiques, habiéndose dejado sorprender por los artificios del eunuco Crisafio.

Su autoridad arrastró la mayor parte de los monjes y de los habitantes de la Palestina y por esto la facción del impostor Teodosio fué tan crecida, que el patriarca Juvenal, quien sostenía las decisiones del concilio, se vió en la obligación de abandonar á Jerusalén y retirarse á Constantino-pla. Entonces Teodosio acompañado de los monjes que había seducido, se hizo ordenar patriarca de Jerusalén, y para sostenerse y acreditar los errores de Eutiques, se entregó á los más crueles excesos. Tenía en san Eutimio un adversario tanto más temible, cuanto su mérito le hacía célebre; y comprendía que comprometiéndole en su partido acabaría de ganar todos los monjes del país. Al efecto le envió dos abades de su facción, Elpidio abad del monasterio de san Pasarión, y Geroncio abad del monasterio de santa Melania, quienes fueron á decirle de su parte que, ya que se había negado á ir á verle, como se lo había hecho pedir, escogiese un sitio donde pudiesen comparecer los dos y conferenciar juntos.

San Eutimio, penetrado de dolor por los males que este perverso monje había ya causado, respondió á estos dos abades gimiendo mucho: « Dios me guarde de tener comunicación alguna con un hombre que ha derramado tan injustamente la sangre de los sacerdotes, y que además se ha manchado con el crimen de heregia. » — « Pero, le dijeron los disputados, ó debéis rechazar el concilio de Calcedonia, ó declararos sectario de Nestorio, cuyos errores este concilio ha adoptado. » Entonces el gran Eutimio tomando la palabra les dijo: « Yo no he leído aún todas las actas de este concilio; pero en cuanto á aquello que se ha regulado sobre el dogma, no sabríamos rehusar el some-

ternos á ello, puesto que ha seguido la fé de los concilios de Nicea y Constantinopla ; que ha igualmente ordenado que se siguiera la del concilio de Efeso contra los errores del impio Nestorio, habiendo reconocido dos naturalezas en Jesucristo, la naturaleza divina y la naturaleza humana, unidas sin mezcla y sin confusión en una sola persona, que es la persona del Verbo, y que la Santísima Virgen es en realidad la madre de Dios. » Les explicó esto bastante por estenso para destruir en su espíritu las imposturas con que Teodosio los habia fascinado ; y tuvo el consuelo de persuadir á Elpidio, aunque de momento no dejó la comunión de este seductor ; pero el ahad Geroncio permaneció en su obstinación.

Volvieron, pues, la respuesta de Eutimio al falso patriarca, quien, no pudiendo sufrir que le resistiera tan valerosamente, le envió nuevos abades y le tendió todos los lazos que pudo imaginar para seducirlo. Eutimio fatigado de tantas disputaciones, reunió sus religiosos, les advirtió que se guardaran de los errores de Teodosio y de aquellos que seguían su partido, y que no tomaran parte alguna en los excesos que cometían, después de lo cual se retiró al desierto de Ruban, donde muchos le siguieron. Su retiro, librándoles de las importunidades de los fautores de Teodosio, sirvió para apartar de ellos á otros que se habían dejado engañar. San Gerásimo fué de aquellos, así como los anacoretas Pedro, Marcos, Julón y Silvano, á quienes los Teodosianos habían hecho creer que el concilio de Calcedonia había aprobado, por sus decisiones contra Eutiques los errores de Nestorio condenados en el concilio de Efeso.

Sin embargo el emperador Marciano, informado de la intrusión del falso patriarca Teodosio y de los crímenes de que se había hecho culpable, envió una orden á Doroteo gobernador de la provincia, para que se apoderara de él,

y apaciguara cuanto antes las perturbaciones que había excitado. Teodosio habiéndolo sabido, tomó la fuga con algunos de sus cómplices. Castigaron á los más culpables de aquellos que pudieron cogerse éhicieron gracia á los otros. Los abades y los monjes que habían sido seducidos, imploraron en una carta dirigida á la emperatriz santa Pulqueria la clemencia de Marciano, quien les perdonó á instancias del patriarca Juvenal restablecido en su silla, y san Eutimio volvió á su laura.

La emperatriz Eudoxia no dejó tan fácilmente sus prevenciones en favor de Eutiques. Su hermano Valero y Olibrio, marido de su nieta, le escribieron muchas cartas para persuadirla á abandonar el partido de este heresiarca, pero ella siempre lo iba difiriendo, por que se había comprometido demasiado ; pero habiendo sido muerto el emperador Valentiniano, su yerno, y algunos meses después su hija y sus dos nietas habiendo sido llevadas cautivas á Cártago por Genserico, rey de los Vándalos, quien tomó á Roma en 455, empezó á temer que estas desgracias no fueran el castigo de los males que había ocasionado con su adhesión á los excesos del impío Teodosio, y en la perturbación con que este temor agitaba su corazón, le envió á Anastasio, el obispo auxiliar, con algunas otras personas de su casa, á Antioquía, á san Siméon Estilita, para saber de él lo que ella debía hacer.

El Santo le respondió que el enemigo de su salud viéndola rica en buenas obras, la había despojado de ellas por el ministerio del perfido Teodosio ; que no obstante el mal tenía remedio, puesto que aun la quedaba un poco de luz y de buena voluntad ; que por lo demás extrañaba que buscara tan lejos los buenos consejos, teniendo una fuente cerca de ella, que era el gran Eutimio, hombre lleno del espíritu de Dios, del cual no tenía más que seguir la doctrina para no volver á caer en el error.

Eudoxia siguió este consejo con una docilidad perfecta ; y sabiendo que san Eutimio se había hecho una ley de no entrar jamás en las ciudades, pronto hizo construir una torre en el lugar de su ermita y le invitó á que fuera á verla. El Santo se había vuelto á Rubán fuera para pasar allí la cuaresma según su costumbre ó por cualquier otro motivo ; de suerte que fué necesario que Anastasio el obispo auxiliar, á quien la princesa le había deputado con Cosme, guardían de la santa Cruz, fuese á buscarle en este desierto á donde san Teutista le condujo. Vino con ellos, y se fué á la torre cerca de la princesa, la cual al momento se echó á sus piés para pedirle su bendición, y le dijo que esperaba que Dios por fin la visitaría en su misericordia, ya que tenía la suerte de verle.

El Santo después de haberla bendecido, le recomendó que procediera con más precaución para evitar las sorpresas del enemigo de su alma. Le dijo que las desgracias de su familia que tanto dolor le habian causado, le habían sucedido por haber seguido y protegido, como había hecho, al impío Teodosio ; que no debía meterse más en las cuestiones que atañen á la fé, sino recibir con sencillez los decretos de los santos concilios de Nicea contra Ario, de Constantinopla contra Macedonio, de Efeso contra Nestorio, y de Calcedonia contra Eutiques, y volver cuanto antes á la comunión de Juvenal, su obispo.

Al momento puso en práctica este consejo y se reconcilió con el patriarca Juvenal, quien le recibió en su comunión con un gran número de monjes y de laicos que le siguieron en su conversión como le habían seguido en su extravío. Elpidio, abad de san Pasarión fué de este número ; pero dos de sus religiosos llamados Marciano y Romano, le dejaron para seguir al desgraciado Geroncio abad del monasterio de santa Melania quien persistió en su error. Marciano después construyó un monasterio cerca de Belén,

y Romano edificó otro en la aldea de Tecue. El primero volvió á entrar con el tiempo en el gremio de la Iglesia ; pero Romano y Geroncio, que se habían retirado con él en Tecue, obstinándose en su impiedad fueron por fin expulsados de su monasterio.

La emperatriz Eudoxia murió cuatro años después, y durante este tiempo no pensó más que en reparar con buenas obras los escándalos que su prevención había causado en la Iglesia, visitando las iglesias, los monasterios, y los muchos hospitales que había edificado en la Palestina. Había hecho construir un templo dedicado al príncipe de los apóstoles frente de la ermita de san Eutimio, y había hecho escavar muy cerca una ancha y profunda cisterna. Como un día fuera á ver esta obra, se apercebíó de la laura del Santo, situada en medio de esta vasta soledad, y admiró el orden de las celdas que estaban separadas las unas de las otras ; lo que la hizo acordar de estas palabras de la Escritura : *¡ Qué hermosas son vuestras casas, oh Jacob ! Y que deliciosos son vuestros tabernáculos oh Israel (Num. 24-5) !* Su corazón quedó penetrado de devoción, y envió á Gabriel al Santo, por ver si le permitiría visitarle á fin de aprovecharse de sus instrucciones. Su intención era también de darle fondos para el sustento de sus religiosos. Eutimio penetró sus intenciones por el don que Dios le había dado de conocer los secretos de los corazones y de preveer lo futuro, y antes que ella le entablase conversación le dijo : « Vos no viviréis largo tiempo ; así en lugar de ocuparos de tantos cuidados, pensad en prepararos bien para ese postrer pasaje. No penséis más en señalarnos pensiones ; no os pedimos otra gracia que la de que os acordéis de nosotros delante de Dios. »

La princesa quedó muy maravillada de que hubiese penetrado su designio y al mismo tiempo muy edificada de su desprendimiento. A su regreso dió parte de ello al pa-

triarca Anastasio, quien había sucedido á Juvenal, y redobló sus buenas obras ; pero cuatro meses después cuando hubo hecho concluir la iglesia de san Estéfano, cuyo cuidado confió á Gabriel, y hubo designado fondos para su sustento y para él de las otras que había hecho edificar, dejó esta vida para recoger en la eternidad los frutos de sus méritos.

No debemos olvidar, con motivo de las herejias de su tiempo lo que san Sabas refería de él ; pues decía que no podía dejar de admirar, como, siendo de un carácter en extremo dulce y templado, se inflamaba de un celo poderoso desde que se trataba de defender la fé ortodoxa. Ciertos maniqueos y origenistas que moraban en los arrabales de Cesárea, iban algunas veces á verle bajo pretexto de piedad ; pero si ellos empleaban contra él la sagacidad de la zorra para sorprenderle con su hipocresía, le hallaban armado contra ellos de la fuerza del león que los aterraba con la palabra de Dios. Nadie podía resistirle ; y hacía lo mismo contra los arianos, contra los sabelianos, y generalmente contra todos aquellos que no tenían sentimientos católicos.

A la edad de ochentidos años tuvo la satisfacción de proporcionar al orden monástico un tesoro precioso en la persona de san Sabas, quien fué muy joven á presentársele para ser educado en la vida religiosa. Pronosticó que un día sería uno de sus mayores ornamentos, le envió á un monasterio de san Teutista, porque era demasiado joven para morar en la laura. Y en fin, cuando hubo llegado á sus noventa años, tuvo el dolor de perder al mismo san Teutista, quien estaba cargado de años y consumado en la virtud. Así que supo su enfermedad se fué cerca de él, y no le abandonó hasta su muerte, que sucedió pocos días después. El patriarca Anastasio acudió también, y le ayudó á tributarle los honores de la sepultura. Este prelado aprovechó la ocasión para hablar con él ; pero por la manera

con que el monje Cirilo lo relata, se ve de su parte tanta veneración y ternura para con el Santo, y tanta humildad de parte del Santo, que no se sabe cual de los dos se debe admirar más, si Anastasio en las muestras de respeto que tributaba á su virtud, ó Eutímio en la baja idea que tenía de si mismo. El primero cogiéndole las manos se las besaba con afecto, y le abrazaba con extrema ternura diciéndole: « Mucho tiempo há, mi venerable Padre, que yo deseaba estrechar esas manos con las mías; pero os ruego con todas mis instancias, roguéis al Señor que se cumpla en mí hasta el fin lo que vos habéis predicho, y manifestadme también todo aquello que os hará conocer en adelante. » San Eutimio cuya modestia sufría por estas pruebas de estimación de parte de Anastasio, respondió con una humildad profunda que era mas propio de él, el obtenerle del cielo las gracias que necesitaba, y también le recomendó su monasterio y los religiosos que Dios había puesto en él bajo su dirección.

Mientras tanto habiendo Teutista dejado vacante la superioridad de su monasterio, que después se llamó el monasterio de san Teutista, san Eutimio confió su gobierno á Maris, tio de Terebón, quien, como hemos dicho, en el mismo había abrazado la vida religiosa, y se hallaba entonces en una edad avanzada volviéndose después á su laura. A los dos años de gobierno murió Maris, y san Eutimio colocó en su lugar al monje Longino, cuya conducta siempre había sido digna de elogios.

San Sabas relataba después á sus religiosos que, cuando Longino gobernaba este monasterio, los dos fueron á ver á san Eutimio en el desierto de Ruban, donde se encontraron con Domiciano, Martirio, Elías y san Gerásimo; que el Santo le cogió en particular con Domiciano, y los condujo á un desierto más escondido, donde sólo se nutrían de raíces; pero que habiendo penetrado más adentro, se hallaron en

una tierra tan árida, que ni agua encontraban en ningun sitio. San Sabas, añadía, que no estando aún acostumbrado á sufrir la sed, no podía aguantar más, y que san Eutimio movido de compasión, se retiró solo, hizo su oración á Dios, y escavando enseguida con el azadón que le servía para arrancar las yerbas, al momento salió un agua cristalina con la cual apagó su sed.

También muchas cosas que el Santo había predicho á los tres hermanos, Cosme, Crisipo y Gabriel, se cumplieron después de la muerte de san Teutista. Si Dios le esclarecía así sobre los otros, no le dejó ignorar lo que le atañía á sí mismo, sobre todo el tiempo de su muerte así como lo que debía suceder después de él en su laura. Aquellos que de esto fueron testigos lo refirieron al monje Cirilo quien nos lo ha trasmitido sobre su relación. Le dijeron, pues, que el último día de la octava de la Epifanía, aquellos que debían seguirle hasta el fondo del desierto, donde se retiraba todos los años para pasar la cuaresma, habiéndosele presentado, hallaron que nada tenía preparado para el viaje. Le preguntaron si estaba preparado para partir al día siguiente y él les respondió: « Pasaré toda la semana con vosotros en la laura, y el sábado á medianoche nos separaremos. » Tres días después, que era la fiesta de san Antonio, les ordenó que pasasen la noche en preces dentro de la Iglesia, y después de los Maitines reunió á los ancianos y les declaró que esta era la última vigilia que hacía con ellos. Les hizo retirar y llamó solamente á Domiciano cerca de él; pero muy de mañana todos los religiosos se reunieron y les dirigió el siguiente discurso.

« Mis padres, mis hermanos y mis hijos muy [amados en Jesucristo (distinguiendo así á los ancianos de los otros más juvenes), yo voy á entrar en los senderos de mis padres, y como quiera que vosotros siempre me habéis manifestado mucho afecto, vengo hoy á pedirlos la última prueba, que

será practicando fielmente lo que voy á recomendaros. La primera es la caridad, que es el núcleo de todas las virtudes cuyo conjunto forma la perfección cristiana y religiosa ; pues la caridad es para las otras virtudes lo que la sal para el pan, y sin ella las demás virtudes no tienen gusto y son insípidas, mientras que la caridad las vuelve firmes y sólidas viniendo acompañada de la humildad. Esta humildad también os la recomiendo, porque eleva á la perfección á aquel que la practica sinceramente, como la caridad hace que permanezca firme en este estado é impide que caiga de él. La caridad es no obstante mas excelente que la humildad, pues por la caridad que Jesucristo tuvo con nosotros, se humilló y se anonadó hasta hacerse semejante á nosotros. En tercer lugar os recomiendo la oración y la salmodia ; pues aunque esto conviene á todos los hombres, puesto que todos deben rogar á Dios alabarle, y darle gloria, nosotros estamos obligados más estrechamente que el común de los fieles, ya porque estamos comprometidos á su servicio por los votos, ya porque estando libres por la gracia de nuestra vocación, de los cuidados y de las fastidiosas necesidades del siglo tenemos todo el tiempo necesario para dedicarnos á una ocupación tan santa. Conservaos siempre en grande pureza de espíritu y de cuerpo ; sed asíduos en la sagrada colecta para glorificar en ella al Señor, y observad con la mayor fidelidad la santa regla *que nos vino de lo alto.* » Estas últimas palabras merecen alguna atención. Se vé que los santos Institutores de las órdenes no presentaban sus reglas como su propio trabajo sino como el fruto de sus oraciones cerca de Dios, quien les esclarecía para que nada prescribieran á sus discípulos sin la mediación de su divino Espíritu ; y esto debe inspirar á las almas religiosas un profundo respeto á las santas reglas y una grande fidelidad en observarlas.

« Cuidad del mejor modo que os sea posible, continuó

el Santo de aquellos que están en la aflicción. Instruid y fortificad á aquellos que se hallan combatidos por la tentación, por temor que descuidando el avisarlos ó animarlos, se vayan debilitando y caigan en los lazos del demonio. En fin, os doy por último consejo, y os lo recomiendo encarecidamente, que jamás cerréis la puerta á los que vengan, sino que siempre les esté abierta. Hacedos cargo de que teneis una misma casa con ellos, y que vuestros bienes os son comunes con los necesitados, y estad seguros que en el cielo recibiréis por ello muy grande recompensa. »

Después de estas recomendaciones les preguntó á cual de entre ellos deseaban tener por superior. Le declararon todos en una voz que este era Domiciano ; y él les respondió que esto no podía ser, por cuanto Domiciano sólo le sobreviviría siete días. Quedaron todos maravillados por una predicción tan precisa, y le pidieron á Elías, natural de Jericó y ecónomo del monasterio de san Teutista.

Elías estaba presente, y el Santo dirigiéndose hácia él, le dijo : « Ved como todos los Padres os eligen por su pastor y su superior. Velad, pues, sobre vos mismo y sobre la grey que se os ha confiado. No debo dejaros ignorar que es voluntad de Dios que convirtais dentro de algún tiempo la laura en monasterio. » Al mismo tiempo le indicó el sitio donde debía construirlo y el plan que convenía seguir ; enseguida le prescribió cuanto debía hacer tocante á la hospitalidad, á la salmodia, á la observancia de la regla, y le recomendó de un modo especial que tuviera gran cuidado de la salud de todos, y sobre todo de aquellos que estaban afligidos por la tentación. Por fin, dirigiendo de nuevo la palabra á todos, les dijo con una ternura paternal : « Si Dios me concede su misericordia, le pediré por primera gracia el estar siempre en espíritu con vosotros, y con aquellos que vendrán aquí después de vosotros. »

Enseguida los despachó no quedándose con él mas que

Domiciano ; y tres días después pasó á mejor vida la noche del sabado, como él había pronosticado, siendo de edad de noventa y siete años, el 20 de enero del año 473. El monje Cirilo nos describió su imagen en estos términos : « Era dulce y cándido. Tenía un rostro largo y redondo, y el color hermoso, el aire agradable los cabellos blancos, la talla mediana, y su barba que estaba bien poblada, descendía hasta el ombligo. Estaba sano en todos los miembros de su cuerpo y ni siquiera había perdido un diente. »

Este historiador siempre solícito en marcar las épocas, enseguida nos presenta como en un solo punto de vista todas las de su vida. Dios le prometió, dice, á sus padres en una revelación, como hemos dicho. Fué consagrado al Señor en el tercer año de su edad, al principio del imperio del gran Teodosio, y habiendo pasado por todos los grados de la clericatura hasta el presbiterado inclusive, fué á Jerusalén á la edad de veintinueve años ; pasó sesenta años en la soledad, y por fin murió al decimo sexto del imperio de León. Se pueden ver sobre esta cronología las sabias notas de Bolando y Tillemont.

Al momento de su muerte, san Gerásimo que moraba cerca del Jordán, vió subir su alma al cielo conducida por los ángeles y de ello advirtió á san Ciriaco que estaba en su monasterio. Al instante se fueron á la ermita, en donde el patriarca Anastasio se hallaba con un gran número de sus eclesiásticos, entre los cuales estaban Crisipio, Gabriel y Fido. También acudió una multitud increíble de solitarios y de laicos, y se hicieron allí tantos milagros, que no podían dejar de admirar las maravillas de Dios en su siervo.

Había tanta gente, que los soldados que el patriarca se había llevado para impedir el desórden, apenas pudieron contener la muchedumbre que se apresuraba por ver el santo cuerpo ; y estaban ya á las nueve de la noche que aun

no habían podido llegar al lugar de la sepultura. Por fin lo pusieron en un lugar decente cantando himnos y otras preces acostumbradas, derramando todos muchas lágrimas por la pérdida de tan gran hombre. Martirio y Elias sobre todo no podían cesar de llorar, por más que el patriarca Anastasio hizo cuanto pudo para consolarlos. Mientras tanto dió orden á Fido que se quedara en la laura, á fin de disponer cuanto se necesitaba para el monumento que había proyectado erigirle ; y habiendo regresado á Jerusalén al momento envió allí los obreros y los materiales necesarios.

Durante este tiempo, Domiciano, ese gran discípulo del insigne Eutimio, como le llama el monje Cirilo, y el fiel imitador de sus virtudes, quien le había servido más de cincuenta años, no abandonó su tumba. Permaneció en él seis días, y el séptimo el Santo le apareció y le dijo, con un rostro sobre el cual resplandecía la alegría celestial : « Venid á gozar de la gloria que Dios os ha preparado. Él se ha dignado unirnos allí. » Domiciano fué á dar conocimiento de esto á los hermanos que se reunían para el oficio divino. También él asistió con ellos, y murió teniendo el corazón colmado de alegría en la esperanza de los bienes eternos.

El diácono Fido, á quién el patriarca Anastasio había comisionado para el monumento que quería levantar al Santo, se dió todos los cuidados que él podía desear para secundar sus miras. Cambió la caverna en iglesia, haciéndola engrandecer y decorar con hermosos ornamentos. Colocó en medio el sepulcro del Santo, y por cada lado los de los sacerdotes, de los egúmenos ó superiores y de otros venerables personajes ; y cuando todo estuvo hecho, el patriarca envió de Jerusalén la piedra sepulcral, la urna de plata, las celosias y todo cuanto pudo contribuir á hacer este monumento igualmente rico que respetable. Luégo él mismo se fué á la laura é hizo la traslación del cuerpo del

Santo con gran pompa, del lugar donde provisionalmente lo habían depositado, al sepulcro que estaba preparado. Tomó también todas las medidas que su prudencia le inspiró para que estas santas reliquias estuviesen en seguridad sin que nadie se pudiese llevar la menor parte para trasladarla á otro lugar. Después se volvió á Jerusalén, llevándose consigo á Martirio y Elías, á quienes ordenó de presbíteros y asoció al clero de la santa Resurrección.

El monje Cirilo asegura que hasta el tiempo en que escribía la historia del Santo, su sepulcro era muy frecuentado, y que aquellos que iban allí á orar con fé por alguna gracia que necesitasen, eran escuchados favorablemente por Dios. Hablaremos en el capítulo siguiente de muchos milagros de que también hace mención, al tratar de los sucesores de san Eutimio. Nos resta hacer observar que este gran Santo profesaba una profunda veneración á la memoria de san Arsenio ; que escuchaba con una piadosa avidez las relaciones que los monjes que venian de Egipto le hacían de las grandes virtudes que habia practicado, cuya memoria grababa profundamente en su alma para animarse á imitarlas ; sobre todo su amor al retiro, su humildad, su pobreza, su abstinencia, su perseverancia en la oración, su compunción, y su atractivo para la contemplación. Con frecuencia se decía á sí mismo como este Santo, á fin de estimularse en la práctica de las virtudes religiosas : *¿ Porqué he venido á la soledad ?* Se cuenta también que á imitación del mismo santo, dormía muy poco y lo hacía ó sentado ó apoyado solamente en una cuerda colocada en un ángulo de su celda ; y cuando el sueño le atormentaba, le decía como este santo : *Ahora vienes, mal servidor.* En fin san Ciríaco dice de él que su mortificación era tan grande, que jamás persona alguna le había visto perder el tiempo en discursos inútiles, ni tampoco comer, á excepción del sabado ó domingo.

DISCIPULOS Y SUCESTORES DE SAN EUTIMIO¹.

En este capítulo sobre los discípulos de san Eutimio, nada más diremos de san Teutista de aquello que hemos dicho en la Vida de san Eutimio, de quien fué el fiel compañero y el coadjutor en sus trabajos y en su celo para la salud de las almas. El historiador Cirilo nada más nos dice de él. Se pueden contar tantos discípulos de este Santo, cuantos san Teutista formó en su monasterio, puesto que, como hemos dicho, san Eutimio le enviaba todos aquellos que se dirigían á él para ser admitidos en la vida religiosa ; y que de otra parte con frecuencia iban á visitarlo en su caverna para consultarlo sobre sus dudas ó sus penas interiores, ó para aprovecharse de sus instrucciones. Él mismo el sabado iba al monasterio, fuera para participar con ellos de los santos Misterios, fuera para darles sus consejos. Así es que san Teutista gobernaba su monasterio con una especie de subordinación á san Eutimio, ó todo lo menos conjuntivamente con él, de modo que estando encargado del mando, nada emprendía sin su consejo, y dejaba en completa libertad á sus religiosos para recurrir á él todas las veces que de ello tuvieran necesidad.

Esto hace ver cual era su humildad y la pureza de su celo, incapaz de la baja envidia, de la codicia y de la ambición y no buscando más que la gloria de Dios y la salud de sus hermanos. Parece no obstante que era más viejo que san Eutimio ; á lo menos hacía más tiempo que habitaba la

¹ Cirilo, Vit. PP., Nicéforo, Focio, los Bolandistas, Cotelier.

Santo con gran pompa, del lugar donde provisionalmente lo habían depositado, al sepulcro que estaba preparado. Tomó también todas las medidas que su prudencia le inspiró para que estas santas reliquias estuviesen en seguridad sin que nadie se pudiese llevar la menor parte para trasladarla á otro lugar. Después se volvió á Jerusalén, llevándose consigo á Martirio y Elías, á quienes ordenó de presbíteros y asoció al clero de la santa Resurrección.

El monje Cirilo asegura que hasta el tiempo en que escribía la historia del Santo, su sepulcro era muy frecuentado, y que aquellos que iban allí á orar con fé por alguna gracia que necesitasen, eran escuchados favorablemente por Dios. Hablaremos en el capítulo siguiente de muchos milagros de que también hace mención, al tratar de los sucesores de san Eutimio. Nos resta hacer observar que este gran Santo profesaba una profunda veneración á la memoria de san Arsenio ; que escuchaba con una piadosa avidez las relaciones que los monjes que venian de Egipto le hacian de las grandes virtudes que había practicado, cuya memoria grababa profundamente en su alma para animarse á imitarlas ; sobre todo su amor al retiro, su humildad, su pobreza, su abstinencia, su perseverancia en la oración, su compunción, y su atractivo para la contemplación. Con frecuencia se decía á sí mismo como este Santo, á fin de estimularse en la práctica de las virtudes religiosas : *¿ Porqué he venido á la soledad ?* Se cuenta también que á imitación del mismo santo, dormía muy poco y lo hacía ó sentado ó apoyado solamente en una cuerda colocada en un ángulo de su celda ; y cuando el sueño le atormentaba, le decía como este santo : *Ahora vienes, mal servidor.* En fin san Ciríaco dice de él que su mortificación era tan grande, que jamás persona alguna le había visto perder el tiempo en discursos inútiles, ni tampoco comer, á excepción del sabado ó domingo.

DISCIPULOS Y SUCESTORES DE SAN EUTIMIO¹.

En este capítulo sobre los discípulos de san Eutimio, nada más diremos de san Teutista de aquello que hemos dicho en la Vida de san Eutimio, de quien fué el fiel compañero y el coadjutor en sus trabajos y en su celo para la salud de las almas. El historiador Cirilo nada más nos dice de él. Se pueden contar tantos discípulos de este Santo, cuantos san Teutista formó en su monasterio, puesto que, como hemos dicho, san Eutimio le enviaba todos aquellos que se dirigían á él para ser admitidos en la vida religiosa ; y que de otra parte con frecuencia iban á visitarlo en su caverna para consultarlo sobre sus dudas ó sus penas interiores, ó para aprovecharse de sus instrucciones. Él mismo el sabado iba al monasterio, fuera para participar con ellos de los santos Misterios, fuera para darles sus consejos. Así es que san Teutista gobernaba su monasterio con una especie de subordinación á san Eutimio, ó todo lo menos conjuntamente con él, de modo que estando encargado del mando, nada emprendía sin su consejo, y dejaba en completa libertad á sus religiosos para recurrir á él todas las veces que de ello tuvieran necesidad.

Esto hace ver cual era su humildad y la pureza de su celo, incapaz de la baja envidia, de la codicia y de la ambición y no buscando más que la gloria de Dios y la salud de sus hermanos. Parece no obstante que era más viejo que san Eutimio ; á lo menos hacía más tiempo que habitaba la

¹ Cirilo, Vit. PP., Nicéforo, Focio, los Bolandistas, Cotelier.

soledad, pues el Santo ya lo encontró establecido en el desierto de Farán cuando el fué allí.

El monje Cirilo sólo nos ha escrito los nombres de algunos de los discípulos de san Eutimio. Domiciano fué el que permaneció más tiempo en su compañía, é imitó tan bien sus virtudes, que mereció como hemos dicho, serle asociado siete días después de su muerte en la gloria celestial, á la cual le invitó en una aparición. No consta en que tiempo se puso bajo su dirección Marin, y Lucas se pusieron bajo sus órdenes antes que el Santo hubiese edificado su laura, de la cual Cosme, Crispio y Gabriel fueron los primeros habitantes. En ella también recibió á Anatolio y Talasio ; á Juan, sacerdote de Raita, y á Cirión sacerdote de Escitópolis ; á Domno nieto de Juan obispo de Antioquia ; á Estéfano, Andrés y Gayán. San Ciriaco también fué educado en su monasterio ; y de él, como también de Juan el Silencioso, de Talaleo y de san Sabas, el historiador Cirilo aprendió casi todo lo que del Santo nos ha relatado. Marin y Lucas fueron á encontrar á san Eutimio por las relaciones que les habían hecho de su vida y de la de san Teutista. El amor de la penitencia les atrajo á él, y se aprovecharon tan bien de sus instrucciones, que se pusieron ellos mismos en estado de gobernar monasterios, queriendo Dios servirse de su ministerio para hacer á muchos otros lo que san Eutimio había hecho por ellos ; pero ninguna probabilidad hay de que para esto saliesen del territorio de Jerusalén. Se ha dicho en la vida de san Teutista, que Longino, recluso, cuya celda estaba cerca de la torre de David, habiéndolo retenido algún tiempo cerca de él, le envió á una iglesia dedicada á la Virgen santa, donde se cree que recibió las instrucciones de Lucas y de Marin. Cirilo dice que el monasterio que este edificó, se llamaba el monasterio de Fotino ; y de uno y otro dice que edificaron monasterios no lejos de la aldea de Metope. Esto es cuanto de ellos sa-

bemos. Cosme, Crisipio y Gabriel eran hermanos, y fueron los primeros religiosos que san Eutimio recibió para habitar su laura. Por ellos y después por una visión que tuvo la edificó para recibir en ella á todos aquellos que el Señor debía enviarle. No repetiremos aquí lo que ya hemos dicho de ellos; bastará añadir que habiendo el Santo predicho á Cosme, el mayor en edad, que no permanecería largo tiempo en su laura, destinándole Dios para gobernar una iglesia, Juvenal patriarca de Jerusalén le hizo primero diácono, y sacerdote uno ó dos años después. Enseguida lo llamó á la ciudad santa donde le confió la guarda de la vera Cruz; y muchos años después, habiendo muerto Olimpo metropolitano de Escitópolis, fué elevado á esta dignidad que poseyó por espacio de treinta años. Si él fué honrado por el patriarca, también él le honró, dice el monje Cirilo, por muchas, grandes é ilustres acciones de piedad.

Crisipio, su hermano, no le cedió en mérito y en virtud. Fué ecónomo de la laura, y ordenado sacerdote á instancias de la emperatriz Eudoxia. Sucedió á su hermano en el cargo de guardián de la santa Cruz, como san Eutimio se lo había vaticinado, y murió después de haber ejercido este cargo durante doce años. Enriqueció á la Iglesia con un gran número de obras muy dignas de estimación. Focio cita de él un Discurso sobre san Teodoro martir, y otra sobre la Revelación de las reliquias de san Estéfano, verificada en el año 415. Tenemos bajo su nombre en la *Biblioteca de los Padres*, una homelía sobre la santísima Virgen, que es bien digna de su piedad; pues propiamente no es más que una serie de sentimientos de un corazón penetrado de devoción por esta divina Reyna, y como una efusión continua de admiración de alabanza y de amor.

« Nosotros siempre debemos, dice, celebrar, admirar y exaltar á la santísima Virgen, la cual nos dió el fruto de vida. Pero hay tiempos que están particularmente desti-

nados á cantar sus alabanzas. Animémonos pues hoy de un fervor santo ; y sino podemos hacerle cuanto ella merece, mostrémosle á lo menos nuestra buena voluntad. Empecemos por estas palabras que el angel Gabriel le dirigió : *Yo os saludo, llena de gracia ; el Señor está con vos* (Luc. 1). Yo os saludo, le dijo ; pues á vos se deben dirigir estas palabras mejor que á persona alguna, como teniendo mas motivo de tener el corazón colmado de alegría pues que estais llena de gracia, y poseéis en vos el tesoro infinito de la alegría más perfecta. Si vos sois la sierva del Señor, vos teneis la dicha de poseer en él al Rey de la felicidad suprema y de todas las gracias. Si vos sois la más bella de todas las mujeres, llevais también en vos al más hermoso de los hijos de los hombres. Si vos sois virgen sin mancha, teneis en vuestro seno á aquél que es la fuente de toda santidad. *El Señor está con vos*. Sí es el creador de todas las cosas él que está con vos, y él quiere ser engendrado de vos. Él está con vos en su concepción para nacer después de vos. Él está con vos como Dios ; para nacer de vos como Hombre-Dios. Tal es el sentido de la salutación del angel Gabriel ; añadamos á él en nuestras aclamaciones los sentimientos de los Profetas y digámosle con ellos : Yo os saludo llena de gracia, á vos cuyo seno es, por decirlo así, mas vasto que el cielo, pues ha encerrado á aquél que todos los cielos no pueden contener ; yo os saludo fuente de luz, que alumbráis á todo el mundo ; yo os saludo sol resplandeciente, que está siempre levantado y nunca se pone ; yo os saludo, á vos que llevais al autor de la vida ; yo os saludo, á vos que sois el jardin del Padre celestial, y el prado esmaltado con las flores suaves del Espíritu Santo ; yo os saludo, manantial de todos los bienes ; yo os saludo, piedra preciosa, cuyo brillo y valor no tienen precio ; yo os saludo, viña misteriosa, que habeis producido el más rico fruto ; nube benéfica, que habeis

apagado la sed á todos los santos con la abundancia de vuestras aguas ; pozo místico, de donde tomamos las aguas vivas de la gracia ; zarza ardiente, que se abrasa con un fuego divino sin ser jamás consumida por él ; puerta que sólo está abierta al grande Rey ; montaña cuya piedra angular se desprendió sin el auxilio de la mano del hombre ; pues vuestras cualidades y prerogativas vienen expresadas por todas estas figuras empleadas por los Profetas, etc. »

Crisipio empieza así su homelía, y la prosigue con los mismos sentimientos de piedad. Se ve que su corazón se derrama en amorosa ternura por la santísima Virgen, y que piensa menos en presentar un discurso razonado, que en inflamar el corazón de sus oyentes, manifestando el ardor con que el suyo estaba abrasado.

Aunque Cosme y Crisipio fueron unos santos personajes, Gabriel su hermano y el más joven, parece haber sido el primero en virtud pues que está reconocido como santo. Hemos dicho que era muy joven cuando fué á encontrar á san Eutimio con sus hermanos. Fué ordenado de presbítero por el patriarca Anastasio al mismo tiempo que Crisipio. La emperatriz Eudoxia habiendo hecho edificar después de su conversión el monasterio de san Estéfano, cerca de Jerusalén, en el sitio donde se creía que el Santo habia sido apedreado, al cual asignó muchas rentas, y puso en él á san Gabriel por abad así que hubo recibido el sacerdocio. El patriarca hizo la dedicación de su iglesia el 15 de enero, cuatro meses antes de la muerte de esta princesa, la cual fué enterrada en ella. Era tan vasta, que una vez se reunieron en ella diez mil religiosos. San Gabriel habiendo gobernado este monasterio veinticuatro años, construyó otro pequeño, ó más bien una celda, en el valle que estaba al Oriente del templo de la Ascensión, edificado sobre el monte de las Olivas, adonde se retiraba todos los años, á imitación de su maestro san Eutimio, desde la octava de

la Epifanía, hasta el domingo de Ramos; y después volvía á su gran monasterio. Murió en este á la edad de ochenta años. Todo el tiempo de su gobierno fué de treinticuatro años. Le construyeron una tumba en la iglesia de san Estéfano, que fué muy celebrada por los milagros que en ella se hicieron. Se cuenta de él que tenía mucho genio y amor para las letras; y que sabia no solamente el griego, más aún el latin y el siríaco. Los Griegos honran su memoria el 26 de enero. Le llaman el joven Gabriel, por haberse retirado muy joven á la soledad, según Bolando.

Cirilo nada de particular nos dice de Anatolio, de Calasio, de Juan y de Cirión. En cuanto á Estéfano, Andrés y Gayán, muy poca cosa sabemos. Eran hermanos, y primos de Sidonio de Meletina su pátria. Juvenal elevó al primero al diaconado, y uno ó dos años después lo hizo obispo de Jamnia en la primera Palestina. En cualidad de tal asistió al concilio de Calcedonia, como lo hemos dicho en la vida de san Eutimio. Andrés fué sacado del monasterio del Santo para gobernar uno que la santa abadesa Basa, de la cual bien pronto hablaremos, había hecho construir en Jerusalem para los hombres, como también había hecho uno para las mujeres. Gayán había sido enviado por san Eutimio á Antípatra, metropolitano de Bostra ¹, en la Arabia, para hacer libertar á Terebón, á quien un calumniador había injustamente acusado cerca del gobernador del país. Antípatra hizo de manera que Terebón recobrarla la libertad; pero retuvo á Gayán como una prenda preciosa de san Eutimio, y le ordenó obispo de Madaba en la Arabia.

Domno fué también uno de los primeros discípulos de san Eutimio, Hubiera evitado muchas desgracias, por las cuales casi quedó aniquilado, si hubiese seguido fielmente

¹ La antigua Bostra era la capital de la Idumea; en tiempo de Trajano I fué la capital de la provincia romana de Arabia. Mas tarde fué silla de un obispo, y después de un arzobispo.

los consejos de este gran maestro. Mientras estaba bajo su dirección, supo que su tío Juan patriarca de Antioquía, favorecía á Nestorio y concibió por ello un vivísimo dolor. Hasta allí su celo era prudente ; pero se presumió que si iba á encontrarlo le persuadiría el cambiar, y presumió demasiado. En efecto, habiéndolo comunicado á san Eutimio, el Santo le respondió que su tío no tenía necesidad de sus consejos, que no se había apartado del recto camino de la verdad mas que por un falso celo, y que Dios le haría la gracia de volver á entrar en él ; pero que en cuanto á él debía atenerse á su vocación y no dejar el desierto, en el cual aunque desconocido á los hombres, adelantaría en la perfección y obtendría la gloria que viene de Dios, mucho más verdadera y sólida que la gloria pasajera del mundo. Añadió que si iba á Antioquía, su viaje de momento, tendría en apariencia un feliz éxito, y que hasta sucedería á su tío ; pero que este honor le sería una fuente de disgustos y aun de ignominia, porque se encontraría comprometido entre los malos que le harían cometer una falta y le quitarían enseguida su dignidad.

Domno no siguió estos consejos, se fué à Antioquía sin su consentimiento, y experimentó cuanto él le había pronosticado. Su tío Juan le recibió muy afectuosamente ; pero bien lejos de retirarle del partido de Nestorio, él mismo se acercó á él, pretendiendo que debían suprimirse los doce artículos de san Cirilo como demasiado oscuros. Habiendo sucedido á su tío, fué el primero que condenó á Eutíques ; pero tuvo la desgracia de suscribir, con muchos otros obispos, en su restablecimiento y en la deposición de san Flaviano, patriarca de Constantinopla, en el falso concilio de Efeso, conocido por *latrocinio de Efeso*, en el cual todo se hizo por violencia y contra todas las leyes de la Iglesia. Se arrepintió, protestó contra aquello que en él se había hecho, y pidió que le volvieran su firma. El impio Dios-

coro, quien había sido el jefe de la conspiración de Efeso, se irritó vivamente contra él, y apoyado de sus secuaces, tomó pretexto del documento que había suscrito, en el cual decía que los doce artículos de san Cirilo le parecían oscuros, para hacerle su proceso como á fautor de la herejía de Nestorio, y le privó de su dignidad aunque ausente y enfermo ; así es como fué la víctima del resentimiento de estos Eutiquianos, después de haberles servido en este falso concilio en perjuicio de su conciencia. Entonces se volvió á la ermita de san Eutimio, transido el corazón de dolor y bañados los ojos de copiosas lágrimas, con un gran disgusto por haber salido contra la voluntad de su superior. Nos resta hablar de algunos de los sucesores de san Eutimio, que fueron Elias ; Siméon, Etéfano, Tomás, Leoncio y Geroncio. Hubo dos Elías, el uno natural de Jericó y ecónomo del monasterio de san Teutista ; el otro, que fué patriarca de Jerusalén, ambos discípulos de san Eutimio. Este fué el primero que le sucedió en el gobierno de su laura como lo hemos dicho en su vida. El Santo le había dicho al morir, que era voluntad de Dios que cambiase su laura en monasterio. El monje Cirilo entra en grandes detalles sobre la ejecución de este designio, y al efecto refiere dos apariciones de san Eutimio, que justifican lo que había predicho á sus religiosos al morir, á saber : que pediría á Dios por primera gracia el estar siempre en espíritu con ellos y con sus sucesores.

Un año después de su muerte el emperador León también dejó de existir, y el imperio cayó entre las manos de León, su nieto, de edad solamente de tres años, quien cedió poco tiempo después por su muerte, el imperio á Zenón su padre. Pero éste habiéndose indispuerto con su abuela Verina, viuda del emperador León, y temiendo que ella les hiciese asesinar, se fué á Ysauria, y Basilisco hermano de Verina, se hizo reconocer emperador. Su mujer



Aug. de Marchon del. Paris.

Gravé chez M.

St^e Delagie .
Santa Delagiu .

Senodia le engolfó en el partido de los Eutiquianos, y él se dejó persuadir por Timoteo Eluro, falso patriarca de Alejandría, de condenar el concilio de Calcedonia y la epístola de san León, por una carta dirigida á todos los obispos, á quienes ordenaba que anatematizasen y metieran al fuego la epístola de este santo Papa y todo cuanto se había hecho por la fé en este concilio.

Los Eutiquianos que restaban en Jerusalén y en los alrededores, se prevalieron de la ocasión, y pusieron sobre la silla de esta ciudad al desgraciado Geroncio, abad del monasterio de santa Melania, en lugar de Anastasio, y quien no causó menos daño, dice el historiador Cirilo, que el impío Teodosio había hecho veintisiete años antes. Anastasio, patriarca de Jerusalén, murió algún tiempo después, y habiendo vuelto Zenón de su destierro, y habiendo vencido á Basilisco, el crédito de los Eutiquianos cayó con este tirano, y Martirio fué colocado en la plaza de Anastasio. Escribió al emperador Zenón y á Acacio, patriarca de constantinopla, quien había resistido valerosamente á Basilisco, para instruirlos sobre el estado de los cismáticos de Palestina y de su heregía. Al efecto comisionó á su diácono Fido, á quien confió también muchas cosas que debía decirles de viva voz. Fido se embarcó en Jope; pero en la noche el navío fué sorprendido por una horrible tormenta, y naufragó. Fido iba á ser abismado en medio de las olas, cuando la providencia le hizo encontrar un pedazo de madera sobre el cual se sostuvo algún tiempo.

En este momento se acordó de san Eutimio, y le invocó levantando las manos al cielo y pronunciándolo su nombre muchas veces para llamarlo en su auxilio. El Santo le apareció marchando sobre la mar y le llenó tanto de asombro como de alegría. Le dijo con ese aire de dulzura con que le había conocido durante su vida: « No temais, yo soy Eutimio servidor de Dios. Sabed que el Señor no aprueba el

viaje que habéis emprendido, y que de ninguna utilidad servirá á la madre de las iglesias (es decir á Jerusalén). Volved á aquél que os envió, y decidle de mi parte que no se aflija por la separación de los cismáticos, puesto que la unión se verificará dentro de poco bajo su pontificado. En cuanto á vos, conviene que vayais á mi laura, que destruyais las celdas y que edifiqueis un monasterio en el sitio donde me sepultasteis, tal es la voluntad de Dios. »

Habiéndole hablado así, se cubrió con su manto, y Fido de momento se halló sobre la orilla, y de allí trasportado á Jerusalén en su casa, sin saber como había ido. Dejó el manto del Santo, que le fue al mismo tiempo arrebatado por una mano invisible, y cogió su hábito ordinario ; pero reflexionando sobre el peligro en que se había hallado en medio del mar y como san Eutimio le había librado de él, quedó sumamente maravillado, y trasportado de admiración exclamó : « Ahora reconozco que el gran Eutimio es un verdadero siervo de Dios, y que me ha sido enviado del cielo para librarme del peligro en que me hallaba. » La relación que de ello hizo á su madre le hizo derramar lagrimas, y el patriarca Martirio, á quien fué á relatarlo, no quedó menos emocionado. Este patriarca también admiró el don de profecía del Santo, y dijo á Fido : « Verdaderamente el gran Eutimio ha sido un profeta del Señor, y tiene un grande valimiento cerca de él ; pues yo soy testigo de aquello que os ha dicho del cambio de su laura en monasterio, y también me lo había dicho delante de muchas personas como debiéndose verificar después de su muerte. » En consecuencia encargó á Fido la ejecución y le prometió todos los subsidios necesarios.

Fido no perdió tiempo. Llevó á la laura un arquitecto para dirigir la obra, y el número de obreros necesarios á fin de que cuanto antes fuese concluida. Convirtió la antigua iglesia en refectorio é hizo una nueva. El monasterio fué

levantado en la plaza de la laura y del cementerio de san Eutimio. Era tan vasta como se necesitaba para albergar en ella un gran número de religiosos. El monje Cirilo nos representa su situación como una de las más agradables y más cómodas : « Había, dice, una pequeña colina entre dos valles cerrados al Oriente y al Occidente por otros montecillos que venían á unirse y como confundirse por la parte de mediodía ; de suerte que la pequeña colina se hallaba ceñida por la parte de allá. El monasterio estaba construido sobre el declive de esta colina, en el cual se había levantado una torre que dominaba por la parte del Norte, una campiña muy fértil y casi de dos estadios. La puerta del monasterio estaba delante de la torre, que servía como de fortaleza, y podía descubrirse de lejos ; y al salir del monasterio, esta campiña, en la cual había un torrente que nacía en el montecillo del lado del Oriente, ofrecía á los ojos un espectáculo muy agradable. Añádase á esto la amenidad del aire que era muy sano y muy templado ; de modo que no se podía escoger sitio más propio, ya para el consuelo ya para la comodidad de los religiosos. »

No se emplearon mas que tres años en construir este grande edificio, pues el número de los obreros era considerable y aquellos que presidían cuidaban de que no se perdiera el tiempo. Pero como se quisiera añadir nuevas bellezas á la iglesia para hacer su dedicación muy célebre y más digna de la majestad de Dios, las lluvias que ordinariamente caían en invierno en esta soledad habiendo este año, faltado, se hallaron tan desprovistos de agua que apenas quedaba en el fondo de las cisternas para el uso de los hermanos. Esto dió ocasión á un nuevo prodigio, que hizo brillar más la privanza de san Eutimio cerca de Dios. Elías, superior del monasterio, y el diácono Fido, quisieron de momento recurrir á Longino, abad del monasterio de san Teutista, y á Pablo, abad del monasterio de Martirio, y pro-

yectaron enviarles acémilas para traer agua, lo que no podía hacerse sino con mucha dificultad y grandes gastos y hubiera resultado muy largo el asunto. Mientras que se había preparado todo para hacer partir los mulos al día siguiente, san Eutimio apareció de noche al abad Elias diciéndole :

« ¿ Qué queréis, pues, hacer de todas estas acémilas que habeis reunido ? » — « Para, le respondió Elías, traernos el agua que necesitamos, pues aquí no tenemos. » — « Hombrés de poca fé, le replicó el Santo con severidad ¿ y porqué no habeis recurrido mas bien á la oración ? ¿ Por ventura aquél que hizo salir agua de una peña para apagar la sed á un pueblo indócil, y quien también la sacó con la quijada de un asno á ruegos de Sansón, no os lo puede dar también á vosotros si se la pedís con fé ? » Enseguida le prohibió el enviar los mulos : « Pues, añadió, antes de tres horas todas vuestras cisternas estarán llenas. » Elías se despertó después de esta vision, y fué á dar conocimiento de ello á Fido y á los otros ; y apenas el sol se hubo levantado, cuando se vió aparecer una nube sobre el monasterio que despidió una grande cantidad de agua con la cual las cisternas se quedaron llenas y sólo el terreno del monasterio quedó regado con ella, quedando secos todos los otros lugares circunvecinos, como si se hubiese trazado en todo el rededor del monasterio una linea que el agua de la lluvia no debía traspasar ; después de lo cual un viento impetuoso que sopló disipó la nube.

La noticia de este milagro se esparció por todo el desierto, y el patriarca Martirio fué muy pronto instruido de ello. Fué al monasterio con un numeroso séquito, é hizo la dedicación de la Iglesia con la mayor magnificencia y solemnidad. Allí celebró la vigilia y enseguida la misa, durante la cual puso debajo del altar las reliquias de los santos mártires Teraquio, Probo y Andronico. Esta dedica-

ción se hizo el día 7 de mayo y doce años después de la muerte de san Eutimio ; y algún tiempo después el diácono Fido fué hecho obispo de Dora, ciudad marítima á tres ó cuatro leguas de Cesárea de Palestina.

Nos resta hablar de otro vaticinio de san Eutimio ; el de la reunión de los Eutiquianos á la Iglesia, en el pontificado de Martirio, como el Santo lo había pronosticado á Fido cuando le apareció sobre la mar. Este patriarca lleno de fé en la promesa del Santo, aguardaba su cumplimiento con confianza, y no aguardó largo tiempo : pues el abad Marciano, agitado por los remordimientos de su conciencia, reunió á todos los monjes Eutiquianos en su monasterio de Belén como si hubiese estado inspirado por Dios, y les habló al tenor siguiente : « ¿ Hasta cuando, padres y hermanos míos, tendremos en división el cuerpo de la Iglesia ? ¿ Y esto sin saber si es esta la voluntad de Dios, sino apoyándonos solamente sobre nuestros propios razonamientos ? No tenemos motivo de temer que creyendo estar en el buen camino, estemos en el malo. Pues los *pensamientos de los hombres*, dice la Escritura, *son tímidos* (Sap. 9-14). Si á vosotros os parece bien seguiremos el ejemplo de los apóstoles, y nos echaremos en suerte para los obispos y para los monjes. Si la suerte cae sobre los monjes, permaneceremos como estamos, y si cae sobre los obispos, comunicaremos con ellos. » Todos aprobaron esta proposición. La suerte fué echada y cayó sobre los obispos, y al momento volvieron á entrar en su comunión. No siguieron tan buen ejemplo los desgraciados Geroncio y Romano, el primero de los cuales venía gobernando desde cuarenta y cinco años el monasterio de santa Melania, y el segundo el de Tecue. Permanecieron obstinados, fueron expulsados por sus errores de sus monasterios, y después llevaron una vida errante, que acabaron con desgracia.

Los monjes Eutiquianos, pues, presididos por Marciano,

fueron á presentarse en estas felices disposiciones al patriarca Martirio, quien los recibió con los brazos abiertos, y celebró una solemne fiesta con motivo de esta reunión en la cual toda la ciudad de Jerusalén tomó parte. Todo esto acaeció bajo el imperio de Zenón, quien tuvo á Anastasio por sucesor. El abad Marciano con el tiempo se distinguió por su piedad, y también fué honrado con el don de milagros. Dios multiplicó prodigiosamente en su favor un solo grano de trigo que quedaba en el granero de su monasterio, y también le reveló la necesidad en que se hallaba san Sabas, á quien en cierta ocasión le faltó la provisión, como lo diremos en su vida. También fué elegido por Salustio, patriarca de Jerusalén, para remediar el relajamiento que se había introducido en algunos monasterios de la Palestina, y fué establecido archimandrita ó superior general de todos los monasterios de esta provincia. Tuvo por sucesores en este cargo á san Sabas y á san Teodosio, habiendo muerto en paz cuatro meses después que Dios le hubo revelado la necesidad en que se hallaba san Sabas.

Eliás, superior del monasterio de san Eutimio, murió después de haberlo gobernado trentiocho años. Se había conquistado, por el acierto en su administración, la confianza de todos sus religiosos, quienes le amaron tiernamente como á su padre, y aun se hablaba de él con los mismos sentimientos cuando el monje Cirilo escribía la vida de san Eutimio. Siméon de Apamea le sucedió y no vivió en su cargo mas que tres años; después de él, Estéfano de Arabia fué elegido superior. Hizo al monasterio un presente de seiscientas piezas de oro que su hermano Procopio le dejó al morir. Durante su gobierno se hizo un milagro en el sepulcro de san Eutimio, que el monje Cirilo relata así.

Había en Antioquía un personaje llamado Cesáριο, que se había conquistado en los cargos municipales de la ciudad, la estimacion de todos los habitantes. Su piedad le

llevó á ir á Jerusalén á visitar los santos Lugares, y fué afligido de una enfermedad muy dolorosa sin que el auxilio de los médicos y el cuidado de sus amigos pudiesen aliviarse. Su último recurso fué hacerse trasladar á la tumba de san Eutimio. Su fé no quedó sin recompensa. Apenas le hubieron hecho la unción con el aceite milagroso que manaba de su sarcófago, cuando ya se halló perfectamente curado. En reconocimiento dió una grande suma de dinero al monasterio y se comprometió á pagarle un tributo anual.

Estando de regreso á su casa, fué á visitar á Estéfano obispo de Trípoli de Siria, y como uno se goza en relatar los males que ha sufrido cuando de ello se halla libre, hizo á este obispo el detalle de cuanto habia sufrido en Jérusalén, y del milagro que Dios habia hecho en su favor por intercesión de san Eutimio. Leoncio, primo del obispo, se hallaba presente, y aunque aun muy joven, quedó tan emocionado por su relación, que abandonó el siglo y abrazó la vida religiosa en el monasterio del Santo. Allí hizo tantos progresos en la virtud, que el obispo Estéfano lo llamó y le confió un monasterio que habia edificado en honor de san Leoncio, mártir de Trípoli. También lo tuvo por sucesor en su dignidad.

Tomás, natural de Apamea fué abad del monasterio de san Eutimio después de la muerte de Estéfano, y bajo su gobierno se hizo un nuevo milagro. Cesáριο de Antioquia de quien hemos hablado, habiendo ido á verle, fué recibido por él con grandes muestras de amistad. Tomás le dió una comida religiosa, y hablando con él muchas cosas, le dijo que tenían en el arca de la iglesia un pedazo de la vera cruz del Salvador. Cesáριο quiso tener el consuelo de adorarla, y le rogó que separara una partecilla, lo que el abad Tomás no creyó deberle negar. Abrieron pues el arca, y después que Cesáριο y aquellos que estaban con él hubieron satisfecho su piedad, volvieron á la celda vecina, donde

habían comido. Tomás dejó abierta la puerta del arca, y un hermano, llamado Teodoto, quien le servía, habiéndose apercebido de ello, espío el momento en que no pudiese ser visto, se llevó tres bolsas, en las cuales estaban las seiscientas piezas de oro de que hemos dicho que Estéfano había hecho presente al monasterio. Al día siguiente salió del monasterio, dando por razón que se le hacía trabajar demasiado y que no le quedaba tiempo para pensar en su alma; pero esto no era más que un pretexto para mejor ocultar su hurto, é irse á otra parte á gozar en libertad de este dinero. Cogió el camino de Jerusalén, y se paró frente del monasterio de Martirio. Allí, estando sentado, sacó cincuenta piezas de una de estas bolsas, y ocultó lo restante en un hoyo cubierto con una grande piedra, marcando el sitio para volver cuando bien le pareciera. Enseguida se fué á Jerusalén, y de allí pasó á Jope. Quiso por fin volver al sitio donde había puesto el dinero; pero cuando estuvo cerca de él, una horrible serpiente salió de debajo de la piedra y le impidió acercarse allí.

Consideró este accidente como una mera casualidad, y quiso volver al día siguiente; pero aun halló allí á este monstruoso animal, quien parecía estarse en aquel sitio como para guardar el tesoro; de suerte que ni siquiera permitía acercarse á un tiro de piedra. En fin obstinándose en volver una tercera vez, en la esperanza de que este formidable guardian ya se habría retirado; á medida que quiso acercarse, se sintió herido en la cabeza por una mano invisible, como si se le hubiese dado un grande golpe de maza, y cayó en tierra gravemente herido. Dos pasajeros habiéndole hallado en este estado, le trasportaron caritativamente al hospital de la ciudad en donde por la noche vió á un venerable viejo que le dió una severa corrección, y le dijo que no curaría de su mal hasta que hubiese devuelto el dinero que había robado el monasterio de san Eutimio.



Imp. K. Harten aus Paris.

Goussier.

S^t. Sabas.

San Sabas.

Al momento hizo llamar al gobernador del hospital, y le confesó su crimen con todas sus consecuencias. El abad Tomás lo supo, y fué al hospital con Leoncio, é hizo trasportar al enfermo en coche al sitio en donde había depositado el dinero, que lo hallaron como había dicho. Le donaron las cincuenta piezas que había gastado y su mal cesó al instante.

Tomás murió el 26 de marzo, setenta años después de la muerte de san Eutimio, habiendo gobernado su monasterio por espacio de ocho años.

Leoncio fué abad después de él. Recibió en su comunidad al monje Cirilo, quien escribió todo cuanto acabamos de referir de san Eutimio y de sus sucesores. También añade muchos milagros de los cuales fué testigo en el tiempo en que moró en este monasterio ; y hace de ellos un detalle muy circunstanciado, que por ser demasiado extenso no lo ponemos aquí. Bastará decir en sustancia : 1º Que las mujeres no entraban en su iglesia, y que las que iban á implorar su auxilio lo pedían desde la puerta ; 2º que aparte de muchos posesos que condujeron á su sepulcro y quedaron libres, Dios castigó de una manera terrible á un impío, quien, negando contra la verdad haber retenido dos ovejas de un pobre, se atrevió para sostener su mentira, á perjurar sobre el sepulcro del Santo en donde este hombre le había obligado á hacer juramento. De momento se retiró muy satisfecho por haber así eludido el volverle las dos ovejas ; pero en la noche siguiente, mientras se creía muy seguro en su cama, la puerta de su casa se abrió instantáneamente por sí misma, y vió entrar un venerable viejo que llevaba un palo en la mano, acompañado de cinco jóvenes y llenando toda la casa de un gran resplandor. El viejo echando sobre él una mirada terrible, le dijo con un tono severo : « Insensato, ¿ qué és lo que te has atrevido á hacer en la tumba de Eutimio ? » Ciriaco,

pues este era el nombre de este perjuro, quedó todo atur-
dido y no supo que responder. Pero el viejo mandó á los
que le acompañaban que le castigasen, y teniéndolo cuatro
de ellos entregó el palo al quinto, quien le cubrió el cuerpo
de cardenales. Luégo el viejo habiéndole cogido por los
cabellos, díjole: « ¿ No sabes tú, malvado, que hay un Dios
que castiga el crimen, aun sobre la tierra? Se te va muy
pronto á arrebatarte tu alma, ¿ y eso que has mal adquirido á
quién lo dejarás? Dios te ha castigado de ese modo á fin
de que sirvas de ejemplo á los otros, y para que aprendan
no solo á no perjurar, mas aún á no hacer juramentos
(fuera de los casos permitidos); aun cuando esto fuera para
sostener la verdad. » Ciriaco aterrizado por esta visión,
y no pudiendo soportar el dolor de los latigazos que había
recibido, pidió auxilio y mostró su cuerpo todo lacerado.
Pidió que le condujesen al sepulcro de san Eutimio, en
donde confesó su perjurio, y exhibió sus llagas á los reli-
giosos que quedaron horrorizados; pero Dios, quien que-
ría inspirar con su castigo el respeto debido á su santo
nombre, al cual había ofendido con su perjurio, no quiso
hacer otro milagro que el de su castigo, y hubo necesidad
de trasladarlo á su casa donde murió á la noche siguiente.

Cirilo á este ejemplo añade el siguiente: « Un día, dice,
en el monasterio se dió hospitalidad á un pobre transeunte,
quien habiendo entrado en la iglesia como para hacer su
oración, observaba todo lo que en ella había, y se apercibió
de la urna de plata que había sobre el sepulcro del Santo.
Entró en ella sobre la media noche y se la llevó. Enseguida
habiéndose aprovechado del tiempo en que conducían las
acémilas fuera del monasterio antes que amaneciera, salió
y desapareció lo más pronto que pudo; pero creyendo
haber hecho mucho camino, al rayar el alba aun se halló
delante de la puerta del monasterio, en donde quedó in-
móvil como una columna. Procopio, el portero, quien él

mismo había sido curado por intercesión de san Eutimio, por la mañana le halló en este estado, y en la confusión en que estaban le declaró su falta. Procopio le cogió por la mano, le introdujo en el monasterio y quiso que confesase su latrocinio delante de todos los religiosos; lo que hizo confesando que se había sentido atado por una virtud secreta sin poderse mover. Restituyó la urna de plata; y como él fuera muy pobre, le dieron por conmiseración algo para su viaje, y le dejaron ir en libertad. El monje Cirilo relata estos milagros y muchos otros como testigo ocular; y veremos al hablar de él en un capítulo particular, como el Santo y san Sabas le aparecieron y le obtuvieron la gracia de poder escribir su vida, por más que él protesta que no tenía talento alguno para esto, y que antes de esta visión lo había intentado inútilmente.

El último de los sucesores de san Eutimio de quien nos resta hablar, fué el abad Geroncio, bien diferente de aquel que murió vagabundo y obstinado en los errores de Eutiques. Era de Madaba en Arabia. Su abuelo se llamaba Geroncio como él y su padre Tomás ambos conocidos y amigos particulares de san Sabas. Gobernaba el monasterio de san Eutimio, cuando el monje Cirilo escribía la vida de san Sabas y le certificó de dos milagros de este Santo, uno de los cuales se refería á su abuelo, á quien curó haciéndole una unción con el aceite de la lámpara que ardía delante del leño sagrado de la vera cruz, y el otro era por haber, en favor de su padre Tomás, convertido en vino el vinagre que guardaba en una calabaza, y que fué ocasión de muchos otros milagros, como lo podremos referir en la vida de este Santo.

Se lee en la *Colección de las sentencias de los Padres*, la siguiente de un abad Geroncio de Petra: « Muchos son castos de cuerpo que no lo son siempre de espíritu; por esto, hermanos míos, no basta reprimir los sentidos, es ne-

cesario además velar en cuanto se pueda por la guarda del corazón.

El monje Cirilo habla también incidentalmente en la vida de san Eutimio, de una superiora de religiosas llamada Bassa, á quien nos presenta como una abadesa muy piadosa y llena del amor de Dios. Su comunidad estaba en Jerusalén ó en los alrededores. También edificó un monasterio para los hombres, que fué dedicado á san Meno martir, y obtuvo de san Eutimio, su discípulo Andrés, hermano de Estéfano obispo de Jamnia, para dirigirlo. La emperatriz Pulqueria le escribió para advertirle, que si por sencillez algunas religiosas se habían dejado sorprender por las malas especies que el falso patriarca Teodosio había esparcido, abandonasen sus errores, y quedasen persuadidas de que ella seguía las decisiones del concilio de Calcedonia, que también debía ser la regla de su fé: « Vuestra reverencia, añade al fin de su carta, conociendo la verdad de nuestros sentimientos, y lo conformes que están á la fé ortodoxa, os recomendamos que rogueis por nosotros y por nuestro imperio. » Nicéforo dice que el celo de esta bienaventurada abadesa le llevó á solicitar, con importunidad, á la emperatriz Eudoxia, de quien hemos hablado en el capítulo precedente, que abandonara el partido de los Eutiquianos en el cual se había comprometido. Poco tenemos que decir sobre la vida monástica de Martirio y Elías, quienes fueron patriarcas de Jerusalén. Lo que de ellos los historiadores nos han dejado versa principalmente sobre su episcopado y los asuntos de la Iglesia. Martirio era de Capadocia y Elías de Arabia. Vivían juntos en el desierto de Nitria, cuando Timoteo Eluro, el más pernicioso de los sectarios del impio Dióscoro, y tan furioso eutiquiano como él, se apoderó por violencia de la cátedra de Alejandría, y causó en todo el Egipto perturbaciones inauditas Huyeron de su persecución, y se retiraron á Palestina bajo

la dirección de san Eutimio. Cada uno moraba en una celda separada, y el Santo manifestaba tenerlos en gran consideración, pues muchas veces conversaba con ellos, y ordinariamente se los llevaba, cuando después de la octava de los Reyes, iba á retirarse hasta el domingo de Ramos en los desiertos más recónditos de Cutila ó de Rubán. En este retiro, en que también se hallaba san Gerásimo el Santo celebraba la misa todos los domingos en una capilla y les daba la comunión, lo mismo que á algunos otros anacoretas que con ellos iban al desierto.

Dios esclareció á san Eutimio sobre aquello que les sucedería con el tiempo, y el Santo les pronosticó que serían patriarcas de Jerusalén. Permanecieron muchos años bajo su dirección, después de lo cual Martirio se retiró á una caverna á media legua de la laura del Santo, en donde con el tiempo edificó un grande monasterio que fué muy célebre. Elias se estableció cerca de Jericó, donde su celda fué ampliada y convertida en dos ó tres monasterios por los edificios que á ella se añadieron. Habiendo muerto el patriarca Juvenal, Anastasio, su sucesor, rogó á Martirio que fuera á verlo con frecuencia á Jerusalén, y por fin le ordenó de sacerdote. Fué después su sucesor, como san Eutimio se lo había vaticinado. Hemos visto como, bajo su pontificado, habiendo la iglesia de Jerusalén sido desmembrada por los Eutiquianos, tuvo el consuelo de verles entrar de nuevo en su comunión, exceptuando á Geroncio y Romano que murieron en sus errores. Al subir sobre la cátedra de san Jaime dejó el gobierno de su monasterio á un religioso llamado Pablo. El historiador Cirilo dice que en su tiempo uno de sus monjes que también se llamaba Pablo, fué al sepulcro de san Eutimio para ser librado del demonio que había tomado posesión de su cuerpo, en castigo de un hurto que había cometido en la iglesia de su monasterio.

Martirio profesaba un grande afecto y un singular res-

peto á san Sabas. No nos detendremos en aquello que dijo Evagrio, que comunicó con Pedro Monjio, falso patriarca de Alejandría; esto es una falsedad, que este historiador tomó de Zacarías el Eutiquiano. Se puede ver en Bolando que, aunque su nombre no esté en los anales de la Iglesia, no obstante los historiadores le dan el nombre de Bienaventurado y de Santo. Murió el octavo año de su pontificado, en 486, y tuvo por sucesor á Salustio, quien murió, según Bolando, en 23 de julio de 493.

Elias le sucedió, y así que fué obispo, reunió á diversos solitarios que moraban en celdas separadas alrededor de la torre de David, y con ellos formó un monasterio cerca de la casa episcopal y de la iglesia de la Resurrección, que era la catedral, para tenerlos cerca de él. Les hizo construir celdas y les proveyó de cuanto necesitaban. Levantó muchas iglesias, y comenzó una bajo el nombre de Helena, ó de la santa Virgen, que no concluyó; pero san Sabas obtuvo una orden del emperador Justiniano para concluirla. También hizo la dedicación de otra nueva que san Sabas había hecho construir en su laura. Tenía una estimación particular por este célebre Padre de los solitarios: y á la manera que no hablaba ni creía lo que se decía de otros sino con mucha madurez y prudencia, así tampoco se dejó engañar, cuando algunos monjes que san Sabas había abandonado á causa de su indocilidad fueron á suplicarle que les diera otro superior. Al contrario, les obligó á someterse á su santo fundador, á quien animó á que cuidara de ellos como lo diremos en su vida. Se puede ver en los escritores eclesiásticos lo que falta decir de este santo obispo, por cuanto no tiene relación alguna con la historia monástica. Bastará añadir que fué echado de su iglesia por orden del emperador Anastasio, por haber rehusado las sinódicas de Severo, monje Eutiquiano, quien se había apoderado de la silla de Antioquía, y fué relegado á Cuila ó

Ailath ¹, en la Arabia, sobre la orilla del mar Rojo.

Estuvo cinco años en este destierro, donde finió sus días, y durante este tiempo la Palestina fué atacada de diversas plagas, lo que todos los habitantes de Jerusalén consideraron como un castigo de la injusticia que le habían hecho. En fin, al cabo de este tiempo, san Sabas acompañado de Estéfano, abad del monasterio de san Eutimio, y de Eutalo, superior de sus monasterios de Jericó, que se llamaban los monasterios de Elías, fuéron á verle en Ailath. Los recibió con extrema alegría y los retuvo algunos días en su compañía. No le veían hasta la hora de Nona; pues pasaba todo el día en el silencio, en la oración y en el ayuno; y á esta hora les hablaba y tomaba su comida con ellos.

Un día que estaban reunidos en el lugar y á la hora ordinarios (esto era el 9 de julio de 518), no apareció, y ellos le aguardaron hasta media noche que se les presentó: « Co-med vosotros, les dijo, que yo no tengo tiempo. » San Sabas, quien comprendió en su aire que estaba afligido, lo detuvo, y le rogó encarecidamente que les dijera que tenía. Entonces, dejando escapar algunas lágrimas les dijo: « El emperador Anastasio acaba de morir en la hora en que os hablo, y yo debo seguirle dentro de diez días para defender nuestra causa delante del tribunal de Jesucristo. » Luego les dió las órdenes necesarias para el gobierno de sus monasterios, de los cuales cuidaba desde el lugar de su destierro. Ordenó que cuando Eutalio muriese, Nescabo y Zacarías se encargasen sucesivamente de su dirección. Prohibió que nadie se atreviese á dividir sus monasterios. Aun vivió ocho días después de esta visión que había tenido de la muerte del emperador, casi sin otra nutrición que la santa Eucaristía; y tres días antes de morir se halló atacado de una enfermedad que no fué violenta. San Sabas y

¹ Esta villa del golfo de Akabath, parece ser la antigua Elana ó Elath, de donde los navíos de Salomón partían para Oñr.

los otros abades no lo abandonaron durante estos tres últimos días. Por fin, el 20 de julio, después de haber recibido la santa comunión y haber respondido *Amen* á las preces que se hicieron por él, se durmió en paz y descansó en el Señor contando la edad de ochentiocho años.

San Sabas no se descuidó de anotar el día y la hora de la revelación que san Selias había tenido de la muerte del emperador Anastasio; y habiendo vuelto á Jerusalén, supo que éste era precisamente el tiempo en que este príncipe, oyendo grandes truenos y viendo su palacio como rodeado de fuego del cielo, después de haber corrido de un departamento á otro, se había escondido en el sitio más secreto que pudo encontrar, donde no pudo evitar el ser herido por el rayo.

El patriarca Elías habiendo tenido revelación de la muerte de este príncipe y de que él debía seguirle pronto, lo comunicó á san Flaviano de Antioquia, que también había sido desterrado á Petra. Pero Flaviano también había tenido la misma revelación, así como la de su próxima muerte, lo que también le comunicó; de suerte que ambos permanecieron diez días después que Anastasio, y dos días después de haber recibido el mensaje. El abad Policronio cuenta de él que no bebió vino en todo el tiempo que fué religioso, y que guardó la misma regla siendo patriarca. Su nombre está marcado en el *Martirologio romano* el 4 de julio, con el de san Flaviano de Antioquia.

SAN GÉRASIMO, ABAD¹.

Colocamos á san Gerásimo á continuación de los discípulos de san Eutimio por ser su amigo particular, porque le quería mucho, y porque se había retirado por su consejo del mal paso que el impio Teodosio, usurpador de la silla de Jerusalén le había hecho dar con muchos otros. Éra de la provincia de Licia, en el Asia Menor, y había abrazado en su patria la vida monástica, en la cual desde entonces había hecho singulares progresos y había sostenido grandes combates contra los demonios. De allí pasó á la Palestina, y se retiró en un desierto que estaba á lo largo del Jordán. El espíritu maligno, quien hasta entonces le había atacado inútilmente, obtuvo por fin alguna ventaja sobre él, pero no duró largo tiempo. Aun no habían transcurrido dos años desde que se había establecido en el desierto del Jordán, cuando el impostor Teodosio, de quien hablaremos en el capítulo siguiente, habiendo llegado á Jerusalén sedujo un gran número de solitarios. San Gerásimo se dejó arrastrar como los otros; pero Dios no permitió que una lumbrera tan resplandeciente, que él destinaba para alumbrar á tantos santos religiosos en este desierto, permaneciera largo tiempo extinguida. Gerásimo oyendo hablar de san Eutimio, quien era generalmente reconocido en todas estas soledades por un hombre lleno del espíritu de Dios, deseó verle, y fue á encontrarle en el desierto de Rubán. Conferenció muchas veces con él, y sus coloquios hicieron sobre su alma, lo que una medicina dada á propósito á un enfer-

¹ Vit. PP., Cotelier, Baillet.

mo ; pues echó todo el veneno de la herejía con que había sido infectado, y entró otra vez en la fé ortodoxa.

El disgusto que tuvo por haberse dejado seducir por los discursos emponzoñados de los herejes fué tan grande, que se impuso una penitencia muy dura ; y su ejemplo fué imitado por otros cuatro anacoretas, Pedro, sobrellamado Girnites, Marcos, Julón y Silvano, quienes se separaron de la comunión del impío Teodosio. Desde esta fecha vivió en estrecha amistad con san Eutimio, á quien debía favor tan singular. Algunas veces se encontraba con él cuando iba á pasar la cuaresma en Rubán ; y el Santo le profesaba un afecto tan grande, que le remitía, como había hecho antes á san Teutista, los jóvenes que pedían ser instruidos en la vida religiosa. También tuvo una fiel correspondencia con los más excelentes solitarios de la Palestina y particularmente con Anastasio, patriarca de Jerusalén, con san Teutista, san Sabas y san Juan el Silenciero.

Después que hubo pasado cierto tiempo en un completo retiro, recibió muchos discípulos, para los cuales fundó una laura compuesta de setenta celdas. para otros tantos solitarios, y un monasterio, en medio de esta laura para los cenobitas. El monje Cirilo nos dejó algunas de las reglas de piedad que practicaba y hacía practicar á los otros. 1º El monasterio era para aquellos que iban á abrazar la vida religiosa ; en él les formaban en todas las prácticas de este santo estado como en un noviciado. 2º En cuanto á aquellos que, después de muchos, largos y penosos trabajos, habían llegado á una grande perfección, los hacía pasar á la laura, en donde les daba celdas para vivir en el retiro y en el descanso del alma. 3º Les obligaba á pasar cinco días de la semana en riguroso silencio, sin otra nutrición, que pan, dátiles y agua. 4º El sábado y el domingo iban á la iglesia para participar de los santos Misterios, comiendo después juntos en el monasterio, en donde se les daba algo cocido y

un poco de vino. 5° No les era permitido encender fuego en sus celdas, ni siquiera para hacer una lectura. 6° Debían dejar las puertas abiertas cuando salían de sus celdas á fin de que cada uno tuviese la libertad de entrar en ellas y tomar, si quería, lo poco que había. Quería que obrasen así, ya para mostrar que nada poseían como propio, y que no tenían más derecho que los otros solitarios sobre aquello que se dejaba á su uso, ya para imitar con esto el ejemplo de los Apóstoles y de los primeros fieles de Jerusalén, entre los cuales todos los bienes eran comunes. 7° La pobreza les era tan recomendada así como la humildad, que tenían un cuidado especial de practicarlas bien, como siendo los más ricos ornamentos de las almas religiosas. Así llevaban tan lejos la renuncia á las comodidades de la vida y su despojamiento en todas las cosas, que ni siquiera poseían un manto, para ponerse sobre su hábito. Su cama consistía en una estera de juncos y una ordinaria manta hecha de diferentes piezas ; un botijón para poner agua, de que se servían para beber y para rociar sus ramas de palmera, constituía todo su mobiliario. 8° Su ocupación la formaban la oración y el trabajo de las manos. El sábado llevaban al monasterio su obra de toda la semana, y volviéndose el domingo á sus celdas, cerca la hora de Vísperas, se llevaban su provisión de pan, de dátiles y de agua para su sustento, y ramas de palmera para trabajar hasta el sábado siguiente. Así es como estos excelentes religiosos vivían en el descanso de su soledad, desprendidos de todos los cuidados de la tierra, reduciéndose voluntariamente á no dar á su cuerpo más de lo necesario, que consistía en muy poca cosa, y ocupándose solamente de crecer en virtud para merecer los bienes del cielo.

San Gerásimo velaba muchísimo para sostenerlos en la observancia de sus reglas ; y el monje Cirilo cuenta de él, que habiéndole pedido algunos de su laura que les permi-

tiera encender fuego para calentar su agua, para comer algo cocido, y hacer su lectura á la luz de la lámpara, les respondió : « Si quereis vivir de este modo, más vale que os retiréis á un monasterio ; pues mientras yo viva no lo permitiré á los anacoretas. »

Los habitantes de Jericó, teniendo noticia de la austeridad de la vida de estos buenos solitarios, quisieron llevarles todos los sábados y domingos algunos refrigerios..... De su parte era esto un acto de caridad muy loable ; pero la mayor parte de estos religiosos tan mortificados, bien lejos de regocijarse por la asistencia de estos seglares, se afligían, y aun rehusaban este pequeño socorro como capaz de dañar á su alma ; y obraban así, dice el monje Cirilo, porque habían aprendido por las palabras y acciones de su santo Padre, que la abstinencia era la madre de la perfecta templanza, que los hacía más propios para las viglias y echaba los malos pensamientos.

Así, el mismo san Gerásimo hacía tanto caso de esta virtud, que sus discípulos decían que pasaba toda la cuaresma sin tomar otra nutrición que la del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Habiendo, pues, sido, por una conducta tan santa, un modelo de virtud y una fuente de salud para todos aquellos de quien era el padre en Jesucristo, murió poco tiempo después que hubo rendido con san Ciríaco los últimos deberes á san Eutimio, cuya alma hemos dicho que vió subir al cielo al momento que se separó de su cuerpo. La muerte de san Gerásimo acaeció el 5 de marzo del año 474 ó 475.

Su laura estaba á una milla del Jordán por el lado de Jericó. Aun existía cien años después. Juan Mosch dice que habiendo ido á ella, le contaron que el Santo, estando un día sobre la orilla de Jordán, vió venir un león que marchaba solamente sobre tres piés, teniendo en el aire el cuarto, en el cual se le había clavado una espina que le ha-

hía causado una grande inflamación. Se le presentó rugiendo mucho por el dolor que sufría, y el Santo tocado de compasión, le sacó la espina, le hizo salir todo el pus del tumor que le había causado en el pié, se lo vendó y lo despidió. Dios, dice Juan Mosch, quiso hacer ver en esta ocasión que los justos que le sirven con fidelidad, pueden algunas veces sujetar las bestias mas feroces, como estaban sumisas á Adán antes de su pecado. Pues el león, como si hubiese estado dotado de razón, no le abandonó más, y le sirvió en su monasterio mejor que lo hubiera podido hacer un animal doméstico, sin causar el menor miedo ni el menor daño á nadie. Continuó así cinco años en el servicio del monasterio, al fin de los cuales muerto el Santo, rehusó todo alimento, y se fué á dejarse morir sobre su tumba. Juan Mosch alega por testigo de esta maravilla al abad Sabatias, discípulo del Santo, quien se había hallado presente.

Se cree que esta historia ha dado ocasión á los pintores de representar á san Jerónimo con un león cerca de él, habiéndole confundido con san Gerásimo á causa de la semejanza de nombre, que muchos escriben *Gerónimo* por una mala ortografía. Juan Mosch extiende mucho esta historia que nosotros nos contentamos con relatar en pocas palabras.

EL ABAD GELASIO ¹.

Gelasio penetrado desde su juventud del deseo de consagrarse enteramente á Dios, abandonó el mundo, abrazó

¹ Cotelier.

la vida solitaria y vivió en un gran despojamiento de todas las cosas. El lugar que al efecto escogió estaba ya habitado por muchos anacoretas cuyo ejemplo contribuyó en gran manera á hacerle conocer los deberes de su estado y hacérselos cumplir dignamente. Y se lió más particularmente por una santa amistad con un respetable anciano, por otra parte muy sencillo, que vivía en una celda y practicaba rigurosamente la pobreza religiosa; pues no tenía mas que una túnica, no queriendo de modo alguno una segunda para cambiarse. Cada día ganaba, con el trabajo de sus manos, lo que necesitaba para su subsistencia; él no se afligía por la necesidad del día siguiente, y habiendo en su vejez formado discípulos les inspiró los mismos sentimientos que él siguió hasta la muerte.

Dios, quien conduce sus santos al mismo fin, pero por diferentes senderos, tuvo otros designios sobre Gelasio, á quien escogió como en otro tiempo á San Pacomio, para formar una numerosa comunidad. Le inspiró, después que lo hubo llenado de su espíritu en su retiro, que fundara un monasterio y que se encargara de la dirección de los religiosos que su Providencia le proporcionaria. Muy pronto tuvo pruebas de que su empresa venía de Dios; pues le asistió de una manera señalada proveyendo á todas sus necesidades, é inspirando á muchas personas piadosas que le ofrecieran tierras, las cuales aceptó y supo hacer valer.

Estas adquisiciones inquietaron al buen viejo de quien hemos hablado. Como él practicara una pobreza muy rigurosa, y hubiera sido testigo de aquella que hasta entonces Gelasio había profesado, temió que estos bienes hiciesen impresión sobre su corazón, y le llevasen á la disipación y al relajamiento, y creyó que debía hacérselo presente; pero Gelasio le tranquilizó, protestándole que estaba menos apegado á ellos que él mismo podía estarlo al instrumento de que se servía para sus obras.

En efecto se reconoce que su corazón no poseía más que á Dios, por el orden con que había dejado su vida de anacoreta para servir á sus hermanos ; y esto se ve más claro por dos hechos notables, que muestran por una parte su desprendimiento, y por otra la pureza de sus intenciones en la conservación de los bienes del monasterio. El primero es, que teniendo una Biblia de gran precio, muy lejos de guardarla en su celda para servirse el solo de la misma, la puso en la iglesia de su monasterio, á fin de que todos pudiesen utilizarla, y para que viéndola tan hermosa, tuvieran más deseos de leerla y de nutrirse en ella con la palabra de Dios.

Esto le proporcionó una nueva ocasión para mostrar aun más su desprendimiento. Habiendo un monje forastero ido por casualidad á su iglesia, echó sobre este libro sagrado una mirada de concupiscencia, tomó su tiempo para no ser visto de nadie la cogió y desapareció. Dieron de ello conocimiento á Gelasio, quien ni siquiera permitió que le persiguieran ; y el ladrón se fué á una villa cercana, en donde la presentó á uno que hallandola muy á su gusto, se ofreció para comprársela ; pero antes quiso examinar si era tan completa como hermosa, y al efecto la llevó á Gelasio, deseando saber de él si se podía dar el precio que se le había pedido. El santo Abad la reconoció al momento ; pero se contentó con decirle que valía aquello en que el vendedor la estimaba, sin manifestarle que le hubiese sido robada. El monje habiendo sabido después por él que era Gelasio aquel á quien le había hecho justipreciar, y que no se había quejado de que él se la hubiese robado, quedó emocionado por su virtud y se reprochó su hurto. Fué á encontrar al santo Abad, y, penetrado de arrepentimiento, le confesó su latrocinio y le volvió la Biblia. Gelasio de momento no quería recibirla, y no la tomó sino después que este monje le hubo instado muchísimo, y des-

pués que le hubo protestado que su corazón le reprocharía siempre su pecado si la guardaba más. No se contentó con restituirla, sino que se entregó el mismo á su monasterio, suplicando al santo Abad que lo recibiera en el número de sus discípulos, de suerte que pasó lo restante de sus días en su comunidad¹.

El otro ejemplo que vamos á referir, demuestra que cuando defendía los derechos de su monasterio, Dios era su único blanco. Un religioso que moraba cerca de Nicópolis le dejó su celda con un territorio anexo, y por tanto tomó posesión de ella. Pero un particular, pariente del religioso muerto, pretendió que en calidad de tal la tierra le pertenecía, y para hacer valer su derecho se dirigió á uno de los principales habitantes de Nicópolis, llamado Vacato de quien era colono. Este, hombre fogoso y violento, creyó debérselo quitar por fuerza, y cuando los religiosos iban á la campiña para recoger sus frutos, él se lo impedía y les hacía diversos ultrajes. Gelasio sufrió estos insultos con paciencia y jamás opuso la fuerza á la fuerza ; pero de uingun modo quiso deshacerse del campo. Su firmeza irritó tanto á Vacato, quien se determinó, tanto por este asunto como por otros que tenía (pues el historiador dice que era un hombre muy litigioso), á ir á Constantinopla, á fin de obtener por autoridad lo que no podía obtener por violencia. Hizo el viaje por tierra, y pasando por el territorio de Antioquía, quiso ver á san Simeón Estilita, de quien había oido contar grandes maravillas. Así que el Santo le vió, le previno preguntándole de que país era y á donde iba. » Yo soy de Palestina, respondió Vacato, y voy á Constantinopla por ciertos asuntos que espero terminar felizmente con el auxilio de vuestras oraciones. » — « Ah, qué grande es

¹ Se halla la misma historia relatada en el tercer libro de los Padres, C. 30, bajo el nombre del abad Anastasio ; pero se atribuye al abad Gelasio en el quinto libro, lib. 16, n° 1, y en la Colección de Cotelier.

vuestra ceguera, le replicó san Simeón, y ¿porque no que-
reis confesar que habeis emprendido este viaje para dañar
á un hombre de Dios? Pero bien lejos de conseguir lo de-
seado, no tendreis mas que un fatal éxito, y ya no volvereis
á ver vuestra casa. Si quereis seguir mi consejo, volved
cuanto antes á vuestro país, echaos á los piés de ese santo
hombre á quien habeis maltratado y pedidle perdón, y Dios
haga que os quede bastante vida para ir hasta su monaste-
rio. » Esta predicción bien pronto tuvo su cumplimiento.
Vacato fué cogido de una fiebre que le obligó á ponerse en
una litera. Se apresuró á ir á Gelasio para reconciliarse
con él; pero empeorando el mal, murió en Beryth¹, y no
vió otra vez su casa, como san Simeón le había pronosti-
cado. El hijo de este Vacato, que también llevaba su nom-
bre, refería esto á varias personas muy fidedignas, y pro-
bablemente de estas lo había aprendido el historiador de
Gelasio.

El demonio, que veía los grandes bienes que hacía en el
gobierno de su monasterio, quiso contener sus progresos
sugiriéndole con pensamientos importunos la idea de
abandonar á sus religiosos y retirarse enteramente en el
desierto para concluir allí sus dias en paz. Como no se ha-
bía encargado de la dirección de sus hermanos más que
por un movimiento del espíritu de Dios, no se fió de estos
pensamientos; y á fin de andar más seguro, se propuso
probar sus fuerzas que no podían ser grandes, por ser ya
muy entrado en edad, con no comer más que yerbas por
la noche, con dormir en pleno aire, y con andar mucho
por el recinto del monasterio, sin sentarse más que algu-
nos momentos. Pasó tres dias en este penoso ejercicio, y
viendo que no podía sostenerlo por más tiempo, se dijo á
sí mismo: « Aquellos que están en el desierto no viven de

¹ Puerto de la antigua Fenicia, entre Biblos y Sidón. Hoy día *Mahr-Beirut*.

otro modo. Si, pues, yo no sabría practicar una austeridad tan grande, ¿porqué he de pensar en emprenderla? Me debo contentar con permanecer en mi celda y llorar en ella mis pecados, sin soñar en cambiar de lugar. Dios, á quien nada está oculto, por todas partes ve nuestras obras, como también á los que le sirven.

Dios le honró con el don de milagros ; sobre lo cual su historiador cuenta que habiendo el despensero del monasterio dado inconsideradamente un puntapié á un niño, á quien había sorprendido comiéndose un pescado que había preparado para los religiosos, este golpe fué tan funesto, que de él murió el niño. El despensero aterrorizado y afligido más de lo que se puede decir, escondió el cuerpo, fué á arrojarse á los piés de Gelasio y le declaró la desgracia que le había sucedido. El santo Abad le recomendó que á nadie diera conocimiento de ello, y que por la noche llevara el cuerpo del muerto delante del altar, mientras todos los religiosos estarían retirados para dormir. El despensero obedeció y Gelasio habiéndose trasladado á la iglesia, rogó á Dios con tanto fervor que volviera á la vida á este niño que su oración fué oída ; de modo que cuando los religiosos se levantaron para cantar los salmos, él se retiró todo lentamente con este niño lleno de vida. No permitió al despensero que hablara de este milagro en todo el tiempo en que vivió, y no se supo hasta después de su muerte.

Fué también uno de los más celosos defensores del concilio de Calcedonia, y resistió con una firmeza digna de un hombre apostólico, al impío Teodosio, sectario de la herejía de Eutiques, y quien había usurpado la silla de Juvenal patriarca de Jerusalén. Este Teodosio al principio fué monje ; pero habiendo sido expulsado de su monasterio por una mala acción en la cual le habían sorprendido, se refugió en Alejandría de donde también fué obligado á retirarse con infamia á causa de sus escándalos. Bien lejos

de arrepentirse, añadiendo por el contrario nuevos crímenes á los pasados, se fué á Calcedonia, en donde se juntó con los secuaces de Eutiques. De allí, esperando extender esta herejia y conquistar mayor número de partidarios, pasó á Palestina, en donde, por una negra calumnia, publicó que los Padres del concilio de Calcedonia, condenando á Eutiques habían autorizado la piedad de Nestorio. Con esto sedujo á muchos solitarios y á muchas personas de consideración, entre otras á la emperatriz Eudoxia, viuda del emperador Teodosio el Joven, quien se había retirado á Jerusalén. En fin, con sus intrigas y los empeños que se procuró, consiguió echar á Juvenal, patriarca de Jerusalén, quien sostenía la autoridad del concilio de Calcedonia, y hacerse ordenar patriarca en su lugar en la iglesia de la santa Resurrección.

Cuando llegó á Palestina, se dirigió principalmente á los monjes que sabía tenían mayor reputación, á fin de seducirlos y acreditar con esto su partido. No se descuidó de pasar por el monasterio del abad Gelasio ; y así que hubo entrado en conversación con él se puso á declamar contra el concilio de Calcedonia. El santo Abad reconoció al momento la perversidad de su espíritu y de su corazón, y sin detenerse á escucharlo por más tiempo, hizo venir delante de él al joven que había resucitado, como lo hemos dicho, y le dijo : « Si teneis deseos de tratar de la fé, ahí está ese niño que os podrá hablar pues yo no tengo tiempo para escucharos. » Teodosio viéndose así despreciado, se retiró muy avergonzado y se fué á Jerusalén ; pero después habiéndose apoderado de la dignidad del patriarca, y jactándose de que nadie se le resistiría, hizo llamar al abad Gelasio, y quiso llevarle, tanto por halagos como por amenazas, á pronunciar anatema contra Juvenal el patriarca legítimo. Pero Gelasio le respondió con firmeza que no reconocía otro obispo de Jerusalén que Juvenal. Teodosio temió que

el celo del santo Abad corroborase á los otros y les sirviese de ejemplo ; así mandó que lo echasen de la iglesia con ignominia. Los cismáticos se apoderaron de él, y habiendo hecho un montón de leña, le amenazaron con quemarlo. Pero viendo que estaba dispuesto á morir antes que descender á su voluntad, y temiendo que el pueblo se sublevase contra ellos, pues le profesaba una grande veneración, lo dejaron en libertad, y volvió á su monasterio con la gloria de haber estado cerca de sufrir el martirio por la fé de Jesucristo.

SAN NONO Y SANTA PELAGIA.

La historia de santa Pelagia penitente fué escrita por Jaime, diácono de la iglesia de Heliópolis¹ en Siria, testigo ocular de su vida y de su muerte ; y en su ocasión diremos algo de san Nono, quien fué el instrumento de que Dios se sirvió para sacar á esta mujer de sus extravíos. Nono fué sacado del monasterio de Taben, en donde era renombrado por sus virtudes y su doctrina, para gobernar la iglesia de Heliópolis. Ya había convertido treinta mil Sarracenos á la fé cuando subió á esta villa, en la cual con sus cuidados y exhortaciones hizo un sin número de conquistas para Jesucristo.

Un asunto eclesiástico había obligado á Maximiano, patriarca de Antioquía, á convocar á los obispos de su provincia, cuando Nono se halló en la asamblea con siete obispos ; y un día que estaban sentados delante la iglesia del mártir

¹ Hoy día Baalbech.

san Julián conferenciando juntos, algunos de estos obispos le rogaron que les dirigiera algunas palabras de edificación. No se hacia rogar mucho cuando se trataba de hablar de Dios ; entró al momento en discurso, y les dijo tan bellas cosas, que le escuchaban con tanta admiración como placer.

Mientras los iba entreteniendo así, vieron aparecer una multitud de gente que conducia en gran pompa á la primera de las comicas de la ciudad á quien el pueblo llamaba *Margarita ó la Perla*, fuera á causa de su hermosura, fuera por ir siempre cubierta de perlas y diamantes. Iba montada sobre una mula y soberbiamente vestida, pero de un modo muy indecoroso. Una multitud de doncellas y jóvenes que formaban su comitiva, la precedian y la seguian, y en medio de este cortejo pasó en son de triunfo delante de los obispos. Volvieron sus ojos gimiendo para no verla, excepto san Nono, quien la siguió con los ojos, diciendo á los otros por dos veces : « ¿ No habéis admirado la hermosura de esta mujer ? » Ellos no le respoudieron ; pero él añadió : « En cuanto á mí, yo la he bien considerado, y he pensado cuánto es de temer que su conducta condene la nuestra delante del tribunal de Dios ; pues, decidme, ¿ cuánto tiempo no ha empleado en componerse ? ¿ Cuánta molestia no se ha tomado para aumentar en hermosura y para agradar á aquellos cuyos corazones han cautivado sus falsos atractivos ? Sin embargo, ella no busca más que el amor de los hombres mortales, que hoy existen y mañana ya han desaparecido ; y nosotros que tenemos en el cielo un Padre todo-poderoso y un Esposo inmortal, cuyos tesoros son infinitos é inestimables las riquezas ; nosotros que esperamos contemplar un dia la belleza inefable de ese celestial Esposo, ¿ qué cuidados tomamos en purificar y adornar nuestras almas ? ¿ No nos debemos más bien reprochar que lo descuidamos enteramente ?

Después que hubo hablado así, cogió á Jaime por la mano, quien era su diácono y el autor de esta historia, como hemos dicho ya, y habiéndose retirado con él en la celda en que lo habían hospedado, se prosternó hasta tocar con el rostro la tierra, y dijo á Jesucristo hiriendo su pecho y vertiendo muchas lágrimas: « Salvador mio, perdonad á este pecador, que en toda su vida no ha empleado tanto tiempo en adornar su alma para hacerla agradable á vuestros ojos, como ha hecho esta mujer en un solo dia para adornar su cuerpo. ¿Cómo me atreveré á levantar los ojos hacia vos? ¿y que podré alegar para justificarme? Yo no temo difundir aquí delante de vos mi corazón, pues vos ya conocéis sus escondites más secretos. Ay de mí, pecador é indigno como soy, que me atrevo á presentarme á vuestro altar sagrado sin tener el alma purificada y adornada como vos pedis de mí! Esta mujer prometía agradar á los hombres, y ha cumplido su promesa. Yo también os prometí serviros, y no lo he cumplido á causa de mi tibieza. Me hallo desprovisto de los bienes del cielo y de la tierra, no habiendo cumplido con vuestra ley. ¿Qué confianza puedo yo tener en mis obras? todo mi recurso está en vuestra misericordia. »

Pasó largo tiempo humillándose, gimiendo y llorando; y al día siguiente, que era domingo, después que hubieron rezado el oficio de la noche, habló á su diácono al tenor siguiente: « Hermano mio, esta noche he tenido un sueño, que me causa una pena extraordinaria, pues me parece misterioso no pudiendo comprender lo que significa. » Efectivamente, en este sueño creía estar en el altar y ver en él una paloma toda negra y cubierta de inmundicias, que despedía un olor tan malo que no podía soportarlo. Volteó al rededor de él hasta el fin de la oración de los catácúmenos; y cuando el diácono hubo dicho á estos que se retirasen, ella salió también con ellos. Así que la misa

de los fieles estuvo concluida, esta paloma tan sucia y fea, ya había ido de nuevo á voítear á su alrededor, y entonces él la había cogido y la había echado en la fuente de la iglesia, de donde había salido purificada y tan blanca como la nieve, habiendo tomado por fin su vuelo por lo alto, de suerte que no había aparecido más.

Tal había sido el sueño, ó mejor, la visión de san Nono, que le apesadumbraba ; pero Dios muy pronto le hizo conocer su verdadero sentido. Después que lo hubo relatado á su diácono, se volvió á la grande iglesia con los otros obispos para saludar al patriarca, quien le rogó, presentándole el Libro de los Evangelios, que diera una instrucción al pueblo. Habló con tanto celo y viveza, que todo el auditorio quedó conpungido. Parecía que el Espíritu Santo hablaba por su boca, pues cada uno se derramaba en lágrimas ; de manera que según la expresión del diácono Jaime, el pavimento de la iglesia estaba regado de ellas.

La misericordia del Señor había felizmente conducido allí á esa actriz, que antes había sido puesta, pero hacía ya bastante tiempo, en el número de los catecúmenos, y que siempre había descuidado el aprender los principios del cristianismo, no asistiendo jamás á la iglesia y no pensando nunca en el mal estado de su conciencia. La gracia del Señor llevó las palabras de este santo Obispo hasta el fondo de su corazón. Quedó por ellas tan emocionada, penetrada y horrorizada, que casi desesperando de su salvación, lloraba amargamente.

En estos vivos sentimientos de contrición no pudiendo retener más sus sollozos, ni contener sus lágrimas, salió de la iglesia y dijo á dos de sus domésticos que aguardasen que el santo Obispo hubiese concluido y que le siguieran, para decirle enseguida donde se hospedaba. La obedecieron, y al regresar le hicieron fiel relación de ello. Entonces ella le envió una esquila concebida en estos términos : « *A*

santo discípulo de Jesucristo, la pecadora y la discípula del demonio. Yo he oído decir que vuestro Dios descendió del cielo á la tierra, no para los justos, sino para salvar á los pecadores; y que no desdeñó el conversar familiarmente con los publicanos y pecadores, él á quien los querubines ni siquiera se atreven á mirar de respeto por su infinita santidad. Ya que vos sois discípulo de ese divino Salvador, y que le servís con tanta fidelidad, os suplico que os acordéis que no rehusó el conversar cerca de un pozo con una mujer Samaritana que era una pecadora, y á su ejemplo concededme á mí la gracia de conferenciar con vos, á fin de que por medio de vos pueda también ver el rostro de mi Salvador. »

El santo Obispo respondió á esta carta tal cual se debía esperar de su caridad y prudencia, cuya respuesta puede servir de regla á los ministros de Jesucristo en las ocasiones en que el celo debe ser principalmente dirigido por la circunspección: « Quien quiera que vos seais, le dijo, sois conocida de Dios, quien ve cual es vuestro propósito y vuestra voluntad. No penséis en tender un lazo á mi debilidad; pues soy un hombre pecador. Si queréis, pues, verme con la intención de ser instruida en la fé y practicar la virtud, aquí estoy con otros obispos; yo os hablaré en su presencia; pero no os creais que os hable á solas. »

La pecadora recibió esta respuesta con grande alegría, y se apresuró á ir á encontrar al santo Obispo en la iglesia de san Julián, mártir, en donde estaba con los otros. Allí, echándose á sus piés en presencia de todos, le dijo: « Os suplico, Señor mío, que imitéis á Jesucristo vuestro maestro, y que me hagáis experimentar los efectos de vuestra bondad haciéndome cristiana. Mí alma es como un océano de pecados y un abismo de crímenes, de que os ruego me purifiqueis con el santo bautismo.

San Nono le respondió que los cánones eclesiásticos no

permitían bautizar las personas de su profesión, á no ser que álguien respondiese de su futura buena conducta. Pero á estas palabras ella abrazó de nuevo sus piés, y regándolos con sus lágrimas le dijo : « Yo os encargo de mi alma delante de Dios ; vos sois el que responderéis de ella, yo os imputaré todos los pecados que cometa en adelante, si diferis el otorgarme la gracia del bautismo. Yo ruego al Señor que no tengáis parte con sus santos, y que seais del número de los incrédulos y de los paganos, si hoy no me purificais de mis pecados para hacerme esposa de Jesucristo. »

Los obispos y los eclesiásticos, testigos de estas señales de penitencia, confesaron que nunca habían visto otra semejante, y convinieron que en esta ocasión los cánones se debían interpretar en su favor, después no obstante que hubiesen dado conocimiento de ello al patriarca. Le mandaron, pues, el diácono Jaime, para informarlo del asunto. Se alegró en el alma por ello, y respondió á san Nono que semejantes obras estaban reservadas á su celo, y que él mismo podía conferir el bautismo á esta pecadora convertida. Al mismo tiempo le envió una matrona, llamada Romana, que era la primera entre las diaconisas de su Iglesia, para practicar en esta sagrada ceremonia lo propio de su ministerio, según la disciplina de aquel tiempo.

Romana aun la halló á los piés del santo Obispo, de donde no la podía sacar, y le dijo : « Lavantaos, hija mía, á fin de hacer sobre vos los exorcismos, y confesad vuestros pecados. » Ella respondió : « Si quiero escuadriñar los adentros de mi corazón, ni siquiera hallaré una obra que sea buena ; y yo sé que el número de mis crímenes supera el de los granos de arena del mar ; pero espero que el Señor echará sobre mí una mirada de misericordia, y me librará del peso insoportable de mis iniquidades. »

San Nono le pidió su nombre, á lo que ella respondió

que sus padres en su nacimiento la habían llamado Pelagia ; pero que después el pueblo de Antioquía la había llamado Margarita. El santo prelado la bautizó con el nombre de Pelagia, y después le dió los sacramentos de la Confirmación y de la santa Eucaristía ; y después la diaconisa Romana, convertida en su madre espiritual, la condujo al lugar destinado para los catecúmenos, y san Nono, quien se hallaba también en el mismo lugar, dijo al diácono Jaime : « Hermano mío, hoy debemos alegrarnos con los santos ángeles por haberse convertido esta pecadora. Así, aunque no sea esta nuestra costumbre, se nos servirá á la mesa un poco de aceite y vino.

Mientras tomaban su frugal comida con esta inocente alegría, el espíritu de las tinieblas hizo estallar su furor contra el santo Obispo. Se oyó una voz horrible, como la de un hombre poseido del demonio, que gritaba : « Pobre de mí ! ¿ qué es lo que yo no he de sufrir por ese viejo decrepito ? ¿ No te bastaría haberme arrebatado treinta mil sarracenos, y haber también ganado para Jesucristo los habitantes de Heliópolis, que eran todos míos ? ¿ Y ahora aun me arrebatas esa en la cual yo fundaba mis mayores esperanzas ? ¿ Podré sufrir por más tiempo las pérdidas que me causas ? Maldito sea el día de tu nacimiento, pues tú no vives más que para hacerme una cruel guerra. » Estas palabras fueron oídas por todos los asistentes, y no perdonó más á la neófito ; pues le dirigió con una voz lamentable sus quejas por su deserción, reprochándole que él la había colmado de bienes y honores, y que por una negra traicion lo había expuesto, abandonándolo, á los desprecios é insultos de los cristianos. Pero san Nono le dijo que hiciese el señal de la cruz, lo que hizo desaparecer al maligno espíritu. Por la noche se atrevió á atacarla segunda vez, pero ella lo hizo huir con las mismas armas.

Tres días después de su bautismo se hizo traer por uno

de sus domésticos, de quien se fiaba más, cuanto tenía en oro, en plata, en adornos y en vestidos preciosos, y lo presentó á san Nono diciéndole : « Ahí están, Señor mío, los bienes con que el demonio me enriqueció, yo los pongo en vuestras manos, á fin de que dispongais de ellos como mejor os parezca ; yo ya no aspiro á otras riquezas que á las de mi Señor Jesucristo. » El Santo mandó llamar al tesorero de la iglesia, y, en su presencia, entregándole cuanto ella le había confiado, le dijo : « Prometedme en nombre de la santísima Trinidad que no emplearéis nada de esto para la Iglesia, sino que lo distribuiréis todo á las viudas, á los huérfanos y á los pobres, á fin de que esto que fué mal adquirido sea legítimamente distribuido, y que las riquezas de una pecadora sean convertidas en tesoros de justicia ; y si, contra vuestro juramento, quitais de ello alguna cosa, ó por vos mismo ó por medio de algún otro, pido á Dios que vuestra casa sea herida por el anatema, y que vos tengais la misma suerte que aquellos que en el tiempo de la pasión del Salvador gritaron : *Crucificadle, crucificadle.* »

Pelagia, por su parte, también llamó á todos sus esclavos y esclavas, les dió la libertad, é hizo á cada uno dádivas de aquello que se había reservado para ellos. Acompañó sus dones con una breve amonestación que les dió, diciéndoles : « Apresuraos, hijos míos, á separaros del siglo perverso donde el pecado domina, á fin de que, así como en él hemos vivido juntos, también nos hallemos reunidos sin dolor en esta vida celestial, que es la única dichosa. »

A los ocho dias dejó los hábitos blancos, que los neo-bautizados llevaban durante ese tiempo por señal de la inocencia que habían recobrado, y aprovechándose de la noche para mejor ocultar su secreto, de que solo san Nono fué consabidor, se revistió de un cilicio y un pequeño manto que este santo le dió, y se fué á Jerusalén. Mientras tanto

la piadosa Romana, que se acostaba cerca de ella en el mismo departamento, y que la guardaba como á su hija espiritual á la cual amaba con ternura, cayó en una aflicción extrema; pero san Nono la consoló, y le dijo que cambiase sus lágrimas en cantos de alegría, porque Pelagia, á imitación de santa Melania, había escogido la mejor parte. En efecto, había pasado de Jerusalén al monte de las Olivas, donde, habiendo cambiado su nombre en el de Pelagio, á fin de no ser conocida, se había encerrado en una celda que ella había construido.

Algún tiempo después, habiendo terminado los asuntos por los cuales el patriarca había convocado su sínodo, los obispos se volvieron á sus respectivas diócesis, y san Nono se fué á Heliópolis; pero tres ó cuatro años después su diácono Jaime tuvo devoción de hacer el viaje de Jerusalén y le pidió el permiso. Se lo concedió sin dificultad, y le añadió: « Os recomiendo, hermano mío, que os informéis, cuando hayais llegado allí, de un monje llamado Pelagio, quien vive recluso hace algunos años, y le saludaréis de mi parte. Estoy persuadido que la visita que le haréis os será útil. »

Jaime no faltó á esta orden, y después de haber satisfecho su piedad en el sepulcro de Nuestro Señor, se puso á buscar á Pelagia bajo el nombre del solitario Pelagio, y la halló por fin en el monte de las Olivas dentro de una estrecha celda cerrada por todas partes, á excepción de una pequeña ventana que le daba claridad, y por donde recibía aquello que le era necesario.

Allí llamó, y la penitente habiendo abierto, lo reconoció, pero él no la pudo reconocer, porque sus austeridades habían cambiado del todo sus fisonomías, de suerte que en lugar de aquella hermosura que antes de su conversión la hacía admirar de todo el mundo, tenía los ojos hundidos y el rostro en extremo extenuado.

Ella le preguntó solamente de donde venía, á lo que respondió que su obispo Nono lo había enviado : *Que ruegue por mí*, le dijo ella, *pués es en realidad el Santo de Dios*, y al momento cerró la ventana para cantar el oficio de Tercia. Jaime también hizo su oración delante de la muralla de esta celda, muy edificado de aquello que había visto. A su regreso á Jerusalén, visitó los monasterios de los arrabales, y le dijeron por todas partes tanto bien del solitario Pelagio, que determinó hacerle una segunda visita, esperando recibir de él algunas instrucciones para el provecho de su alma.

Fué de nuevo á llamar á su ventana, y lo hizo muchas veces sin que le respondiese. Entonces pensó en si mismo que tal vez no había nadie ; pero un presentimiento secreto, que creyó venía de Dios, le hizo enseguida juzgar que la solitaria había muerto. Hundió la ventana para ase- gutarse de ello, y vió que no se había engañado. Tapó la ventana con barro y volvió con diligencia á Jerusalén para anunciar la muerte del solitario Pelagio.

Los religiosos de diferentes monasterios fueron allí seguidos de muchas personas del pueblo, y sacaron el santo cuerpo fuera de la celda ; pero cuando quisieron lavarlo, descubrieron que era una mujer, y no pudieron impedir que el pueblo, á quien querian ocultarlo, se apercibiese ; de modo que todo el mundo exclamó : « Gloria os sea Señor Jesus, que teneis tesoros de gracia ocultos sobre la tierra, no solo entre los hombres, sí que también entre las mujeres. » El rumor de esto pronto voló á paises lejanos, y los solitarios de Jericó y del Jordán acudieron allí con hachas y lámparas, entonando salmos y cánticos, y la sepultaron con la mayor pompa.

SAN SABAS, ARCHIMANDRITA.

Esplicando la vida de san Sabas seguiremos al monje Cirilo, como hemos hecho al explicar la de san Eutimio ; y estamos tanto más seguros de la verdad de su historia, cuanto que él en su juventud tuvo la dicha de ser educado por este gran Santo y que su exactitud esta reconocida por todos los sabios en la *Historia eclesiástica y monástica*.

La aldea Mutalasco en Capadocia (diócesis de Cesárea) se hizo célebre por el nacimiento de san Sabas, cuyo padre se llamaba Juan y Sofia la madre, ambos muy distinguidos por su nobleza y su virtud. Juan, quien ejercia la profesión de las armas, viéndose obligado á trasladarse á Alejandria, se llevó á su mujer, y dejó al Santo, sólo de edad de cinco años, á su hermano llamado Hermias, con todos los intereses que poseia. Sabas estuvo dos ó tres años en su compañía ; pero se vió obligado á abandonarlo á causa de su esposa que era muy impertinente. Se refugió en casa de otro tío llamado Gregorio, quien era sacerdote y moraba en la aldea de Scandos, poco apartada de la de Mutalasco, y el cual lo recibió como buen padre. Este proceder causó la disensión entre Hermias y Gregorio, pretendiendo cada uno ser dueño del sobrino y de los bienes del padre ; pero el Santo, aunque sólo contaba ocho años, fué más sabio que ellos, y para terminar sus discusiones se retiró á Flaviania, monasterio situado á una pequeña legua de Mutalasco, habitado por setenta solitarios, donde se consagró á Dios. Allí se instruyó en la disciplina regular, y en poco tiempo aprendió el Salterio y todas las constituciones

monásticas que se observaban en aquella santa casa.

Sus tíos, ofendidos por su retiro, sea que temiesen los reproches de su padre, sea que sintiesen haberle dado ocasión con sus contiendas, fueron juntos al monasterio, é hicieron cuanto supieron para obligarle á salir de él. Le prometieron casarlo cuando tuviera la edad y ponerlo en posesión de los bienes de su padre; pero Dios, que se lo había reservado para servirle en la religión, le dió la virtud necesaria, aunque tan joven, para resistir á sus solicitudes. Quiso más vivir en la humillación en la casa del Señor que engolfarse en los negocios tumultuosos del siglo; y acordándose de estas palabras del Salvador: *Aquel que pone la mano en el arado y mira detrás, no es apto para el reino del cielo* (Luc. 2), se dijo á sí mismo: « Yo debo huir como de serpientes de aquellos que me quieren apartar con sus consejos del servicio del Señor, al cual yo me he comprometido, por temor que, dejándome debilitar, caiga en la maldición de que habla el Profeta cuando dice: *Maldito sea aquel que se aleja de vuestros mandamientos* (Psal. 118). » Tales fueron los generosos sentimientos de su piedad en una edad aun tan tierna.

También se puede juzgar de su fervor, y de cuánto procuraba mortificarse, por este hecho considerable que cuenta Cirilo. Trabajando en el jardín vió un árbol cargado de hermosas manzanas, y cogió una con el propósito de comérsela, aunque fuese antes de la hora de la comida; pero teniéndola en la mano, se reprochó al momento este deseo inmortificado, acordándose que una acción semejante había hecho caer á Adán en el pecado y producido todas las miserias del mundo. « ¿ Cómo, dijo, me atreveré á renunciar á la hermosa virtud de la abstinencia y apesadumbrar mi alma por una infidelidad tan indigna? ¿ Por ventura no sé yo que á la manera que en los árboles antes aparece la flor que los frutos, así la abstinencia produce en

nosotros la práctica del bien? » Diciendo esto arrojó al suelo la manzana que había cogido, la pisoteó y se impuso la ley inviolable de no comer de esta clase de fruta en lo restante de su vida. Dios recompensó la victoria que en esta ocasión obtuvo sobre la gula, con la gracia de la continencia y librándole de la tentación del sueño. Aun se volvió más fervoroso en los trabajos de la penitencia, que también abrazó con alegría de corazón, domando el espíritu con la mortificación interior, y al cuerpo con el trabajo; y se ejercitaba en estos actos con tanto fervor, que su historiador no repara en afirmar que aventajaba á todos los otros religiosos del monasterio en humildad, obediencia y mortificación.

También se cuenta una hazaña admirable de su fervor en sus primeros años, que Dios autorizó con un milagro. El panadero del monasterio había puesto en el horno sus hábitos para hacerlos secar, no habiéndolos podido poner al sol, por estar lloviendo. Se olvidó después de retirarlos, y al día siguiente habiendo los hermanos recibido orden del superior para hacer pan, hicieron calentar el horno, y el panadero no se acordó que tenía allí sus hábitos, sino cuando el fuego ya estaba bien encendido. Nadie osaba entrar en el horno para retirarlos; pero el joven Sabas, lleno de una fé viva, se armó con la señal de la cruz, entró audazmente en medio de las llamas y retiró los hábitos sin recibir el menor daño. Los circunstantes quedaron todos admirados de su valor y de un prodigio tan evidente. Dieron por ello gloria al Señor, y se dijeron los unos á los otros, como en otro tiempo se dijo en el nacimiento de san Juan Bautista: *¿Cuál pensais que será un día este niño, á quien el Señor en esta edad favorece con tan grandes dones* (Luc. 1)? Cirilo dice que aprendió esto del sacerdote Gregorio, tió del Santo. Todavía moró diez años en este monasterio, haciendo siempre nuevos progresos en las virtu-

des de su estado. Pasado este tiempo sintió en su corazón un ardiente deseo de visitar los santos Lugares, y de pasar de allí á un desierto para vivir en él enteramente separado de las criaturas. Al efecto pidió el permiso á su superior, quien no creyó debérselo conceder ; pero Dios, que le había inspirado tal propósito, proveyó con una visión, en la cual el superior oyó una voz que le decia : *Deja marchar á Sabas, para que me sirva en el desierto.* Despues de esta orden del cielo lo llamó aparte, y le dijo : « Dios me ha mandado que os deje ir al desierto ; me lo ha hecho conocer en una visión ; os lo permito pues ; os podeis retirar en paz ; pero hacedlo sin decir nada á los otros hermanos. Deseo que el Señor esté con vos. »

Sabas, confirmado en su piadoso propósito por estas palabras de su superior, y escudado con su bendición, salió del monasterio y tomó el camino de Jerusalén. Tenía dieciocho años, y era, dice el monje Cirilo, al fin del reinado del emperador Marciano, siendo Juvenal obispo de Jerusalén. El primer monasterio en que se detuvo, fué el de san Pasarión, gobernado á la sazón por el abad Elpidio. Allí pasó el invierno, y hubieran querido que se hubiese quedado ; pero se escusó siempre, no suspirando más que por la soledad, hácia la cual sentía un poderoso atractivo desde su infancia.

Al mismo tiempo oyó hablar de san Eutimio como de una de las más resplandecientes lumbreras de los desiertos de Oriente, y deseó vivamente ir á visitarlo.

El pidio, á quien lo consultó, aprobó su resolución, y le dió un guía para acompañarlo hasta la laura del Santo, en donde aguardó en compañía de los otros religiosos, que viniera de su caverna, como hacía todos los sábados. Así que hubo llegado le suplicó llorando que le recibiese en el número de sus discípulos ; pero el Santo viéndolo tan joven le respondió : « No conviene, hijo mío, que á la edad que

teneis vivais en la laura ; ella no es para los jóvenes ; id al monasterio del abad Teutista, y allá hallaréis el provecho de vuestra alma. » — « Yo no sabría dudar, mi venerable Padre, le respondió Sabas, que el Señor, cuya Providencia se hace extensiva á todo el mundo, me ha conducido aquí para ponerme entre vuestras manos para que pueda obrar mi salud como deseo ; así es que haré cuanto me mandeis. » En vista de esta respuesta, san Eutimio lo envió á san Teutista y le encomendó que tuviera de él un cuidado particular, porque preveía que el Señor un día haría del mismo una de las más firmes columnas del orden monástico.

No se puede dudar, dice el monje Cirilo, que Dios no hubiese revelado á san Eutimio el designio que tenía de hacer del joven Sabas el más célebre Padre de los anacoretas, y que un día los gobernaria en calidad de superior general ; y él no quiso recibirlo en su monasterio á la edad que entonces tenía, á fin de que por su ejemplo aprendiera á hacer lo mismo con los jóvenes cuando fundaría su laura, que debía ser la más famosa de la Palestina y servir de modelo á todas las otras.

San Sabas viéndose bajo la dirección del bienaventurado Teutista, renovó entre sus manos la resolución que había tomado de consagrarse á Dios, no poniendo otros límites á su sacrificio que los de la obediencia. Le puso en disposición para cuanto se pudiera exigir de él. Estableció por fundamento de su conducta espiritual una humildad profunda, una obediencia ciega. Aunque durante el día fuera infatigable en su trabajo, siempre era el primero en asistir al oficio divino y el último en salir de la iglesia. Además de haberle dotado Dios de una extraordinaria fuerza de espíritu y de un corazón generoso para todo aquello que pertenecía á su servicio, era robusto y de una talla muy aventajada, y hacía tres veces más trabajo que los otros. Por una parte se le veía servir en el altar y en cuanto era del culto

de Dios con gozo y alegría de corazón ; por otra, era infatigable en servir á los hermanos, llevando el agua y leña necesarias, prestándose á las necesidades de todos, y portándose en los diferentes ministerios que le confiaban de un modo irreprochable, en tal suerte que los religiosos del monasterio no podían admirar bastante como, siendo tan joven, cumplía con tan diferentes empleos y con tan grande discreción.

El demonio, envidioso de sus progresos en las virtudes religiosas, se sirvió de un mandato de su superior para tenderle un lazo ; pero Dios, quien siempre bendice la santa obediencia, hizo que este artificio del demonio resultara en confusión de este mismo, y confirmó á los religiosos del monasterio en la alta idea que tenían de la solidez de su virtud. Habiendo uno de sus cohermanos sabido que sus padres habían muerto en Alejandría, que era su patria, rogó al bienaventurado Teutista le permitiera ir allí para ordenar su sucesión, y le diera á Sabas por compañero de su viaje. El santo abad accedió á ello ; y cuando hubieron llegado allá, Sabas fué encontrado y reconocido por sus parientes. Le instaron mucho á que cambiase de estado y tomase el del servicio del príncipe, prometiéndole un destino ventajoso ; pero él rechazó esta proposición diciéndoles : « Yo me he comprometido á la milicia del Rey de los reyes, y no sabría abandonar su servicio. Ni aun podré mirar como parientes míos á los que me dan un consejo tan perverso ; y para decíroslo en una palabra, he resuelto perseverar hasta el fin en el estado santo que he abrazado, y espero que Dios me concederá la gracia de morir en él. »

Ellos no cesaron en hacerle nuevas instancias ; pero vencidos por su firmeza, le presentaron veinte piezas de oro para su viaje. Tomó solamente tres para no contristarlos con un nuevo rehuso, y á su vuelta las puso en manos de su superior Teutista.

Hacía ya diez años que estaba en el monasterio cuando este bienaventurado abad murió. Maris le sucedió, y Longino dos años después, como lo hemos dicho en la vida de san Eutimio. Nuestro santo rogó á este último le permitiera retirarse á una caverna que estaba fuera del monasterio, cerca de un precipicio por la parte del mediodía, contando vivir allí como anacoreta. Hasta entonces había dado pruebas de todas las virtudes religiosas, y se había colocado por encima de los más ancianos con su abstinencia, su humildad, su obediencia y su asiduidad en la oración en las vigílias de la noche. Pero, aunque Longino estuviese convencido de los grandes progresos que había hecho en su estado, no se atrevió á permitirselo á causa de su edad, pues entonces sólo tenía treinta años, sin recibir antes el consejo de san Eutimio. La respuesta de este varón esclarecido de Dios fué que se lo podía conceder. De momento le dió permiso para morar cinco semanas en la caverna, como para hacer la prueba ; y después permaneció en ella cinco años, sin faltar, empero, en ir todos los sábados al monasterio para participar de los santos Misterios con los hermanos. Pasaba, pues, toda la semana en un profundo silencio, en la oración, rigeroso ayuno y en el trabajo. En los cinco primeros días hacía cincuenta cestas, que el sábado llevaba al monasterio para entregarlas al superior, y el domingo después de vísperas volvía á su caverna, cargado de tantos ramos de palmera cuantos necesitaba para sus obras en el resto de la semana.

San Eutimio sabedor de su modo de vivir, y reconociendo con esto la solidez de su virtud, después se lo llevó todos los años con él al retiro que había acostumbrado hacer en la soledad de Rubán después de la octava de los Reyes con su discípulo Demociano. Allí, separados de todas las criaturas, escitaban su corazón para unirse más íntimamente con Dios por el ejercicio de la santa oración ; y san

Eutimio, trabajando en formar siempre más á Sabas en las más encumbradas virtudes, admiraba con un consuelo extremo su sabiduría y su ardor por la perfección, y por esto le llamaba *el joven viejo*, como por la misma razón se ha dicho de san Macario de Egipto.

En una de estas retiradas fué cuando, habiendo pasado con san Eutimio de Rubán á un desierto más escondido y más allá del mar Muerto por la parte del medio día, se hallaron en un lugar seco, que les faltó el agua durante algunos dias. Sabas, abrasado de calor y de sed, no podía soportar el fuego que sentía en sus entrañas, y se encontró imposibilitado para marchar. San Eutimio, movido de piedad, se alejó de él un poco se postró en tierra, y dijo á Dios: « Dadme, Señor, un poco de agua en esta tierra árida, para que este religioso pueda apagar su sed. » Después de una corta, pero ardiente oración, llamó á Sabas, y dando dos ó tres golpes á la tierra con un escardillo que llevaba, hizo salir agua que bebió; lo que, por mayor maravilla, no solo restableció sus fuerzas, sino que aun le dió un nuevo valor para vencer todas las dificultades de la vida eremítica.

Esta fué la última retirada que hizo al desierto con san Eutimio; pues esta grande lumbrera de la soledad se extinguió algunos meses después. Su muerte trajo fatales consecuencias al monasterio de san Teutista. No estando los religiosos sostenidos por sus visitas y consejos, el vigor de la disciplina regular se debilitó entre ellos, y san Sabas habiéndose apercebido de esta relajación, no aguardó que presentase mayores creces, sino que se retiró á la parte de Oriente, en donde san Gerásimo brillaba por el resplendor de sus virtudes como el sol del medio-día, y se estableció en el desierto de Cutila. Todo el tiempo que estuvo en él llevó una vida más celestial que terrestre; pues, además de los rigurosos ayunos que practicaba y de su completo alejamiento

de todas las criaturas, sólo se ocupaba de Dios y de sus perfecciones divinas, y trataba, en cuanto es capaz la débil criatura, de retratar en su alma su santidad como en un espejo, con la pureza de su vida. Los demonios tentaron de turbar allí su reposo con sus prestigios. Una noche que el descansaba sobre la arena, se le presentaron en su alrededor bajo la forma de serpientes y escorpiones ; pero él los puso en fuga con la señal de la cruz. Otra vez uno de estos malignos espíritus quiso espantarle presentándosele bajo la figura de un león, cuya horrible mirada parecía amenazar devorarlo ; pero el intrépido Sabas, quien ponía toda su confianza en Dios, le dijo : « Si el Señor te ha dado algún poder contra de mí, ¿ qué aguardas en demostrarlo ? ¿ Si por el contrario no te lo ha dado, porque te empeñas en tus vanos esfuerzos ? Tú jamás me separarás de él con tus prestigios. Él nos ha dicho en sus divinas Escrituras, *que nosotros marcharemos sobre el áspid y sobre el basilisco, y que conculcaremos al león y al dragón* (Psal. 20). » San Sabas jamás recibió daño alguno de los animales de los diferentes desiertos en que habitó, por más que con frecuencia halló á su paso, á que se encontró en medio de ellos.

Durante su morada en el desierto halló tres Sarracenos, quienes habiéndose puesto en camino sin provisiones, se encontraban en extremo oprimidos por el hambre. Se apiadó de ellos y les presentó algunas raíces que llevaba en su piel de oveja. Estos bárbaros las comieron con avidez quedando por ello muy contentos. Procuraron después descubrir el lugar del desierto donde se retiraba, y algunos dias después le presentaron pan, pequeños quesos y ramas de palmera. Sabas admiró su reconocimiento ; y como todo lo elevaba á Dios, se compungió por sus infidelidades más insignificantes, y derramando lágrimas dijo : « Ay de mí, alma mía ! Mira cómo los bárbaros han hecho mucho camino y han penado más para venir á reconocer el pequeño servicio

que les presté. ¿ Que no debemos hacer nosotros por Dios, ingratos como somos, por ese Dios, quien todos los días nos colma de tantas gracias y dones? No obstante, lejos de corresponder con una fiel obediencia á sus mandamientos, y con las alabanzas que le debemos, pasamos toda la vida en el olvido de sus bondades, y en el relajamiento y en la pereza para todo cuanto pertenece á su servicio. » Quédó tan penetrado de esta piadosa consideración, que su compunción duró muchos días, sirviéndole de coloquio interior con Dios en la oración, que no dejó de hacer durante este tiempo, ya de noche, ya de día.

Rubán y Cutila eran dos desiertos contiguos, ó más bien no formaban más que un mismo desierto, al cual el historiador del Santo da indiferentemente estos dos nombres. Después de esto que acabamos de relatar, dice que un solitario llamado Anto, discípulo de san Teodosio, de quien hablaremos más tarde, fué á encontrarlo en el desierto de Rubán donde entonces estaba, y le habló mucho del mérito de su maestro ; y después san Sabas y san Teodosio contrajeron una estrecha amistad. Mas mientras Anto estaba con Sabas en este desierto, divisaron que á lo lejos venían unos Serracenos, quienes, por un designio malicioso, determinaron que uno de ellos se adelantara para tentarlos, y que si se les resistían vendrían ellos mismos, los atarían llevándoselos como esclavos. Los dos Santos penetraron fácilmente su perversa intención, y en el peligro que les amenazaba, rogaron al Señor que los librase de las manos de estos bárbaros. Apenas hubieron hecho una corta oración, que la tierra se abrió bajo los piés del que se había adelantado hácia ellos, tragándolo todo vivo ; lo que horrorizó tanto á los otros, que emprendieron la retirada. A este objeto Dios hizo también la misma gracia á Sabas, que le había hecho para preservarle de las bestias feroces. Le protegió igualmente contra los bárbaros, y ninguno se atrevió á causarle daño alguno.

Pasó cuatro años en este lugar, y habiendo ido después á la montaña en que la emperatriz Eudoxia había tenido coloquios de piedad con san Eutimio, pasó allí toda la noche en oración. Durante su oración, se le presentó un ángel todo resplandeciente por una luz celestial, y le dijo : « Si tú quieres, para la gloria de Dios, formar en esta soledad como una ciudad de santos habitantes, baja hasta el torrente por la parte de Oriente, desde donde verás una caverna en que jamás ha habitado nadie. Escógela por tu morada ; y aquel que con su providencia nutre á las bestias de carga y á los pequeños cuervos, también cuidará de tu sustento. »

Esta caverna estaba en una montaña por cuya cima pasa el torrente de Cedrón, á cuatro ó cinco leguas de Jerusalén y á tres de Belén. No le fué difícil á san Sabas el descubrirla así que hubo bajado á la orilla del torrente, ó sea al lugar que el ángel le había indicado. Empezaba sus cuarenta años cuando entró en esta caverna ; y para marcar aquí todas las épocas de su historiador, era el año en que el patriarca Anastasio murió y tuvo á san Martirio por sucesor, y el mismo en que el emperador Zenón habiendo vencido á Basilisco, ¹ volvió á tomar el gobierno del imperio. A buen seguro que Cirilo especifica estas épocas porque esta caverna empezó desde entonces á ser santificada por las eminentes oraciones del gran Sabas, en la cual levantó la famosa *laura* que fué la madre de muchas otras, la que siempre conservó el nombre del Santo.

Como sólo se podía pasar á ella con muchísima dificultad, san Sabas se vió obligado á componer una maroma, que suspendió á la entrada, de la cual se servía al subir y bajar para no exponerse á dar un paso falso que le precipitase en el torrente. Esta sogá aun le servía más cuando llevaba el agua que necesitaba, que iba á buscar dos leguas

¹ Es en el año 475, que Zenon, vencedor de Basilisco, volvió á Constantinopla.

lejos, en una fuente llamada *heptascoma*, ó de siete bocas, porque la del torrente no era buena. Poco tiempo después de haberse establecido allí, pasando por ahí cuatro Sarracenos, quisieron intentar subir; pero no sabiendo bien las direcciones que debían tomar, por presentarse, la peña escarpada por todos lados, el Santo, quien se apercibió de su embarazo, les tiró su cuerda con la cual subieron. Lo hallaron sin la menor provisión, pues no tenía más que su vasija de agua y sólo comía yerbas y raíces que crecían sobre la montaña. Quedaron maravillados de un despojamiento tan grande, y juntando el afecto á la admiración, después lo visitaron de tiempo en tiempo, llevándole pan, pequeños quesos, dátiles y otras cosas que podían recoger.

Hacia ya cinco años que vivía en esta caverna, no pensando más que en purificar su espíritu y desapegar su corazón de los objetos criados para hacerse cada día más digno de unirse á Dios por una amorosa contemplación, cuando este divino Maestro, quien lo había conducido á este lugar para que ejercitase á los otros en el santo combate contra los demonios y las humanas pasiones, lo hizo conocer á muchos y le llevó discípulos. A la sazón contaba cuarenticinco años, y se asamblearon con él setenta solitarios, quienes vinieron de diferentes lugares del desierto para ponerse bajo su direccion. Los principales fueron Juan, Jaime, Firminio, Severiano, Juliano, quienes con el tiempo fueron todos superiores ó fundadores de diversas *lauras*, de que hablaremos en el capítulo siguiente.

Señaló á cada uno una pequeña celda, ó una caverna; pues habían muchas en esta montaña; y tuvo la satisfacción de verlos á todos llenos de buena voluntad, del espíritu de Dios y de ardor para la mortificación. Se les podía llamar, dice el monje Cirilo, un coro de ángeles, un pueblo de valerosos combatientes, una ciudad de santos religiosos, y compararlos al sacro colegio de los setenta discípulos de Je-

sucristo. Y para regularlos mejor, construyó una *laura* muy espaciosa sobre una colina, que estaba al norte del torrente, con un pequeño oratorio en medio, en el cual levantó un altar; y cuando algún sacerdote iba á visitarle, le rogaba que celebrase en él los divinos Misterios; pues su humildad le había impedido que se dejase ordenar de presbítero.

Por más que sus religiosos le hubiesen escogido por superior y su Padre, él se consideraba como su servidor y como el último de todos, y se ocupaba en los más bajos empleos, sirviéndoles de modelo de perfecta humildad. Las instrucciones que les daba eran admirables. Los animaba á ser enérgicos contra los asaltos del demonio, á que no se dejasen abatir por tristeza en las diferentes tentaciones de que se hallaban atacados; y les decía sobre todo, que aquel que ha renunciado al mundo para consagrarse á Dios, debe vivir en la espectación de los bienes eternos, y no relajarse en los trabajos de la penitencia escuchando la desidia de la naturaleza. Así nutriendo espiritualmente sus almas con su ejemplo y sus palabras, les daba un santo vigor y alas espirituales para elevarse al cielo con la práctica de las virtudes más perfectas.

La dificultad en tener agua dió ocasión á un milagro bien capaz de confirmar á sus discípulos en la justa confianza que tenían en su virtud. Hemos dicho que debía traer cuanta necesitaba de dos leguas lejos; quiso, pues, ahorrarles este trabajo, y se dirigió á Dios con viva fé para obtenerla: « Señor, Dios de las virtudes, le dije, si vos habéis escogido este lugar para ser en él glorificado por vuestros siervos, dignaos para nuestro consuelo hacernos hallar el agua que necesitamos, y que esté en un lugar más próximo. » Después de esta breve oración oyó que un asno silvestre rebuznaba en la falda del monte y cerca del torrente; y al favor de la luna que estaba en su pleno, pues era por la noche cuando oraba, vió que este jumento pateando hizo

un hoyo en la tierra, del cual salió agua que bebió. Señaló bien el lugar, y habiéndolo excavado, descubrió una cristalina fuente que dió agua en abundancia sin que jamás se secara, ni aun en las mayores sequias, por mas que todos sacaban cuanta querían. Dice el monje Cirilo que aun existía en su tiempo.

Otra vez, el Santo descendió de su caverna en medio de la noche, y se puso á pasear recitando salmos. Al momento, mientras oraba, vió al oeste del torrente una columna de fuego que se elevaba de la tierra al cielo. A la vista de tal fenómeno su corazón quedó sorprendido por una doble emoción de horror y de alegría, y le ocurrió esta exclamación del patriarca Jacob: *Este lugar es terrible ; es sin duda la casa del Señor.* (Gen. 28). Sin embargo continuó su oracion lo restante de la noche, y al rayar el alba se fué al lugar en que había visto esta columna, donde hallo un antro muy espacioso, cortado en forma de iglesia, y parecía que la mano de Dios lo había formado espresamente para servir por su culto. Hizo en él algunas mejoras para acabarlo de perfeccionar, y lo destinó para celebrar los divinos Misterios el sábado y domingo.

Mientras tanto su congregación se hizo más considerable, reuniéndose poquito á poco hasta ciento cincuenta religiosos ; lo que le obligó á multiplicar las celdas, tanto por una como por otra parte del torrente. Fué también necesario comprar bestias de carga para el servicio de la *laura*, de lo cual cuidó él mismo, á fin de que sus religiosos, teniendo, por su cuidado, cuanto necesitaban, no tuvieran necesidad de salir de la *laura*, y de comerciar con el mundo. Por este medio se conservaban mejor en el espíritu de retiro ; y no estando ocupados en los bienes temporales, no se empleaban más que en buscar los eternos.

Por mas que desease que se celebrasen los santos Misterios en la vasta caverna de que venimos hablando, dife-

rió sin embargo su dedicación, temiendo no se tomara ocasión de ahí para hacerlo sacerdote; pues se tenía por indigno del sacerdocio, y no quería que ninguno de sus discípulos aspirara á la clericatura, considerando este deseo como un sentimiento de ambición que debían echar de su corazón. Se contentó, pues, aguardando, con edificar encima de este antra una torre en la que se retiró, al cual comunicaba por una pequeña escalera en forma de espiral, por la que bajaba para rezar el oficio y hacer las funciones del servicio divino.

Creciendo su reputación, aumentó también el número de sus discípulos; y muchos de los que iban á ponerse á sus órdenes le llevaban considerables sumas de dinero, del cual empleaba la mayor parte en los edificios necesarios para los postulantes y los estrangeros, sabiendo que era agradable á Dios. Ningún religioso lo echaba á mal, sobre todo sabiendo que contaba con la aprobación del patriarca Martirio, quien lo había conocido en ocasión de san Eutimio, y le amaba mucho; pero después de la muerte de este patriarca, algunos de ellos manifestaron el descontento que hasta entonces habían ocultado en su corazón, y hasta tuvieron el atrevimiento de ir á pedir á Salustio, sucesor de Martirio, un superior para gobernarlos.

Salustio, prelado en extremo discreto, de momento fingió no conocerlos. Les preguntó en que desierto habitaban « Moramos, le respondieron, en la soledad del torrente. » « ¿Qué torrente? dijo el patriarca, para obligarles á explicarse mejor ». « El torrente, respondieron, que algunos llaman del abad Sabas. » Esta manera de responder hizo ver bastante que habían querido sorprender al patriarca, quien también les preguntó donde estaba el abad Sabas; pero sin dar una respuesta directa, replicaron que este era un hombre grosero y sin talento, incapaz para gobernar un monasterio, y que era escrupuloso hasta tal punto, que no

quería ser sacerdote, ni quería que se confiriera esta orden á ninguno de sus religiosos.

Cerico, sacerdote de la santa Resurrección y guardián de la santa Cruz, estaba con el patriarca. Tomó la palabra, y les dijo : « ¿ Sois vosotros los que recibisteis al abad Sabas en la laura, ó es él quien os recibió á vosotros? » — « Es verdad, respondieron, que es él quien nos recibió en ella ; pero como es un hombre muy estúpido, no está en condiciones de gobernarnos ahora que la comunidad se ha aumentado. » — Vosotros convenís, replicó Cerico, que es él quien os ha atraído, y quien con sus cuidados y trabajos ha vuelto este desierto habitable ; ¿ con cuánta más razón está en situación de dirigiros ahora que estáis todos reunidos en la laura como en una ciudad? ¿ El Señor que le ha asistido para reuniros y albergaros, le negará sus luces para gobernaros? »

El patriarca les dijo que volvieran al día siguiente que les daría una respuesta positiva, y sin saberlo ellos hizo comparecer á san Sabas, como que le debiera hablar de algún asunto. Asi que el Santo hubo llegado, mandó llamar á los descontentos, le ordenó de presbítero en su presencia, y les dijo : Hé aquí vuestro padre y vuestro superior. Ha sido establecido en este cargo, no por la elección de los hombres, sino por la del mismo Dios ; y yo, imponiéndole las manos, no he hecho más que prestar mi ministerio al Espíritu Santo quien lo ha escogido. » Enseguida los condujo todos á la laura, acompañado de Cerico, donde consagró la iglesia de que hemos hablado, y puso las reliquias de muchos santos Mártires debajo del altar. Esto tuvo lugar al principio del imperio de Atanasio, el 12 de diciembre, teniendo san Sabas cincuentay tres años de edad.

En el mismo año, el Señor, que había probado á su siervo con la contradicción de estos falsos hermanos, le compensó con la llegada de un Armenio, llamado Jere-

mías, quien estaba ya ejercitado en la vida monástica, pues también trajo consigo dos de sus discípulos. Este era un hombre de una piedad eminente, á quien Dios había enriquecido con sus dones. Sus dos discípulos llevaban el nombre de dos apóstoles, san Pedro y san Pablo, y marchaban fielmente sobre las huellas de su padre Jeremías. Sabas los recibió como un presente que el cielo le hacía. Los hospedó en una celda situada al norte de la caverna que él primeramente había habitado cuando moraba solo en este desierto. También les dió un pequeño oratorio, en el cual se reunían para rezar el oficio divino en su idioma; y por eso atraieron á muchos sujetos de su nación, quienes formaron una laura considerable. El monje Cirilo dice que Pablo, uno de los discípulos de Jeremías, por su virtud se hizo uno de los más célebres religiosos de la grande laura. Vivía en su tiempo, y le relató cosas maravillosas de nuestro Santo, y muchos hechos que sobre su testimonio ha referido en su historia.

Se dió á la iglesia de san Sabas el nombre de Teutista, como habiendo sido edificada por orden de Dios y el mismo año en que Salustio hizo su dedicación, el Espíritu Santo, dice Cirilo, condujo á la laura al bienaventurado Juan el Silenciaro, quien, de obispo que era, quiso volverse allí un humilde religioso. Este historiador también asegura haber aprendido de él muchas particularidades de la vida de san Eutimio y de san Sabas; lo que hace ver que en una y otra historia no refiere más que lo que vió, ó aquello que aprendió de testigos muy respetables y todos oculares: el obispo Juan tenía entonces trentiocho años. Con el tiempo fué padre espiritual de Cirilo, el cual también escribió su vida, de que hablaremos en su lugar.

Dice de nuestro santo, entre otras muchas cosas, que se aplicaba particularmente en imitar la conducta de san Eutimio, y que todos los años, á su ejemplo, pasaba la cuares-

ma retirado en el fondo del desierto, con la diferencia, que san Eutimio se retiraba á él ordinariamente después de la octava de los Reyes, y san Sabas sólo lo hacía después de haber celebrado la fiesta de san Antonio. En una de estas retiradas, que hacía cerca del mar Muerto, vió una pequeña isla que le pareció muy propia para secundar su gusto al recogimiento, y quiso pasar allí la santa cuaresma ; pero el demonio, enfurecido por su fervor, le hizo caer en un hoyo lleno de azufre encendido ; de suerte que salió con la piel toda quemada y le hizo sufrir mucho. Su rostro quedó por ello tan desfigurado, que á su regreso al monasterio, los hermanos sólo por el acento de su voz le pudieron reconocer. Muy lejos de afligirse por este accidente, rindió á Dios acciones de gracias ; sobre todo porque teniendo la cara quemada, no tenía que temer la vana complacencia que algunas veces inspira un exterior venerable.

Al año siguiente entró al fondo del desierto con uno de sus discípulos llamado Agapeto. Este una noche se había dormido sobre la tierra nuda, como acostumbraban hacerlo donde la noche los sorprendía. Mientras estaba en profundo sueño, un león colosal se acercó á él y le olfateó de piés á cabeza. A la sazón san Sabas hacía su oración, y Dios le dió á conocer el peligro en que se hallaba su discípulo de ser devorado por esta cruel bestia. Imploró su divina bondad en su favor, y su oración fué como un golpe de látigo que puso en fuga á este monstruoso animal. Agapeto subitamente se despertó, y viendo el peligro, corrió á refugiarse cerca del Santo, de donde tomó ocasión para advertirle que no se dejara arrastrar tan fácilmente por el sueño, y que velara así mismo en la guarda de su corazón.

En otra de sus retiradas Dios le hizo la gracia de descubrir un santo anacoreta bien esclarecido por el espíritu de Dios, como se vió por lo que vamos á decir. Fué san Juan el Silenciero quien lo contó al monje Cirilo, como le había

relatado lo que acabamos de decir de Agapeto. San Sabas estaba aún con este discípulo, y habiendo pasado el Jordán, subieron juntos por lo largo del río y por la parte del septentrión, y llegaron á una montaña escarpada, donde vieron una caverna. El espíritu del Señor, que guiaba los pasos de san Sabas, le inspiró que entrase en ella. Allí halló á un anacoreta, y su primera diligencia fué orar, según la costumbre de los santos solitarios. Concluida la oración, este anacoreta le dijo con un tono de admiración : « Sabas, siervo de Dios, ¿ quien os ha hecho conocer este lugar ? Há trentiocho años que estoy en él sin que haya visto á nadie ; ¿ como, pues, os las habéis arreglado para venir ? » — « El Señor que os ha revelado mí nombre, le respondió Sabas, también me ha conducido aquí. » Se saludaron mutuamente con los sentimientos de la fraternal caridad de los santos, y después de haber conferenciado juntos algún tiempo, el Sauto se retiró con su discípulo. Volvieron allí así que hubieron recorrido algunos otros lugares donde su piedad los condujo, y habiendo entrado en la caverna, hallaron á este solitario de rodillas vuelto su rostro al Oriente. San Sabas creyó que estaba en oración, y aguardó que hubiese concluido. Pasaron lo restante del dia aguardando asi ; pero viendo que la noche les caía encima, el Santo le dijo dulcemente como para tomar coraje : « Padre mío, encomendadnos á Jesucristo ; » pero como no recibiera respuesta, lo consideró más de cerca, y se apercibió que estaba muerto. « Venid, hijo mío, dijo á su discípulo, rindamos á este solitario los deberes de la sepultura. » Hicieron por él las preces acostumbradas de la Iglesia ; lo sepultaron en su gruta, y prosiguieron su camino después de haber cumplido religiosamente con este acto de caridad. Cirilo nota de paso, que en estas retiradas san Sabas pasaba la santa cuaresma sin tomar otro alimento que el de la santa Comunión, que recibía el sábado y domingo, y que cuando

se llevaba alguno de sus discípulos, quería que éste se llevase algunos pedazos de pan para nutrirse durante este tiempo.

Juan, sobrellamado Conón, padre de nuestro Santo, había muerto en Alejandria al hacer el patriarca Salustio la dedicación de la grande iglesia de su monasterio, llamada Teutista. Su madre, Sofia, habiendo sabido después las grandes cosas que su hijo hacía en la Palestina, y la reputación de santidad que allí había adquirido, vendió todos sus bienes y se fué á Jerusalén con grandes sumas de dinero. San Sabas le dió como un nacimiento espiritual en trueque del temporal que de ella había recibido, inspirándole la entera renuncia á las cosas del mundo; y tuvo la satisfacción de sostenerla en este piadoso sentimiento hasta su muerte, que acaeció algún tiempo después. Tuvo cuidado de tributarle sus últimos homenajes; y de aquello que ella le dejó al morir empleó parte en mejoras y en los jardines de su laura, y parte en edificar un hospital en Jericó. También construyó en su laura una enfermeria para los religiosos enfermos, y Dios hizo ver que nada emprendía que no fuese según su voluntad, por un favor de su Providencia que hizo á uno de sus religiosos que había mandado para hacer traer las maderas necesarias para este nuevo edificio. Este hermano, al volver de su viaje, en el camino se encontró tan oprimido por una ardiente sed, causada por el excesivo calor que hacía, que no podía dar un paso más. En esta estremidad levantó los ojos al cielo y dijo: « Señor, que el Dios de mi santo padre Sabas no me abandone. » Apenas hubo pronunciado estas palabras, que se halló cubierto de una niebla que lo refrigeró, y dándole un nuevo vigor le acompañó hasta su laura.

Había á una pequeña legua de su laura el monte-Castello, que había sido infectado por los malignos espíritus, al cual nadie osaba acercarse. Sabas, de edad entonces de

cincuenta y cuatro años, proyectó ir á pasar allí la cuaresma, confiando en la protección del Señor. Se llevó aceite de la lámpara que ardía delante del leño de la vera Cruz, con el cual roció algunos puntos del lugar, y comenzó allí su retiro y su ayuno. Los demonios, avergonzados é irritados por verse afrontados en este asilo, hicieron horribles estrépitos para obligarle á retirarse, y, por un efecto de la debilidad humana, empezaba á sentir algún terror; pero Aquel que en otro tiempo había fortificado al gran Antonio contra estos espíritus de las tinieblas, reanimó su valor inspirándole que confiara en la señal de la santa Cruz; lo que hizo. Después de este momento despreció todos sus ruidos y todos sus prestigios, continuando sus ayunos y oraciones hasta el fin de la cuaresma. Entonces estos malignos huyeron todos juntos bajo la figura de cuervos, dando gritos espantosos, y le cedieron la plaza para siempre. Unos pastores que velaban fueron por ellos aterrorizados, y dijeron entre sí: A buen seguro que los siervos de Dios habrán venido á establecerse en el Castello, cuando los demonios huyen con tanto ruido y precipitación; vayamos allí, y veremos si esto es verdad. En efecto, al amanecer se dirigieron al Castello, donde hallaron al Santo, á quien relataron lo que habían visto. El sólo les respondió estas palabras de san Pedro: *No temais á aquellos que os quieren intimidar* (Pet. 14); é idos en paz.

Volvió á la laura al fin de la cuaresma, y después de haber celebrado la fiesta de Pascua con sus religiosos, cogió algunos y juntos se fueron al Castello, donde preparó el sitio para levantar un monasterio, aprovechandose de algunos despojos que allí encontró para construir celdas. Descubrió también por un efecto de la Providencia, una casa secular muy vasta y construida con piedras muy hermosas, la cual estaba sepultada bajo un gran montón de tierra, y la destinó para servir de iglesia.

Mientras trabajaba en este nuevo edificio, faltó provisión ; pero Dios, que velaba por sus necesidades, envió un ángel al abad Marciano, como hemos dicho en el capítulo precedente, para que le llevara ; lo que ejecutó al momento. San Sabas lo recibió rindiendo á Dios acciones de gracias, en los mismos sentimientos con que David y el profeta Daniel lo habían glorificado por los auxilios que les había enviado ; y con esto pudo adelantar más la construcción del monasterio, lo que hacía con santa alegría, pensando que trabajaba para la gloria del Señor.

Cuando el monasterio estuvo en condiciones de ser habitado, puso en él por superior á un anciano anacoreta, llamado Pablo, y á su discípulo Teodoro, por administrador. Pablo murió algún tiempo después, y Teodoro ocupó su plaza. Recibió en el número de sus religiosos á Vergio, hermano de Teodoro, y á su tío, llamado Pablo, ambos de Melitena, quienes fueron superiores después de él, y luego obispos de Amathonta¹ y de *Ailath*, después de haber gobernado su monasterio con mucha reputación.

San Sabas escogió para el monasterio del Castello religiosos igualmente avanzados en edad y en virtud, y con estos reunió allí una de las más respetables comunidades de la Palestina. También estableció una casa de noviciado á media legua de su laura, no queriendo que aquellos que renunciaban al mundo para abrazar la vida religiosa, fuesen de momento recibidos en la laura, ni en el Castello ; sino que primeramente los formaba en el noviciado, y hasta, si eran demasiado jóvenes, los enviaba al monasterio de san Teodosio, que estaba á una legua y media de su laura.

Los novicios eran educados con gran cuidado en todos los deberes de la vida religiosa. Debían aprender de memoria el Salterio, y la salmodia para celebrar decorosa y reli-

¹ En la isla de Chipre.

giosamente el oficio divino, Eran muy probados por todos las prácticas de santo renunciamento, á fin de que muriesen bien en si mismos y se habituasen en las virtudes, y no pasasen de esta escuela á la gran laura, sino después que estuviesen purificados del afecto á las cosas del mundo, y se hubiesen ejercitado con fervor en el combate espiritual. « Es necesario, decía Sabas, que los que se destinen á vivir solos en las celdas de la laura, ya no tengan necesidad de instrucción sobre sus deberes, antes bien que estén en estado de darla á los otros. Conviene que sean templados, moderados, vigilantes, atentos en tener sus sentidos en regla, prontos en desechar la tentación, circunspectos en toda su conducta, y que teniendo su alma desgajada de los deseos de la tierra, en su soledad dirijan todos sus pensamientos y todos los movimientos de su corazón hácia Dios. » Tales eran los desvelos de este gran maestro de la vida religiosa en formar los novicios antes de admitirlos en la laura, donde viviendo solos en su celda, debían haber adquirido las disposiciones de los anacoretas, practicando fielmente durante largo tiempo las virtudes de los cenobitas.

Hemos dicho que Elpidio era abad del monasterio de san Pasarión. Tuvo sucesivamente por sucesores á Elias, Lázaro, Jeroncio, Anastasio. Este último y Lázaro menospreciaron la observancia por apegarse demasiado á los bienes temporales lo que introdujo allí el relajamiento. También la heregía, que se habia insinuado en los otros monasterios, habia causado en ellos tal libertinaje, que la mayor parte de las comunidades eran cuerpos sin cabeza, en las cuales cada uno se conducía según su capricho y sus falsas luces. Para remediar estos males, que el monje Cirilo deplora en su historia, el patriarca Salustio entregó al abad Marciano el gobierno general de todos los monasterios; pero muerto Marciano, Salustio convocó á los religio-

sos del territorio de Jerusalén, y *por su común sufragio*, dice Cirilo, estableció á san Sabas superior de todos los anacoretas, y á san Teodosio, de todos los cenobitas, como siendo uno y otro añade el mismo historiador, unos personajes separados de todo afecto á los bienes de la tierra, cuya vida estaba adornada de las virtudes, quienes habían recibido de Dios el don de la palabra, y estaban revestidos de su espíritu.

Elias, sucesor de Salustio en la silla de Jerusalén, quiso tener una comunidad de religiosos cerca de él. Al efecto asambleó á todos los que vivían en celdas separadas en la torre de David, y les construyó un monasterio cerca de su palacio y de la iglesia de la santa Resurrección, proveyéndolos de cuanto necesitaban para su sustento. Así que Sabas supo su traslado, compró las celdas que ellos habían dejado en la torre de David, donde hizo una enfermería para los religiosos de su laura, y también adquirió otras en el mismo lugar por la parte del norte para recibir á los monjes forasteros. Dios proveyó de un modo milagroso facilitándole el dinero que necesitaba para hacer estas adquisiciones; pues no teniendo la suma suficiente, recorrió á la oración durante la noche, y al día siguiente antes que saliera el sol, vió venir hácia él un desconocido quien le entregó ciento setenta piezas de oro, y al momento se retiró sin decir quien era, ni quien lo había enviado. También construyó dos enfermerías en Castello, un hospital cerca de Jerusalén y otro en Jericó, en un jardín que había adquirido.

El Señor cada día bendecía más sus piadosas empresas, que no tendían más que á su mayor gloria. Le envió dos Isaurianos, que eran hermanos según la carne, quienes después lo fueron según el espíritu por el hábito de religión, llamados el uno Teodulo y el otro Gelasio. El monje Cirilo dice que se podían comparar á Beseleel y Eliab

(Exod. 31), que Dios mandó á Moisés para construir el tabernáculo ; pues tenían un talento particular para los edificios, y le sirvieron de mucha utilidad, cual otro Moisés, para levantar casas al Señor. Con su auxilio construyó una panadería y una enfermería para los Armenios, cuyo número se había aumentado considerablemente ; y como el oratorio que les había dado, ya no los pudiera contener, les edificó una iglesia muy hermosa en honor de la santa Virgen, cuya dedicación hizo el patriarca Elías el día primero de julio y á los sesentitres años de nuestro santo. Añadió á todos estos monumentos de su celo para el provecho espiritual y temporal de sus religiosos, grandes receptáculos de agua del torrente para su jardin.

Después que hubo dado á los Armenios la nueva iglesia, les permitió continuar como antes en cantar en ella el oficio y otros cánticos en su lengua ; pero ordenó que el *trisagio* sólo se cantase en griego, para que fuese entendido por todos los Helenistas, es decir, por aquellos de sus discípulos que entendían el idioma griego. Le obligó á tomar esta precaución el saber que algunos de estos Armenios querían cantar este himno angelical con la adición de Pedro el Batanero, uno de los principales fautores de la herejía de Eutiques, y que consistía en estas palabras *Que habéis sido crucificado para nosotros*, á fin de atribuir en general la pasión á la santísima Trinidad, lo que renovaba el error de los Sabelianos. Sobre lo cual el monje Cirilo observa con razón que el Santo en esta ocasión obró conforme á las reglas de la justicia y piedad, no permitiendo que innovase por adición alguna temeraria y falsa lo que la Iglesia había ordenado, y cuidando que guardasen inviolable la tradición eclesiástica. También dispuso que el sábado se haría la colecta en la grande iglesia de la laura Teutista, y el domingo en la de la santa Virgen ; y por último quiso que en ambas iglesias se hiciera la vela sa-

grada — todos los domingos, desde el anochecer hasta el día siguiente por la mañana.

CONTINUACION DE LA HISTORIA DE SAN SABAS.

El demonio, quien no podía ver tan hermosas instalaciones y tan santas instituciones como espectador ocioso, despertó en el alma de los descontentos, de quienes hemos hablado más arriba, el resentimiento que antes habían manifestado al patriarca Salustio contra san Sabas, y creció aún por la envidia que les causó la bella disciplina que había establecido en el monasterio del Castillo, y por la inspección que el patriarca le había dado sobre todas las lauras y los anacoretas del territorio de Jerusalén. No se declararon de momento ; sino que procurando inspirar su pasión á los espíritus fáciles de seducir, se hallaron por fin reunidos en número de cuarenta, con el propósito de perderle. Cada día le tendían un nuevo lazo, y por último lo contrariaron tan fuertemente, que el siervo de Dios, temiendo que esto pasara á ser ruidoso y á producir escándalo, juzgó que haría bien en retirarse ; pues había aprendido, dice su historiador, á combatir contra los demonios con la fuerza de la gracia, y á ceder á los hombres en un espíritu de dulzura.

Se fué, pues, por la parte de *Scythopolis*, á una caverna donde un león acostumbraba retirarse. Habiendo este feroz animal comparecido hácia la media noche, lo halló dormido, y le cogió dulcemente con los dientes por la estremidad del vestido para sacarlo fuera. El Santo se despertó, y bien lejos de quedar horrorizado por la vista de este

animal, se puso á rezar el oficio. Durante este tiempo el león se estuvo fuera de la caverna ; pero después, habiéndose dormido otra vez el Santo, volvió á entrar y le tiró del vestido como antes. Entonces san Sabas le dijo : « La caverna puede servir para los dos, ya que tenemos un mismo criador que es Dios ; pero si tu no quieres morar conmigo, cédeme la plaza, pues yo soy hombre y formado á imagen de Dios. » Apenas le hubo hablado así, que el león, más humano que los religiosos que le habían obligado á dejar su mansión, se retiró dejándolo en paz.

Allí no permaneció mucho tiempo solo, pues muchos de Scythopolis y del vecindario fueron á ponerse á sus órdenes ; y, entre los otros, un joven llamado Basilio, pariente de Severo y de Sofronio, ambos los más calificados del país. Como la retirada de Basilio hiciera gran ruido, unos ladrones creyeron que al retirarse con el Santo, le habria llevado alguna suma considerable, y tuvieron la temeridad de ir por la noche á su celda para quitársela ; pero no habiendo encontrado en ella, en lugar de dinero, más que la pobreza evangélica practicada en todo su vigor, se volvieron más edificados de la virtud del Santo, que ofendidos por no haber hallado con que hacer botín.

Cuando se retiraban vieron venir hácia ellos dos leones de los más grandes de este desierto, y se creyeron perdidos. En el terror que de ellos se apoderó, convinieron en hablar así á estos animales : « Nosotros os mandamos, por las preces del abad Sabas, cuya virtud acabamos de admirar, que os apartéis del camino y nos dejéis pasar. » Cosa maravillosa ! el nombre del Santo fué para estos animales como un golpe de látigo que los puso en fuga. Los ladrones, maravillados por este prodigio, reconocieron aún más el mérito del Santo ; volvieron á él, se postraron á sus piés, le contaron lo que les había sucedido, y le prometieron cambiar enteramente de vida : lo que ejecutaron fielmente,



Imp. Chez la Citoyenne Perce.

Tom. III.

Disciples de Saint Sabas.

Discipulos de San Sabas.

ocupándose después en cultivar sus campos, y viviendo del fruto de sus trabajos, sin pensar en dañar á nadie.

No se descuidaron de divulgar lo que acabamos de decir ; de modo que pasando su relación de boca en boca, el número de aquellos que iban á verle aumentó tan considerablemente, que no quiso permanecer más en este lugar. Así es que, habiendo recomendado al Señor los discípulos que allí tenia, esperando que su gracia los sostendría en los principios de piedad que él les había inspirado, se volvió á la laura que había dejado, creyéndose que, durante su ausencia, aquellos que le eran contrarios se habrían por fin reducido.

Dios oyó sus votos en favor de los discípulos que dejó. Se aprovecharon de los consejos que les había dado, y se sostuvieron en la observancia regular. Después de su muerte, Eumato Isauriano habitó la celda del Santo, construyó allí un monasterio que fué muy considerable, y tuvo por sucesor en su gobierno al abad Taraso, personaje de gran mérito.

San Sabas al dejar unos discípulos tan dóciles, no tuvo el consuelo de encontrar otros semejantes á su regreso á su grande laura. Al contrario, los cuarenta que se habían sublevado contra él ya habían conquistado á otros veinte ; lo que le causó el más vivo dolor, no pudiendo ver su indocilidad sin derramar muchas lágrimas. No se sabía explicar como en tan poco tiempo, en una sociedad de religiosos, á quienes había nutrido con tanto cuidado con el pan de la palabra de Dios, y con las lecciones tan edificantes de la perfección monástica, el relajamiento y la insubordinación habían hecho tantos progresos. Aun quiso probar de ganarlos, oponiendo la caridad á su aversión y la dulzura á sus resentimientos, sazonzando todos sus consejos con estas virtudes tan propias para hacerlos entrar en reflexión, si hubiesen querido atender ; pero su bondad,

confundiéndolos, sólo sirvió para irritarlos más y volverlos más insolentes; de modo que se fué por segunda vez, y se retiró en el territorio de Nicopolis¹, donde al principio no tuvo más que un árbol por albergue y su fruto por alimento. Habiéndolo sabido el dueño del campo, le edificó una celda; y Dios, quien hacía servir á sus desigios sus ausencias de la laura para multiplicar sus fundaciones, también en este lugar le envió nuevos discípulos, de manera que su celda en poco tiempo se convirtió en un monasterio. Mientras tanto los descontentos de la laura hicieron correr el rumor de que yendo de un desierto á otro había sido devorado por unas bestias feroces; y después de haber ejercitado con injustos reproches la paciencia de aquellos de sus cohermanos que le estaban sumisos, volvieron á Jérusalén á ver al patriarca Elias, y le rogaron que les diera un superior; porque, decían ellos, habiéndose Sabas retirado en una soledad próxima al mar muerto, allí ha sido presa de los leones.

Elias conocía demasiado la protección de Dios sobre san Sabas y sus malas disposiciones contra él, para que les diera crédito alguno. « Yo no puedo asentir, les respondió, á cuanto me decís, y no sabría creer que Dios, siendo tan bueno, hubiese permitido que las bestias salvajes devorasen á su siervo. Id, pues, vosotros mismos á buscarlo, ó bien aguardaos tranquilos en Jérusalén hasta que el Señor lo conduzca aquí. » En efecto, era costumbre que los superiores de los monasterios fueran á Jérusalén para celebrar la fiesta de la dedicación de la Iglesia, á la cual san Sabas no se descuidó de asistir. Asistió, pues, con muchos de sus discípulos del monasterio de Nicópolis, y se juntó con los otros superiores de los monasterios del territorio para saludar al patriarca.

¹ Esta villa, construida por Vespasiano sobre el emplazamiento de Emaüs, estaba á once kilómetros de Jérusalén.

Este obispo le recibió con grandes demostraciones de alegría ; lo llamó aparte, y le exhortó á que no abandonara su laura. El santo trató de escusarse con mucha humildad, haciéndole presente la indocilidad de algunos de los religiosos ; pero el patriarca le manifestó la pena que le causaba su rehusamiento, y añadió que jamás permitiría que otros cultivasen aquello que á él tanto trabajo le había costado. San Sabas se sometió, y el patriarca escribió en estos términos á los religiosos de su laura : « Yo os hago saber, mis amados hermanos, que vuestro Padre no ha sido devorado por los leones y que está vivo ; pues ha venido aquí para la solemnidad, y yo lo he exhortado á que vuelva á encargarse de la dirección de la laura, que, después de Dios, es obra suya. Recíbidle, pues, con el respeto debido, y obedecedle en todo como á vuestro superior ; pues no sois vosotros quienes lo habéis elegido, es más bien él quien os recibió á vosotros. Y si alguno hay entre vosotros que no se le quiera someter, que se retire de la laura ; pues no justo que él mismo le ceda una morada que es obra suya. »

San Sabas dejó por superior en su monasterio de Nicópolis á un religioso llamada Severio, y volvió á la laura provisto con esta carta del patriarca, que hizo leer en la iglesia en la asamblea de los hermanos. Entonces los descontentos, más discolos que nunca y cegados por su propia maldad, se apoderaron de todos los muebles que pudieron, arruinaron la torre, cuyas piedras echaron al torrente, y se retiraron dejando estos escandalosos vestigios de su insubordinación contra su legítimo superior. Tan verdadero es que cuando un religioso desgraciadamente sacude el yugo de la obediencia, jamás comete un crimen solo.

Estos revoltosos, al retirarse, creyeron encontrar un retiro en el monasterio de Suca ; pero el B. Aquilino, entonces superior, instruido ya de su mala conducta, no los

quiso recibir ; de suerte que se fueron al desierto de Técué, y se albergaron como pudieron cerca del torrente en las ruinas del monasterio de Romano el Eutiquiano, quien había sido expulsado de este lugar por su impiedad.

El haberse éstos retirado hizo que se restableciera la paz y la disciplina en la laura de san Sabas. Los verdaderos hijos de obediencia separados de estos hijos de perdición, empezaron á respirar bajo la dirección de su santo Padre, y por felicidad hicieron reflorar la observancia regular.

Por más que su conducta ejemplar pudiese consolar mucho al Santo, su celo no dejaba de sentir la pérdida de los otros. Su indocilidad le movía á compasión, pues era la ruina de su alma ; él no dejaba de amarlos siempre, por más que ellos tuviesen el corazón lleno de hiel y amargura contra él.

En su nuevo retiró se hallaron muy pronto reducidos á la miseria, no siendo asistidos por nadie, porque su rebelión los hacía indignos de ello. También los dividió la confusión y la discordia, no teniendo superior y queriéndose cada uno dirigir por propio capricho. No eran religiosos, sino una asamblea de gentes sin regla, entregados á sus pasiones y devorados por la miseria.

San Sabas, á quien su perdición tenía siempre inquieto, así que supo donde se habían retirado, quiso aún probar de conducirlos á Dios, y al efecto se fué á encontrarlos. Algunos al verle venir, dijeron entre sí por despecho : Mirad á ese bizco que aun viene á buscarnos. Esto no obstante no le ofendió, pues la caridad de Jesucristo lo sufre todo. Por sí mismo vió la necesidad en que se hallaban, y les llevó de su laura y del monasterio del Castillo todas las provisiones que necesitaban. Habiendo también sabido que estaban obligados á ir todos los domingos á la iglesia de Técué para asistir á los santos Misterios, les construyó una

muy hermosa. Además, les obtuvo del patriarca de Jerusalén la propiedad de las celdas que ocupaban, y una suma de dinero para edificar otras nuevas y para las otras necesidades. En fin, les hizo tanto bien, que sepultó, por decirlo así, su odio debajo la multitud de sus beneficios.

Después de estos heroicos actos de caridad, que por fin le hicieron triunfar de su corazón, les dió para ponerlos en regla un excelente religioso por superior que sacó de su laura. Este fué el bienaventurado Juan, griego de nacimiento, personaje de muchísimo mérito, á quien Dios había favorecido con el don de profecía. Este establecimiento fué después llamado la nueva laura. En su lugar veremos lo que sucedió con el tiempo.

El Santo no limitó aquí sus empresas para la gloria de Dios ; sino que en el mismo año, que era el sesentinueve de su edad, habiendo ido á pasar la cuaresma en el desierto, descubrió otra caverna en el vecindario del Castillo, que encontró muy propia para sus piadosos designios, y después de haberse estado en el retiro hasta el domingo de Ramos con un religioso llamado Pablo, á quien había tomado por compañero, volvió allí pasadas las fiestas de Pascua para hacer en dicho lugar una iglesia, á donde condujo con esta intención al mismo Pablo con Teodulo y Gelasio. No solo convirtió esta caverna en iglesia, sino que también edificó aquí un monasterio, que fué muy celebrado por los egregios religiosos que lo habitaron, y llevó el nombre de monasterio de la gruta. De momento confió su gobierno á Pablo, y metió en él tres hermanos de su laura, que fueron Jorge, Quirico y Eustatio. Estos dos últimos gobernaron sucesivamente este monasterio después de la muerte de Pablo, y un religioso llamado Sergio les sucedió. En cuanto á Jorge, habiendo sido enviado á Alejandría, el patriarca le hizo obispo de Pelusia. El Santo fué ayudado en este nuevo establecimiento por un sacerdote de la iglesia de la Resur-

rección, llamado Marciano, quien no contento con proveerlo de dinero para esto, él mismo quiso unirse á los operarios para ayudarles á construir estos santos edificios.

Hemos dicho en la vida de san Eutimio, que la emperatriz Eudoxia había hecho construir una torre poco apartada del monasterio de este Santo, donde ella iba desde Jerusalén para conferenciar con él. Después de la muerte de esta princesa, unos monjes eutiquianos se habían establecido allí, y habiendo entonces pasado de la unión de los monasterios infectados por este error á la fe católica, como también hemos dicho, dos monjes nestorianos fueron á ocuparla después de ellos. Esta torre, edificada sobre una colina, dominaba los tres monasterios de san Sabas, quien miraba con disgusto que unos religiosos heréticos estuviesen cerca de los suyos á quienes con tanto cuidado procuraba conservar en la fé ortodoxa. Se dirigió á Dios de todo su corazón para que alejara de sus discipulos este objeto de escándolo, y Dios le hizo conocer su voluntad en una visión. Fué transportado en espíritu á la iglesia de la Resurrección, donde le pareció ver á dos lictores que echaban de ella á estos dos monjes nestorianos con grandes amenazas, y que habiéndoles estos dos hermanos pedido que les dejasen en libertad de comulgar, les habían respondido que eran unos judíos, y no cristianos, ya que decían que Cristo no era el verdadero Dios, y que su santa madre no era la Madre de Dios.

Esta visión le conmovió en extremo sobre la ceguera de estos monjes. Fué á visitarlos para hacerles abrir los ojos. Tuvo con ellos muchas conferencias, en las cuales nada olvidó de cuanto el celo y la caridad pudieron inspirarle para volverlos á la verdadera fé. Por fin los ganó para Jesucristo, y después de haberlos reunido en la iglesia, los condujo al monasterio de san Teodosio, y los confió á este celebre superior de cenobitas. En su lugar puso en la torre

á unos religiosos de su laura, á quienes dió por superior un abad de gran mérito, llamado Juan, discípulo de san Teodosio. Allí formó un monasterio que se llamó *Escolario*, es decir, del oficial de guardias, pues Juan era oficial de guardias del emperador, cuando abrazó la vida monástica.

Uno de sus religiosos llamado Jaime, natural de Jerusalén, creyó serle permitido imitar su celo y erigirse fundador; pero estaba él muy lejos de haber sido elegido de Dios para este ministerio; pues aquello que el Santo no emprendía más que por la inspiración del Señor, Jaime lo quería para hacerse un nombre. Era éste un hombre arrogante y presuntuoso, en cuyo proyecto decidía la vanidad. Sin embargo se aprovechó de la ausencia del Santo, quien había ido á pasar la cuaresma en el fondo del desierto, para erigir un oratorio y algunas celdas cerca de un lago llamado *Heptástomo* acariciándose de formar allí una laura de la que sería el superior. Los ancianos de la laura de san Sabas se indignaron por su temeridad; y quisieron impedirle ejecutar su designio; pero él les cerró la boca con una mentira, diciéndoles que obraba por orden de su santo Padre. San Sabas habiendo sabido á su regreso esto que había hecho, le llamó y le dijo: « Hijo mío, la obra que habeis emprendido no es agradable á Dios, y molesta á los Padres de la laura. No les puede traer más que perjuicio, pues en este mismo lago, que ya pertenece á la laura, habeis querido contruir otra. ¿Qué buen efecto puede producir aquello que causaría la división entre los religiosos? ¿Se saca algún fruto de un campo que se ha cultivado, si la guerra lo devasta? Por otra parte, ¿estais en condiciones de dirigir á los otros, no habiendo aún trabajado bastante para domaros á vos mismo, y estando todavía sujeto á la vanidad? »

Jaime sin embargo se obstinaba en su propósito, y trataba, para escusarse, de alegar las razones que su orgullo

le dictaba. Mas el Santo, viendo que tan mal aprovechaba su corrección, le replicó : « He querido, hijo mío, representaros lo razonable ; pero ya que perseverais en vuestra indocilidad, vais á ver sus efectos. » Al decirle estas palabras se retiró ; y este religioso desobediente bien pronto llevó la pena de su pecado. Fué sorprendido por una enfermedad que le atormentó por espacio de seis meses, y no teniendo ya esperanzas de curar, suplicó por fin á los Padres que lo llevasen á la iglesia, donde habiéndose hecho poner á los piés del Santo, le rogó que le perdonase su pecado antes que muriese. San Sabas, quien no deseaba más que su enmienda, le dijo : « ¿ Reconoceis ahora, hijo mío, el efecto de la desobediencia ? ¿ Sentís por vuestra propia experiencia lo que puede producir la indocilidad ? » Jaime casi ya no tenía fuerza para hablar, y no pudo decir más que estas palabras : « Perdonadme, Padre mío. » Entonces el Santo le dijo que Dios le había perdonado, y le permitió comulgar, y después de haberle hecho tomar un poco de alimento, se encontró enteramente curado.

El patriarca Elías supo lo acaecido, y mandó que destruyesen el edificio de este presuntuoso. Pero algún tiempo después una persona dió, á seis cientos pasos de estas ruinas, un terreno donde el Santo fundó una laura, que después se llamó *Heptástoma*, del nombre del lago, y puso en ella monjes de su gran laura, cuyo cuidado confió á dos religiosos Griegos de origen, llamados Pablo y Andrés, quienes eran hermanos.

Se vió obligado á corregir á este mismo religioso en otras dos ocasiones, y ponerlo en penitencia ; y tuvo el consuelo de saber del Cielo en una visión que sus pecados le estaban perdonados, y de verlo morir con santa alegría, siete días después de haberle Dios dado esta seguridad de su misericordia.

Por el ejemplo que vamos á relatar se juzgará cuál era la

modestia que exigia de sus discípulos, y esto nos enseñará con qué circunspección los religiosos deben conducirse cuando están fuera de su monasterio. Iba él de Jericó al Jordán con uno de sus discípulos, y por el camino hallaron algunas personas seglares, entre las cuales había una joven de magnificas formas. El santo queriendo probar á su discípulo, le dijo : « ¿Quién es esa joven que pasa y que no tiene más que un ojo ? » — « Perdonadme, Padre mío, le respondió el discípulo, pues muy bien tiene dos. » — « Ah ! hijo mío, replicó el Santo, cómo podríais engañaros. » — « Os ruego que creais, dijo el discipulo, que no me he engañado, y aun os diré que los tiene muy hermosos. » — « ¿ Y como lo podeis saber, añadió el Santo, para asegurarlo así ? » — « Es, dijo el discípulo, que la he mirado con atención. » De esta confesión san Sabas tomó pié para darle la corrección que merecía. « Habeis, pues, olvidado, hijo mío, le dijo, el mandato del Espíritu santo, que por la boca del Sabio os prohíbe fijar vuestras miradas sobre una mujer, por temor que seais presa de vuestros ojos. Cómo habeis sucumbido á vuestra curiosidad ! Ya, pues, que no guardais vuestros ojos como conviene á un religioso, no permaneceréis más conmigo en la laura. » En consecuencia lo envió al Castillo para que allí se ejercitara de nuevo, como un principiante, en las prácticas de la vida religiosa ; y cuando hubo aprendido á velar sobre la guarda de su espíritu y de sus sentidos, lo recibió otra vez en su laura.

El Señor, quien había establecido á nuestro santo para la dirección de aquellos que le servían en la soledad, también quiso hacerle servir al bien general de su iglesia, á la zazón perseguida por los Eutiquianos, apoyados por la autoridad del emperador Anastasio, y después por los Origenistas ; de suerte que, apesar de su avanzada edad, fué obligado á hacer dos veces el viaje de Constantinopla por la causa de la

religión y para el alivio del pueblo. Pero antes de pasar á la relación de su viaje, conviene explicar su motivo con el monje Cirilo y los escritores eclesiásticos. La Iglesia de Oriente estaba entonces en la perturbación por la facción de los herejes Eutiquianos, enemigos del concilio de Calcedonia. Uno de sus principales fautores, y quien en la Siria y en la Palestina fué el gefe de ellos, era Severo, falso patriarca de Antioquía, natural de Sozópolis en Pisidia¹. Se le tildó de mago, y para justificarse de esto se dice que se hizo cristiano. También abrazó la vida religiosa en un monasterio entre Gaza y Majuma; pero habiéndose declarado en contra del concilio de Calcedonia, el abad Nefalio lo hizo expulsar. Los Eutiquianos le consideraron propio para presentar sus demandas al emperador, y lo enviaron á Constantinopla. Se fué allí con otros muchos monjes de su secta, ó infectados de otras herejías, y fué muy bien recibido por el emperador. Este príncipe se sirvió de él contra Macedonio, patriarca de Constantinopla, á quien desterró, poniendo en su lugar á Timoteo. Este al momento mandó cartas sinodales á los obispos de Oriente, quienes quedaron transidos de dolor. Los más valerosos no las quisieron recibir, ni aprobar la deposición de Macedonio. Los más tímidos accedieron en todo, y Flaviano de Antioquía, lo mismo que Elías de Jerusalén, creyendo que Timoteo era católico recibieron bien sus cartas, pero no aprobaron la deposición de Macedonio.

El emperador se irritó muchísimo contra Elías, quien, viendo que la tormenta amenazaba á su iglesia, envió á san Sabas á la cabeza de otros muchos abades ortodoxos de la Palestina, para prevenir los perversos designios que el impio Severo y sus secuaces tramaban en Constantinopla. El Santo contaba entonces sesentitrés años. La carta que el

¹ La Pisidia corresponde hoy á los *livahs* de *At-Schehe*, en el *pachalik* de *Konieh* y de *Isbartá* en el de *Lutaieh*.

patriarca Elías envió al emperador estaba concebida en estos términos : « Yo os envío la flor y nata de los buenos y fieles siervos de Dios, quienes son los superiores de todo el desierto y entre otros el señor Sabas, que es el jefe de todos los solitarios y la luz de toda la Palestina, en la justa confianza que apaciguarán á vuestra persona imperial. »

San Sabas y los abades que estaban con él después que hubieron llegado á Constantinopla, se presentaron al palacio para recibir audiencia del emperador, quien mandó que los hicieran entrar ; pero los guardias de la puerta los dejaron pasar á todos á excepción de san Sabas, á quien tomaron por un mendicante, porque llevaba un hábito recosido con muchas piezas ; y Dios lo permitió así, dice el monje Cirilo, á fin de hacerle resplandecer después más delante del príncipe y de toda la corte.

El emperador los recibió con bondad, y habiendo leído la carta de Elías, en la cual el gran Sabas estaba nombrado con distinción, preguntó donde estaba. Los otros miraron por todas partes para decirle que se presentase ; pero no viéndole, el emperador ordenó que lo buscasen. Al momento los oficiales de cámara llamaron, y habiendo salido los guardias, le hallaron derecho en un rincón recitando salmos, y lo acompañaron dentro de un velo. El emperador así que se lo presentaron, creyó ver un ángel delante de él ; se levantó de su silla y lo recibió con pruebas de grande veneración. Ordenó enseguida que se sentasen, y entró en conversación con ellos. Después de haber conferenciado algún tiempo, cada uno pensó en recomendar los intereses de su monasterio. El uno pidió las tierras que lo rodeaban, y el otro alguna otra gracia parecida. El emperador los complació á todos ; pues, dice Cirilo, este príncipe amaba á los monjes : pero tenía la desgracia de dejarse arrastrar por los herejes. Mientras tanto san Sabas aguardaba silencioso que el príncipe le interrogara ; y en

efecto, después de haber contentado á los otros, se aproximó á él diciéndole : « ¿ Y vos, *Calogere*, es decir, *buen padre anciano*, vos nada pedis, después que emprendisteis un viaje tan penoso ? » El Santo respondió : « Yo he venido principalmente para tributar mis profundos homenajes á vuestra piedad mientras estoy aún en este cuerpo mortal, y para suplicaros al mismo tiempo en nombre de la santa ciudad de Jerusalén y de nuestro santo arzobispo, que tengais á bien dar la paz á nuestras iglesias y no molesteis al sacerdocio ; pues gozando de esta paz será como, trabajando tranquilamente en practicar el bien, de noche y de día dirigiremos nuestros votos al cielo por Vuestra Serenidad, como debemos. »

El emperador hizo traer mil sueldos de oro, y le dijo : « Tomad esto, Padre mío, y rogad por nosotros ; pues he sabido que vos gobernais muchos monasterios en el desierto. » Pero el Santo respondióle : « Yo quisiera pasar aquí el invierno y rendir aún mis respetos á vuestra piedad. » A lo cual el príncipe consintió con gusto, ordenando que se le dejara entrar en palacio todas las veces que quisiera sin hacerse anunciar, y mandó los otros abades á Palestina.

Algunos días después el emperador le hizo llamar, y le dijo que el patriarca Elías se había declarado defensor del concilio de Calcedonia, que autorizaba la heregía de Nestorio (pues así se lo hacían entender los Eutiquianos condenados en este concilio general), y añadió que también había pervertido á Flaviano, obispo de Antioquía, de modo que, como debiera convocarse un concilio en Sidón, en el cual los decretos del de Calcedonia hubieran sido anatematizados, él solo, de acuerdo con Flaviano, lo había impedido y se había burlado de su persona imperial en una carta que le había escrito, en la cual no había llevado otra intención que la de engañarle. » En fin, concluyó, sabemos que

se ha declarado por el concilio de Calcedonia y por la doctrina de Nestorio, y queremos que sea expulsado de su silla, y que en su lugar se ponga un hombre digno y ortodoxo, á fin de que los santos Lugares no sean profanados por los dogmas de Nestorio. »

Aquí se ve cuan terribles son los príncipes, cuando tienen la desgracia de escuchar las imposturas de los hereges. Toman la mentira por la verdad, y se convierten, en perjuicio de su alma y de la de su pueblo, en perseguidores de la Iglesia de la cual deben ser sus defensores.

Estos perniciosos perjuicios del emperador contra Elías y los otros defensores del concilio de Calcedonia, no impidieron á san Sabas de hablarle en su favor, y de representarle lo que él mismo debía creer ; y lo hizo con tanta prudencia y modestia, que tuvo el consuelo de obtener, al menos por esta vez, que nada ordenase contra el patriarca. « Yo suplico á Vuestra Serenidad, le dijo, que estéis persuadido que nuestro arzobispo instruido por nuestros ancianos Padres, verdaderos taumaturgos, y lumbreras del desierto, rechaza lo mismo la división de Nestorio que la confusión de Eutiques, marchando en medio por el camino de la fé ortodoxa, *sin declinar á la derecha ni á la izquierda*, hablando el lenguaje de la Escritura (Deut. 5-32). Sabemos que sigue fielmente la doctrina de san Cirilo de Alejandría, y que anatematiza á los que sostienen una doctrina opuesta. Suplicamos á vuestra Serenidad tengais á bien conservar en paz la santa ciudad de Jerusalén, *donde el Misterio de nuestra salud fué manifestado* (I Tim. 3-16), dejando en sosiego al sacerdocio. »

El emperador, movido por la sencillez y la santidad del santo viejo, respondióle : « La Escritura ha dicho bien que *aquel que marchu con sencillez, marcha con confianza* (Prov. 10-7). Rogad por nosotros, *buen Calógero*, y perded todo cuidado ; en consideración á vos nada se orde-

nará contra vuestro arzobispo, y quiero que os volvais plenamente satisfecho. »

Al salir de la audiencia del emperador, san Sabas fué á la de la emperatriz Ariana, y después que le hubo dado su bendición, la exhortó á que mantuviera la fé del emperador León su padre. Ella le respondió : « Vos decís bien, santo viejo, si á uno le quisieran escuchar. » Luégo la dejó, y para evitar el tumulto de la corte y de la ciudad, se retiró en el Rufiniano, suburbio de Calcedonia, en un monasterio que se cree haber sido el de san Hipacio, ó de san Miguel. Allí fué muchas veces visitado por personas piadosas, y principalmente por Juliana, nieta del emperador Valentiniano y de Anastasia, mujer del patricio Pompeyo, nieto del emperador Anastasio, quien después se retiró á Palestina, en el monte de las Olivas, donde brillaba, en tiempo del historiador Cirilo, por sus virtudes religiosas. Estas dos señoras estaban muy adeptas á la fé católica, y se aprovechaban admirablemente de sus instrucciones.

Al principio de la primavera volvió á Constantinopla, para rogar al emperador remitiese á la ciudad de Jerusalén cierto resto del tributo, llamado *crisargiro*¹, que había quitado por todo el imperio trece años antes. Estos residuos ascendían á cien libras de oro, y hasta á las iglesias se había impuesto, por lo que el pueblo sufría mucho. El príncipe, por respeto á su santidad, ordenó á Zotico, prefecto de la Pretoria, que no cobrara esta suma del despacho de la Palestina. Pero Marín, oficial muy inicuo, quien tenía grande ascendiente sobre el espíritu de este príncipe inconstante, habiendo sobrevenido, le dijo que los habitantes de Jerusalén eran unos Nestorianos y unos Judios. San Sabas respondióle con firmeza : « No os opongais á la buena voluntad del emperador ; cesad de hacerla guerra á las iglesias

¹ Contribución impuesta cada cuatro años sobre el comercio é industria.

de Dios ; renunciad á la avaricia y tomad cuidado de vos mismo. Si no seguís mi consejo, sabed que dentro de poco atraeréis sobre vos grandes males ; que también pondréis el imperio en peligro ; que vuestra casa será abrasada, y que en un momento perderéis todos vuestros bienes. » En seguida suplicó al emperador le mandase á la Palestina, y recibió de su mano mil piezas de oro. Sin embargo no obtuvo la remisión del *crisargiro* ; pero algunos meses después Marín experimentó el efecto de la amenaza que le había hecho, pues su casa fué abrasada en una sedición, y lo restante de la profecía fué igualmente cumplido.

Partió de Constantinopla el mes de mayo, y se fué á Mutalasca, lugar de su nacimiento. Allí convirtió su casa paterna en una iglesia, que fué dedicada á los santos Cosme y Damián. De allí pasó á Eleuterópolis, donde conferenció con Mamas, archimandrita, quien había sostenido con calor las doctrinas de los acéfalos, y también había ido con Severo su gefe á Constantinopla para defender su causa cerca del emperador en detrimento de la fé católica. Lo condujo con él á Jerusalén, y con sus poderosas exhortaciones le hizo renunciar á sus errores y lo reunió á la Iglesia católica ; lo que atrajo muchas otras personas que como él habían tenido la desgracia de separarse de ella.

Apenas hubo llegado á esta soledad, que distribuyó entre sus diferentes monasterios el oro que el emperador le había dado. Aquellos de sus discípulos que le habían acompañado á Constantinopla le manifestaron su disgusto por esta distribución : hubieran deseado que hubiera dado toda la suma al monasterio que ellos habitaban, ya que habían tenido la molestia de hacer el viaje con él ; pero imitando el ejemplo de David, quien repartió los despojos de los enemigos, tanto entre aquellos que habían combatido como entre los que se había quedado á guardar el campamento durante el combate, les dijo : « Nosotros hemos trabajado

con el cuerpo, pero nuestros hermanos han combatido con el espíritu, y si Dios nos ha conservado, ha sido por sus oraciones. »

Después de su regreso no gozó mucho tiempo del fruto de su viaje. La tormenta que había tratado de apaciguar continuó con más violencia que nunca. Hemos dicho que el emperador había reunido un concilio en Sidón con la intención de destruir en él cuanto se había hecho en el de Calcedonia. Elías de Jerusalén y Flaviano de Antioquía habían asistido, donde habían hecho abortar los perniciosos designios de los hereges. Por esto el emperador se había irritado contra Elías, como hemos dicho que lo había manifestado á san Sabas ; pero puesto el impío Severo sobre la silla de Antioquía, en lugar de Flaviano, y habiendo Elías rehusado el recibir sus cartas sinódicas, el emperador se encolerizó de tal modo contra él, que envió á Olimpo, duque de Palestina, para que lo echara de su silla, y en su sitio colocó á Juan, hijo de Marciano, quien había sido guardian de la santa Cruz, el cual prometió abrazar la comunión de Severo, y pronunciar anatema contra el santo concilio de Calcedonia.

Así que san Sabas hubo sabido que los diputados de Severo habían llegado á Jerusalén, para llevar sus cartas sinodales á Elías, acudió á esta con otros muchos superiores, y estando todos reunidos en el Calvario con gran número de monjes y el pueblo de Jerusalén, pronunciaron público anatema contra Severo y contra los que comunicaban con él, en presencia misma de los oficiales y soldados que habían mandado para forzar á Elías á recibirle en su comunión. Después cuando Juan fué colocado en lugar de Elías, san Sabas y los otros Padres del desierto, advertidos de la promesa que había hecho al duque Olimpo en perjuicio de su fé y de su conciencia, fueron á conjurarle para que de ningún modo comunicara con Severo, y se

expusiera á todo sufrimiento para sostener el concilio de Calcedonia, asegurándole que ellos le ayudarían en cuanto pudiesen.

Juan, movido de respeto hácia ellos, siguió su dictamen y retractó la palabra que había dado á Olimpo ; lo cual así que lo supo el emperador envió uno llamado Anastasio, hijo de Pamfila, á Jerusalén, donde sorprendió al patriarca y le metió en la cárcel pública. Poco tiempo después le sacó de ella esperando que ejecutaría la promesa que había hecho á Olimpo ; pero cuando estuvo en libertad, avisó de noche á todos los monjes que se presentasen á Jerusalén. Acudieron diez mil, y resolvieron reunirse en la iglesia de san Estéfano, siendo la de la santa Resurrección, que era la catedral, demasiado pequeña para tanta gente.

Estando, pues, todos reunidos, tanto los monjes como los habitantes de Jerusalén, se les presentaron Anastasio y el cónsul Zacarias. Hipaco, nieto del emperador, acudió también ; había ido á Jerusalén para cumplir un voto, habiendo sido librado de la prisión de Vitaliano. Juan subió á la presidencia, teniendo á su lado á san Sabas, jefe de los anacoretas, y á san Teodosio, jefe de los cenobitas. Anastasio aguardaba ver ejecutar las voluntades del emperador : pero el pueblo estuvo gritando durante muchas horas : « Anatematizad á los herejes y confirmad el concilio. » A estos gritos todas las tres clases respondieron con voz unánime, y anatematizaron á Nestorio, Eutiques, Severo de Antioquia, á Soterico de Cesárea y á cualquiera que rehusara recibir el concilio de Calcedonia. Después de esta auténtica protesta de su fé descendieron de la presidencia, y san Teodosio volvió á subir un momento después, y dijo de nuevo á todo el pueblo : « Si alguno no recibe los cuatro concilios como los cuatro evangelios, que sea anatematizado. »

Una firmeza tan inesperada asombró al duque Anastasio,

quien se fué á Cesárea ; y el nieto del emperador protestó con juramento á los abades de que había ido á Jerusalén para entrar en su comunión, sin que jamás hubiese tenido parte en la del ímpio Severo. Ofreció cien libras de oro para el santo Sepulcro, el Calvario y la santa Cruz, y dió otras tantas á los santos Teodosio y Sabas para que las distribuyeran entre los monjes de su país.

El emperador no tardó en ser sabedor de cuanto había sucedido, y formó el designio de emplear la fuerza para desterrar al obispo Juan y á los santos Sabas y Teodosio ; pero habiendo llegado á Jerusalén la noticia de esto, todos los monjes se reunieron y formularon una protesta en forma de demanda, que le enviaron en nombre de Teodosio y de Sabas, archimandrita, y de todos aquellos que, en la ciudad santa, en el desierto del rededor y en el Jordán eran los jefes de los monjes, los celosos defensores de la fé y los modelos de todos los solitarios por una piedad tal, que los hacía soberanamente respetables. Esta exposición decía en substancia, que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, y Dios mismo, Rey y Emperador de todo el universo, no le había confiado el imperio más que con dependencia de su autoridad suprema, y con el fin de que se sirviera de él para procurar la paz en las iglesias, principalmente en aquella que era la madre de las otras, en la cual el misterio de la salud había sido manifestado y consumado ; habiendo el Evangelio visto la primera luz en Jerusalén, desde donde voló hasta las extremidades de la tierra.

« Nosotros, pues, añadieron, que tenemos la dicha de habitar en esta tierra santa, desde el principio hemos recibido la fé de este misterio, no por imaginación, sino realmente de la boca de los Profetas y de los Apóstoles por la cruz de Jesucristo, su sepulcro y todos los Lugares santos que aquí se adoran, y la hemos conservado hasta el presente, por la gracia de Jesucristo, en toda su integridad. Así, es-

tamos resueltos á guardarla inviolable, con el auxilio de esta misma gracia, *sin dejarnos amedrentar por sus adversarios*. (Philip. 1-28), *ni arrastrar por todo viento de doctrina* (Ephes, 4-5), *ni sorprender* por los perniciosos artificios y las vanas subtilidades de aquellos que no tienen otra mira que seducir las almas candorosas con su perversa doctrina.

« Nosotros estamos asombrados de que, por más que hayais sido nutrido en esta santa creencia, se haya levantado bajo vuestro imperio una borrasca tan grande contra la madre de las Iglesias, la santa Resurrección, esta Iglesia que es el refugio y el asilo de todo el mundo; de suerte que los obispos, los sagrados ministros, los solitarios, han sido expulsados de ella con violencia, posponiéndolos á los paganos, á los Judios, y á los Samaritanos, y arrastrados por medio de la ciudad á unos lugares profanos é impuros, para obligarlos á hacer cosas que vulneran la fé, de modo que los forasteros que aquí vienen en devoción para su edificación y provecho de sus almas, se vuelven escandalizados á su país.

« Si por causa, pues, de la fé se ataca así á la ciudad de Jerusalén, que es el ojo y la farola del universo, según estas palabras del Profeta: *La ley saldrá de Sión, y la palabra de Dios de Jerusalén*, de esta ciudad santa, que aquellos que la habitan tocan con sus propias manos los lugares sagrados, donde los divinos misterios fueron operados, ¿ cómo después de quinientos y tantos años de la venida de Jesucristo, se pretende enseñarnos nuestra creencia? ¿ La reforma que ahora se quiere introducir en ella, puede venir de Jesucristo? No es más bien la doctrina del Anticristo, que no tiende más que á romper la unión y á turbar la paz de las iglesias de Dios, rellenándolo todo de desorden y sedición.

« El autor de todos estos males es Severo acéfalo, del

cual Dios ha permitido por nuestros pecados la elevación sobre la silla de Antioquía, que sólo ocupa para la perdición de su alma y la ruina de la república cristiana, y quien tiene el atrevimiento de lanzar anatema contra la fé del concilio de Nicea y contra los santos Padres que la han defendido hasta el presente. Nosotros rechazamos con horror la comunión de ese acéfalo; nosotros ninguna unión tenemos con él, y suplicamos á vuestra piedad se apiade de Sión, la madre de todas las Iglesias, la protectora de vuestro imperio, y que no obstante es tratada con tanta ignominia.

« Ordenad que se haga cesar la tormenta con que ella es agitada tan violentamente; pues, desde el momento que se trata de la fé, si es preciso elegir entre la vida ó la muerte, antes preferimos morir. Nosotros estamos en la constante resolución de no comunicar jamás con los enemigos de la Iglesia de Dios, cuyos vanos anatemas menospreciamos, ateniéndonos inviolablemente á la fé de los Apóstoles, en la cual ponemos toda nuestra gloria y esperanza. Nosotros nos unimos todos en una misma fé y unos mismos sentimientos para recibir los cuatro santos concilios, que espresan el mismo sentido de la doctrina evangélica en diferentes palabras, como habiéndose celebrado en diferentes tiempos. El primero es el concilio de Nicea, convocado contra el rey de los impios, Ario. También nos creemos en la obligación de recibir los otros tres posteriores á él, como hemos recibido éste. El de Constantinopla, contra la impiedad de Macedonio; el de Efeso, contra el detestable Nestorio; y el de Calcedonia, contra el malvado Eutiques. Conteniendo estos cuatro concilios la doctrina pura del Evangelio, jamás se nos podrá separar de ellos, ni unirnos á aquellos que no los acatan, aun cuando nos amenazaran con mil muertes; y á fin de que vuestro poder imperial quede bien instruido de nuestra fé, y para que

no se le dé á entender que admitimos los dogmas de Nestorio, os declaramos que anatematizamos á ese hereje que divide á Jesucristo ; pero también lanzamos anatema, con el concilio de Calcedonia, contra Eutiques, quien confunde la divinidad y la humanidad santa de Jesucristo.

« Después de esta declaración, suplicamos á vuestra Serenidad haga cesar los males que se cometen todos los días contra la santa Ciudad y contra nuestro santo arzobispo Juan, por los enemigos de la fé, quienes hasta osan autorizarse en sus vejaciones bajo pretexto de la piedad. Protestamos á vuestro poder imperial, delante de Dios y de sus ángeles, que no podemos consentir en innovación alguna sobre la fé, ni en comunicar con los acéfalos. Antes sufriremos que se derrame nuestra sangre y que se abrasen los santos Lugares ; pues ¿ para que sirven los nombres que se les da, si realmente se profanan con violencias ? *Que la paz del Señor, que sobrepuja á toda inteligencia* (Philip. 4-7), conserve su Iglesia, y haga cesar con sus órdenes todos estos escándalos, á gloria suya y á honor de vuestro reino. »

De esta declaración se hicieron cuatro copias, una para Juan, patriarca de Jerusalén, y otra para los gobernadores ; las otras dos las enviaron á Constantinopla para el emperador y el patriarca de esta ciudad. El emperador Anastasio habiéndola recibido, fué aconsejado que se apaciguara, porque tenía bastante que hacer con Vitaliano, quien había reanudado la guerra ; así es que el patriarca Juan no fué expulsado de Jerusalén. No repetimos aquí lo que hemos dicho en el artículo del patriarca Elias, que nuestro Santo fué á ver en su destierro y asistió á la muerte. Al mismo tiempo llegó la del emperador Anastasio, y cambió la faz de los asuntos de la Iglesia. Justino, que le sucedió, ordenó que todos aquellos que habían sido desterrados fuesen llamados, y que se pusiera el santo concilio de Calcedonia en los dípticos. Así que hubieron

llevado esta orden á Jerusalén, san Sabas acudió allí; donde también se reunieron gran multitud de monjes y láicos, en cuya ciudad los obispos celebraron un concilio. Se publicó la orden del emperador; pusieron los cuatro concilios en los dípticos, y se cumplió cuanto san Sabas había predicho del emperador Anastasio.

Al mismo tiempo el patriarca Juan lo envió, con algunos otros abades, á Juan de Cesárea y á Teodosio de Escitópolis, para darles parte de las cartas del emperador y decirles que habían puesto los cuatro concilios en los dípticos. Allí estas nuevas fueron recibidas con indecible alegría, y se conformaron con grande solemnidad á lo que se había hecho en el concilio de Jerusalén.

El santo hizo algunos milagros durante su permanencia en Escitópolis. Vaticinó que cierto Samaritano, hombre muy poderoso y de valimiento, pero enemigo de los cristianos, perecería por el fuego en medio mismo de la ciudad. Curó á una mujer que desde muchos años sufría en extremo por un flujo de sangre. Libró á una doncella de la tiranía del demonio, quien se había apoderado de su cuerpo. El historiador Cirilo dice que su padre fué testigo ocular de este postrer milagro, que él no lo dejó casi en todo el tiempo que estuvo en Escitópolis; que muchas veces había honrado su casa con su presencia, y que su madre había tenido la dicha de recibir su bendición. Había en estos países un santo anacoreta, llamado Juan, muy ilustrado en las cosas divinas y muy rico en virtud. Había perdido la vista, sea por las vigiliass, sea por la abundancia de lágrimas de compunción, sea en fin por la caducidad de su edad; pues hacía ochenta años que estaba en el monasterio, de los cuales había pasado cincuenta encerrado en su celda, y se cuenta que en todo vivió más de cien años. San Sabas quiso verle, y al ir, fué cuando curó la mujer afligida por el flujo de sangre.

A su regreso á Jerusalén el patriarca Juan le invitó á comer con muchos otros superiores, y en la mesa los colocó entre él y Antonio su hermano, obispo de Ascalón. Aunque el Santo particularmente ayunase con muchísima austeridad, no reparaba, cuando tenía huéspedes en su monasterio ó se hallaba en ocasiones como la de que hablamos, en comer lo que le presentaban; pero jamás traspasaba los límites de la templanza monástica: y como el patriarca Juan y su hermano Antonio le instaran que comiera, respondióles: « Perdonadme, Padres míos, yo como cuanto necesito. » San Teodosio, quien se hallaba presente, les dijo con agrado: « El Señor Sabas está tan hambriento, que vosotros dos no bastaríais para saturarle. » A lo cual el patriarca Juan respondió: Ese hombre de Dios imita al santo Apóstol que decía: *« Yo sé llevar la pobreza y sé usar de la abundancia. Yo estoy instruido para todas las ocasiones y para todas las cosas, sea que convenga sufrir el hambre, ó ser saturado, sea que convenga estar provisto de bienes, ó llevar la pobreza. Yo lo puedo todo con la gracia de Aquel que me fortifica (Philip. 12-13).*

Sobre lo que acabamos de decir el historiador Cirilo hace notar que este incomparable Santo era de un carácter siempre igual; de una dulzura y de una sencillez admirables; que sobresalía en prudencia y discreción, y que su caridad era pura y sincera. Dice que vivía en cordial unión con San Teodosio; y que estando colocados á la cabeza de todos los monjes de la Palestina, aquel de los anacoretas, y Teodosio de los cenobitas, ambos eran verdaderos hijos de luz, hombres de Dios, fieles siervos, las columnas y el apoyo inquebrantable de la verdad, y unos varones animados de los más santos deseos. Añade que se les podía considerar como los jefes de un ejército muy numeroso de solitarios, quienes, por la experiencia que tenían en la dirección de las almas y en los deberes monásticos, marcha-

ban á su cabeza y les dirigían con seguridad en el camino que conduce al reino de los cielos.

Ellos se comunicaban recíprocamente sus luces y sus designios, y algunas veces san Sabas decia á san Teodosio, para principiar la conversación : « Vos no sois más que el jefe de los niños, llamando así á los cenobitas á causa de su dependencia del superior del monasterio ; en cuanto á mí, yo soy el superior de los superiores, pues cada uno de aquellos que me están sometidos hallándose solo en su celda, es su propio superior ; » lo que hacía mucha gracia á san Teodosio.

La muerte del patriarca Elias, fallecido en su destierro, había sido seguida de una sequía que causó durante cinco años un hambre horroroso en la Palestina. En esta terrible calamidad se podía reconocer fácilmente la venganza que el Cielo tomaba de la injusticia cometida contra este obispo. Hacía ya cuatro años que duraba la sequia, y faltando el agua á los religiosos del monasterio, sin que hubiese señal alguna de lluvia, por más que fuera esto en el mes de mayo, se presentaron al Santo, diciéndole que no podían permanecer más en este sitio sin peligro de morir. El santo les reprochó su poca sumisión á la Providencia, y su poca paciencia en los molestos acontecimientos de la vida. Enseguida les dijo : « Yo tengo esta confianza en la bondad de Dios, que dentro tres dias vuestros depósitos estarán llenos ; id á preparar lo necesario para la conduccion de las aguas, y veréis que el Señor os visitará, concediéndoo lo que deseais. » En efecto, todavía no habían transcurrido los tres días, que se vió aparecer una nube que cubrió todo el monasterio, y las tierras á él anexas, donde derramó una lluvia muy abundante, sin que cayera una sola gota de agua sobre las tierras del Castillo, situado, al oriente de la gruta, ni en las del llamado *Escolario*, situado al norte, ni sobre la grande laura que estaba al mediodía. Los religio-

sos de estos monasterios fueron á presentarle sus quejas. « ¿Qué crimen hemos cometido nosotros, le dijeron, nuestro venerable Padre, para que nos privéis así del fruto de vuestras oraciones? Y él les respondió: No os dejéis abatir; el Señor se ha dignado proveer á la necesidad de vuestros hermanos por su bendición; pero estad seguros de que también tendréis el agua necesaria hasta que llueva. »

Sin embargo la sequía continuaba, y con ella el hambre. El mal duraba desde cinco años, y los pobres de Jerusalén mendigaban tanto por agua como por pan. Más aun; muchos perecían de sed. En esta extremidad, el patriarca temiendo que el pueblo se sublevase, condujo á muchos operarios á los sitios más bajos y húmedos, para cavar hasta que encontrasen agua. Al efecto fué al torrente de Siloé, cerca de la columna de san Comio, sobre el camino que conducía á la gran laura, y después de haber allí escavado hasta la profundidad de cuarenta brazas, no halló agua, lo cual le afligió en extremo. Divulgó su dolor á un hombre capaz para darle un buen consejo, y quien había tenido muchos cargos municipales, el cual le dijo: « He sabido, no há mucho tiempo, que el abad Sabas con sus preces ha obtenido de Dios la lluvia para uno de sus monasterios; de modo que todos sus receptáculos han quedado llenos. »

El arzobispo ya no pidió más; hizo llamar al Santo á la casa episcopal, como para hablarle de algún asunto, y cuando hubo llegado, lo llamó aparte y le exhortó mucho á que rogase al Señor perdonara á su pueblo, á quien veía consumirse por el hambre y la sed, añadiendo: « Si es por mis pecados por lo que Dios ha enviado esta calamidad, ¿porque ha de caer sobre este pueblo, ya que soy yo el culpable? »

« Pobre de mí! le respondió el Santo, ¿quien soy yo para

poder apaciguar la cólera del Señor? Yo no soy más que un pecador y un hombre miserable; con todo volveré á mi celda, y para obedecer á vuestra Santidad, me postraré delante de él para suplicarle, como me mandais, que nos haga experimentar los efectos de su bondad, *él cuyas misericordias se posan por encima de todas las obras* (Psal. 144-2); y si después de tres dias no llueve, por esto conoceréis que no ha juzgado conveniente el oír mis súplicas; pero á fin de que sean más eficaces, á las mías juntad también las vuestras. »

Se retiró después de haber hablado así; era este el tercer día del mes de setiembre. Al dia siguiente el calor fué tan excesivo, que muchos de los obreros que habían empleados para construir hoyos se vieron obligados á retirarse, contando volver al día siguiente; pero al principio de la noche se levantó un viento del mediodia, acompañado de relámpagos y truenos, y cayó una lluvia tan extraordinaria, que antes de amanecer todos los acueductos estuvieron llenos, los torrentes se desbordaron, las fosas que habían hecho quedaron colmadas, y los instrumentos de los obreros hundidos bajo las aguas. Todos los depósitos de la ciudad quedaron igualmente llenos, y la fiesta de la dedicación de la Iglesia, que se creía pasarla con mucha tristeza, se celebró con la mayor alegría.

El patriarca Juan murió después de haber ocupado la silla de Jerusalén siete años y tres meses. San Sabas andaba entonces sobre sus ochentiseis años. Tres años después, el emperador Justino ya viejo y enfermo, asoció al imperio á Justiniano, hijo de su hermana, y sólo le sobrevivió tres meses, después de haber reinado nueve años. En fin, Pedro, natural de Eleuterópolis, sucedió al patriarca Juan. Tuvo por san Sabas la misma estimación que sus predecesores, y con frecuencia le visitaba en su soledad. Tenía una hermana llamada Hesiquia, llena de mérito y de piedad, y

que dió á nuestro Santo ocasión de hacer resplandecer la gracia de los milagros con que Dios le había favorecido. Cayó gravemente enferma, y los médicos desconfiaban de su curación. Pedro, en extremo afligido, fué á recibir consuelo cerca del Santo, y le rogó que fuera á su casa para hacer oración por ella. San Sabas, quien no sabía negarse á los obras de caridad, se fué al momento, hizo su oración, y por la virtud de la señal de la cruz le volvió la salud. Este milagro llegó á conocimiento de toda la ciudad, que por ello rindió acciones de gracias á Dios.

Mientras él gobernaba en paz á estos solitarios, Dios llamó de esta vida á su cooperador en el gobierno, el gran san Teodosio el Cenobita, cuya vida expondremos bien pronto. San Sabas contaba á la sazón noventa y un años, y cuatro años después se vió obligado á hacer un segundo viaje á Constantinopla por la razón que vamos á exponer. Los Samaritanos, desenfrenados contra el cristianismo, habían tomado las armas, saqueaban y quemaban las iglesias y los pueblos enteros, y despedazaban sin distinción á todos los cristianos que encontraban; de tal modo, que para estos ya no había seguridad en las vías públicas. Habían ejercido estas hostilidades principalmente al rededor de Samaria. Se habían hecho dueños de esta ciudad y habían coronado emperador á un hombre de su nación, llamado Juliano; luégo habían degollado al obispo Amonas y despedazado á los sacerdotes, de los cuales, por un furor inaudito, habían hecho freir los miembros con reliquias de mártires. El emperador lo supo, y envió tropas organizadas, que mataron muchos, y entre otros, á su pretendido emperador.

Durante esta guerra, Silvano Samaritano, muy poderoso y gran enemigo de los cristianos, tuvo la osadía de entrar en Escítópolis como en tiempo de paz, sin orden del emperador; al momento fué cogido por los cristianos y que-

mado en medio de la plaza, como hemos dicho más arriba que san Sabas lo había pronosticado diez años antes.

Arsenio, hijo de Silvano, estaba á la sazón en Constantinopla, condecorado con el título de ilustre, y en privanza cerca del emperador y de la emperatriz. Presentó sus quejas al emperador por la muerte de su padre, haciéndole falsas relaciones, que le irritaron contra los habitantes de la Palestina. El patriarca Pedro y los obispos de su dependencia rogaron á san Sabas que fuera á la corte, para obtener del príncipe una remisión de los impuestos á causa de las devastaciones de los Samaritanos, y el Santo, quien emprendió este viaje en un espíritu de caridad, partió el mes de abril.

El patriarca Pedro escribió al emperador anunciándole el viaje del Santo, lo que le causó singular alegría. Mandó que fueran á recibirle sus galeras, con el patriarca Epifanio, Hipaco, obispo de Efeso, y otro obispo llamado Eusebio. Estos obispos le condujeron en son de triunfo al palacio, y habiendo sido introducido con ellos debajo del palio, el emperador vió sobre su cabeza una corona de luz; de suerte que, movido por un profundo respeto, corrió á postrarse delante de él, le besó la cabeza teniendo el corazón enternecido y los ojos bañados con lágrimas de alegría y le pidió su bendición. En seguida le hizo entrar al gabinete de la emperatriz Teodora, la cual se postró y le dijo: « Padre mío, orad por mí para que Dios me dé un hijo. » El santo le respondió: « Que el Dios de gloria conserve vuestro imperio en la piedad y en la victoria. »

La princesa quedó afligida por no haber respondido á su demanda; y cuando hubo salido de la audiencia, los Padres que le acompañaban le preguntaron la razón de ello, y él les dijo: « Creedme, Padres míos, no saldrá fruto de ese vientre, por temor de que sea nutrido con la doctrina

de Severo, y perturbe á la Iglesia más de lo que ha hecho Anastasio. »

Los abades fueron albergados en el palacio, y habiendo san Sabas entregado al emperador las demandas de las iglesias de Palestina, reconoció las calumnias de Arsenio el Samaritano, y su cólera se volvió contra los de su nación. Hizo una constitución por la cual les fué prohibido tener sinagogas, ejercer cargo alguno público, sucederse los unos á los otros, y hacerse donaciones. También mandó que se hiciese morir á muchos, principalmente á los gefes y sediciosos, y en esta ocasión Arsenio, que era del número, se escondió ; después recurrió al Santo, que aun estaba en Constantinopla, y se hizo bautizar con todos los suyos.

Algunos días después el emperador hizo llamar á san Sabas, y le dijo : « Yo sé, Padre mio, que vos habeis fundado muchos monasterios en el desierto. Pedid la renta que querais para el sustento de los monjes, á fin de que rueguen por nosotros y por nuestro imperio. » A lo cual respondió el Santo : « Los monjes que ruegan por vuestra piedad no tienen necesidad de esas rentas, su porción es el Señor, quien en otro tiempo hizo llover el pan del cielo sobre un pueblo incrédulo y rebelde. Nosotros solamente os pedimos la exención de los impuestos para los cristianos de la Palestina ; el restablecimiento de las iglesias incendiadas por los Samaritanos con un subsidio para los fieles que fueron robados y reducidos á un pequeño número ; un hospital en Jerusalén para los enfermos extranjeros ; también os pedimos que concluyais la construcción de la iglesia de la Madre de Dios, que el patriarca Elías había empezado ; y en fin, que mandeis edificar un castillo sujeto á los monasterios que yo he fundado, para ponerlos á cubierto de las incursiones de los Sarracenos. Yo espero que en recompensa de estas cinco obras, Dios añadirá á vuestros Estados, el Africa, Roma y lo restante del imperio de Hon-

rio, que vuestros antecesores perdieron ; siempre á condición que debeis librar á las iglesias de tres herejías, de la de Arrio, de Nestorio y de Orígenes. »

El historiador hace notar que por los arrianos, se entendían los Godos, los Visigodos, los Vándalos, los Jepidos, que eran arrianos y dominaban en el Occidente ; y por los nestorianos, los defensores de Teodoso de Mopsuesta ; pues se reconocieron como tales algunos de los monjes que habían ido con él, quienes se declararon en las discusiones que tuvieron en la ciudad con los eutiquianos. Añadió á los origenistas, porque se había hallado uno de ellos, llamado Leoncio, natural de Constantinopla, quien, bajo pretexto de defender el santo concilio de Calcedonia, sostenía la doctrina de Orígenes. Así es que san Sabas lo echó de su compañía, y á todos aquellos que estaban adheridos á Teodoro de Mopsuesta.

El emperador le concedió cuanto le había pedido, y en consecuencia envió las órdenes á Pedro, patriarca de Jerusalén, y á los magistrados de Palestina, de suerte que las aldeas que habían sido devastadas ó incendiadas por los Samaritanos fueron descargadas de los impuestos á proporción del daño que habían sufrido ; las iglesias quemadas fueron reparadas ; la que el patriarca Elías había principiado fué concluida y adornada con magnificencia. Se edificó también un hospital en la santa ciudad, al cual el emperador concedió una renta de tres mil siete cientos sueldos de oro para dos cientos enfermos ; y por fin hizo construir el castillo para la defensa de los monasterios del Santo, poniendo en él una guarnición ; así cumplió sus cinco demandas, y Dios también cumplió en su favor cuanto el Santo le había predicho, como lo refiere más por estenso el historiador Cirilo.

Mientras el emperador estaba ocupado con el euestor Tribuniano en hacer redactar sus órdenes, san Sabas se

retiró para rezar el oficio de Tercía. Jeremias, su discípulo y diácono de la gran laura, quien le había acompañado, se le acercó y le dijo : « Vos veis, mi venerable Padre, que el emperador manifiesta tanto interés en cumplir con vuestras demandas, ¿ y vos lo dejais así? Él le respondió : *Hijo mío, ellos cumplen con su deber, cumplamos también con el nuestro.* »

En fin, Justiniano habiendo dado sus órdenes y satisfecho plenamente los caritativos deseos de san Sabas, le dejó en paz. Regresó, pues, á Palestina el mes de setiembre, y se fué enseguida á Jerusalén para publicar allí las órdenes del príncipe. El patriarca Pedro y los otros obispos que se hallaban en la ciudad le rogaron que también fuese á publicarlas á Cesárea y en Escitópolis y que las hiciera ejecutar ; lo que hizo. Luégo volvió á Jerusalén, donde visitó los santos Lugares como para decirles adios, y se retiró á su laura.

Cayó enfermo poco tiempo después ; lo cual así que el patriarca Pedro lo supo, se apresuró á ir á visitarle. En su celda no encontró más que algunas vainas y viejos dátiles, tan grandes eran su pobreza y su mortificación. Él mismo lo quiso cuidar, y al efecto lo hizo trasladar á su casa episcopal, en donde le sirvió con sus propias manos.

Pero pasado algún tiempo, el Santo tuvo revelación de que su fin estaba próximo, de lo cual le dió parte, rogándole que le condujera á la laura. El patriarca, que quería complacerle en todo, lo hizo trasportar á ella con el servicio necesario ; y allí, este santo varón, echado en su pequeña torre, habiendo llamado al principio de diciembre á los Padres de la laura, les dió, para sucederle en el cargo de abad, á Melito de Berita, á quien exhortó á conservar fielmente las tradiciones de sus monasterios, las que le dió por escrito. Pasó los cuatro días siguientes sin tomar nada y sin ver á nadie, y el sábado por la noche, después de haber pedido y recibido la santa comunión, dijo : « *Dios mío,*

yo pongo mi alma entre vuestras manos (Psal. 30-6), y murió. » Era el 5 de diciembre, el sexto año de Justiniano, y el 531 de Jesucristo. El monje Cirilo ordena así la cronología de su vida. Fué á Palestina á la edad de dieciocho años. Moró diecisiete años en el monasterio ; pasó cincuenta y nueve, ó en el desierto ó en la grande laura, y murió á la edad de noventa y cuatro años. ,

Sus exequias se hicieron con la mayor pompa. A ellas asistieron de todos los lugares del rededor un sin-número de monjes y un pueblo inmenso. El patriarca de Jerusalén, acompañado de muchos obispos y de los principales de la ciudad, también asistió, y depositaron su venerable cuerpo en el sitio donde él había visto la columna de fuego de que hemos hablado, entre las dos iglesias. A fines del siglo doce aun se veía su sarcófago cubierto de mármol.

« No obstante ; dice el historiador Cirilo, su muerte mas bien se debe llamar un sueño, puesto que habiendo vivido tan santamente, se le pueden aplicar estas palabras del Sabio : *Las almas de los justos están en la mano de Dios, ellos no sufrirán el tormento de la muerte* (Sap. 3-1). Añade que su cuerpo estaba en su tiempo tan fresco y entero como al morir, y que él mismo lo había visto, habiendo bajado espresamente á su tumba para honrar esta preciosa reliquia, cuando pusieron en ella el cuerpo del bienaventurado. Pero aunque Dios glorificase así los despojos corporales de su siervo, ha glorificado aún más su alma por los milagros que ha operado en favor de aquellos que le han invocado con confianza. »

SUCESORES Y DISCIPULOS DE SAN SABAS¹

El celo de san Sabas no se limitó en fundar la célebre laura que ha llevado su nombre hasta el presente. El deseo de hacer glorificar á Dios, y de consagrarle corazones con la profesión religiosa, le animó á fundar iglesias y monasterios en cuanto pudo. Hemos visto en su vida que aparte su grande laura construyó un monasterio para los Armenios, otro en el Castillo, una casa de noviciado para aquellos que abandonaban el siglo ; otro monasterio en la torre de David ; uno cerca de Escitópolis ; otro en Nicópolis ; el de la Gruta, el de la torre de Sudoxia ó el Escolario, y el de Heptastoma, á lo cual se debe añadir el que se llamó la nueva Laura. Sobre todos estos diferentes monasterios nada tenemos que añadir á lo que hemos dicho en la vida del Santo.

La grande laura, que se llamó así para distinguirla de la nueva y de las otras, dió á la Iglesia y al estado monástico, hombres eminentes en santidad y mártires, de los cuales diferimos el hablar, por no prevenir el orden de los tiempos. No produjo tan opimos frutos la nueva laura. Como había sido la obra de la rebelión, como lo hemos explicado en la vida del Santo, no tuvo la misma parte que la grande en las bendiciones particulares del Señor.

Hemos visto que san Sabas dió por abad á aquellos que en ella se habían retirado un religioso llamado Juan, á quien Dios había favorecido con el don de profecía. Los gobernó

¹ El monje Cirilo, Surio, los Bolandistas, *Bulteau*.

siete años, al fin de los cuales estando cerca de la muerte, y estando los principales de la laura al rededor de él, les dijo llorando : « Bien pronto veréis el tiempo en que aquellos que morarán aquí se apartarán del camino recto de la fé, y se elevarán por su orgullo ; pero su temeridad les perderá y su complot será destruido. » Los posteriores acontecimientos demostraron que había hablado por el espíritu de Dios. Después de su muerte, los religiosos, por el consejo mismo del Santo, eligieron por superior á Pablo, Romano de origen, recomendable por sus virtudes y sobre todo por su desprendimiento, pero por otra parte muy simple y sin talento para los propios asuntos. Aun no había ocupado esta plaza seis meses, cuando la dejó y se fué á la Arabia, desde donde pasó á la Palestina, y murió en el monasterio de Severiano.

En su lugar pusieron á Agapeto, hombre más capaz, y á quien no se engañaba fácilmente. Así que hubo adquirido conocimiento de su comunidad, halló en ella cuatro monjes origenistas ocultos, que Pablo, en su simplicidad, había admitido. El principal de entre ellos era un tal Nono de Palestina, quien, bajo un exterior piadoso, ocultaba un espíritu perverso y un alma infectada no sólo de las locas opiniones de Orígenes, mas aun de los errores de los paganos, de los Judíos y de los Maniqueos. Agapeto temiendo, y con razón que pervertiesen á los otros, dió conocimiento de ello al patriarca Elías, y por su orden los expulsó de la laura. Ellos se fueron á la campiña, en donde se esforzaron en sembrar zizaña. Muerto Elías, Nono fué con sus compañeros á Jerusalén, y osó presentarse á Juan su sucesor, para quejarse que les habían expulsado sin motivo de la nueva laura. El patriarca llamó á san Sabas y al abad Agapeto para saber de ellos la verdadera razón de la cosa ; y así que la supo aprobó lo que ellos habían hecho, y dejó á estos malvados sujetos sin esperanza de ser nue-

vamente recibidos. Volvieron, pues, al sitio de donde habían venido, aguardando una ocasión más favorable. Ella se presentó cinco años después. Agapeto murió y Mamas fué puesto en su lugar. Así que lo supieron, fueron á suplicarle que les recibiera, y él cometió la imprudencia de hacerlo sin saberlo el patriarca ni san Sabas. Se guardaron muy mucho de manifestar su veneno en vida del Santo; pues en todo el tiempo que vivió de nada cuidó tanto como de conservar sus religiosos en la fé ortodoxa. Pero después de su muerte empezaron á manifestar sus errores, los hicieron gustar á los más ingeniosos de la nueva laura, infectaron también la de Fermin y el monasterio de Martirio, y á muchos otros monjes simples ó ignorantes, y se esparcieron en muchos territorios de la Palestina para hacer recibir allí su perniciosa doctrina. La laura de Suca, aunque vecina de la suya, fué preservada de ella por los desvelos de san Ciríaco. Pero la grande laura de san Sabas tuvo necesidad de ser purgada de la misma. Muerto el abad Melito cinco años después que el Santo, lo mismo que Teodulo, Gelasio, que le sucedió, vió con dolor que el origenismo ya había hecho progresos en su comunidad; y por consejo de san Juan el Silenciero, hizo leer en la iglesia un tratado de Antipater obispo de Bosro contra la doctrina de Orígenes. Los origenistas quedaron por esto en extremo irritados, celebraron asambleas privadas y se hicieron expulsar de la laura en número de cuarenta.

Fueron á refugiarse cerca de Nono y de Leoncio de Bisancia, jefes de esta secta en la nueva laura, gritando mucho contra Gelasio y los Padres de la grande; y allí, todos los satélites del origenismo celebraron un consejo entre ellos, y Leoncio, quien dominaba con Nono, fué de parecer que se diera un golpe de estado, y que se fuera á arruinar la laura de san Sabas, ó que se obligara á los monjes á abrazar su doctrina. Por primera providencia se fue

ron todos reunidos al monasterio de san Teodosio, del cual Sofronio era entonces superior, acariciándose de atraerle lo mismo que sus religiosos, á su partido ; pero habiendo sido rechazados con confusión, se volvieron más furiosos, y reunieron de diversos lugares picos, garfios, palancas de hierro y otros instrumentos, con paisanos para ayudarles, y marcharon hacia la grande laura, con la intención de destruirla.

Dios, quien había tomado esta obra de la piedad de san Sabas bajo su protección, no permitió que ejecutasen su designio. Quedaron de tal modo cegados, aunque esto fuese á las ocho de la mañana, que todo el día anduvieron con mucha fatiga por lugares escabrosos é intransitables, y al día siguiente se hallaron cerca del monasterio del bienaventurado Marciano, en el vecindario de Belén, y por tanto bien lejos de la grande laura. Este milagro los confundió, pero no cambiaron. Volvieron á la nueva laura, y se prepararon para nuevos excesos. Saldríamos de los límites que nos están prescritos si hiciéramos aquí todo el detalle. Esto es mas propio de la historia eclesiástica que de la monástica. Diremos solamente en síntesis, que Pedro, quien había sucedido á Juan, patriarca de Jerusalén, habiendo enviado por medio de algunos monjes de Palestina una carta al emperador Justiniano, en la cual le informaba sobre los desórdenes que los origenistas cometían en Palestina ; este príncipe había hecho redactar un largo edicto contra la doctrina de Orígenes, que fué llevado á Jerusalén y suscrito por todos los obispos de Palestina y los abades del desierto, por lo cual Nono y los de su partido quedaron tan irritados, que abandonaron la nueva laura, se retiraron en el plano y se separaron de la comunión de los católicos.

Teodoro, obispo de Capadocia, origenista y protector de Nono y de sus secuaces, estaba entonces en Constantino-

pla y privaba mucho en la corte. Así que supo esto, mandó prender á los apocrisarios ¹ de Jerusalén, quienes á la sazón estaban en la ciudad imperial, y les dijo encolezado, que si el patriarca Pedro no complacía á estos monjes, y no los restablecía en su laura, él mismo iría á echarle de su silla.

Pedro intimidado por estas amenazas, ó engañado por una carta artificiosa de estos perversos monjes que Teodoro les aconsejó le escribieran, cedió enseguida, se acomodó con ellos, y así Nono y los suyos volvieron á la nueva laura, conservando siempre más acritud contra los Padres de la grande laura y contra san Sabas. Teodoro también obligó á Pedro á tomar por sincelos ² á Pedro de Alejandría y á Juan el Sincero monjes de su partido.

Hinchados por este éxito y más atrevidos todavía, por todas partes predicaron públicamente los errores de Orígenes, y declararon la guerra á los Padres de la grande laura, buscando continuamente los medios de dañarles, hasta tal punto, que cuando veían en Jerusalén algún monje ortodoxo, le llamaban *Sabaita*, lo hacían azotar por los seglares y lo echaban de la ciudad.

Había á la sazón cerca del Jordán unos monjes Besos, originarios de Tracia, quienes, movidos del celo, acudieron en auxilio de los católicos; pero los origenistas les obligaron á refugiarse en el hospicio de la grande laura, á donde fueron con furor á atacarles para matarlos. Eran

¹ Dignatarios eclesiásticos que tenían la categoría inmediata á los obispos. Se daba este mismo nombre á los oficiales del emperador encargados de juzgar las diferencias entre los oficiales de palacio, de llevar los mensajes etc. En la corte pontificia los apocrisarios ordinariamente diáconos ó subdiáconos, eran nuncios residentes cerca de los príncipes católicos.

² El sincelo, dignatario de la Iglesia de Oriente, moraba continuamente cerca del patriarca, para dar testimonio de todas sus acciones. El sincelo de Constantinopla era casi siempre un gran personaje.

en número de trescientos, y hallando la puerta cerrada, rompieron las ventanas y echaron muchas piedras contra aquellos que estaban dentro. Entonces uno de estos Besos, llamado Teodulo, se armó con una pala, hizo una salida sobre ellos, y aunque solo, los dispersó á todos, cuidando de no herir á ninguno; pues su intención no era más que obligarlos á retirarse; pero la suya no era tan inocente, pues recibió de ellos una pedrada de la cual murió pocos días después. Por fin los Padres de la grande laura viendo estos desórdenes, rogaron á Gelasio su abad, que él mismo fuera á Constantinopla y diera conocimiento al emperador. Cuando iba á partir los reunió en la iglesia y les dijo: « Yo emprendo, Padres míos, este viaje como vosotros deséais; yo no sé lo que sucederá; pero os conjuro que no sufráis con vosotros á ningún religioso que esté adepto á Teodoro de Mopsuesta, pues éste es un hereje, y nuestro santo Padre Sabas no le detesta menos que á Origenes¹. Yo tengo un grande arrepentimiento de haber suscrito un libelo que fué hecho en el desierto por orden del patriarca, y de no haberlo anatematizado; pero Dios que vela por su Iglesia, ha impedido que el libelo haya sido recibido y ha querido que todo fuese condenado. »

Después de esta recomendación, Gelasio partió para Constantinopla; pero Teodoro de Cesárea, quien aun se hallaba allí, así que fué sabedor de su llegada, hizo dar orden tanto al hospital de los huérfanos, como en casa del patriarca y en palacio, que no recibieran ningún monje que viniera de Jerusalén; de suerte que Gelasio fué rehusado por todas partes, y temiendo nuevos artificios de parte de Teodoro, salió de la ciudad para volver por tierra á Palestina; pero murió por el camino en Amorio, villa de Fri-

¹ Teodoro, obispo de Mopsuesta, fué condenado como pelagiano por el quinto concilio ecuménico (segundo de Constantinopla), celebrado en 553.

gia, en el mes de octubre. Los Padres de la grande laura sabiendo su muerte pasaron á Jerusalén, para pedir un abad al patriarca Pedro ; pero sus dos sincelos, Pedro de Alejandria y Juan el Sincero, los hicieron echar vergonzosamente de la casa episcopal, y ellos se volvieron sin haber hecho nada. Entonces el escándalo fué mayor : casi todos los monjes se unieron á los Origenistas, cediendo unos á la necesidad ó á los halagos y otros por ignorancia ó por temor ; sólo la grande laura se les resistió, y ellos hicieron todos sus esfuerzos para apoderarse de ella.

En fin usaron tantos artificios, que llegaron á hacer elegir un abad, llamado Jorge, y lo pusieron á mano armada en posesión de la silla de san Sabas. A la manera que se ven dispersarse las ovejas al acercárseles el lobo, dice el monje Cirilo, así los santos Padres de la laura se dispersaron casi todos en diversos lugares. San Juan el Silenciero, quien vivía allí recluso desde muchos años, también abandonó su celda y se retiró al monte de las Olivas, á donde muchos le siguieron. Pero el mismo día que los echaron de la laura, el impío Nono, autor de estos males, fué visitado por una muerte repentina ; el infame Jorge, tan corrompido en sus costumbres como en su fé, después de haber deshonorado este Lugar santo por espacio de seis meses, fué ignominiosamente expulsado de él por sus vicios, sin que ninguno de aquellos que lo habían colocado osara tomar su defensa.

Los pocos religiosos que habían quedado en la laura le substituyeron por Casiano de Escitópolis muy recomendable por sus virtudes. Desde su infancia había sido educado bajo los auspicios de san Sabas, y con el tiempo, fué hecho sacerdote y ejerció las funciones de su orden en la grande laura. Fué elegido abad de la de Suca, que conservó con gran cuidado en la observancia regular y en la fé ortodoxa. Hacía ocho años que la gobernaba, cuando los Pa-

dres de la grande laura lo escogieron por su abad por indicación del patriarca ; pero murió á los diez meses, y dieciséis años después de la muerte de san Sabas.

Fué reemplazado en su cargo por el venerable Conón de Licia, quien había abrazado la vida monástica en su patria, siendo aún muy joven, donde había hecho grandes progresos en las virtudes de su estado. Después de la muerte de san Sabas fué á Jerusalén para visitar los santos Lugares, y Dios le condujo á la grande laura para el bien espiritual de aquellos que en ella moraban ; pues no fué solamente para ellos un motivo de edificación por sus ejemplos y sobre todo por su dulzura y su discreción, sino también de consuelo por sus luces y los dones que Dios había depositado en él. Se había conservado inviolable en la fé ortodoxa, y su doctrina estaba fuera de toda sospecha. Tal era el respetable Conón cuando lo eligieron por abad ; así, se reconoció por el bien que hizo, que esta elección no era de los hombres, sino de Dios. Reunió en poco tiempo á todos los Padres que las perturbaciones de los origenistas habían obligado á dispersarse en diversos lugares ; recibió también nuevos sujetos ; su comunidad aumentó mucho, y la laura floreció más que nunca. Sucedió todo lo contrario con los origenistas. Después de la muerte de Nono se dividieron entre sí, como ordinariamente sucede á los herejes, quienes, no teniendo dirección fija, son agitados por todo viento de doctrina, y cada uno anda á su gusto por los caminos del error. Dios renovó en ellos, dice el historiador Cirilo, el milagro de la confusión de las lenguas, por el cual dispó los malos consejos de los orgullosos que osaron levantarse contra él ; pues los origenistas de la nueva laura y los del monasterio de Fermin, comenzaron á declararse la guerra ; los primeros llamando á los otros ó *Protoctistas* ó *Tetraditas*, y éstos les llamaban á su vez *Isocristas*, según los diversos sentimientos que los dividían

entre sí en sus errores. Teodoro de Capadocia, de quien hemos hablado, y quien continuaba siendo poderoso en la corte, sostenía el partido de los de la nueva laura ó de los *Isocristas*, y de ellos hizo muchos obispos y abades en Palestina. Los Protocristas del monasterio de Fermin tenían por corifeo un cierto Isidoro, quien, viendo que no podía resistir á la autoridad de Teodoro y á los de la nueva laura, fué á encontrar al abad Conón, le prometió en la iglesia de Sión renunciar á los errores de Orígenes y combatirlos con todas sus fuerzas, y le siguió á Constantinopla por donde fué diputado.

Tuvieron que sufrir mucho por parte de Teodoro de Cesárea cuando allí hubieron llegado; pero arrostraron con su paciencia todos los obstáculos que se les opuso. Pocos días después, muerto Pedro patriarca de Jerusalén, los origenistas de la nueva laura hicieron elegir á Macario por sus facciosos, lo que causó una sedición. El emperador quedó muy irritado contra ellos y contra Teodoro de Cesárea que los sostenía, y mandó que Macario fuese echado de su silla. El abad Conon aprovechó hábilmente esta ocasión y presentó una demanda al emperador, en la cual le detallaba todos los crímenes de los origenistas. Esto le dió autoridad, y le animó á proponer á Eustoquio, ecónomo de la iglesia de Alejandría, quien á la sazón estaba en Constantinopla, para ocupar la plaza de Macario; lo que el emperador aprobó. Se hacían las preparaciones para celebrar el quinto concilio general, y con este motivo Conón pidiendo su venia á Eustoquio para partir de la ciudad imperial, le propuso á Eulogio como diputado para el concilio, quien era abad del monasterio de san Teodosio; y realmente lo diputó; pues envió para representarle en este concilio tres obispos y tres abades, de cuyo número fué Eulogio.

Habiendo los origenistas sido condenados en este con-

cilio, el emperador envió sus actas, á Jerusalem, las cuales suscribieron los obispos de Palestina ; pero los monjes de la nueva laura no quisieron someterse á él y se separaron de la comunión católica. Eustoquio hizo cuanto pudo por espacio de ocho meses para volverlos á la unidad de la fé. Les reiteró sus advertencias y exhortaciones con toda la caridad posible ; pero como se endurecieran cada día más, el emperador ordenó al duque Anastasio que los expulsase de la laura, y así libró á toda la provincia de esta peste.

El patriarca Eustoquio no quiso que esta laura permaneciera desierta. Puso en ella ciento veinte monjes ortodoxos, sesenta de los cuales eran de la grande laura, y los otros de diferentes monasterios ; y les dió por superior un religioso de la grande laura, llamado Juan, quien, antes que abrazada la profesión religiosa, había sido oficial de guardias del emperador. El historiador Cirilo, á quien tanta frecuencia hemos citado, fué también de su número. Estaba en el monasterio de san Eutimio, de donde, por consejo de san Juan el Silenciero, los Padres de la grande laura le llamaron para pasar á la nueva. Dice que se reunieron todos en Jerusalén, y que de allí salieron en orden presididos del patriarca y su nuevo superior para trasladarse á Tecue, y que así que el duque Anastasio hubo obligado á los origenistas á abandonar la nueva laura, ellos entraron en ella veintitrés años después de la muerte de san Sabas. Entonces se vió cumplida la predicción del abad Juan, á quien san Sabas habia dado por superior á los monjes de la nueva laura, como lo hemos referido al principio de este capítulo.

« Así, dice el monje Cirilo, cesó la guerra que se había levantado contra la piedad ; y de buena gana pido al Profeta me preste su voz para cantar con él : *Que la soledad se regocije y florezca como un lirio* (Ysai. 36-1), pues el Señor,

lleno de ternura para sus hijos, dijo en su misericordia : *Yo he visto la aflicción de mi pueblo*, (Exod. 3-7) de Jerusalén, he oído sus gemidos, yo quiero librarlos. En efecto, él lo quiso y nos ha visitado ; y viniendo á nuestro auxilio, no solo nos ha librado de la tiranía de los origenistas y los ha apartado bien lejos de nosotros ; sino que nos ha puesto en posesión de sus tabernáculos, y nos hemos aprovechado del fruto de sus trabajos, á fin de que seamos fieles á sus ordenanzas, y cumplamos su santa ley. Que por ello le sea dada gloria en todos los siglos. »

Después de haber hablado de los sucesores de san Sabas hablaremos de sus discípulos. Se puede juzgar de su número por el de sus lauras y de sus monasterios donde había comunidades considerables. Si no tuvo el consuelo de ver cumplidos sus deseos en muchos, por más que se desvelase en formarlos en las virtudes religiosas, esto por su parte no fué ni defecto de talento ni de celo, ni tampoco de caridad ni de dulzura. Solo el mal provino de los indóciles, quienes, queriéndose conducir por su propia voluntad, sacudieron el yugo de la obediencia. lo que los condujo á los desórdenes que acabamos de describir. Pero si este gran Santo tuvo el dolor de ver inutilizados sus cuidados por la indocilidad de algunos, Dios le consoló con el fruto que la mayor parte sacaron de ellos ; y si la historia de sus lauras nos presenta algunos ejemplos poco edificantes, en cambio nos compensa ampliamente por otros que nos lleva á glorificar á Dios en sus Santos.

El monje Cirilo nos conservó los nombres de algunos, quienes fueron unos imitadores del celo y de la santidad de su santo Padre, y se hicieron dignos por sus virtudes de fundar también otras lauras. Tales fueron, aparte Juan el Profeta superior de la que se llamó la nueva, tales, digo yo, fueron Jaime, quien fundó la laura de *las Torres* ; el bienaventurado Fermin, quien fundó la del país de *Machmas* ó

Maliche, y que con el tiempo llevó su nombre; el venerable Severiano, tan célebre por sus grandes virtudes, quien edificó el monasterio llamado *Pericaparbaricho* ó de *Mariche*; Juliano sobrellamado el Jorobado, quien construyó cerca del Jordán la laura de Elcerabio, y muchos otros cuyos nombres, dice el monje Cirilo, están en el *libro de la vida* (Philip. 4-3); lo que da á entender que se habían distinguido por su piedad.

Jeremías, diácono de la grande laura, participó de la confianza de san Sabas, pues fué del número de aquellos que le acompañaron en su viaje á Constantinopla. A su regreso mostró un celo demasiado amargo para los intereses temporales de la laura, lo que hace ver que todavía no estaba establecido en el despojamiento que su santo Padre exigía de sus discípulos; pues, como san Sabas hubiese distribuido á sus otros monasterios el oro que el emperador Justiniano le había dado, le afligió esto tanto, que se retiró al desierto cerca de un torrente, á cinco estadios de la grande laura. Pero nuestro Santo lleno de caridad por él, fué á encontrarle, le consoló, y viendo que el sitio en donde se había retirado era propio para los solitarios, hizo venir hermanos muy entendidos que en pocos días construyeron un pequeño oratorio y algunas celdas, de suerte que formó una laura y la dotó de todo lo necesario, no perdonando ni el dinero ni los muebles que para esto se necesitaban. Permitió á los hermanos el establecerse allí, nombró á Jeremías por su superior, y les dió sus reglas.

Había también en la grande laura dos religiosos que eran hermanos, llamados Zano y Benjamin, ambos eminentes en virtud y llevados de la misma inclinación por la vida eremítica. De común acuerdo rogaron á san Sabas que les cediera la celda que había construido para sí mismo á quince estadios de la laura, deseando vivir en ella como ana-

coretas. Este Santo, quien conocia su piedad, se la cedió de buen corazón. Sin embargo les conservó la que tenían en la grande laura; pero como viera que perseveraban en ella que les había cedido, y que aun la habían vuelto propia para albergar otros hermanos, formó de ella un monasterio, donde estableciendo otros religiosos con una iglesia y todo lo necesario para su sustento y para el culto divino, también les dió las reglas que se observaban en sus otros monasterios. Este estaba floreciente en tiempo del monje Cirilo y se llamaba el monasterio de Zano.

Hemos dicho en la vida de san Sabas, que su congregación aumentando todos los dias, se había visto obligado á ensanchar su laura, por una y otra parte del torrente cerca del cual la había construido. Entre aquellos que habitaban á la otra parte del torrente en el lado de Oriente, había un buen religioso llamado Antimio, de Bitinia, cuya celda estaba colocada al lado opuesto á la torre de nuestro Santo. Este ferviente solitario moró treinta años en esta celda, y siendo viejo y enfermo ya no estuvo en estado de marchar se. San Sabas viéndole tan enfermo, le dijo que haría bien en tomar una celda más próxima á la iglesia, á fin de que pudiese más fácilmente ser socorrido por sus hermanos; pero el buen viejo le rogó que lo dispensara, diciendo: « Yo espero que el Señor que crió mi alma, bien se dignará recibirla en esta celda, donde me ha concedido, por su misericordia, la gracia de morar desde que abandoné el siglo para hacerme monje. »

El Santo no insistió más, y al cabo de algún tiempo, habiéndose levantado por la noche antes que se diera la señal para el oficio, oyó como la voz de muchas personas que cantaban salmos. Creyó que esto era en la iglesia de su laura, y extrañaba que se hubiese prevenido el tiempo prescrito por la regla sin haberle dado conocimiento de ello. Se retiró á su pequeña torre, y entonces oyó muchas

voces que cantaban con una melodía más celestial que humana, estas palabras del salmo 41 : *Yo pasaré en el lugar del tabernáculo admirable hasta el lugar de la casa de Dios, en medio de los cantos de regocijo y de alabanza, y de los gritos de alegría de aquellos que están en un grande festin*; y notó que el sonido de estas voces armoniosas venía del lado de la celda del viejo Antimio. Al momento fué á avisar al que estaba encargado de llamar á los religiosos al oficio, diciéndole que los despertara, y todos juntos pasaron con perfumes y cirios á la celda del viejo que hallaron muerto. Llevaron su venerable cuerpo á la iglesia de la laura, donde, después de haber hecho las preces acostumbradas, lo depositaron en el sepulcro de los hermanos, bendiciendo al Señor por la gloria con que honra á sus Santos.

Afrodasio, otro discípulo de san Sabas, lo había sido antes de san Teodosio. Era de grande talla y de una fuerza de cuerpo tan prodigiosa, que solo levantaba de tierra doce modios de trigo y los cargaba sobre sus espaldas. Estaba encargado de guiar las acémilas del monasterio de san Teodosio, y un día que en el camino uno de sus animales le desobedeció, le dió, por un movimiento de cólera, un puntapié en el hocico, dejándolo muerto al momento; enseguida cogió la carga y la albarda del mulo, se los puso sobre sus espaldas y así se volvió. San Teodosio lo expulsó del monasterio á causa de esta acción, y Afrodasio, movido de arrepentimiento, se dirigió hacia el Jordán para encontrar á san Juan de Choseba, y le pidió consejo sobre aquello que debía hacer. El santo le respondió : « Si queréis obrar vuestra salud, id á ver el abad Sabas quien os dará las instrucciones necesarias para esto.

El santo Abad lo colocó en una celda, y le ordenó por regla que se aplicara al trabajo, al ayuno, al silencio; que no buscara la conversación de los otros ermitaños y que

no saliera de la laura. Afrodisio observó fielmente todos estos puntos. Pasó treinta años sin salir de la laura, ni entrar en la celda de ningún hermano. No usó ni aceite, ni vino, ni fuego; se acostaba sobre una simple estera extendida en tierra, y no se nutría más que de yerbas y de legumbres que quedaban de la mesa de los otros solitarios; lo que colocaba en un plato, del cual cada día tomaba un poco; y si sucedía que después de haberlo guardado algún tiempo llegase á corromperse, no por esto dejaba de comerlo. No se respetó más en el trabajo. El ecónomo le proveía de hojas de palmera, y regularmente todos los meses entregaba noventa cestas bien acabadas. Pasaba las noches enteras gimiendo y derramando lágrimas de compunción. Perseveró por espacio de treinta años en esta rigurosa penitencia sin la menor incomodidad corporal y en el mismo fervor de espíritu que el primer día. Al cabo de este tiempo, Dios le dió á conocer que ya no debía morar más que una semana sobre la tierra, y él se trasladó á la iglesia de la laura para suplicar á san Sabas que le permitiera ir á pedir perdón á san Teodosio; lo que le concedió con tanto mayor gusto, cuanto que también sabía que su fin estaba próximo. Le dió por compañero á Teodulo, hermano de Gelasio, á quien ordenó que dijera de su parte estas palabras á san Teodosio: « Ahí está Afrodisio: era hombre cuando lo recibí; ahora os lo envió como un ángel. »

San Teodosio lo vió con mucha alegría; lo abrazó con ternura y le hizo comer con él y lo dejó en paz. A su regreso murió en los sentimientos de una santa alegría después de una enfermedad que duró poco. San Sabas lo hizo sepultar en la tumba de los sacerdotes, donde lo encerraron en una caja que colocaron en un sitio separado de los otros, á fin de que los Padres que con el tiempo irían á visitar el sepulcro, pudiesen reconocer sus preciosas reliquias y tributarles el respeto que merecían.

La laura de san Sabas produjo, según la justa observación de *Bulteau*, cuyas luces seguimos muchas veces, dos grandes santos del mismo nombre ; San Juan, sobrellamado el Hesicasto ó el Silenciero, y san Juan Damasceno. Este último vivió en el siglo octavo.

San Juan el Silenciero nació un Nicópolis, ciudad de Armenia, el ocho de Enero del año 454, en el cuarto del imperio de Marciano. Contaba entre sus mayores, tanto por parte de su Padre Encracio, como por la de su madre Eufemia, generales de armada y gobernadores de provincia, y su casa era tan opulenta como ilustre. Como sus padres eran buenos cristianos, le hicieron también educar muy cristianamente. Después de su muerte él dividió su sucesión con sus hermanos ; pero no esperando más que los bienes del cielo, renunció poco tiempo después á los de la tierra, para consagrarse enteramente al servicio del Señor. Al efecto edificó en Nicópolis una iglesia en honor de la santísima Virgen, con un monasterio, en el cual se encerró con otros diez hermanos que sabía tenían la sincera voluntad de trabajar para su salvacion. No tenía entonces más que deciocho años, y sin embargo tomó las más firmes resoluciones de aspirar á una vida perfecta y practicar todas las virtudes que á ella podían conducirle, sobre todo la humildad y la abstinencia ; estando persuadido de que nada hay tan opuesto á la tranquilidad del alma como el orgullo y la intemperancia, y que no progresaría en el estado santo que había abrazado, sino siendo humilde y mortificado. Echaba pues de su corazón todo sentimiento de vanidad ; domaba su cuerpo con los ayunos y las vigiliass ; no se permitía palabra alguna que fuese reprehensible, y sus conversaciones siempre iban sazonadas con la sal de la sabiduría evangélica.

Con esto servia de regla á aquellos que estaban bajo su dirección, enseñandoles tanto con sus acciones como con

sus palabras lo que debían hacer, y los formaba en los deberes de la vida religiosa con tanta prudencia y discreción, que tratándoles como principiantes en la vida religiosa sin usar demasiada rigidez, los excitaba poco á poco á perfeccionarse, nutriendo insensiblemente en su alma el espíritu de piedad con sus exhortaciones, y animándolos á trabajar sin relajarse por la tibieza y la pereza ; lo que dió tan buenos resultados, que tuvo la satisfacción de ver como todos respondían perfectamente á la santidad de su vocación.

Continuó gobernando su monasterio con la misma prudencia hasta la edad de veintiocho años. Entonces habiendo muerto el obispo de Colonia, en Armenia, los habitantes de esta ciudad pusieron los ojos en él para sucederle, y lo pidieron al obispo de Sabasta, á quien pertenecía, como metropolitano, para proveer esta iglesia. Este prelado que conocía su mérito, juzgó que no podía hacerse una elección más digna. Envió á buscarle bajo otro pretexto, sin tener en consideración todas las excusas que su modestia le hizo alegar para dispensarse de ello.

Esta nueva dignidad nada cambió en su conducta. Continuó las mismas austeridades que practicaba en su monasterio ; y es digno de notar que jamás quiso usar del baño, tanto por modestia como por mortificación, aunque su uso fuera muy común en el país ; pues no solo no permitió nunca que nadie viera su cuerpo desnudo, sino que ni siquiera á sí mismo se lo permitió jamás. Una de sus principales atenciones era conservarse en una perfecta pureza de espíritu y de cuerpo, tanto para hacerse más agradable á los ojos de Dios, como para ofrecerle las oraciones más puras y más dignas de serle presentadas.

El ejemplo de su virtud hizo fuertes impresiones sobre el espíritu de uno de sus hermanos, llamado Pergamio, quien había estado en grande consideración cerca de los emperadores Zenón y Anastasio, y sobre su nieto llamado Teodoro,

igualmente distinguido por el rango que ocupaba como por el favor del emperador Justiniano. Uno y otro fueron por ella tan emocionados que llevaron en su estado una vida santa, y fueron unos modelos de probidad, de prudencia, de sabiduría y caridad.

Hacia ya nueve años que el bienaventurado Juan edificaba así á su diócesis y á su familia cuando habiendo muerto su hermana, casada con Pasinico, gobernador de la provincia, este magistrado, quien no merecía el honor de su alianza, se hizo aún más indigno de ella, por las vejaciones que ejerció con los eclesiásticos de su diócesis, impidiéndoles cumplir con su ministerio, violando los asilos de que gozaban las iglesias, y cometiendo violencias casi continuas. El santo obispo empleó largo tiempo las súplicas y las amonestaciones para llevarlo á cambiar de conducta; pero viendo que, muy lejos de ganar algo sobre su corazón, cada día se volvía más perverso, se vió obligado á recurrir al emperador, y obtuvo justicia por medio de Eufemio, patriarca de Constantinopla. No había dado este paso sino con el corazón transido de dolor, y esto le disgustó tanto del mundo, que por librarse de él para siempre, ordenó los asuntos de su iglesia antes de abandonar á Constantinopla, mandó á su diócesis los sacerdotes y los clérigos que tenía con él, y subiendo á un navío sin decir nada á nadie se dió á la vela para la Palestina. Se dirigió en linea recta á Jerusalén, y allí se albergó en el hospital construido por la emperatriz Eudoxia; pero como este hospital estaba demasiado frecuentado y él buscaba el retiro, pidió al Señor con muchas lágrimas que le hiciera encontrar un sitio en donde pudiera trabajar en paz para la salud de su alma.

Perseveró muchos días en esta demanda, pasando las noches enteras en derramar su corazón con sus lágrimas delante de Dios, para obtener esta gracia. Por fin, una noche que oraba con mucho fervor, con los ojos levanta-

dos al cielo, vió una brillante estrella que tenía la figura de una cruz, y oyó una voz que le dijo: « *Si tú quieres salvarte, sigue esta luz.* » Se levantó al momento con el corazón penetrado de confianza, y siguió este astro celestial que le condujo á la laura de san Sabas. Contaba á la sazón treintiocho años, y llegó á la laura cuando Salustio, patriarca de Jerusalén, hacía la dedicación de su Iglesia. Los religiosos que la habitaban eran ciento cincuenta, quienes vivían en grande pobreza por aquello que se refiere á las necesidades del cuerpo ; pero en la mayor abundancia de gracias espirituales.

Dios no reveló á san Sabas el tesoro que le enviaba en la persona del bienaventurado Juan, porque no siempre manifiesta á sus servidores, dice el monje Cirilo, los designios ocultos de su sabiduría. Así es que este santo abad lo recibió como un sujeto ordinario, mandándole al ecónomo para ser empleado en las funciones de los novicios. A la sazón construían el hospital de la laura, y el ecónomo encargó á Juan ir á buscar agua al torrente, aprestar lo necesario para la nutrición de los obreros, y traerles las piedras y los otros materiales para el edificio : lo que este humilde novicio hacía con una satisfacción, una exactitud y una humildad edificantes.

Dos años después fué también empleado por san Sabas para trabajar en el monasterio del Castillo, y por fin fué destinado para recibir los huéspedes y presidir la cocina. Pero como al mismo tiempo san Sabas quiso edificar una casa de noviciado á diez estadios del hospital de la laura, del cual también cuidaba, le obligaron á preparar la comida para los obreros y á llevársela ; y él cumplió estos multiplicados y fatigantes empleos con tanta dulzura y prudencia, que todos los Padres de la laura lo veían con admiración. Esto hizo que un año después, san Sabas no pudiendo dudar de los grandes progresos que había hecho en las virtudes reli-

giosas, le permitió morar en una celda para vivir allí en silencio y entregarse allí á la contemplación.

El bienaventurado Juan se halló allí como en su centro. Pasaba los cinco primeros días de la semana sin ver á nadie y sin tomar alimento alguno. El sábado y el domingo se trasladaba á la iglesia para cantar los salmos con los otros; lo que hacía con mucha gravedad y con cierto temor respetuoso, teniendo el corazón todo abrasado de fervor. Pero cuando se celebraban los divinos Misterios, estaba él tan compungido, que su rostro se presentaba cubierto de lágrimas, de tal suerte, que todos los religiosos que se hallaban presentes, quedaban maravillados y rendían á Dios acciones de gracias.

Gozó durante tres años de su soledad, de la cual jamás hubiera salido á no consultar más que las inclinaciones de su corazón. Pero después de este tiempo, san Sabas juzgó acertado el confiarle el cargo de ecónomo, y este hombre perfectamente obediente pasó sin la menor resistencia de un estado que constituía las delicias de su alma, á un empleo tumultuoso, porque estaba enteramente á su voluntad: lección interesante para las personas religiosas, quienes, demasiado apegadas á sus devociones particulares, demuestran mucha sensibilidad y repugnancia cuando se las emplea en ocupaciones que no son de su gusto, no considerando que la verdadera piedad consiste menos en seguir sus propias inclinaciones, aun en el bien, que en dirigirse por la obediencia, siempre más segura para el provecho de su alma, que cuanto ellas podrían proponerse de bueno por su propia elección. San Juan lo experimentó: nada perdió de las gracias del Señor en su nuevo empleo, y las bendiciones con que Dios acompañó sus desvelos en los asuntos temporales de la laura, fueron igualmente una prueba sensible de que agradecía su ministerio, aunque menos tranquilo.

San Sabas, quien no le perdía de vista, admirando cada día más la eminencia de su piedad, creyó, cuando el tiempo prescrito para el ejercicio de su cargo hubo finido, deberlo conducir á Elias, á la zazón patriarca de Jerusalén, para hacerle ordenar de presbítero. Él se dejó conducir sin resistencia ; y el Santo lo presentó al patriarca como un religioso perfecto. El prelado fué á la iglesia del Calvario para imponerle él mismo las manos sobre la testificación del santo abad ; pero Juan viendo que no podía ocultar más el sagrado carácter que ya poseía, rogó al patriarca que antes de pasar adelante, le permitiera hablarle en particular, y le dijo : « Yo me atrevo, mi venerable Padre, á confiaros un secreto, que os suplico no declaréis á nadie, sin lo cual me obligaríais á abandonar este país. Yo soy obispo, y la consideración de mis pecados me obligó á dejar mi cargo para ir á la soledad y aguardar allí la misericordia de Dios. He creído, pues, que ahora que todavía estoy en el vigor de la edad, debía emplearme en servir á mis Padres, para que cuando las fuerzas me falten, no tenga que reprocharme los caritativos servicios que ellos á su vez me prestarán. »

Elias admiró una humildad tan profunda, y llamando á san Sabas le dijo : « Este religioso me ha confiado en secreto una cosa que me impide ordenarle ; dejadle, pues, en el silencio, sin que jamás sea molestado. » Nada más añadió ; lo que hizo temer á san Sabas no se hubiera engañado en el juicio ventajoso que habia formado del bienaventurado Juan ; de suerte que, penetrado de dolor, se retiró á una caverna apartada de la laura, en donde pasó la noche en preces y en lágrimas, quejándose á Dios de que no le hubiese hecho conocer si Juan era digno de servir al altar, ó si delante de él era como un vaso inútil. Mientras así oraba, se le presentó un ángel diciéndole : « Juan no es un vaso inútil, sino un vaso de elección ; y aquel que es ya obispo no puede ser ordenado sacerdote. » San Sabas no

quedó maravillado ni horrorizado por esta aparición ; estaba ya acostumbrado á semejantes visitas de los espíritus celestiales : esta es la observación que hace el monje Cirilo. Se levantó colmado el corazón de alegría, se fué á la celda de Juan, y le dijo abrazándole con ternura : « Oh mi padre Juan ! vós me habéis ocultado la gracia que Dios os ha hecho, pero él me la ha manifestado. » — « Ah, Padre mio ! le respondió el bienaventurado Juan, eso que me decís me affige en extremo. Yo descaba no ser conocido, y hé aquí que yo me veré obligado á abandonar esta morada. »

San Sabas le suplicó que no se moviese, y le prometió en presencia de Dios que jamás descubriría su secreto. Entonces Juan se encerró aún más estrechamente en su celda y á nadie habló, exceptuando aquél que le traía lo que necesitaba. De ella no salió más que una vez para saludar al patriarca Elías, quien había ido á la laura por la dedicación de una nueva iglesia que habían construido cerca del monasterio ; y este patriarca aprovechó esta ocasión para tener con él un coloquio de piedad, en el cual reconoció aún más los dones de sabiduría y de prudencia que Dios había depositado en él ; lo que se lo hizo en extremo amado, y le inspiró sentimientos de estima y veneración, de que le dió pruebas todo el tiempo de su pontificado.

Hacia cuatro años que vivía en este riguroso silencio, cuando algunos monjes de la laura excitaron con sus murmuraciones y su indocilidad, las perturbaciones de que hemos hablado en la vida de san Sabas que obligaron á este Santo á retirarse á Esitópolis : san Juan contaba entonces cincuenta años. Estas agitaciones tan opuestas á su tranquilidad, también le determinaron á abandonar su celda y retirarse en el desierto de Rubán. Allí pasó seis años separado del comercio de las criaturas y todo ocupado de la contemplación, en la cual procuraba elevarse cada día más á Dios. Apenas salía una vez cada tres días de la caverna

en la cual se estaba retirado, para nutrirse de manzanas silvestres, ó de algunas raíces que había en esta soledad. Una vez se extravió y se engolfó en unos precipicios, de donde no sabía como salir ; de modo que habiendo andado largo tiempo errante sin encontrar el camino de su caverna las fuerzas de faltaron casi enteramente. En este desfallecimiento extremo en que se hallaba se dirigió á Dios, y de momento fué trasportado, como el profeta Habacuc, á su caverna, sin saber como esto se había verificado. Más tarde, habiendo conocido mejor esta soledad, comprendió que el sitio de donde había sido trasportado distaba cinco millas de esta cueva.

Un hermano fué á su desierto, y le rogó que le permitiera morar con él. Él le recibió con caridad ; pero este hermano se disgustó poco tiempo después de su retiro, y le instó á aprovecharse de la fiesta de Pascua para volver á la laura ; tanto más, le decía, cuanto que en este lugar no hay más que frutos silvestres y malos que no se pueden comer, y nosotros estamos reducidos á la mayor necesidad. Pero le bastó á san Juan saber que san Sabas no estaba en la laura para, no volver á ella. « Permanezcamos aquí en paz, hermano mio, le dijo, y confiemos en el Señor. Él nutrió, por espacio de cuarenta años, á seiscientos mil hombres en el desierto ; él nos ha prometido en la Escritura no abandonarnos ; él nos ha recomendado que no estemos solícitos por nuestras necesidades, que son conocidas de nuestro Padre celestial ; y que si nosotros cuidamos de buscar el reino del cielo, él proveerá á todo lo demás. ¿ Porqué, pues, hijo mio no sufriremos con paciencia, y preferiremos una vida cómoda á la vida penitente que aquí llevamos ? ¿ Ignoráis que buscando las comodidades en este mundo, uno se prepara á los suplicios en el otro, y que sufriendo los males presentes uno se hace digno de los bienes futuros ? »

Estas palabras no penetraron en el corazón de este her-

mano ; quien fastidiado de su soledad, tomó la resolución de retirarse. Apenaslo hubo verificado, cuando un desconocido se presentó á Juan, conduciéndole un asno cargado de provisiones, que le dejó y se volvió enseguida. Mientras tanto el hermano que había querido volver á la laura, en el camino se extravió, y volvió á él tres días después extenuado de hambre y de cansancio. Encontró en su caverna estas abundantes provisiones que la providencia le había enviado, y movido de arrepentimiento por su desconfianza, se arrojó á sus piés y le pidió perdón. El Santo, lleno de caridad, excusó en él la fragilidad humana, lo levantó, y le dijo : « ¿ Comprendéis ahora, hermano mío, que Dios puede prepararnos una mesa en el desierto ? »

Alamundar, gefe de los Sarracenos sometidos á los Persas, hizo en este tiempo una excursión por la Arabia y la Palestina, animado de furor contra los Romanos. Los bárbaros que combatían bajo sus auspicios se habían esparcido por los desiertos, en donde ya no había seguridad para los anacoretas. En este peligro con que san Juan se hallaba amenazado, los Padres de la grande laura le enviaron á decir que no se expusiera, y que volviera á ocupar su celda ; pero el Santo había tan bién gustado las dulzuras de su soledad, que no pudo resolverse á abandonarla. Dijo en sí mismo : « ¿ Si Dios no toma cuidado de mí, que tengo de hacer viviendo más ? » Se determinó, pues, á quedarse, abandonándose á los cuidados de la providencia ; y bien pronto se vió que Dios lo había tomado bajo su protección particular, pues le envió un león de los más grandes y de los más terribles que había en estos desiertos, que día y noche dió vueltas al rededor de su celda y lo defendió de los insultos de estos bárbaros. La primera noche que el Santo se apercibió de este animal, sintió en sí mismo algún movimiento de temor ; pero viendo el día después que no se alejaba y que hacía huir á los Sarracenos así que se presen-

taban, reconoció que Dios se lo había enviado expresamente para guardarle, y su temor se trocó en acción de gracias.

Habiéndose los bárbaros retirado, san Sabas, quien se había ido á Nicópolis y había fundado allí una nueva laura, se acordó de la visión que había tenido en la cueva, en donde Dios le había revelado la santidad y el carácter episcopal de nuestro Santo, y se fué á encontrarlo en su desierto para llevárselo con él á la grande laura. « El Señor, le dijo, os ha librado del furor de los bárbaros enviándoos un guardián que los ha puesto en fuga ; venid, pues, ahora y no exijáis un nuevo milagro, temiendo exponeros á la tentación de la vanidad ; sino huid como los otros Padres y venid á la laura. Así se lo llevó lo encerró en su celda como antes : contaba entonces cincuentiséis años.

Nadie sabía que fuese obispo, exceptuando el patriarca Elías y san Sabas. Más tarde queriendo Dios hacer conocer á los hombres el tesoro oculto que había encerrado en su siervo, lo hizo descubrir del modo siguiente. Eterio, arzobispo (no se dice de que ciudad), personaje por otra parte no menos respetable por su mérito personal que por su dignidad, desde el Asia pasó á Jerusalén para visitar los santos Lugares, y allí hizo grandes limosnas á los pobres y á los monasterios. Cuando después de haber satisfecho su piedad se hubo reembarcado para volver á su diócesis, fué sorprendido en su ruta por un viento contrario que le obligó á abordar en Ascalón con mucha pena. El viento cesó dos dias después, y él quiso embarcarse de nuevo ; pero en la noche un ángel le apareció en sueño y le dijo :

« Vos no podéis haceros á la mar que no hayáis ido antes á la laura del abad Sabas á ver al abad Juan el Silenciero, hombre justo, lleno de piedad y revestido como vos del carácter episcopal. El Señor ha puesto en él los dones celestiales que su humildad tiene ocultos, viviendo en un

perfecto desprendimiento de todas las cosas del mundo, y llevando una vida muy austera penetrado del temor de Dios y del deseo de poseerle. »

Eterio habiéndose despertado, no pudo dudar de que hubiese tenido una verdadera visión ; se fué diligente á la laura de san Sabas, relató á los Padres lo que Dios le había hecho conocer, y se hizo conducir á la celda del Santo. Se estuvo dos días con él, y le obligó á hacerle una relación circunstanciada de su vida. El humilde Juan, quien no había buscado más que ocultarse, se vió en la obligación de manifestar á este arzobispo lo que hasta entonces había tenido tan secreto. Eterio quedó sumamente maravillado, y exclamó : « Verdaderamente hay piedras santas que son bien pisoteadas en la tierra. » No se separó de su compañía más que para dar conocimiento á san Sabas y á sus Padres, de cuanto Juan le había declarado ; de suerte que toda la laura fué sabedora de su condición, del lugar de su nacimiento, de su episcopado, y de cuánto él era.

En este mismo año, que era sententiocho de su edad, y el veinticuatro después que se había encerrado en su celda, san Sabas dejó esta vida para ir á recibir al cielo la recompensa que Dios reservaba á sus méritos. El bienaventurado Juan quedó por ello tanto más afligido, cuanto que no había presenciado su muerte. Siempre lo había considerado como su padre, y no podía consolarse por haber sido separado de él. Habiéndose por fin dormido en su dolor, san Sabas se le presentó en ensueño diciéndole : « Cesad de afligiros, mi padre Juan ; pues, aunque estemos separados del cuerpo, sin embargo siempre estoy en espíritu con vos. » « Ah ! le respondió el bienaventurado Juan, rogad al Señor que también se me lleve. » — « Esto no puede ser por ahora, le replicó Sabas, porque la laura va á ser agitada por una grande tentación, y vos seréis en ella necesario para consolar y fortificar á los que deben combatir por la fé. » San

Juan, después de esta visión, cesó de llorar la muerte del santo abad, pero estuvo en grande cuidado por la tentación de que le había hablado.

Fué probablemente en ocasión de la muerte de san Sabas, cuando deseó saber como el alma se separaba del cuerpo, pues su historiador lo relata inmediatamente después. Lo pidió á Dios en su oración, y de momento se halló trasportado en espíritu á la iglesia de Belén, en la cual Dios le hizo ver en el vestíbulo á un santo hombre extranjero, que tendido en tierra se moría, y del cual habiendo los ángeles retirado el alma, la llevaban en triunfo al cielo con una melodía y un olor celestiales. Quiso convencerse de la verdad de esta visión, y en una hora se fué á Belén. Allí encontró efectivamente el cuerpo de este hombre en el sitio que Dios le había mostrado, y supo que había muerto á la hora misma en que había tenido la visión. Abrazó y besó con tierna veneración sus preciosos despojos, lo hizo sepultar en un sitio honorable y se volvió á su celda.

Tenía dos discípulos, uno de los cuales llevaba su nombre y el otro se llamaba Teodoro. El monje Cirilo dice haber aprendido de ellos la maravilla que vamos á referir. « Después de la muerte de san Sabas, le decían, el bienaventurado viejo Juan nos envió á Libia ¹ por unas respuestas que aguardaba, y cuando hubimos pasado el Jordán, encontramos algunas personas que nos dijeron que tuviésemos cuidado, porque había un león en el camino por donde íbamos á pasar. De momento pensamos que Dios bien podría librarnos de él por las preces de nuestro santo abad, ya que hacíamos este viaje por orden suya; y en esta confianza fuimos adelantando, cuando de momento vimos venir sobre nosotros este león, quien á pesar de nuestra

¹ La Libia de que aquí se habla, no es ni la de Africa, ni aquella de que habla Paladio en la Vida de san Macario, sino un desierto de Palestina.

buena resolución, nos causó un grande horror; pero en este momento nuestro santo viejo nos apareció y nos dijo que nada temiésemos. En efecto, este feroz animal huyó como si se le hubiese echado á latigazos, y nosotros proseguimos nuestro camino sin que nos acaeciese adversidad alguna. A nuestro regreso el Santo nos salió al encuentro y nos dijo: « ¿ Habéis visto como me he hallado entre vosotros en el peligro en que os habéis encontrado? Yo estaba aquí y rogaba por vosotros, y Dios ha tenido á bien haceros experimentar su misericordia. »

El monje Cirilo dice también que había aprendido de uno de sus discípulos, que durante muchos años no había comido más que pan, con el cual mezclaba cenizas del incensario. Este discípulo le sorprendió un día en este acto. El Santo, quien no quería más que á Dios por testigo, pareció afligirse por ello; pero él trató de consolarlo diciéndole: « No sois vos el único, Padre mío, que tiene esta práctica. Hay muchos Padres de esta laura que hacen lo que vos, para conformarse á estas palabras del Profeta: *« Yo comí la ceniza, lo mismo que el pan (Psal. 101). »*

El abad Eutatio, de quien hemos hablado en la vida de san Sabas, también refería á Cirilo que se halló en cierta ocasión atacado de una tentación de blasfemia muy violenta, la cual le obligó á recurrir á nuestro Santo á fin de que rogara á Dios le librara de ella. El lo hizo, y después que hubo concluido de orar, le dijo: « Dad gracias al Señor, hijo mío, pues no seréis más importunado por esta fastidiosa tentación. » Y en efecto, quedó libre de ella para siempre.

Pero hé aquí una maravilla semejante á aquella que hemos referido en la Vida de san Juan de Cicópolis, de quien ha hablado san Agustín, como lo hemos dicho en el mismo lugar. Una mujer llamada Basilina, originaria de Capadocia, y diaconisa de la grande iglesia de Constantinopla, per-

sona muy piadosa y bien ortodoxa, tuvo la devoción de visitar los santos Lugares de Jerusalén, y se trasladó á ellos acompañada de un primo que tenía, quien ocupaba un puesto distinguido en el Estado ; pero tenía la desgracia de ser adepto de la doctrina de Severo y no comunicaba con los católicos. La piadosa Basilina tenía un extremo disgusto por verle engolfado en el error, y sabiendo por la fama cual era la virtud de las preces y exhortaciones de nuestro Santo, deseó conducirle á este pariente, á fin de que le persuadiese á entrar en el seno de la Iglesia. Pero como no era permitido á las mujeres ir á la laura, rogó á Teodoro, discípulo del Santo, que condujera allí á su pariente.

Cuando hubieron llegado á su celda, Teodoro golpeó lentamente la ventana, según su costumbre, y habiéndola el santo abierto, el se inclinó con el primo de santa Basilina, y le pidió su bendición para los dos ; pero el bienaventurado Juan, á quien Dios ya había hecho conocer á este nuevo huésped, dijo á Teodoro : « Yo os doy mi bendición, pero no la doy á ese que está con vos. » — « ¿ Porqué se la negáis, Padre mio ? le dijo Teodoro. Yo os suplico, mas bien que se la deis. » — « Nó, yo no le bendeciré hasta que haya abjurado de sus errores, y hasta que esté yo seguro de que renuncia á la comunión de los cismáticos y abraza la de la Iglesia católica. »

El satélite de Severo, todo asombrado de que el Santo hubiese conocido tan bien sus sentimientos, y no pudiendo dudar de que esto fuese por una luz sobrenatural, se rindió al momento y protestó que renunciaba sinceramente á sus errores. Entonces el bienaventurado Juan le bendijo, le dió los divinos sacramentos y lo reconcilió así con la Iglesia.

Un cambio tan repentino colmó de alegría el corazón de Basilina, y le inspiró un vivísimo deseo de ver por sí misma al bienaventurado Juan. Para traspasar todo obstáculo pro-

yectó en su imaginación revestirse con un hábito de hombre, y así disfrazada ir á abrirle su corazón para recibir sus santos consejos ; pero un ángel reveló su intención á nuestro Santo, quien le envió á decir lo siguiente : « Sabed que si venís, no me veréis. No os aflijáis y quedaos donde estáis. Yo os apareceré en sueño ; vos me declararéis cuanto queráis decirme, y Dios me inspirará todo lo que os debo responder. » Basilina le creyó con confianza ; y en efecto, el Santo le apareció en ensueño, y le dió todas las instrucciones que pudo desear para el bien de su alma. Ella se despertó colmada de consuelo, y agradeció al Señor la gracia que le había hecho por ministerio de su siervo. Algún tiempo después habiendo visto al discípulo del Santo, se lo pintó con unos detalles tan circunstanciados, que no pudo dudar de la verdad de la aparición. El monje Cirilo también asegura haberla aprendido de la misma boca de esta mujer.

La celda en que san Juan se estaba encerrado estaba apoyada en una roca muy alta y muy escarpada, que le servía de muralla por el lado del septentrión ; y la piedra de esta peña era tan seca, tanto por su propia cualidad, como por los ardores del sol con que era abrasada, que en ella ninguna yerba podía crecer, y mucho menos árboles. El Santo, en cierta ocasión, conferenciando con sus dos discípulos Teodoro y Juan, tenía algunas semillas de higos en la mano ; y deseando que Dios le hiciese conocer por alguna señal que le haría misericordia, les dijo : « Yo conoceré que él me concederá esta gracia, si, por un efecto de su clemencia, estos granos de higos llegan á germinar en esta roca. » Enseguida hizo una pequeña abertura en la piedra donde introdujo estos granos ; y Dios, dice el monje Cirilo, quien había hecho florecer milagrosamente la vara de Aarón, hizo que estos granos germinaran en esta roca, en la cual no había ni tierra ni humedad, sino solamente una piedra seca y casi abrasada. Poquito ó poco se levantó en

ella una higuera que subió por encima del techo de su celda y la cubrió. Luégo produjo tres higos, de los cuales el Santo comió uno y dió los otros á sus discípulos para que los comiesen, llorando de alegría y reconocimiento por la señal que Dios le había dado de su misericordia.

El monje Cirilo habiendo entrado en su celda con su discípulo, que él había abierto para servirle en su extrema vejez, vió en ella esta higuera que salía de la roca, y no pudiendo concebir como se había arraigado allí y echado ramas tan altas, examinó con atención si había alguna rendija en la peña donde hubiese tierra y humedad para nutrirla, pero ninguna pudo descubrir. Añade, por mayor prueba del milagro, que en el jardín de la laura ninguna higuera crecía, ni tampoco otros árboles á causa del calor y de la sequedad del aire; y que si se hallaban algunos en el camino del pequeño monasterio, era esto debido á las preces de san Sabas; que habiendo los Padres querido plantarlos á lo largo del torrente y habiéndoles regado con cuidado, no habían vivido más de un año.

Después que san Juan hubo visto el prodigio que Nuestro Señor había obrado en su favor, comprendió que su fin estaba próximo, y no se ocupó más que de este postrer momento. Vivía sobre sus ciento cuatro años cuando el monje Cirilo escribía su historia, y no se sabe cuando murió; pero se cree que esto acaeció el año siguiente. Este historiador, quien, como lo diremos, había tenido la suerté de recibir sus consejos, y de vivir después de la muerte de san Sabas bajo sus auspicios, habiendo querido dar solamente un epitome de sus virtudes, y habiéndolo hecho en vida del Santo, dice que deja para otros el cuidado de narrar después de su muerte los combates que sostuvo en la defensa de la fé católica. Dice no obstante algo de ellos en la vida de san Sabas, que hemos narrado, así como de su retirada al monte de las Olivas con otros muchos re-

ligiosos de la laura, cuando los origenistas tuvieron la osadía de introducir en ella un abad de su secta, como lo hemos dicho en el capítulo precedente; y sin duda volvió á ella con los otros, cuando el venerable Conón la hubo purgado enteramente de los herejes.

En fin, Cirilo hace notar que por más que contara ciento cuatro años, presentaba siempre un aspecto alegre, un espíritu vigoroso, y estaba lleno de una gracia toda divina. Su historiador concluye al tenor siguiente: « Nosotros rogamos al Señor que lo corrobore y fortifique cada día más, y le conceda la gracia de consumir su curso en paz. Que este adorable Maestro sea glorificado en los siglos de los siglos. Así sea. »

FIN DEL TERCER TOMO.

INDICE

	Páginas.
San Isidoro de Pelusia	1
Doctrina espiritual de san Isidoro de Pelusia	20
Emilio, Andrés, Biarrés, Comai, Euprepio, Amonatás	36
San Nilamón, san Melas y otros solitarios de Egipto	40
Monjes de Canope y del vecindario	52
Disciplina monástica de los solitarios de Egipto	58
Doctrina Espiritual de los solitarios de Egipto.	81
Santa Sinclética, abadesa	112
Doctrina espiritual de Santa Sinclética	126
Las venerables Madres Sara y Teodora y las vírgenes Piana y Alejandra.	154

Cuarta parte.

SOLITARIOS DE LA PALESTINA.

San Hilarión, padre de los monjes de la Palestina	166
San Hesiquio y otros discípulos de san Hilarión	202
Vida monástica de los santos Porfirio, Zenón y Epifanio, obispos	207
Monasterio de Casiano en Belén. — Ermitaños de Tecue — Vida monástica de san Jerónimo	238
Santa Paula.	262
Santa Eustoquia	280
Monasterio de Jerusalén y de los arrabales.	291

Melania la Abuela ó la Anciana
Santa Melania la Joven, Albina su madre, y Piniano, su marido.
San Zozimo y santa María la Egipciaca.
Lauras de Farán y de Jericó.
San Martiniano y san Jaime, ermitaños
San Eutimio, sobrellamado el Grande, archimandrita en Palestina.
Discípulos y sucesores de san Eutimio
San Jerásimo, abad
El abad Gelasio.
San Nono y santa Pelagia
San Sabas, archimandrita
Continuación de la historio de san Sabas
Sucesores y discípulos de san Sabas.

FIN DEL INDICE DEL TERCER TOMO.

298

311

329

353

357

367

411

435

439

446

456

481

515